[illegible] 88

[illegible] 96



+

Aviso del P. fr. Barth.^e de Triana quien despues de sus dias asigna esta primera, i segunda parte divididas en dos tomos ala libreria del conv.^to en donde falleziere

*



LEON PRODIGIOSO,

APOLOGIA MORAL ENTRETENIDA, Y PROVECHOSA A LAS BUENAS COSTUMBRES, TRATO VIRTUOSO, Y POLITICO.

POR EL LICENCIADO COSME GOMEZ Texada de los Reyes.

DEDICASE A DON JUAN LEONARDO MALO y Manrique.

Año de  1732.

CON LICENCIA DEL CONSEJO.

En Sevilla: Por Joseph Antonio de Hermosilla.

A DON JUAN LEONARDO
Malo y Manrique.



VANDO GIMEN LAS PRENSAS de mi Imprenta, me renuevan la memoria, que nunca me falta, de que V. md. las ocupa con los repetidos Libros, que para la publica utilidad hace que salgã à luz. Y assi ha buscado mi pecho, agradecido, algun desahogo para respirar con tantas obligaciones, como ya casi le oprimen, y no he hallado otro, que ofrecerle, en trabajo de la misma Imprenta, que se ha costeado, dedicandole esta Obra; y aunque de otras sus Authores sean diversos, juzgo que son mas proprias de V.md. pues à sus expensas la publica, para que no las sepulte el olvido; y no se debe menos à quien con su gasto, y solicitud dà un Libro à la estampa, que quien con sudor, y fatiga le compone; pues este es uno solo, y sus desvelos no se estienden à mas que à un singular, aquel le hace comun, y para todos. A esto mira su zelo de V.m. empleado siempre en loables acciones, que yà han celebrado otros, y yo no repito por sabidas: ni quiero fatigar su modestia, con ceñir, aun en breves clausulas, lo lustroso de su Familia, pues esto le sobra, quando la propria virtud es la mayor Nobleza, y las acciones de cada uno le ilustran mas que otras calidades. Notorias son las de V.md. y pedian dilatados Periodos; pero no es necessaria la eloquencia, quando es mas rhetorica la fama. Admita V.md. este corto agasajo, à que le dà valor mi afecto. Guarde Dios à V.md. muchos años como deseo.

Servidor de V.md.

Joseph Antonio de Hermosilla.

APROBACION DEL MAESTRO JOSEPH DE Valdivielso, Capellan de Honor del Serenissimo Señor Infante Cardenal.

M. P. S.

ESte Libro, que me mandò vèr V. A. y que escribiò el Lic. Cosme Gomez de los Reyes, con titulo de *Leon Prodigioso, Apologia moral entretenida*: despues de no contener cosa no conforme à la verdad Catholica de nuestra Sagrada Religion, se encamina à la direccion de las costumbres; porque en estos Apologos (en que ingeniosamente hace punta à los mas celebrados de la antiguedad) con luzes entre sombras, y verdades entre figuras, desengaña divirtiendo, y reprehende deleitando, como dixo Justo Lipsio: *In præfatione ad Douram, & Autenum: Vt in vite sub foliorum palmitumque umbris pulcherrimæ sæpè uvæ occultantur, sic sub fabularum delectamentis, & ut sic dicam pampinis crebro, purpurei rerum fructus reperiuntur*, enseña como Maestro en todo genero de erudicion, con comprehension de la Philosophia moral, y natural, con acierto en lo Mystico, y con noticias grandes de lo Politico, y Poetico: y hasta de la nada (ossadia feliz) forma un Poema à imitacion de la Omnipotencia, que de la nada compuso este Poema del mundo, titulo que no dissuena à su grandeza: por su harmonia, consonancia, symetria, y hermosura: y porque donde nuestra Vulgata en la Epistola, cap. 2. ad Ephesios, dice: *Ipsius factura sumus*, leyò el Griego: *Ipsius sumus poema &c.* Y San Augustin in 11. de Civitate Dei, llamò al mundo, *pulchrum Dei carmen*, concluyendo con que *maxima de nihilo nascitur historia*, es merecedor de la licencia que suplica à V. A. y de mayores premios. Este es mi parecer, salvo, &c. En 12. de Diciembre de 1634.

El Maestro Joseph de Valdivielso.

SUMA

SUMA DE LA LICENCIA.

TIene licencia de los Señores del Consejo Joseph Antonio de Hermosilla, Mercader de Libros, para imprimir un Libro intitulado: *Leon Prodigioso*, que compuso el Lic. Don Cosme Gomez de Texada de los Reyes, que antes de aora ha sido impresso, como mas largamente consta de su Original, despachado en el Oficio de Don Miguèl Fernandes Munilla, Escribano de Camara. En Madrid à diez y ocho de Enero de mil setecientos y treinta y dos.

FEE DE ERRATAS.

PAg. 3. col. 1. lin. 3. pues no. lee *pues nos*. Ibidem lin. 14. de uuestra. lee *de nuestra*. lin. 20. tratabajo, lee *trabajo*. Col. 2. lin. 1. exemplo d. lee *exemplo de*. lin. 2. reduxo l plebe, lee *reduxo la plebe*. Pag. 4. col. 1. lin. 30. de Maestr. lee *Maestro*. Pag. 7. col. 2. lin. 6. la la Onza, lee *la Onza*. Pag. 22. col. 2. lin. 21. saliesse, lee *saliessen*. Pag. 28. col. 1. lin. 38. Lateas, lee *Letheas*. Pag. 29. col. 2. lin. 16. he de, lee *ha de*. Pag. 34. col. 2. lin. 10. Calecimus, lee *Calescimus*. Pag. 42. col. 1. lin. 3. deciendo, lee *desciendo*. Pag. 44. col. 1. lin. fin. hico, lee *hizo*. Pag. 52. col. 1. lin. 33. que la envidia, lee *que la envidie*. Pag. 57. col. 1. lin. 27. porpureò, lee *purpureò*. Pag. 60. col. 1. lin. 15. desperdiciendo, lee *desperdiciando*. Pag. 74. col. 2. lin. 4. Danae, lee *Daphne*. lin. 23. ciertos es, lee *cierta es*. Pag. 85. col. 1. lin. 27. sirviesse, lee *sirviessen*. Pag. 122. col. 1. lin. 24. sazonanse, lee *sazonassen*. Ibidem lin. 30. diessen cuentan, lee *diessen cuenta*. Pag. 125. col. 1. lin. 30. naccessible, lee *inaccessible*. Pag. 134. col. 1. lin. 1. remediando, lee *remedando*. Pag. 138. col. 1. lin. 20. podremo, lee *podremos*. Pag. 167. col. 1. lin. 14. que brozen, lee *que bronze*. Pag. 192. col. 2. lin. 31. hoimbre, lee *hombre*. Pag. 219. col. 1. lin. 35. trangressor, lee *transgressor*.

He visto el Libro, intitulado: Leon Prodigioso, &c. y con estas erratas corresponde à su Original. Madrid, y Mayo seis de mil setecientos y treinta y dos.

Lic. D. Manuel Garcia Alesson.
Corrector General por su Magestad.

SUMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores del Real Consejo de Castilla este Libro intitulado: *Leon Prodigioso*, à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de la fee, que de ello diò el Secretario Don Miguèl Fernandez Munilla, à quien me remito.

PRO-

PROLOGO.



UISIERA (no tanto por necessidad, como por costumbre) hablarte (ò Lector) y hallome confuso en un termino equivoco, por ser tu nombre uno comun à muchas cosas essencialmẽte distintas. De donde nace, que no te puedo difinir, ni entender, si primero no te divido. Lector llaman los Prologos al que lee, al que oye, y al que sin leer, ni oir censura: acciones diversas en su razon substancial. Hablarè generalmente con todos? Serà confusion. Con cada uno en particular? Assi lo hiciera; mas considerando, que los que leen sin atender; y los que sin atender oyen; y los que sin leer, oir, atender, ni entender censuran, todos son Lectores, todos juezes, me resuelvo, que eres lector equivoco, y critico analogo. Y dexando à parte el principal significado, porque à quien dignamente lo es debo humillarme, y lo hago, esperando reo la sentencia: dudo porque puerta entrar à tu audiencia (critico presumpto, y presumido) que rezelo tu injusta severidad: ò con que palabras te hable, que conozco tu intratable desagrado. A quien se humilla, aniquilas: à quien se ensalza deprimes: las disculpas fiscalizas delitos: las advertencias condenas ignorancia: si me quexo de tu envidia presumo meritos: si la desprecio, es acto de virtud, y objeto de su veneno: si te llamo pio, benigno, candido, benevolo, amigo, de ninguna cosa tienes menos, y ninguna conoces mas. Pierdense mis lisonjas, y paganse con risa. Si te llamo curioso, es desaliñado epitheto: si Christiano, bien puede leer un infiel: si docto, pensaràs que solamẽte hablo contigo. Seame, pues, dado, que Juvenal hable por mi:

Juven. sat. 1. *Semper ego auditor tantùm, nunquamne reponam?*

Siempre he de ser oyente? Nunca responderè agradecido, ò vexado? Necia clemencia es por cierto, entre innumerables Poetas, dissipadores de quantas resmas Genova envia, y España labra, yo solo *perituræ parcere chartæ*; y aunque *ipse semipaganus*, con todo esso *ad sacra vatum carmen affero nostrum*.

Juven. sat. 1.
Persius in prologo.

Nam Romæ quis non? ah si fas dicere, sed fas.

Pers. sat. 1. Bien que me sea licito, quedese por aora en emphasica reticencia: *Et nos ergo manum ferulæ subduximus*: y esto en los mas doctos, y cursados Lyceos. Passè de Alcalà à Salamanca los ultimos años de mis estudios de Theologia, por comunicar los Va-

Juven. sat. 1.

rones insignes desta Vniversidad. Aqui algunos dias de vacaciones, y horas de recreacion, lo era para mi entretenerme en estudios de Letras humanas, a las quales siempre he sido aficionado. Escribì quinze,ò diez y seis Apologos, y comunicandolos con algunos amigos,en particular con el Maestro Cespedes,que lo fue mio, y le alcancè en su ultima edad,Varon mui docto,como se sabe,en humana erudicion:aprobò mi assumpto,censurandole util para conseguir no sin deleite lo honesto. Dexè la Vniversidad;y passados muchos años en otros estudios, y ocupaciones, acaso revolviendo papeles, encontrè los Apologos casi olvidados, que antiguamente escrivi. Acordème de la censura de mi Maestro: leilos; el amor de padre me obligò mirarlos como hijos. Amor aunque natural es ciego; ya lo veo. Corregilos, doctrinelos, segun mi genio, y profession, vistiendolos al uso, pero honestamente. Crecilos, y dilos à la prensa. Defectos tienen, parte, que conozco; parte ocultos, de que me acusa mi desconfianza, y algunos de la impression,à que no pude assistir. Si alabares lo bueno, y callares lo malo, tu seràs el perfecto. Si condenando lo malo callares lo bueno, el mal intencionado. Si todo lo repruebas, el maldiciente. Y si de cada cosa hablas como es, el severo Critico. Mas supuesto que no puede ser menos, no te vayas à la mano,ò à la lengua en decir el mal que sintieres, que todos incurrimos essa flaqueza:

Mentiri nescio: librum
Si malus est, nequeo laudare, & poscere. Juven. sat. 3.

Pero sea dando razon de tu persona, aunque nunca escribas, yo te perdono, que soi en esto mas facil que Marcial en perdonar à Lelio, porque menos ofendido, quanto mas sujeto à detractores por mi insuficiencia. El ignorante hiere de seguro: ingenio donzel en perpetuo celibato, incapaz de la pena del talion; ciego, que no puede perder la luz que quita. Quien mas insolente que un ladron desnudo? Quien mas seguro, que un mal Poeta? Todo es sentimiento del Epigramista:

Corrumpit sine talione cœlebs:
Cæcus perdere non potest, quod aufert: Mart. lib. 12.
Nil est deterius latrone nudo:
Nil securius est malo Poeta.

Y què maravilla? sino ay poste despues de la lecciõ de los libros. Si sabes, superfluo es anticipar disculpas, superfluo emboscarte en margenes de Autores (perdona las de introducciones, y poema Nada) superfluo encadenar indices, y cathalogos de librerias.

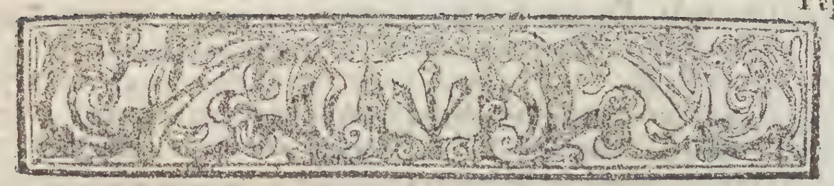
Co-

Conocerà mi poca erudicion, quien tuviere no mucha. Si ignoras, que te importa que Aristoteles, Platon, ò Merlin Cocayo aya dicho una sentencia? A esta tacita objecciõ no dexarè de satisfacer. Diràs, que soi satyrico: respondo, que si hablas de satyra en la impropria accepcion, que la recibe el vulgo, niego la proposicion: porque tales poemas son unas viles invectivas para infamar honras de personas en particular, lo qual antiguamente se prohibiò por leyes, y es ageno de mi intencion, y de mi pluma. Pero si hablas de la satyra nueva, cuya essencia es reprehender vicios en comun para reformar la humana vida, si ya los sugetos no son de tan baxa suerte, que no tengan que perder: ò tan extraños, ò antiguos, que ninguno se ofenda, no te negarè, que estos discursos tengan algo satyrico: motivo de alabanza, no de reprehension. Cantar à Eneas, ò à Godofre es mas seguro; *nulli gravis est percussus Achiles*, pero menos util; *tacita sudant præcordia culpa*.

Juven. sat. 1.

Hallando empero alguna gracia estos Apologos en los aficionados à varia leccion, me animarè à proseguir otra Historia en prosa poetica, que tengo comenzada, y la intitulo: *Entendimiento, y verdad, amantes philosophicos*; assumpto nuevo, estilo uniforme: y assi de la fortuna del primer libro, colegirè la del segundo; si edad, y exercicio no le mejoran. Escribirè tambien un Poema contrapuesto al que te ofrezco de la *Nada*, que serà el *Todo*. A la invencion, y à la imitacion del primero, por lo mystico que toca, me diò luz la assistencia à confessiones, y espiritu del Religioso Convento de Bernardas Descalzas de Talavera; y al segundo el amor de la Philosophia, como de contrarios, es forzoso ser una la disciplina moral, y natural: mas en esta oposicion se hallarà hermandad por la causa de donde nacen; y correspondencia por los efectos en que convienen. Vale.

LEON



LEON PRODIGIOSO,

APOLOGIA MORAL, ENTRETENIDA, y provechosa à las buenas costumbres, trato virtuoso, y politico.

Quidquìd agunt homines, votum, timor, ira, voluptas,
Gaudia, discursus, nostri farrago libelli est.

Juven. Satyra 1.

INTRODUCCION.



ONESTA ocupacion del tiempo en acciones Poëticas, que obedezca al precepto de Horacio, util, y deleitable, con dificultad se halla, con peligro se sigue, con ingenio, erudicion, y fortuna se alcanza. Cuidadoso estoi, si la eleccion temerariamente me anìma à confiar en medios para fin desigual à mis fuerzas. Y porque los que à conseguirle me guian proporcionados, y eficaces, no parezcan de poco fundamento; algunos hallo en las Sagradas letras, sin los quales no me determinàra à tanta novedad. El primero, y mas celebre es el Apologo elegante, q̃ propuso al novelero vulgo elector de Rey fratricida, el menor de los hermanos Joatan, degollados setenta por el tyrano Abimelech, sobre una piedra, para disuadir (en vano) su pertinaz error, que mas eficazmente hizo el tiempo con la experiencia del castigo en el tyrano, y sus vassallos. Dixo, que los arboles se juntaron à elegir Rey, y ofrecieron à la oliva, higuera, y vid la Corona preciosa, entonces de los

In Arte Poët.

Iudicum cap. 9.

tres deſpreciada. En que ſe ſigni-
fican varones juſtos, temeroſos de
Dios, y de perder ſu virtud en pueſ-
tos tan altos como peligroſos. Mas
la cambronera, ſymbolo de vicio-
ſos, y reprobos (quien poco tiene,
no teme perder mucho) admitiò el
Reyno. Aqui los arboles, à quien
el Cielo formò con vida ſolamente
vegatativa, ſe introducen con ſen-
ſitiva, y racional. No es diſsimil la
reſpueſta, que diò Ioas Rey
Lib. 4. de Iſrael à los Embaxado-
Reg. cap. res de Amaſias, embiados
14. à romper las paces, provo-
candole à campal batalla,
que no rehusò; antes irritado de ſu
arrogancia, y ambicion, nacida de
la victoria paſſada en el valle de las
Salinas, reſpondiò para humillar ſus
altiveces, que el cardo embiò à pe-
dir al cedro del monte Libano, la
hija para eſpoſa del hijo ſuyo; por
lo qual ofendidas las fieras del vezi-
no boſque, hollaron la ſoberbia de
el ambicioſo cardo. Bien ſe decla-
ra el moral eſpiritu de Ioas en eſta
ruda corteza. La ſimilitud de los
pecadores à las ſerpientes, que pe-
gan el un oìdo à la tierra, y tapan el
otro con la cola, para no oìr la voz
del Sabio encantador, triaca de ſu
veneno, de que uſa David. Muchos
doctos juzgan, que es apologo to-
mado de la Antiguedad, para ſigni-
ficar la obſtinacion de los malos en
ſus vicios, ſordos à los conſejos, y
reprehenſiones de los buenos; y que
tal aſtucia es ficticia en los aſpides:
y por conſiguiente en los encantos,
tal alexifarmaco vencedor de ve-
nenos. La ciencia, que por Ezequiel
el Eſpiritu Santo atribuye
à los arboles; el conoci- *Pſal.* 57.
miento, que por David al *Ezech. c.*
Sol; el entender, que por 17.
el miſmo Profeta à las eſ- *Pſ.* 103.
pinas; la ſabiduria, que *Pſal.* 57.
por Salomon à las hormi- *Prov. c.*
gas; las alabanzas de Dios, 6.
que por Job à los Aſtros *Iob c.* 38.
matutinos, y al gallo la inte- *Matth. c.*
ligencia; la prudencia, que 10.
Chriſto nueſtro Señor por *Dan. c.*
San Matheo à las ſerpientes; 3.
la ſimplicidad innocente à *Pſ.* 148.
las palomas: todo es en par-
te enſeñarnos la que mueſtran tener
los brutos de razon, como luego
dirè; y en parte conforme al Canti-
co de los tres mancebos en el hor-
no de Babilonia, y al Pſalmo, que
canta feſtivos loores à Dios; en cu-
ya muſica oygo vna admirable con-
ſonancia, y deſcubro no debil fun-
damento. Combidan los Santos en
eſtos dos lugares todas las obras
Divinas à reconocerle, y bende-
cirle. Angeles, hombres, Cielos,
Eſtrellas, Elementos, mixtos, per-
fectos, è imperfectos, fieras, gana-
dos, ſerpientes, y aves, què enten-
dimiento le ha de conocer? Què vo-
luntad amarle? Què lẽgua prorrum-
pir en alabanzas? Grandeza, peque-
ñez, eficacia, actividad, velocidad,
reſplandor, hermoſura, y efectos
admirables, del modo que fabrica
inſigne alaba al Arquitecto, y Eſ-
cultor. Y los hombres contemplan-
do tantos milagros, en todo le ala-
ben, y dèn gracias, haſta en el mie-
do

do que infunden Leones, y serpientes, y en la molestia que provocan pulgas, y mosquitos; pues no despiertan la memoria de inobediencia, y sobèrbia de los primeros Padres, heredada en la generacion, por quien perdimos grande parte del Imperio sobre ellos, para humillar la eleccion de nuestros pensamientos con la villania de nuestro origen. Y pues el pecado nos hizo semejantes à bestias, en ellas veamos una imagen de nuestra vida: huyamos lo malo, que nos reprehenden, imitèmos lo bueno, que con lenguas mudas nos aconsejan: y si un mudo habla por señas, quiero en esta entretenida Historia comentador, interprete, y lengua. Puede ser tratabajo fructuoso, que no poco provecho hizieron los Egipcios à sus Republicas con semejātes mudos Geroglificos, y el ingenio singular del Principe en esta facultad Esopo, y otros Filosofos con sus Fabulas morales, Emblemas, insignias, divisas, empressas, pegmas, y simbolos.

Psal.48.

Apologo es una ficcion, que atribuye lengua racional à cosas incapazes de razon. Quanta eficacia tēgan los Apologos para persuadir, Autores divinos, y profanos à cada passo lo enseñan. Dos Maestros de la eloquencia hablā por muchos. Quintiliano en las instituciones oratorias atribuye su invencion à Hesiodo, y los aprueba para moverlos animos: lo qual confirma de Tito Livio, con el exemplo de Menenio Agripa, que reduxo la plebe en gracia del Senado, propuesto el Apologo de los miembros conjurados contra el estomago. Aristoteles tambien en su Rhetorica los dà particular excelencia para persuadir. No siempre (dize) se hallan exemplos, y similes proporcionados à nuestro intento, y entonces se puede inventar un Apologo, que supla esta falta, y aun consiga mejor el efecto, por ser muy acomodados para mover el pueblo. Con que fin se inventaron, y tan doctamente por los Antiguos se escribieron, y oy se celebrā tantas fabulas, y transformaciones, sino para amansar los hombres fieras, y enseñar los ignorantes? Quien por barbaro que sea, oyendo que Orfeo al son de su citara traìa à si las serpientes, y fieras, y aun los peñascos, no conocerà la verdad desta mentira? Que son las prosopopeyas figuras Retoricas, de que usa lo mas serio de la oratoria sino un genero de Apologos, con los quales se avivan, y realzan los colores de la oracion, y se le descubre una clarissima luz, dando lengua à cosas inanimadas, introduciendo Ciudades, campos, rios, resucitando muertos, y fingiēdo formas en cuerpos fantasticos, de la fama, de las virtudes, y vicios, y otras segundas intenciones? Lexos son, no desagradables los desta pintura, que bosquejan aquel siglo de oro, que describiò Platon, reynando Saturno, quando loshombres, y los brutos hablaban entre si, y co-

Lib.5.c.11. & lib.d.ca.3.

municavan ſus conceptos, y experiencias, por quien unos, y otros ſe hazian mas ſabios. Socorrame el Divino Philoſopho en tãto aprieto: *Saturni quondam alumni inter ſe, & cum beſtijs loquentes, ſciſcitanteſque ab omni natura quæcumque ad prudentiam acquirendam, &c.*

Valerme puedo ahora de dos opiniones, que juzgo mas probables de muy nobles Philoſophos en dos diferentes queſtiones. La primera defiende en los brutos algun modo de razon eſſencialmente diſtinta de la que en los hombres ſe halla: y que de unos, y otros ſe dize univoca, ſino analogamente. Eſtos abſolutamente raciocinan, y de qualquier objeto deliberando, y conſultando con eleccion de los medios, y conferencia de unos con otros para cõſeguir el fin obrando libremente: aquellos guiados de ſu natural inſtinto acerca de una coſa, porque la naturaleza ſiempre es una miſma, no aſsi la voluntad; y de aqui es, que quien quita al hombre el libre alvedrio, le haze beſtia; y por eſſo dixo Hipocrates, que la naturaleza, ni uſa, ni necesſsita de Maeſtro. De lo qual no ſe ſigue, que à los brutos ſe pueda apropriar immortalidad, q̃ eſta no ſe prueba en los hombres, porque raciocinan de qualquiera manera, ſino de las coſas incorporeas, eternas, y divinas. Son innumerables los animales, y ſus obras que eſto nos perſuaden, de las quales algunas alcanzamos, y las mas no conocemos. Libros enteros ſon meneſter, no digo ſolo para ſu Hiſtoria univerſal, ſino para eſte aſſumpto de ſu ingenio, y raciocinacion: y de dos eſpecies elefantes, y abejas, ſu govierno ajuſtado à leyes de naturaleza, excede al de muchos barbaros, que oy en islas remotas ſe deſcubren mas fieros q̃ las miſmas fieras, ſin aparencia de razon, prudencia, juſticia, y otras virtudes morales, ignorantes de todas buenas diſciplinas, aun para conſervar la vida. Apenas ay arte en el humano comercio, que no le ayan aprendido los hombres de los brutos, y aun algunas ſe hallã en ellos con mas perfeccion, ni virtud moral de que no tẽgamos en los miſmos admirables exemplos, y en el efecto conſumados. Si bien de verdaderas virtudes ſon incapazes, porque ſuponen libertad, y deliberacion. La ſegunda opinion ſe ſigue deſta, que à los brutos atribuye naturalmente ſu dialecto, y locucion, con que unos, y otros ſe entienden; y algunos tambien de la Antiguedad ſe dize los hã entendido, como Tireſias, Apolonio, y Melampo. A quien de noſotros oyendo hablar à un Caribe, ò Garamanta, no le parecerà ſu lenguage ſonido informe, ſemejante al de los brutos? y con todo eſſo tienen ſus dialectos, y diferencias. Quãtas ſon las de los perros, algunas de las quales noſotros alcanzamos, y mas los cazadores. Su ladrido, y voz es diferente, y que ſe dexa conocer, quando buſca la caza, quando la halla, quando haze preſa, quãdo teme, quando amenaza, quando acomete, quando ſe quexa, quando

se lamenta, quando pide de comer, quando defiende la comida, quando juega, y quando sale à lisonjear à su dueño. De semejante atencion à los cantos de las aves, se fingieron arte los Agoreros, mintiendo con algun fundamento de verdad. Segun esto, mucho tenemos que admirar, mucho que interpretar, y mucho que aprender. Faltales la superior naturaleza racional, su discurso, y sabiduria, con la expression eloquente de los conceptos del animo; y esso fingimos en esta Apologia, para persuadir mejor los medios convenientes à la possession del fin ultimo de eterna felicidad. A èl aspiramos con este disfraz, para que nobles verdades de Real estirpe no sean al primer encuentro conocidas, y castigadas, entrando à los humanos oìdos (palacios de lisonjas) y assi combatidas de temor, y esperanza, se atreven, vistiendo sobre su tela de oro noble, villanas pieles de animales inmundos.

APOLOGO I.

Inconstancia de las cosas humanas.

ROmpian confusamente el ayre mortales silvos, y formidables ruidos; terror estos, horror aquellos, natural de las fieras; y todos viva imagen de la muerte. La noche se lisonjeò dia, el dia se temiò noche; porque sus tinieblas huyeron vencidas de continuos incendios, resonando espantosos truenos por el Horizonte. Los vientos, q̃ victoriosos combatian arboles, peñascos, y edificios, volvieron tambien contra si, obligados de forzosa influencia las civiles armas. Turbòse el mar desde sus hondos assiẽtos, que provocados à campal batalla, bramaba colerico. Dieronle socorro las nubes con fuerzas no desiguales de rios, que vertian, contra violentos volcanes, que abortaban. El Austro levantando ligeros montes con precipitados encuentros de ellos mismos, era resistido para no profanar los Palacios de Neptuno. Un frio temor enflaqueciò las fieras mas indomitas, penetrando, y discurriendo lo intimo de sus huessos: expuestas à la inclemencia del tiempo perdieron su fiereza, ocultas en cavernas, aun no se confiaron seguras. Y en tal estruendo, y confusion, el noble Auricrino, valeroso Leon Africano yaze en la arena, el cuerpo oprimido de la escamada cola de un dragon horrible, que con una vuelta le impedia la respiracion, mientras el generoso animal con sus uñas abria camino al ayre no ya vital, rasgando voca, y cuello à la torpe fiera. Perdidas las esperanzas de vivir, falto de humano consuelo, acompañado solo del que la muerte de su contrario en la venganza ofrecia, quiso el Cielo piadoso enviar su luz, la qual permitiò el fiel Escudero Pardalin, Leon de la Mauritania, dexar el abrigo de un escollo, defensa oportuna en la tempestad, que à sombra de la noche la salteò; y siguiendo los tristes acentos, viò al Leon en este aprieto.

Apresuròse à darle favor, aunque tarde; porque volando con alas de viento una hinchada ola, à quatro passos del socorro hurtò à la tierra aquel nuevo Geminis, compuesto de Leo, cabeza, y cola de dragon. El turbado Escudero abrazando las aguas, se favoreciò à si mismo, quando quiso à su señor, y vuelto al mar valiòse de las armas, que el furor le ministraba, armas flacas de muger, diciendo en voz alta: O mas que las fieras q̃ robaste, fiera cruel! Inexorable contra la muerte, con ruegos dura, y à veces con dones blanda (soborno infame de tu injusticia) barbara en los afectos, y acepcion de personas, que à Reyes no conoces, à monstruos amparas: soberbia con el viento, humilde sin èl: en grandeza del cuerpo confiada, no en tu corazon cobarde, y traidor. Aqui llegaba el enojado Leon, y subitamente acometido de otra ola, que en castigo de su libertad temiò le venia à sorber, se opuso desesperado à resistirla; mas entonces el mar ofreciò à sus plantas entre despojos adquiridos en desigual guerra de varias mercaderias xarcias, y rotas entenas, un barquillo con dos remos (hacienda rica de pescador pobre) y juzgando mysterio el sucesso fortuito, pidiendo consejo solamente à su lealtad, temerario entrò en èl para socorrer si pudiesse à su dueño, ò morir en la empresa. Quando siendo visto de una raposa, que à envidiar engaños del mar saliò à su ribera, comenzò à darle voces: Detente, Pardalin famoso, què locura te obliga à tal resolucion? A vuestro Rey, y señor mio (respondiò) en brazos de un dragon esconde el inclemente mar, muera tambien quien es tan desdichado. Diciendo esto, alargò sus brazos à los remos; mas excusòle brevemente el trabajo un furioso uracan, que desde las nubes humillò la flaca barquilla al abismo, escondiendola à los ojos de la raposa. Triste se quedara à llorar tanta desdicha, y esperar al desesperado navegante, que pudiera quien de la ribera le alejò acercarle à ella. Mas como malas nuevas son veloces, y ciertas, temiò, si antes el viento murmurador las llevara, perder el gusto de darlas; que son albricias de gran precio en malas intenciones: y assi caminando quanto pudo llegò desalentada à un bosque umbroso, à donde juntas estaban en consejo las fieras principales del mundo, que à una guerra la mas sangrienta, que memoria celebrò, contra las aves, sobre la mayoria, y excelencia de su generacion, y corona, sobre el dominio de unas riquissimas minas de oro, y plata en los montes Pyrineos, y otras graves causas, se avian convocado de varios desiertos, y con voz turbada dixo: Capitanes valerosos, y temidos de los humanos, vuestro Rey invicto Auricrino es muerto, y su fiel Escudero Pardalin Mauritano, testigo soi que se arrojò al profundo, respondiendo à mis ruegos, que mi desesperacion lexos le disuadian: à vuestro Rey en bra-

zos

zos de un dragon sepulta el mar: tenga fin con èl mi desdicha. Ea cabezas ilustres, unica esperanza de nuestros Reynos; elegid señor, que meritamente ciña sus sienes Real Corona, y gobierne el pesado Ceptro, sino quereis, que llegando à oìdos del Aguila tan desastrado fin, le tenga à sus manos nuestro famoso Imperio. Confusa turbacion ocupò los miembros de todos con llorosas exclamaciones de suerte tan infeliz, y entre lagrimas tristes, y alabanzas del muerto, immediatamente sucediò en los brutos, bien que altivos corazones, un ambicioso deseo de ocupar la Real silla. O vanidad del mundo! Què virtud te puede resistir? Heroica es menester. Què lugar oculto està guardado en tu subtil viento? La cueva sola de un desierto. Todos con hypocritas humildades comenzaron à tratar la eleccion importante. Cada uno pretendia en caso tan grave, y dudoso hacerse dueño del Consejo, sino del Reyno, à falta del Leon, à quien natural derecho diò supremo dominio. El vulgo dividido declaraba con tantos pareceres, como cabezas sus passiones, confundiendo verdades, y mentiras. Es verdad (decian) que el Elefante es ingenioso, leal, sagaz, docil, fuerte, y astuto; mas de pensamientos serviles, pues vargonzosamente sufre carga, y castigo. Lo mismo el generoso Caballo, el Rhinoceronte severo, espantoso, intratable; el Pardal cruel, y afeminado galan: el Osso torpe, iracundo, vengativo; el Toro bravo con peligro de sujetar al yugo la valiente cerviz; el Javali obsceno; el Carnero manso; el Lobo ladron, perseguidor de innocentes; el Satyro lascivo; el Ciervo cobarde; la Onza hembra; el Asno necio; el Perro avaro; el Unicornio enemigo de gente buena, y valerosa, por serlo de Leones; el Espin de aspera condicion, que siempre ofende al mas amigo, y cercano; el Camello amigo de aguas turbias; el Hipopotamo impio, y sobre esto amphibio en sus acciones, ya confederado, ya neutral para todos. Desta suerte discurria el vulgo de aquella Republica, que solo atiende à faltas, y no se dà por entendida de virtudes. Agraviabanse otros animales menores, que dellos no se hiciesse mẽcion, siquiera para decir mal; porq̃ desesperaban del bien, compañero inseparable. Quisiera la Raposa ser excluida del Reyno, ò la consulta, por engañosa, y astuta; el Camaleõ temeroso, y lisonjero; el Mono truhan; el Gato ratero ladroncillo; el Conejo timido; el Castoreo, y Nutria indeterminados en sus obras; la Harda inquieta; el Galapago perezoso. Y assi otros animales, en quien la pequeñez del cuerpo desacredita su ingenio, y valor. Que quien no es sugeto de envidia, y murmuracion, no es sugeto de bondad, sino es tan grande que los venza.

Muchos eran de parecer, que se mudasse la forma de gobierno. Los facinorosos, las hezes del vulgo, gẽ-

te vil, barbara, y sin razon no daban oido à ella. No queriã mas sugeciõ que à su apetito: no mas potestad à quien obedecer, q̃ à su misma naturaleza individual: ni justicia, q̃ los forzasse vivir siẽpre à sombra de tejados, ò lexos de sus lares, puesto q̃ pocos los tenian. Estos lo turbaban todo con voces, y amenazas. Sola una palabra se les entendia, y era libertad. Su desverguenza no pudo cobrar fuerzas, assi por serlo tan grande, como por ser de pocos. La plebe pedia gobierno Democratico, ò popular, en q̃ entrasse à la parte toda la multitud, buenos, y malos, nobles, y plebeyos. Estos menos intolerables q̃ los primeros, sus razones tambien las fundaban en libertad: thesoro malignamẽte deseado, y cuya possession avia de convertirle en miserable esclavitud. Alegabã de su parte a las Grullas, cuya republica, como bien fundada, avia tantos siglos permanecido en pie, repartido el cuidado de la paz comũ entre todas. Algunos de buena intencion, y no mal juicio aclamaban la Aristocracia, gobierno de los buenos, porq̃ con èl se asseguraban mejor de tyrania, alegando, q̃ solo la Monarchia se podia hacer contradiccion, y esta era bien q̃ cediesse como uno à muchos, dado q̃ en todo iguales, q̃ no siempre acontece, y mas sino es el Rey por eleccion, y aunq̃ lo sea, si los vicios en èl reynan. Que como en los cuerpos, assi en el imperio es gravissima la enfermedad, q̃ se deriva de la cabeza. Si à sus oidos no se atreven a verdades: si quando dissimuladas llegã, y con temor se descubren, los hallã cerrados, y abiertos à lisonjas. Exẽplificaban el util desta forma con la republica de las Hormigas, obediẽtes à las mayores, y mejores. Finalmente traìan en su favor el argumẽto comun à los demàs dominios de la libertad mal entẽdida. No faltaron algunos bravos animales, de los mas astutos, y valientes de la nobleza, y de la plebe, q̃ en sus pechos fabricaban despoticos labyrinthos de tyranizar la Republica, reduciendo su justicia à las armas; si vencidas, infames, y traidoras; si vencedoras, aunque tiñan la purpura en sangre innocente, fundadoras de un derecho legitimo perpetuamente. Tanto en efecto se desenfrenò el vulgo, bestia indomita, y mas de bestias, que despeñò à los pretendientes: y rebentando ambicion sus hydropicos pechos, claramente publicaban merecimientos, pidiendo justicia, y amenazando guerra. Gran ruina temian los mas entendidos del bruto imperio por esta guerra civil, principio cierto de su adversion, si apretaba el Aguila, enemigo comũ; y assi con lagrimas un Elefante anciano, y prudente, ocupando una alta peña, los rogò se sossegassen, y le prestassen oidos; que todos hicieron, respetando sus canas. Pusoles por delante el peligro, que à todos amenazaba el inconveniente y riesgo de sus motines, y apassionados pareceres. Desvaneciò facil, y brevemente la insolencia de la canalla, que se atreviò à pedir el gobier-

gobierno para los flagicioſos; y ſi el tiempo diera lugar, quiſiera reſponder con el caſtigo. A la plebe ſatisfizo deſengañandola, que el numero de los necios, y malos es inumerable, limitado el de los ſabios, y virtuoſos. La inconſtancia vulgar, mudable à minimos accidẽtes quãto mas à los ambitos, hypocreſias, y aſtucias de poderoſos comummente ſujetos à ſu ambicion. Con quantas diligencias ſolicitarian el pueblo por ſi miſmos, y por ſus valedores: con que frivolos beneficios ſe confeſſaria obligado el nombramiento de las ſupremas ſillas, olvidando la modeſtia retirada, y la prudente virtud. Que confuſion inexcuſable en las propoſiciones, conſultas, y acuerdos. Hydra en fin monſtruoſa; cuerpo de Republica de tantas cabezas, como miembros. A los q̃ con mas probabilidad aclamaban el gobierno de los buenos, diſſuadiò dandoles à entender la dificultad de hacer eleccion deſtos buenos para el Senado, que reincide en la miſma, que en el gobierno plebeyo. La libertad perdida con multiplicadas ſervidumbres quantas ſon los electos. Que el odio, y amor, eſſe de ſus amigos, aquel de ſus enemigos, ò que por envidia en la igualdad, ò que por particulares motivos de precedencia, ò interès, avian de obſcurecer la razon, y deſluſtrar la juſticia, y aun atropellarla. Quantas deſcordias fomentaria la igualdad en las cabezas? Quantas la deſigualdad en el comun? Que en eſte modo ſe vanderizarian las familias, y mientras en las ſuyas no pudieſſen vincular ſoberania, por lo menos avian de procurar ſus mayores acrecentamientos en honras, y riquezas: q̃ en el gobierno mixto de la plebe, y el Senado, aunque en ſu opinion contra la de otros, mejor que los propueſtos, por hallarſe templados los incovenientes de cada uno en particular; pero que no ſe hallan vencidos. Forma en que ſe conſervò la Republica Romana muchos años, repartida ſu policia entre el Senado, y la plebe con ſu Tribuno. Finalmente como violenta no fue durable: y aſsi, que el mejor gobierno era el Monarchico de una ſola cabeza, perſuadido por razon, y la razon por luz natural, que nos enſeña la unidad del primer Motor, cauſa univerſaliſsima de las cauſas. Conſejo es de la Economica, deſde el principio del mundo practicado, y de quien en ſegundo lugar aprendiò la Monarchia. Si el bien de la communidad es el fin, que ſe propone à los dominios, y por ningun modo ſe conſigue mejor q̃ por el de una cabeza, luego eſte ſe debe preferir; ventaja conocida en los menores inconvenientes, q̃ padece, reſpecto de los demas eſtados; y lo que mas es en la experiencia deſde la creacion univerſal, haſta nueſtra edad de Monarchias mayores en numero, dignidad, y duracion, conſervadas en paz, y juſticia. Y ſi entre los animales brutos buſcaban exemplos, uno hallarian avẽtajado à los humanos, la admirable, y nunca dignamente alabada Monar-

Monarchia de las abejas, y asi, que el mejor medio era (invocado el divino favor) sujetarse à la eleccion del Pueblo con escrutinio de votos, y de esta manera electo el primer Monarcha, perpetuar la obediencia en sus hijos, y successores: porque en la muerte de cada Principe renovar eleccion por votos, es costumbre digna de lastima en algunos de los Reynos, que la conservã, padeciendo, como vemos, tantas guerras, ocasionadas de la ambicion, que pretende, y de la obstinacion, ò liviandad que elige: Exemplo sea el supremo Imperio Secular de los humanos (en el Eclesiastico militan diferentes razones, que demuestra la conveniẽcia de eleccion) opugnando por la falsa religion de indignos pretendientes. Quantos males se avian de extirpar, quantos bienes florecer, si se vinculara en la superior familia del universo, q̃ oy le possee, digna de ceñir con su Corona el Orbe. Esta opinion aprueban no congeturas solas, ò razones probables, sino evidentes demõstraciones, que la verdad, y justicia alegan libres de emulacion. Y finalmente, que pues ninguno vive sin falta, y tantas descubrian en los mas benemeritos, eligiessen empero al que menos tuviesse, atendiendo las virtudes dignas de un Rey, y necessarias en su gobierno, Fortaleza, Prudencia, Templanza, y Justicia; quatro fuentes de donde manan, y se derivan como de corazon, y cabeza de la Republica à sus miembros las otras virtudes. Mas que se buscasse primero el cuerpo del infeliz Auricrino, y se diesse sepulcro honroso, aunque extraño, à quien dexò su patria descansando, por la utilidad de agena conservacion cuidadoso. Como el Sol alegra con sus rayos, y despide las tinieblas, el consejo prudente del buen viejo à todos sossegò con particular consuelo. Y asi de comun acuerdo siguieron à la Raposa, que guiaba al lugar donde succediò la desastrada muerte. Toparonle solo, y el mar menos enojado. Enviaban Exploradores, prometiendo premio à quiẽ el cuerpo descubriesse; quando un Lince brumete de innaccessible risco: Esperad, señores, daba voces, sepamos antes que bulto se acerca à nuestra ribera. Todos abrian los ojos con atenta curiosidad, daban, credito à los agenos, no à los proprios; tanto puede la buena opinion, seguros de la perspicaz vista del Lince. Esperaron mayor cercania del objeto, que apenas fue descubierto; y ya cada uno asseguraba infalible lo que no podia afirmar dudoso. Unos decian ser Auricrino muerto, otros Ballena. Este Tiburon, aquel casco de roto Navio; y no faltò quien dixo ser Neptuno Dios de las aguas, que venia à darles consejo en la peligrosa eleccion. El Lince en medio de tantos pareceres, dixo: No os canseis, señores, que sino es hombre, contadme entre los topos. A breve rato rompiendo las aguas, besò la arena Delphin veloz, en cuya espalda venia sentado un Cercopitheco, Simio caudato, de gentil

talle,

talle, y disposicion: hombre temedado de la artifice naturaleza en trage humano, vestido de damasco verde, naufrago dichoso de un Galeon Portugués, que forzado del impetu de la cruel tempestad se fue à pique: cuyo Capitan le traia entre otros milagros Orientales al Rey poderoso de España, y viendole luchar no ya con las aguas, sino con la muerte, el Delphin siempre amigo de la naturaleza humana, imaginando ser hombre, se moviò à compassion, y recibiendole en sus hombros le sacò salvo al deseado puerto. Venia el Simio tan seguro, y animoso, como pudiera Arion tocando su cithara, y cantando el propiciatorio Hymno à los marinos Dioses. En tanto, pues, que admiracion del bestial Senado dificultaba credito à los ojos, saltò el Simio en la margen, y abrazando con agradecimiento cortès al Delphin, uno se escõdiò en el mar, otro se manifestò à la tierra. Cercaron luego los naturales al Extrangero, y conocieron ser un Mono Gigante saludaronle, y respondiendo à la muda suspension, que tantas cosas preguntaban, dixo: Parece, señores, q̃ à vèr este prodigio, los mas nobles animales de la tierra se hã aqui juntado: Tuvieralo por cierto, à no ser mi venida caso inopinado: pues ganais por la mano en la pregunta, quiero satisfacer à vuestra duda, dixo el anciano Elefante. La competencia antigua entre aves, y quadrupedes, sobre los terminos, thesoro, nobleza, y magestad de nuestros imperios, por no convenirse arbitros, que señalamos, se remitiò à las armas. Eligierõ las aves cõ prudente acuerdo Reyna suya al Aguila. Nosotros enviamos Embaxadores al valeroso Principe Auricrino, Leon Africano, ofreciendole pacificamẽte al Reyno: y abreviãdo aventuras de dificultades, q̃ passò, y en otra ocasiõ sabreis; vino al fin, coronòse Rey; y cerca de la campal batalla, oy tuvimos nuevas, q̃ abrazado con un dragon le sorbiò el mar. Salimos à buscarle, y hallamos esta maravilla, no sin providẽcia de el Cielo, de la qual voz como sugeto podeis informar, si los humanos merecen saber mysterio tan divino. Biẽ cõcierta (dixo el astuto Cercopitheco, y en un instante fabricò este engaño) la relaciõ. Elefãte ilustre, cõ lo q̃ Apolo Scinthio, Protector del Africano, de nuestro Reyno, me cõtò: Yo soi (Capitanes insignes) Simio Cercopitheco, mi nõbre Monigrãdo, famoso como mis obras: mi dignidad Real, mi Reyno los desiertos de Etyopia, confinante al Preste Juan, de cuya enemistad las tierras fertiles cõ sangre derramada de una y otra gẽte, dã funesto, y memorable testimonio. No me acredito deidad, aunq̃ los Egypcios sabios, si supersticiosos me formẽ de oro, y doblẽ la rodilla, q̃ no es firme la grandeza sobre fundamẽto de soberbia; mi preternatural esplẽdor los deslũbra: humano soi, pero con tãtos excessos à los que no son divinos, como el oro hace à los demàs metales: *Effigies sacri nitet aurea Cercopitheca*. Esta maña-

na al tiẽpo q̃ elDios hermoſo ceñia corona de oro à las cabezas de mõtes aſperos, entrò en mi Palacio, y me deſpertò, ofreciendome la de vueſtro Reyno. Contòme la muerte laſtimoſa del Rey; y mandòme partir, dandome ſeñas (aunque mi fè no las pidiò) que hallaria en la ribera los principales Electores del Imperio. Dificultè la breve partida, largo camino, falta de armada, borraſca del mar, inſuficiencia, y flacos hombros para tan peſada carga. Mas obligòme con precepto forzoſo, y diò nuevo valor, diciendo, no en valde Jupiter ſoberano me hizo tan ſemejante à los hõbres, temidos ſiempre el exercito alado, y que la forma del cuerpo es carta recomendativa de la virtud del eſpiritu, y pues aquella me acredita entre algunos barbaros por hombre, eſtà con titulo mas juſto por alma racional: y pidiendo à ſu tio favor, bien pudiera hacerlo por ſi miſmo. Neptuno enviò al Delphin, que aveis viſto, en cuyas eſpaldas, dandome primero ſaludables conſejos, pueſto que univerſales de vueſtra policia, he caminado en medio dia mas de mil leguas, increible maravilla, à quien la preſente no huviera experimentado. Mil gracias te doi Apolo, que con tu ſabia diſpoſicion ordenaſte, ſe hallaſſen preſentes los que en ſu mano tienẽ la corona, porque ſin prodigio tan ſobrenatural, juſtamente à perſona de mis demeritos negaran obediencia tan invencibles como prudentes Electores. Que aguardais, Principes famoſos, (dixo el Elefante) quando el Cielo os envia Rey con milagro tan manifieſto? Por ventura quereis tentar ſus altos ſecretos, deſeando ſeñales mayores, y pidiendo que llueva eſtrellas, entre las quales baxe el Leon, ſigno celeſte, del modo q̃ eternamente aſsiſte fixo en el Palacio Real de ſu Zodiaco? Paz os envia el piadoſo Apolo en las forzoſas guerras civiles, que ſe eſperaban, abrazadla como es razon. Viva el valeroſo Monigrando, Rey digno de los Quadrupedes. Aclamaron todos con uniforme aplauſo, y voces feſtivas: Viva muchos años y levantandole en alto quatro Grandes, le llevaron con ſolemne triumpho, debido à ſus hazañas (ſi engaños lo ſon) à la Corte, y Palacio; en cuyo Imperiar Throno le beſaron la mano, que Real Ceptro ocupò, ciñendo corona de oro ſu vil cabeza.

O raro exemplo de fortuna! Oy te dieras à conocer quando tu deidad fuera oculta. Muger en fin defectuoſa; ciega que no minoras virtudes; necia, que no diſtingues merecimientos; loca, que no reparas en crueldades. Todo lo gobiernas temerariamente, arrojandote con impetu deſenfrenado, ſin juicio, ni razon; ſiempre inſtable, y en la mudanza ſolo firme. Quien ſin rueda veloz hiciera al Nadir infame de engaños, y baxezas, Zenit noble de virtudes, humillando à eſte, y levantando aquel con opoſicion diametral? Quien ſino tu à un Simio obedeciera Rey, hurtandole à la

muer-

muerte de ſus brazos? Y à un Leõ arrojandole en ellos tyranizàra corona dignamente poſſeìda? Pero dexando terminos profanos, quexas ſon inutiles, y pueriles las de ſu imperio, y vana deidad, à quien la ignorancia conſagrò Templos, erigiò Altares, abraſsò aromas, mudò ſexos. No ſiendo fortuna otra coſa, que accidentes de ſuceſſos inopinados, en los que con eleccion obran por algun fin: ſi bien ninguna coſa puede ſuceder acaſo, ò fortuitamente reſpecto de Dios, que todo lo quiere, ò permite, ſegun ſu infinita providencia.

APOLOGO II.

Lagrimas, ſus peligros en la malicia, ſu valor en la virtud.

EN tanto que el nuevo tyrano acreditaba cõ arte la ſangre, q̃ generoſa, y real negò naturaleza, ſubiendo del eſtado infimo por merced de un Delphin, al ſupremo de fortuna, la barquilla del fiel Eſcudero Pardalin, con el furor, que las olas ſacaron del puerto, libre corria ſin eſpuelas de remos los cãpos del inſano mar. No menos lo eſtaba quien fiò ſu vida à un leño en tã peligroſa borraſca. Deſmayos ſon del valor, temeridades, y temores. Eſtremos aborrecidos de la fortaleza; virtud que acomete grandes peligros, y aun la miſma muerte. Eſta como ſuele ſer cobarde al atrevido, y atrevida al cobarde, quando en ella libraba ſu mayor felicidad, levantaron los vientos un mõte de aguas, y arrojandole ſobre el naufragio temerario, le ſepultò como leve ariſta à una tierra no conocida, y entre eſpumas, obas, y arenas dexaron ſepultado, traſtornado ſobre èl la barquilla, tumba ya funeral de cuerpo caſi difunto. Atonito ſacudiò el animoſo Pardalin los miembros, deſpidiendo la peſadumbre, que le oprimia, y levantando los ojos, y palmas, dixo: O Cielo piadoſo, para mayores coſas me guardas; pues de peligros tales me defiendes! No me culpes ingrato, ſi me amas fiel: ya lo ſoi à tu voluntad, manifieſtala con luzes tantas, ò buſcarèla ciego. Las eſpaldas volvia el leal Eſcudero al mar traidor, quando piadoſamente cruel entrò junto à ſus pies al infeliz Auricrino, arrojado de una ola, que venia burlando cõ rumor victorioſo, valentias ſujetas del iluſtre Principe, libre ya del dragon, cuya muerte deſatò ſus eſcamoſos lazos, de otro modo indiſſolubles. Luego el Maurìrano ſolicitò ſu remedio, ſacãdole de la impia ſepultura, inclinandole en ſus brazos à la tierra, para que vomitaſſe el humor ſalado, y entre dudas de muerte, y eſperãzas de vida, lloraba deſte modo: Aora ſi, deſdichado ſeñor mio, el fuego del loco amor, que en el etna de ſu pecho fuè volcan encendido, eſtarà apagado, que ſi toda el agua del Oceano, como decias, era poca para vencer, y conſumir ſus llamas, oy confederandoſe con la muerte pudo apagarlas. Ha cruel amor! Ha fortuna cruel, obras ſon eſtas

de vuestra aljava, y rueda! Sois ciegos, què mucho? Un rapaz disculpa puede tener en la edad, que sus heridas procedan sin malicia, y sin razon. Mas tu muger mudable, como te muestras tan adversa à un Principe de ilustre fortaleza? Que esta sola puede hacerte prospera, si es verdad, q̃ cada uno la elige buena, ò mala por su manos. Mas ay! que el valor no basta muchas veces à impedir sucessos que consisten en poder, y engaño, siendo cierto que ninguno vive seguro. El poderoso, y valiente puede temer al desvalido, y cobarde, por ser tan facil con riesgo de la vida, quitarsela el mas vil, al mas encumbrado en bienes de naturaleza, y fortuna. Bien lo has conocido; pues un dragon perdiendose, te ha reducido à estado tan miserable. Mientras esto decia estaba Auricrino restituyendo al Occeano el agua, que ponia calma à su vital aliento. Estendiò los cansados miẽbros, y mirando atentamẽte à Pardalin; ò fiel (le dixo) compañero de mis trabajos, como sin ti me siguiò la muerte, y en tus manos me hallo la vida, para mayor dolor; pues perdì à Crisaura, robòla traidoramente el Pardal mi enemigo, y en tanta desdicha, ningun biẽ recibì d el mar porque à los dos quisieron anegar sus aguas: muriò el dragon, y à mi como cadaver despidiò à la ribera: su intento fuè darme muerte, y diòme vida (piedad indigna de agradecimiento) quitandosela al mõstruo, cuya armada cola cõ planchas mas que de azero, como cadena de dyros diamantes me privàra del ayre que respiro. Cobrò las perdidas fuerzas; retiraronse dos millas del mar, y en agradable sitio, adonde altas peñas impedian el Sol, entreteniendo la vista con arboles vestidos de fruta, opuestos à los riscos, que hacian espaldas, de cuya cumbre para regar sus plantas, se despeñaban, y rompian varios crystales, tributo de una clara fuente, desperdiciando prodigios, ò comunicando liberales à unas vecinas flores, perlas, y arenas de oro. Combidados de su licito murmurar ẽtre guijas risueñas, y de suaves zefiros, ya jugando con las aguas, ya con las hojas, despedazaron quatro conejos, que la fertil tierra liberal presentò. Comieron, y platicando en la passada fortuna, y llorando el robo irremediable de la hermosa Crisaura, y su muerte, que la inclemencia del mar, y desconfianza de ventura propia persuadian cierta; faltos de todo consejo, engañaban los ojos cõ fingido sueño. No bien una hora avian reposado (si reposo puede dàr un fuerte combate de tristes pensamientos) quando estruẽdo de armas, y Cavallos los alterò. Aplicando el oìdo, inclinaron los passos por donde el viento formaba, y no lexos descubrieron dos Caballeros armados, que valerosamente estabã combatiendo. Admiraba Auricrino, siempre aficionado à tales, ò semejantes exercicios, tanto valor, y bizarria, su furia en acometer, su destreza en retirarse. La disciplina militar de los Caballeros, à quien

con

con razon juzgò se debian milagro sas hazañas, que Historias cuentan, no menos que à sus dueños. Tanto se acercò, que siendo visto de los Cavalleros, como si huvieran olvidado la ocasion de su guerra, se vinieron contra Auricrino. No le alterò una gota de sangre el temor: antes su valor le incitaba à defẽderse, y aun acometerlos; mas la nobleza de corazon le aconsejaba justificasse primero la causa: y assi haciẽdo señas de paz, dixo: Valientes Cavalleros, no el afecto de adquirir injusta gloria os mueva, si pensais que este deseo me ha traido à vuestra presencia; amor de las armas, y gusto de ver vuestra gallardia me detiene. Y si de alguna autoridad del Rei de los brutos cõ los hombres, quisiera terciar pazes, como en mi arbitrio renũcieis la causa. Estrañaron los Cavalleros la humanidad del Leon, y cada uno se tuvo por dichoso en su venida; pues quitaba la muerte de los filos cansados de sus espadas, que igual victoria prometia. Levantaron las viseras, y fablò Vaguimundo desta guisa: Nosotros somos (Leon generoso) andantes Cavalleros, de los que buscando arduas aventuras por el mundo, arriesgando su vida desean hõra, y fama, no consintiendo alevosias, ni traiciones: cà nuestro oficio es, conservar derechos, enderezar tuertos, y emendar desaguisados. Oy el hado precioso nos guiò à esta encruzijada, donde sin duda nos aguarda ocasion de gran presa, que ocultan estos arboles espesos, y tajados riscos, como marmoles inmobles nos detuvo, cuyos tristes acentos piedras enternecen, quanto mas humanos corazones. Cuidamos ser prisionera de algunos Salteadores malandrines, o Gigante descomunal, y à qualquiera de nos toca, à ley de buen guerrero, no consentir tan desmesuradas sandeces. Además, que si es Infanta, ò Princesa de alguno de los encantados castillos, que sobre estas rocas veis, cuyos estremos se pierden entre nubes, serà el Cavallero, que la socorriere, entre todos los del mundo afortunado. Con la justa ambicion desta gloria, y rezelo de perderla, dice cada qual de nosotros, que es el escogido, por ser llamado, repitiendo nuestro nõbre otra vez, cuyo dueño ignoramos: tambien q̃ oyò primero las dulces lagrimas de la doncella, y que debe darla socorro; mas como esta honra no puede seguirse sin concertarnos, remitimos à las armas empressa de tan estraña aventura. Por cierto, señores (dixo Auricrino) el intento es justo en quanto libertar la doncella; y las armas escusadas, donde tanta parte puede tener la razon. Emprẽdase la aventura por todos, y si à esto contradice la ley inviolable de vuestra Cavalleria, yo sin interès me ofrezco à la batalla, y en manos de la dama, y del amor se remita el premio, que uno de los dos goce. Vinieron en este parecer, y acercãdose oyeron el lastimoso llanto, q̃ los enterneciò. Y para proceder con recato, enviaron espia que reco-

conocieſſe el cāpo, fue un eſcudero de los combatientes, y à pocos paſſos ſe hallò mas dentro de los enemigos, q̃ quiſiera: pero como iba entre arboles, no fue viſto. Trocàra los pies por alas, y diòſelas el miedo tā ligeras, que apenas aſſentaba las plantas en el ſuelo. Llegò perdido color, y aliento, y en largo eſpacio no le diò licencia el temor para hablar, que no poca ſuſpenſion fue entonces, y deſpues entretenimiento à todos la eſcuderil flaqueza. Ya pues tragando palabras, y alcanzado de reſpiracion, dixo: Algun infernal eſpiritu en figura de fiera informe, y terrible igual à un monte, es guarda deſte boſque, y de la dōzella, cuyos ſuſpiros os anuncian la muerte; y otro animal horrendo es ſu tercero, y complice, el qual os llama por vueſtros nombres. Volveos por Dios, ſino pretendeis el abominable ſepulcro de ſus entrañas. Sonriòſe el Leon de ſu encarecido miedo, y entrando con ſilēcio vieron un eſpātoſo Cocodrilo de increible deformidad, que traydoramente imitava tiernas lagrimas de una donzella. Excedia ſu longitud à veinte codos, y es probable, porque entre los animales, es propriedad ſuya crecer mientras vive. Saliò de un caudaloſo rio, que cerca deſagua en el mar, y hambriento eſperaba cō muſica engañoſa alguna preſſa: abierta la fea boca, à quien naturaleza negò lengua; dientes cōforme al cuerpo, y por eſto disformès: ojos ſañudos: frente torba, y cuello levantado: veſtido el cuerpo de conchas rebeldes al mas agudo filo. A un lado entre eſpeſſos xarales deſcubrieron una cruel hiena de aquella Cocodrila hermoſura, y aleves lagrimas, alcahueta falſa, que halagueña, y cariñoſa ſolicitaba paſſageros aprendiendo ſus nombres, y repitiendolos oculta; engaño, que aun oy temen los paſtores; porque algunos, ſiguiendo los liſongeros halagos, han perdido las vidas. Eſte fiero animal huyò luego; viendo que la ocaſion preſente no aſſeguraba ganancia, antes amenazaba perdida. Volviòſe Auricrino à los Caballeros, admirados de tal fiereza, y dixo: qual de voſotros, ſeñores, quiere probar eſta aventura? Penſativos, y dudoſos eſtaban de la empreſſa, no por cobardia, mas por q̃ no ſe juzgaſſe temeridad acometer enemigo, cuyas armas no podian ſer falſeadas de ſus azeros, impenetrable à la muerte, ſino por la inferior parte del vientre, afuer de encantado Orlando, por la planta del pie. Mas el eſtimulo honroſo de adquirir fama, olvidava eſtas dificultades, y aſsi cada uno queria ſer el primero, que ſolo probaſſe ſus fuerzas con el Cocodrilo. Conocida ſu determinacion, dixo el Africano: Caballeros, à mi toca como Rey de los brutos dar caſtigo à eſte traydor, por tanto dexadme ſolo cō èl. Replicaron ſer mas acertado acometer juntos, citando leyes de Caballeria, que no obligan cō traydores. Reprobò eſſe partido el Leō, y aſsi ſe conformarō à ſu voluntad. Diſpuſo à los Caballeros, que tomaſ-

massen los passos de un lado, facil à la huida (lo demas del campo esta ba cercado de altos peñascos) por si conociendo ventaja, y temeroso de ser acometido de todos, intentasse arrojarse al rio. Hicieronlo como les fue ordenado; y los dos Escuderos se asseguraron en dos altas peñas, à quien solo el miedo pudiera ser escala, y dar la mano. Volviò la cabeza al ruido el fiero Cocodrilo; y viendo los Andantes armados ocupar intrepidos la entrada, intentò cobarde fuga; que aun en esto imita à las mugeres, hayendo desdeñosas de quien las sigue, siguen amãtes a quien las huye. Mas viendose cercado de enemigos, la desesperacion le revocò su natural braveza, y esperò, q̃ le acometiessen, convirtiendo lagrymas en roncos, y desaforados silvos. Respondiòle el Magnanimo con un rugido naturalmente à todos los animales espantoso, que acompañado de Pardalin entrò à la palestra. Retiròse el Escudero: y como herido el corazon por los oìdos de mortal assombro, revolviendo el bravo Cocodrilo, quisiera tener delante un exercito de hombres en quien romper su furia. Y menospreciando los que le cerraban el passo, porq̃ muchos de aquel modo havria sepultado en la boveda de su estomago; reparò con algũ sobresalto en el valiente Africano, que sacudiendo guedejas, amolando colmillos, descubriendo uñas, hiriendo piedras, castigando uno, y otro lado con la cola, y arrojando rayos por los ojos, daba muestras de acometer. Entonces el fiero animal, confiado en sus diamátinas armas, se fue para èl, dando por acabada la batalla, al primer golpe de su errada cola, ò à la primera pressa de sus dientes. Mas el Leon valiente, y diestro, hurtandole el cuerpo con ligereza, oprimiò sus espaldas, en las quales clavando las uñas, se asseguró. Y en tanto que con ligeros brincos juntaba cabeza con cola, arrãcando al revolver los arboles de raiz: de otro salto le ganò el bronco cuello; y haciendo pressa los dientes en èl, cõ las uñas prendiò una, y otra quixada, y arrojando sus fuerzas en los brazos, rasgò la cabeza en dos partes. Ancha puerta quedò à la muerte, que entrando puso fin à la guerra, resistiendo flacamente à su guadaña, cuerpo, y cola del villano monstruo. Sucediò luego festivo aplauso en el corto Senado, de tan insigne victoria, digna de Romanos Circos, y Amphiteatros: y llevando los dos Escuderos, cada uno media cabeza por despojos, se fueron à descansar, y cenar en verdes alfombras de yerva, y flores. Acabada la cena, Pardalin reprimiendo mal la risa, que por los ojos sin licencia queria salir, dixo à los Caballeros: O famosos varones, cuyo valor es digno de eterno laurel, y à quien unas lagrymas pusieron en mortal peligro, por dar libertad à su dueño; hermosissima doncella, quiẽ de vosotros se ha de casar con esta gallarda Lindabrides, Princesa de alta

guisa de hermosura tan apuesta, y lindeza tan sin par? Quien lidiar cõ essos Jayanes descomunales, y sandios, que la guardan? Quien deshacer à fuerza de brazos, y de valor sus encantos? Quien falsear el fino temple de armas, que en desesperada ocasion por los ayres traxo Urganda la desconocida? No os espanteis, señor Escudero, respondiò Florivano; que amor ciego, y cortesia à mugeres debida, nos hiciera creer uno por otro. Esse es un error, en que los hombres vivis; biẽ que el Cielo os dotò tan soberano entendimiento, que aun yo con no igualaros, conozco. La culpa de vuestro apetito ciego dais al amor lince; y es lo mismo, que no solo en esta oculta selva, pero en todo el mundo acontece: que por unas lagrymas falsas, por una falsa hermosura, que al mejor tiempo falta, pensando ser Princesa de las glorias, poneis à riesgo la vida temporal, y eterna, y os entrais (olvidando la virtud, virgen hermosa, y divina) por vocas de Cocodrilos, que os sepultan en el Infierno. Este no es error? Què digo? Esta no es locura? Y que por tan vil engaño os dexeis vencer de las passiones, enemigos domesticos mortales? Y tengais perpetua guerra con vuestros hermanos, à quien debe amar cada uno como à sì mismo? Lagrymas os vencen? Lagrymas, quinta essencia, que alambicò la flaqueza en el vidrio de la muger? Acciõ tan propria suya, q̃ miente la que pretende hacerse fuerte, y dar à entender, que las tiene olvidadas. Estas son de dos maneras, de verdadero dolor, y de traydores engaños; porque la muger, ò ama, ò aborrece: estremos son sin medio: si aborrece, sus lagrymas son veneno vẽgativo: si ama, son efectos, ò causas de crueldad, segun distintos respectos: à lo menos el Poeta à crueldad las atribuye; por esso dice Ecloga decima:

Nũca el amor cruel se viò de lagrymas
Harto: nunca la grama de arroyuelos:
La codiciosa abeja de Ansio:
Ni de hojas verdes la golosa Cabra.

Y quien vence estas lagrymas? El varon fuerte, Leon generoso, Rey de sus passiones, à quien manda, y sujeta, como fieras rebeldes à la disciplina racional. Dais tambien oìdos, y aun en primer lugar solicitais las terceras de vuestros gustos: Gitanas cautelosas, Hyenas crueles, que os llaman, y provocan, ya escusando faltas, ya mintiendo meritos, ya supliendo descuidos, ò acuerdos de amor: y todo por su interès, y vuestra desdicha. Bueno està (dixo Auricrino) que ignorancia no los escusa en tan conocidas verdades: passion los precipita, malicia los condena.

Aqui determinaron passar la noche, y antes de amanecer nuevos llantos, y gemidos, que por todas partes se oian, interrumpieron su sueño. Levantaronle con sobresalto, y escarmiento del passado peligro; y por no caer incautos en algu-

guno, esperaron que amaneciesse. Con la luz creciérõ los miserables lloros de diferentes sugetos: *Ferit aurea sydera clamor*; la muerte, y exequias pudieron presumir de quantas Nymphas venerã aquellos mares, arboles, fuentes, montes, y selvas. Nereides, Hamadriades, Nayades, Oreades, y Napeas; ò las escuelas de Heraclio, el Philosopho, lloraduelos, cõ todos sus discipulos llorones: *Crudelis ubique luctus, ubique pavor, & plurima mortis imago*; pero no tardaron en declarar, se, que distintas causas afligian à los dueños de tãtas lagrymas. Oyeron una Leona, que pretendia con terribles lamẽtos resucitar los cachorros recien nacidos, imaginandolos muertos; hasta que passados tres dias despertaron de aquel profundo sueño. Muchos Abestruzes, haviẽdo escõdido los huevos en la arena, no los hallãdo despues, con tristes llantos execrabã las humanas insidias. Dragones espantosos, ahora mas les parecian, llorãdo infaustamente por dos diversas desdichas. Unos, porque acabado el valiente desafio, q̃ suelen tener con sus enemigos los Elefantes, salian heridos en la cabeza, miẽbros mas flacos, respecto de las colas, donde tienen su fuerza invencible. Otros, porq̃ ternissimos amantes de hermosas dõcellas, à quien suelẽ afectuosamente abrazar, haviẽdose casado, y huido, amorosos llorabã su ausencia, horribles gemian sus zelos. Los Pavones, temiendo perdida su hermosura, porq̃ impedidos del negro velo de la noche, no la veìan, lloraban necios en voces desentonadas su imaginada fealdad. Los Autillos, aves nocturnas, con miseras lamẽtaciones, todo lo inficionabã de tristeza. Viudas Tortolillas, sentadas en ramos secos, gemian su viudez. Filomelas dulcemente lloraban la traycion de Tereo. Las Vides tambien el oficioso rigor de podadores, q̃ despues alegres agradecian cõ frutos colmados de racimos. Los arboles desperdiciaban lagrymas de balsamo, inciẽso, myrrha, y otros fragrantissimos aromas. Hasta el Alva llorãdo reìa, y riendo lloraba perlas, q̃ en hebras de oro ensartaba el Sol. Reìan tambien, llorando las fuentes, y arroyuelos aljofar, y crystales; y finalmente, el verde prado mezclaba con risa lagrymas de sutil rozio.

Confusos, porque ignorantes se hallaban, principalmente los dos Caballeros, Florivano, y Vagimũdo, viendose cercados de tantos llantos, y desdichas. Què selva infeliz de lagrymas es esta (dixerõ volviendose al Africano) que jamàs estruendo tan lamentable ha cõbatido nuestros oidos, y corazones, ni trabajos tan exquisitos, y dignos de dolor hemos visto? Por q̃ estais sordos, y ciegos? Respõdiò el prudente Leon: Esta selva es imagen del mundo, ò por mejor decir, el mismo exemplar. De las verdades mas indubitables, y de sabios mas cõfirmadas, es llamarle cõ toda propriedad Valle de lagrymas. Cono-

cenlo, porque tienen verdadero dolor de las desdichas de sus proximos. Ven con luz de verdadero desengaño los principios de donde se originan sus males, y sus bienes, y dàn atentos oìdos à la razon, que con leyes naturales los persuade. Los Leones, que con lamentables rugidos despiertan, ò resucitan sus hijos dormidos, ò muertos, son los padres, que desean afectuosamente hijos, y con igual afecto los aman. Mas estos naturales desvelos, y gustos, con quantas penas, dolores, y lagrimas se cambian, y recompensan! Assi por despertarlos de los profundos letargos, que se provocan con deleitosos veleños, y aparentes hermosuras, como para resucitarlos de mortales vicios, en que voluntariamente estàn sepultados. Estos mismos, pero culpables, son padres abestruzes, que engendrando, y pariendo los hijos, por bestial descuido suyo, se los roban los cazadores, crueles Principes de las tinieblas, solicitos, y diestros en espiar sus nidos, y despues vierten lagrimas irremediables. Quien son los dragones, sino unos hombres enemigos de la paz, que continuamente en sus pechos fomentan odios, emulaciones, è invidias, descorteses, vanos, necios, y barbaros, que ocasionando à los buenos, vienen despues de graves ofensas, que los han hecho, à pagar su loca soberbia, sino en vida, en muerte, con la que padecen bestial de dolores de cabeza, q̃ como siempre la tuvieron tã desvanecida, los conviertẽ en polvo, y vanidad. Estos mismos Dragones enamorados, son los amantes ociosos, voraces de agenas hõras, y virtudes; de cuyas pressas ninguna honestidad de muger està segura. Alhagã tiernos, obligan cõstantes, preciansé dignos; y al fin son abominables Dragones, que rien culpas, y lloran zelos. La necedad de los Pavones, es agudeza ingeniosa cõparada à los Narcisos, q̃ se usan; aquellos si despliegan su vana rueda, mirãdose à los pies la encogen, y se humillan; estos en los pies se complacen tãto, como en la cabeza, puesto q̃ no hacen mucho, sino tienen mas sentido en ella, q̃ en ellos. Su contentamiento, y felicidad està en su presumida belleza, y gala; y si esto pierden, se lloran para siẽpre perdidos. Los Autillos symbolizan la gente lucifuga, llena de pecados, y miserias: estas llorã, pero no buscan la luz de verdad. Y no solamente los malos lloran en esta vida, los buenos tambien; porque todos padecen, aquellos para multiplicar desdichas hasta la ultima, y eterna; estos para acrecentar bienes hasta posseer el ultimo indefectible. Lloran las castas Tortolillas, y tãbien las castas viudas su soledad, sujeta à trabajos. Lloran las Filomelas, los Justos, y Santos, las traiciones del mũdo, y de todos los cõtrarios, q̃ tiene la virtud. Llorã las vides, y los deseosos de aprovechar en el bien, quando los sabios aconsejando, reprehendiendo, y castigando, limpian, cortã, y mortificã. Lloran los Arboles los desenga-

ñados heridos con rayos de el Sol Divino, incienso, balsamo, y otros aromas, lagrymas ardientes de amor, y charidad, myrrha amarga de contricion, y penitẽcia. Y en medio de tantas lagrymas no faltã algunas risas (no hablo de la risa del mundo, que esta es llanto, principio del eterno) rie el Alva, rie el alma justa; pero llorãdo perlas, q̃ su Criador de gracia la diò. Rien los arroyuelos, y fuentes, las buenas conciencias, llorando crystales puros de claras obras. Rien finalmente los prados, y corazones, recibiendo en sì, y hermoseandose con lagrymas de celestial rocio, sobre esmeraldas de esperanza, y flores de virtudes.

Deseosos estaban los andãtes Caballeros de huir de aquella selva de lagrymas, violẽtãdo el entendimiẽto, para que no abriesse los ojos à la luz, que con su doctrina los daba al Leon, y la volũtad viniesse à seguir su desẽgaño. Respondierõ con fingidos agradecimiẽtos; mas à la verdad ellos poco caso haciã de lagrymas agenas; y por escusar las proprias, se despidierõ de Auricrino, el qual los aconsejò de nuevo, pues eran hombres: se preciassen mas de las fuerzas, y virtud del alma q̃ del cuerpo: acordandolos, que la mayor victoria es de sus passiones, y en lo contrario degeneran de la racional, à la naturaleza de brutos, y ultimamente, que huyes voces de Hyenas, y lagrymas de Cocodrilos.

APOLOGO III.

De lo soberbio, y su desengaño en el castigo.

COmbatido de varios pensamiẽtos caminaba Auricrino, y aũque immoble à los encuentros de fortuna, recelaba, que la borrasca de sus passiones, mas terrible q̃ la que padeciò en el mar, turbasse al Piloto entendimiento en el pielago de su vida, inquieta con repetidas olas de trabajos. Quando el incierto camino se puso debil rumor de bronce, que lexos animaba el viento, y ya con flacas fuerzas, y casi difunto llegaba à los oidos. Atentos escuchaban, sin determinarse al juicio, de quien interrumpia el silencio de tanta serenidad. Esperaron, que se declarasse, y sucediò increible confusion de Cazadores, que à pie, y à caballo representaban, no ya la imagen de la guerra, sino su exemplar. Venian acompañados de lebreles, sabuessos, y otros perros obedientes à las voces de sus dueños; discurriendo por todas partes, como locos, que en vano acometian, y se retiraban, porque no se descubria osso, javali, ò venado, en quien emplear sus diẽtes. Levantaron los ojos, y vieron densa nube de pajaros generosos, valiente honor de la cetreria. Alli los Azores perdian el nombre de perezosos; porque se apresuraban con tal ligereza, como si en Noruega, la brevedad de el dia los

amenazàra con falta de sustento. Los Neblíes buscaban sus ocultos nidos en las nubes. Los Sacres diestros, sino aleves, con angulos engañosos asseguraban la caza. Los robustos Girifaltes, enemigos comunes de quanto inquieta à la aerea Region. Españoles Baharies, furiosos Alateos, y Bornies Africanos: fatal ruina de su Republica temiò el imperio libre de las aves, viendo ocupar su Orizonte exercito tan poderoso de los mas valientes soldados, que jamas exercitaron corbos picos, y fuertes uñas: escondieronse en sus nidos; y mirando por celosias de ramas, y hojas, temerosas esperabã el fin de aquella guerra. Auricrino, y Pardalin estendian la vista al termino de su esphera, y no hallaban Garza, ò Aguila, q̃ huyesse, ò resistiesse tanta furia. Quãdo un valiente lebrel, huyendo la esquadra cazadora, saludò cortès al Africano; y siendo correspondido, levantò los ojos, diciendo con un profundo suspiro: Hasta quãdo, Cielos piadosos, la fortuna ha de traerme en su mudable rueda? Hasta quando los humanos han de vivir sin juicio, y obligar à quantos los servimos, q̃ le perdamos? Muera yo en estas soledades, y no vuelva à su cõpañia, q̃ ningun descanso mayor me puede suceder, q̃ la muerte; pues mas trabajosos siempre hã sido los años de mi vida. Con razõ estareis admirado, Rey invicto, de aparato tã sumptuoso, y terror tan phantastico; y mas siendo hombres los dueños de esta caza: Delirardo, mi señor, que es un Principe de los mas ilustres del Reyno, esta mañana despertò à la voz de un Ruiseñor, q̃ en el jardin hacia salva à la Aurora. Encendiòse con el amor de tan suave harmonia, tanto q̃ no estimaba su nobleza, thesoros, y fama, sin la possession de gusto tã humilde. Quiso cogerle; mas apenas lo advirtiò la Filomela, quando levantandose sobre el viento, se escõdiò a sus ojos, que tristes la seguiã. Quedaron llorando la corta suerte de su dueño, el qual despertò a grãdes voces toda la familia, maldiciẽdo su pesado dueño; y mãdò aprestar lo necessario, y lo superfluo para caza de monteria, y cetreria: que no quedasse caballo en pesebre, perro en trahilla, halcon en alcandara, sino que todos saliesse à dar caza à un Ruiseñor, que por el viento le llamaba gusto, y sossiego. Salimos à fatigar la selva, y peynar el viento, para cazar cansancio à costa de tãtos thesoros, y del tiempo, q̃ es de todos el mas precioso. A este tiempo vieron venir un caballo tã ligero, que apostaba cõ los Sacres mas velozes: resumiendo el cuerpo en breves globos, hiriendo tierra, y ayre con los herrados callos, rompiendo cinchas, hollando riendas, y esmaltando la blanca piel del pecho roxos granates, en que convirtiò la espuma el vocado con ser de oro. Enfrenò al desenfrenado bruto la presencia del Leon, y humillòse a besar sus pies, que no consintiò, antes levantandole del suelo, mandò, que le quitassen el freno, y

le

le limpiassen el sangriento humor de la voca. Cobrò con esto alguna quietud, y dixo: Como el Principe Delirardo divertido, y arrebatado de su loco deseo, puestos los ojos en las nubes, le hizo mal con tal rigor, que le forzò â saltar una quiebra, que las corrientes avian hecho; y siendo desigual la distancia à su ligereza, quedaron los pies casi en vago, y perdiendo riendas, estribos, y silla, midiò sin sentido la tierra: y libre de sus manos, huyò tantas locuras. Mientras esto passaba, los criados avian sacado à Delirardo de la fossa, y aunque tratado mal del golpe, quiso volver à la silla; mas Auricrino le reprehendiò de esta manera.

Posible es, hombre barbaro, indigno del thesoro racional, que el Cielo infundiò en este vaso terrestre, que una avecilla te obligue à tal inquietud, y gasto tan excessivo? Y que te prive de razon para no emplearla en cosas mas importantes? Quanto mas fructuoso fuera el tiempo, que pierdes en estas vanidades, ganarle con igual desvelo en alcanzar los dones sobrenaturales, que enriquezcan tu alma eternamente? Debierate desengañar la peligrosa caida del Caballo; que quien se ocupa en cosas de aire, mas veloz camina al centro de la tierra. No condeno el loable exercicio de la caza, imagen de la guerra, y ensayo de sus facciones: los excessos abomino, y en lo moral sus viciosos extremos. Inutil avecilla es el cargo, el oficio, la plaza, y la dignidad, q el pretendiente solicita cō medios indignos, gastando tiempo, y hacienda. Inutil avecilla es la honra, si aviendola dado caza, nuevas arrogancias caza en ella, vinculandolas en su mayorazgo, sin un pensamiento de hacienda libre, que pueda volar al Cielo. Inutil avecilla es la hermosura, por quien el hombre consume dineros, y vida: y quando la dà alcāze, goza una sombra, breve flor, falso bien, deleitable enemigo, ageno thesoro, veneno de los ojos, muerte del alma. Inutil avecilla es todo deleite, cuya esperanza promete mucho, y su possession es nada; pues solamente perseveran las buenas obras. Y finalmēte, menos que avecillas inutiles son todas las cosas del mundo; pues son vanidad de vanidades, y por qualquier parte, que se miren, toda es vanidad. Assi persuadia el prudente Auricrino à Delirardo, y en èl poca impression hacian sus palabras, que estaba mas atento à los halcones, y perros, si le traian nuevas del Ruiseñor, en quien tenia ocupadas sus tres potencias. Quando de una nube, como rayo se dexò despeñar un valiente Neblì, à quien seguia todo el alado esquadron, y humillandose al Caballero, le puso en las manos la rendida Filomela. Grande fuè el contento del necio Cazador por la victoria de sus Capitanes. O quanto ciega una passion! En semejantes vanidades se gasta el precioso tiempo, una vez ido irrevocable. Perdida la mayor, que podemos hacer, por-

que todas las cosas sō agenas, fortuna las da, y quita; el tiempo solo es nuestro, voluntariamēte se pierde por fuerza; mientras vivimos, nadie es poderoso à quitarle: èl insensiblemente huye del que no le estima: por esso tiene alas. Y siendo esto asi, que caza mas provechosa, ni mas gustosa que la del tiempo? Caza de sabios, porque los dias son breves, y llenos de miserias. Hizo merced Delirardo al Neblì, prometiendolas à sus criados, y despidiendose del Africano, tomò las riendas. Mas ofendido el Leon, que en un animal racional tan sinrazon cupiesse, y de su obstinada protervidad: paso el freno, y silla al Caballero, y obligò à un cazador, que subiesse en èl, diciendo: Ande como bestia, quien como bestia vive. Quisieran sus criados vengar estos desprecios; mas temieron al bravo Leon; y asi Delirardo, por escapar sus garras, ya tropezando, ya cayendo, caminò à su Palacio algo consolado cō el Ruiseñor, que llevaba. Alivio falso de aquellas verdaderamēte afrentas: que quien pone su gusto, y fin en el amor, en el juego, en la hacienda, en la vana pretension, y deleite, à veces llega a sufrir infamias.

Lleno està el mundo (dixo Pardalin) bosque intrincado de semejante caza, y cazadores: Unos lo son de moscas, como Domiciano, y estos pierden el tiempo en cazar cosas inutiles, y frivolas. Otros andan à caza de gangas, y se pierden, presumiēdo cazar algo, y passado el dia, llega la noche de la muerte, y se hallan burlados, las manos vacias de buenas obras. Cazadores hai de volateria: estos se cansan, y gastan en cazar aura popular, ambicion, y vanidad. O quantos se hallan de Zorras, y estos se cazā à sì mismos! Ellas tambien cazan robando, y si no roban, es à mas no poder: encubrē la maldad, violentan la virtud, por quien se dixo: Trabajo tiene la Zorra, quādo anda à grillos. Otros son cazadores de Liebres, y Venados, cuya caza no es de gente valerosa, ni se puede llamar imagen de la guerra; porque lo han con quiē huye, y no resiste; perseguidores de la innocēcia, armados contra la desnudez, y valientes entre cobardes. Finalmente, hai muchos cazadores de Ossos, Javalies, Lobos, y otras fieras; estos cazan peligros, y son cazados dellos. Vàn à caza de deleites, y hallanlos màs caros q̄ si los compraran, ò hablando propriamēte se venden al deleite, y el deleite, se dà a sì mismo en precio, y los hace esclavos.

Què bien sintiò (dixo el Lebrel, q̄ cansado de la humana compañia, se dedicò à la de Auricrino) el Filosofo, q̄ llamò al mundo grā casa de locos, cuyos rectores sō los virtuosos, y estos sō pocos. Estaba desēgañado (dixo el Africano) y por esso me persuado, que ahora, quando la fortuna cō tātos trabajos nos desēgaña, nos abre tābien los ojos, para vèr clara esta universal locura. Si miro la selva, q̄ dexamos, toda es de

la-

lagrymas, y estas provocadas de la locura. Si por estos cãpos estiendo la vista, veo un valle de nuevas lagrymas, y no cõ mejor juicio vertidas. Insanos llamã los Latinos (dixo el lebrel) à los locos. De la qual etymologia, estãdo en lo moral, y natural, podemos inferir la razõ de vuestro acertado parecer: como ay enfermedades del cuerpo, los ay de los animales. El cuerpo enfermo no es sano; y el animo enfermo es insano; q̃ los mas de quãtos vivifican padezcã alguna enfermedad, quien no lo conoce? Vnos enfermã de soberbia, otros de avaricia: estos de luxuria, aquellos de envidia; y asi de los demàs vicios. Bien dicẽ (cõfirmãdolo Pardalin) q̃ si la locura fuera dolores, en cada casa huviera voces: Hayamos, pues; si nos es possible, este valle de locas lagrymas, y escalemos estos mõtes, que soberbios nos quierẽ impedir el passo à mas alegre, y cuerdo clima; y para alivio del cãsancio os contarè una Historia, q̃ oì à una buena vieja de mi avuela, y aora la califico verdadera, q̃ sino demuestra tan philosophicamẽte la conclusion propuesta, de que el mundo es una grã casa de locos, gobernada por algunos pocos cuerdos, à quien el Cielo graciosamente preservò de tanto mal, à lo menos en lo moral lo confirma con igual eficacia. Mandòle Auricrino, que la contasse, y queriendo comenzar, la difiriò por entonces con esta ocasion.

Un soberbio monte, que descollãdo entre los demàs sobre las nubes, presumia coronarse de Estrellas, se levantaba en el valle de lagrymas, que huìan los brutos avẽtureros. Al escalar sus asperezas, encontraron algunos humildes arroyuelos, y fuentecillas, que fugitivas corrian, despeñandose por aquellos riscos. No solo murmuraban entre diẽtes, como suelen, sino que à voces llorabã, hechos lagrymas sus desdichas. Rogòles el Leõ se detuviessen, y le contassẽ la causa de sus dolorosas quexas. Al detenerse respondieron, que perdonasse; porque agua detenida se dispone à corrupcion. Quanto al contar la causa lo tuvieron por bien, y dixeron, que huìan la cumbre de aquel monte, habitada de soberbios; y como fuentecillas, y arroyos siempre sõ humildes, no se podiã cõpadecer en su aspera cabeza, soberbia, y humildad; y asi baxaban al valle, sin detenerse un instãte, hasta llegar, si les fuesse possible, al centro de la tierra. O humildad (replicò el Leon) compañera de la pobreza, y enemiga de faustos, y tesoros! Cuerdos discurris en vuestra conservaciõ; mudareis estado, y el estado os mudarà. Decidme, fuẽtecillas, y arroyuelos humildes, y despreciados, como tã presto olvidais la baxeza de estos principios, quando à pocas leguas de vuestra peregrinacion, caudalosos por las riquezas, adquiridas con el favor del tiempo, y la fortuna, sois rios poderosos y soberbios; tãto, q̃ despreciãdo el primer nombre, le trocais por otro campanudo? Tu, que

te

te llamas la fuentecilla de la Hormiga; aquella la del Sauce, este arroyuelo el de la Rana, aquel de aguas frias, despues sois el rio de la Plata, el Pactolo, el Ganges, y Marañon. Y à los riachuelos, que en vosotros entran, y os crecen el ser, por indissoluble union de matrimonio, borrais los nombres, y memoria con tanta altivez, que negais su parentesco; y si os fuera possible vomitar sus humores, aunque à vueltas perdiessedes parte de la vida, lo hicierades. Quien seria el atrevido, que os dixesse algunas calidades de vuestros ascendientes, sin morir ahogado entre vuestros brazos? Quãdo desaguais tan soberbios en el mar, que os teme enemigos, y os desdeña vassallos, sustentando armadas de naos, y galeazas en vez de juncos, y canoas, reuniendo muchas leguas dentro del Mediterraneo, Sur, y Occeano, su salobre amargura, casi presumiendo reducir à vuestras dulces delicias los ritos, y costumbres honrosas, si asperas del Imperio de Neptuno; acordaos de algunos costados de vuestra pobre, y obscena ascendẽcia de vuestros avuelos, inmundos Esguevas, y de vuestras avuelas cenagosas lagunas, domicilios de sapos, y culebras. Volved los ojos, quando os veais favorecidos del hijo de Saturno, de la tierra, y de las nubes, en medio de vuestros Palacios de crystal sumptuosos, y profundos al origẽ de tanta grandeza. Humillad el cerulico tridente: trocad la corona de coral, y margaritas, en corona de ovas, y espadañas. No imiteis en esto; que es verguenza al soberbio linage de los hombres, muchos de los quales naciendo ayer en las Malvas, oy se quieren hacer lugar en los Palacios, Republicas, y Cõmunidades, y mañana se los lleva el viento. Los que guardaron cabras, y las vendieron bien, ya son Cabreras: ayer nacieron sin nombre, oy enriquecen, y mañana son Enriquez, porque ayer hurtaron, y siempre mienten, oy son Hurtados, y Mendozas.

Seguro estoi (dixo entonces, haviendo estado atento à la conversacion un extenuadissimo arroyuelo, que à las espaldas murmuraba, y apenas podia sacar la voz del cuerpo) seguro estoi, que no dirèis esso por mi señor Leon. Pobre, y humilde nazco; pobre, y humilde muero. Quien es este cuitadillo (preguntò el Africano) El humilde Manzanares (respondiò la fuente de Sauce) Volvieron todos à mirarle con mas atencion, y preguntòle Auricrino: Vos sois Manzanares el humilde? Huelgome averos conocido. Pero decidme: Esse ilustre renombre de humilde, que os honra ya como proprio, y solariego teneisle, porque passais à vista del mayor Monarcha de la tierra? Que esso no serà mucho; pues à los pies de tanta Magestad el mar se humilla, y rinde su indomita cerviz, dãdo passo à los Españoles Leones en invẽcibles armadas, que la ganaron, y conservan la Corona de dos mundos, ò es por algun privilegio, ganado

nado en buena guerra, contra la ſoberbia fantaſtica? Ni es por uno, ni por otro, reſpondiò el humilde Mãzanares, ſino porque los Poetas me han graduado en ſu Univerſidad, y honrado con eſte apellido. De aclamaciones Poeticas haceis caſo? (reſpondiò Auricrino) quando ni aun de las Hiſtorias podeis hacerle, ſi deſmẽtidas de idiota, y ſervil liſonja; necio eſtais, vano preſumis: No veis, que con la facilidad, que alabã vituperan? Como no haceis mencion de los vexamenes, matracas, y ſatyras con que cada dia os tocan a rebato? Que ſeais humilde, coſa loable. Que os jactèis del nombre, declarada ſoberbia. En eſto la conociera, quãdo no la infiriera de otras premiſſas. Si ſois tan humilde, para que tan ſoberbia puente? Quiebrẽſe la cabeza los Poetas, quiebreſela el miſmo Apolo, que humildad pompoſa, ſoſpechas me dà de ambicion, y de hypocreſia. Caminad humilde riachuelo; que los miſmos Chroniſtas, que os engrandecẽ, os daràn el pago que mereceis. Y ſi eſto no baſta, no alomenos podrèis huìr los ojos al deſengaño del Eſtio, quãdo el Sol os envia una mortal calentura, y os convierta en polvo. Dexad ſuperfluidades à poderoſos, y ſervid al aurifero Tajo con vueſtra Puente Segoviana, y èl os darà uno de los pinos de ſu flota, para que le atraveſeis en una, y otra ribera, y aun eſto es demaſia: baſtaos una puente de guitarra; pues divididas vueſtras aguas, no en brazos, ſino en delgadas cuerdas, ſois golpeado inſtrumẽto de tantas muſicas lavanderas. De mala gana eſcuchò eſta fraterna Manzanares, y murmurando en compañia de los demàs arroyuelos, ſiguiò ſu camino, y tambien el ſuyo el Africano.

Hallaron, que ocupaba aquel mõte, aunque alto, apacible juntamente, y deleitoſo, un gran numero de ſoberbios, los quales con todas ſus fuerzas procuraban encimarſe, no ſolo à ſu cumbre, ſino ſobre las Eſtrellas. Con lagrimas de rocio las plantas, y yervas humildes lloraban verſe hollar, y oprimir de los altivos moradores. Veſtianle arbòles mui altos, y copoſos; pero infructiferos, agenos de toda virtud: y lo que mas podia cauſar admiracion, que muchos contra ſu miſma naturaleza ſe avezindaban entre las ſecas rocas, eſteriles, y deſnudas, aviendo nacido ellos, y ſus padres, y avuelos en hondos valles, entre pantanos, y lagunas. Y los que fueron xaulas, ò nidos de Calandrias, y Ruiſeñores, pavellones de Nimphas, liſonjas de amãtes, aora hoſpedaban Aguilas, apoſentaban en ſus huecos, y ſombras ſerpientes, y lagartos. Los arboles eran cedros, alamos, pinos, ſauces, hayas, alcornoques, cipreſes, laureles, y otros deſta ralea. Oyòſe à eſſe tiempo una confuſa voceria de popular alboroto. Acudiò Auricrino con ſus camaradas, y viò una deſordenada eſcaramuza de ſoberbios, ocaſionada de la envidia: porque pretendia cada uno adelantarſe à los demàs

mas

màs en nobleza, blasones, riquezas, criados, autoridad, y ambicion. Vieron tambien, como un Aguila entrò por medio, y sossegò el alterado pueblo, como los hizo un prudente razonamiento, si puede ser prudente, y soberbio. La substancia era persuadirlos à forzosa ruina de Republica, si crecia el fuego de las guerras civiles. Y en segundo lugar aconsejarlos, y aun mandarlos, q̃ cada uno, sin perjuicio del otro, procurasse mostrar con obras sus merecimiẽtos, y el que mas alto se encũbrasse, sin desvanecerle la cabeza, y dar en tierra, esse mereciesse primer lugar entre los soberbios, y proporcionalmẽte los demàs, segun los grados de su vuelo. Convino la mayor parte de votos en este parecer: y assi luego se comenzarõ todos à apercebir brutos, y hombres. Estos fabricaban alas de cera, y plumas; arrojaronse temerarios de la cumbre de un risco; y los que se jactaban antes Dedales en el ingenio, despues se despeñaban Icaros, anegandose en un caudaloso rio, q̃ bañaba por el Occidẽte la falda del mõte de aguas negras, y obscuras, que llaman Letheo. O quantos ingenios celebrados en el mũdo, soberbiamente con la velocidad de sus plumas se perdiã de vistas, cuyas alas, y colas eran papeles manuscriptos, y libros impressos: y al primer vuelo se los llevaba el viẽto, y sumergia en las aguas Lateas. Aplauso vulgar los desvanecia, y encũbraba; cẽsura docta, y lẽgua los deprimia, y aniquilaba. No quedò memoria de hombre soberbio: pero entre los altivos brutos, que symbolizã la humana elecciõ, se encendiò una guerra civil tã dificultosa de apagar, que pudiera abrasar el mundo, si ellos no se provocarã guerra à sì mismos, cõ proprias armas; y sin saber lo que se haciã, no se dieran muerte. Son entre sì mortales enemigos, si bien de los viciosos es propriedad amar cada uno su semejante, y propriedad tãbien de los soberbios aborrecerse. Aquellos hallã disculpa en su culpa; y estos ni se conocen, ni hallan meritos en otro dignos de igualar, quanto mas de exceder los que vanamente se atribuyen.

Los ambiciosos combatientes eran el Aguila, el Neblì, el Elefante, el humo, el polvo, el raton, la culebra, la tortuga, la yedra, el olmo, y otros deste jaez. Que el Aguila, el Neblì, el Elefante hayan dado entrada à vanos pensamientos, vaya; las aves por su valor, y velocidad, el bruto por su fortaleza. Mas el polvo, q̃ sea soberbio, el humo, la tortuga, y los demàs; cosa parece increible, y agena de toda razõ: lo qual se viò claramente; pues cada uno destos locos estaban con su thema. El raton se puso cara à cara al Elefante, ofendiendole con mil afrentas, y desafiandole à singular batalla; y que con las armas en la mano le daria à entender su mayor nobleza, y merecimientos. La culebra, arrastrando miserablemente su cuerpo, levãtaba la soberbia cabeza; y amenazando cõ temerosos sil-

silvos, queria por miedo reducir à todos que la reconociessen. El polvo, aunque polvo, pared en medio de la nada, levantò una cruel polvareda, cegaba los ojos corporales, y pretendia cegar los del entendimiento; para que juzgassen su naturaleza por celestial. El humo à todos daba humazo. La tortuga alegaba, q̃ con proprio trabajo havia escalado aquella honrosa cumbre; y por tanto con mayor gloria que los demàs. La yedra, que la honra del olmo, à quiẽ se abrazaba era suya: y el olmo, que quando los vivientes sensibles no se le humillassen, por lo menos havia de tener debaxo sus pies quãtos arboles vestian la montaña. El Aguila corrida, y afrentada, apartaba los ojos del arrogante vulgo; y mirando al Sol, le parecia indigna cosa de su grandeza vivir en la tierra. El Neblì desembaynò sus uñas, llevandolo por lo bravo, y reduciendo à las armas su derecho; y el Elefãte buscò algunos soldados, q̃ edificassen un castillo en sus espaldas, para poner terror à tantos enemigos. Muchos sobeibios en una Republica, es imposible conservarse en paz, y amor: es su locura incurable, sino es con la muerte.

Comenzòse, pues, una reñida escaramuza entre esta vana gentecilla. Furioso el elefante, cogiò con la trompa la tortuga, y tiròla, bien assi como vala despedida de cruel bombarda à la culebra, rompiòle la cabeza, y la tortuga quedò tambien hecha pedazos. Dime, culebra miserable, sino tienes pies, para levantar tu arrastrado cuerpo de la tierra, por què despides tan soberbios silvos? Por què levantas cabeza contra poderosos? Justamente mueres à sus manos. Y à ti, pobre galapago, mejor huviera sido vivir en la humilde chozuela, q̃ naturaleza te diò, y en los obscenos charcos, sin aspirar à montes de mõtes, alegando los meritos adquiridos con tanto trabajo, dignos à tu parecer, de igualarte à sus nobles Cortesanos. Que un poderoso para satisfacer su colera, y vẽgar sus injurias, de quiẽ he de echar mano sino de un pobre? Viendolo al elefãte tã valiente, y soberbio, le acometierõ el Aguila, y el Neblì, cõ los demas soldados, temiẽdo no quedasse por èl la victoria; pero defendiòse valerosamente, y los combatientes, que en sus espaldas llevaba, le hacian invencible. Mas el presumptuoso ratoncillo, metiendose por la trõpa, le ahogò; y èl tambien quedò ahogado. Ha loco elefante, la soberbia te hizo esclavo; pues sujetaste la indomita cerviz à un castillo de madera por sujetar à otros: debierate contẽtar la mediania de un estado pacifico, y libre. Despreciaste, loco elefante, un pobre ratoncillo, perdiò la vida, y tu à sus manos. No hai enemigo pequeño, el humilde no desprecia a un ratõ, y el soberbio por serlo, muere de un temerario, ò desesperado furor, en el cuerpo, ò en la fama. Y tan asquerosa bestezuela, miserable ratoncillo, pobre, y aborrecido, sien

pre inquieto, siempre temeroso, q̃ habitando estrechos, y obscuros agujeros, vives perseguido de gatos, de assechanzas, y celadas, es bien que te ensoberbezca el poder que tienes para ofender à un elefãte? Què locura! Quitar un desvalido la vida à un Principe, siẽdo cierto, que tambien à sus manos, ò à las de la vẽganza ha de perecer. El humo en esta fiera batalla à todos puso en huida; y pareciẽdole, que por èl quedaba el campo, y que la tierra era trono humilde à la silla de su imperio, se levantò por los ayres, perdiẽdo de vista, y los tizones, que le engẽdraron. Ofendiòse el Abrego de esta soberbia; y convocando otros amigos, en breve espacio le desvanecieron de modo, que toda su soberbia se cõvirtiò en vanidad, y su vanidad en nada. Ha vanos humillos! què desatino! Pudieron ser luz hermosa, y fuego refulgente, amar la obscuridad, y negregura, oponiendola à luces celestiales. La Yedra, en efecto como hembra, fiada en el amor, que el Olmo la mostraba, y en sus lascivos enredos se abrazò con èl. Despreciaba presũptuosa las otras plãtas, y aũ los mismos cedros. El Olmo tãbien se gozaba en su cõpañia, y hermosura, haciendola igual en las honras, que èl pretendia le eran debidas, por el alto puesto, que ocupaba. Dexaste, Olmo loco, los valles, que cõ su humedad te conservan, y pereciste en la sequedad de los altos riscos: cõsumida tu substancia, y virtud de la Yedra lasciva; y tu tambien loca, y desvanecida caiste en tierra; que tal es el fruto de semejãte presũpcion. El abatido polvo biẽ sabia, que por si solo no tenia porque ensoberbecerse; mas pidiò favor al viento, y cõ tal arrimo se levãtò à las nubes; pero ellas ofendidas de su vanidad despidieron tantas aguas, que no siendo à defẽderle poderoso el viẽto, le dieron muerte cruel. Ha polvo, polvo! Ninguna temeridad se puede igualar à la tuya: fiado en un vientecillo de vanidad te levãtas à las nubes, sabiendo, que tu centro es la tierra, de quien eres hijo. Bien fuera, desdichado de ti, considerar, que el mismo viento, que te levãtò al mejor tiẽpo te havia de faltar, y dexarte caer à tu humilde habitacion. Y ya que esto no sucediò, las nubes castigaron justamente tu locura; pues quisiste pervertir el orden natural, confundiendo los assientos, y espheras, que à cada cosa diò el sabiò Autor de la naturaleza. Mas soberbios que antes quedaron el Alguila, y Neblì, viendose señores del campo, y muertos sus competidores. Los dos se desafiaron, para que las armas, en vez de razõ, hiciessen justicia, y diessen sentencia. Levantaronse à las Estrellas, y trabaron una reñida, quãto valiente escaramuza. Al fin, abrazandose los dos fieros enemigos; y clavandose uñas, y picos, vinieron muertos à tierra. Ha loca Aguila! Possible es, q̃ la Corona del genero alado fue insuficiente à satisfacer la sed de tu insaciable ambicion: y tu, Neblì traydor, no te bastaba ser Ca

pitan general de los exercitos volantes, sin oponerte temerario a la Mageſtad Real? Juſtamente padeceis eſſe mortal eſtrago.

Deſpejado el mõte de tan necia gente, no lo quedò del todo, antes deſcubrieron nuevos prodigios, Nembrodes mas ſoberbios, que los de la Torre de Babel; edificaba otras muchas dignas de mayor caſtigo; porq̃ eſtas las fundabã ſobre arenas, aſpirando à mas altivas cũbres. Quantos Phaetontes, yacian fulminados, por agreſſores de divinos miniſterios; ſiendo inſuficiẽtes para gobernarſe à sì miſmos en la tierra, quanto mas el ſagrado coche del Sol. Alli eſtaba Goliat aſſombrando en una parte exercitos, tierra, herido de una piedra arrojada por un humilde Paſtor. Amàn ſe venia en medio de ſu grãdeza, y de la abũdãcia de todos los bienes de fortuna, triſte, y rabioſo; porque Mardocheo no le hacia reverẽcia, y corteſia: luego ſe viò verter ardiente veneno por ojos, y voca, para abraſar con èl al pueblo innocẽte: y deſpues pagar la altivez de ſu penſamiẽto, levantado en una horca, inſtrumẽto de ſu venganza. Alli vieron à Pharaon con ſus carros, y caballeria ahogar en el mar Bermejo. El cuerpo de Holofernes trõco en una cama, y ſu cabeza ſobre los muros de Bethulia, horror, y eſpanto de ſus miſmos eſquadrones. A Nabucodonoſor pacer yerva, como beſtia, ſin otros muchos exemplos, que nos proponen las Sagradas letras. Alli tambien los Titanos, Gigantes horrendos, Tifeo, Encelado, y otros hermanos, gente perverſa, y temeraria, levãtando montes ſobre montes, pretendian eſcalar el Cielo, y quitar ſacrilegos à Jupiter la Corona: vieron como los fulminò, ſepultandolos debaxo del monte Etna; que de ſu ſangre corrompida, y mezclada con la tierra nacieron Ximios, memoria ridicula de tanta ſoberbia. Otro numero innumerable les reſtaba por vèr, que igualaban à eſtos, y aun los excedian: miſeria de nueſtros tiempos. Mas no los diò lugar fuego del Cielo, q̃ todos los convirtiò en ceniza, y la ceniza deſparciò el viento. El monte quedò en fin libre; q̃ como la ſoberbia es vanidad, y la vanidad nada, tambien ſe termina en la muerte, que es nada, por ſer privacion. Con humilde, ſi alto eſpiritu prudentiſsimamente Prudencio;

Frangit Deus omne ſuperbum,
Magna cadunt, inflata
Crepant, tumefacta premuntur:

Señoras de el campo quedaron las humildes yervecillas; y baxando los nobles brutos, comenzò l'ardalin, para divertir el canſancio de el camino, la Hiſtoria prometida, que los lloroſos arreyuelos impidieron, diciendo aſsi:

****
***

APO-

APOLOGO IV.

De la gran casa de locos.

POr gravissimos delitos, que cometiò el apetito, la justicia le mandò casar cõ la enfermedad; castigo, que se executò, padeciendo tambien el complice entendimiento, por los errores que se le averiguaron en esta misma causa. Tuvierõ dos hijas, la mayor se llamò Locura, la menor Ira; tan parecidas en todo, que fuera impossible conocerlas con distincion, si la Locura no fuera grande, la Ira pequeña; la Locura larga, la Ira corta de talle; pero si esta se ponia en chapines, se alzaba cõ el nombre de la mayor, y le ponia à pleyto el mayorazgo. Crecieron, y con la edad tambien creciò su mal natural, y su intratable condicion; tanto, que los mismos Padres, que las engendrarõ, las aborrecian. Ellas como mugeres perdidas, enemigas de toda sujecion, dexarõ su casa, y cada una por diferente camino se fue à ver mundo, inficionandole con su pestilencial contagio. La gẽte passados algunos años, hallandose perdida, y sin una hora de paz, cayò en la cuẽtã, que tantos odios, muertes, deshonras, venganzas, y trayciones procediã destas dos crueles fieras, y que convenia prenderlas, y quitarlas tambien la vida. Dieron mãdamientos de prision, y requisitorias los Magistrados à sus Ministros; los quales tuvierõ lẽgua, q̃ estaban en la Corte del Rey, que rabiò. Despacharon luego à todas las Provincias Embaxadores, dandoles cuenta de los dos enemigos, que tenia encubiertos en su Corte, y q̃ al biẽ comun importaba ponerlos en prision. Recibidas estas nuevas, diò orden à sus Alcaldes, y Alguaciles, para que las buscassen, y pusiessen en buen recado. Hicieron diligẽcia por la Ciudad, y en casi todas las casas respondiã, q̃ no havian visto, ni conocido jamàs à la Locura; y q̃ la Ira havia estado alli poco antes, y la Razon, señora de casa, la enviò noramala, acordandose de un saludable consejo: *Sol non occidat super iracundiam vestram*; no se ponga el Sol sobre vuestra Ira. Llegaron los Alcaldes à unas casas, en las quales marido, y muger estabã riñẽdo como dos Tigres: hallarõ en medio à la Discordia, que rigorosamente los provocaba; y entendieron por las señas, que llevaban, que era la Locura; y no fue marabilla, si el Poeta la llama *Discordia demens*: pero como viesse tanta gente de la Ciudad, y mas à la Justicia, huyò por una chimenea, y ellos sossegados, dixeron: Que los dexassen en su casa; que para echar de ella à la Discordia, y hacer paces, no necessitaban de testigos, terceros, ni justicia. Pareciòles, que la tenian, dexarõlos en paz: y passados algunos dias, tuvo soplo un Alcalde, que la Ira vivia mui de asiento en casa de un agraviado. Partiòse allà con sus Ministros, llamò à la puerta; y la Ira, que estaba comiendo à

la

la mesa de su dueño, se escōdiò. Entraron los Alguaziles, hallaron solo al agraviado, el qual preguntado à donde estaba la Ira, dissimulando su passion, respondiò ser verdad que alli avia estado; pero que ya la avia despedido. No le dieron credito, y assi buscandola por la casa, la hallaron en el mas oculto retrete, entre armas, cotas, broqueles, espadas, pistolas, y villetes de desafio. Llevaronla pressa, y puesta en fuertes prisiones en un calabozo volvieron sus cuidados à buscar la Locura: constabales, que estaba en la Ciudad, y que maliciosamente la encubrian sus deudos, y amigos.

Soplòles un maldiciēte, en figura de Corchete, que tenian guardada la Locura: y de ninguna suerte la querian confessar, Ingenieros, Astrologos, Avaros, Poetas, Arbitristas, Soberbios, Valientes, Amãtes, Zelosos, Jugadores, Alquimistas, y Estadistas. Con esta nueva, partiòse la justicia en casa de los Astrologos, y de los Ingenieros, dos Artes tan unidas, que como de los amigos es una el alma, assi de estas uno el juicio. Preguntò por la Locura, notificandolos, que se la entregassen, porque traìan orden del Rey para prenderla; respondieron, que no la conocian: que su ocupacion era fabricar ingenios Mathematicos, en los quales con movimiento perenne, ò perennal, los Cielos todos onze se movian: los siete de los Planetas, y el Firmamento de las Estrellas con movimiento natural, y violēto, causado del primer mobil, y luego los dos crystalinos, con movimiento de trepidacion, y libracion. Señalaban los aspectos de Sol, y Luna, con las Estrellas de primera, segunda, y tercera magnitud, trinos, quadrados, y sextiles, con todos sus efectos, para levātar, y juzgar qualquiera figura. Contaban las leguas desde el centro de la tierra al concavo de la Luna: y desde el cōcavo de la Luna al convexo del primer mobil, y desde este al Impireo, con las distancias de un Cielo à otro, y dimension de todos los Astros, sin que en millares de leguas mintiessen medio dedo. Adivinaban hurtos, prognosticaban temporales, juzgaban nacimientos: y aun daban razon, reduciendolo à influxos celestes, porque dos nacidos de un parto, como Jacob, y Esau, diferenciabã en costumbres, y fortuna. Enseñaban tambien modo para sacar los rios de madre, y huerfanos hacerlos correr por otras putativas, y aun volver atras, solo para q entendiessen los Poetas, que este no es impossible. Fabricaban fuentes, haciēdolas baxar al cētro de la tierra, y subir por altos mōtes con igual ligereza. Dibujaban un molino, cuya rueda moliesse mas que la de treinta necios. Atrevianse tambien, fundados en no sè que principios de Arquimedes, dandoles un lugar fixo en el ayre, en que estrivar (que esto à Dios era tan facil, como criar un mosquito) con el dedo menique, levantar la tierra, entiendese de alguna argolla, ò aldavon, y dar cō ella, si fuere menester

y aũque no lo fuesse en el otro mũdo. Estas, y otras ingeniosas fabricas dezian, que eran sus estudios; pero que à la Locura no la conocian: soberbia locura!

Los Juezes por poco se quedàran hasta oy abiertas las vocas de admiracion: mas como esta, segun el Philosopho, nace de ignorãcia, el no admirarse de cosa alguna nace de bestialidad. Digolo, porque ũ Alguazil, à quien dava mas cuydado el artificio de juntar dineros, que todos aquellos artificios para gastarlos, descolgò al Alcalde de la suspension, y llevò en casa de un avariento. Hallaronle mas temeroso, que perro por carnestolendas; mas recatado que un zeloso, mas palido que un cobarde; mas cuydadoso q̃ un pretendiente; mas desvelado q̃ un agraviado; mas vigilante que un Lector de oposicion: su vestido mas raido que el de un Hidalgo pobre; su dinero tan guardado como su corazon, y su corazon como su dinero, porque ocupabã un mismo lugar. Preguntaronle por la Locura; y respondiò, que su desvelo era juntar riquezas, gozarse, y revolcarse en ellas; sufrir, y hacer infamias por adquirirlas, y cõservarlas: huir las necessidades, por no socorrerlas; y si le venian à buscar, darles cõ la puerta en los ojos, passar triste vida, y no acordarse de la muerte; y vltimamente, ianorar para quien juntaba tantos thesoros; pero que à la Locura no la avia visto jamàs: ignorante locura!

Passaron à la casa de un Poeta preguntaronle por la susodicha; alegando a Aristoteles, que los encaminaba allà; el qual en su Arte Poetica dice: *Versatilis ingenij viri, vel furore perciti Poetica est.* A esto respondiò ser verdad, que à veces eran agitados de cierto furor, porque era furor divino, y tan sobrenatural, que alguno le llamò Dios.

Est Deus in nobis, agitante, calecimus illo.

Que se vestia las passiones, que imitaba, bravo, iracundo, y fiero en batallas, y veganzas: severo, y rigido en reprehensiones: risueño, y agudo en graciosidades; mordaz en satyras; dissimulado, y nuevo en burlas; lloroso en tragedias: loquaz en necedades: grave en consultas, y vario en amores. No cuidaba de la arte, como si esta no fuera - *Habitus cum ratione effectivus*; un habito q̃ facilmente obra, guiado con reglas de razon. Preciabase de quitar la honrà à qualquiera, que llamaba el ignorante satyrizar ingeniosamente, como si para decir mal, todos los jumẽtos no fueran Pegasos: *Si natura negat, facit indignatio versum*; aspiraba à nõbre eterno por lo culto. Secta numerosa por facil quanto licẽciosa; que todas sus dificultades reduce à question de nombre. Y si *quod non est, nõ scitur*, dudo q̃ pueda aver ciẽcia de lo que no tiene mas entidad, que un chaos, ò abysmo, en que se esconden los energumenos deste espiritu; porq̃ quiẽ obra mal, aborrece la luz (esto de passo, que mas de espacio nos verèmos.) Vivia pobre,

y su-

y sugeto à todas las inclemencias del tiempo, y de la hambre; porque la Poesia, aũque le merezca, no recibe premio; y por esto la necessidad le avia forzado à comerse las vñas. Tenia por verdades cientificas los vulgares aplausos; huia à las censuras de los pocos, y bien fundados criticos; mas queria errar con muchos, que acertar con uno; alababa descomunalmente los ingenios; desveladissimo en buscar epitetos, renombres, y frases, para encarecer sus versos, ò la voluntad de hacerlos. Homero, y Virgilio, oyendo sus exageraciones hyperbolicas, quemaran sin duda su Iliada, y Eneida; puesto que sentia baxamente de aquello que ensalzaba: à veces con el viento se mudaba el temporal. Condenaba con mil diferencias de razones quanto oia, y aunque el Poema fuesse consumado, no le sacara una palabra de aprobacion, si un Reino le valiera, y si por ella entendiera calificarse à si mismo. Que estas, y otras semejantes eran sus ingenuas ocupaciones; pero que jamas conociò à la locura; ridicula Locura!

Llegaron à las casas de un sobervio, y preguntando por la delinquente, respondiò: Preguntenme cosas tocantes à mi profession. Fabricar una torre de viento, que excede la cumbre del mas alto monte; hacer un arbol de mi genealogia, cuya raiz comience de Adan, y su copa exceda los muros de Babel, y sustente en ella à Nembrot. Imaginar, como es cierto, que del Rey abaxo ninguno me excede en nobleza; y aũ si el Rey se quitara la Corona, vieramos quiẽ era mayor. Hacer de merced à este, ò al otro cortesia, y persuadirme, que se me debe de justicia; no pagar lo q̃ debo por ser obra servil, y de pecheros, desperdiciando prodigo los bienes proprios. Juzgarme formado de ilustrissima materia, qual es ũ pedazo de cielo, y à los demàs de agua, y polvo como sapos. No acordarme de la muerte, y pretẽder adoracion, como autor de la vida. Estos si que son mis exercicios; pero à la locura no la conozco; brava locura!

Entrarõ en las casas de un valiẽte, el qual saliò à recibirlos con un bamboleo colũpiado, y un profundo mirar; vigotes eslabonados en guedexas, y copete cõ empinos de moño; daga, q̃ quiso ser espada en cueros, y en cuero; espada cõ guardapolvo por guardamano; capa, q̃ deslizãdose à mãtilla, le vestia maricon; y sombrero guardasol. Acometierõ à prenderle, pensando, que era la Locura, y èl sacando pies, empuñò con miradura mortal, y voz de bajon, diciendo Tengase el mundo (debia de dar traspies como aora) q̃ por el Sol, q̃ le calienta, que le haga rodar de un puntapie, cõ mas ligereza que oy rueda; si es possible. Sino el mundo, pasmaronse los mundos pequeños, requiriendole con la Real provision, que se diesse à la justicia, si era la Locura, ò que la entregasse, porque en su poder estaba. A esto respondiò, que èl era

valiente por naturaleza, y profession, y no loco; que si aquella era traza para implorar su auxilio en la prision, ò el castigo de la hebra, q̃ buscaban, se ofrecia hallandola, traersela atada de pies, y manos tã mansa, que les pareciesse la misma cordura; ò si gustassen, la borraria la faz de un redomazo, ò se la atravesaria con un girao, si ya no la apetecießen en gigote, ò salpicon; terrible locura!

Huyeron de miedo, y passaron desde allì à las casas de un amante, y hecha la misma pregunta, respondiò meliflua, y afectadamente, que èl no sabia de si, porque todas sus potencias, y sentidos los tenia ocupados en adorar la beldad de un Angel humano, y de una muger divina; que no tenia alma; porque los bellos ojos, soles del cielo de su Filis, se la avian dichosamente abrassado, y resuelto en su esplendor; y quisiera tener mil, que sacrificarla con la pobreza de sus bienes, que los del mundo eran cortos comparados à tales merecimientos, y à sus deseos; que un solo cabello era fuerte cadena de su voluntad; que en las perfecciones del rostro, que adoraba, se incluìan las riquezas del Oriente; y de la tierra, que pisaba, tenia envidia, quando ufana brotaba, como si fuera Abril, flores. Los paxarillos la hacian salva; los vientecillos lisonjas: la Primavera alfombras; los arroyuelos de contento se reìan; que el aire le daba zelos (tenia sin duda su poco de Poeta,) y finalmente, que todas estas finezas sustentaba el dinero. Es verdad, que de contento estaba loco; pero la Locura, que buscaban, nunca entrò por sus puertas: linda locura!

Los zelosos dixeron, q̃ su amor fue locura, sus zelos rabia, y muerte. Que edificaban templos al desengaño (como si se hallasse de valde cal, y madera) cuya luz avia despedido las confusas tinieblas de su error; si bien no estaba el fuego tan apagado, que no juzgasse este desengaño algo obscuro; y assi le daba nombre de sospechas, rezelos, y temores. A veces crecia su dolor, y ninguna venganza le parecia suficiente à tan infame agravio: quisiera cõ un mismo hierro passar los dos corazones de su rival, y de su traidora dama, ò convertirlos en ceniza, con todos los cõplices. Memorias del passado bien, presente en su phãtasia, luego le templaban: vertia lagrymas, forzaba risas: en presencia de tanta ingratitud, miraba un infierno, donde para su castigo, ninguna pena dèl estaba ociosa: en el olvido un impossible: en otros amores, violencias; en otros entretenimientos, disgustos; en ausencia, muerte; ni comia, ni dormia. Buscaba el centro de su descanso, y este bien, que naturaleza cõcediò à una piedra, èl no le hallaba. Y finalmẽte, que averiguados con evidencia sus desprecios, volveria como antes à correr Tajo por dõde suele, con pacifica, y corriente union de voluntades: furiosa locura!

Los jugadores (dexo los fulleros, que

que hurtar es malicia, y no locura) respondieron, que no la conocian; porque su ocupacion era jugar de dia, y de noche sus haciendas, las joyas, y vestidos de sus mugeres, y sustento de sus hijos. Mudar mas colores à cada suerte del naipe, que el Camaleon: perder con el dinero el tiempo, y la modestia racional, dando voces, y jurando, agravar la conciencia, aligerar la vida, empobrecer à otros, enriquecer solo con el deseo, y à los gariteros con la obra, y en un vicio ganar muchos: lastimosa locura.

Los Alquimistas, que harto tenian en que ocuparse, sin hospedar tan mala hembra, en el estudio, y compostura de la milagrosa piedra Philosophal, juntãdo dineros para la fabrica de tãtos, y tã costosos instrumẽtos necessarios à su obra prodigiosa; en la qual el arte competia con la naturaleza, y la igualaba, introduciendo formas substanciales, y convirtiendo la alquimia en oro, sin el prolixo concurso de cielos, y estrellas, en ocultos calabozos de la tierra. Codicioso un Escribano, pidiò, que le revelasse tan rico secreto, ofreciendose à la satisfacciõ. Respondiò, que de valde le comunicaba à quantos le querian vsar, como de su parte pusiessen instrumentos, è ingredientes. Preguntòle, si de aquel vniversal incendio de Diocleciano, avia quedado algun tratado desta Arte. A lo qual exclamando con un profundo afecto del corazon, respondiò: Quien pudiera cometer tan cruel tyrania, sino un perseguidor de los mas fieros que ha tenido la Iglesia? Y os asseguro, que mayores thesoros consumiò ẽ los libros abrassados de Chimica, que juntos Caligula, Neron, y Heliogabalo: poco he dicho, y aun mas que Midas adquiriò, Cresso, y Crasso. Si biẽ oy no hacen falta; porque aunque resucitara aquel maldito Emperador, no pudiera extinguir de sola una Ciudad, quanto mas del Imperio, sus copiosos, y admirables discursos; y dexando otros mas largos, oìd esta receta tã breve, como facil, y cierta. Desabrochòse la ropilla, y sacò del lado del corazon, que ya como oro le confortaba, un papel, que decia assi:

Secreto para hacer Sol.

Recipe à Saturno, el qual dividido en pedazos le echaràs ẽ una olla con sal, y todas las demas especias, que tu sabes. Daràsle fuego siete dias, y despues de bien clacinado, sublimaràs à Mercurio, lo qual se hace à veces con ciento, à veces con docientas preparaciones; y si todo no se evapora, ya que le tengas sublimado, y conhelado, para lo qual ay infinitos secretos (ojala tanto lo fueran, quãto conviene que lo sean) añadiràs una arroba de Luna llena, que en potencia, y aun muchos quieren en acto, es verdadero Sol, y no le falta mas que la cocciõ. Luego echaràs ũ trozo de Marte, y otro de Venus, lo q̃ quisieres, y no te olvides de

de Jupiter, y algo de los restātes Planetas. Cueza todo veinte y quatro horas, ò veinte y quatro dias, ò veinte y quatro meses, ò veinte y quatro años, que aqui està errada la letra de Raymundo Lullo; mas pruebalo todo, y no erraràs en parte; que poco se và à perder, sino es à tu costa. Mezcla lo dicho, y lo que no se dice, y distilalo por el alambique labyrintho, uno de los milagros del mundo, del qual se ha de entender aquel versillo del Epigrammista.

Vnum pro cunctis fama loquatur opus.

De lo qual saldrà un azeite, como un hilo de oro, que à todo el Mercurio, y Luna que tocare, convertirà en Sol, mas eficazmente que Midas, y mas resplandeciente que el Sol, que describen los Poetas las mañanicas de Abril. Y es probado, y aun reprobado: costosa locura!

Los Estadistas, que por su buena razon de estado, quando el mundo estaba inficionado de Locura, ellos se hallaban libres, porque en orden à la conservacion de sus vidas, honras, y haciendas, rompian amistades, executaban muertes, dissolviā matrimonios, torcian derechos, atropellaban obligaciones, olvidaban parentescos, violaban leyes humanas, divinas, y naturales. Atheista locura!

Los Arbitristas, que tan lexos se hallaban de acompañarse de la Locura, que antes traian un ingeniosissimo arbitrio entre manos, para hacer que el mundo tuviesse entero juizio. Convertir este siglo de hierro mohoso, y orinientto, en otro siglo de oro de veinte y quatro quilates. El Rey avia de ser mas rico, que quien nada desea, y extirpar todos los radicales tributos. Vna nueva moneda se avia de batir à poca costa; y con intrinseco valor: los pobres avian de ser ricos, y los ricos humildes. Tanta seria la abundancia de ganado mayor, y menor, y por consiguiente de lana, que sin dueño vagaria los campos: tanto el trigo, que en la menor, y menos fertil Provincia se podrian duplicar, y multiplicar grano à grano, hasta llenar el tablero del Axedrez, sin dexar de sus sesenta y quatro casas, ò troxes una vacia. Las fuentes seriā de azeite, los arroyos de miel, y los rios de vino. Todo lo qual haria tan facilmēte, como versos cultos qualquier inculto ingenio. O quanto se alegraron con el profundo magisterio del Arbitrista! Rogòle un Ministro encarecidamente, que le comunicasse aquellos utilissimos secretos. Respondiò, que no lo haria por los thesoros de Atabaliva, porque dellos esperaba no solo riquezas, sino honras. Ofreciò presentarlos en su nombre, asegurando, que no queria usurparle su premio, sino merecer alguno por participe de tanto servicio: conformes ya todos, dixo el Arbitrista: Tendrà el mundo juizio, quādo sea juzgado; y aūque este siglo no puede ser mas de oro, ni menos de otro

metal valadi: pues el oro dà deleites, honra, y reputacion; el oro vale, el oro puede, el oro todo lo hace, y deshace; con todo esso la abũdancia le daria el valor, que en las sierras tienen los peñascos, si los versos de Poetas amantes, como ropa vieja se quemassen, y se sacasse el oro de cabellos, y tambien de los rayos del Sol, de la Aurora, y las Estrellas. La plata bruñida de frentes, y cuellos, de arroyos, y campos elados. Con el mismo arbitrio se juntaria un immenso thesoro de perlas, aljofar, y piedras preciosas. Sobraria el trigo, si las tierras valdias, y ociosas labrassen los ociosos, y valdios. Hallariase de valde la lana, y algodõ, si se vedassẽ los estofados; pues cada vestido es una saca. Enfadose yà el Alcalde de oir tantos disparates, y atajandole dixo: Que es esto? Por dicha hemos perdido la luz de los ojos, y del entendimiento? Todos estos son locos, sin adarme de juizio, y no hallamos a la Locura? Es assi; respondiò el Arbitrista, que todos somos locos, pero los unos de los otros. Ay alguno, que rectamente siga el camino medio de la virtud, y luz de la razon, sin declinar à un estremo, ò à otro? Ay alguno sin su particular thema, interior, ò exterior? Meta cada uno la mano en su pecho, y hallarà estos estremos, à que se inclina, estos themas, y esta locura, q̃ buscais. Todos para hacer la experiencia, que el Arbitrista aconsejaba, metieron en sus pechos las manos, y al momento toparon con la Locura, que como duende, formado de ayre, se ocultaba en el mas escondido rincon de la conciencia. El juez lleno de confusion finguiò, que no la hallaba, y dissimulãdo su flaqueza, preguntò à los demàs, si avian dado con ella? A una voz respondieron, que nò, corridos de la gran falta, que siempre avian tenido de proprio conocimiento, y del mal huesped, que aposentaban. Esta confusion bien se la conociò el Arbitrista; pero no quiso apretar de modo, que por èl quebrasse, conjurando contra si la comun voz, bastante à volverle loco, quando no lo estuviera. Con todo esso les diò un arbitrio para hallar la Locura; y fue, que la buscassen en un loco de necessidad, y à mas no poder. Que las casas, que hasta alli avian visitado eran de locos voluntarios, si bien mas culpables, que los primeros, y los tales aunque locos, tienen muchas malicias, y sophisterias, para dissimular su trabajo. Preguntado en que conocerian al Loco de necessidad; respondiò, que se lo preguntassen à los muchachos, que ellos dirian la verdad.

Salieron de alli con esse intento, dexando de visitar otros muchos gremios, como de musicos, bailarines, y devotos de Monjas; y à pocos passos oyeron grandes voces de una caterba desbaratada, que unos dezian: Al loco; al loco otros, de nos hallazgo, y te darèmos al mũdo. Hicieron lugar, y vieròn un pobre hombre miserablemente vestido; barba prolixa, y enmara-

ñada; cabello desasseado, rostro palido; semblante amenazador; ojos inquietos; y unas alforjas atravessadas en los hombros. Apenas podian defenderle de muchachos; los quales preguntados, porque le perseguian; respondieron, que estaba loco, y decia, que el mundo se avia perdido, y que le andaba buscando. Oìdo esto, luego vieron à la Locura; acometieron à prenderla, y cogiendola de los cabezones, se volvieron al cuitado doliente, y poniendosela delante la comenzaron à reprehender. A lo qual replicò, que si decir verdades es locura, èl estaba loco, y no cobraria juizio hasta hallar al mundo perdido, por la malicia de los que le habitaban. Preguntando, adonde iba de camino; respondiò, que à un desierto, en el qual pensaba vèr, conocer, y hallar al mundo. Rieron los Juezes el disparate, replicando, como en un contrario queria hallar al otro; ẽ la soledad la cõpañia; en el silencio el bullicio; en el desierto las populosas Ciudades? Està es la gracia (dixo el loco) que para hallar al mundo, es menester huir dèl; para verle apartar dèl los ojos; para conocerle, tratarle de un yermo: porque los mismos, que le hallan, le tienẽ perdido, y los que le pierden, essos hallan quien es. Y assi, yo porque le veo, estoy ciego; porque le tengo, le he perdido; porque le trato, no le conozco; y porque huyo, he de dar alcance à todas sus astucias, las quales se os passan à vosotros de vuelo. Que enigmas son estos (dixo el Juez) dexemos esto loco, que si son verdades, para un loco son mui obscuras; y si mentiras, nada entretenidas. Que poco se os entiende de esso, replicò el Loco; sabed, que ay verdades de muchas maneras: estas que aveis oìdo son de Philosophos Christianos; pero si las quereis ver, no examinar, que sois idiotas en esta facultad, las alforjas llevo llenas de toda sortimenta. El curioso Alcalde, cuyo oficio es averiguar verdades, metiò la mano en una alforja, y como si la huviera metido en la voca de un Dragon, la sacò diciendo: Pese à tal con las verdades, y con el loco, que en mercaderia de tan poca ganancia hace su empleo. O que asperas son, y picantes! yo las doy por vistas. Entonces el Loco dexò caer en el suelo algunas alcachofas, y erizos de castañas, y dixo: Estas son las verdades de locos, espinosas, intratables, y de poca substancia; q̃ para comerlas conviene limpiarlas de mentiras en que estàn envueltas, y de la aspereza de cortezas, y espinas. Preguntaronle si traìa en las alforjas mas verdades; respondiò, que si: y metiẽdo la mano, sacò dos cebollas de Granada, y dos granadas de Cebolla. Diò una de las cebollas al Alcalde, y dixo: Esta es una verdad de lisongeros. Miròla toda al rededor, y viò sus telas doradas, y sus cascos sin el penoso humor, q̃ hace llorar; antes causabã cõtrario efecto de risa, passatiempo, y satisfaccion; obra maravillosa de la arte;

que assi pervitiò à la naturaleza. No veo la verdad que me decis(replicò el Juez)sino una cebolla confeccionada, y hermosa: pues dentro de essas telas (respondiò el Loco) la hallareis, quitadlas poco à poco. Fue quitando una tela, y otra tela; un casco, y otro casco; y cansado como no la hallaba, dixo: Esta mas parece mentira, que verdad. Esta es la verdad, que buscais (dixo el Loco) pero sin esta, que es infalible, ay otra dentro. Prosiguiò el buen Juez su escrutinio, rompiendo cascos, abriendo velos, y al fin hallò un tallo de oro en figura de verdad hermosa, y agradable. O que verdad, aunque pequeña tan preciosa, y apacible! Enamorado estoy della, quereis darmela? Esso no, respondiò el Loco; que sus verdades los lisongeros, ò las venden por ciento mas de lo que valen, ò se quedã con ellas; porque à si mismos solamente aprovechen: y en orden à esto las guardan, y disfrazan debaxo de muchas telas doradas, para que los necios adulados à la primera vista se agraden, y juzguen tantas mentiras, como telas, y cascos tienen por verdades, las quales los enamorã. Necios en fin, y vos tan necio como ellos; pues caisteis en el lazo: pusole luego una granada en la mano, y dixo: Esta es verdad de sabios, discretos, y virtuosos, coronada como Reyna de las demàs. O que verdad tan noble, y hermosa, dixo el Alcalde! Y abriendola facilmente, hallò tantas verdades como granos tenia: agridulces; porque la calidad destas virtudes tiene de agrio, y de dulce. De aqui conocereis (replicò el Loco) la naturaleza de la verdad, y de la virtud, que nunca vienen solas; siempre se hermanan con cierta admirable cõnexion: à una verdad acompañan muchas verdades. La qual propriedad en su modo imitã las mentiras, y vicios sus contrarios; porque todos se gobiernan debaxo de una misma disciplina: ẽtre si estàn connexos, y encadenados. Sacò luego ũ racimo de agraz, y dixo: Estas son verdades de niños, vbas no maduras, buenas solamente para salsa al gusto de los padres. Tras esto sacò algunas rosas olorosas, y bellas, con sus ramas espinosas: verdades de padres, hermanos, y superiores con espinas de dolor, y fragrancia de virtud. Vltimamente, sacando muchas almendras en cascara dulces, y amargas, todas revueltas, dixo: Que erã verdades de truhanes, las quales conviene partir, y desechar tanto superfluo como tienen, y despues quien las come, halla una dulzura amarga, y una amargura dulce.

Cansado el Alcalde, dexò al Loco con todas sus verdades, y llevãdo presa à la Locura, sacaron tambien del calabozo à la Ira, y presentaronlas ante el Rey. Examinò en primer lugar à la Locura: la qual dixo ser hermana mayor, y legitima de la Ira. La Ira como un fuego respondiò, que mentia, y pusiera en ella las manos, si los presentes no la detuvieran. Yo, her-

hermana vuestra (dezia) muger sin juizio? Siendo mi estirpe tan ilustre, que por linea recta de varõ deciendo de Cain, mayorazgo de todo el genero humano; y q̃ por serlo me reconoce el mundo, y se honra cõ mis blasones? Ha Ira, Ira (dixo cuerdamente la Locura) mas te valiera perder como yo la razon; pues la que te acompaña, con ser tan corta te despeña, aviendote primero levantado sobre el ayre, al infimo abismo de soberbia. Vistes trage de cordura, y tus obras son de loca: quien de ti se podrà guardar? Si yo no fuera tan inclinada à la verdad, negàra el deudo, q̃ me tienes; pues con èl me infamas: y me pudiera acreditar hija de algun accidente, y de la naturaleza. Mas tu en todo eres parecida al apetito sensitivo, y bestial: y si algo tienes de razon, perdiendote, la pierdes, y ausente su luz, queda tan ciega la voluntad, que no puede dar un passo, sin quebrarse los ojos. Al fin, yo hago reir al mundo, y tu le haces llorar. Por poco oyendo a su hermana, se quedàra muerta la Ira. Acometiò como una Onza, à quien el atrevido Cazador robò sus hijos; y el Rey viendo tan desvergonzado furor, y la perdicion del mundo, causada de las dos hermanas, pronunciò sentẽcia de muerte contra ellas, y que ẽ una publica hoguera fuessen quemadas, y sus cenizas dadas al viento; para que à vueltas tambien se llevasse su memoria. Alteròse el mũdo cõ esta nueva; quisiera cõjurarse contra el Rey; mas hallandose sin Locura, y sin Ira, ninguno se moviò à venganzas, ni alborotos. Executòse luego la sentẽcia; la Locura muriò riendo; y la Ira bramãdo, y fuera de si. Las cenizas esparcieron por el ayre, à tiempo que se levãtò una tempestad deshecha de todos los vientos, y recibiendolas en sus plumas, las estendieron, y comunicaron brevemente à todo el mundo: el qual lloroso antes por la perdida de sus dos amadas amigas, recogiò aora gozoso de las cenizas la mayor parte, que pudo, y con el grande amor, que todos las tenian, las dieron sepulcro en sus ẽtrañas, y colocaron en nobles pyras de sus corazones. De aqui se siguiò mayor daño; porque si primero algunos estaban inficionados con la comunicacion de la Locura, y de la Ira, ya quãtos respiraban, con el viento tragabã tambien las venenosas cenizas, y dudaban mas, ò menos, segun la cantidad, locos, ò colericos; y no solamente los hombres, sino tambien los brutos, y aun el tiempo, y las cosas insensibles. Locos quedarõ muchos hombres, siguiẽdo themas, ò extremos, agenos de toda razon, y virtud. Locos algunos años, locos los trigos, y aun hasta algunas higueras, y parras, se quedaron desde aquel dia cõ nombre de locas. Y porque en todas partes tuvo lugar, y assiento la Locura, al lugar llamaron en Latin *loco*. No fueron mas cortos los terminos, à donde llegarõ las reliquias de la Ira: hombres, y fieras quedaron sugetos à esta ciega passion; el

mar quedò airado; y los vientos con tal furor, que si los aprietan, y encarcelan debaxo la tierra, levantan montes, y arruinan Ciudades. Quien con mayor excesso experimentò tan horribles efectos, fue el Rey; el qual viendo al mundo perdido irremediablemente por su causa, aviendo primero à su pesar tragado con la vital respiracion gran parte de las cenizas, enloqueciò cõ ira tan cruel, que rabiaba de colera, y por esto se llamò, el *Rey, que rabiò.* No obstante, que en opinion de algunos tambien rabiò de zelos, y de un dolor de muelas; dos rabiosas enfermedades. Esta es la genealogia verdadera de las dos hermanas, Ira, y Locura, su peregrinaciõ, y fortuna: y juntamente la causa, porque el mundo es una gran casa de locos. De la qual conclusion no se puede dudar; puesto que el modo de explicarla, y probarla sea diferente: y si este no os agradare, de lo dicho podeis colegir razon mas adequada para satisfacer à qualquiera Philisopho moral, por escrupuloso que sea; y quando no, remitòme à la experiencia, que ella darà fuerza à mi razon, en que se funda la Historia referida.

No puedo negar probabilidad, illustre Pardalin (replicò el Lebrel) à vuestra narracion: pero mas probable juzgo el parecer de los que hacen un individuo sujeto à la Ira, y la Locura. Sus propriedades, y accidentes son unos; y solo hallo que difieren, segun mas, y menos duracion, que no varian especie. No pretendo ageno descredito; si persuado fee de lo mas verisimil: pues me fundo, no en tradiciones, que tienen gran peligro de dàr en apocriphas, sino en papeles antiquissimos, y de grande autoridad, los quales convienen en que son diferentes padres los de la Locura, y su suerte mas venturosa. El señor Auricrino sea Juez desta causa, dando primero oidos à lo que alego en mi derecho. Si en el punto principal convenimos (respondiò Pardalin) de la comun locura: facilmente en lo demàs me confessarè vencido. Temeridad fuera (dixo el Africano) dudar un axioma, en cuyo favor votan todos los sabios de palabra, ò por escripto, y todos los necios con sus obras. Aunque la diferencia es accidental (dixo el Lebrel) es de grande consideracion; para que se desengañen los colericos, ò iracundos, que son locos, à pesar de su soberbia: estadme atentos.

APOLOGO V.

Confirmase de nuevo la humana Locura, y que no difiere de la Ira.

ENtre las Deidades, que la prophona Gentilidad ciegamente adoraba, una fuè la Diosa Triforme, de la qual creyò, que siendo una, tenia tres diferentes caras, en tres lugares mui apartados, y por esso tambien la impusieron tres nõbres con tres mil distintos efectos. En el Cielo la llamaban Luna, instable, varia, y facil à todo genero de mudan-

danzas. Diana en los bosques hermosa, honesta, y cazadora. Proserpina en el infierno, tartarea, cruel, y horrenda. Lo mas ridiculo de esta Diosa fueron tantas propriedades contradictorias como la atribuian. En las selvas era virgen honestissima. En el infierno casada cō Pluton, Rey de aquellas cavernosas regiones. En el Cielo amancebada cō el pastor Endimion; al qual baxando de la esphera, disfrazada con el tenebroso māto de la noche, por encubrir su flaqueza, buscaba tan perdida de amor, que porque con algunos desdenes no frustrasse sus ardientes esperanzas, aguardaba que estuviesse dormido, y luego con silencio (por esso digo yo, que se le atribuyen en uno de sus quartos, llamandola Luna Silente) le abrazaba, y le daba mil besos. Destas idas, y venidas de el Cielo à la tierra, y de la tierra al Cielo, resultò lo que por acà algunas veces à las Zagalejas, que se andan de la aldea à la villa, y de la villa à la aldea, que la señora doña Luna amaneciò preñada, y tan lexos de arrepentirse, que en el discurso de sus largos, para ella breves amores, pariò cincuenta hijas, segun la mas constante opinion de gravissimos Coronistas Cosmographos. Muchas sō para nōbradas; remitome à sus tablas, y computos. Lo que hace à mi proposito, es, que una de las cincuenta hijas fue la Locura, tan parecida en todo à su madre, que si bien quiso negar el parto de tā mala hembra, aunque hizo muchas diligēcias, no la fue possible. Fingiòse el materno amor esperanzas, que con la edad vendria el juizio; pero apressurose la malicia, y el mundo viendo en ella la Imagen, y efectos de su madre, la llamò Lunatica. Saliò tambien Triforme: Ya se manifestaba con rostro de discrecion, ya cō rostro de ira, ya con rostro de locura. Heredò sus llenos, y vacios; sus menguantes, y crecientes; su instabilidad, inconstancia, y ligereza: y lo que peor es, todos sus influxos tan perniciosos, y deteriorados, q̄ temiendo la Luna el daño, que podria hacer, se determinò buscarla con todo cuydado, y darla muerte.

Llegò à oìdos de la Locura la rigorosa determinaciō de su madre, y huyò, favoreciendose ya en un Reyno, ya en otro, ya de ricos ya de pobres: no con el trage, y nombre de Locura, sino de ira saludable contra toda sinrazon, y otras veces de zelo virtuoso, y de generoso valor. Pero la madre solicita, vistiendo mil trages diferentes, para no ser conocida, llena, menguante, creciente; rebozada de nubes, de vapores, y nieblas; tal vez eclypsando al Sol, porque sus rayos no la descubriessen, y tal dexādose eclypsar de terrestres sombras, cō presta velocidad lustraba los mas ocultos senos de la tierra, y de las aguas. Infamaba la condicion de su hija, declarando al mundo, que no era zelo virtuoso, īra saludable, y generoso valor, sino locura perjudicial. Mas los hōbres se persuadian

mentiras estos descreditos, y se indignaban contra la Luna, porque assi aborrecia una hija, con quiẽ todos se honraban. De buena gana la favorecian aquellos, à quiẽ avia comunicado su natural braveza, y fieros pensamientos; puesto que temorosos de incurrir la Lunatica indignacion, no se atrevian tenerla mucho tiempo en sus casas; y assi à pocos dias del hospedage la despedian: y ella lo tenia por bien, que en ningun lugar se juzgaba segura. Desta manera diò vuelta al mundo, dexandole miserablemente apestado, y loco. La ultima region à donde se favoreciò la perseguida Locura, fue en Cumas, famosa por la puerta de el infierno. Alli embistiò con la Sybila Cumea, y llenandola de loco furor, que despues lo divino, y lo prophetico la vino por superior ilustracion: passò adelante, enloqueciò al Can Cervero, à Tesiphone, y Radamanto, y à todas las guardas infernales, hasta llegar à los Palacios de Pluton, y Proserpina, à donde sus Hados la dieran muerte, si à este tiempo no saliera el infernal Rey, y recibiendo con los brazos abiertos à la Locura, revistiendose nuevamente de ella, no la aconsejàra como amigo, huyesse las Tartareas cavernas, sino queria dar en manos de su madre. Assi lo hizo con mui cumplidas gracias: y saliendo à las Auras vitales, aguardò escondida en una de las cien vocas, por donde daba respuestas la Sybila, que su madre la Luna corriesse los campos del antipoda Orizonte, y entonces se remontò por las nubes, en ligeras postas de casi todos los vientos agradecidos, que los huviesse honrado con renombre de furiosos, y aun locos: de lo qual avian sacado carta executoria. Llegò al monte Olympo, à donde à la sazon estaban en Concilio los Dioses, presidiẽdo Jupiter.

No fue esta jornada tan secreta, que no llegasse à oidos de la Luna, porque el suave, y manso Zephiro (segun es fama) à quien su pestilencial contagio no avia tocado, la diò soplo. Cogiòla esta nueva en el quarto primero menguante, y desnudandose toda su luz, llena solamente de un loco furor, sin mendigarle de su hija; recogiendo con presteza un valiente exercito, no de Estrellas; porque como assisten fixas en el Firmamento, no quisieron desacreditar su cordura con tã subita mudanza, sino de las que el vulgo llama Estrellas, siendo impressiones Meteorologicas ignitas, compuestas en la region de el ayre de exhalacion, que para defenderse de su contrario el frio, se convierten en fuego, y desta manera le acometen, y sujetan; si bien otras veces parece que huyen. Estos Soldados eran estrellas Errantes, y Cadentes, Lanzas, Hachas, Castor, Polux, y Helena, Cabras saltadoras, Dragones, voladores, Cometas barbados, Caudatos, y Crinitos: gente brava, horrenda, y prodigiosa. Solamente el que los Philosophos llaman, *ignis fatuus*, fuego loco, se opuso à este hor-

horrible esquadron, y le fue siguiēdo, y picãdo en la retaguardia, por lo que a la Locura debia, de quien gozaba el nombre, bien que merecido por sus obras. Asi caminaba la deidad airada de la Luna, girando pressurosa el azote sobre los dos cavallos blancos de su argentado carro. Llegò al Olympo à tiempo que su hija la Locura pisaba el umbral del sagrado Consistorio. Adelantòse entonces una compañia de Cometas, Crinitos, y Caudatos, y enredandola entre sus cabellos, y colas, quedò pressa. Viendose pues la miserable Locura en manos destos fieros jayanes, comenzò à dar voces, implorando el auxilio, y vēganza de hombres, y Dioses. Acudiò à este tiempo el *Ignis fatuus*, y embistiendo à los crueles Cometas, se travò una escaramuza dudosa, quanto sangrienta, de la qual dicen algunos, que resultaron los colores sanguineos espantosos en el Cielo, denunciadores de muertes, y guerras. Oyendo Iupiter, y el Soberano Cōcilio el inopinado, y terrible estruendo militar, rezelaron alguna traydora conjuracion. Empuñò Iupiter en su diestra tres ardientes rayos, y Marte la espada; el qual rogando à todos se detuviessen, saliò a vista de la encendida pelea, a tiempo q̃ las centinelas, guardas, y porteros del monte, y de Palacio veniã huyendo chamuscados del fuego, que loco à todas partes discurria. De la primera cuchillada cortò a un Cometa la cola; y à otro la crin; y en los demàs executò un lastimoso destrozo. Acudiò à darlos socorro un tercio descãsado de Cometas barbados, y una compañia de Dragones volantes; pero reconociendo à Marte, con pèrdida de muchos vigotes, y alas, se retiraron, quedando el cãpo por el Dios de las Batallas.

Desatò las prisiones à la Locura y mandò de parte de Iupiter à la Luna, y à todo su exercito, que pareciessen en juizio. No se atreviērō facer endeal, y asi todos humildes se manifestaron ante el Supremo Tribunal. Quiso hablar Marte, quiso la Luna, y quiso la Locura. Mas saliēdo entonces en medio de la sala dos Embaxadores, que de parte de la tierra avian venido, y à esta sazon Iupiter los daba audiencia, dixeron: Rey Soberano de los hombres, y padre suyo, el motin Olympico està sossegado, y dèl no se pueden temer mayores males. El mūdo se và despeñando à su ruina, y miserable fin, con tanta priessa, que la dilaciō de nuestro despacho puede hacer, y harà sin duda incurable la enfermedad. Suplicamoste, señor, seas servido oirnos, y despacharnos. Decid, hombres importunos (respondiò Iupiter enfadado) que por la laguna Estygia, que estoy por convertiros à todos en ceniza con uno destos rayos. De vosotros nacen las guerras, que aveis visto, de quien aū en el Cielo no estoy seguro; decid. Entonces uno de los Embaxadores: Señor: el mundo està inficionado de una peste tan desapiadada, y cruel, que si luego no

se ataja, en breves dias quedarà del todo despoblado; humanos remedios son impossibles, acudimos à los divinos. Jupiter respōdiò: Bien son menester tantos males, para que reconozcais la mano poderosa, que los embia; pues à mayores bienes sois ingratos. Graduense en vuestras Vniversidades veinte mil Medicos, que le curen. Pues, señor (replicò el Embaxador) una peste se ha de remediar con otra de Medicos ignorantes, que es fuerza en tāto numero la mayor parte lo sea? No os darè otro remedio (respondio Jupiter) mientras no dexaredes de ofenderme, que essa peste es castigo de vuestros pecados. Suplico à vuestra Magestad (replicò humilde el Embaxador) y acudiendo un Portero, le dixo: Callad, y proponed otro punto. Viendo este irremediable, en tanto que no se quitaba la causa, prosiguiò: Por todas quatro partes del mundo se enciende una terrible guerra: suenan caxas, enarbolanse vanderas, hacense copiosas levas, todos temen, todos se aperciben. Seguiràse infaliblemente, si vos, señor, no lo remediais gran derramamiento de sangre: padecerā los innocētes: medraràn los malos; no se labraràn las tierras; perderàse la justicia; violaràn se las virgines, y prophanaràn se los Tēplos. Los hombres (respondiò Jupiter) voluntariamente se desapropriē de la ambiciō, y puesta en nuestras carceles se le dè muerte, que yo los darè socorro suficiente, y serè de su parte, para que lo puedan hacer. Esse remedio, señor, es impossible (replicò el Embaxador.) Sois un majadero (dixo el buen Jupiter) remedio, que pende del libre alvedrio, como puede ser impossible? Todo quereis, que yo lo haga: vivis engañados: cada uno ponga algo de su parte; pues yo pongo la mayor; que hacerlo todo, ni me conviene, ni os conviene. Como se conocerà el humano valor, cansado, y tendido en un lecho con la Paz poltrona? La experiencia nos enseña los hijos, que engendra.

El mundo (prosiguiò el Embaxador) està lleno de ladrones; las Ciudades inhabitables; los caminos tomados; minados los desiertos de cuevas mal seguras. Partase (respondiò Jupiter) al momento Mercurio, con poderes cumplidos, para prender, y castigar, y no me quede ladron à vida. El Embaxador comenzò à murmurar entre dientes, recusando al Juez nombrado; mas no se atrevia declaradamente à cōtradecirle. Pregūtòle Jupiter, que murmuraba entre si mismo? Y respondiò temblando, con palabras medio pronunciadas: Que se sirviesse su Magestad nombrar otro, por ser Mercurio sospechoso en aquel ministerio. Apenas Mercurio le oyò quando dexando el assiento, levantando el Caduceo, y vibrando sus dos culebras, se le quiso quebrar en la cabeza, y lo hiciera, si Marte que estaba sentado à su lado no le detuviera. Levantaronse otros Dioses, y à cozes le queriā echar de la sala; pero Jupiter los mandò sossegar, y di-

dixo: Si las immunidades de Embaxador no me fueran à la mano, yo os mandàra quitar la vil cabeza de los hombros: miro en vos al mũdo, que os embia, y à quien represen-tais, y por esso no lo hago. Lengua poneis sacrilego en los Dioses immortales, è incorruptibles de humanos sobornos? Ha vulgo de los hombres, siempre lleno de malicia! proseguid brevemente, ò idos noramala. Como si entonces se naciera vestido, y calzado el Embaxador, casi perdidas las fuerzas de miedo, prosiguiò: El mundo, señor, es ya una gran casa de locos, ninguno se conoce: la Luna mi señora nos trae à todos inquietos, buscando à la Locura, y piensa, que es la Ira, que esta presente. De lo qual se sigue gran perdida de paz; como aora aveis experimentado; pues su rigor no perdona el lugar sagrado de el Olympo, adonde oy se favorece. Remediad, señor, tantas desdichas. Quiso responder la Locura, y su madre acusarla; pero Iupiter algo indignado, dixo: Conozco, que el mundo no solo està loco por sus barbaros extremos, sino por no conocerse, ni conocer, que la Ira, y la Locura son una misma cosa, y solo difieren: *Secundum magis, & minus*; pero si tantos daños padece, averiguense los locos de la tierra: sean los hombres juezes unos de otros, y el que se hallare verdaderamente cuerdo, yo le quiero trasladar al Cielo, que bien merece la compañia de los Dioses: los demàs se curen, y emienden; pues esta en su voluntad. Quanto à la Locura, en que ha pecado? Asi la engendrarõ sus padres; castigo de tan escandaloso amancebamiento: essa es su naturaleza, como se puede mudar cõ proprias fuerzas? Vaya libre, y sin costas. Cada uno mire por si, y se defiẽda; que sin guerra no ay victoria, ni corona: y sin padecer trabajos, no ay descanso. Pero vos, señora, Diana, Luna, y Proserpina, Diosa Triforme, si honesta casada con nuestro carissimo hermano, como amante de un Pastor? Si virgen de las selvas, como tan escandalosas deshonestidades en el Cielo, y tierra? Dexad, señora, las hypocresias, ya que no podeis las mudãzas; que si esta breve, y publica reprehensiõ no basta, à la Fama os remito, que os dè el castigo, que mereceis; aunque à vueltas tanto padezca nuestra divina opinion. Cubierto el rostro de confusion; saliò del Senado la Deidad Phebea, acompañaronla sus soldados ya mas advertidos. A la Locura, y à los Embaxadores aposentò en sus casas Momo; tan mal contentos, por no aver negociado cosa de importancia, que el Diosezuelo Estygio, para consolarlos, y hacer de las suyas, negociò despues de largas consultas estas provisiones, y madatos para la tierra. Que por quanto el Real patrimonio estaba empeñado, y las rentas no alcanzaban à los gastos forzosos en tan grande Monarchia, se avia acordado, que la tierra sirviesse al Cielo con diez millones cada un año, impuestos segun el reparti-

mien-

miento de los ſagrados Arbitriſtas: modo ingenioſo, y por extremo ſuave. Sobre copetes, guedejas, y rizos de hombres, que degeneran à mugeres. Sobre pantorrillas poſtizas, dones, dientes, cabelleras, tinte de canas, à cada uno de eſtos tratos, y delitos, ſegun ſu gravedad. Y lo que ſobrare de diez millones, que ſerà mucho, ſe reparta à pobres; con el qual arbitrio ſe acude à los trabajos, que eſtàn clamando remedio, y ſe ſocorre la preſente neceſsidad: tributo mirado por todas partes ſuaviſsimo; pues el pagarle viene à ſer voluntario, y libre en todos.

Los Embaxadores, hablando con el debido acatamiento, replicaron: con que caras hemos de parecer en el mundo, llevando tan mal deſpacho en los principales negocios de nueſtra embaxada? Y en vez de lograr nueſtras diligencias ſus eſperanzas, afligirle con tales impoſiciones? A lo qual Momo: Para que los hombres queden ſatisfechos, que nos deſvelamos en ſu conſervacion, y augmento; y voſotros tābien quedais honrados, y aclamados Padres de la patria, y reſtauradores por nueſtro ſoberano favor, y auſpicio del mundo caſi perdido, llevareis de camino eſtas leyes, que en voz de pregonero con trompetas, y atabales hareis publicar: para cuyo eſtablecimiento hemos revuelto los Archivos celeſtiales, y conſultado muchas veces las catervas deificas. Todo perro Perdiguero nazca ſin cola; y las Rapoſas por ſervicios particulares fechos à nueſtra Corona ſe honren con ella: los Murcielagos vuelen ſin pluma; los Ganſos anden à pie, aunque las tienen: el Lince penetre con ſu viſta los muros; el Topo viva ſin ojos; cante el Gilguero, y llore el Alva; para que naturaleza ſea por eſte camino mas varia, y mas bella. Ningun hombre ſe atreva dàr muerte al ave Phenix, unica en el mundo; por quanto ſomos informados, que andan por arboles, chozas, y tejados tan ſobrada, y converſable como el mas humilde Gorrion; y ſi faltaſſe ave tan rara, ſeria una irremediable perdida de reputacion. Los Capones vivan ſin creſta, y los Gallos con ella; canten à media noche, y al ſalir el Sol, y de ſu voz huyan los Leones. Los huevos no ſe parezcan à los madroños, ni nazcan de ſu ſemilla, ni las ubas à los pepinos, y de todo eſto no ſe pida razon: baſta ſaber, que es nueſtra voluntad: la nieve ſea mui blāca; pero mui fria: la luz mui hermoſa, pero abraſe: al negro Eſcarabajo ſe dèn alas, pero de atrevimiento: à la Mariposa tambien pintadas de varios colores, y ſean para q̄ ſu propria envidia ſe las queme.

Las Amapolas nos han pedido por particular embaxada, olor, y fragrancia para ſus purpureas hojas, y que ſea mas permanente ſu hermoſura. Los Melocotones hueſſo dulce, como los Albarcoques; por quanto ellos, ni ſon de menos nobleza, ni de peor condicion. Los Almendros, que ſe dilate ſu flor un

mes siquiera; por escusar pesadumbres, y no encontrase con el yelo su enemigo, que por tempranos los desacreditan, dandoles nombre de necios, y à los Morales por tardios nombre de discretos: miren que frutos los suyos de discrecion! Las Cigarras, que se les permita cantar en Invierno: las Golondrinas, que se les restituyan las plumas de la cola, y se castiguen los Poetas, que las levantaron tan vergonzoso testimonio: las Comadrejas, que se empreñan por los oidos, y paren por la voca; que esto se quede para la gente flaca, que no quiere, ni puede guardar secreto, por quanto toda singularidad es odiosa. Que se declare con sentencia difinitiva, qual es obra mas alta, ilustre, y milagrosa en la naturaleza, criar seda los Gusanos, ò miel las Abejas. Las Abispas piden, que se les permita tambien labrar miel en sus artificiosos panales. Las Hormigas, que las nubes no ofendan sus troxes, y graneros. El Vino se quexa de los Mosquitos; y los Mosquitos le acusan de mosquicida. Los Escarabajos piden cantar como Grillos: los Ranaquajos como Ranas: las Ranas como Ruiseñores: las Pulgas piden alas, las Lombrices pies, y los disparates pies, y cabeza: sin otras mil peticiones, que remito para otro tiempo, por ser ya medio dia; y los Dioses estar en ayunas, quando esto decretaron. Negocios gravissimos, demandas nuevas, puntos de tanta importancia, consequencia, y dificultad, que han costado grande estudio, y desvelo al sagrado Concilio. Las cõsultas hã sido muchas, los pareceres tan diversos, que no se ha tomado entera resoluciõ. Volveos por aora à la tierra, decidla como se queda mirando, y volved dentro de un año; que si en este tiẽpo de las pestes, guerras, y homicidios, què decis, y de quien tenemos mui particular cuidado, el mundo quedare en pie, yo os tendrè firmado, y sellado el despacho de tan importantes negocios. Respondieron con silencio, y obediencia los Embaxadores, y partiendose del Olympo, iban por el camino llorando las miserias humanas. Llegaron à la tierra, dieron razon de su embaxada; y los hombres afligidos con tantos trabajos, y desdichas, dexaron à mas no poder, que corriessen, y aun volassen las cosas del mundo, como solian, à su fatal perdicion.

Diò fin el Lebrel à su historia, y callando esperaba la sentencia; mas el Africano no quiso pronunciarla entre dos amigos: solo dixo, que una, y otra narracion erã verisimiles, aunque en favor de la segunda, en quanto hace un mismo sugeto à la Ira, y Locura, se pudieran traer otras razones, fuera de las que se han tocado, y gravissimas autoridades de Philosophos divinos, y prophanos, cõ exẽplos admirables de muertes infelizes, y ciegos precipicios, à que se arrojan los iracũdos contra si, y cõtra sus proximos. Famoso entre todos es, y que se atribuyen à tan ciega passion el de

Xan-

Xantia (mugeres de ordinario viven mas sujetas por su natural flaqueza al impulso de sus passiones) que en una miserable ruina de su Republica se ahorcò, teniendo en una mano un hijo, à quien primero avia ahogado; y en otra, una hacha encendida, con que de camino puso fuego à quanto avia en su casa. La causa fue grande, el efecto mayor: ni ella le escusa la locura, ni yo, aunque quisiera llamarle valor, ò generoso zelo del bien comun.

APOLOGO VI.

Del envidioso examinado en el valle de lagrimas.

A Este tiempo pisaban los brutos sabios la falda del monte, y se hallaron inopinadamente en el mismo valle de lagrimas, que avian huido. Que si bien ellas se suelen escusar con la fuga, no empero sus motivos: passando si por ellos valerosamente, y oprimiendolos con invencible corazon. Vieron muchos hombres llorando flacos, y consumidos, comiendole sus mismos corazones. O que locos tan crueles, y desdichados! (dixo el Africano) sonlo por extremo (respondiò el Lebrel) porque sino me engaño, esta locura nace de envidia, la qual los bienes agenos convierte en proprios males. El sitio es mui à proposito, un valle inundado con avenidas de tristes lagrimas, y vecino al monte de la sobervia; porque siempre la envidia es su confinante. No ay desatino, que à este iguale en esta gran casa de Locos, ni mas bestial, ni mas de hombres. Bueno es, que porque el otro està alegre, yo quiera estàr triste; porque el otro tiene de comer, yo de pesadumbre me coma el corazon; porque tiene amigos, yo sea enemigo mio; porque no tiene trabajos, yo los padezca; porque aspire à honras, yo suspire; porque vive dichoso, yo viva desdichado; porque le sobran bienes, yo reviente de males. Y finalmente, que yo haga guerra à mi enemigo con deseos, y estos para mi sean obras aspides, y basiliscos. Comense los corazones, y en ellos no tienen mucho que comer, que los de envidiosos siempre son pequeños, y con todo esso nunca los acaban: que hicieran en los de sus emulos, si tan à mano los tuvieran! Cōpadecido Pardalin de aquellos locos desdichados, y no conforme al parecer de su amo, y del Lebrel, q̃ culpaban tan grande locura; pareciendole con simplicidad bien intencionada, que aquella demonstracion de comerse las entrañas nacia de grande causa, y que su envidia, oìdas las partes tendria algun razonable descargo, que escusasse tan rigorosa sentēcia, se llegò à uno de aquellos envidiosos, hombre de mediana fortuna, como si dixessemos, un Hidalgo de Villa. Vistiòse primero su trage, retirò la risa debaxo de una ala del corazon; debaxo la otra sacò la tristeza, y hablòle assi:

Aunque ſea tan contraria la miſericordia, ſeñor hidalgo à vueſtra ciega paſsion de envidia, no puedo dexar de moſtrarla, por ſer tan conforme à mi natural, ofreciendo mi perſona à vueſtro remedio. Y porque yo le pueda aplicar, y vos conſeguir, no rehuſeis, os ruego, deſcubrirme el motivo de tanto mal. Por ventura deſpedazaos el corazon el ſummo grado de proſperiedad, y grãdeza, adõde el Cielo levanta la Caſa de Auſtria? Y particularmente al gran Monarcha del mũdo, Philipo, à quiẽ el Sol nunca ſe pone, y de quien toda tiniebla de error huye? Envidiaisle prudẽte en la paz, fuerte en la guerra, piadoſo en la Religion, juſto en las leyes, y amado de ſus vaſſallos? Llorais la tyranica fortuna, que goza el Turco, Principe del Imperio Otomano? Rompeos las entrañas la grandeza del Preſte Juan, del gran Mogor, ò del gran Can de Tartaria? Sentis el ingenioſo gobierno, no sè ſi de ſuyo tan durable, del Rey de la China? ſus inmenſos theſoros? ſus inumerables vaſſallos? ſus populoſas Ciudades, tanto, que dice un Hiſtoriador, que la Ciudad de Panquin, ò Pequin, tiene cien mil y tantas lavanderas? Grandeza digna que la envidia, y llore con todos los ojos de ſu puẽte Segoviana el humilde Manzanares, ſi algun tiempo blando, y piadoſo le diere lagrimas para tantos ojos. Dice mas, que eſta Ciudad, Corte del Chino, es Metropoli de la tierra, y que en ſu comparacion Roma es un punto indiviſible, Paragrapho abrebiado Cõſtãtinopla, pozo Paris, y Napoles nada, &c. Y aſsi ſe va deſpeñãdo à ũ abyſmo de nadas, deſde la grandeza, y altura de Pequin. Dice mas, que ay en ella una carcel dõde de ordinario ſe hallan cinquenta mil preſſos, ſin otras en numero crecido. Pareceme, que ſino es la carcel del infierno, es algũ quarto, ò calabozo ſuyo. Si un Rey de tales grãdezas, y maravillas envidiais, teneis razon, que yo eſtoy tentado de ſacar mi corazon, y clavarle tambien el diente. Pero dexole por aora, haſta averiguar ſi sõ tantos los preſſos; porque ſi llegan à eſte numero, el de las lavanderas es un cero, pues ſolamẽte las carceles ſe las han meneſter, cõ ſus Miniſtros de juſticia. Si eſtas preſentes proſperiadades no os abraſan de envidia, ſin duda ſon las paſſadas, de aquel feliz ſiglo de oro; ẽ el qual las fraguas de los humanos corazones no conociã hierros, y aora todo el mundo es Vizcaya. Envidiais el valor de Alexãdro? El ingenio de Ariſtoteles? La dulzura de Platõ? La eloquẽcia de Demoſtenes? La milicia de Anibal? La victoria de Scipiõ? La fortuna de Ceſar? La paz de Auguſto? Y la bõdad de Trajano? Y ſi nada deſto os da cuydado, ſin duda lo por venir os aflige. Temeis envidioſo, q̃ ſe culpa, y verifique el prognoſtico de Acãturuley Moro ſabio, el qual llora la ruina de el Imperio Otomano, por el valor de ũ Rey de roſtro hermoſo, Chriſtiano, q̃ tendrà el mundo en un anillo. Si en cõpañia de Agar lamentais el fatal

ſin

fin de los Ismaelitas, con envidia deste valeroso Principe; dexadlo por aora, que tiempo os queda; pero si cosas tan grãdes no os inquietan, podria ser, que las medianas, y menores fuessen causa de tãto mal. Envidiais la vida picaresca, libre de cuidados, pobre de dineros, y rica de contento? Envidiais el regozijo de un tamborilero? La libertad de un cochero? Los atrevimientos de un lacayo? La desverguenza de un entremetido? El descaramiento de un convidado por fuerza? La necedad de un descortès? La loquacidad de un ignorante? El descanso de un confiado? La satisfaccion de un necio? Las astucias de un calvo? El aplauso de un Poeta comico? Los ruegos de un Musico? Las risas de un truhan? Y las lisonjas de un pretendiente? Envidias los brios de los mozos? La prudencia de los viejos? La innocencia de los niños? Los privilegios de las mugeres? Quien os ha condenado à tormẽto tan cruel, q̃ los tyranos de Sicilia no le hallarõ mayor.

Triste vertiendo lagrimas, acõpañadas de un profundo suspiro, respondiò el paciente: Poco se os alcanza de la enfermedad dolorosa de envidia. Quiero responderos cõ unas palabras del Philosopho lib. 2. Rhet. ad Theodecten. cap. 10. que solas ellas excluyen todas las causas, que ciegamente aveis tocado. Si ignorais Latin, tened paciencia, que yo me explicarè: *Cum iis, qui antea mille annis fuerunt, aut futuri sunt, & cum mortuis nemo contendit; nec cum iis, qui apud Herculis columnas habitant; nec cum iis, à quibus, vel suo, vel aliorum judicio multum putant deficere: nec cum iis, quos non parum excedere*; las grandezas de tan altos Principes, que ha mil años que passaron, passanseme por alto: de las por venir no soi Astrologo, ni adivino: los muertos tambien lo estàn en mi memoria; à los ausentes, que habitan los ultimos terminos del mundo, adõde Hercules erigiò sus columnas, y esculpiò el *Non Plus ultra*, no conozco: biẽ que por fama los amo, honro, y venero: los humildes, pobres, y miserables dãme lastima, no envidia. A los que me aventajan excessivamẽte en calidades, y grandeza; presentes, ò en ausencia me humillo. No soi oficial, y assi me agrado mucho de los q̃ son primorosos en sus Artes; porque *figulus figulo invidet, faberque fabro*; los envidiosos, y los envidiados cifrò el mismo Philosopho, en dos palabras: *Qui proximi sunt tempore, loco, ætate, gloria, iis invident.* Envidiò segun esto (ay de mi!) à los de mi tiempo, de mi patria, de mi edad, y à los que estàn cerca de igualarme, ò demasiadamente no me exceden en merecimientos: por esso dicen, que la envidia es corta de vista, de ojos enfermos, y lagañosos. Un pobre hidalgo como yo, à quien ha de envidiar sino à otro hidalgo vecino, y familiar mio, que hace caravanas de Caballero, y aspira à un Abito. A un plebeyo, que hace trato de la sangre, y quiere comprar executoria

de nobleza: à unos dones tan tempranos como tardios. Porquè el otro ha de querer morir antes de hambre, que de frio, haciendo un vestido, que vale mas que su haciẽda? Porquè ha de querer andar à caballo aquel, à quien dos muletas de puerta en puerta sustentàran mejor? Porquè ha de beber con cantimplora, quien solamente cãta por espantar sus males, y llora su pobreza? Porquè ha de traer toda la tarde biznaga en la voca, ò en el sombrero, quien ha comido queso, y rabanos? O quien de una misma olla come el caldo, y verzas à medio dia, y la vaca à la noche? Porquè ha de igualarse à los Principes, quien no conoce su principio, estando en èl? O no aviendole iamàs tenido, busca su fin? Porquè en las mugeres los pies han de pedir jamuga? La jamuga estrado? El estrado silla? La silla coche? Y porquè ha de comprar coche, quien no tendrà mañana para comprar un cochino? A que hombre de razon no privaràn de vida estos desatinos? Yo mismo me atormento, y no me pesa, ni puedo arrepentirme. Envidia me enflaquece con los opimos regalos de otros, y me quita el sueño, y descanso. Ella me derrama por todo el cuerpo una hiel, que me consume entrando por los ojos, y por los oìdos. Que mucho estèn viciados de tan perversa calidad? Los dientes aunque carcomidos, son de azerada sierra para cortar; y la lengua de aspid para inficionar con veneno. Estos miserables trabajos acrecientan las continuas lagrimas que derramo, azeite al fuego que me abrasa; aunque tal vez rio en medio de tanta tristeza algunos grandes trabajos en mis amigos. Carcajadas descompuestas de gente regozijada templaron estos lamentos. Alegraronse los huespedes con la novedad de la musica; si puede llamarse novedad lo que cada dia vemos en las mugeres llorar, y reir; puesto que esta disonancia aqui era mui acorde: porque lagrimas, y risas nacian de una causa. Llegaronse à uno destos, à quien el regozijo aun no avia enjugado el llanto, y preguntado, que felicidades le trocaron su suerte infeliz? Respondiò, que las agenas desdichas; de las quales, como à los que las padecen dàn el pesame à èl, y à sus compañeros podian el placeme. Què mayor felicidad para mi, que averse muerto un emulo mio, cuyas prosperidades me tenian triste, y padeciendo un intolerable dolor? A otro le han quitado la honra; à un vecino se le ha quemado la casa; à un rico han robado la hacienda.

Dexemos estos hombres pusilanimes, cobardes, y viles (dixo el Leon) que en manos estàn de sì mesmos, que no se perdonaràn una jota del castigo, que merece su culpa. Passaron adelante, y vieron una envidiosa serpiente, derramando desdichado veneno sobre humanas felicidades; y convirtiendo aquellos campos Eliseos en melancoli-

cos bosques, llenos de formidables sombras. Al desesperado Cain conocieron en la señal, que Dios le puso: dichoso el mundo si todos los envidiosos viviessen señalados de su mano; que si bien son innumerables (cosa maravillosa!) apenas se halla un Abèl. A Saul atormentaban espiritus malignos, y mas la envidia de las canciones en el glorioso triumpho de David. Un abominable, y horrendo monstruo de siete cabezas, llamado Hydra (en cuya victoria, porque venciò la envidia Hercules hallò mas dificultad, puso mas trabajo, y ganò mas gloria, que en las demàs hazañas) atormentaba à una manada de Phariseos, ocupando todas siete cabezas en castigar la mayor maldad, nacida deste pecado, que han cometido los hombres; dando muerte con su envidioso veneno à la misma vida, por quien todos dichosamente la gozamos. Luego entre otros muchos vieron à Cesar Caligula, que invidioso, executando disformidades, y muertes, quitaba à los Nobles de su tiempo las galas, los thesoros, las estatuas, las imagenes, y renombres ganados por sus victorias, y por las de sus ascendientes, deslustrandolas infamemente. Y aun dicen, que con esta misma passion de envidia mādò cortar à los afeminados mancebos de su Corte guedejas, y copetes. Conjetura es esta en Suetonio, ocasionada del ruin natural deste mal Emperador; mas yo presumo, que al mismo Caligula parecieron mal entonces, y aun al mismo Demonio: oy no parece bien un abuso tan indigno del brio Español, que pervierte las acciones naturales, y hace à sus dueños hermaphroditas. Ha España, España! Adonde està el amor de madre con tus hijos? Si criandolos al rigor del Sol, y el yelo, con pobre vestido, y ningun regalo, el cabello largo, igual, y cō poco asseo, los has visto señores del mundo, prudentes en la paz, invencibles en la guerra: piensas que con ocio, deleite, y mugeriles emulaciones se conserva, lo que con trabajo, dolor, y valerosas hazañas se ha ganado? Conozco, que lo conoces, y que me respondes, que no todas las travessuras de sus hijos pueden las madres remediar: y ellos lo que Agesilao, que los Espartanos usaban guedejas, y copetes, porque entre todas las galas, esta es la mas barata. Con todo esso.

Sint procul à nobis juvenes, ut fœmina compti:
Fine coli modico forma virilis amat.

Volviendo à nuestro proposito; absurdo es, como decia Antistenes, limpiar el trigo de joyo, y la guerra de inutiles soldados, y no la Republica de envidiosos. Quando Jupiter, queriendo hacer cala, y cata de los humanos corazones, enviò con esta comission al Dios Apolo à la tierra, luego tropezò con un envidioso, y un avaro (que por mas duro que piedra, bien se pudo hacer en èl ojos, cejas, y narices) frāqueòles los thesoros Olympicos, y

dixo, que pidiessen larga, y confiadamente, que todo se les daria, con tal advertencia, y condicion, que de lo que uno pidiesse para si, doblado se le avia de dàr al otro. No fue possible, que el avaro pidiesse en primer lugar, por gozar dobladas riquezas; pero el envidioso, que le tenia buena gana, viendo la suya sobre el hito, pidiò, que le sacassen un ojo, porque al avaro le sacassen dos. Assi se hizo, y ambos quedaron con el castigo, que merecian: el invidioso con poca vista, porque como arriba diximos, nunca la suele tener larga; y el avaro sin alguna, porque siempre vive ciego. Gente una, y otra perversa, y odiosa, que verifica la sentencia de Socrates, que una de las cosas mas molestas à los buenos, es la felicidad de los malos; y à los malos la prosperidad de los buenos.

APOLOGO VII.

Maldicientes con pretexto de buen zelo.

AViendose apartado los tres conformes peregrinos de aquella miserable chusma de invidiosos, no bien tocaron los fines de el valle fertil de desdichas con el riego de viles lagrimas, fiando la ventura à sus inciertos passos: quãdo por despedida los de Auricrino suspendiò voz llorosa de un Cordero, que volviendo la cabeza, y retirandose de su enemigo, decia: Quedate para quien eres, infamia de naturaleza; quien sino tu persiguiera al perseguido? Culpàra al innocente? Hiriera con tantas, y tan crueles puntas al desarmado? Compadecido el Africano, le preguntò la causa de sus quexas. La Zarza que alli vès (dixo el Cordero) que el nombre solo justifica mi enojo. Y porquè, decidme, señor (replicò el Leon, trayendole amorosamente la mano por la cabeza) os quexais tanto de ella, y maltratais à la desdicha? En vuestra innocencia cabe esse rigor? Escuchame (respondiò el Cordero) que mi fortuna infeliz con tu vista tengo por cierto ha de prosperar el Cielo.

Dueño de las vegas fertiles que se descubren, y señor mio es (sino lo has por enojo, Rey invicto) un rocìn de noria mui viejo, y mui rico. Determinò hacer unos jardines en estos amenissimos campos Hybleos, cuya novedad, grandeza, y hermosura borrasse la fama à los milagrosos Pensiles de Semiramis, y no cediessen à los Eliseos de Arãjuez. Para este fin hizo buscar los mejores arboles, y plantas, que mano diestra huviesse cultivado, y cãpos incultos producido. Y por acreditar mas su estimacion, mandò, que ningun arbol, ò planta de baxa suerte, y no conocida nobleza se plantasse en ellos. Fuè excluìda entre otros arboles deste noble Palacio, y jardin, la Zarza por maldiciente, y murmuradora, en quien los vicios de la Republica se aposentan: ella sintiendo tanto deshonor, pidiò se hiciesse informacion

de

de su limpieza. El consejo de los arboles diò informantes, y oyeron primero sus razones, las quales se fundaban, en que descendia por linea recta de varon de la estirpe, y prosapia noble, y antigua de los Rosales, Alcuña Real, y conocida en el mundo desde la formacion de el Paraiso; de cuya verdad daba testimonio la semejanza grande de ramas, hojas, y espinas.

Que si ella era maldiciente, y murmuradora, en quien los vicios se escondian, esto mismo se hallaba en el Rosal, y assi este se excluyesse de los jardines, ò ella fuesse admitida: pues no era justicia, que pobreza, à que descuidada cultura la avia traido, fuesse ocasion de perder la honra heredada de sus mayores. Afrentòse el Rosal, que cerca estaba, oyendo las mentiras del nuevo pariente humilde, y baxo; viendose atribuir efectos tan agenos de sus ascendientes, cuerdamente glorioso de su origen, porque porpureò la candidez de sus flores divina sangre de Venus, herida con sus espinas, quando estendiò la mano à coger una Rosa, ò de la sangre de Adonis su amante, muerto del cruel javali. Pidiò examen de testigos, y propuso quantos el camino passassen, hombres, brutos, y aves, sin exceptar persona, como quien tan segura tenia su verdad. Y ultimamente un testigo fidedigno, mayor de toda excepcion, hijo del tiempo, hermano del año, y su nombre Primavera. La Zarza no hallaba fieles testigos, que proponer. Al fin por su corazon juzgò los agenos, y pareciendola, que siempre la virtud, hermosura, y prospera fortuna, son envidiadas principalmente en Palacio, nombrò à la Azuzena, clavel, jazmin, y otras hermosas flores, en cuya cōpañia la rosa avia de vivir: publicando seguridad de justicia, con testigos abonados, nobles, y amigos del Rosal. Fiò su ventura en la envidia, que iguales suyos podian tener: porque no ignoraba quan sujeta vive la amistad à envidia. Fuera destos nōbrò otros muchos testigos, aquellos que por nuestros pecados en las Republicas se vendē à taza de vino, y sobran por los muladares: turba horrenda sin temor, y sin honor. A estos tenia obligados con el hospicio, que en su casa les hacia, sapos, escuerzos, culebras, ratones, lagartos, escorpiones, y raposas, gente no sè si tan ignorante, como maliciosa, en leyes naturales, y divinas; pues desvergonzadamente cada dia prophanan la sagrada, y tremenda religion del juramento. Procurò tambien juntarse con buenos, por parecer uno dellos, ò por destruirlos, y hacerlos conformes à sus costumbres. Pidiò socorro à las vides, y parras; abrazose con ellas en tā estrecha union, que parecian una misma cosa. Diò lugar por el labyrintho de sus intrincadas ramas à los sarmientos verdes, cuyas hojas la hermoseaban, cuyo fruto la enriquecia; si bien la poca medra de sus racimos acusaba tan ruin amistad.

Dieron principio los informantes al examen de testigos: la Zarza à los que passaban llamados à declarar en vez de alhagos, y caricias, maltrataba, y rompia con espinas los vestidos, manos, y cara: y assi la maldecian injuriandola con mil oprobrios, bendiciendo al Rosal, y à quiẽ le plantò, en cuyo fruto daban mil gracias à su Criador. Ganados, y aves decian lo mismo, dexando en sus uñas plumas, y pieles. Las azuzenas, claveles, y jazmines declararõ en favor de la rosa, frustrando el pensamiento de la Zarza, que en pechos verdaderamente nobles, no hallò entrada la envidia, que de ordinario proprios demeritos la engendran. Vino la Primavera, dama hermosa, fresca, y gallarda; en cuyo rostro hiriendo tẽpladamente el Sol, en competencia de los cabellos de oro, que al descuido guarnecian la espalda, descubria un color blanco, y encarnado, afrenta del jazmin, y rosa, que entre albahaca, y arrayan componian bella guirnalda à sus sienes. El vestido era de la tela, à quien ella diò nombre, bordado de azuzenas, y lirios, guarnecido de claveles, y orlado con botones de azahar. En la diestra un bello Cornucopia, adonde con variedad deleitaban vista, y olfacto, flores de retama, y almendro, alhelies, trebol, junquillos, y violetas: en la siniestra una fuente crystalina, cuyas aguas fertilizaban los campos. Venia acõpañada de mil paxarillos, entonces mas suaves, y parleros, porque sus voces animaba ũn Zephiro blando (amoroso donaire à sus pies) que pisando alfombras de esmeraldas en agradecimiento cortès de tanta ventura brotaban diamantes, y rubies. Assi llegò la Primavera testigo fiel, la qual declarò luego su sentimiento con palabra cierta, equivalente al juramento de mas conciencia; porque el tiempo à ninguno engaña. Vistiò al Rosal de verdes pimpollos, rosas bellas, y olorosas. A la Zarza de confusas ramas, rigorosas espinas, zarzamoras, escaramujos: descubriendo jũtamente las virtudes encerradas en su pecho, una vil caterva de lagartos, culebras, y otras savandijas. Con esto quedaron todos desengañados; y la informacion se presentò ante los señores Presidentes, y Oidores, que visto lo alegado, y probado, dieron esta sentencia.

Fallamos, que debemos condenar, y condenamos à la Zarza por infame planta, symbolo, y geroglphico de murmuradores, y maldiciẽtes, lastre abatido, y sentina asquerosa de la Republica, cuyo oficio es herir cõ sus espinosas lẽguas, honra, y fama de los buenos; descubrir escandalosas flaquezas de malos; dàr al vicio nombre de virtud, y à la virtud nombre de vicio, ò hypocresia. Siendo las tales Zarzas presumptuosas, y soberbias, habitacion de lagartos, y culebras, vicios, y pecados detestables, que en otros murmuran, y en si aposentan con desverguenza gentilica, y poco temor de Dios. Item, damos las

dichas Zarzas por linage distinto de los Rosales, cuya estirpe es noble, y divina, symbolo del amor, y correccion fraterna, y de los saludables consejos originados de suprema charidad, como lo dàn à entender sus rosas entre espinas, que el consejo de la salud del alma, y la correccion del superior, ò hermano, siempre las suele tener de aspereza: y por tanto la Zarza no intēte, ni sea osada disfrazar sus murmuraciones, ò espinas, con nombre de rosas, ò buen zelo; porque este solamente le tiene el generoso rosal. Y dado que el tiempo la convirtiesse de Rosal en Zarza, fallamos ser mas grave su culpa; pues vilmente degenera de sus principios, de sus padres, y avuelos; q̄ si ellos por sus obras merecieron hōroso premio, ellas infame castigo, por quanto *Miserum est aliorū incumbere famæ.* Ninguna cosa ay digna de alabanza, sino las obras de nuestra voluntad; los demàs bienes, ò son aparentes, ò agenos: ninguno dà lo que no tiene: el honrado dà honra, porque la tiene: el infame infamia, porque no carece de ella: las acciones buenas, de bondad se originā; las malas de malicia. Esta fue la sētēcia, y esta es la razō de su baxeza: la de mis quexas es, porque peregrinando solo, y temeroso estos caminos, huyendo un gran peligro, que à mi, y à toda mi gente amenaza, lleguè adonde esta enemiga me prendiò; y roto el pobre vestido, vi à mis pies sin cometer delito, unos grillos de culebra, de los quales dificilmēte pude librarme. Castigarè (dixo el Leon) tantos insultos en menosprecio de mi Magestad, y leyes; y acercandose à la Zarza, desvergonzada tambien estendiò sus ramas, ofendiendole en lo que pudo. Con enojo la embistiò, y quiso arrācar de rayz; mas luego se retirò, las manos heridas, y las guedejas de oro repeladas. Aora (dixo el Cordero) conocereis, señor, el natural desta soez canalla, que à Reyes se atreve, y à pobres no perdona. Colerico Pardalin, abrasemos, dixo, toda esta generacion, y no quede memoria de ella en la tierra. Mas Auricrino prudente, refrenando su ira, aunque justa, sin provecho conociò su error, en querer dar castigo por sus manos, à quien el mismo Rey puede temer; puesto que Augusto en la paz, y Julio en la guerra: y reportando à Pardalin, dixo: Si todas las Zarzas, si todos los maldicientes queremos abrasar, serà acabar el mundo, y castigar muchos buenos dèl; porque si tiendes los ojos à essos campos, los veràs fertiles de esta desventura: y aunque hacen mucho daño; son de algun provecho; pues sirven de guardar las viñas, que los malos para acrecentar virtud à los buenos viven. No obstante que los detractores cometen un pecado mas contra natura, que el dolor, que la muerte, que quantos accidentes pueden venir, exterior, ò interiormente; porque rompen el trato, y comunicacion humana, y obligan à los hombres vivir

vir separados como fieras, por no tener sus bienes seguros de malas lenguas. O vicio lastimoso! Que raras veces se libra de publico castigo, y confusion; como sucediò à la Zarza, que viendola un podador estrechamente abrazada con una Parra, comenzò à jugar su cuchilla, y à quatro tajos, y reveses la segò, sin tener compassion de la desdichada, la qual pedia favor al Cielo; mas quien en vida le ofende, no le suele tener propicio en muerte. Con los mismos golpes cortò tambien la Parra, desperdiciendo sus verdes pampanos, y racimos; que esto se medra de ruines compañias, y amistades. Contentos quedaron de pena tan debida à sus culpas, y sentandose à la sombra de una oliva, preguntò el Africano al Cordero: Què peligro le alejaba de sus rebaños? El qual con esperanzas de remedio prosiguiò, diciendo:

APOLOGO VIII.

De la verdadera libertad.

LAs principales cabezas, y Capitanes diestros, sino valientes de nuestras inermes compañias, zelando el bien comun, dieron de ojos en el profundo de males: pareciòles mengua de su naturaleza, y reputacion, aviendo entre si mesmos personas competentes, y de inteligencia para gobernarlos, sujetarse a dueños extrangeros, y pastores, aunque vigilantes en su guarda, crueles, y tyranos; cuya intencion con pretexto piadoso, era sustentarse, y vestirse à costa de su sangre, y lanas, y enriquecer vendiendolos; bien assi como esclavos viles, en publicos mercados. Al fin los mas venturosos venian en su florida edad à rendir la innocente cerviz al cuchillo infame. Arbitrando, pues, el mejor medio para sacudir de sus captivos cuellos tan pesado yugo de servidumbre, convocaron à consejo quantos briosos carneros habitan los campos espaciosos de estas fertiles dehesas, y desiertos. Propuso el caso el de mas autoridad; y ponderadas las dificultades, y razones de estado, huvo contrarios pareceres. El negocio era grave, el temor natural, el peligro cierto, incierta la conservaciõ. Los mas ancianos decian ser intentos vanos, y temerarios pretender borrar costumbre immemorial del dominio, que los humanos sobre sus antecessores desde el principio del mundo avian tenido: y que violando sus leyes, quedaban expuestos à tyrania mas cruel de fieros lobos. Que poco numero era bastante para assolar, faltando el temeroso estallido de las hondas, sus flacos apriscos? Que el Cielo los criò para el servicio de los hõbres, à cuya soberana disposicion era locura hacer resistencia.

Dexò el escaño entonces un Carnero robusto, y valiente, ojos sangrientos, puntas retorcidas, casco fuerte, y piel intonsa; el qual mirando à todas partes puso silencio en el timidamente audaz Consejo

de Estado, y con voz ronca, y grave, dixo sañudamente: Si à la naturaleza flaca nuestra infamada cobarde entre las mas remotas naciones del mundo pedimos consejo, en vano tendremos quexas de la opinion torpemente adquirida con ocio, pereza, y desconfianza; pues ninguna Republica alcanzò fama, y nõbre ilustre sin mucha costa de sangre, y riesgo comun, aventurando sus hazañas, à quien el fin dichoso diò nombre de valentias, el infeliz de temeridades: Quantos animales de inferiores fuerzas, y poder vemos, que libres gozan en estas campiñas sus casas, hijos, y haziendas? Quien los pudiera sugetar, aunque el poder humano se jũtàra? Por ventura, criònos el Cielo sin armas? No, que nuestras armadas cabezas pueden oponerse, resistir, y vencer los dientes agudos del Lobo mas hãbriento; pues que nos falta? Dirà alguno, animo, y valor; yo lo cõfiesso; mas en nuestra voluntad està tenerle, si consideramos el bien incomparable de la libertad, mas preciosa que la vida, pues el captiverio es una larga muerte. Principalmente aviendo entre nosotros tan venerables canas, tanta experiencia en el gobierno, tantos amigos, que es la mayor fortaleza; tan poderosos como los mastines; que siendo regalados con mas cuydado de nosotros, que de los pastores, seràn centinelas vigilantes, soldados seràn invencibles. Que corazõ de pedernal, de azero, ò de diamante no sale por los ojos resuelto en dos arroyos de lagrimas, viendo correr tãtos de sangre innocente à tiernos cabritillos por Navidad, tantos à tiernos corderillos por Pasqua Florida? Quando el mundo se renueva, y viste de flores, y perlas de rocio, entõces nuestros rebaños de luto, y miserables lamentos. Nuestras carnes sustento son de los humanos: perdiendo las vidas los preservamos de la muerte. El regalo, que nos hacen, es grãgeria, no benevolencia: su desvelo, interès, no compassion. Los vellones, que el cielo providamente nos vistiò, avaros nos desnudan, dexandonos expuestos sin defensa à las tẽporales inclemẽcias, y deformãdo, y enflaqueciẽdo nuestra hermosura, y gentileza; por quien dixo el Poeta, quexandose de semejantes, no iguales desdichas: *Sic vos non vobis vellera fertis oves*: Si mortales balidos de innocentes no os mueven, muevanos los de sus pobres madres, y viudas ovejas, y que su consuelo en tales miserias suele ser, llevarlas à padacer muerte de los mismos cuchillos, y verdugos, à cuyos filos, à cuyas manos su hijos, padres, y consortes postraron envueltos en sangre los ultimos alientos. Que vileza es la nuestra? Que enagenamiento de sentidos? No digo ya, que huyamos tantos males: no, que vẽguemos tantos agravios, no que peleemos por nuestra libertad, por nuestras vidas, honras, hijos, y esposas, sino que busquemos muerte honrosa, siquiera porque padecerla infame es forzoso,

mas que digo? Ninguno se dexe vẽcer de la vil desesperacion; aunque esta ha vencido muchas veces desesperados conflictos. Todo lo hemos de restaurar con magnanimo corazon: haganse treguas, ò pazes con Lobos, capitulando honrosos partidos; y quando estos negaren, fuerzas tenemos para defendernos, y darlos guerra; que raras veces à la razon, y valor desamparò fortuna. Dixo el soldado sañudo: y luego con glorioso aplauso levantarõ todos la voz: Viva Cabezbronze (nombre del Carnero valiente) viva nuestro Rey. Sacaronle en hombros quatro Nobles à vista del Pueblo, que le admitiò con semejante aclamacion; y sentandole en un alto peñasco, le juraron lealtad, y honrò sus manos un pedazo de cayado en vez de ceptro, y sus sienes corona de robusta encina. Las trõpas, y atambores resonaron luego, dando valor al mas cobarde; y nõbrados Consejeros, Capitanes, y los demàs oficios, apellidaron libertad. Atonitos los Pastores del repentino rebelion, ocupados de temor, huyeron la vulgar furia, y juntos quisieran consultar el castigo antes que el remedio; mas eran pocos, y desapercebidos; y assi por entonces le suspendieron, hasta hacerse mas temidos con mayores fuerzas.

Nuevo animo diò al copioso esquadron de visoña gente la huida de sus pastores; y ocupando las cũbres de unos altos riscos se fortificaron. Grandes fueron las diligencias para grangear los mastines, y no lo pudieron alcãzar; que su lealtad es exemplo à fieras, y hombres: por esto algunos comenzaron à desmayar, viendose destituidos de tan importãte socorro, circunstãcia no la menor de su alteracion; y mas quando vierõ marchar en su demanda un formado esquadrõ de pastores, y otras gentes dispuestos à tomar emienda de tantos desaguisados: unos huìan, otros se apercebian à la pelea. Quando descubrieron otro esquadron bien ordenado de Lobos: aqui se dieron todos por perdidos, viendose en medio de dos exercitos contrarios tan valientes. Apenas Cabezbronze, y sus Capitanes podian detener los fugitivos soldados con ruegos, ni amenazas; pero sus diligencias, y sitio fuerte fueron de algun efecto, para no desamparar al animoso Rey. Estando todos à la mira de los dos esquadrones de pastores, y Lobos, que parece marchabã à juntar sus fuerzas, à tiro de mosquete hicieron alto, y por Embaxadores huvo demandas, y respuestas: no se efectuò cosa alguna, y luego oyeron señal de acometer. Cerraron las hazes, y travòse una sangrienta batalla: pelearon, hasta que los pastores, como no apercebidos para enemigos tantos, y tan crueles, con buen orden se retiraron, quedando el campo por los Lobos cubierto de sangre, y cuerpos muertos. Suspensos estaban los Carneros de caso tan inopinado, sin poder conjeturar la causa de aquella batalla,

siendo unos, y otros sus enemigos, pero luego llegaron Tripaldo, y Cervistro, dos principales Lobos, Capitanes del exercito: hicieron señal de paz, y pidieron audiencia. Dióscla Cabezbronze, y era la summa de su embaxada, que aviendo sabido los Lobos su rebelion, por las cartas q̃ su Alteza enviò, pidiẽdo pazes, aprobaron accion tã valerosa, y que no solamente querian capitular pazes, sino acudirlos con sus fuerzas, como lo hacian, previniendo el aprieto, en que se aviã de vèr. Que estaban mui gozosos, por aver llegado en tan buena ocasion; para que conociessẽ la sencillez de su trato, si bien à costa de tantas vidas? No sabía Cabezbronze, y todos los presentes como agradecer, y pagar tan singulares beneficios; y para mas clara demonstraciõ de su volũtad, determinò ir à dar las gracias por su persona, acompañado de los Grandes de su Corte. Fue recibido afablemente; capitularõ pazes perpetuas, hicieron fiestas, y alegrias en uno, y otro Reyno, juzgando aquella edad la mas dorada que el mundo gozò; pues Lobos, y Corderos comunicaban pacificamente. Juntaronse en uno de dos extremos de simplicidad, y malicia: fue trato doble el concierto de los Lobos, y los Carneros no alcanzaron su razon de estado, aunque facil, engañados de las demõstraciones externas. Que mucho, si tambiẽ se les passò de vuelo à los Troyanos mal entendidos, y bien castigados; puesto que mas culpables, porque avisados de Laoconte: *Timeo Danaos, & dona ferent eis*, enemigos armados de dones, son terribles. Verdad fue que se holgaron con las nuevas del rebelion, y que venian à darles socorro, como lo hicieron; mas buscaban su proprio interès, no la agena conservacion. Pretendian sugetarlos à su tyrania, librandolos del dominio pastoril, en el qual sus correrias, pressas, y robos eran pocas veces cõ dificultad, y peligro. Passaron algunos dias, en los quales se entraron los Carneros la tierra adentro, mejorandose de sitio, y grangearon un grãde numero de mastines, que vagaban por las selvas, poco estimados de sus dueños, por falta de ganado que guardar. O quantos daños ha ocasionado el desprecio de Soldados, de Ingenieros, y Espias, que despues pagan à tãta costa; que à veces por esta inconsideracion se pierden las jornadas, las plazas, los Reynos, y las vidas! Persuadieronlos, aunque dificilmente, pazes con Lobos, que llevaron mal si bien dissimularon por entonces. Assentaron los Perros ante todas cosas, que jamàs avian de militar contra sus amos; mas no perdian el rezelo de sus contrarios antiguos, violentando dentro los pechos la enemiga mortal, que naturaleza infundiò. No ay seguridad en amigos reconciliados, ni defensa contra la traicion; presto, y à grande costa les vino este desengaño; pues aviẽdolos assegurado cõ buenas obras y fingidas esperanzas de perpetu

vin-

vinculo de amiſtad, vencida la contraria influencia de los Aſtros, convidarõ al ſimple ganado para unas grandes fieſtas. Agradeciò al Rey eſta demonſtracion, y ſeñalado el dia, partiò acompañado de los Grandes de ſu Corte, y mas de docientos perros, ſoldados valeroſos, con algunas principales ovejas, y corderos. Juntaronſe quantos Lobos habitan aquellas altas, y aſperas ſierras, y pueſtos mil en celada, la noche del dia mas feſtivo deſpues de un explendido banquete, alegres los hueſpedes con el vino, canſados de danzas, y ſaraos, ſe rindieron al ſueño. Entonces ſaliendo de las eſpaldas de un frondoſo boſque los traidores, cargaron preſtos, y valientes ſobre los dormidos perros, y deſpertando con ſobreſalto, ſe hallaron impedidas las manos con priſiones: aunque no por eſſo quedaron rẽdidos, porque ladrando ferozmente procuraban defenderſe con las vocas; à cuyos ladridos deſpertando el Rey, y los de ſu compañia conocieron la traicion. Y mientras la canalla fiera, temoroſa de las caninas voces, ſe ocupaban en rendir à los rendidos, no cuidando de la parte mas flaca; ſe puſieron en ſalvo, huyendo deſordenadamente haſta llegar à ſus rebaños. Alli con laſtimoſas lagrimas contabã la traicion de ſus contrarios, ſiempre crueles. Confuſion grande ſobrevino en noſotros, ninguno daba cõſejo, todos balavamos ſin eſperanza de reſiſtencia, temiendo las hojas piſadas de Lobos. Cada uno fiò el remedio à ſus pies, unos por la aſpereſa de los montes, otros por ocultas cavernas, otros por no piſados caminos, y yo por eſte, donde eſtimara acabar la vida, ſi vueſtto generoſo valor no reprehendiera mi poco animo, y me prometiera el corazon con preſagios ſeguros, reſtauracion del engañado Reyno, y venganza de los alevoſos enemigos.

Colerico, y laſtimado quedò Auricrino de la traicion, que aquella villana gente uſara: quiſiera averſe hallado preſente en aquel aprieto, para tomar vengãza de tales agravios. Mas no le pareciò tarde, y aſſi mandò al Corderillo le guiaſſe à ſus eſtancias, que èl hizo de buena gana, renunciando el miedo en el valor de Auricrino. Aviendo llegado, deſcubrieron en una maleza, que no pisò eſtampa humana, diez mil carneros los mas fuertes, y brioſos, que conſultaban remedio en tantos trabajos. Lo reſtante del ganado, que ſerian cien mil cabezas, erraba los montes falto de conſejo, y favor. Enviò el Africano al Cordero, que les dieſſe parte de ſu venida, y el fin della. Lo qual oido de los diez mil ſoldados fueron mui contentos, y baxarõ à beſarle los pies, y ponerſe en ſus manos, à quien èl recibiò benignamẽte, dandolos eſperanzas de ſu reſtauracion: luego porque la tardanza no culpaſſe ſu deſcuido, hizo echar un vando, que declaraba ſus intentos; y que pretendia guardar

justicia, premiando, y castigando, como Rey de las fieras. Mandò jũtar el timido ganado; y para darles algun animo, el mismo Auricrino se partiò à persuadirles, que sola su authoridad pudiera cõseguirlo. A este tiempo llegò un centinela, que temblando avisaba à todos se pusiessen en salvo; porque venia marchando un poderoso Exercito de mil Lobos, soldados viejos expertos en las armas, passando à colmillo quantos innocentes hallabã. Gusto recibiò con tales nuevas el Africano; y luego formò un numeroso, aunque flaco, pero bien ordenado esquadron. Y puestos en el cuerpo de batalla Corderos, y Obejas, con un tercio de soldados, cuyo cabo era Cabezbronze, formò la vanguardia, y la retaguardia de ocho mil valientes Carneros, tan cerrados, q̃ no dexaban para la pressa mas que las superiores armas, bastantes à embotar los mas agudos dientes. Diòles orden de no acometer, sino solo defenderse; puesto que tal valor avian cobrado, que violentaban sus deseos en no pelear: tanto importa un buen caudillo en la guerra: Todo lo qual bien dispuesto se partiò Pardalin embiado de Auricrino al vandolero esquadron, convidandolos con paz, si ponian en libertad los cautivos Perros: y haciendoles saber como avia venido solamente à castigar sus alevosias. Mas el Rey Voraferro informado; que estaba solo con el Embaxador compañero, no solo no diò gratos oìdos; pero quisiera echarle mano, y ponerle en prision, ò matarle, porque su aspecto les era formidable; y de los enemigos los menos. Mas el astuto Mauritano diò su mensage à vista del campo, con mas muestras de desafio, que amistad: recato conveniente, si los enemigos son barbaros, y de poca fee. Oyendo la desmesurada quãto atrevida respuesta, volviò las espaldas; mas el cruel General despachò cinquenta valientes Lobos, para prenderle. Entõces el valeroso Pardalin, mostrando flaqueza en vergõzosa huida, se apartò lo que pudo del exercito traidor, y una milla distante, con rostro feroz, y furia increible, hizo cara à los cinquenta Lobos, que le venian siguiendo, y à uno que audazmente se adelantò, sin mas herida que assentarle la mano en la cabeza, se la clavò en tierra sin sentido. A otro abriendo las espaldas, por el rodeo hizo puerta al siempre hambriento estomago. Acometiò furioso à los demàs; y viendo q̃ en manos, y voca llevaba la muerte de quantos tocaba, salvaron con infamia las vidas, huyendo al refugio de los compañeros. El valiente Pardalin no los siguiò; y volviendo à su señor, contò la barbaridad de sus contrarios; incapazes de razõ; violadores de immunidades debidas à Embaxadores.

Ardiendo en ira estaba Auricrino, quando descubrieron vanderas compuestas de varias pieles, tremolandolas al ayre, al son de marciales caxas. Aguardò el Princi-

cipe Africano, dieronse vista los dos campos; y por no enflaquecer sus fuerzas el de los Lobos con la division, se determinaron embestir juntos al Leon, y su compañero: los quales rendidos, era suya la victoria; y esto no dificilmente, pues el cansancio de ofender, y defenderse los avia de sujetar, quando ellos fueran corbardes, y sin armas. Apenas dieron señal de acometer, quando èl magnanimo dividiendo en dos partes el cerrado esquadron, à costa de muchas vidas llegò acompañado de Pardalin, y de el Lebrel, adonde estaba el barbaro Rey; y cogiendole de un pie, diò tal golpe con èl en la cabeza de Tripaldo, que los dos vomitaron embueltos en ultimos ahullidos los viles espiritus. Volò luego voz por el exercito de su muerte; y acobardados comenzaron à huir. Cien Lobos valientes, cuyo cabo era Cervistro, con atrevida desesperacion, quisieron vender sus vidas en precio de alguna honrosa hazaña: los cinquenta acometieron valerosamente à los Leones; y Auricrino abriendo sus brazos, recibiò à tres. A Cervistro cerrò la rabiosa voca con la suya, privandole de vida. A los dos recibiò en sus manos, y como en prensa exprimiò los sesos. Con emulacion gallarda à este valor, pelcaba Pardalin, y el Lebrel: en tanto, que los otros cinquenta Lobos desesperados acometieron al desordenado esquadron de Carneros; mas fueron tan bien recibidos, que los dientes quebrados, viendo sus amigos huir las garras del Leon, trocaron la valentia por cordura. Entonces animando el Africano à los Carneros, siguieron el alcanze, hasta los calabozos de los leales Mastines, cuyas prisiones desataron, y puestos en libertad hicieron miserable estrago en los fugitivos; dando muerte no merecida, si bien contraìda por original deuda de sus padres, à mas de docientos cachorros desta vil generacion. Vistiendo, pues, desnudos arboles de lobunas pieles, y cabezas (gloriosos tropheos de su victoria) y triũphando con despojos de sus enemigos, volvieron à los rebaños, aclamando con loores festivos la gala del vencedor Auricrino. Celebraró la victoria con varias fiestas, y rogaronle quisiera admitirlos por vassallos, quedandose à gobernar su Republica, pobre de consejo, y fuerzas, si rica de voluntad; èl no lo admitiò, diciendo, que para mayores cosas le sacò de su patria la fortuna.

Afeòles el error cometido, en querer eximirse del imperio natural, y antiguo de sus Pastores; à quien si pagaban tributo mayor, que memoria de tyrano con fama execrable infamaba, de tal servidumbre las quexas eran vanas, que el Cielo en nuestras desdichas no puede ser culpable; porque unos hizo naturaleza libres, otros siervos; y assi convino à la conservacion hermosa del universo. La verdade-

dadera libertad consiste en el dominio de las proprias passiones, y quien dellas no es señor, merece nombre vil de siervo; pues naturaleza no le hizo esclavo, sino malicia. Desta miseria quien vive libre? Unos sirven à la Luxuria, otros à la Avaricia: estos à la Envidia, aquellos à la Gula. Miserable servidumbre; porque ninguna mas torpe, que la voluntaria. Es poca libertad vivir libres de cuidados, à que estàn sujetos los que viven libres de semejante esclavitud? Para el servicio del hombre os destinò el Eterno Criador; à Dios servis, y sacrificais la vida en la flor de vuestros años. Essa edad es vuestra senectud; no ephemera como la del animal, que nace, y muere en un dia: si os parece corta, tolerables son los trabajos, que no llaman la muerte: si larga, dexaos llevar de los Hados, sino quereis que os arrastren. Con este desengaño hizo llamar à sus Pastores, de quien alcanzò perdon general para el novelero vulgo, y ellos agradecieron al noble bruto la piedad generosa, que los reducia à pacifico dominio de sus vassallos, con perpetuo temor de tan vanos atrevimientos.

APOLOGO IX.

Que la Avaricia es irracional.

DExaron los valientes brutos dissuelto el motin de los conjurados, y en gracia de sus Pastores, con seguro de fidelidad, en el escarmiento de tantas desdichas. Llegaron à una frondosa arboleda, de apacible frescura, y amenidad: campo fertil de huertas frutales, y jardines, diestramente cultivados, y no con menos industria defendidos. Quiso entrar el Lebrel en una de aquellas huertas, la mas culta, y espaciosa; porque algun tiempo la avia habitado, y servido à su dueño. Llamò à la puerta biē cerrada; y despues de muchos golpes abriò un perro, y reconociendo à su amigo el Lebrel, y venerādo la magestad del Africano, le dixo: Entrad, Rey invicto, vereis estas grandezas y maravillas, y por la mas admirable al señor dellas. Entraron, y passadas algunas calles, cuyas paredes eran verdes Mirtos, y Murtas, con toldos de las mas generosas Parras. Llegaron à una noria, en la qual daba vueltas con grande afàn un Rocin viejo, y flaco; la vista tapada con antojos; y aunque las plantas estaban bien regadas, y avia muchas fuentes costosas en la materia, hermosas en el arte, agradables en sus crystalinas corrientes, èl no cessaba de andar como loco sacando agua, y mas agua para llenar una alberca, ò laguna. Este es dueño de la grandeza, que veis (dixo el Lebrel) reparad en la hermosura de sus casas, y jardines; y hallareis, que no ay otra cosa mala sino es èl. Suspenso miraba Auricrino la desigualdad: y preguntò, como se cōpadecia tanta belleza, que convidaba à descanso, y gusto, con tanta deformidad, y trabajos. Este es un

un avariento, respondiò el Lebrel: Que si hombres ay rocines, son los avarientos. Es señor de ricos thesoros; y con todo esso de dia, y de noche no dexa de trabajar en su hacienda. Flaco, porque los trabajos le consumen; los ojos impedidos, porque no los tiene, ni para vèr las cosas, que la razon le enseña, ni otras desta, ni de la eterna vida, sino las que trae entre manos, para augmentar sus bienes. Al rededor de una noria, porque su trabajo es inmenso: y siendo loco, pierde mas el juizio, de modo que turbada la imaginacion, mientras mas la fixa en cosas de tierra, tanto se olvida del Cielo. Saca agua, porque las riquezas lo son, que finalmente la tierra sorbe: guardada, y detenida, sino se procura comprar la gloria con un jarro della; precio por tan grande Reyno de menos proporcion, que el de Esau por una escudilla de lentejas. Atado, porque las riquezas son grillos de la memoria, y carcel del entendimiento, que vinculan la voluntad, y por cēso vuelve, y paga cuidados, penas, afliciones; y las mayores en su muerte, quando el censo se redime, y commuta en eternos tormentos. Finalmente la bestia de noria se cansa en sacar agua para regar hortaliza, q̃ no come, y el avaro riquezas para q̃ otros gozen, y no agradezcan.

Aqui llegaba, quando el Rocin diò de ojos en el suelo; y con bascas mortales, y lastimosas voces pedia un poco de agua, porque la sed insaciable le abrasaba el corazon, y consumia la vida. Desdichado, ahogaste en el mar, y pides agua? Llegò diligente el Lebrel, y cogiendola del estanque en un arcaduz quebrado, se le puso en las manos; pero no pudo beber una gota. Y como Tantalo infeliz, pidiendo agua, con ella à la voca, antes de poder quitarle los lazos, con que à la noria estaba presso, subitamente rindiò el alma. Alborotòse la casa, acudieron los criados, vieron el miserable desastre, y merecida desdicha. No fingiò siquiera una lagrima el sentimiento; antes como muriò abintestato sin herederos, todos comenzaron à ocultar lo que pudieron de la hacienda; en tanto que viniendo la justicia hizo embargo della; ò particion entre sus Ministros, dandole en pago al avariento una pobre mortaja. De modo, que en breve tiēpo los verdes jardines quedaron abrasados, y agostados: no de otra suerte, que si fuera de Invierno, y Estio, rigorosos huvieran conspirado sus fuerzas contra ellos. Tal suele ser el rigor de una vara, la presteza de una pluma, y el pago de la Avaricia. Todos aborrecen al avaro; pero ningun enemigo mas cruel, que èl mismo para todos es malo, para si peor. O locura de los hombres! En otros pecados el apetito ciega à la razon: en este la ciega, y parece, que totalmente la aniquila.

Conviniendo (dixo el Lebrel) que el simil de Rocin de noria es ajustado à los avaros, y mui significativo de su rocinable afan: hallo

por

por mi cuenta, que viene cortado al talle casi de todos los humanos. Què es su continua ocupacion, sino en breve espacio de tiempo, y tierra dàr vueltas como Rocines, llenando, y vaciando arcaduzes? Andamos con el tiempo; la noche sigue al dia; el dia à la noche; la Primavera al Estio, y el Estio al Otoño, y el Otoño al Invierno; el Invierno à la Primavera; y cerrado el circulo, vuelve la Primavera à seguir al Estio. A quien, si està desengañado, no cansan tantas, y tan repetidas acciones, arcaduzes llenos, y vacios; de comer, beber, dormir, saludar, jugar, passear, assistir à juegos, y passatiempos ridiculos? De aqui nace à muchos, no del todo sordos à las voces de la verdad, el cansancio de la patria, amigos, y parientes, y buscan alguna estabilidad en la mudanza, dexando sus casas, y mudando cielo, y suelo; porque el andar tanto al rededor de la noria, no les ocasione vaguidos, y vuelva locos. Desta consideracion notò un discreto innumerables vueltas de noria en tres solos diferentes cursos de tiempo; segun los quales el estado, y condicion humana se gobierna: el primero es de abundancia; el segundo de necessidad; el tercero de mediocridad. Con las riquezas, y abundancia de bienes temporales se hacen los hõbres soberbios, ambiciosos, atrevidos, y temerarios. De aqui se originan las guerras; porque todos quieren mandar, y ninguno obedecer. Las guerras los empobrecen; la pobreza es madre de las Artes, y compañera de las virtudes. Hazelos prudentes, y templados; hallandose ya en una medianìa; como con su suerte ninguno vive contento, aspiran à la riqueza; y esta ocasiona las vanidades, y guerras, que antes, y vuelve à rodar la bola, y repetir el inutil circulo. Què rueda de noria mas ligera, mas cansada, mas miserable, y peligrosa? El arcaduz lleno de riquezas vierte en el de soberbia: el de soberbia en el de guerra: el de guerra en el de pobreza: el de pobreza en el de mediocridad: el de mediocridad en el de riquezas; este otra vez en el de soberbia, y assi vàn sacando agua de trabajos; y tanto beben, que hydropicos no se hartan, hasta que hinchados rebientan, y ruedan tambien al infierno. Assi discurria el Lebrel, y solo le faltò alegar por complemento de su doctrina, lo que mejor, y con mas brevedad en dos palabras dixo quien no puede engañar: *In circuitu impii ambulant*; y viendolos tan obstinados en su miseria, les dà voces, y procura dissuadir, diciendo: *Nolite fieri sicut equus, & mulus.* Hombres ciegos, no seais como Rocines de noria. Auricrino honrò el entierro, à peticion del Lebrel, el qual esculpiò en un marmol este epitaphio.

Aqui yaze un Avariento,
Rocin de carga, y de noria:
Bestias honrad la memoria
De un bestial entendimiento;
Malicia en su monumento
Este epitaphio gravò;
Liberal fue, Avaro no,
Quien assi su vicio emienda;
Que alma, cuerpo, vida, hacienda
Todo à los diablos lo diò.

A proposito pareciò al Principe Africano el epitaphio del Lebrel Poeta, à quien la soledad entre arboles, y fuentes infundiò el espiritu. Passado el tiempo funeral, le preguntò, si tenia otras curiosidades de su ingenio? Respondiò, que su thema era contra avarientos, y assi le enseñaria algunos epitaphios que avia escripto en aquellos campos populosos de tanta maleza. Discurriendo por ellos, leyeron en una losa este, que daba à entender como no ay avariento rico; porque assi le falta lo que tiene, como lo que no tiene.

No opriman humanos pies
Pobre, que tanto ha guardado,
Pues està beatificado
Quien de espiritu lo es:
Tan libre fuè de interès,
Que siempre daba en no dàr;
No quiso, y pudo gastar
En vanidad sus dineros;
Mas guardaos bien passageros
De este santo de guardar.

Llegaron à un lugar algo escondido. Aqui (dixo el Lebrel) vi guardar à un avariento gran copia de oro, y plata: acordème; viendo la cuidadosa veneracion, y religiosa observancia, con que viene à servirlo, y honrarlo, que la misma verdad los llama idolatras. No es muerto; mas como tiene en esta caverna sepultado el corazon, escribì desta suerte:

Yace con noble decoro
En aqueste marmol Paro
El corazon de un avaro
Adonde tiene el thesoro:
Palidos la muerte, y oro
Igual efecto han causado,
Y es piadoso su pecado
De quien sepulcro recibe;
Si muere el que avaro vive,
Que viva un muerto enterrado.

Ay otros avarientos, de quien se puede verificar, aunque à todos comprehende, pero principalmente a estos, lo que dixo un humano, que no hacen cosa buena, sino morirse. Hombres sin herederos, que nunca supieron hacer bien, y llegada la muerte, forzados della, à mostrar, que son Christianos, dexan su hacienda à obras pias. No me persuado, que esto lo hagan con aquel piadoso zelo, que se requiere; y si bien culpas passadas no impossibilitan el tiempo de penitencia, y de hacer obras perfectas, alomenos motivan sospechas de afecto indevoto. Pues à una viuda desamparada, à una donzella sin padres, y aun sin manto; à una Comunidad pobre, y al que llega por enfermedad, ò pobreza à tanta necessidad, q̃ el

Humilde trato de comida, y vestido la hace extrema; tales avaros, mientras les sobra dinero, y salud, no socorreràn con alguna limosna, que impida la muerte, ò pecados, aunque conozcan, que por su avaricia se cometen contra Dios. Bien son comparados los tales à la alcancia de barro, que toda su vida ocupa en recibir, y guardar la moneda, que puede; y para que la dè, es menester hacerla pedazos. Vno destos yaze aqui.

Duelete huesped amigo;
Si en los huespedes ay fè;
Que la hacienda que dexè
No pude llevar commigo:
Siempre me mostrè enemigo
A obras de charidad;
Hizolas la voluntad
Violentada de mi suerte:
Fingir fue, no hacer en muerte
Virtud de necessidad.

Escusan otros la avaricia con los hijos, y puedeseles recibir en cuēta, como no aspiren à dexarlos mas que un honrado sustento; que otros excessos raras veces se libran de vanidad, adquiriendo thesoros con tratos ilicitos. Locura digna de compassion, sino de castigo, que los hijos agradecen con deseos de su muerte: y à pocas generaciones, las lagrimas, que no lloraron por su padre, lloran por su hacienda.

Que lo mal ganado, &c. La siguiente inscripcion es à un desdichado de estos.

Con avaricia ignorante
Mis hijos enriquecì;
Pues no se duelen de mi,
Duelete tu caminante:
si un infierno no es bastante
A merecer tu dolor,
Ofrece risa à mi error,
Aunque crezcas el tormento,
Serà al mundo escarmiento
Su ingratitud, y mi amor.

Bien los llama la verdad ignorantes; pues si los preguntan, para quiē juntan las riquezas? responden, que no saben: y si dicen para los hijos, mienten; que raras veces hacienda de avarientos gozan los hijos; antes desperdician prodigos, lo que juntaron miserables. Castigo debido à sus esperanzas mal fundadas. Mas como las pondrà en Dios, quiē en bienes de tierra las ocupa? Como pueden los ojos del alma juntamente mirar al Cielo, y à la tierra? Dificil es, los del cuerpo sean testigos. Otra escusa, y general deste vicio, principalmente en los viejos, es la que diò Simonides; que siendo mayor su avaricia que su edad, y esta de extrema senectud; preguntado la causa de semejante ceguedad, respondiò: Que mas queria dexar en muerte riquezas à sus enemigos, que en vida necessitar de amigos. Quantas soluciones podiamos dar à la falacia de esta disculpa? Mas es trabajo perdido pretender reducir tan obstinados corazones. Contentome aora con escuchar su parecer à Caton el Mayor. No puede ser (dice)

ce) cosa mas absurda, que quanto menor es la jornada, tanto mayor provision apercibir para el camino. O vejez! si en lo demás sueles ser virtuosa, como traes este vicio à los que acompañas? Mas que pregunto? si la avaricia es comun à toda edad, sexo, y estado. Llegaron à un breve espacio de tierra, lleno de espinas, y falto de yerba. Que novedad es esta? preguntò Auricrino, que en prados tan fertiles, que parecen habitacion perpetua de la Primavera, sea este suelo tan esteril, y espinoso, como mancha fea en vestido de verde brocado? Los campos (respondiò el Lebrel) adonde ay minas de oro, y plata, son esteriles de yerba, flor, y fruto. Aqui està sepultado un avariento, mina obscura, carcel perpetua del oro, de quien huyò siempre flor de virtud, y no es mucho lo manifieste en muerte, quien no la tuvo en vida: pues dice, quien no puede errar, que de lo malo, lo peor del mundo es el avariento. Esto declara el letrero del marmol.

Que miras, huesped, atento?
Que flores no ha producido,
Ni yerba el Abril florido;
Aqui yace un avariento:
Viste luto el sentimiento?
Nunca la avaricia luto
Mereciò, que este tributo
Pagan de abrojos, y espinas
Avaros, ocultas minas,
En vez de virtud por fruto.

Prosiguieron el escrutinio de otros epitaphios, y el Lebrel su indignacion contra esta inutil gente, diciẽdo, que el oro es de los metales el mas pesado, y quien mucho tiene, sino lo reparte à pobres, con tanto peso mal puede volar al Cielo. Verdad es, que la pobreza deprime à la tierra, como tan pesada; mas solo se opone al vuelo del entendimiento. Assi lo sintiò Alciato, pintando un mancebo: en un brazo alas de ingenio, que le pretẽden levantar; en el otro una piedra de pobreza, que le deprime; pero la riqueza oponese, principalmente à la voluntad; y assi exclama el Poeta Heroico. O hambre execrable del oro, à que no obligas los humanos corazones. Cosa es por cierto, que me admira (dixo el Africano) que tenga el oro, criatura inanimada, tanto dominio en las almas racionales! Es permission de Apolo, ò merced suya, respondiò el Lebrel: Y porque no lo has oido, escucha.

APOLOGO X.

Del Oro, y su privilegio.

Viendo al Oro tan hermoso, de todos estimado, y que hacia, y deshacia hombres con imperio absoluto, tuvieron grande envidia otros metales; y quisieran tyranizarle esta gloria, ò alomenos atribuirse la misma. Emulos ambiciosos andaban Bronze, y Alquimia mui lucidos, hurtando agenos lustres con humos de Caballeros. El novelero vulgo, juzgando en

el resplandor del cuerpo el del alma, los veneraba como al metal precioso, que segun el vestido la ignorancia del mundo respeta, y honra. Mucho sintiò el Oro generoso el atrevimiento de esta gente; y triste (si en èl puede caber tristeza) se quexò à su padre el Sol. Como consientes, Apolo divino, que siendo tu el padre, que me ha engendrado en madre tã noble como la tierra, se atrevan sacrilegamente à mi sagrado valor viles metales, usurpando con engaños el honor debido àmi magestad? Vuelve, Rey hermoso, por tu hijo, y acuerdate de los passos, que en tantos años te ha costado producirme, y sacarme à gozar tu luz. Oyò sus ruegos el piadoso Apolo, y criò una piedra negra, que llaman Toque; prueba infalible, juez recto, y ageno de toda corrupcion. Esta examinò severamente la causa, y diò à cada metal los quilates de su fineza. Conociòse la malicia, y falsedad de los competidores, y assi perdieron la estimacion, injustamente adquirida, cobrandola de gente plebeya, y el Oro de Rey supremo entre todos los metales. Mas como no ay gloria sin mezcla de pesar, ni gusto, sin tributo de tristeza, sobrevinole al Oro de modo, que todas sus immunidades, privilegios, y grandezas tenia en poco, considerando, que el mismo juez, que por sentencia le distinguia de gente baxa, y acreditaba su nobleza, tambien examinaba su vida, y declaraba publicamente las faltas, que tenia; quitando, y poniendo quilates contra la comun opinion, que muchas veces honraba hidalgo de veinte y quatro costados, à quien faltaba la tercera parte. Es possible, decia, que aun los Reyes no estàn libres de quien los murmure, y descubra sus defectos? Quisiera quexarse à su padre, y no se atrevia parecer importuno, quien siempre era importunado. Mas en fin venciendo el dolor à la verguenza, descubriò à Apolo su sentimiento: suplicandole, que limitasse la jurisdiccion al juez de piedra, y solo la tuviesse para distinguirle de la plebe metalica, y no para examinar sus quilates, y censurar sus acciones. Phebo, como otro tiempo à su hijo Phaeton, respondiò: Mucho pides Oro. Mas porque no vivas triste, y desconsolado, ya que los Hados permiten, que ninguno se libre en el mundo de censura; yo te quiero dar sino remedio, consuelo, concediendote un grandioso privilegio, que si una piedra negra, y baxa tiene imperio en el examen de tu vida, y virtud; tu le tengas sobre los corazones humanos, criaturas racionales, las mas perfectas de la tierra. Seas juez recto, y con toda verdad, y justicia examines à los hombres; declares quien es cada uno, y si es digno de pisar las luzes del Cielo, ò las tinieblas del abysmo. Con este gran privilegio quedò contento el Oro; y rigorosamente

exa-

examina los hombres, y dà ſentencia certiſsima en los quilates de ſu virtud.

Mas parece fabula que hiſtoria la que has contado, replicò Pardalin; porque en nueſtros tiempos el oro hace lo contrario al dominio, q̃ recibiò. Pues antes diſsimula, y encubre las faltas, juzgando con ſentencia injuſta al noble por villano, y al villano por noble. Ocaſion de que comummente ſe diga, q̃ no ay mas de dos linages, tener, y no tener. No hablo (reſpondiò el Lebrel) de la eſtimacion exterior del cuerpo, y honra falſa, q̃ los dà el vulgo: ſino de la virtud del alma, y buenas, ò malas coſtumbres, que guian, ò apartan del fin eterno. Eſtas ſon las que el oro infaliblemente deſcubre, declarando al ſanto por mas ſanto, y al malo por inſolente; y aſsi veràs un pobre virtuoſo, ſi llega à ſer poderoſo, y rico, que el oro deſcubre los quilates de ſu virtud, falſedad, ò fineza. Porque al oro obedece todo, la virtud ſola ſe exime de ſu obediencia, y de ſu imperio: pero que maravilla, que tan univerſal ſea ſu juriſdicion, ſi el oro es deſcanſo, deleyte, honra, dignidad, ſuſtento, ingenio, prudencia, y todas las coſas en virtud, y eminente dominio? Mas ſi tantos enemigos ſe ligan en uno, y conjuran contra un corazon, no admiro que le venzan, ni que ſea digno de eterna fama, ſi es vencedor. Muchos hã triumphado de ſus armas, y muchos han quedado eſclavos à un toque ſuyo. Poco aprovecharõ al Rey Acriſio los deſvelos; y diligencias en zelar à ſu hija. Guardò ſu virginidad en una inexpugnable fortaleza; mas no la tuvo Danae, quando Jupiter ſe dexò llover ſobre ſus faldas en pluvia de oro. Cefalo tan zeloſo, como necio, tentò disfrazado la honeſtidad de ſu caſta, y hermoſa Pocris, de muchas maneras, y ſiempre vencedora; pero combatida con oro, comenzò à dudar, y ſino manifeſtàra, que era ſu marido, expeliera las dudas ſu adultero conſentimiento. Bien conocido tenia eſte poder la Dioſa de la diſcordia, quando arrojò la mãzana de oro en las bodas de Peleo, y conſtituido Paris Juez de las tres Dioſas pretendientes, ſe la diò à Venus, de donde ſe originò la guerra Troyana, y convertirſe en cenizas el Ilion. Tan eficaz, y tan ciertos es ſu toque, tan ſevero ſu examen, tan mortal ſu bateria. Bienaventurado, pues, el varon que no ſiguiò la hermoſura del oro, ni en èl puſo ſu eſperanza; quien es eſte, y le alabarèmos, que las coſas de ſu vida ſon admirables. Hazaña verdaderamente heroica, ſalir vn corazon puro, y limpio del examen del oro, por ſer tan rigoroſo, que como èl ſe purifica en el cryſol, aſsi eſte metal es cryſol del corazon, del alma, y ſu pureza. Y aun en en eſſa ſeñalada merced (replicò Pardalin) ſe funda el poder, que tiene ſobre el amor, ſujetando corazones de diamante, que todas las flechas de ſu al java no pudierõ falſear. Aſſi es verdad (replicò el Lebrel) y

por ser historia agradable os la quiero referir, dando primero breve noticia de lo que cuenta Ovidio, porque asi conviene para entender la venganza, que el oro hizo en el amor, su mortal enemigo.

APOLOGO XI.

Del Oro, y del Amor.

DEspues que Phebo armado de arco, y flechas diò muerte à la espantable Serpiente Python, enviada por la airada Juno contra Latona, para que impidiesse el parto de sus hermosos hijos, quedò tã glorioso, sino desvanecido de esta hazaña, que señor del campo, casi presumiò quitar la gloria, juntamente con el nombre, al Dios de las armas, y la guerra. Un dia passeando libre la diaphana region de los ayres, encontrò à Cupido Dios de Amor, niño desnudo, y ciego, que tambien corria el campo, talãdole cõ las celadas, y assaltos de sus ordinarias correrias. Ofendiòse Phebo de verle armado con arco, y aljava, y no dissimulando su enojo, le dixo: De quando acà, rapaz Cupido, carcax al hombro, y arco en la mano? No sabeis, que essas armas son mias, grande para un tierno niño, y dignas de un varon fuerte como yo; pues con ellas, pocos dias ha, dì muerte à la horrible Serpiẽte Python? En gracia me han caìdo los embustes, y engaños, cõ que pretendeis persuadir al vulgo facil, que vuestras venenosas flechas encienden los humanos corazones en lascivos deseos. Recogeos en buen hora à los deliciosos jardines de Chipre, y no os vea yo otra vez con essas nobles armas, si quereis escusar algunos azotes, y volver sin ellas à vuestra madre. Cupidillo, que aunque rapaz, tenia varoniles pensamientos, respondiò colerico: Mucho me espanto, Phebo, que preciãdote sabio, y valiẽte, aora te muestres en tus libres palabras, tan ignorante, y cobarde. Quien vence al vencedor, mas gloria merece q̃ el vencedor vencido. Si venciste con tus flechas una Serpiente, yo te vencerè con las miàs, y no contarè esta entre mis mayores proezas, porque no lo serà dàr muerte à un cobarde temerario.

No esperò mas razones el enojado Diosezuelo, y batiendo las alas, de un vuelo se pusò en la cũbre de Parnaso, deliberando el mejor cõsejo de su venganza. Resolviòse, y desembainando dos flechas de su aljava, la una dorada de aguda, y penetrante punta, que hace amar, la otra de plomo, y punta bota, que hace aborrecer; con la de oro hiriò el corazon de Phebo; con la de plomo el de Daphne, nympha igual à Diana en belleza, que sola por las selvas amaba su honestidad, y la virginal compañia. Phebo mas ardia ya en su amor, q̃ en sus mismos rayos; viòla un dia, quando por el Oriente communicaba al mũdo su primera luz, suelto al ayre el cabello en trage labrador. Y olvidado de la Aurora, dexò de seguirla, dirigien-

giendo sus passos à Daphne, para significarla su amor. Ella que conociò sus deseos, no le queria dàr oidos, huyendo por los bosques. Seguiala Phebo con tiernos suspiros, y razones: huìa Daphne con sorda ingratitud à sus lastimosas quexas; mas viendose ya casi en los brazos de Apolo, volviò los ojos à las aguas de su padre Peneo: implorò con lagrimas su Deidad, las de la tierra, y aguas, y respondiendo à su justa peticion, los pies se cubrieron de tierra, y convirtierõ en raìzes; el cuerpo en tronco; los brazos en ramas; los cabellos en hojas, y toda en siempre verde laurel. A este tiempo Phebo ya le tenia en sus brazos, atonito con la estupenda transformacion. Sentia el cuerpo hermoso entre la ruda corteza; quisiera sacarla libre, y hallòse burlado, viendola del todo convertida en arbol. Pues como le fuesse impossible cumplir su deseo en licito Matrimonio, no apagandole el amoroso fuego la nieve de sus ingratos desdenes, le nombrò arbol suyo, señalò sus hojas de virginidad, siempre verdes para honrosas coronas. Daphne, por no mostrarse del todo ingrata à esta amorosa fineza, le hizo un pequeño favor, consuelo en parte de tantas desdichas, y fuè inclinar la cabeza, aceptando sus promessas.

Esta es la Historia sabida; hela renovado, para que mejor se entienda la historia, que no sabeis; la qual quiero proseguir. Pero es de saber, que algunos maliciosos, ò estadistas de Amor, culparon à Phebo el modo de su pretension; pues siendo Rey poderoso, y padre de todas las minas de Oro, que en las entrañas de la tierra engendra, y guarda, no la obligò con dones de riquezas; arma fortissima para conciliar. Amor, como despues verèmos, sino con dulces requiebros Poeticos, como si cõquistàra à Thalia, ò Melpòmene. Esto declarò en un Soneto cierto aficionado de Apolo, y q̃ por serlo sintiò mui de veras, agradecido al espiritu, q̃ dèl recibiò, el funesto sucesso de su pretension.

Huye del Sol la hija de Peneo;
Roca veloz al viento, que la llama;
Nieve, que rayos à su luz inflama,
Impossible rigor à su deseo:
Viòse cercar de resplandor Tymbreo;
Y à la Deidad paterna el desden clama;
Quando el cabello de oro en verde rama;
Y el cuerpo hermoso muda en tronco feo;
Rey, y Poeta Phebo pretendia,
Y tanto la fingiò su amor perfeta,
Que humilde, y sabio merecer queria:
Si en vez de versos diera à la discreta

Una

Vna sola de quantas minas cria.
Gozàra Rey, lo que perdiò Poeta.

Mas es tan natural la pobreza à la Poesia, y tan violenta la riqueza, que si alguna vez se hallan en un sugeto como en Apolo, vecinas de una misma casa, y corazon; se estrañan, como si nunca se huvieran conocido, no se socorren en las necessidades, ni se dàn por entendidas de los trabajos, que su hermana padece, aunque les cueste entrar à la parte en ellos. De aqui es, que el Amor Poetico se queda en lo especulativo, y esto mui metaphysico, sin que jamàs llegue à ser ciencia practica; assi lo sintiò quien dixo:

Ser Poeta, y ser amante
No lo alcanzò el mismo Apolo,
Vno se conoce solo
(Raro monstruo) que es el Dante:
Verso suelto dissonante
Hace el Poeta mejor,
Pues siendo pobre, en rigor
Es forzoso dissonar;
Porque solamente el dàr
Es consonante de Amor.

Si bien Ausonio mas benignamente juzga esta causa, y se persuade, que el ingenio, gallardia, y nobleza de Apolo no fueron desdeñadas, sino su valentia; desengaño para los que presumen por lo bravo merecer lo tierno.

Pone arcum Pœnam, celeresque recondе sagittas,
Non te virgo fugit, sed tua tela timet.

Sea cō todo esso nuestro juizio mas piadoso, y aun mas verdadero; y atribuyamoslo à la honestidad de Daphne, à pesar de la malicia, que lo contradice. Con grande sentimiento quedò Phebo, de la pesada burla, que el Dios de Amor le hizo; doliale su agravio; no hallaba modo à la venganza; porque à la execucion de menos inconveniētes, se oponia el temor de padecer segūda herida de sus flechas intolerables, y terribles. Ya no alegraba el mundo como solia. Triste encubriò muchos meses su rostro entre negras nubes, cuyas aguas llanto parecian de sus ojos. Las cāciones de su dulce Lyra convirtiò en lamentables endechas. El coro de las Musas le ayudaba cō semejāte musica, y entre tanto Amor victorioso se reìa. Sintiò el Oro hijo de Phebo en las cavernas de sus ricas minas la triste ausencia de su padre; y sacādo de la tierra su hermosa cabeza, viò el mūdo todo tenebroso. Informado de la causa, gozòse en ella à mas no poder, viendo ocasiō para hacer à su padre un grā servicio, por obligaciō natural, y por las mercedes, q̄ poco antes recibiera, y ya he referido: y juntamente por recuperar el imperio, y dominio, q̄ le tenia Cupido usurpado. Cō estos intētos se partiò à Delos, hallò à Phebo tā triste, que de nadie queria admitir consuelo. Alguno recibiò cō la presēcia de su hijo: y oyēdo, q̄ seguramēte le ofrecia vengāza, ya q̄ negaba remedio à su afficion la distinta naturaleza de Daphne, le abrazò tiernamēte: y dādole luego su bēdicion, porq̄ cada instāte de tardanza era siglo del deseo, se partiò a la empressa. Llegò à los mōtes Pyrineos, adōde entōces re-

tenia ſu Palacio, y Corte. Mandò llamar à la Plata, à las Margaritas, y piedras precioſas; propuſoles ſu determinacion, la neceſsidad que tenia de ſu favor, y ſocorro contra el Amor, trayendo à la memoria, para mas obligarlos, como en todas ocaſiones èl los hacia mercedes, y honraba; pues la Plata, las Perlas, y piedras precioſas, ſin el engaſte del Oro perdian credito, y eſtimacion; todos ſe ofrecieron à ſervirle, reconociendole ſuperior en los humanos theſoros. Partiòſe, pues, con eſte honrado acompañamiento en buſca del Amor: hallòle en Salamina, Ciudad de Chipre, flechando el arco al corazon de Anaxarte; mas aſsiendole el Oro del brazo, no diſparò la flecha; por lo qual Iphis, amante deſeſperò, y à ella convirtiò Venus en marmol, caſtigo de ſu dureza. Viēdoſe, pues, Cupido impedido el brazo del valiente Oro, hijo de ſu enemigo; ſoberbio, quanto confiado ſe quiſo retirar, para rendirle à ſus pies con ſu mortal flecha: juzgando, q̃ pues los mas valientes Jayanes, y Monarchas invencibles le reconocian vaſſallage, y pagaban feudo à ſu valor, mas facilmente podria ſujetar al Oro atrevido; pero ſaliòle vana ſu conſideracion: porque violentamente le quitò quantas flechas de Oro tenia en ſu aljava; arrojòla, y quebròle el arco; y dandole muchos azotes, con palabras ignominioſas le dexò dando gritos, y llamando à ſeñora madre. Goce aora ſu victorioſa venganza el Oro, y ſigamos à Cupido, que con el dolor iba deſtilando lagrimas, y diciendo à grandes voces: Que el Oro en compañia de la Plata, Perlas, y piedras precioſas, le avia quitado las flechas, arrojado el aljava, quebrado el arco, y juntamente dado mui crueles azotes. Ninguno dèl ſe cōpadecia, ni ſe admiraba; porque conocian el invencible poder del Oro; pareciendo à todos, que quitar al Amor las flechas doradas, ſiendo ſuyas, no era maravilla; caſtigarle, porque hacia guerra cō armas agenas, era mui conforme à razon. Cō eſto crecia el llanto del rapaz deſnudo, viendo por el ſuelo ſu mageſtad, haſta entonces del mundo venerada. Llegò à ſu madre, levantò algunos puntos la voz, renovò las quexas, contò ſu triſte tragedia: lo qual oido, hizo Venus tales extremos, que fue mucho no perder el juicio. Torcia ſus blancas manos, meſaba ſus rubios cabellos, bañaba en aljofarado rocio las roſas de ſus mexillas.

O vil, y terreſtre Oro (decia) nacido, y criado en obſcuros calabozos de la tierra! Idolatrado de avarientos, gente mala: deſpreciado de ſabios, gente buena. Quien te diò, traidor, atrevimiento contra el hijo de la hermoſura? Contra el Monarcha univerſal de humanos, y divinos corazones? Mas quien te diò poder ſiendo de tu naturaleza cobarde, y timido, como el palido color de tu roſtro lo manifieſta, cōtra el invencible Amor, à cuyas fuerzas nadie reſiſte, y todo ſe ſujeta?

jeta? Ya se perdiò, hijo mio, honra, y reputacion: quien la podrà recuperar? nuestras fuerzas (mal pecado) son inferiores, como la rigorosa experiencia nos lo enseña; que sin esta, no solamente à nosotros, pero à todos fuera increible. Quexarème à Jupiter, pedirè justicia, borrarè su lustre de la tierra. Vèn, Cupido, vamos primero à tu padre, que te labre otro arco, y aljava, y otras flechas. Tèn valor, que la venganza serà tal, que te pueda restituir el contento, y reputacion. Enjugò las lagrimas al muchacho con un lienzo, y luego las suyas: cogiòle de la mano, y partieronse à la fragua de Vulcano. Renovaronse los sentimientos, pero como hõbre mas obligado à cordura, advirtiò à su hijo, y muger, q̃ el Oro, de quien se quexaban, era el unico enemigo, y mas valiente que podian temer; y que las flechas, q̃ ya queria forjar, no podian ser de aquel temple, y valor que antes; porque flechas de Amor sin Oro, flechas serian mui flacas, y casi del mismo efecto que las de plomo. Con todo esso brevemente acabò un nuevo arco, aljava, y flechas; unas obtusas de plomo; otras azeradas, y agudas; pero sin Oro. Salierõ los tres à experimentar su virtud, flecharon muchos corazones, y las heridas causaban gran dolor, infundiendo desprecios, desdenes, desvios, cansancios, enfados, penas, y poca estimacion. Desdorado, pues, amor, no hacian caso dèl, injuriando con mil denuestos sus porfias, y solamente cobrò fuerzas, y credito el amor natural, dirigido à la propria conservacion. Crecierõ de nuevo los sentimientos de hijo, y madre, y partieronse diligentes al superior Tribunal de Jupiter; el qual en aquella sazon avia convocado concilio de los Dioses, para gravissimos negocios.

Entraron Vulcano, Venus, y Cupido: *Tristior, & lacrymis, oculos suffusa nitentcis, alloquitur Venus.* Alli fueron las lagrimas, alli los sentimientos, alli las quexas contra Phebo, que tan pernicioso hijo avian engendrado, diciendo, que aquella maldad sin duda avia sido por su consejo, y persuasion, ofendido de los amores vanos de Daphne. Hecha, pues, relacion del delito, Juno se comenzò à reir mui de espacio, que aborrecia à Cupido, por las traiciones, en que era complice con su marido: lo mismo hizo Diana, y todo el virginal Coro. Apolo vengado, y satisfecho, se bañaba en agua rosada; los demàs hablaban del caso, segun sus particulares aficiones. Marte colerico, apenas podia dissimular el enojo, principalmente, que miraba al Amor como à hijo: requiriò la espada, empuñò la lanza; y Jupiter entre tanto suspenso, assi de las grandes fuerzas del Oro, como de su atrevimiento, hizo señal de silẽcio al divino Senado, y sacudiò sañudamente los temerosos cabellos de su cabeza, tres, y quatro vezes, à cuyo movimiento temblò Tierra, Mar, y Estrellas. Encareciò la mal-

maldad del Oro, la justicia del Amor, prometiendo hacerla à toda satisfaccion de las partes. Proveyò auto, y mandamiento de prission contra èl, y difirieron la consulta del castigo para otro dia.

Ya el oro en las entrañas de la tierra avia sentido el enojo de Jupiter, y tambien Phebo le contò lo que avia passado; mas como es tan dificultoso entrar tristeza en èl, no le turbò, ni desmayò la sagrada indignacion, estando en su mano el remedio de semejantes peligros. Cargò en Camellos toda una rica mina, quatro de Plata, y un gran thesoro de Perlas, y piedras Orientales, y con secreto aquella noche se partiò al Palacio de Jupiter. Hallòle solo con Juno, indignado gravemente: pidiò licencia para entrar, no la alcanzàra, si su muger no fuera benigna intercessora, y mas que un paje la dixo al oìdo, como traia un riquissimo presente. Entrò, pues, y postrado de rodillas, cõtò la causa de su venganza, y como el Amor le tenia usurpado su imperio: pidiò perdon de no averlo hecho con su authoridad; hizo muestra de las riquezas, que le presentaba q̃ por ser tantas, y tan preciosas, se quedò hecho un bobo mirandolas el bueno de Jupiter. Templò su enojo, hablòle blandamente, y despidiòle con buenas esperanzas; que en efecto, los dones aplacan la ira de hombres, y dioses; y aun *placatur donis Iupiter ipse datis*. Con este buẽ despacho saliò el oro, y apercibiendo otros dones, casi tan grandes, escribiò à Venus una carta, en que declaraba la causa de su venganza, y como deseaba su amistad; con tal empero, que nunca tratasse Cupido traer en su aljaba flechas doradas sin su beneplacito, y licencia. Ademàs, que por servirla, se confederarian en perpetuo vinculo de amistad, harian la guerra juntos, siendo comun el provecho, comun la hõra, y comun el peligro; y en señal de su pacifico deseo, la enviaba aquella niñeria de sus riquezas, prometiendo, que las de la tierra todas estaban à su servicio.

Mas blanda que Jupiter quedò Venus al combate de aquellos thesoros, y aun el odio se convirtiò en amor, tanto, que de alli adelante le hizo dueño de su voluntad. Otro dia convocò Jupiter los Dioses, y declarò el deseo, que tenia de hacer aquellas amistades, por ser el oro nieto suyo, hijo de Phebo, ambas personas de tanto lustre, y de quien todos necessitaban. Venus se mostrò inclinada à las pazes, aviẽdo en secreto mandado à Cupido, que hiciesse de la necessidad virtud, y se persuadiesse, que sus fuerzas eran debiles en estos tiempos calamitosos, y siglos de hierro, aunque verdaderamẽte dorados; pues quien goza deste siglo, es quien tiene oro. Los Imperios, Dignidades, honras, y voluntades, le reconocen superioridad, que las cosas se mudan, y assi podia esperar en otro tiempo mejor fortuna. Dexòse vencer Amor à mas no poder de las razones de su madre; dissimulò

el dolor de los azotes, y assi aora no hizo repugnancia; por lo qual con admiracion de todos se hicieron las amistades; tanto puede el interès, tanto el oro. Venus por satisfacer del todo à su hijo, y que no se llamasse à engaño en algun tiempo, y juntamente por humillarle à reconocer las fuerzas de su poderoso contrario, quiso que los dos hiciessen prueba de su destreza, y poder en militar exercicio; y esto familiarmente, para que el vencido se llevasse en pena la joya del desengaño, y el vencedor en premio la de un aplauso glorioso.

Cōformes los dos valientes guerreros, hallaron luego el campo, y la ocasion; porq̄ un gallardo mancebo, noble, y discreto, aunq̄ pobre, pretendia con grādes finezas à una hermosa dama; y despues de algunos años cogiò por fruto de su esperanza, desdenes, desprecios, y rigores: à este diò Amor sus armas, el Oro, las suyas, y retirados se pusieron à mirar aquella famosa cōquista. Disparò el galan pretendiente al corazon de la dama blanco del desafio algunas flechas de amor; unas se quedaban al medio camino, otras passaban de largo; si alguna acertaba, resurtia cō tal presteza, y rigor, que volviendose cōtra quien la disparò, le dexaba por muerto. Arrimò estas armas como inutiles, y aun dañosas; embrazò las del Oro, flechando al diamantino corazon doblones en vez de saetas. No se perdia tiro, todos daban en el blanco; y tanta fuè la bateria del continuo combate, que la fortaleza se rindiò à merced del vencedor, hizola esclava, y triumphò con sus despojos.

Bastantemēte se persuadiò amor con esta experiencia; y Venus para mas satisfaccion le llevò à una tragica palestra, en la qual entonces Atalanta, q̄ por consulta de Phebo aborrecia el Matrimonio, corria con muchos atrevidos mancebos amātes, y pretendientes de su belleza. Eligiò la desdeñosa dama este partido, para librarse de las importunaciones de muchos, que la pediā esposa. Hizo sus bodas Palio de la Carrera; pero con tal condicion, q̄ si ella vencia, el Athleta enamorado en pena de su atrevimiento avia de padecer muerte. Diò la confianza en desafio tan desigual su incomparable ligereza; y siendo tal, porque su hermosura solamente podia con ella correr parejas, muchos ricos, y gallardos mancebos heridos con las azeradas flechas de Amor, ligeros en el deseo, tardos en la esperā-za, ciegos en la possession corrian en el estado, juzgando dichosa la causa de su muerte, que irremediablemente se executaba. Despues què Venus, y Cupido encubiertos vieron algunas destas pruebas, y quan poco efecto hacian las flechas desdoradas en el corazon de Atalanta; pues tocando su diamantino desden las despedia botas: y las que penetraban los corazones de amantes pretensores, no la obligaban, ni sentia cruel su mortal rigor; quiso Venus satisfacer del todo à su hijo, y ofreciòse mui buena ocasion,

sion porque Hypomenes, hijo del Rey Megareo, bisnieto de Neptuno, Principes de grandes partes, y esperanzas, avia venido, no à probar su ligereza con Atalanta, sino à mirar, y reir la locura de los necios amantes. Disparòle Amor una saeta, quedò mortalmente herido viendola correr tan hermosa, y agraciada; pidiò campo; quisiera Atalanta negarsele, ò ya que se le concediera dexarse vencer, algun tanto obligada de su gentileza: pero al fin venciò el desdeñoso rigor, y la amorosa porfia de Hypomenes. Entonces Venus llegòse à èl en secreto, y diòle tres manzanas de oro, advirtiendole el modo, con que dellas se avia de aprovechar. Salieron, pues, al estadio, comenzòse la carrera, y à poco trecho le llevaba Atalanta grande ventaja, aunque se iba deteniendo, como que deseaba ser vencida. Hypomenes entonces arrojò la una manzana de oro, lexos; la qual vista por la codiciosa donzella, llevada de su hermosura, y precio, torciò la carrera, y en tanto el mancebo passò adelante; mas à poco espacio ella le dexò atràs, y le fuè forzoso aprovecharse de la segunda manzana, y arrojarla mas lexos. No quiso perderla Atalanta, fuè tras ella, y cogiendola volviò ligera, y adelantòse à su competidor. Arrojò la tercera manzana mas lexos que las primeras, y como la distancia era corta, algun tanto dudò Atalanta si iria por ella; mas hizola resolver la codicia, alcanzòla, y volviò ligera, no como antes; porque el peso del oro la detenia. Al fin Hypomenes llegò primero al termino señalado, y gozò el premio de su victoria, celebrando en general aplauso las bodas con la ingrata vencida, no de amor, sino de interès. Uno de los q̃ presentes se hallaron, ponderando la fuerza del oro, escribiò assi:

Desdichas accelerà veloz planta
Fiando en ella libertad sus bienes,
Y despreciando vidas Hypomenes
Gusta morir vencido de Atalanta;
Mas viendo, que à su curso se adelanta;
Con tres manzanas de oro sus desdenes
Vence, y ciñendo de laurel las sienes
Hymeneo, nupciales Hymnos canta:
Reprime tu, que sigues la belleza,
El pie, y repara en el falaz thesoro,
A quien disfraza lustre de firmeza:
Que no igualò de un Principe el decoro
Con alas del amor su ligereza,
Y la excediò interès con pies de oro.

Amor

Amor quedò desengañado de sus flacas saetas, sino las fortalecia el oro, sino las templaba interès: y assi de nuevo capitulò pazes; y unidas sus fuerzas hicieron cruel guerra à los humanos corazones, convirtiendo en cera al mas firme diamante. Desta pacifica union naciò lo que algunos dixeron, que el amar, y el dar nacieron juntos, juntos viven, juntos comen, juntos duermen, juntos se mandaron enterrar: solamente hacian resistencia, y aun vencian à estos dos poderosos enemigos; los que se vistieron en tan fiera batalla, armas de virtud, y de gracia sobrenatural. En confirmacion destas verdades passaron otras platicas; y finalmente en compañia de el Lebrel, prosiguiò el Africano sus aventuras.

APOLOGETICA METAmorphosis XII.

De los horribles efectos de Amor, y Zelos.

EScondiò entretanto Phebo su cabeza hermosa, y la noche los colores de las cosas, confudiendo en sombras la tierra, y hermoseando el Cielo de Estrellas, entonces en mayor numero brillantes, y claras por la ausencia de la Triforme Diosa; quando Auricrino acompañado de su Escudero, y del Lebrel, caminaba buscando alverge conveniente. Descubrieron no lexos una lumbre de Pastores: el Lebrel dexòse guiar della, mas deteniendole el Leon, dixo: Es possible, que à tu noticia no ha llegado la mortal enemiga, que los Leones tenemos con el fuego, que algunos llaman temor, sin razon? Porque de el modo que un hombre huye encontrarse con su enemigo, no por miedo, que le tenga, sino por escusar ocasion de vèr à quien aborrece, assi nosotros no tememos al fuego, mas aborrecemos su vista. Mucha merced recibirèmos (dixo el Lebrel) si para entretener la noche nos contais la causa, que sin duda es grande. En aquel seno (respondiò el Africano) que parece apacible, cercado de alamos, nos podemos recostar, y juntamente os contarè la enemistad con el Gallo, y con el ruido aborrecible de las ruedas de carro, que toda es una Historia, y luego proseguirè la de mi cruel fortuna.

Yace en africa la antigua Numidia, region ilustre, estendida entre la Libia desierta, y Monte Atlante, que por Occidente termina el mar, llamado tambien Atlantico; la qual antiguamente gobernaron dos Reyes, cuya jurisdiccion dividia una famosa Ciudad, puesta en los confines de uno, y otro Reyno, llamada Clypea. Esta se conservaba neutral, en amistad de los Reyes vecinos con prudente policia de su Republica. En ella avia un Palacio adonde los mas nobles recogian sus hijas, y Maestras ancianas las enseñaban vir-

virtud, que es el mas claro resplandor de una doncella, y labores contra la ociosidad. A la fama de joyas tan preciosas, que clausura, belleza, y nobles padres daban inestimable precio, vino el Gallo, Principe heredero de uno de los Reynos comarcanos, mui preciado de galan, y musico, puesto que valiente, acompañado de los Grandes de su Corte, con aparato digno de su grandeza. Recibiòle aquella Republica con grandes muestras de alegria; y sabido el motivo de su jornada, los señores, que tenian en aquel recogimiento sus hijas, se juzgaron dichosos por las esperanzas, que cada uno concibiò, que Fortuna, y Amor podrian hacerle suegro de tan poderoso Rey. Llevaronle à vistas, y en un salon vestido de ricos brocados salieron treinta hermosas doncellas à besarle la mano, y ofrecerse esclavas. Recibiòlas el Gallo benigno, y amoroso: hablò largamente con ellas; de la qual conversacion, y de su gracia en cantar, y tocar un laud, resultò, que el Gallo quedò enamorado de todas (extraña monstruosidad de naturaleza!) y las doncellas quedaron tambien enamoradas, tanto de la dulce voz, quanto de sus prendas grandes. Que no podrà un musico? Que no un rico? Que no un Rey? Sola una doncella, primera entre las demàs en hermosura, discrecion, y nobleza, resistiò à la amorosa flecha de oro, y quedò herida de la odiosa de plomo, armas del Amor; si ya no se atribuye à secreto influxo de los Astros. Despidiòse por entonces el Principe; y otro dia convocando los padres, y deudos de aquellas damas declarò el amor, que tenia puesto en todas, y como si dello gustaban las queria por esposas, y juntarlas en su corazon con yugo fuerte, y lazos indissolubles de matrimonio, tratandolas con igualdad de Reynas, no concubinas, à quiē sus vassallos obedeciessen como legitimas señoras; que por ser gusto de su Rey todos los Grandes prometieron, disimulando los inconvenientes por sus particulares interesses; libertad servil, grandeza indigna, y villana nobleza. Admirado estaba el Senado de suegros, oyendo su nunca imaginada determinacion: algunos quisieran declararse contra ella, mas faltòles atrevimiento por falta de fuerzas, para resistir su barbara voluntad; y asi todos se conformaron à ella; suplicandole, que el matrimonio no se hiciesse con violencia del gusto de sus hijas, à que daban ocasion los forzosos zelos, que unas de otras podian tener, bastantes à cōvertir en un infierno de guerra el Reyno mas pacifico. El prometiò coronar Reynas solamente aquellas, que agradeciessen, y pagassen su amor.

En esta conformidad fueron al recogido Palacio, y propuesta la voluntad del Principe por un venerable Senador, las veinte y nueve doncellas (poco cuerdas) respondie-

dieron : Que estaban dispuestas à lo
que su Alteza mandasse; tan capti-
vas se hallaban de su amor. A todo
lo qual la bellissima Leonisa callaba,
sus ojos en tierra; y el Principe
Gallo mal contento, viendose despreciado
de quien mas rendido le
tenia, con palabras tiernas la significò
su amor, y rogò, que siguiera
el parecer de sus amigas, y no pagasse
con ingratitud sus deseos.
Ella respondiò, que estaba determinada
à no perder su libertad por
el Reyno, que la ofrecia; porque
desde su niñez aborreciò el Matrimonio,
y propuso conservar virginidad,
y no hacer dueño de thesoro
tan precioso à hombre alguno;
bien de los mayores que el Cielo
comunica à la tierra. Este desden, ò
desprecio, con su nieve encendiò la
llama de amor; y sospechando, que
procedia de algunos dissimulados
zelos, ofreciò hacerla Reyna sola;
pues lo era en hermosura, y dexar
las demàs, ò llevarlas, para que la
sirviesse: mas como el Amor es secreta
inclinacion del alma, y tal vez
se rige por superiores influencias, à
que no dà lugar la eleccion; rogòle
desistiesse de su proposito; y pues el
amor es desear biẽ, el mayor, q̃ hacerla
podia, era olvidarla. No quiso
el Principe parecer necio en su porfia.
Despidiòse triste, y pidiò en tal
desdicha consejo à sus amigos; los
quales respondieron, que la crueldad
es hermana de la hermosura; y
assi que no se desconsolasse; sino q̃
prosiguiesse su pretension, que tiẽpo,
ruegos, trato, y dones, rompen
piedras, y mas faltando competidor,
à que inclinarse, invencible
dificultad. Pareciòlo el medio mas
conveniente; comenzò à servirla
mui de veras, rondando sus rexas
todas las noches, que con suspiros,
y musicas enternecia, velando à su
puerta hasta salir el Alva. Y por
obligarla mas, y dàr à entender, q̃
era digno de su amor, no solo por
galan, sino por valiente, publicò
unas justas, en las quales mantenia,
que solo en el mundo merecia ser
esposo de la mayor hermosura.

Por estos tiempos Rosandro de
Leon era un gallardo mancebo,
Principe heredero de la mayor parte
de la Numidia, valiente, y famoso
por sus hazañas, temido en toda
la Africa; cuyo valor, fuerzas, y cõsejo,
avian puesto debaxo su Imperio
la indomita Barbaria; tan enemigo
de tratos amorosos, y cuidados
de Matrimonio, que resultaba
mui grande à sus padres por la falta
de heredero. Llegò à sus oidos el
atrevimiento del confiado mantenedor;
y ofendido, que à su fama
perdiesse el respecto, que las otras
Naciones tenian; no cuidadoso, que
Leonisa excediesse en hermosura,
y discrecion à la misma Venus, se
determinò ir encubierto à castigar
su osadia, acompañado de un vassallo
fiel, y valeroso. Partiòse, pues,
y el dia señalado, la plaza estaba ricamente
aderezada, y en un valcon
la hermosa Leonisa, mas por voluntad
de su padre, que propria;
tan bella, que un Poeta, o adulador,
la llamò Aurora del Princi-

pe Sol, ella, y èl solos la luz de aquel dia: quizà ser nublado ocasionò su concepto. Saliò al palenque el Gallo mantenedor, en un generoso alazan; armas verdes ricamente labradas, coronado de laurel, à quien correspondia el monte del escudo; porque tambien era una corona, y la letra, *Marte, sino Amor*. Declaraba confiadamente su valor, assi en la justa amorosa, como en la Marcial, que en el extremo de dureza no perdia la esperanza; pues por lo menos quando Amor le negasse victoria, Marte ofreciendole corona, aprobaba sus meritos con premio tan seguro, como bien merecido. La fama destos torneos avia traìdo muchos Caballeros de remotas Provincias à probar sus fuerzas con el Gallo, y darle à entender, que avia meritos mayores; si bien indignos de tanta belleza. Salieron à la empressa; mas quedaron vencidos, y confessaron ser solo digno en la redondez de la tierra. Vino tambiē encubierto un hermano segūdo del Principe Gallo, à gozar la ocasion con dos motivos; el uno, y principal era dàr muerte, si la fortuna le fuera propicia, à su hermano, y quedar heredero de sus estados; el segundo, merecer la hermosura mas encarecida de sus tiempos. Mas fuè infausta pretension; porque si bien su destreza, y bizarria eran grādes, y diò bien que temer al Principe, con todo esso à costa de algunas heridas le rindiò, y obligò à confessar la opinion, que defendia. Creciò la fama del invencible valor; el vulgo le aclamaba, y en todos despertò nueva voluntad. Solo dormia el corazon de Leonisa con tan profundo sueño, que ni un pensamiento exercitaron en ella los furiosos golpes de aquel combate. Passaron algunos dias, en los quales sanò de sus heridas el Principe, y saliò ultima vez à la estacada.

Este dia llegò el valeroso Rosandro à obscurecer glorias, y crecer luzes à su fama, haciendo de su jurisdiccion las voluntades captivas del vencedor, quando esperaba ocioso quien à las Estrellas levantasse su nombre. Sonò la trompa belica, y sucediò gozoso sobresalto al ilustre amphiteatro; los ojos de todos estaban en la puerta adonde el son llamaba. Luego se manifestò el Principe Leon con armas blancas sobre un rodado soberbio, pequeña cabeza, breves orejas, negros ojos, abiertas narizes, corvo cuello, larga crin, espacioso pecho, alta espalda, y codon poblado. Su gallardia infundiò breve silencio à la admiracion de todos. Comenzaron los inciertos juicios quien podia ser dueño de aquel ayroso movimiento; mas ninguno se confiaba en su parecer. Repararon en la empressa, la qual era sobre un monte, que hasta el cuello, sin tocar la cumbre, cercaba nieve, y fuego una palma, que inclinando sus dedos levātaba un glorioso trofheo, armas retratadas del mātenedor; letra, *Ni Amor, ni desden*; publicando la causa, que le obligaba merecer, y alcāzar la palma de aquel trofheo levan-

vantado sobre el fuego, y nieve: porque ni aquel le abrasaba, ni esta le enfriaba; y por tanto libre de amor, y sin temor de desden, se prometia victoria, castigando tan loco atrevimiento; mote libre, y loable, bien que el sucesso no le aprobò en todo. Llegò à vista de Leonisa, que (si decirse puede) aquel dia se excediò à si misma en belleza; el vestido blanco manifestaba su castidad, bordado con lirios de plata, y oro, guarnecido de diamantes. El tocado al uso, sobre el qual lisongeaba al viento una pluma de ave rara, y hermosa en aquel Reyno. Miròla el Principe aventurero, à tiempo que Leonisa ponia en èl los ojos, cuyos rayos penetraron hasta el corazon, y suspendieron los sentidos, no de otra suerte, que si vagos por extrañas regiones llegaron à su esphera; hallòse vencido, quando iba à vencer; ageno de si, quando mas se avia menester. Y sacudiendo con esfuerzo gallardo aquel breve sueño, se reprehendiò interiormente: O cobarde Caballero! como tan olvidado de ti flaqueas à la luz de unos ojos, quando los del mundo te miran? Adonde està el valor para resistir, y sujetar al ilustre mantenedor, que te espera? Si te precias hijo de Marte, como eres vil siervo del Amor? Con esta tacita reprehension se restituyò las perdidas fuerzas, y aun amor se las diò mayores; extraño efecto de un rapaz desnudo! Emendando, pues, el espacio de tiempo, que avia gastado tan peligrosa aventura, con un brioso salto hizo al caballo reconocer, ò venerar la belleza, que miraba, y cortès se humillò à tanto explendor de deidad. Correspondiò Leonisa con algun cuidado, que la inquietaba el corazon, nunca hasta aquel punto experimentado, q̃ no passò de un nuevo gozo, que sentia el alma; prosiguiò hasta llegar al puesto determinado, y precediẽdo las ceremonias de aquella noble accion, sonò la señal de acometer; y reparando el Principe en la Corona, q̃ ceñia la cabeza al victorioso Gallo, enristrò su lanza, y burlando la del contrario en el escudo, se llevò el laurel, y coronò dèl su cabeza. Pagaron todos con aplauso la diestra valentia del aventurero; y el mantenedor quedò ardiendo en furor. Corrieron segunda vez tan ligeros, que los ojos de quãtos miraban apenas los daban alcãce, quãdo encontrãdose furiosos, el Principe Rosandro sacò de la silla al Gallo mantenedor, y arrojò en tierra, gimiendo las lanzas por el ayre tan desastrada suerte.

Levantòse confuso rumor, causado de la envidia, y de la virtud: esta volvia por si misma; por aquella los aliados del vencido; y assi la aclamacion de unos, ofendia à la emulacion de otros; y Leonisa entretanto mudaba mas colores, q̃ el vulgo pareceres; estrechò la venia el pecho al contento; amor la daba guerra del Principe encubierto; temor se oponia à la esperãza. Llegò à su presencia el vencedor, y ha-

ciendo galante cortesia, quitò el laurel de la frente; y arrojandole à sus pies, dixo: Vuestra es, señora, la victoria à pesar de la empressa, q̃ borrada aprobarà contrario sentido. Levantòse Leonisa, y con acordado descuido (assi lo maliciò la curiosa atencion de algunos) dexò caer la pluma de su cabeza, à quien dos manos de esmeraldas en ũ diamãte tenian assida. Cogiòla el Principe, aunque el ayre con gloriosa vanidad, ò emulacion se la negaba. Quando los amigos, y criados del Gallo vencido, envidiosos de la victoria, acudieron à coger la pluma, y viendola en ageno poder, dixo el mas atrevido: Restituid, Caballero, la pluma à su dueño; pues veis, que no ha sido premio de su voluntad, sino liberalidad de un alfiler, que la desprendiò. Harèlo à mejor tiempo (respondiò el Principe) que quiero aora gozar el premio de mi fortuna, sino lo fuere de amor. Luego lo aveis de hacer, replicaron ellos, empuñando las espadas: entonces requiriò la suya Rosandro, y puesto à su lado el valiente padrino Rubicleo, comenzaron à defenderse de mil, que à ofenderlos acometian. Mas abriendo cãpo los caballos, y haciendose dueños de si mismos, acometierõ al embravecido vulgo, fulminando muertes cõ los rayos de sus aceros. Muchos naturales prendados del valor, que el encubierto Principe mostraba, quisieron poner paz; pero tal muchedumbre cargò, viendo tẽdidos en la plaza, muertos à manos de los dos combatientes, tantos Caballeros, amigos, y deudos, q̃ retirados esperabã el fin de aquella vulgar furia. Los Consules, y Senadores estaban faltos de consejo en tanta confusion: y Leonisa entretãto, si la gallardia de el Caballero mas la enamoraba, tan grave peligro, y fatal desdicha marchitaba el roxo color de sus mexillas. Impedida, pues, la plaza de muertos, y heridos, porq̃ no fuessen grillos à los caballos, se retiraron à la puerta de la Ciudad; mas los vecinos se avian adelantado à cerrarla. Aqui temierõ ser perdidos; y determinados à morir peleando con nuevas fuerzas, y colera, viendo, que no daban oìdos à sus razones, acometieron à los cõtrarios, y aviendo hecho una cruel matanza, cansados se entraron por una calle desocupada, digo de espadas, que todo lo ocupaba la confusa gente. Mas luego se les opuso un nuevo tropel de enemigos: hallaronse cercados por todas partes; y fueles forzoso entrarse en el zaguan de unas ilustres casas, las quales eran de Constancio, padre de Leonisa. Alli se defendieron buen espacio; porque para el atrevido, ò temerario, aquel umbral era el de la muerte. A este tiempo venia la bella Leonisa acompañada de su padre, y otros ilustres Caballeros, y Senadores; y diciendoles como su Palacio era ya fortaleza defendida de los dos aventureros, que se procurassen retirar del peligro, Leonisa cobrò el perdido color, y pidiendo licencia à su

su padre, y juntamente quitando la espada à un Ciudadano; se puso en la puerta, amenazando muerte al q̃ presumiesse prophanar aquellos umbrales, mas dignos ya de veneracion que los de la Ephesia cazadora. No de otra suerte suspendiò todo movimiento al indomito vulgo, que repentina luz en obscura noche à los mal seguros agressores. A Rosandro no sè à quien compararle en esta ocasion, sino à Marte vencido, y vencedor. Volviòse à èl Leonisa, pidiòle en cortesia treguas à sus enojos; llamò à su padre, algunos Senadores, y gente principal, que alli estaba. Mãdò à sus criados cerrar las puertas, y llevando los dos valerosos Caballeros à su lado, se entraron en una sala, adonde todos presentes, y sossegados, dixo Leonisa.

Padre, Senadores, y Nobles Ciudadanos, no es bien, que passion del ciego vulgo à todos nos prive de vista, para no vèr la razon. Este Caballero ha procedido en las justas como tal; serà bien que el premio que merece se convierta en alevosia? La pluma de mi tocado no la defiende como amante; pues ni amor, ni desden le dieron tã ilustre victoria; mas defiendala como Caballero; y si otra cosa hiciera, echara un borron en las letras de oro, que la fama escribe en eternos brõces. Siendo esto assi, grande infamia es desta noble Republica romper leyes naturales, y que no ofrezcamos las vidas en defensa de la virtud; todos aprobaron sus razones, y prosiguiò Leonisa. Caballero, seguro podeis descansar, que por mi pecho abrirã puerta à vuestra ofensa; y si gustais no descubriros, y con valor despreciais el honor ganado en tan noble hazaña, haced vuestra voluntad, y es razõ se os guarde todo decoro; pues aveis venido à impedir la violencia, que pretẽde hacer un necio mãtenedor. Rosandro entonces, quitandose la celada, si con la gentileza de su cuerpo avia admirado, con la hermosa compostura de su rostro suspendiò. Yo soi el Principe Rosandro de Leon, dixo, arrojandose à los pies de Leonisa; solo con mi vida puedo pagar, señora, la q̃ os debo. Levantòle turbada, diòle los brazos como à su protector: algunos de los presentes le conocian, los demàs por fama: todos se alegrarõ cõ su vista, ofrecieronse por siervos suyos, y partierõse à sossegar el pueblo; el qual miẽtras esto passaba, decia: Què Dioses ayrados con tal ruina, libres se han escõdido à nuestros ojos? O infeliz hermosura, incendio de Clypea, como Elena de Troya, nunca el Cielo huviera en ti puesto tantas gracias para desgracia nuestra! Las fiestas has cõvertido en llãto; las galas en luto, el festivo theatro en cãpo verdadero de batalla. Cõ la voz, q̃ luego corriò de quiẽ era el valiẽte avẽturero; casi del todo se sossegò la Ciudad, culpãdo à los q̃ fuerõ origẽ de tãtos males. Comparabã la fama de Rosãdro cõ lo q̃ aviã visto; y aũq̃ las cabezas de la Republica le disculpabã, mas sus virtudes, y valor.

Do-

Dos dias avian passado, en los quales Rosandro agradecido, y Leonisa no ingrata se mirabã cuidadosamente. Agradecimiẽto despertò estos cuidados; los cuidados, y pensamientos à la voluntad y la voluntad encendida manifestò su fuego a Constancia; con cuyo beneplacito le dieron palabra de esposos. El Principe Gallo, que oprimido de las armas, sentia su caìda, y mas la del honor, quãdo supo quien era el contrario, y el concierto de las bodas con Leonisa, hizo tales extremos, que fue maravilla no confirmarse en locura su furor. O rabiosos zelos, solo os podrà pintar quien os siente! aunque hablando en rigor, mas se podràn llamar desengaño con bascas mortales de ingratitud, y desprecio: cuidados no ya de amor, sino de venganza le afligian; la mayor era piedad à su enojo. Venciò el exterior con dissimulacion, y mandò à un Privado suyo, que con diligencia, y secreto hiciera acercarse à Clypea un exercito de diez mil soldados, que para cierta jornada tenia apercebidos, y esperaban su orden. Obedecieron con brevedad, y una noche favorecidos de sus tinieblas llegaron à los muros de la Ciudad; entrarõ, y tomadas las calles, dispuso à quinientos soldados, que robassen las veinte y nueve doncellas, en quiẽ tenia su amor con mas veras que antes. Cercò juntamente el Palacio de Leonisa, con tal presteza, y silencio, que pudo entrar hasta el aposento de Rosandro, que en su lecho descuidado dormia. Despertò, y hallòle impedidos los brazos de fuertes prissiones, y delãte el Gallo zeloso, y traidor. Acudieron al retrete de Leonisa, que tambien aprissionaron, y alegres con la pressa salieron de Clypea, mandando marchar à toda priessa el campo. Luego que esta maldad llegò à oìdos de Rubicleo, como por si solo podia dar corto remedio, saliò de la Ciudad, y con la presteza possible llegò à la Corte de su Rey; contò el aprieto de Rosandro, y traicion del Principe Gallo. Encendiò à sus fieles vassallos fuego veloz de amor, y vengãza. Formò un lucido esquadron Claristo, hermano de Rosandro, con el qual caminò en su demanda.

El traidor aviendo llegado à la principal Ciudad de su Reyno, mãdò prevenir en medio de la plaza una hoguera, determinado abrasar vivos à los dos bellos amãtes; porque un fuego consumiesse à otro, y el que padecia de vẽgativos zelos, quedasse templado. Vn dia por la mañana coronado de oro, y en su mano palma victoriosa, ocupò la eminente silla de un hermoso carro, que tiraban seis caballos. Iban atados à èl, y siguiendo sus passos, bien assi como captivos despojos de noble guerra, el valeroso Rosandro, y la hermosa Leonisa, lastimoso espectaculo, en que fortuna quiso mostrar su poder. Las veinte y nueve doncellas, que para esposas, y Reynas traìa, en iguales carrozas

cubiertas de oro, y seda, acompañadas de muchos Eunucos, que à caballo las cercaban, y seguian. Assi entrò triumphando por las calles de su Corte, que le recibiò con musica, y coros de danzas, entre soldados, que marchabā al son de caxas, y clarines. Quando los Ciudadanos vieron tan bizarros despojos, parecìoles, que avia conquistado à Delos, de donde traìa pressos à Cynthia, y Apolo. Llorosa compassion sobrevino à todos, considerando la cruel muerte, que en tales dos hermosuras queria executar su Principe. Quisiera el Pueblo amotinarse, y darlos libertad; mas el temor de tanta gente de guardia los ponia freno. Llegaron assi al encendido brasero con mil alabanzas los vencidos, y mil maldiciones el vencedor. Subieron en un alto tablado vestido de brocados el Gallo, y las donzellas, desposòse con todas en presencia de su Reyno: luego volviendo el ayrado rostro à sus Ministros, dixo: Ea, haced, que ardan en el fuego, que los espera, estos viles esclavos, que soberbios despreciaron mi suprema Magestad; para que los consuma juntamente con mi amor, y zelos. Dicho esto, Rosandro tiernamente abrazò à Leonisa (permission cruelmente piadosa de aquel traidor) y bañandola el rostro con agua de sus ojos, q̄ fuego de amor pudiera solo sacar, los levantò al Cielo, y con un suspiro de lo intimo de su corazon, dixo: O soberano Marte, ilustre padre de los que me dieron vida, duelate la infeliz suerte de mi amada esposa, y libra su innocencia de esta canalla cobarde, y traidora. No le consintieron passar adelante los crueles soldados, y dividiendo con no pequeña dificultad sus amorosos lazos; inhumanamente, porque en ello lisongeaban à su Principe, los iban à echar en el fuego, quando (ò estupendo prodigio!) atonitos volvieron atras; porque vieron los dos bellos amantes transformarse en distinta naturaleza de Leon, y Leona, hermosos quanto valientes: las manos que assian ya eran pelotas, y armadas de corvas uñas, los cuellos cubrian guedejas de oro, los rostros, y cuerpos se convirtieron en la semejanza, que aora tengo. Fuera de si con la terrible transformacion, se volvieron à su Principe, y mayor miedo les sucediò; porque le vieron cubrir de pluma el cuerpo, que rabioso se pelaba; pero las manos ya eran de ave, y al fin todo se convirtiò en Gallo. Las veinte y nueve donzellas, y Reynas juradas se abrazaban dèl, y tambien se comenzaron à vestir de plumas, y quedaron transformadas en Gallinas. Los Eunucos, q̄ estaban en su guarda, y servicio, todos fueron convertidos en Capones. Entonces Rosandro, y Leonisa, ya valientes Leones, rompieron el esquadron, que los cercaba, dando muerte à quantos delante se poniā. Todos perdieron el animo, y assi se aconsejaron con el miedo, por donde ofrecia camino mas seguro. Acometieron al Gallo, y Gallinas, que

con

con lenguage nunca oìdo, hasta aquel dia, lloraban su desdicha, ò su merecida pena. Ellas con su marido, viendose acometer, alzaron el vuelo, y subieronse à un tejado.

A este tiempo llegò con su tercio escogido Rubicleo, y el hermano de Rosandro: y deteniendoles el confuso alboroto de la Ciudad, se informaron del caso, que sabido con el sentimiento de la gran perdida, infundiò nuevo furor en los soldados, apoderandose de los muros, y dieron muerte à la gente de guerra. Entraron en la plaza aclamando victoria, y vieron el cruel estrago, que los Leones hacian, y aunque informados de la transformacion, apenas se podian persuadir credito. Cerròse el esquadron para defenderse; mas siendo visto de los Leones, con alhagos, y humildad se llegaron; querian hablar, y rugian, porque entonces los brutos no avian recibido del Cielo la merced, que aora gozamos de lengua racional. Rubicleo, Claristo, y los demàs, recibiendolos en sus brazos, vertian tiernas lagrimas. Besò la mano el Leon à su hermano, en señal que le obedecia Rey, y que en èl renunciaba sus estados; y despidiendose de todos con mil señas de humildad, se apartaron, y saliendo al campo, en bosques desiertos vivieron largos años, y dexando hijos, y nietos, Marte su padre, y protector los trasladò al Cielo, y colocò en un honroso alcazar del Zodiaco.

Facil es aora colegir la razon del aborrecimiento, no de temor (como al principio desta narracion os advertì) que tenemos al Gallo, al fuego, y al ruido de las ruedas de carro: permissiõn de Marte; porque nos acordèmos del beneficio recibido, y no le paguèmos con sobervia. Pero tambien os quiero confessar ingenuamente una verdad, q̃ naturaleza engendra en nosotros un no sè que de rezelo, oyẽdo al Gallo solo entre los vivientes; y una de las razones, que yo en mi conozco, es imaginar, monstruo horrible, varon poderoso à contẽtar muchas hembras, conservandolas en paz con igual amor à todas. Que si oimos de algunos Reyes, q̃ se casan con muchas, hallo razones para no dificultar la conservacion de su poligamia: pues una de ordinario suele ser Reyna, y las demàs concubinas, y de otra suerte resulta furiosa guerra de zelos. Tambien los q̃ de sì confian esta grandiosa hazaña, no viven tan unidos à su compañia, q̃ no passen mucho tiempo ausentes, y libres de sus impertinẽcias. El Gallo à todas trata con igualdad; à todas tiene contentas, ninguna vive zelosa; siempre las acompaña pacifico, y amoroso. Mirad, pues, si es razon, q̃ nos espante quien tanto puede; siendo cierto, q̃ para tener contenta à una el marido se halla insuficiente, aunque tenga el poder de Jupiter, el saber de Mercurio, y la gala de Apolo. Aborrecemos tambien el sonido de las ruedas de carro, y el fuego; acordãdonos del carro triumphal, adon-

adonde nuestros padres atados fueron à la encendida hoguera: dormimos los ojos abiertos, y meneando la cola, porque el Gallo entienda, que estamos despiertos, acordādonos de la infame traicion, que cometiò contra el Leon dormido. El Gallo se precia de mui galan, como antes, es vigilante, porque tiene muchas que guardar; y por lo que anduvo desvelado en su pretēsion, canta de noche, dando musica à su dama; si bien la voz suave se convirtiò en ronca, y cansada. Cōserva el capacete, que es la cresta, del modo que rondaba, fue traydor armado. Y finalmente hace campal desafio con otros Gallos, de lo qual Inglaterra dà celebre testimonio, en memoria de las justas de Clypea con Rosandro, con su hermano, y otros Caballeros, por la ingrata hermosa.

Con esto me parece he satisfecho à vuestra curiosidad, acerca de nuestro origen, y antipathias, segū la tradiciō, que en Africa tenemos: puesto que Ovidio nos dà diferentes principios de Hypomenes, y Atalanta, transformados en Leones por la madre de los Dioses Cybeles, y atados al yugo de su carro; castigo del sacrilegio, que ciegos, sino lascivos, y ardiendo en las llamas, que Venus indignada encendiò en sus corazones por ingratos à sus beneficios, cometieron, prophanando el sagrado Panteon. Sentencia probable; pero que no satisface tan exactamente a nuestros instintos, y propriedades.

Efectos prodigiosos, y horribles (dixo el Lebrel) son los de Amor, y Zelos: ciego es Amor; porque infunde tinieblas al entendimiento, carece de juizio, y de razon. Y esto basta para conocer su fuerza, y aborrecer su tyrania. Que desdicha se puede comparar al perder e lpre cioso thesoro de la razon, por quiē nos assimilamos à Dios, dexando el apetito sensitivo obrar bestialmente? Y lo que peor es, que si en algo tiene parte el entendimiento de le amante, es para malicia, y torpezas; que causan à las bestias horror. De la rabiosa passion de zelos, quien podrà hablar, sino quien la padece? Y aunque la padezca, quien la podrà explicar? Llamarla furiosa locura, confuso infierno, incessable verdugo del corazō, no son hyperbolicos encarecimientos; tales extremos causa, y tormentos tales. Zelos de Circe convirtieron à Scyla, despues de crueles dolores, en roca del mar, como su amor los hombres en brutos, que maravilla el Principe Gallo amante, y zeloso diesse ocasion à tales transformaciones? El Cielo nos libre de su cruel rigor. No passò adelante el Lebrel con su ponderacion por ser algo tarde, y brindarlos la noche con el sueño. Reposaron, hasta que la Aurora ensartò en sutil oro las primeras perlas: despertòles la salva de alegres paxarillos à proseguir su jornada, escalando unos montes, terminos de dos comarcanos Reynos.

APO-

APOLOGO XIII.

Vanidad del Mundo.

HUyerõ las sombras à vista del resplandor Phebo, que en dorada carroza desde el mas excelso punto de su esphera, ilustraba igualmente los inferiores cuerpos: quãdo los nobles brutos aviendo tocado la cumbre del empinado mõte, descubrieron nuevos, y espaciosos payses. No se detuvierõ mucho ni el tiempo lo permitiò; porque corria un viento tã furioso, que temieron ser despeñados de aquellos desiguales riscos, y tejadas peñas. Por mejorarse de sitio, baxaron diligentes, y cõtra buena Philosophia, quanto mas se acercaban à la falda, tanto con mayor fuerza crecia el fiero combate de los viẽtos. Aquella Provincia recelaron su habitacion, si ayrada Juno, otra vez no huviesse sobornado con una de sus catorce nymphas al vano Rey, contra segundo perseguido Trayano. Los arboles mas firmes en profundas raices flacos se rindieron al contrario poder. Los descollados peñascos, si soberbios amenazaban, humildes buscaban su centro: à fieras, y aves el peligro escondia, el miedo ponia silẽcio: bien q̃ en tãta borrasca el Cielo descubria su raso azul. El Occeano, que cerca estaba, y aun los montes largo espacio entraban en èl, rematando en una alta punta, ò promontorio, se quexaba colerico, cõ los bramidos, que solia en semejantes tormentas. No los diò licencia el viento, que passassen adelante; y assi llegando à lo mas profundo del valle, se escondieron en un seno, quanto la inclemencia del tiempo permitia, abrigado, ya con los montes, ya con espesos arboles. Y aviendoles puesto silencio su cõfusion, cerca de una fuẽte entre arrayanes, y jazmines, jaula libre de ũ Cisne, como si la muerte le amenazàra, assi cantò suavemente, respõdiendo el Eco escondido en lo concavo de aquellos valles, y montes à sus lastimosas quexas, y creciendo à los brutos nuevos cuidados en muda suspension.

O vana, ò loca, ò atrevida — vida
Del hombre ciego! que en prestado — estado
Vive muriendo desterrando — errado,
Su gloria luego que es venida — ida;
El alma noble, aunque oprimida — mida
Con sus obras aquel sagrado — grado,
Que harà dichoso el desdichado — hado,
Y à Dios, que su impiedad no impida: — pida:
Si al que navega tan estrecho — trecho,
Mar, cuyo viento desengaña, — engaña,
Y juzga que su puerto es tierra: — yerra:

Pa-

Pague à la muerte ſin deſpecho pecho,
Que nunca al juſto ſu guadaña daña,
Pues quien del Cielo le deſtierra es tierra.

Conſuelo fuè à los peregrinos el deſengañado Ciſne, aſsi por la ſuavidad de ſu voz, como porque los podia informar de tan inopinada novedad. Acercaronſe, y aviendole ſaludado, preguntaron, ſi los furioſos vientos procedian de cauſa natural, ò de alguna preternatural violencia; porque à no ſer eſto, juzgaban aquel Reyno inhabitable? Reſpondiò afable el Ciſne: Que aquellos campos eran retrato de los Elyſios, ſino del Parayſo; y que el Cielo entonces avia permitido, para caſtigo de graves culpas, aquellas civiles ſediciones; à las quales, ſino ponia termino, preſto ſu grandeza, y theſoros ſe convertirian en ſu principio de inutil polvo. Hizolos ſentar, porque la hiſtoria lamẽtable pedia algun eſpacio: y cobrando con un ſuſpiro aliento el corazon, dixo aſsi:

Las Deidades, Heroes, Semidioſes, Reyes, y Potentados deſtos hermoſos campos; ricos, y poderoſos Reynos, con loable zelo del biẽ comun, y compadecidos de la miſerable ruina, que ſus Republicas amenazaban, quiſieron dàr algun remedio à tantos males. Y conſultando primero en Ayuntamientos privados, el origen de ſu cercana perdicion, y los medios mas convenientes à impedirla. Conſiderando tambien, que el daño era general del mundo, y que à todos no ſe podia dàr de una vez remedio, ſe determinaron hacer unas Cortes, que ni por mui generales fueſſen impoſsibles de efectuar; ni por mui particulares, deſacreditaſſen autoridad à ſus inviolables leyes, y ſanciones. Para eſte fin, ganada una proviſion del Padre de los Dioſes, y Rey de los hombres, ſe convocaron Cortes à la deſte Reyno. Hallaronſe en ellas los quatro Elementos por ſus perſonas; las Deidades de las ſelvas; los Rios mas caudaloſos; el Mar por ſu Embaxador; los Dioſes, Protectores de Reynos, y Ciudades; muchos Monarchas, y Principes ſeñalados del mundo. Entre los demàs Eolo, Rey de la Region, à quien èl miſmo diò nombre de Eolia, vino con grande aparato, grandeza, y mageſtad, acompañado de ſus treinta y dos vientos pacificos, y tratables, por el freno, q̃ la preſencia de ſu ſeñor les ponia. Llegado el dia preſcripto, abrieronſe las Cortes, y declarado el motivo dellas, diò licencia la Preſidente Naturaleza, que cada uno propuſieſſe en particular las neceſsidades, que pedian mas urgente reformacion. Querer yo referir las que entonces ſe propuſieron, ſeria contar las luzes del Firmamento, las aves del aire, los animales de la tierra, y los pezes del agua. Baſta por aora ſaber lo que hace mas à nueſtro propoſito, que como à Eolo llegaſ-

galle la ocasion de hablar, propuso entre otras muchas cosas, estas que se siguen, dando razon de todas; aunque yo solamente contarè las conclusiones succintas.

Lo primero, que las cabezas de nuevas sectas, y hereticos errores, contra la verdad del Cielo, se busquen por el mundo, y se castiguen severamente. Que cada uno viva contento con su suerte, sin envidiar la agena. Que no aya guerras, sino que se establezcan pazes perpetuas. Que se impidā las navegaciones de Indias à los que solamente lleva codicia de riquezas. Que se reformen las ambiciosas presumpciones, y privilegios de falsa nobleza, q̄ abaten muchos buenos, y abonan muchos malos. Que trages, y adornos de personas, y casas, se moderen. Que los dones artificiosamente impuestos, se apoquen, y no se estimē mas que los naturales, y sobrenaturales. Qué nadie culpe à fortuna. Que no se permitan lisonjas. Que la nobleza consista en la virtud. Que no todos tengan libertad de coche. Que los cargos de oficios, gobiernos, y dignidades, se nieguen à quiē los pretenden por si, ò por interposita persona, y se dèn à quien los huye. Que se reforme el grā poder, y fuerzas del dinero. Que las letras no engendren soberbia, ni las armas injusticias, y tyranias. Que todos los superiores, para serlo, se examinen primero si saben ser subditos. Que los ojos penetren hasta los corazones, y la esphera de los corazones sea superior como la del fuego; y su actividad no se humille à la superficie de la tierra. Ultimamente, que no se llame viento popular el vulgar aplauso, nombre honroso de accion humilde. A este modo propuso Eolo, Rey de los vientos, otros muchos defectos humanos, no de Naturaleza; à lo qual ella, como Presidente de Cortes, dixo riendose: Eolo amigo, todas essas cosas son cosas de ayre; dexalo por tu vida passar, y no te desveles en semejantes vanidades: los presentes tambien con disimulada risa repitierō lo mismo, como enefecto propuestas por quien gobierna el impetu, y furor aëreo.

Enojado el Rey de verse despreciado, y sus importantes advertencias tenidas en poco, dixo: Las cosas, que he propuesto, aunque mias, no son de ayre, sino de mucho peso, y valor; si en vuestro vulgar, y barbaro modo de hablar, cosa de ayre se llama la que es leve, y de ninguna importancia; al viento llamā los Philosophos, y assi es verdad, ayre agitado, y herido; ved si el ayre es de menos utilidad, q̄ los demàs elementos à la humana conservacion. Mas porque razones no hacē fuerza à vuestra rudeza, con obras os darè experiencia, que mis cosas son de ayre, y de la mayor importancia que encierra el universo. Dixo el ayrado Rey, volviendo los enojados, y flamantes ojos à sus treinta y dos vientos; y sin hablar otra palabra, viendo à su señor tan justamēte irritado, hincharon sus disformes carrillos, bramò Aquilon, respon-

pondiò Cierzo, siguiòlos Austro, y Solano, con el restante esquadron, cuyo furor sacò de sus asiētos quātos à las Cortes asistiā. La sala diera en tierra, si la misma tierra no acudierà à sustentarla; la Presidente Naturaleza tēblò, y aun dicen, que temiò ser reducida à su primero chaos. El nobilissimo Senado, aunq̄ ofendido, pidiò à Eolo treguas en sus enojos: èl se dexò vencer algun tanto satisfecho; mandò à los vientos cerrar sus feas vocas; y aviēdose sossegado los maltratados Oidores, hablò assi la venerable Naturaleza:

Siempre te juzguè, Eolo cruel, por atrevido, y precipitado; pero en esta ocasion del todo sin juizio; pues assi has perdido el respecto à mis canas, y magestad, y à tantos Principes, por una razon mal entendida, y una demostraciō de risa justificada. Cosas de ayre llamè tus advertencias, no por tuyas, ni de poca importancia, sino porque en realidad de verdad lo son: mas este viento es fuera de tu jurisdiccion, no entra en el numero de los treinta y dos, que gobiernas; antes èl es superior à tu grādeza, y te pone debaxo sus pies. No conoces al viento de vanidad, y soberbia? Biē conocido es por nuestros pecados en el mundo; por esso los Autores humanos, y divinos llaman al soberbio, *Hominem inflatum* hōbre lleno de ayre; y el gran Doctor, cuya doctrina es infalible, atribuye este defecto à la ciencia destituida de humildad; y assi se la lleva el viento, ò es ignorancia insufrible y perjudicial; del modo q̄ si pretendes llevar algunos cueros de buen licor, primero has de sacar el ayre, que dentro tienen, assi conviene sacar todo viento de vanidad, y soberbia del animo, en quien pretendes infundir loables cōsejos, y doctrina. Siendo esto assi, no es mucho diga yo, que son cosas de ayre, o viento tus vanas proposiciones; y discurriendo brevemente por ellas, advierte, que pues en todo se halla un apetito desordenado de propria excelencia; definicion recibida de la soberbia, viento de vanidad sopla en fiera tormenta las rebeldes passiones de fieros Heresiarchas, y Sectarios; por vanidad ninguno vive contento con su suerte, y pretēde mejorarla. Por estos son las guerras, por esto las navegaciones llenas de codicia, y de peligros. Viento de vanidad en las pretensiones de nobleza abate los buenos, y ensalza los malos. De aqui resulta el gasto superfluo de galas, y ornatos: por esso se han multiplicado tanto los dones, que hasta el ayre, de que hablamos, es donayre de vanidad. De aqui nacen los oprobrios à la infeliz fortuna, sino les encumbra en su mudable rueda. De aqui las viles lisonjas; este viento quita el nombre de verdadera nobleza à la humilde virtud, y se le impone al vano vicio. Este sopla tantos coches como ruedan, y con ellos tambien la Caballeria. Aura de favor sopla solo à los que pretenden, huye de los que se retiran. Este viento levanta à increible poder, y estimacion el dinero; sopla las letras por los ayres, y deslus-

desluſtra las armas, convirtiendo la eſpada de juſticia en tyranico cuchillo. Eſte viento levanta à ſuperior al que no merece ſer inferior, y deprime los corazones con efecto contrario al centro de la tierra. Y finalmente viento mueve el popular aplauſo de la Republica, à que tanto anhelan los humanos corazones. Pero para que me canſo en contar trabajos innumerables, ſi la miſma verdad dice, que todas las coſas del mundo ſon vanidad de vanidades, y todas vanidad: pueſto que eſta ſentencia es mas univerſal que nueſtra doctrina, porque enſeña, que todas ſon nada. En vida afliccion de eſpiritu; en muerte ſombra, arrepentimiento, y caſtigo. De aqui naciò nueſtra riſa, y de aqui tu oſenſa; que ſi todo el mundo es vanidad, pretender remediarle, ſerà deſtruirle; porque ſiendo aſsi, que Adan por ſu culpa quedò deſpojado de los dones gratuitos, y herido en los naturales, y por conſiguiente todos ſus hijos; la cura deſta mortal herida à celeſtial poder ſe debe remitir, no à tu vana ignorancia, que nos ha reducido à punto de perdernos.

Reconociò el enojado Rey ſu atrevida deſcompoſtura; humillòſe pidiendo perdon (ſi bien no del todo convencido) al nobiliſsimo Senado, y proſiguiò diciendo: No puedo negar (ò iluſtre Naturaleza!) la fuerza, que me hacen vueſtras prudentes razones; pero no me perſuado que ſea el mal tan irremediable, como os parece. Eſtos humanos defectos; pues ſon culpables, tambien ſon voluntarios, pendientes del libre alvedrio: luego puedenſe impedir. Idiotiſmo fuera mio oponerme al natural poder de los agentes neceſſarios. Que el fuego aplicado à la materia diſpueſta, abraſe, es forzoſo, obra neceſſariamẽte. Que propueſto el objecto deleitable, la voluntad pueda querer, y no querer, quien lo niega? Obra libremente. Los daños, cuyo remedio ſolicito, penden todos de cauſas libres: luego pueden ſer, y no ſer. Por tanto con vueſtra licencia, harè de mi parte las diligencias poſsibles, y el Cielo diſponga: accion propria mia; pues ſiendo Rey de los vientos, eſte viento de vanidad pretẽde eximirſe de mi juriſdiccion, y vaſſallage: y de hecho traidoramente tyraniza el mundo, de donde ſe originan tantas miſerias, y deſdichas. Ea, pues, vientos valeroſos, ſoldados invencibles, cuyo valor, y victorias ſuſtentan el ceptro en mi mano, y la corona en mis ſienes, contra un ventecillo de vanidad os envio: mengua parece de eſquadron tan bizarro; mas la gloria ſerà grande; no por cierto en mi opinion, ſino en la comũ que le tiene tan reputado, juzgandole invencible: engañoſos ardides, aſtutos eſtratagemas ſin duda le valen; por eſſo os envio; pues la experiencia me enſeña, que vueſtra ſubtileza es incomparable, como tambien vueſtras fuerzas, y valor: no le deis muerte, traelde preſſo, porque el caſtigo ſea conforme à ſus maldades.

des. Ninguno se atreviò contradecir su vana resolucion: pero la Presidente le advirtiò, que las armas de mayor ofensa, y defensa contra un enemigo tan bravo, eran las armas de humildad: que se buscassen algunos humildes; y estos en compañia de sus treinta y dos vientos hiciessen la guerra. No le pareciò mal este consejo à Eolo, y asi mandò al substil Cierzo tomasse à su cargo juntar con toda presteza un esquadron de humildes, que luego se partiesse à buscarlos, y traerlos à su presencia; y que las señas para conocerlos cōsistian en una virtud que pone moderacion, y freno à las pasiones del animo, para no apetecer cosas altas, y q̄ exceden el estado de cada uno, ò en un verdadero desprecio de la propria excelencia.

No bien pronunciò las ultimas razones, y ya Cierzo avia lustrado gran parte de aquel Reyno: diò una vuelta al mundo; penetrò los mas ocultos retretes, y hondas cavernas. Y passados ocho dias de su comision, volviòse las manos en el seno à la Ciudad de las Cortes. Con tan mal recado no se atrevia entrar à la presencia de Eolo; y por descansar, y deliberar lo que debia hacer, confuso, y triste se recostò en la Plaza mayor, esperando algun amigo, à quien pedir consejo. Estando asi, viò entrar un Lobo, y un Raposo, vestidos à lo Philosopho en trage pobre, y despreciado, graves, circunspectos, y macilentos; todos los miraban con respecto; y reverencia: pedianles cōsejo en sus dificultades, remedio en sus trabajos, consuelo en sus afliciones. Venerabā sus palabras, no de otra suerte que si las oyerā al Delphico Apolo; ni el Lobo parecia Lobo, ni el Raposo parecia Raposo, sino dos mansos corderos afables, y benignos. Esta novedad obligò à Cierzo preguntar à uno de los del vulgo, q̄ se mostraba mas aficionado, quien eran los dos sugetos venerados, respondiò: Estos son dos Philosophos prudentes, y sabios; personas de grā virtud, q̄ desengañados del mundo, y su vanidad, despreciādo sus riquezas, y pompas, viven pobres, contētandose con lo necessario para sustentar, y vestir sus cuerpos flacos, y consumidos, con los estudios, y trabajos de la Republica. Y aunq̄ pretenden algunos cargos, y dignidades, no lo hacen por el proprio interès, sino por la comun utilidad; y cōpadecidos de la humana flaqueza, y de las desdichas, q̄ nos amenazan; y con ser tan doctos, y venerados del mūdo, son por extremo humildes. Replicò Cierzo: bueno està: los q̄ buscamos son estos. Acercòse à ellos; pareciòle, q̄ tenian algunas señas de las que le avian dado; y asi de parte del Rey Eolo su señor, y de todas las Cortes, les pidiò se partiessen con èl para negocios de importancia. Ellos se encogieron, y cō modestia suplicabā les dexasse en su pobreza pacifica, y no violentassen sus cōdiciones en medio de tanta magestad. Insistiò en su demanda, y obedientes le siguierō. Estaba junto al Senado, y avida licencia,

cencia, entrò Cierzo, y dixo:

Yo (ſabia Preſidente, Rey, y ſeñor mio, Padres Conſcriptos) he corrido en eſtos breves dias las quatro partes del mundo, y viſitado cō ſubtil induſtria las cuevas, y retretes mas ocultos. Los humildes, q̄ he hallado ſon pocos, y los mas dellos retirados, unos en deſiertos; otros en pobres caſas, eſcondidas del humano bullicio. Notifiquèles vueſtro mandato, y con tan eficaces razones ſe eſcuſaron de venir, apelando à vueſtra clemencia de precepto tan rigoroſo, q̄ no tuve corazon para dar enojos à gente de tan grā bondad. Triſte, y deſconſolado volvi à daros reſpueſta, y ſentandome à deſcanſar en la plaza deſta Corte, vi entrar al Rapoſo, y Lobo, que eſtàn preſentes, à quien el uniforme aplauſo aclamaba ſabios, virtuoſos, y humildes. No diſſuenan en ellos demaſiadamēte las ſeñas, que me diſtes. Ante vueſtros maduros juizios los preſento; que ſi aprueban ſu humildad, un exercito me ofrezco juntar contra la vanidad indomita; y quedarè con eſto perſuadido, que no es tan vano el mūdo como le pintan; pues viven en èl tantos humildes. Ha Cierzo, Cierzo (reſpondiò Naturaleza:) Tu eres à quien dàn nombre de ſubtil? De torpe, y rudo te viniera mejor. Exteriores humildades te convencen? O por lo menos te engendran dudas al credito del interior? Aplauſos vulgares te ofuſcan? Culpas ſon las que incurres de la tarda ignorancia. Si te precias ſubtil, porque no penetras los veſtidos? Porque no penetras los ocultos ſenos del corazon, y de los ſentidos, y potencias del alma? Quando la humildad voluntariamēte, ſino es con fin de charidad, viviò en medio de las plazas à viſta del mūdo? De ſus engaños, y locuras? Quā do ſe deſvelò en pretēſiones de oficios, dignidades, y grandezas? Quādo, ſino es obligada de ſuperior influencia, admitiò dignidades? Quādo ſolicitò regalos, honras, y aclamaciones? Quādo ſe atribuyò meritos cōdignos à la celſitud de ſu eſtado, y ſe deſvelò en perſuadirlos, debiēdo antes ſer eſtos buſcados, conocidos, y premiados de agenos juizios? Pues para q̄ deſta vez quedes deſengañado, y los preſentes tābiē, ſi acaſo no lo eſtan; quitad luego los veſtidos à eſſe Lobo, y Raposa.

La confuſion, q̄ entōces à los deſdichados ſucediò fue tan grande, q̄ como un velo les cubriò los ojos, bien que los procuraban abrir para eſcaparſe por algun camino, ſi ſu fortuna ſe le deſcubriera: Vieronſe cercados por todas partes del caſtigo; con lagrimas, y ruegos pedian perdon de ſus vanas hypocreſias. Mas el deſeo de experimētar aquellas verdades, cerrò los oìdos à toda piedad, y aſsi los deſnudaron por fuerza, y hallaron à la Rapoſa ſin cola, y al Lobo caſi todo un lomo comido de perros. Hicieronle abrir la voca, y vieronla ſin los fieros colmillos, que un tiempo fueron preſſa de innocentes. Dixo entonces la provida Preſidente: Para

enmendar los defectos de su vida, y encubrirlos mejor, han escogido los traidores este modo de passarla descansado, y con honra provechoso: yo los conoci crueles salteadores, tanto, que muchas leguas, ni Cordero, ni Gallina vivian seguros de sus uñas, y dientes. Conjuraronse un dia los vecinos, y pastores de cierta Aldea contra estos perniciosos enemigos; y aviendoles armado subtiles lazos, los prendieron. Y porque el castigo fuesse mayor, no les dieron muerte; pero al Raposo cortaron la cola, honra primera entre sus iguales, sin la qual era forzoso vivir corrida, y afrentada con perpetuas lagrimas de dolor. Al Lobo quitaron dientes, y colmillos, instrumentos de su descanso, y conservacion. Viendose, pues, los dos fieros enemigos, uno con tal afrenta, otro sin tales armas, metieronse Philosophos, acreditaronse humildes, fingieron virtud, encubrieron sus faltas; con lo qual alcanzaron honra, y sustento. Desta canalla el mundo està lleno; y porque os conste màs claramente, tu Cierzo entra en sus corazones, y cabezas, y saca à luz lo que dentro tienen. Obedeciò el agudo sirviente, y haciendolos rebentar, sacò un gran viento de vanìdad, que à manos del enojado Cierzo perdiò la vida. Todos quedaron desengañados, y advertidos que los humildes son pocos, y escondidos, y los vanos son muchos, y de muchas maneras, como luego se verà. Eolo con esta experiencia conociò la dificultad de su empressa, mas no perdiò el valor. Mandò tocar à marchar: saliò à campaña con su furioso esquadron, y al son de caxas, y trompas, clamando, arma, arma, guerra, guerra, se hizo señal de acometer, dando principio à una horrible batalla, ruina del mundo, assombro de las celestiales espheras.

APOLOGO XIV.

Examen, y castigo de algunas vanidades.

Assi referia con lagrimas el compassivo Cisne la causa de aquella guerra, quando Abrego furibundo, arrancando arboles, desgajando ramas, se calò al oculto seno, que amparaba los extrangeros andantes. La tierra temieron se abria para tragarlos, ò que el cercano monte sobre ellos se recostaba, cansado de estàr en pie. Sossegòle algun tanto Abrego con la presencia del Africano, y de sus compañeros, à quien como testigo de heroicas hazañas conocia. Saludòle, y dixole: Aunque peregrino en estos Reynos, ya sabreis Rey invicto, la causa de esta guerra, nuestra es la victoria, y seguimos el alcance, no perdonando al corazon mas escondido, y dissimulada cabeza, que estas armas no penetren, sacando à luz todo su viento de vanidad. A vuestra fortaleza, acompañada de todas las demàs virtudes morales, fuera hacer mui notable agravio presumir en el animo vicio tan pernicioso; mas en los criados que os sirven, bien

bien pudiera hacer inquiſicion, y Por vos lo eſcuſo. Salid deſte ſeno, q̃ os quieto hacer eſcolta, oireis, y vereis los prodigios mas raros, que viò el tiempo. Agradecido el Leon à tanto favor, ſaliò, y luego oyeron un confuſo regocijo entre quexas, y llantos que aclamaba victoria, victoria por la Virtud, y por Eolo, Rey invicto.

Viendo, pues, el General canſados ſus treinta y dos ſoldados de ſeguir el alcance, matando, y prendiendo, mandò tocar á recoger; y al punto obedecierõ cargados por los ayres de deſpojos, tanto, que quitaban la luz al Sol, coronas, ceptros, purpuras, armas, libros, coches, caballos, galas, brocados, ſedas, plumas, piedras precioſas, oro, plata, margaritas, tapizerias, alhajas, dineros, inſignias de cargos, y dignidades, y otras muchas coſas, efectos, y cauſas de vanidad. Venian entre eſtos ricos deſpojos los priſsioneros, vientos vanos, que avian ſacado por fuerza de pechos, y cabezas; y por mas ſeguridad en carceles, y priſsiones de animales, ò inſtrumentos, que ſymbolizan ſus vicios. La Preſidente eſperaba con todos los Principes, que ſe avian juntado à Cortes en los balcones de un Real Palacio. Acomodò Abrego al Africano, y ſus criados, en ſitio à propoſito para vèr aquel glorioſo triumpho; y al ſon de varios marciales, y feſtivos inſtrumentos, entrò el valeroſo Eolo en un mageſtuoſo carro, que tiraban dos Aguilas, y dos caballos del Betis, hijos del Zefiro. Cèrcabanle ſus treinta y dos ſoldados, por cuyo valor avia alcanzado tantas victorias. Llegò à viſta de la noble Naturaleza, y de los ſabios Oidores, con toda popular aclamacion, y aviendo hecho relacion de ſu jornada, de los rieſgos, y dificultades, proſiguiò, diciendo:

Quien pudiera preſumir (Padres Conſcriptos) que en almas racionales cupieſſen tantos penſamientos, cuidados, y deſvelos vanos, y de ningun momento, ſiendo el alma eterna, y ellos temporales? La culpa primera de ſu origen, y las actuales, ſin duda les infunden tinieblas al entendimiento, y enflaquecen la voluntad, para dexarſe vencer de las liſonjas del apetito; de lo qual reſulta transformarſe en monſtruos feos por exceſſo, en apetecer coſas contra razon natural. Y aſsi, ò prudente Naturaleza, como cõ efecto tantas veces ofendida deſta gente, ſabreis la pena, que merece! El mundo es todo vanidad, y por tanto impoſsible el caſtigo, ſi con el exemplo deſtos pocos priſſioneros los demàs no ſe emiendã. O jugadores, gente humilde, ſolamente à voſotros he hallado libres de toda vanidad; pues, aunque nobles, no os deſdeñais jugar con gẽte la mas baxa! Ganãdo ſufris qualquiera injuria; porque el dinero de el contrario compra vueſtra paciẽcia, y humildad: perdiendo, el miedo de que el tahur competidor ſe levante, os tiene à raya para no deſcompeneros, y os obliga padecer

oprobrios del ganancioso vencedor. Que poco reparais en el que diràn? Aya tiempo, y dinero para jugar, y la muger afligida, y desobligada quede en guarda de la hōra. Busque la comida para si, y para sus hijos, con lastimosas quexas, hambre, y desnudez. Estos si que no conocen à la vanidad. Mas que digo? Todos ellos son un agregado de vanidades, y vicios, que al fin de la jornada se resuelven en viento, como todas las del mundo; y aun mientras viven, lo advirtiò el Petrarca: *Præter hominum vultus, nihil humanum est*; no les queda de hombres mas que la exterior aparencia. O pueril ocupacion! (exclama) ò tiempo perdido! ò vanos cuidados, ò ineptissimos clamores! ò necios contentos! ò iras ridiculas! Con razon Alexandro reprehendiò, y aun castigò asperamente à unos Caballeros; porque jugando à las dados, no jugaban; no son entretenimientos, y recreaciones, ocupacion seria. Finalmente, pues, todos los vanos son transgressores de leyes naturales, y locos apetecē exceder su misma naturaleza; razō es, que vos, noble Presidente, los deis el castigo merecido, con el desengaño, que no merecen. Presentòla liberalmēte los despojos, y mādò passar los captivos por su ordē, refiriendo quien fuesse cada uno.

Passaron en primer lugar las vanidades de los que por antonomasia se alzan con nombre de soberbios, y vanos. Venian encarcelados en hermosos pavones, mirandose con millares de ojos, y complaciendose en su hermosura. El mundo les parecia corto à las pompas de sus ruedas, y colas. Solicitabā el aplauso de todos, ser bien vistos, y alabados, y quādo en esto sentia mengua, se encogian dolorosos: pero toda esta lozania marchitaba la fealdad de sus pies, baxeza de sus principios. Por esso procurabā cuidadosos encubrirlos, vistiendolos de seda, oro, y perlas; con lo qual se deseaban olvido de si mismos, no teniendo presente el objecto de su miseria; y aun cō su pretēsiō, dando à entender, q̄ sus pies eran hermosos, y noble su origen. Mas Eolo mandò à todos se descalzassen, y llenos de verguenza, y confusion obedecieron, juntamente deshaciendo las vanas ruedas; y sepultando en melancolico sueño sus altivos ojos.

Seguianse las vanidades de mal criados, y descorteses, gēte no solo necia, sino estolida, y arrogante, q̄ no discurre quāto vale la cortesia, cuya brōquedad, y dureza no ablādarà el mismo Orpheo; aunq̄ con su dulzura humanaba los peñascos. Estos venian en carceles de cabezas de Asnos, llenas de preciosos unguentos, y flores, cō sus gorras, sombreros, y birretes. Nunca los pobres se avian mirado al espejo del desengaño, por no conocerse. De mala gana, y entre dientes rebuznando, hicieron reverēcia à las nobles Cortes. Deslindaron primero mui por sus cabales, q̄ cortesia se les debia de derecho; de lo qual ofendido el vēcedor, mandò, q̄ los dichos Asnos ba-

baxassen las empinadas orejas, de modo, q̃ les cayessen sobre los ojos, y la cola se mudasse al cuello, y les sirviesse de barba Turca; porque de alli adelãte no pretendiessen escusa en la ignorancia de su ser. Item, les mãndò quitar las flores, y preciosos unguẽtos; pues, era cosa tan despro-porcionada à su Naturaleza, indigna de popular, y lisonjera alabanza, como ellos mismos para el sõ de la suave Lyra; remedio que prestò poco, por que al fin se quedaron Asnos.

Seguianse las vanidades de algunos aduladores encerrados en flautas, à cuyo son los Ciervos tanto se enagenan, pasmados con la suavidad de su canto, que de aquel agradable sueño passan al de la muerte, heridos los incautos con la flecha, ò bala del solicito cazador. Fue tal su desverguenza, que dulcemente intentaron engañar con numeros à los presentes; y en parte no les saliò vana su esperanza, porque muchos se dexaron llevar de sus Sirenas voces; otros se durmieron; y otros vacilaron al combate de tan fuerte tentacion; pero la cuerda Naturaleza, firme en la verdad, mandò que les tapassen sus atrevidas vocas, mientras experimentaban mayor castigo. Muchos lisonjeros venian encerrados en cortezas, ò troncos huecos de higueras, nacidas, y criadas en asperas, y eminentes rocas, à las quales avia sido casi inaccessible la subida; symbolo de hombres ricos, dados à lisonjas; porque el fructo destos solamente le coge, y goza gente vil, y lisonjera, como el de aquellas Cuervos, y Milanos. El castigo destos arboles miserables pareciò bien; y assi condenaron las vanidades, que dentro venian, à carcel perpetua. Otros vientos aduladores venian encerrados en Abejas, las quales en la voca ofrecen miel, y clavan el oculto aguijon. Naturaleza mandò quitarles la miel; para que los necios adulados conociessen su daño sin dulzura, ni consuelo. Dificil por cierto es el proprio conocimiento, pues tan lexos estàn de conocerse, como de la verdad. Tienese por gente mentirosa, y de ningun credito; danle à quien tan sin rebozo miente en su daño, y nieganselc à si mismos, cuya conciencia los desea desengañar. Este era el rezelo del Lyrico: *Vereor, ne cui de te plus, quã tibi credas.* A estas sucedieron las vanidades de truhanes, embutidas en pellejos de Perros, cuya propriedad es alhagar blandamente, con muestras de humildes servicios, y esclavitudes, y morder crueles. Qual otro es el oficio de viles truhanes, sino lisonjear mordiendo? A estos suele llamar el vulgo discretos, y Perro à Diogenes, que si alhagaba, era disponiendo para imprimir buenos consejos, y doctrina; si mordia, era reprehendiendo vicios. Por esso Alexandro, bien que nobilissimo en todas virtudes, por lo que tocò en lisonja, (sombra q̃ sigue, y obscurecè grandes Principes) aprobando el parecer del vulgo, por juego, y entretenimiento enviò un dia al desengañado

do Philosopho (si desengañado vivia en vida tan extremada) una espuerta llena de huessos; recibiòla el Cynico, levantando la cabeza de su tinaja, y respondiò: Decid à Alexandro, que el manjar de Perros es, mas el presente no de Rey. A estos Perros vanos, y aduladores mandò Naturaleza cortar lisonjeras colas, y quebrar los mordazes dientes. No se oìan, ni entendian unos à otros con los fieros ladridos, y mandòles echar de alli à palos.

A este tiempo venìan huyendo muchos Elefantes de una piara de Puercos; rompieron como exercito contrario el gran concurso de gente, que à este espectaculo se avia juntado. Ninguno era poderoso, ni todos juntos à detenerlos. Pusose delante Eolo con su aerea compañia, y dixo: Adonde, generosos Elefantes, huis precipitados, y ciegos? Estais olvidados de vuestro valor? Advertid, que unos Puercos os siguen. Por ventura no soìs vosotros los prudentes brutos, tan ilustres en docilidad, y otras virtudes, que podeis cōpetir con los racionales? Que cobardia es esta? Mandad, Rey invicto (respondiò uno de los Elefantes) detener essa vil canalla, que nos persigue, y sabreis la causa. Hizolo el Rey con alguna difilcultad; si bien no fue poderoso para que dexassen de cansarlos con pesados gruñidos; y dixo el Elefante: Sabreis, Principes famosos, que desta vuestra guerra contra las mundanas vanidades resultò nuestra desdicha, y perdicion, Subsolano acometiò à los habladores, presumidos, y bachilleres; y aunque se resistieron algun espacio con las armas de sus pesadas lenguas, al fin fueron vencidos; sacaronles la vanidad del cuerpo, y encerraronla en estos puercos. Nosotros, pues, como representamos los hombres discretos, y Principes prudentes, que tanto aborrecen gente loquaz, impertinente, y presumida; y como tambien los Puercos son hieroglificos; (por su continuo gruñir, cansado, inutil, è ignorante) de tales personas, acometieron nuestro quartel. Quisimos obligarlos con razones; pero no las oyeron; porque son quanto mas loquazes, mas sordos: de una hazen muchas lenguas, y quieren en los otros mil oìdos, no teniendolos para escuchar al pobre, que atormentan: por librarnos dellos, que de otro modo es imposible, huìmos vergonzosamente. Mas esta afrenta tenemos por honroso partido, à trueco de no escuchar la gente mas cansada que tiene el mundo. Bien sabeis (Principe noble) que esta odiosa antipathia no es en nosotros nueva; pues los Megarenses oprimidos de Antipatro, tanto que ya solamente la muerte esperaban por fin, y consuelo de sus desdichas, se determinaron al funesto trance de una campal batalla. Las fuerzas eran mui inferiores, biē que acompañadas de la desesperacion, valiente compañero; mas su debil esperanza alentò un saludable consejo. Vntaron muchos Puercos con

paz,

pez, y aplicādolos fuego, los metieron en la estancia de los Elefantes, la mayor fortaleza del exercito contrario. Fue tan poderoso este abominable humo, que inobedientes à sus Maestros, rompieron los esquadrones, arrojando los castillos de sus espaldas: en la qual confusion acometieron los Megarenses, hicieron una gran matanza, y aclamaron victoria, y libertad: y aun si fuera verdadero el Proverbio, que mal de muchos tiene algo de gozo, consuelo podiamos tener en los mas generosos caballos; principalmente los de Scythia, que por esta misma razon temen increiblemente los rebuznos de Asnos. Con uniforme parecer todos aprobaron el temeroso enfado de los brutos dociles; porque aquellos Principes tenian mas bastāte experiencia desta verdad: y assi condenaron los Puercos à destierro en una Isla sola, mientras se cōsultaba mayor castigo.

Con grande estruendo llegaron las vanidades de malos, y lascivos Poetas, encerradas en cabezas de Pulpos, regalo de los mayores, q̄ guisa la gula à sus convidados; mas à su agradable sabor, suave gusto se siguen horribles, y prodigiosos sueños. Deleitables porcierto son al gusto las Fabulas de amores, dañosas empero al alma: exterior hermosura suelen descubrir, perfecciō de verdad publican, sueños vanos son todos, sin verdad en lo interior, que se ajuste à los preceptos de los ilustres en el Arte; y pretenden con todo esso (que ignorancia!) persuadir la mentira de sus sueños, y dissuadir la verdad de agenos estudios. A semejantes Poetas mādò la Presidente morir de hambre: y para mayor castigo en mesas esplēdidas, servirlos cabezas de Pulpos bien guisadas, y que como Tantalos padeciessen con el objecto presente el rigor de su apetito, y contra la mano atrevida del que le pretendiesse satisfacer una furia, cuyo azote diesse las merecidas penas à su locura: suerte infeliz, ociosa ocupacion, sin fin mortal, que la honeste, bien que muchos se finjan; porque es querer engañarse à si mismos, mas que engañarnos; gozoso estoi de mi retirada con tiempo, sino bella, para no padecer semejante pena en vida, y despues la que el mui culto Macarronico dice que padecen tales Poetas en el infierno. Gravissimas son sus palabras, como veridicas: quierolas referir; que no desdice el Autor de la materia.

Sunt quoque (nescio qui, sana sine mente Poeta)
Qui parriciales patriæ, proprijque tyranni.
Complevere libros follis, verisque bosijs.

Y despues, que en algunos versos cuenta, como para cada Poeta de Fabulas amatorias, y poco exemplares ay un diablo sacamuelas, concluye:

Quisque cavat dentes, nunquam cavare rafinant,
Quottidie quantas vates fecere bosias,
Quottidie tantos opus est amittere dentes;

Sed

Sed quo plus ſtrepant illos, plus illico naſcunt.

Cada uno mire por ſus dientes, y dichoſo el Poeta que no los tuviere; y mas el que no huviere dicho, ni hecho tales perniciosas bugias; que ſi deſtas Italianas podemos paſſar à las Eſpañolas, del modo que las bugias alumbrando con eſcaſa luz ſe conſumen, aſsi las Poeticas bugias dàn un maligno reſplandor, que deslumbra à ſu dueño mientras le gaſta, y convierte juntamente con el tiempo en paveſa, por mas que preſuma bronces de la fama.

Seguianſe las vanidades de gente cobarde, encerradas en atambores, y trompetas: cuyo oficio es provocar à guerra cõ animoſas inquietudes, dando armas falſas en intempeſtivos alborotos, y no llegar à las manos; porque todo ſu ruido es viento. Siempre los cobardes ſon ocaſionados, provocã à colera, todos ruido, voces, bravezas: eſpantan a ſus ſemejantes, animan à los generoſos. Haganlos cara, hallaràn que todo es coſa de ayre. Cõdenòlos naturaleza que fueſſen en la guerra Miniſtros de tales inſtrumentos; pues no eran de provecho para otro miniſterio.

Empapeladas en hojas de grandes proceſſos, en plumas, tinteros, y eſcribanias llegaron las vanidades de Abogados, Ecribanos, y Procuradores, ſiguiendolos el dinero con un palo, y aguijon, que los obligaba volar. Repetian à grãdes voces: Juſticia, juſticia tiene el dinero. Seguianos muchos pobres pleyteantes canſados, quanto humildes. Y aviendo todos llegado à los Reales Eſtrados, diòles la Preſidente gratos oidos; mandò deſcoger los proceſſos, y averiguada la verdad, ſiendo Bartulo ſevero Fiſcal, hizo verdaderamente juſticia: deſterrò al dinero, y condenò à malos Letrados, Eſcribanos, y Procuradores à morir envueltos en ſus engañoſos proceſſos, è informaciones. O ſantos Tribunales, adonde Verdad, y Juſticia dàn las manos à oprimidos del mundo, de ſus aſtucias, y tyranias!

Vinieron luego las vanidades de Medicos ignorantes encerradas en ſus mulas; y aunque con gualdrapas, y falſas riendas, muchos no acababan de conocer ſi eran mulas de Medicos, ò Medicos de mulas; porque aſsi como eſtas ſolo tienen exercicio de acudir à las caſas de enfermos, y eſperar à la puerta maſcando hierro; aſsi aquellos ſin principio de Philoſophia, cõ total ignorancia de la Medicina, ſolo tienen el uſo de viſitar, que quieren llamar experiencia, como ſi eſta ſe adquiriera con los idiotiſmos de yerros, que perpetuamente tienen en la voca. Viva, ò muera el enfermo, no hacen mas ſentimiento ſus conciencas que las de ſus mulas: ingenios enefecto eſteriles como ellas. El Principe de la Medicina Hipocrates era ſu actor, y Fiſcal, repitiendo las palabras, con que aconſejaba la prudencia à ſus diſcipulos:

Quæ

Quæ sunt, quæ fuerint; quæ mox ventura trahantur.

Que deben sabiamente considerar las causas, que precedieron la dolencia, el estado presente, el peligro futuro: tres tiempos, que la prudencia mira. Esto significaron los Egypcios por una Serpiente de tres cabezas puesta à los pies del simulacro de Apolo, Dios de la Medicina: la una era de Leon, por la qual entendian al Sol, symbolo del tiempo presente, cuyo movimiento mide las horas, dias, meses, años, siglos. La segunda cabeza de Lobo, symbolo del tiempo passado, por ser este animal mui olvidadizo, y el olvido es de lo passado. La tercera cabeza es de Perro lisonjero, symbolo del tiempo futuro, al qual mira la esperanza, que siempre nos lisonjea. Estas cabezas estaban en una Serpiente, que denota la prudencia, tan necessaria à los Medicos, que en esta forma pintaba la Antiguedad à Esculapio. Pues como los dichos idiotas menospreciaban tanto sus leyes. Hipocrates severamente los acusaba, con otros muchos zelosos del bien comun, llamandoles crueles homicidas; cuyas plumas eran mas perjudiciales que cañones de bombardas: añadiendo, que si una muerte se castiga tan justamente con la vida del agressor, como tantas muertes se agradecen, y pagan con riquezas, y honras? Ellos se disculpaban exhibiendo sus licencias, y cartas de examen. La Tierra saliò à defender estas acusaciones, y encubriò amigablemente sus errores, sepultandolos en olvido; pero todos los bien entendidos honraron à Medicos doctos, *propter necessitatem*, que en efecto el Altissimo criò la Medicina. Mas las vanidades de ignorantes en esta ciencia condenò la justa Presidente Naturaleza, como tan interessada; pues à ella la movian perpetua guerra, à que pereciessen en orinales, haciendoles merced de los servicios.

Eran mui de vèr las vanidades de unos amantes, que se alaban ser queridos de las damas, los que se levantan figura, y celebran su buena estrella: gente linda, bien contenta, y de si misma satisfecha. Estas venian envueltas en petos, guãtes, guedejas, y copetes, perfumadas con pastillas, y gomas, despidiendo agradable fragrancia de olorosos unguentos. Ensalzaban à las nubes su ventura, haciendo glorioso alarde de amorosos favores, anillos, cordones, y villetes. Su hermosura juzgaban mayor, que la de Narciso; no sè si tambien su discrecion; ojala le imitaran en la pena, como en la culpa. Alomenos, todos son Ecos à quien su necedad desprecia; porque como notò el Macarronico Merlin destos macarronicos Galanes:

Quisquis est bellus putat esse brutos Jugiter altros.

Varones à mas no poder, y hembras en voto; que à ser propria eleccion, como es obra de naturaleza, re-

retrataron el sexo: Ofendido Seneca en lo de brevitate vitæ, con la ociosa ocupacion destos, dixo grave, y severamente: Llamaràs tu ociosos à los que gastan muchas oras con el Barbero, cortando el pelo que creciò la noche passada? Entrando en consejo acerca de cada cabello, componiendo las guedejas esparcidas, y formando el copete? Quanto se encolerizan à qualquier descuido del Barbero, como si afeitara varones! Como se ensurecen si cortò algo mas de lo que ellos querian, si no quedan bien cōpuestos algunos pelos de las guedejas, si no rizadas à su gusto! Lo que se sigue no lo dirè en Romance, rezelo ser sujeto de su colera, corra por cuenta del Moral Cordobès: *Quis est istorum, qui non malit rem publicam suam turbari quàm comam? Qui non solicitior sit de capitis sui decore, quàm de salute* (entendiese de la salud de la Republica) *qui nō comptior esse malit, quàm honestior? Hos tu otiosos vocas inter pectinem speculumque occupatos?* Con quanto valor, y gallardia acometieran los peligros? Vistieran el corazon blando de duro azero, animos, y cuerpos curados à las delicias de amor, no à las asperezas de Marte:

Apta magis Veneri, quàm sunt tua corpora Marti,
Bella gerant fortes, tu Pari semper ama.

Vayan à la guerra los esforzados, amen los lindos en su patria. Viendo la venerable Presidente, y Oidores estos Heliogabalos, pretendientes de ser mugeres, y de parecer bien à los hombres, mandaronlos quitar las armas, ceñir ruecas, y q̄ cō tocas, y vasquiñas sirviessen à los q̄ en deseos, y obras sō varones.

A este tiempo passaron las vanidades de una gente, q̄ el mundo llama Devotos de Monjas, trasladando barbaramente el nombre de la virtud al vicio. Estas veniā pressas en rejas, tornos, y zelosias: hōbres, q̄ se precian cursar, y graduarse en las escuelas de discreciō, y son los mayores necios, q̄ la razō condena. De tan noble cōdicion, y tan desinteressados, q̄ de valde se dàn al Diablo; grandes Astrologos de amor; y sabios especulativos de sus finezas: en la practica, ò hereges, ò ignorātes, secta al fin abominable. Traìan al Amor enmedio como presso: èl procuraba mui de veras escapar sus manos. No los heria cō sus flechas, antes se defendia, dando à vno cō el arco, à otro con la aljava. De impaciente, y corrido à los ojos de tan prudente Senado, comēzò à reirse entre aquellos amātes metaphoricos, y à grandes voces decia: Que ni era Rey, ni Dios suyo, ni los conocia por vassallos, q̄ lo eran de algun diosecillo obsceno, y subterraneo. Yo (noble Presidente) decia el Amor, tēgo mi jurisdiccion de las tejas abaxo, à pesar de las fabulas, q̄ me hacē sacrilego à soberanas deidades. Nūca heri humanos corazones, ē quiē no infūdiesse possessiō, ò esperanza. Que amar por amar, es sophisteria dificultosa de creer, entanto q̄ el cuerpo corruptible agrava

Esta si puede sola exercer semejante fineza. Mas el trato, comunicacion, y objecto presente, impossibilita moralmente habiando accion amorosa sin esperanza, ò possesion. Y siendo esto assi, porque pretenden estos voluntariamenre forzados en galera del deseo acreditar su amor mecanico por noble, y solamente de almas? Dexen à Platon con sus ideas, que jamàs aprobò Amor à virgines Vestales en su bien ordenada Republica, sombras profanas de verdades divinas. Hijo de Amor el Antechristo, no lo permita el Cielo. A estas quexas respondiò la Presidente: Que por aora se consolasse, hasta poner general remedio à tales desordenes: y pues de tantos era causa en el mundo, no mostrasse tan grande sentimiento en los presentes. Que su conclusion era mui dificultosa de probar, en quanto excluìa de su dominio estos cuerpos en pena, y almas en culpa de amantes extaticos, pobres vergonzantes de amorosas riquezas; y assi que por entonces se contentasse con verse libre de sus manos, y con el castigo de tan vil canalla. Fueron, pues, condenadas sus vanidades por necias, y atrevidas à un calabozo, en el qual por zelosias, y rejas, à vista de la hermosura (Tantalos miserables) los atormentasse su deseo, desnudos de esperanza.

Las vanidades de Astrologos judiciarios se presentaron ocultas en Linces, y Topos: otros en espheras, globos, y longispicios, cercadas de Astrolabios, quadrantes, triangulos, y otras mil figuras. Gente verdaderamente vana, y ridicula, Linzes, cuya vista alcanza las regiones mas apartadas, penetra los Cielos, y sus mas ocultos secretos, Topos, que no vèn las cosas de la tierra, ni lo que passa en su casa, y aposento. Thales, Philosopho judiciario, contemplando el cielo, cayò en un pozo. Ninguno se moviò a piedad, todos à risa, dexandole en el castigo de su presumpcion. Deste sucesso se debiò acordar Alciato, quando pintò un cazador de volateria, que mientras atento à la ave ligera flechaba el arco, un aspid con mortal herida mordia su pie. Ni se olvidò en otro emblema del castigo de Icaro, que con atrevidas alas de cera quiso oponerse à los rayos del Sol, y abrasado en su fuego, diò nombre à las aguas. Senteciò la Presidente, que estas vanidades volviessen à sus dueños, y que padeciessen la pena cruel de Prometheo, el qual atodo con fuertes cadenas à un peñasco del monte Caucaso, por ladron del fuego celestial, un Aguila perpetuamente le estaba comiendo el higado, y las entrañas.

Las vanidades de hypocritas venian guardadas en Lechuzas: estas de dia estan recogidas, y sossegadas: de noche salen, y sobre las casas con voces tristes, y penosos estruendos cansan, y ofenden los humanos oìdos, agorando à pusilanimes infaustas suertes, y mortales desdichas. O hypocritas, gẽte pacifica, y buena en lo publico, quando la

luz del Sol puede ofuscar la flaca vista de sus ojos! Gente perversa, y dada à vicios, quando la noche descoge su capa de pecadores. Fingir bondad, para ser tenido por hombre santo, siendo viciosos; grã maldad: pecado mui aborrecible à Dios, y à los hombres; enefecto como simulacion opuesta à la verdad. No por esso apruebo un error, ò murmuracion del ignorante vulgo, que viendo exterior modestia, si alcanza pecados ocultos, la censura con nombre de hypocresia. El que pretende cumplir las obligaciones de su estado, si por flaqueza cae en muchos pecados, ni es simulador, ni hypocrita. En fingir lo que no es consiste la hypocresia, no en dexar de significar lo que es, aunque sea pecador: porque conviene ser cautos, encubriendo los pecados, para evitar escandalo. Mas los que merecen propriamente este nombre, son en lo interior Nerones, y Catones en lo exterior: hombres ambiguos: mõstruos tan horribles, como la Chimera, cabeza de Leon, cuerpo de Serpiente. Estos condenò la venerable Presidente à sepultarlos vivos en sepulcro blancos, exriormente bien labrados, y en lo interior llenos de huessos, gusanos, y podredumbre.

Passaron las protervas vanidades de hereges en carceles de ranas, gente charlatana, vozinglera, y cansada: que desde las cenagosas lagunas de sus vicios, y libertades, con voces desentonadas, y sin concierto ofenden los humanos oìdos. Otras venian encerradas en Abestruzes de hermosas alas, y que no se levantan dos dedos de la tierra. Hermosas plumas parecen al apetito las agudas sophisterias de los hereges; engaños ocultan terrenos, cuyo peso no los consiente levantar à la verdad del Cielo. Otras venian encerradas en crueles Lobos, ladrones de los rebaños de la Iglesia, en quien suelen hacer pressas lastimosas por culpas proprias, no por descuido del Pastor, que las guarda. El castigo destas Ranas, Abestruzes, y Lobos, reservò Naturaleza à su Autor Divino, por ser crimẽ læsæ majestatis. ¶ No fue de provecho su razõ de estado, à los que sin razon esta edad llama Estadistas, para librar sus vanidades de prission. Encarcelòlas Cierzo en Morcielagos: gente sino del todo lucifuga, y sumergida en hereticas tinieblas, alomenos que vive entre dos luzes. Aborrecen al Sol, huyen de la noche: ni sabreis si son Aves, ò Ratones; Catholicos, ò Sectarios: pero sean lo uno, ò sean lo otro, mõstruos son abominables, y horrendos. Si se tienen por Aves, adonde estàn las plumas? adonde el canto, y agradable pico? Que huevos ponen? Y si les està mas à cuẽto ser Ratones; animales por cierto apacibles por sus gracias, y hermosura; minan las casas; roen los vestidos, y mantenimientos; todo lo ensucian, y llenan de mal olor. O santa razon de estado, sacrilegamente usurpada de la humana malicia, y trasladada à sin razones viles, y diabolicas! Aves son les Estadistas destas

tas deste tiempo, que aborrecen la luz, y huyen las tinieblas: no tienen plumas de verdades naturales, con que levantarse à las divinas. Su canto, y pico à todos ofende, à si mismos solamente satisface, y agrada. No crian sus hijos como las otras Aves del Cielo, poniendo blancos, y pintados huevos, sino por modos, è instrumentos obscenos, y que causan horror. Ratones son los Estadistas deste tiempo, su vida asseguran, y su habitacion; minan, y destruyen las agenas. Tengan que comer, y los demàs mueran de hābre: su conservacion procuran, amor proprio los ciega, y este los guia; como llegaràn al amor de Dios, y del proximo? En fin todo lo inficionan con pestilencial doctrina. Estos Ratones con alas, ò Morcielagos con pelo, desterrò la Presidente à los senos del mar Adriatico, jurando por los quatro Elementos, que no los dexaria sin mayor castigo.

O curas hominum! ò quantum est in rebus inane!

APOLOGO XV.

Que el mundo reformado llegò à punto de perderse.

LA gloriosa ostentacion destos despojos interrumpiò un espantoso ruido, que à todos los Oidores dexò atonitos, y aun à la misma Naturaleza. Levantaron los ojos, y vieron despeñarse los caballos del Sol con su carroza; temierō ser abrassados, si algun loco Phaeton avia segunda vez intentado passar la celestial carrera. Mas presto se desengañaron, porque conocieron à Phebo, bien que cubierto el rostro con un velo, por no dexar à los mortales ciegos, y consumidos en su fuego. Sossegados Phlegon, y Ethonte à vista del concurso, dixo el Planeta hermoso en alta voz: Nobles reformadores del mundo, sino admitiera por disculpa vuestro buē zelo oy descubriendome la cara, en castigo de tan graves daños os dexàra abrasados, y resueltos en ceniza. Si todas las cosas del mundo son vanidad, y vanidad de vanidades, quien à estas hace guerra, quien las aprissiona, y dà muerte, el fin del mundo solicita. Yo he lustrado con mis rayos sus quatro partes, y sin lagrimas no he podido mirar su falta, y desastrado fin. A falta de virtudes, que son pocas, y escondidas, quien todo lo illustra, y adelanta es la vanidad, y porque soi testigo de vista, ¡dadme credito, en tanto que la experiencia à costa de vuestro doloroso sentimiento os lo enseña. Las Ciudades magnificas, los soberbios edificios, que erigiò el poder, y la vanidad, amenazan lastimosa ruina; porque falta el fin vano, que alentaba los animos. Ya se contentan con socorrer à la necessidad presente, olvidados de la fama en los futuros siglos. Sin vanidad han cessado en la guerra las valerosas hazañas, para cuya execucion, tal vez poco menos que impossible, solia poner freno al temor, espuelas al valor, olvido à los peligros, estimulo à la

hon-

honra, y plumas al deseo. Sin fin de vanidad muchos hospicios estàn desiertos, y sin renta. Fundanse pocas memorias, y mayorazgos; en llanto se han convertido las fiestas de justas, torneos, toros, cañas, saraos, y explendidos vanquetes. No se navegan los mares: no se descubren nuevas tierras: tienese poco cuidado con la fama, y buen nombre; la nobleza se deslustra, y aun se infama: envilecense las galas: acabanse los caballos: no se cumple con obligaciones de gobiernos, oficios, y dignidades, ni se hace justicia; porque muchas veces conservar vana reputaciõ, era motivo de los mas eficaces para guardarla. El dinero vive desconsolado, porque no le dàn la veneracion, que solian. En las Universidades la ignorancia por muchos votos se lleva las Cathedras à la ciencia. Y finalmente, como son tan pocos los virtuosos, que dirigen sus acciones al fin eterno, regulando sus obras con la razon; y tantos los malos, que vician las obras, aun de suyo buenas, con fin de vanidad, el mundo en esta parte reformado, viene à quedar casi del todo destruido. Con la luz, que diò el Sol à tan perniciosos daños, conocieron su error, y prestos à remediar el peligroso remedio, se resolvieron en dexar correr las aguas de los trabajos por donde solian: persuadidos, que tantos males nacian de la raiz original de la culpa, que en nosotros fomenta las potencias al mal, y aparta del bien, en lo qual solamente gracia, y libre alvedrio son poderosissimos. Determinaron, pues, se volviessen à sus dueños, y supuesto que tenian fuerzas bastantes, les hiciessen guerra; pues era de tanta importancia la victoria, que en ella consistia su eterna esclavitud, ò libertad eterna.

A este tiempo à todos alterò una nueva confusion de los animales, è instrumentos, en que las vanidades venian pressas. Comenzòse entre ellos una nueva batalla con muerte de muchos. Era la causa, que unos vanos no pueden sufrir à otros: todos se murmuran, y ofenden, pretendiendo cada uno ser à los demàs superior, de lo qual naciò llegar à las manos. Acudiò Eolo à sossegar el indomito vulgo. Hizolo dificilmente con el castigo de los primeros motores: desatò las prisiones; diò libertad à los animales: juntò las vanidades, que formaban un monte phantastico, puso de guarda al esquadron de sus vientos, y mandò echar un vando general, que todas las personas, cuyas vanidades en la guerra passada avian sido captivas, viniessen por ellas, que se las volverian tales, y tan cumplidas, como antes las posseyeron. Caso extraño! No huvo hombre, q̃ viniesse por su vanidad, con ser hijas de sus obras, y tambiẽ madre, y amarla con extremo. Nuevas dudas resultaron à las Cortes; porque ignoraban la causa, y lo que avian de hacer de tanta vanidad. Mas la prudente Naturaleza diò con su experiencia en el blanco, y dixo: Que la razon de no rescatar los dueños aquellos

vanos despojos, era porque ningu no se tenia por vano, antes juzgabā este nombre execrable; y asi aunq las obras eran de vanidad, de ninguna suerte se reconocian; y por tanto era de parecer, que dexassen las vanidades solas, y ninguno se hallasse presente, porque la verguenza no impidiesse tan importante remedio; pero que encubiertos como en celada se pusiessen los treinta y dos vientos, para ocurrir à las necessidades, que se podian ofrecer. Aprobaron este consejo, retiraronse todos à sus casas, y llegada la noche, fuè tan grande el tropel de vanos, q̄ concurriò, que ocuparon aquellos espaciosos campos; y los que de dia en presencia de los buenos pretendian acreditarse humildes, y que aborrecian las vanidades, aora amparados de las tinieblas, no solamē te cogian las proprias, sino tambien las agenas. Nunca Ciudad rica fue saqueada, en que los ofendidos, y codiciosos soldados saliessen cargados de despojos, como estos vanos iban de todo genero de vanidad. Viendo tal desorden el esquadron oculto de vientos, y obligados con las voces de los que se quedaban las manos vacias, salieron de sus cuevas; cercaronlos, y quitaron las vanidades con afrentosos impetus; y esperando que el Sol amaneciesse, que fuè dos horas antes que solia, por vèr un espectaculo tan peregrino, concurriendo de nuevo las Cortes, y quantos à aquel tiempo se hallaron en la Ciudad; aviendolos jūtamente Eolo referido el confuso atrevimiento de la noche passada; mandò à todos passar por su orden, y diò à cada uno la vanidad, que le avian quitado, guardando enteramente justicia.

Esto concluso, Naturaleza los hizo un prudente razonamiento, persuadiendo la virtud, alabando los humildes, reprehendiendo asperamente los soberbios, y juntamente condenandolos à llantos de cuerdos Heraclitos, y risa de sabios Democritos, desengañados del mūdo. Con lo qual los vanos aborrecibles llenos de verguenza, y confusion se partieron à sus casas, y las Cortes se dissolvieron sin conseguir el efecto deseado.

Ha mundo, mundo (dixo el Cisne) lleno de vanidad, y locura! Como siendo tan malo, feo, y peligroso, tienes tantos amigos? Perdido estàs, ò por mejor decir, à ellos los pierdes, porque no te consideran, y por falta de consideracion nadie te conoce; y por falta de verdadero conocimiento muchos te aman: tu amor los ciega, ò ellos de proposito no te quierē, ò no te pueden vèr. Detente (dixo Pardalin) que parece que el dolor tambiē te ciega el entendimiento; condenas el continuo trato de los mundanos con el mundo, que siempre tienen presente, y dices, que no le quieren, ò no le pueden vèr; es impossible. No lo entiendes (respondiò el Cisne) antes por tenerle tan presente, no le vèn; y por esso no le conocen: si ellos un poco se apartàran, yo sè que le vieran. La Philosophia de este secreto

se entenderà por un breve Epigramma, que desengañado hize en la soledad, que à veces los versos declaran mejor el pensamiento que la prosa:

Distancia importa tener
El objeto, y la visiva
Potencia, porque reciba
Las especies para vèr.
Los ojos hacen fecundo
Entendimiento, y si estàs
Dentro el mundo, no podràs
Vèr, ni conocer al mundo.

Estàn en su centro las passiones, y assi no gravitan, ni oprimen sensiblemente al corazon. El nadador sumergiendose no siente el peso de mil arrobas de agua. O soledad dichosa! Tambien es falta de conocimiento no amarte. Tù eres, ò soledad! la mas agradable compañia de la virtud, y esta se pierde en los tumultos de Cortes, y Ciudades, si no es con socorros mas que ordinarios del Cielo. Por esso un Philosopho decia: Que siempre que trataba con hombres, volvia menos hombre à su retiro. Huyamos, amigos, huyamos Auricrino famoso, adonde nuestra esperanza aspire à la possessión de mayor fruto; pues la que pusieremos en este mundo, no puede passar los limites de pretender su amistad fragil, y peligrosa, y pô donde se camina al ultimo peligro. El mundo huye de nosotros, porque le seguimos. Si amenaza ruina, no es temeridad querer sustentarle, siendo tan flacos Atlantes en nuestros hombros? Lo cierto es quedar opressos de su insana pesadumbre. Conformaronse à su parecer el Africano, y los demàs: salieron de la Corte à unas amenas soledades, adonde se dieron mil parabienes, por hallarse libres de la civil tempestad en seguro puerto por solo, desde el qual es suave mirar la tormenta de el mar tempestuoso; sobre cuyas olas instables la nave infeliz toca yà el abysmo, yà las estrellas; no porque sea agradable vèr la desdicha agena, sino los males de que carecemos. Rogaron con esta ocasion al Cisne cantasse alguna obra de su ingenio en loor de la soledad, para entretenimiento del camino; y por ser este largo, tambien se alargò en sus alabanzas, si en ellas, y por ella puede aver excesso: y al son del suave Zefiro, que animaba su voz, suspendiò el curso à las fuentes, y al amor los pensamientos; ò poder casi divino de la musica!

Quan bienaventurado
Aquel puede llamarse, que seguro
Del confuso cuidado,
Opuesto siempre al pensamiento puro,
En soledad dichosa
Huye la gente vana, y engañosa.

La libertad amada,
Que al racional estado corresponde,
Por servidumbre honrada
No trueca en el Palacio Real, adonde
Es trabajo forzoso
Rogar, fingir, temer, y estàr quexoso.
No adora falsas lumbres,
Olvidado del sol, que aqui contemplo,
En las soberbias cumbres
Que levantan en polvo ilustre Templo,
Como si el alma fuera
Dios del Palacio, y el Palacio Esphera.
Pretende el mortal loco,
Que le eternize fabrica profana
En el mundo, que es poco
Espacio al viento de su gloria vana;
Y frustran su deseo
Siete pies del mas noble Mausoleo.
No vè la plaza llena
De engaños, pleitos, leyes, varas, plumas:
No mil almas en pena
Por honras, en el mar del mundo espumas;
Ni con vanas porfias
Odioso dificulta cortesias.
Dichoso el que no sigue
Aura vil de lisonjas, y favores,
Ni à la verdad persigue
Como Africano monstruo de colores,
En quien traicion comienza,
Porque falta el mejor de la verguenza.
Ulises Cortesano
Odio no teme, ni favores zela,
Ni de alevosa mano
El inculpable pecho se rezela,
Que es Divina prudencia
Defenderle con armas de innocencia.
El aspid de la envidia
Nunca en su corazon vertiò veneno,
Que hombres viles fastidia,
Y ser sujeto della estima el bueno;
Cuya virtud alcanza:

Si en hombres disfavor, en Dios privanza.
No pide al Cielo escudo
De paciencia, el humilde en proprias menguas
Para que sordo, y mudo
Entienda, y sufra de Nembrot las lenguas,
Cuyo pecho succinto
Retrata en Babilonia un labyrintho:
Los filos de navajas,
Que cortan honras, y virtud los quiebra,
(Mengua de gentes bajas)
Nunca temiò, ni adulador celebra
Al que aviendo testigo
Pierde por un buen dicho un buen amigo.
Aborrezco ignorancia
(Puesto que el sabio alguna vez me assombre)
Que es vicio la arrogancia,
Y en si convierte el virtuoso nombre,
Que el docto hinchado, y grave
(Regla infalible) si se salva, sabe.
En vos, humildad santa,
La ciencia, y premio de su luz se encierra,
Que à la gloria levanta,
Y el mas sabio arrogante, si en la tierra
Nombre perpetuo gana,
Es sacrilego al templo de Diana.
A Bartulo, y Homero,
Euclides, Agustin, Platon divino
Su ciencia igualar quiero;
Y es necio, si del Cielo errò el camino;
Que à la sabiduria
Es el temor de Dios principio, y guia.
Sin alma de sentencia,
Versos no escucha al Delphico Sophista,
Cuya obscura eloquencia
Aplauso infiel de discrecion conquista,
Que yo alabar pretendo,
Porque sino lo alabo, no lo entiendo.
No culpa con desprecio
Al Rey, ni emienda su razon de estado
El Politico necio,
Que gobernar su casa no ha acertado,

Y Astrologo en las leyes,
Prognostica secretos de los Reyes.
No insaciable codicia
Cuidado de la vida honesto llama,
A quien sigue avaricia,
Y el corazon del mas ilustre infama;
Que hombre de bien, y avaro,
Sino es caso impossible, es monstruo raro.
No escucha, que atrevida
Hable la cobardia al valor mudo;
La ignorancia vestida
No vè quando el ingenio anda desnudo;
Si Diogenes viven,
No ay Alexandros, que del Sol los priven.
No en traidora bonanza
Del mar, à breve leño fiar obliga
El oro la esperanza
De la puerta del Cielo falsa amiga,
Adonde entrar con ello
Es por aguja angosta gran Camello.
El inconstante juego,
Fecundo de los vicios, padre olvida,
Que entiende voraz fuego
De honor, tiempo, virtud, hazienda, y vida;
A quien el mundo llame
Si excesso le condena, oficio infame.
No lascivos amores
Al alma tyranizan el sossiego,
Ni zelosos rigores
Encienden nieve, dàn materia al fuego;
Porque el ocio vencido
Rompe las flechas al rapaz Cupido.
En el ameno prado
A sombra de la encina, ò piedra yazes,
A vista del ganado,
Que entre tomillos, ò descansa, ò pazes;
Cuyos tiernos balidos
Dulcemente adormecen los sentidos.
En sus nidos las aves
Le hacen simplemente compañia
Con musicas suaves

Son

Solo murmura alguna fuente fria
Dando al Zefiro quexas,
Y con susurro blando las abejas.
Ya mientras la vacada
Se estiende por el valle, que sonoro
Con voz menos formada
Responde quexas del zeloso toro;
Sus bienes solo canta,
Y antes que males lleguen los espanta.
Persigue al veloz gamo
En un hijo del viento, que le iguala,
O engaña con reclamo
Perdiz, que perdonò ligera bala,
O al Javali valiente
En roxa espuma baña el blanco diente.
Ya esparce varia suma
De paxaros, esquadra generosa
Contra cobarde pluma,
Que huyendo abrasa esphera luminosa;
Que aun el celeste muro
De viles plumas vive mal seguro:
Entre perros leales
Sigue al corzo, la liebre, ò al conejo,
O en los mansos crystales,
Que de Narciso pueden ser espejo,
Gozan su margen fresca,
Y el barbo, ò trucha con anzuelo pesca.
Al Olmo poderoso
La humilde parra texe, y encadena,
O el panal milagroso
(Nectar del Cielo) castra à la colmena,
Sino es que el gusto cobre
Dulce tributo del preñado robre.
De espinas coronado
Viene el Estio no mui rigoroso,
Que el fruto deseado
Apacible le hace, y amoroso;
Y quando siega advierte,
Que el premio sigue al filo de la muerte.
En el Otoño viste
Baco festivo el campo de razimos,

Qualquier dolor resiste
Dulce licor de frutos tan opimos,
Que sin Baco, y sin Ceres,
Venus se enfria, y los demàs placeres.

En el Invierno frio
Rompe con mano al parecer ingrata
Las perlas de rozio
Sobre campos, que el yelo hizo de plata,
Quando dàn un thesoro
De verdes esmeraldas, granos de oro.

Al Verano recibe,
Y entre flores, y risa se remoza,
Mas el que solo vive,
Siempre florida Primavera goza,
Que es peor un cuidado,
Que Estio caluroso, Invierno elado.

Ni pretende, ni espera,
Contento passa el pobre con su suerte,
No la fortuna altera,
No vida ossada, no cobarde muerte,
Al animo sereno,
Mala al que vive mal, y buena al bueno.

Con la suavidad desta musica, y dulzura deste desengaño engañaron el cansancio del camino: algunos dias passaron sin hallar avētura, que de contar sea, y prosiguiendo su peregrinacion: rogado Auricrino, que contasse la historia prometida de su fortuna, dixo assi:

APOLOGO XVI.

Males que se originan de la codicia.

EN un bosque ameno de la Mauritania Tingintana, Provincia en riquezas, y hermosura la mas ilustre de Africa, nacì de nobles padres, y desde mi niñez me ocupè en exercicios de caza, con ventaja à los mas valientes Leones de mis tiēpos: lo qual en algunos ocasionò grande envidia; principalmente en un Tigre Pardal menos valiente q̄ galan, y galan por extremo, cuya piel pintada de varios colores daba olor tan fragrante, que con èl ganaba popular aplauso, y grata opinion del novelero vulgo. Criabase en este bosque la Leona Crisaura, doncella hermosa, y discreta, hija de un Leon principal, pretendida de muchos para esposa, y de ninguno alcanzada, de ninguno merecida. Exercitabase en la caza como otra Diana, temida por las selvas de los animales, dando muerte à quantos delante se ponian, à unos cō los ojos,

ojos, à otros con las manos. Sucediò cierto dia, que corriendo en alcance de un Osso, se alexò de sus criados, y salieron à darle socorro tres Ossos amigos, los quales conjurandose contra Crisaura, la acometieron; mas ella los recibiò valiente, y se travò una dudosa, y cruel batalla: los enemigos muchos, Crisaura sola, y cansada peleaba con honrosa desesperacion. Yo entonces daba caza à un Javali venturoso, porque viendo la reñida escaramuza, le dexè libre, y acometì furioso, diciendo: O vil canalla! defendeos, que para mi sois pocos, y vos bella Crisaura, descansad en tanto q̃ mueren à mis manos. De quatro golpes à todos quatro quitè el sentido, y quedaron rebolcandose en la arena. Crisaura agradecida echòme los brazos al cuello, hallando corta la lengua para las gracias, q̃ darme pretendia: prisiones fueron estos abrazos en que me hallè captivo, si vencedor. Conocì en los efectos ser aquella passion amorosa, puesto que hasta aquel punto no tuvo entrada en mi pecho. Convidado de la soledad, quisiera declararme, y sentia cobarde el corazon, tal vez valiente; sino temerario con un esquadron de Ossos; pero avergõzado de mi timida verguenza, que la padezco si la llamo cobardia, me determinè: respondiòme obligada al amor, q̃ en forma de agradecimiento se distrazaba. Arrojemè à sus pies, besele la mano, diòmela de esposa; encargòmè secreto, porque la voluntad de los padres era contraria à gusto de casarla con el Tigre Pardal, à quien aborrecia. Passamos aquella tarde breve à mi ventura, larga à mi deseo en dulces encarecimientos de amor. Recogiòse à las sumptuosas cavernas de su padre, y yo quedè en noche obscura, aunq̃ algunos rayos de luz enviaba mi esperanza (alivio de ausencia) por el concierto, que hicimos, q̃ saliendo à caza se hurtaria à sus criados, para vèrnos en aquel oculto sitio.

A este tiempo el Tigre Pardal rendido al amor de Crisaura, la pidiò à sus padres: ellos, y sus deudos vinieron con gusto en el matrimonio, obligados de sus dones, y lisonjas. Grangeabalos con regalos de animales, que cazaba. Su astucia, y engaño le acreditaron ligero, y valiente. El estratagema, que usaba era entrarse en el bosque, y los simples animalejos admirados de la hermosura de su piel, y atraìdos del suave olor, q̃ despedia, con que penetraba las cuevas, seguian sus passos, y quando estaban cerca, y seguros los despedazaba. De semejante ardid suelen dexarse engañar las ignorantes, ò envidiosas avezillas, siguiendo los hermosos ojos del funesto Buho, à cuyos reflexos deslumbrados pierdē la vida. Conforme à este es el deslumbramiēto de los bobos pezecillos, que nadando ligeros à la luz, que en tenebrosa noche à la ribera del rio descubre el astuto pescador, mueren los miserables à sus manos, heridos de crueles puntas. O traidora hermosura! ò ciego amor! libreme el Cielo de tus sim-

simplezas, libreme de sus alevosias. El engañado vulgo, viendo su exterior hermosura, y fragrancia, se andaba con admiracion tras èl, y todos le cobraron entrañable amor alabando sus gracias naturales, y adquiridas, dignas de imperio sobérbio, y vanaglorioso; no vivia contento, antes se lloraba abatido de fortuna por desprecio de Crisaura. Conquistaba sus desdenes: y aunque en vano, amor no se olvidò de mostrar en mi sus efectos, oponiendo à las glorias suyas el infierno de zelos. Dierales muerte; dandosela al cobarde Tigre; mas temi enojar al indomito vulgo, y à los padres de Crisaura. Presentòlos el falso pretendiente muchos esclavos de diversas habilidades, que le ocupassen solicitos en servir su casa: entre los quales enviò algunas Monas cozineras, que con el vivo gusto de su lengua sazonanse los manjares. Camaleones, que los lisonjeassen, acordando en ocasiō sus meritos. Papagayos, que publicassen sus hazañas, y virtudes. Linces, que notassen con atencion, y le diessen cuentan, principalmente, si alguno se atrevia dàrle zelos. Javalies prestos de oìdos, para escuchar los mayores secretos.

Con estas disfrazadas espias llegò à su noticia mi pretension, y temeroso, que dilatar las bodas fuera frustrar sus deseos, echòse à los pies del padre de Crisaura, pidiòsela cō lagrimas; el qual prometiò reducir à su hija, y efectuar en breves dias el desposorio, mudando el amor paterno en rigor. Avisòme de todo esto Crisaura; consultamos el remedio, y ninguno hallamos de eficacia, como ausentarnos; y entrando en nuevos peligros, huìr los mayores, que amenazaban. Con este intēto aprestè un navio bien bastecido, y armado: y la noche de un dia que saliò à caza Crisaura nos embarcamos; y con prospero viento atravesando el Mediterraneo, navegamos la vuelta de Cataluña. Descubrimos la atalaya de un Murcielago, escollo eminēte de nocturna espia, doble por serlo de dos contrarios exercitos, puestos en campaña, que esperabā señal de acometer. Y porque entendais el ardid deste traidor, y los sucessos de mi fortuna, es forzoso contaros los principios de esta guerra, y sus pregressos.

Tuvo su origen en los mōtes Pyrineos, adonde se juntaron llamados de sus riquezas, copiosos esquadrones de fieras poderosas en la tierra, y de aves señoras del aire. Avia en medio destos montes una mina, la mas noble, y rica, de cuya raiz nacian las ramas, que hermoseaban su distrito; adonde tambien resplandecian piedras preciosas, de tal fineza, que por no verse afrentadas, se escondieron largas edades las Orientales. Estos solos, è inhabitables desiertos, hizo tan apetecibles la codicia, que el mundo se despoblò de brutos, y aves, procurādo señorear sus thesoros, hinchēdo las manos; si bien los corazones no podian verse llenos; q̄ como la verdad llama à las riquezas agua,

no

no es mucho causen hydropesia. Poco durò la paz de codiciosos; que el interès siembra discordia entre hermanos, quanto mas entre gentes de distintas condiciones, y especies; demodo, que muchas veces llegaron à las manos; no fuera el mayor daño, porque estas heridas, ò se acaban con la muerte, ò el tiẽpo las cura; pero tambien se dixeron afrentosas palabras, cuyos golpes, aunque de lenguas, hacen impression en bronces, que con ser tã grande maestro el tiempo de ciencia, y experiencia, no sabe curarlas. Injuriaban las aves el natural de los quadrupedes, burlando su generacion terrestre, y obscena, ensalzando la suya por generosa, y superior, pues habitaban las regiones del ayre, vecinas al Cielo, jactãdose, que los sagrados libros las honran con esse nombre. Respondian à estos agravios los brutos, q̃ bien daban à las aves epitheto, y nõbre de libres, por serlo tanto en sus obras, y razones; y que hablaban como cobardes, encastilladas en torres de viento; que al fin como cosas de ayre las puso en èl su eterno Criador. Saliò à la defensa el Alguila, y con real autoridad les dixo mil afrentas como à vassallos, y jurando por su padre Jupiter de poner yugo de servidumbre à sus indomitas cervices, sino la reconocian Reyna sola de los animales: mas como despreciassen con risa sus palabras, llamò à Cortes, formò Consejos de Estado, y Guerra; propuso sus sentimientos, acordaron dar muerte à los quadrupedes, sino doblaban la rodilla, y juraban Reyna à la generosa Aguila, y aun Emperatriz; pues su efigie tanto tiempo antes avia sido ilustre insignia armas superiores, blason Augusto del Imperio. Mandò tocar arma, y por todas partes se oìan grandes assonadas de guerra; con que al fin se formò un poderoso exercito. Los terrestres brutos se hallaron faltos de cabeza, sino de fuerzas; y por cerrar la puerta à guerras civiles, quando amenazaban las extrañas, determinaron gobernarse por Consules, y Senadores, entanto que daban cuenta à los Leones, à quien reconocian Reyes naturales.

Formaron un valiente exercito; y aprestada la jornada se dierõ vista los dos campos; temian unos, y otros socorro por el mar, el Murcielago dudoso del fin, que tendria la guerra, determinò assegurar su vida usando doble trato; y alistandose soldado de una, y otra parte, lexos del peligro celebrar la victoria con el campo vencedor. Con estos intentos se presentò ante el Aguila, y hablò assi: Invicta Reyna de los animales, yo soi ave como el vuelo de mis alas manifiesta; si bien no merecì ojos de tanta virtud, y agudeza, que gozen la Divina luz; mas de noche no frequento menos los ayres que Buhos, y Lechuzas. Vengo à seguir vuestras vanderas, y ofrecerme para un importantissimo ministerio, como el de espia, y centinela vigilante, que atalaye el Me-

Mediterraneo de noche; porque el exercito contrario espera socorro de Africa, y Leon, à quien dar la corona de su Imperio; el qual oficio, por el amor que tengo à mi generacion, y biẽ proprio, quiero cuidadoso exercitar con vuestra licencia. La Reyna del ayre no se dedigno conocerle ave, aunque tan soez bestezuela, viendo la necessidad, q̃ del tenian; y assi le enviò à exercer el cargo, prometiendo digno premio à su vigilancia. Con este buen despacho se partiò el Murcielago al Senado de brutos, y se ofreciò al mismo oficio, alegando que no era ave, sino Raton alado, como su physonomia declaraba; pues carecia de plumas, tenia pelo, y orejas; no ponia huevos, sino que paria hijos, y à sus pechos los criaba; y assi, que le admitiessen soldado, y señalassen sueldo, seria atalaya en las tinieblas de la noche del socorro, que al campo enemigo venia; y juntamente daria avisos desus fuerzas, ardides, y designios. Alistaronle, y confirmaron el oficio que solicitaba, como tan importante. Partiòse satisfecho, que fortuna le era favorable; pues qualquiera exercito, que venciesse, el premio seria cierto. Esta, pues, era la causa, porque el Murcielago atalayaba desde la roca; el qual viendo la nave poco despues, que el Sol se escondiò en el ocaso, vino volando, sentòse en una entena, y mirando curioso la gente, que traìa, partiò ligero à la Aguila, y diò aviso, como un Navio de Leones rompia el mar en favor de los brutos. Alteròse el campo, juntòse consejo; y entretanto partiò el Murcielago à los quadrupedes, pidiendo albricias; porque ya tenian cabeza, à quien obedecer, y contò la nueva gente valerosa, que surcaba sus mares, portanto saliessen à recibirla, y elegir Rey al Capitan de la nave. Celebraron aquella noche con luminarias, y juegos, la merced que del Cielo recibian, y trataron ir por la mañana à ofrecer el Reyno à sus legitimos señores.

Mas el Vitulo marino, à quien el Poeta Latino llama torpe Foca, envidioso de los Leones; porque sus intentos eran alzarse con el Reyno, fiado en sus fuerzas, y en las astucias de Protheo su señor, el de las varias transformaciones, y no menos en sus merecimientos, por ser animal amphibio de agua, y tierra, determinò impedir la desembarcacion à la nave, y anegarla, para assegurar su pretension, y tyranizar el imperio de los quadrupedes. Dixòlos ocupados en sus fiestas, y ligero saliò del bosq̃ à la marina: arrojòse al mar, buscò la nave; y aviẽdola hallado cerca del Puerto, que esperaba el dia, para desembarcar, reparò que una Anade solicita daba un barreno al costado del navio. Preguntòla: Que odio la obligaba à tanta crueldad. La traidora ave temblando de la horrible Foca, y temiendo ya su muerte cierta, respondiò: Sirvo à mi Reyna la Aguila, que sabiẽdo el socorro, q̃ viene en este vaso à los terrestres enemigos, me cometiò

tiò esta diligencia, como à quien vive en tierra, y agua; por esso pretendo echar apique la nave, y anegar quantos aqui vienen. No temas, replicò la Foca, que con diferente intencion me conviene executar lo que deseas. Diciendo esto, sacò una barrena poco mas gruessa que un brazo, y en tan breve tiempo como lo dixo, abriò dos vocas suficientes à sorberse el mar. A esta hora yo estaba en la plaza de armas cogiendo el fresco en compañia de Crisaura, y Pardalin, que antes nos hallamos en el agua que pudiessemos prevenir la bomba, Con este subito naufragio en medio de tanta serenidad quedamos turbados, y procuramos vencer la adversa fortuna con valor; mas acudiò luego la traidora Foca, y otros monstruos del agua, diestros en maritimas batallas, y travose una braba, quanto desigual escaramuza: yo con las tinieblas perdì à Crisaura, y ellas me pudieron librar de tantos enemigos, porque en su proteccion arribè al pie de un escollo de su vida inaccessible.

Aqui me hallè en los brazos de la muerte, luchando sin esperanza; con debil resistencia, quando el viento me impeliò à una ensenada de la roca, y envocò por una quiebra, que recelè mi sepulcro: mas los Cielos siempre piadosos resucitaron algun tanto mi muerta esperanza; porque me hallè en tierra à la voca de aquella horrible gruta. Aqui llegò la Foca en mi seguimiẽto, acompañada de otras fieras; viòme, y acometiò furiosa; mas yo libre de las prisiones del agua, y seguras las espaldas, la hize tal resistencia, que no se atreviò ella, ni su esquadron, probar segunda vez sus fuerzas. Cercaronme con monstruosa trinchera de espantosos pezes, resueltos de hambrearme. Vime perdido, volvi los ojos, y reparè, que la cueva era larga, aunque tenebrosa; determineme à penetrar su seno, dexando libre la entrada, que por ser estrecha, aunque los contrarios eran tantos, si pretendian mi muerte, avia de ser en singular batalla; caminè poco à poco, temeroso de caer en alguna profundidad. Vna milla, à mi parecer me alexè del mar, quando hallè el camino mas dilatado, y à pocos passos me impidiò un confuso, y espacioso chaos. Aqui triste me sentè esperando el breve fin de mi vida; juzgando cierto el de Crisaura, y mis compañeros: quisiera quexarme de fortuna, y oponiase à las quexas el valor vencido de los hados inevitables. Estas ultimas razones pronunciaba el Africano; y queriendo passar adelante, cortò el hilo à su narracion la presencia de un venerable viejo, cuyo exercicio, y professsion declararà el Apologo siguiente.

APOLOGO XVII.

Del mundo al reves.

GVíados de su fatal destino havian caminado los generosos brutos, ya venciendo asperezas de-

no pisados montes, ya valles umbrios, sin hallar nuevas de la hermosa Crisaura, quando descubrierõ un viejo casi decrepito, vestido à lo Philosopho, alto, y consumido: barba blanca, q̃ tocaba la cintura, ojos hundidos, corva nariz, y calva espaciosa: tan inclinado à la tierra, que a no sustentarle un baculo, que en la diestra llevaba, se abrazara cõ ella: en la siniestra un Astrolabio, y à sus pies algunos circulos, y figuras de Signos, Constelaciones, y Planetas. Comenzò à girar el baculo por los ayres, mirando à las quatro partes del mundo, y diciendo unos versos, no entendidos por su obscuridad. A este tiempo se turbò el Cielo con horrible estruendo, cubriendose de nubes negras. Los vientos saliendo de sus cabernas travaron campal batalla: arrancaban de raiz los arboles, y muchos besaban la tierra con las copas: los ahullidos de fieras eran continuos, y temerosos; sobrevino una niebla espessa, y luego un relampago, cuya luz los dexò ciegos. Oyòse un trueno tan terrible, que privandolos breve espacio de sentido quando volvieron en si no se determinaban si avian dormido, ò si lo que de nuevo à los ojos se ofrecia era verdadero sueño. Hallaronse trocada esta confusion à serenidad apacible en la hermosa plaza de una gran Ciudad edificada à lo nuevo: calles anchas, iguales, y largas, con vistosos, quãto sumptuosos edificios. Y aunq̃ todo pudo causar admiracion al mas sabio discurso, sin incurrir culpa de ignorancia; el pueblo, q̃ la habitaba, cõ mas razon. Los vecinos eran de todas especies de animales terrestres, aqueos, y volatiles. Los exercicios en que se ocupaban extraordinarios; tanto, que fuera impossible en medio de tanta turbacion entenderlo, sino se llegara à ellos aquel viejo encantador, y los hablara deste modo.

Ya que el Cielo (brutos generosos) os hizo tanta merced, y à los que por vosotros fueren informados de abrir los ojos para vèr lo q̃ negò à vuestra naturaleza, y concediò à las criaturas racionales, que con entendimiento desnudo, y voluntad desapassionada lo quieren entender, y amar: dadme oìdos, y sabreis mysterios nunca imaginados. Yo soi el Desengaño, deseado de todos en ausencia: en presencia de unos estimado cõ extremo, de otros cõ extremo aborrecido, segũ las acciones, à q̃ communico los rayos de mi luz. Lo primero, porq̃ no extrañeis mi persona, si acaso es distinta de vuestra idea, notad que soi viejo, y por mi sangre, y obras ilustrissimo; si bien algunos, à quien ofende mi claridad, y quisieran perseverar en las tinieblas de sus errores, me infaman, diciẽdo, q̃ soi hijo de un vil padre, que es el Engaño, que me engendrò en medio del Parayso: pero esta gẽte engañada, como me puede conocer? Padezca por castigo, y pena su misma culpa. La verdad es, que para que yo naciesse, fue forzoso preceder el Engaño, no como padre, sino como con-

condicion,ſin la qual yo no tuviera vida: y eſto es mengua de mi ſer, que la redempciõ ſupone el pecado Mi principio es de Dios, à quien reconozco, y adoro ſolamente Padre, cuya luz de gracia me communica à las almas. Supueſto eſte origen, què mucho ſea viejo? Principalmente, que por la mayor parte de la vejez ſoi conocido, de la juventud deſpreciado: y aſsi mi nacimiento es con canas, y experiencia. Soi tambien Philoſopho; porque me valgo ſiempre de la razon, y de las cauſas naturales, que perſuaden la inſtabilidad deſta vida con la cõtinua generaciõ, y corrupcion. Heme repreſentado Aſtrologo judiciario, y encantador, no porque lo ſea, ſino por acomodarme cõ vueſtra ruda naturaleza, y con las tranſformaciones, y prodigios, que aora vereis, que parecen cauſados de algunos encantos: y por lo que de ordinario precede à mi venida, que ſon eſtruendos, inquietudes, penas, cuidados, violencias, tempeſtades, que yo ſereno con mi luz: como claro ſe manifieſta (ſirva eſte exemplo por muchos) en el deſengaño, que ſucede à los amantes ciegos, cuyos engaños quanto mas connaturales, tanto mas obſtinados, y dificultoſos de vencer.

Eſta Ciudad imaginada, que veis, es declaracion de lo que paſſa en el mundo: verdad de aquella mentira, ò mentira verdadera de aquellas falſas verdades, y un mundo abreviado: pero claro por mi preſencia. No teneis noticia de aquella ſentẽcia del Sabio, el qual eſtendiendo la viſta por la tierra ſe reſuelve en eſta infalible concluſion, que de hõbres ſolamẽte hallò uno entre mil? Pues los novecientos y noventa y nueve, que ſerian? brutos; porque aunque eſſencialmente fueſſen hõbres, en los efectos no lo parecian: y primero lo havia dicho ſu padre, que el pecado havia transformado los hombres en beſtias; ſegun eſto no es fabuloſa metamorphoſis la que veis, ſino real, y verdadera, y aſsi ſugeto de menos admiracion.

Con todo eſſo antes de vèr los prodigios deſta Republica, y la luz del deſengaño, porque alguno en ella no ſe deſlumbre, ò ciegue, ſerà bien primero, atendiendo à ſu flaqueza, cõfortarle la viſta. Recelo, q̃ parezca mi juicio algo ſevero, y quizà mordaz à ſu melindroſo zelo, haciendoſe de parte del mundo en lo interior, ſi contrario ſuyo en la aparencia. Advierta, que aſsi en eſtos Apologos del mundo al revès, como en los demàs deſte libro, no es univerſal la cenſura: condenaſe lo malo, y veneraſe lo bueno: fin q̃ con difetentes medios muchos ſanta, y doctamente han pretendido. Vno refiera los pareceres de todos, por ſer ſu doctrina el miſmo argumento deſte particular aſſumpto. Palabras formales ſeràn del V. P. Fr. Luis de Granada en ſu exhortaciõ à la virtud, cap. 29. §. 5. aſsi para realzar mi humilde diſcurſo con ſu eloquencia, como para que conſte con quanta moderacion procedo, y no con aquella licencia, que à eſte ge-

genero de escribir es permitida. Dice, pues, de esta manera.

Aviendo en el mundo tantas tinieblas, y lazos, que se puede esperar de aqui, sino caidas, y pecados? Este es el summo mal de los males del mundo; y el que mas nos avia de mover à aborrecerlo. Y assi con sola esta consideracion pretende S. Cypriano inducir à un amigo suyo al menosprecio del mundo. Para lo qual finge, que le sube consigo à un monte mui alto de donde se vea todo, y dende alli le và mostrando, como con el dedo, todos los mares, y tierras; y todas las plazas, y Tribunales llenos de mil maneras de pecados, è injusticias, que en cada parte ay: para que vistos casi con los ojos tantos, y tan grandes males como ay en el mundo, entienda quanto deba ser aborrecido, y quã to deba a Dios, porque dèl lo sacò. Pues conforme à esta consideraciõ, sube tu aora, hermano, à este messmo monte, y estiende un poco los ojos por las Plazas, por los Palacios, y por las Audiencias, y Oficinas del mundo, y veràs ay tantas maneras de pecados, tantas mentiras, tantas calumnias, tantos engaños, tantos perjurios, tantos robos, tantas envidias, tantas lisonjas, tanta vanidad; y sobre todo tanto olvido de Dios, y tanto menosprecio de la propria salud, que no podràs dexar de maravillarte, y quedar atonito de vèr tanto mal. Veràs la mayor parte de los hombres vivir como bestias brutas, siguiendo el impetu de sus passiones, sin tener cuenta con ley de justicia, ni de razon, mas que la tendrian unos Gentiles, que ningun conocimiento tienen de Dios, ni piensan, que ay mas que nacer, y morir. Veràs maltratados los innocentes, perdonados los culpados, menospreciados los buenos, honrados, y sublimados los malos. Veràs los pobres, y humildes abatidos, y poder mas en todos los negocios el favor que la virtud. Veràs vendidas las leyes, despreciada la verdad, perdida la verguenza, estragadas las Artes, adulterados los Oficios, y corrompidos en mui gran parte los Estados. Veràs à muchos perversos, y merecedores de mui grãdes castigos, los quales con hurtos, con engaños, y con otras malas maneras vinieron à tener grandes riquezas, y à ser alabados, y temidos de todos. Y veràs assi à estos, como à otros, que apenas tienen mas que la figura de hombre, puestos en grandes oficios, y dignidades. Y finalmente veràs en el mundo amado, y adorado el dinero mas que Dios, y mui gran parte de las leyes Divinas, y humanas corrompidas por èl: y en muchos lugares no queda ya de la justicia mas que solo el nombre de ella. Y vistas todas estas cosas, entenderàs luego con quanta razon dixo el Propheta: El Señor se puso à mirar desde el Cielo sobre los hijos de los hombres, para vèr si avia quien conociesse à Dios, y le buscasse: mas todos avian prevaricado, y hechose inutiles, y no avia quien hiciesse bien, ni solo uno. Y no menos se que-

quexa por el Propheta Oseas, diciendo, que ni avia misericordia ni verdad, ni conocimiento de Dios en la tierra, sino que las malicias, y las mentiras, y los hurtos, y los homicidios, y los adulterios se avian extendido por toda ella, y que una sangre caia sobre otra sangre, y una maldad sobre otra maldad.

Finalmente, para que mas claro veas, què tal està el mundo, pon los ojos en la cabeza, que lo gobierna, y por aì entẽderàs qual estarà lo gobernado: porque si es verdad, que el Principe deste mundo (esto es, de los malos) es el Demonio, como dice Christo, q̃ se puede esperar del cuerpo, dõde tal es la cabeza? y de la Republica, dõde tal es el gobernador? Solo esto basta para darte à entẽder què tal està el mũdo, quales los moradores dèl. Pues que serà luego este mundo, sino una cueva de ladrones? un exercito de salteadores? un revolcadero de puercos? una galera de forzados? un lago de Serpientes, y Basiliscos? Pues si tal es el mundo como esto, porque no desampararè yo (dice el Philosopho) un lugar tan feo, tã suzio, tã lleno de traiciones, de engaños, y maldades, donde apenas ay lealtad, ni justicia, ni piedad: donde todos los vicios reinan: dõde el hermano arma zelada à su hermano; dõde el hijo desea la muerte de su padre, el marido de la muger, y la muger del marido; dõde tã pocos sõ los q̃ no robẽ, ò engañẽ? Pues muchos assi de los grãdes, como de los pequeños, debaxo de honestos nombres hurtan, y roban. Y donde finalmente tantos fuegos arden de codicia, de luxuria, de ira, de ambiciõ, y de otros infinitos males? Pues quien no desearà huir de tal mũdo? deseaba lo cierto aquel Propheta, q̃ decia: Quiẽ me llevasse à un desierto, ò algũ lugar apartado de caminãtes, para verme libre de la cõpañia deste pueblo: porq̃ todos son adulteros, y quadrillas de prevaricadores! Esto q̃ aqui se ha dicho generalmente pertenece à los malos; aunq̃ no se puede negar aver en todos los estados muchos buenos en el mũdo, por los quales lo sustẽta Dios.

Consideradas, pues estas cosas, mira quanta razon tienes de aborrecer una cosa tan mala, donde (si te abriesse Dios los ojos) verias mas demonios, y mas pecados, que los atomos que se parecen en los rayos del Sol: y con esto crezca en ti el deseo de verte fuera de èl, alomenos cõ el espiritu, suspirãdo con el Propheta, y diciẽdo: Quiẽ me darà alas como de Paloma, y volarè, y descãsarè! ¶ Hasta aqui sõ palabras del P. M. F. Luis de Granada; en las quales veràs quã corto quedo en todos los discursos deste libro, censurãdo generalmente, y condenãdo los vicios del mundo: y si con razon afirmo, que andan al revès de como debia andar, y al haz, si le juzgas como èl es, y merece. Supuesto lo dicho; prosiguiò assi el Desẽgaño en la comunicacion de los rayos de su luz à los admirados brutos.

Veis aquel hermoso Paxaro de tan varia, y magestuosa pompa que presume la gracia de Junõ, y

por quien el Pavon ya es humilde, sino envidioso; sabed q̃ es un Cuervo, que si huviera de restituir las plumas, q̃ ha hurtado à otras aves, y pagar las que tiene prestadas, se quedàra en carnes, y aun en los huessos. Veis aquel pescador, que solicito està revolviendo, y turbando las aguas del estanque? es para pescar Anguillas: gente que muere de hambre, quando la Republica està clara, y pacifica. Veis aquella sarta de morcillas, y morcones en el bodegon del mundo? Son unos vanos, q̃ se desvanecẽ con la hinchazon de su presumida nobleza, y limpia sangre; y si los haceis trozos, y desmenuzais como morcillas, hallareis lo mas de la sangre inficionada, y tanta cebolla, cominos, alcaravea, y otras baratijas mezcladas, que apenas podreis distinguir una gota de sangre pura, si acaso no es de vino. Veis aquellas arañas, que estàn texiendo sus telas, y armando subtiles redes, adonde tantas moscas, y mosquitos quedan presos, y que ratones, y lagartos rompen? Algunos malician, que son las leyes, que prenden, y dàn muerte a los pobres, flacos, y desvalidos: y los poderosos atropellan, y anulan. Mirad aquella perruna canalla, gozques falderos, y podencos, vezinos de la plaza del mundo, como ladran, y siguen aquel alano forastero, que generoso los desprecia; aunque tal vez, porque no se le atrevan, vuelve la cabeza, y ellos cobardes las espaldas:

Critica turba al fin, sino Pigmea
Su diente aguza.

Pero *quid dentem dente iuvabit rodere?* Proprio de gente enferma, y flaca; dàr diente con diente. Veis aquellas Abejas, q̃ labran solicitas sus ingeniosos panales? Las aves, q̃ fabrican nidos? Los Bueyes, que arrastran los arados? y las Ovejas, à quien desnudan los vellones? quatro similes con que Maron significò sus quexas: son los pobres, q̃ trabajan para que los ricos descãsen; y aun para q̃ muchos de ellos escandalicen ociosos la Republica. Aquellas Serpientes, q̃ entre asperezas de piedras, y espinas desnudã la antigua piel, y se remozan, prudentes enseñan à los humanos envejecidos en sus vicios, como hã de desnudar los habitos malos, y remozar el espiritu con nueva vida de penitencia. Notad el quartel de los hypocritas, estatuas en lo exterior perfectas, sin miembros, ni organos interiores; bultos hermosos, y desalmados, Raposas de blãda piel, y carne ferida; fingẽse muertas, para engañar las simples aves, como algunos mortificados, para vivir seguros, y cazar vanagloria; Heliotropios, q̃ arraigados en tierra, no quitã la vista del Sol; y sobre todo, sepulcros blancos, y llenos de horror. Mirad aquellos Puercos, que clavados tienen hozicos, y ojos en el mãjar, sin levãtarlos à mirar, agradecidos à quien se la dà: ò interessada ingratitud! Què te cuesta un buẽ deseo? Què una buena palabra, si te faltan obras? Aprende de las Palomas. Aquellos Zanganos, nacidos para el trabajo de servirles oficios, holgazanes se sustentan del ageno

su-

ſudor de la virtud deſvelada. Con juſticia las Abejas los condenan à muerte, y la executan; pueſto q̃ ſon enemigos forzoſos. Ved los Perros, à quien ſus dueños ſuſtentan para guardas vigilantes de caſas, y haciendas, que con un vocado de pan los ladrones dexan mudos. O lẽgua libre! Quien te puede atar como los dones? ſobornos digo, pues tienes obligacion de juſticia. No veis quantos Eſcarabajos, Puercos, y Buitres ſe ſuſtentan, y viven con eſtiercol, podredumbre, y malos olores? Infelices naturales! que de ſu culpable miſeria fingen deſcanſo. No reparais, q̃ la ſombra de aquellas yedras, que ſuben abrazadas à poderoſos muros, y arboles, favorece, y regala, Sierpes venenoſas, y que la miſma ſombra ofende à los humanos? Aſsi à la ſombra de alguna gente principal vierten ſu ponzoña hõbres, que ſon aſpides, y baſiliſcos de la Republica. Los pezes del mar no ſienten la amargura de ſus aguas: hombres criados, y habituados en ſus vicios, ni ſe amargan de ſu azibar, ni ſe deſagradan de ſu trato. Finalmente, huid todos aquellos animales brutos, que no obran conforme al inſtinto natural, que ſu dor los diò: y todos aquellos hombres, que obran contra razon, regla infalible de las humanas acciones: norte fixo, y luz indefectible, que de eſtos tales ſe compone el mundo al revès.

A eſte tiempo vieron entrar por la plaza un tropel de Gatos, Rapoſas, Lobos, Oſſos, y Gavilanes, en medio un Gato malhechor atadas las manos, à quien iba azotando el verdugo, porque hurtò una Perdiz. O vil raìea! (dixo el Leon) eſto ha de paſſar à mis ojos? harèlos mil pedazos. Aſiòle de la mano entonces el Deſengaño, advirtiendole quan deſeſperado era el remedio de aquellos trabajos, adonde ay malos miniſtros de juſticia, Rapoſas de quantas Gallinas tiene la juriſdiccion, Lobos de ganados, Oſſos de caſas abundantes, que caſtran como colmenas; Gavilanes, que con ſus plumas dàn caza à quantas vuelan, gatos de toda perdiz, y regalo. Como eſtos miniſtros (replicò el Leon) ſe quedan ſin caſtigo, ſiendo ſu culpa mas grave, y eſcandaloſa? Reſpondiò el Deſengaño: Porque anda el mundo al revès.

Paſſado eſto entraron por la plaza una docena de Aſnos veſtidos de hombres, unos à lo galan, otros à lo Philoſopho, otros à lo eſcholaſtico. Venian con paſſo grave, meſura afectada, y vana ſeveridad: à pocos hacian corteſia: todos antes de llegar los ſaludaban: ellos, ò no ſe daban por entendidos, y paſſabã immobles eſtafermos, ò con brazos de plomo, mirando à las nubes, ſe quitaban las gorras, ajuſtando fideliſsimamente en el peſo de ſus faltos entendimiẽtos las corteſias, que à cada uno eran debidas: yà tocando el birrete, yà levantandole de la cabeza, yà quitandole haſta la voca, yà haſta el pecho: algunos de palabra lexos ſaludaban, aviſando que comenzaſſe por ellos la corteſia; y guiando el

brazo por varios pliegues de la capa, se perdian en el camino. Y quando llegaban à la cabeza, el saludado los avia notado majaderos mas de treinta veces. Estos son los descorteses del mundo, dixo el Desengaño, que para mi este enthimema es infalible; descortès: luego Asno; por ser bestialidad hacerse aborrecibles debalde; pues debalde podian ser corteses, y con mas honra amados: y assi quando ellos piensan acreditarse, se envilecen, y la estimacion se convierte en risa. Porquè, dixo el Lebrel, siendo estos unas bestias, pretenden ser reverenciados como hombres, de los que verdaderamente lo son? Respondiò el Desengaño: Porque anda el mundo al revès.

Volvierõ los ojos à una grã summa de Puercos espines, que se estaban revolcando en albañales, y cieno, todos sucios, asquerosos, y abominables. Comummente eran aborrecidos, y temidos; porque sacudiẽdose disparaban unas puas à modo de saetas; armas naturales. Herian à buenos, y malos: altos, y baxos, con tal fuerza, que rompiendo muros, daban muerte al descuido en su mesa, y cama. Algunos destos veniã vestidos de madroños, y manzanas, que sacudidas de los arboles, y revolcandose en ellas, hermoseaban su fealdad; trage tambien de feos Erizos. Estos son los murmuradores, y maldicientes de la Republica, dixo el Desengaño; Espines, que à todos ofenden con sus puas, y ellos son las hezes, y asco del mundo. Nadie vive seguro de sus lenguas, desde el pobre jornalero, hasta el Rey poderoso: si alguna vez estàn hermosos à nuestra vista, es con agenas manzanas, y con hypocritas ficciones; son muchos: y aunque la gente buena los aborrece, y persigue, no los puede acabar. Sin estas armas ordinarias, que siempre, y à todas partes tiran, guardan otras para las necessidades, quando se vèn apretados de los cazadores, que es la ponzoña de su ruina, que dà muerte à quien toca; pero es tambien su castigo, porque matando mueren. Pues si le descuidan, y los toca el cuerpo, le desnuda sus armas, y perecen miserablemente. Assi los maldicientes quando agotan su veneno, matan la honra propria, y agena, ò mueren violentamente por permission Divina à manos de su pecado. Porquè el buen gobierno consiente (dixo el Lebrel) que esta gente vil triumphe de la buena? y el Desengaño: Porque anda el mundo al revès.

Entre los barbaros, insolentes, y flagiciosos de aquella Republica vivian muchas ponzoñosas Serpiẽtes, las quales no lo parecian: no porque huviessen mudado algo de la forma exterior, ò interior, sino porque el tiempo contrario al perverso natural reprimia su veneno, impedidos los miẽbros del frio: y para q̃ lo comprobasse la experiencia, en brevissimo espacio la Primavera se trocò en Invierno. Soplarõ frios cierzos; cubriòse el Cielo de nubes, comenzò à nevar, y assi cõ

versa-

versaban pacificamente con todos, dexabanse coger en las manos, hablabanlas al oido, saludabanse, y cõfirmaban su amistad con tiernos abrazos. Cessaron luego los ayres frios, nieves, y yelos, sobrevino un Solano estival, esparciò las nubes, descubriòse el Sol, y expeliò la frialdad de los encogidos miembros. Despertando entonces las Vivoras, y Serpientes, como de un profundo sueño, sacudieron la fria pereza, levantaron los cuellos, sacaron sus venenosas lenguas, mordieron, y picaron à quantos delante se ponian, obligandolos à huir su ponzoñoso, y mortal rigor. No sè si avreis conocido esta ruin gente, dixo el Desengaño; las Republicas estan atosigadas de su cõtagio. Estos son unos hombres soberbios, perniciosos, fraudulantos, maldicientes, y de pestitencial inclinacion; que como las Vivoras en el Invierno estàn impedidas del frio, y por esto mansas, y tratables: assi estos en el Invierno de la adversidad oprimidos de los trabajos de la pobreza, de la persecucion, de la justicia, ò de otra qualquier contraria fortuna ceden al tiempo; pero si este se muda, y el Sol de la prosperidad esparce las negras nubes, despiden la simulada virtud, y forzada afabilidad, y quedan intratables, è insufribles, ofendiendo à todos con el veneno de sus palabras, y obras: estos en fin oprimen à los buenos: Porque anda el mundo al revès.

No pocas Aguilas andaban negociando con unos, y con otros ofrecian sus personas, y bienes: ponianse en manos de aquellos à quiẽ se obligaban; y quando les parecia tenerlos seguros, facilmente se deslizaban huyendo: y los acreedores pensando tener algo, se hallaban las manos vacias: si mil veces las prendian, tantas se quedaban burlados. Mas los que conocian bien sus trazas, y mentiras, iban apercebidos de hojas de higuera, y entre su aspereza quedaban irremediablemente pressas, sin valerlos la suavidad de su piel, la subtileza de sus circulos. Estos son los tramposos de la Republica, dixo el viejo, que con ardides, blandas palabras, y ficciones, grangean hacienda, y negociã acrecentamientos; pero quedan burlados de quien los entiende, y sabe vẽcer un ardid cõ otro ardid, y un engaño con otro engaño. Esto significan las hojas de higuera, asperas contra su blandura: viven con todo esso muchos destos ricos, y prosperos; y desta suerte se hacen estimar, ò temer de los buenos despreciados: Porque anda el mundo al revès.

Pero à quien no hicieran reir unos gozques entremetidos, perrillos de falda, y de todas bodas, que andaban de un corrillo en otro con mil adulaciones, llevando, y trayendo nuevas, passeandose mano à mano con Leones, y Caballos; tratandolos con igualdad, y hablando alto en todas partes; sombras de los ricos, y moscas molestas de bestias principales? A quien no hicieran llorar unos Monos, entretenimiento, y fabula del pueblo, haciendo

visages, remediando à todos, y provocando à risa los circunstantes? Ofendianse que los llamassen truhanes, como sino lo dixeran sus mismas obras; que ay tambien bufones de autoridad, que aunque lo son, y lo parecen, desprecian el nõbre. Sufrialos la gente noble, como à quien mas claramente usaban su oficio, y comia dèl; por lo qual cansaban menos, que los perrillos de todas bodas; bien se dexa entender lo que aveis visto. Estos perros son unos hombrezillos vanos, y presũptuosos, que todo lo saben, y todo lo ignoran, Escuderos sin racion, y Raciones por fuerza: persecucion de poderosos, moscas enojosas, risa del pueblo, enfadosos de quatro costados, convidados por fuerza; y finalmente vientos sutiles, que se entran sin saber por donde al mas oculto retrete; canalla, que sufrirà que de una oreja los echen afrentosamente de las conversaciones, y otros mil desprecios, à trueco de hallarse en todo, siendo nada. Los Monos son los que se precian truhanes, y entretenidos acerca de las personas principales; y no hablo de los que tienen carta de examen en el oficio, que desta escoria de naturaleza no ay para que hacer mencion; sino de los que lo son, y no consienten sayo gironado, que ay muchos, y se suelen preciar (que lastima!) de discretos, y nobles, que se puede hacer? paciencia. A veces los poderosos admitiràn estos à su gracia, y despreciaràn el trato de los buenos, porque anda el mundo al reves.

Atravesaban la plaza algunos Ossos cargados de colmenas, sin que alguno los siguiesse: solamente las Abejas formando un esquadron, y quexandose con lastimoso susurro los daban guerra, picandolos à mucha costa; pues con los aguijones dexaban las vidas en manos de la venganza: pero si duraba el combate, se arrojaban los Ossos à un rio, adõde las ahogaban, y ellos comian pacificamente sus panales. Estos son los ricos que se sustentã con la hacienda agena, y destruyẽ casas enteras convirtiendolas en propria sustancia. Es verdad que los ofendidos se quexan, y el pueblo murmura su tyrania; mas en efecto son Ossos; y como se llevã los panales, poco se les dà que avejillas los piquen: no sienten tan leves agravios, y si porfian en su demanda, es à costa de sus vidas, pues viven perseguidos del tyranico poder. La Justicia no los sigue, ni se dà por entendida, y el temor enmudece à los pobres: estos los passan amargamẽte, aquellos gozan la miel de las hurtadas colmenas; tales son los reveses del mũdo. ¶ Atẽtos estaban los brutos peregrinos à los no esperados sucessos, y de nuevo admirarõ otros, no tãto por extraordinarios, quãto por no considerados, los quales no fue poco distinguir en tanta confusion. Alli vieron muchas aves, que procurando huir los lazos de los cazadores, en vez de levantarse à lo alto, ò buscar los desiertos, batian el vuelo à la tierra en el mayor concurso de enemigos; que desacierto!

Pretender las almas librarse de los lazos del mundo por contemplacion de cosas celestiales, y humillar su vuelo à la tierra entre los mayores peligros del humano trato. Vieron una fuente, que entrando velas muertas en sus aguas salian encendidas; de la qual todos huian: pero que mucho, si las aguas eran tribulaciones, y trabajos, no obstante que en ellos se encienda, y perficione la luz de la virtud? Alli los Puercos, alli los Buitres huian las flores, y preciosos unguentos, y se revolcaban con gran deleite en el cieno, y cuerpos muertos; aqui los sensuales huyen el olor de buena fama, y buena conciencia, gozandose en sus torpezas. Los Neblies por caminos torcidos, puntas, y angulos, hacian pressa en las Garzas; guardate de aves de rapiña, que parece que huyen, ò se alexan de ti, y entonces te procuran quitar honra, hacienda, y vida. Muchas Hormigas (como en Indias suele acontecer) iban cargadas de granos de oro que sacaban de una mina; para que junta riquezas la avaricia, que no ha de gozar? Las Vivoras concebian hijos, que en el parto la privaban de vida, haciendolas rebentar roidas sus entrañas. Que alivio de su vejez! Que agradecida piedad! No es mucho si los humanos pechos conciben una hija, que es la Envidia, la qual los roe, y dà muerte. Los Milanos volaban à lo alto, y en vez de contemplar el Cielo, miraban los tiernos polluelos en quien clavar las uñas. No fies en virtud sin humildad; que, si se levanta sobre la tierra, à veces no mira el Cielo, sino tu perdicion. Sirenas engañosas cantaban en la tempestad, tristes en la bonanza: envidiosos alegres en agenas fortunas, tristes en las prosperidades. Los Cangrejos para alcanzar lo que tenian delante, caminaban à la parte contraria, volviendo atras, ò à los lados, pero no lo perdian de vista: à estos imitan los que deseando el Cielo no quitan dèl los ojos; pero caminan al revès, y assi topan primero con el abysmo. Las sombras seguian à los cuerpos, y los cuerpos no podian dàrlas alcance, aunque mui ligeros. O verdadera honra, gloria, y aplauso de la virtud; sigues à quien huye, huyes como sombra de quien te sigue! Perdices, Herizos, y Culebras en el peligro escondian las cabezas, y dexaban los cuerpos descubiertos: que necedad! (escusa à las Serpientes su prudencia) por ventura tendrà vida la cabeza atravesado el cuerpo de la vala, ò cuchillo? Que importan las tinieblas para encubrir los pecados, si todo es luz à los ojos Divinos? Alli vieron en muchos cuerpos humanos, que los miembros se conjuraban contra el estomago, haciendole cruel guerra como à su enemigo. Porque (decian) nosotros hemos de trabajar con perpetua esclavitud para el regalo deste gloton? deste holgazan? Cada uno valga por si, y se sustente de su trabajo: pies, y manos le negaron el sustento, aunque humilde le pedia, poniendo

por delante su necessidad, su antigua cõpañia, amistad, y obligacion, y el riesgo que todos corrian en el peligro, que amenazaba. Mas à estos ruegos, ojos, y oìdos se cerraron: la lengua no respondiò palabra: los pies no dieron un passo, ni las manos se movieron. Passados algunos dias, todos se sintieron flacos, y necessitados, que el estomago los restituyesse el vigor perdido: acudieron las manos con sustento el estomago, pero tarde; porque con la flaqueza perdiò el apetito, y todos la vida: unos tenemos necessidad de otros, ni el Rey sin el labrador, ni el labrador puede vivir sin el Rey. Lo demas es contra toda razon natural.

Innumerables Topos, toda la vida cerrados los ojos vivian à obscuras, y en la muerte los abrian; para què? sino para vèr su muerte, y passada ceguedad sin remedio. Oxalà los ciegos pecadores, que en esto los imitan, en la muerte abran los ojos del entendimiento à la luz de la verdad, y con amoroso afecto su voluntad la siga! Murcielagos, Buhos, y Lechuzas huìan la luz, y en medio de las tinieblas volaban, cansando el mundo con sus voces. Gente pervesa huye la virtud, vive entre sus vicios: hombres sophisticos dexan la luz de la verdad, siguen cõ aguda vista sus tenebrosas falacias. Gente lucifuga què resplandor puede dàr de obras exemplares? Los perros heridos de las piedras dexaban al que las tirò, y las seguìan, quebrandose en ellas los dientes. O rencor de la inconsiderada venganza, q̃ no la mide cõ el agravio, y luz natural, sino con su odio, de lo qual resulta mayor daño al vengativo! Cabras, y Codornices se sustentabã con yerbas venenosas, Cigueñas cõ ponzoñosos animales; assi los maldicientes royendo culpas agenas, ya verdaderas, ya falsas. El mundo en trage de pescador daba carrete, y cuerda à los peces, engañados del miserable cebo: los cuitados se persuadian, que no era engaño, hasta que morian cruelmente à sus manos. Alli vieron otro monte, como el que se llama Chimera en Lycia, que el agua le enciende en voraz fuego, el heno le apaga: quantos bravos se hallan aora, ò por mejor decir, quantos cobardes, à quiẽ blãdas palabras enciẽdẽ en ira, valerosas determinaciones entibiã, y apagan su vano furor? Hõbres al reves, fieros Cocodrilos, huyen de quien los sigue, siguen à quien huye. Allì se hallabã Africanas Amphisibenas, en vez de cola con segunda cabeza, venenosas por todas partes: assi es la traicion, guardate de sus dos caras. Finalmente alli vieron al Contẽto, y Pesar juntos, amigos inseparables, tanto, que no tenian cosa partida, hasta los vestidos traian trocados. La fortuna vivia quexosa, porque en todo mal sucesso la culpaban, debiendo culparse hombre assimismo; y atribuian las buenas suertes al ingenio, cuidado, y diligencia. La Justicia de todos amada moria de hambre, tan pobre, y desechada, que notenia una choza

adonde recogerse, porque todos la querian, mas no por su casa. La Verdad amarga, sabrosa la Mentira; el Ingenio pobre, la Ignorancia rica; esta con aplauso, aquel solo, y abatido. Y para decirlo en una palabra, la Virtud perseguida, y el Vicio amado; porque el mundo de cāsado (assi el Archiculto Andaluz) sirve ya por el embès; y quando agora al traves su pinaculo no dicre, serà lo que Dios quiere.

APOLOGO XVIII.

Quanto importa que à la honestidad de una doncella acompañe fortaleza de un Leon.

DEspues que los generosos brutos vieron, y admiraron las acciones, y ministerios, en que se ocupaba el pueblo de aquella symbolica Republica; y el Deseŋaño declarò las verdades ocultas en tā provechosas mentiras, se recogieron, por caer la noche algo obscura, à una posada, q̄ estaba prevenida. De nuevo confirieron los prodigios, q̄ avian visto, sacādo varias moralidades, segun el dictamen de diferentes conceptos. Cenaron, y deseosos de saber el progresso, y fin de la historia, q̄ Auricrino avia comēzado, rogandole, q̄ la prosiguiesse, dixo assi:

Sentado en aquella tenebrosa gruta, adonde fortuna me avia destinado sepulcro; opresso de mortal confusion, interiormente la padecia, revolviendo mi entendimiento, y memoria entre las presentes desdichas, los trabajos passados, y el funesto fin de todos, tanto de mas dolor, quanto mayor la voluntad se sentia por la perdida de Crisaura mi esposa. Levantème llamado de un valeroso impetu, con resolucion de volver al mar, y no huir de fortuna, sino seguirla antes que me arrastrasse, y de vender mi vida lo mas cara que pudiesse: pero estando en pie me pareciò anticipada resolucion de ofrecerme à la muerte, antes de vèr el termino de aquella espaciosa cavérna. Algunos passos anduve à tiempo, y encontrè no sin maravilla, y aùn consuelo, un bulto de muger tendida en el suelo, muerta, ò dormida. Por assegurarme en lo cierto levantèla, pareciòme, que respiraba, pero sin sentido. Los vestidos, que tocaban, eran ricos, pendiente al hombro una aljava, y en el brazo siniestro un arco. Finalmente toda ella en el tacto, y olor parecia muger moza, y no de humilde suerte. Al movimiēto, que yo hice, despertò como de un profundo sueño ò desmayo; y con sobresalto, dixo: Ay de mi desdichada! que brazos son estos en que me hallo? sō los de la muerte? y estas sombras suyas? ò tengo vida? Esto es lo mas cierto, pues el alma informa al cuerpo: no es humano el que toco, Cielos piadosos! que he de hacer? A estas palabras respondì blandamente, rezeloso de creer su temor: Señora, cobrad animo, que aunque estais en brazos de un Leon, es Leon humano, que nunca fue cruel con los rendidos, y menos con mugeres; segura estais, decidme por cortesia en pago, q̄ me ofrezco esclavo vuestro, q̄ obscuridad es la que nos cerca, Y adon-

adonde estamos? Yo os agradezco, respondiò (generoso Leon) essa afable humanidad; pero dudoso, si os crea, pues me haceis una pregunta, que vos no podeis dexar de saber, y yo la ignoro. Esta mañana (si acaso esta es la primera noche de mi desdicha) sali a caza à un bosque, y por extraño sucesso perdi el sentido, y aun aora presumi, que tambiē la vida: lo qual fue a vista del Cielo, y de mucha gente, y sin saber como, me hallo en vuestras manos. Siendo esto assi, que os puedo responder, si en vos nacia la esperanza de vèr la luz q̄ perdi. A esto repliquè: No os persuadais, señora, q̄ ay algun engaño en mi pregūta: y porq̄ de vuestro sucesso, y circunstancias de èl, es mas cierto, que podrèmo rastrear algun principio de remedio; y de mi fortuna, es impossible, os dirè brevemente la ocasion por quien aqui me hallo. En una nave, de la qual yo era Capitan, en compañia de mi esposa, y algunos soldados, parti de Africa: lleguè à un Puerto de España, cerca del Promontorio de Venus, oy Cabo de Cruzes, y sin saber el modo, antes de tomarle, nos fuimos à pique en las tinieblas de la noche. Hallème entre un esquadron de Focas; con la obscuridad pude huir sus manos, y aviendo arribado, ò por socorrerme algun favorable viento ò por la Divina providencia, à la caverna de un eminēte escollo, mis enemigos llegaron, y no atreviēdose à singular duelo, porque la estrechura del cāpo no los permitia socorrerle, me sitiaron con un muro de monstruos marinos, para rendir por hambre mi fortaleza: en el mar via mi muerte; la cueva era larga, caminè por ella poco mas de una milla, hasta llegar à este espacio donde se dilata. Viendome, pues, con la muerte à las espaldas, determinè penetrar su centro, y à pocos passos os hallè en este suelo desmayada. Siendo esto assi, què luz os puedo dàr à tantas tinieblas? La mayor q̄ en mi historia podeis hallar (respōdiò la dama, q̄ vuestra humanidad me obliga os la cuente, como despues lo harè) es que la causa de mi fortuna, fuè, à lo q̄ pude presumir un Capitan de salteadores, y es probable que estamos en su cueva, y assi serà acertado buscar la entrada. No me pareciò mal esta conjetura; y rogandola se estuviesse queda, yo me alarguè algun tanto, y no lexos toquè el extremo, luego algunos cofres, camas, lios de ropa, y cerca de una chimenea, por lo alto entraba luz bastante, para que nuestra esperanza cobrasse el perdido vigor. Revolvì la ceniza, descubrì algunas brasas, y aunque mis antiguas enemigas, el tiempo me obligò assentar treguas con su fuego: encendì lumbre, huyeron sus tinieblas, manifestòse la cueva. Pero lo que mas me llevò los ojos fue la hermosura de Marsila, q̄ assi me dixo despues se llamaba la doncella: vi en ella otra Diana, y en la cueva grandes riquezas: su puerta era una grāde losa. Consultamos lo que aviamos de hacer, y resueltos, no quisimos salir fuera, ni quitar la piedra

de

de la entrada, sino cubriendo las brasas, y encendiendo una lampara, que alli estaba, para mas facilmente en la ocasion apagarla, nos retiramos à lo angosto, q̃ guiaba al mar, desde donde podiamos vèr sin ser vistos. Alli sentados supliquè à Marsila me contasse su prometida historia, y comenzò, diciendo:

Los padres, que me dieron el ser que tengo (Leon generoso) en sangre, y riquezas son de los primeros en este Reyno; los quales en mi tienẽ todo su amor, y no me falta igual correspondencia, si igualmente pueden corresponder los hijos à los padres. Luego que tuve edad aprendi leer, y escribir, y hallando el entendimiento algo proporcionado, me enseñarõ la lengua Latina, con principios de letras humanas. Agena profession de una muger, y lẽguage extraño. Menos lo fuera, si los hombres (favorecidos del dominio que el Cielo los comunica en nosotras) no quisieran vincularse el trato de todo genero de letras. Conozco que nuestros ingenios, comunmẽte son incapaces, y limitados à menores exercicios; pero no pocos exẽplos mui ilustres califican mi ocupacion, contra el severo juicio, y risa de los hombres. La Reyna Zenobia fue docta en lenguas, historia, y eloquencia: en Poesia Cleobulina Praxila, Sapho inventora de los versos Saphicos, à quien diò nõbre: en Rhetorica Aspasia: en Philosophia Areta, Temistoclea, y Targelia: en Mathematica Hypatia: en letras divinas Juana Anglica, Constancia, y otras muchas, de quien podiamos decir lo q̃ Policiano de Cassandra Veneciana, que usaba en vez de lana el libro, y en vez del huso, y aguja la pluma. Sirva lo dicho de alguna satisfaccion à los que todo nuestro estudio reducen à bachilleria. Este era mi entretenimiento, quando à la Ciudad llegò Lisandro, primo mio, Caballero mozo, y gallardo; que concluidos sus estudios en la Universidad, aspiraba à los mayores puestos. Con ocasion de su venida, de sus curiosas letras, y de la llaneza, que la sangre permitia, me visitò algunas veces, y mas de las que fuera justo yo permitiera. O trato, ò fuerza de la ocasion! ò sympatia de naturales, poderosissimas causas de Amor! ò licencia de la sangre, quan licenciosa eres! quien os podrà resistir, sino os vuelve con tiempo las espaldas? Y qual serà el invencible pecho, que tenga valor para huir vuestras armas? Estas hirieron mortalmente el corazon de Lisandro, y en el mio persuadieron cortès, no culpable, agradecimiento: y rezelosa no llegasse à ser amoroso, porque descuidos en pequeñas heridas de amor las suelen hacer incurables, deseaba resistir à los principios, y que en mi no los tuviesse esta cruel passion. Con estos cuidados, un dia, que por divertirlos miraba algunos quadros, que por mi gusto avia mandado pintar en una Galeria de varias historias, y hieroglificos, vi este emblema, que por ser eficaz antidoto de tan pernicioso veneno, reparè mas en èl, que quan-

do

do le hice. Estaba pintada Diana, bella cazadora, vestido que descubria el dorado cothurno, aljava al hombro, y que flechando el arco contra Venus, y Cupido, rendido à sus pies, se ostentaba victoriosa. El titulo deste Emblema era un verso de Ovidio en el primer libro del remedio de Amor:

Turpiter à Phœbi victa sorore
Venus.

Si bien mas diestro se mostrò este Autor en el arte de amar, que en su remedio: las enfermedades de ordinario son mas poderosas que sus medicinas. La letra inferior era como se sigue.

Honor de Chipre, incendio de la tierra,
Tyranos Reyes, barbaras Deidades,
De Coronas, de Leyes, de Ciudades
Fatal ruina en formidable guerra:
Discordia, que verdad, y paz destierra;
Que humillais, igualando calidades,
Altos Dioses, soberbias Magestades;
Y quanto el Orbe universal encierra:
Porque à los pies rendidos de Diana
Confessais torpemente, que os excede
El valor de su flecha siempre opuesta?
Cazadora renombre ilustre gana,
No Diosa, no guerrera; tanto puede
Contra el Amor su ocupacion honesta.

No me pareciò ineficaz este remedio, porque con èl se impide la ociosidad, que ofrece pensamientos, leña, y alimento deste fuego. Consejo es del mismo Poeta:

Otia si tollas, periere Cupidinis
arcus.

Principalmente, que en la caza se incluye otro remedio mas eficaz, que es huìr la ocasion; por esto le abrazè contenta, dando gracias al Cielo, como si ya me sintiera sana. Mandè prevenir lo necessario, dexè la Ciudad, mi habitacion era en una Quinta, desde alli fatigaba los bosques, siguiendo al Venado, huyẽdo del Amor: quisiera aborrecerle, y faltabame objeto, si ya no le fingia; porque siempre juzguè chimera su entidad: y quanto dèl estaba escripto, ò apocripho, ò falso; siendo lo mas que los Poetas han celebrado sin fundamento en buena Philosophia. Burlandome, pues, de sus tyranicos efectos escribì estos juegos de el ingenio.

CONTRA EL AMOR.

Dime, Cupidillo tierno,
Aqui para entre los dos,
Quien diablos te finge Dios,
Si aun no te quiere el infierno?

Emu-

Emulo el ardor eterno;
Que te abrasa en el abysmo,
Desengañe al idiotismo,
Que yo bien sè que esse nombre
Te ha dado sobervio el hombre
Por adorarse à si mismo.

Y si mas, que el nombre quieres,
Porque aprueban tus efetos
Mil necios, ò mil discretos,
Digo, que amor proprio eres:
Horribles son las mugeres
Al que deleite no llama;
Su gusto el amante ama,
No el ageno, que no siente,
Que el proprio apetito ardiente
Es azeite de tu llama.

Reyezuelo soberano
Suelen llamarte del suelo;
Assi es tambien Reyezuelo
El Basilisco inhumano:
Quieres nombre de tyrano,
Y es presumpcion que condeno;
Pues haces quando mas bueno
(Tu mentira te reboza)
Corona de la coroza;
Patrimonio del veneno.

Desnudo mas te desdoras,
Sea (ocurriendo à las dudas)
O porque à todos desnudas,
O porque encubrirte ignoras:
Honestamente enamoras,
Puesto que otra es la ocasion
Interès te hace bribon,
Que tus enredos concierta,
Andando de puerta en puerta
Desnudo, pobre, y sopon.

En tu fuego haces arder
(En tal guerra tales palmas)
Cuerpos, passiones, y almas;
Què mas hace Luzifer?
Pretendes ennoblecer
(Que vanidad tan inodorara
El fuego de tu mazmorra
Con que Chipre te engendrò,
Mas un costado te diò
Sodoma, y otro Gomorra.

Con caricia, ò con desden,
Fuego, ò nieve, y de mil modos
Almas abrasas de todos;
Mal fuego te abrase amen:
Y aunque arder todos te vèn
Distinto efecto consiguen,
Pues te aclaman, y persiguen;
Tu ardor anima, y desmaya,
Como fuego de atalaya;
Que unos huyen, otros siguen.

Quien arco, y flechas te quita
Tiene (Cupido) razon,
Daselas, que suyas son,
A un Moro, ò à un Troglodita:
Con interès se acredita
Tu poder, porque no dudo
Quando haces guerra desnudo,
Y estàn sin oro tus puntas,
Vence mas que todas juntas
Vn solo sencillo escudo.

No sè rapàz como entienda
Tus embustes, y mentiras;
Si vendado, como tiras?
Si ciego, para què venda?
A un ciego la mejor prenda
Es un perrillo por guia;
Vn baro hacerse podia
De tu inutil vallestòn,
De una saeta bordon;
De la aljava symphonia.

Que eres niño bien se vè
En tantas rapacerias;
Tus mudables niñerias
No te dexan guardar fè:
Puesto, que yo al cierto sè,
Que gozando el bien presente

En

En tu edad mas balbuciente
Quando llega el desengaño,
Eres caduco de un año,
Y te mueres de repente.
De todos aborrecido,
De todos lisonjeado,
En esperanza cansado,
Insufrible possëido:
Ya passado eres olvido,
Siempre te he visto tormento,
En ningun tiempo contento,
Porque tu ser mas constante
Es un succesivo instante,
Siglo de ar repentimiento.
Eres con alas armado
Ofendiendo en sombra fria,
Murcielago que huye el dia,
De bolsas raton alado,
En una jaula emplumado;
Como à bruxo te condena
La honestidad (justa pena!)
Que poco en esta ocasion
Defendiera agudo harpon
Contra obtusa berengena.
De los padres, que te hicieron
Tu nobleza se colige,
Hijo de una, ya lo dixe,
Hijo de unos; muchos fueron:
Los hijos te ennoblecieron:
Que no ay canalla enemiga
Que assi las almas persiga;
Si infiernos son, ò demonios,
Si Vulcanos, ò Erictonios,
Esso un zeloso lo diga.
No eres Dios, porque mortal:
No Heroe, pues sin virtud:
No Rey, en esclavitud:
No Hombre, si irracional:
No Bueno, pues obras mal:
No Pacifico, entre Elenas:
No Leal, entre Sirenas:
No Fuerte, pues tanto lloras:
No Docto, porque te ignoras:
No Sabio, pues te condenas.
O tu ser es invencion,
Que yo con gusto permito,
O ay processo en infinito
En tu vil generacion:
Con amorosa passion
Tus padres te han engendrado,
Ellos tambien se han formado
Con amor; luego en rigor
Todo tu ser es, Amor,
Disparate imaginado.

Sea, pues, Amor ente de razon, sea ente real, con alas nos le pintan, el efecto alomenos lo mostrò; porque se las diò à Lisandro tan ligeras, que como sombra me seguia, sin q̃ mis desdenes, y aun desprecios, fuessen bastantes à templar sus llamas. Vn dia, quando mas divertida, y à mi parecer segura, aunque sola, seguia à un Corzo, me hallè cercada de soldados salteadores, que (segun presumì) me avian espiado. Ganaronme las riendas, quise baxar del caballo, y el Capitan me dixo cortesmente le siguiesse. Alterada, y colerica de la traicion, probè à resistirme à tiẽpo que Lisandro, sin que yo supiesse q̃ me seguia, viendome en tal aprieto, diò de espuelas al caballo, y con un venablo cosiò en la tierra à uno de los mas atrevidos: yo herì à otro mortalmente, y hallandome libre, retirème à vèr la determinacion de Lisandro, si seria bien huir tantos enemigos, ò socorrerle. Quando el Capitan cõtrario acometiò à dessarretar mi caballo, hiriòle, y cõ mortales inquietudes en tierra desigual

diò

diò tales saltos, que me arrojò de la silla, y perdi el sentido, hasta la hora que le cobrè (ò Leon invicto!) en tus brazos. El riesgo de Lisandro me tiene cuidadosa, que los contrarios eran muchos, aunque valiẽtes; y viendome casi muerta, no volveria las espaldas sin tomar la possible vẽganza. Segun esso (respondi yo) mal hemos hecho en no salir à buscarle, y darle socorro. Parecióme tarde (respondiò) pero vamos. A este tiẽpo se oyò un ruido à la boca de la cueva, y que apartaban el peñasco, que la cerraba. Entonces Marsila encargandome que acudiesse cõ tiempo à socorrerla, si el peligro lo pedia, me dexò escondido, y ella sentose adonde avia quedado, triste, y dissimulada. Luego entrò el Capitan, y no pocos soldados, que traian atado à Lisandro con algunas heridas. Clavò en Marsila los ojos, y Marsila en el; creciò el dolor, renovaronse las penas. Diòle la doncella à entender las suyas, por ser causa de las que padecia. Respondiò Lisandro: Que por esso mismo dexabã de ser penas; lo qual oido por el Capitan, dixo: Aora del todo se ha cumplido mi contento; pues con tan ricos thesoros de hermosura, hice tãbien pressa en quien pudiera ser impedimento de gozarlos, libre de zelos; y volviendose à Lisandro, prosiguiò: Yo os harè colgar de un arbol, para que consigais entera dulzura en los ultimos trabajos, siendo tal la causa dellos. O cruel! (respondiò Marsila) como siendo una el alma podrà dividirnos la muerte? Phrenetico el barbaro, y arrebatado de un rabioso furor, respõdiò: A sus ojos te quitarè la honra, porque la muerte no le sea tan agradable, y luego una sepultura unirà los dos cuerpos: pues el alma es una. Nunca pierde la honra (replicò Marsila) quien la estima en mas que la vida, y vive acõpañada de fortaleza. Diciendo esto, y retrayendose un passo con presteza, flechò el arco, y disparò un passador, q̃ le atravesò el pecho. Este me pareciò tiempo oportuno, y aun forzoso. Sali de lo obscuro, acelerè la muerte al Capitan: acometi à los soldados, del espanto ya casi rendidos. Todos perdieron à mis manos las vidas; en los q̃ hallè fuera de la cueva hice mortal estrago, y pocos escaparon. Quando volvi, ya Lisandro estaba libre de las prisiones, y Marsila, atãdole las heridas, que no eran de peligro. Mostraronse agradecidos à tanto bien, y conocieron de quanta importancia es, que la muger en peligros de honra estè acõpañada de una fortaleza de Leon, que con ella nunca serà vencida de flaqueza cõtra la castidad. Desvalijamos los enemigos, cargaron de los mas ricos despojes, piezas, y joyas de gran valor dos caballos. Hice que se dieran los dos amãtes palabra, y mano de esposos: acompañèlos hasta dexarlos en salvo humildes, y agradecidos se despidieron de mi, y à pocos dias celebraron sus bodas con todas demõstraciones de alegria. Yo tomè el camino del mar por saber el sucesso de la nave, y fortuna de Crisaura. No

lexos de la ribera descubrì una manada de Focas, tendidas en la arena, durmiendo, y dando juntamẽte terribles mugidos, propriedad suya, si biẽ el sueño es profundissimo. No recelè acercarme, y hallè à Crisaura, y Pardalin atados con fuertes prisiones; desatelos contento, dando gracias al Cielo, y à ellos mil abrazos: señalarõme el vitulo traidor, y del sueño vital le hize passar al mortal sueño. Embestimos los tres al resto de enemigos, y todos meritamẽte perecierõ: no sè si despiertos nos fuera tã facil la victoria, por ser su piel casi invencible. Pero estos son los efectos del sueño demasiado: estos los defectos de gente descuidada en la guerra; quien tiene enemigos sea vigilante. Acabada esta batalla, tristes de la infeliz navegacion, y de la muerte de los compañeros; consolados empero por la vida que Marte nos guardò en tantos peligros, no quisimos dar mas pena al corazon con la que recibian los ojos à vista de tantos bienes perdidos; y caminando la tierra adentro nos emboscamos en unos montes asperos, intrincados, y llenos de sorda confusion.

APOLOGO XIX.

Castigo de la avaricia, y desprecio del dinero.

LOs montes Pyrineos, que dividen dos ilustres Reynos, España, y Francia, son celebres por las muchas, y abundãtes minas de oro, y plata, tanto, que un tiempo abrasados, sea con rayos del Cielo, sea por descuido de pastores, sudaron las hondas cabernas, fertilizando rios de oro sus esteriles pizarras. De aqui naciò persuadirse la antiguedad, que Pluton, Dios de las riquezas, tenia Palacio, y Corte en sus entrañas. Esta tierra nos pareciò à proposito para vivir libres del humano trato. Llegamos al centro de sus malezas buscando sitio conveniente al regalo de Crisaura, deseosos de hallar algun natural de la tierra, que nos informasse sus calidades, sus poblaciones, y Republicas: los campos estaban tan desiertos, y los ayres tan solos, que nos obligaban volver atras. Quando descubrimos un cerro, que descollaba entre los otros, asperos, y de senda dificil para llegar à su cumbre, coronada de un fuerte, y hermoso castillo, cuya entrada era una puerta pequeña, entonces bien cerrada. Por la falda de aquel monte descubrimos tambien grã numero de Camellos, con tan pesadas cargas de oro, y plata, que iban rebentando: tuvimos à maravilla no rendirse al grave peso. Comenzaron à subir por las torzidas vueltas, sacando fuerzas de flaqueza: nosotros determinamos seguir sus passos, mas impidiònos la execucion otra nueva gente fiera, y espantosa, que iba en su seguimiento, y alcance. Eran unas Serpientes abominables, llamadas Leviatanes, muchas, y terribles. Seguian à una muger vieja, y palida, tan flaca, que estaba en los hues-

huessos; tan ligera, que los pies juzgue alas: en sus manos una cruel guadaña. Quisieramos huir su vista y no fue possible; porque nos hallamos sin pensar cercados por todas partes. Desnudamos las armas, y dispuestos à la batalla, nos dixo el Capitan de aquella espantable caterva: En vano os defendeis de quien ofenderos no pretende; porque el Cielo no ha extendido la jurisdiccion de nuestro poder contra vosotros, antes si gustais ser testigos del Divino castigo, y locura humana, seguid nuestros passos. Con esto passaron adelante; y aunque la espantosa vision pudiera quitarnos la curiosidad, el natural valor, y deseo de saber nos llevò à lo alto, adonde los Camellos bien descuidados del perigro, que los amenazaba, y que debieran temer, pretendian entrar al castillo por la puerta angosta; mas erales impossible tã cargados: con todo esso porfiaban sin provecho. Llegò pues, la muger palida, y el esquadron de Leviatanes, cuya vista los atemorizò de modo, viendolos cerca de si, porque lexos nunca los juzgaron tan espantosos, que comenzaron à sudar, y affligirse, y pedir favor à tierra, y Cielo; mas no por esso dexaban las cargas. Bien es verdad, que algunos, despidiendo el nocivo peso, forcejaron à entrar por la puerta del castillo, y dexando en los umbrales las corcobas con no pequeño dolor, se salvaron: los demàs impedidos de su misma afliccion, se dexaron miserablemente despedazar, segados primero de la guadaña aguda, y luego sepultados en hambrientos estomagos de Leviatanes. Executado este justo castigo, los fieros agressores en un punto por hondas quiebras de la tierra se ocultaron à nuestros ojos, y quedamos admirando el no imaginado successo. Quisimos entrar al castillo, al parecer encantado; hallamos cerrada la puerta; y mirando por todas partes, vimos una blanca Paloma en la mas sublime almena de la torre del omenage, la qual nos dixo: No es dado à vosotros, ni los hados permiten, que llegueis à este sagrado lugar: mas porque entendais no ser casos fortuitos, ni encantos los que aveis visto, sino consejos altos del Cielo, yo os quiero descubrir algo de sus secretos. Dicho esto, baxò de un vuelo, y contò la guerra cruel de aves, y brutos, que he referido, la qual hasta la ocasion presente yo ignoraba, y prosiguiò, diciendo: Eran las minas causa destas discordias, de cuyo oro, y plata los Camellos, symbolo de los ricos del mundo, venian cargados: en su alcance la muerte, y Luzbel con sus ministros al excelso Alcazar, adonde perfectamente se halla todo contento, y descanso; mas la entrada es angosta, por la qual los Camellos, que dexaron la carga de riquezas, y deshicieron la corcoba, entraron: los que no tuvieron valor, ni prudẽcia para despreciar los bienes aparẽtes, perdieron los verdaderos, y fueron despedazados justamente de sus enemigos, y arrojados al profundo.

Entretenidos con la narracion de la Paloma, llegamos à las minas, y levantando los ojos vimos subir por los ayres un hombre armado en las uñas de una horrible ave, y que llegando cerca de las nubes, le dexò caer sobre agudas puntas de peñascos, adonde se hizo pedazos. Este es un avaro (dixo la Paloma) que por grangear riquezas de las minas, fue arrebatado, y muerto del monstruo, que las guarda, que es un Grypho; fiera espantosa de generacion de las aves, y gigante entre ellas, su cuerpo de Leon, su pico, y uñas de Aguila: el qual en tanto que los dos exercitos guerrean sobre la jurisdiccion en tantos thesoros, està apoderado de ellas, gozando el dominio, y usufructo; condicion propria de los Arimaspos, gente monocula cerca de los montes Hiperboreos, y Ripheos, con quien traen perpetua guerra. Aqui se me representò un vivo retrato de lo que cada dia passa en el mundo de los pleiteantes, que litigan, y de los Gryphos, que se quedan con todo.

Dispidiose de nosotros la Paloma, diciendo: Que los dos exercitos venian marchando à ocupar las minas; y pues el Cielo la daba paz, no queria buscar guerra; y assi se recogiò à un desierto palomar. Yo quedè ardiendo en ira de vèr aquel monstruo avariento, y rico de bienes agenos. Pedi licencia à Crisaura, y desafièle à campal batalla. Aceptò soberbio, y confiado, à tiempo que los contrarios esquadrones llegaron à vista de nosotros. Hicieron alto maravillados del fiero desafio; el intento del Grypho era clavarme las uñas en la espalda, y levantarme à las nubes para dexarme caer en puntas de agudas rocas: del modo que suele hacer este prodigio de naturaleza con Bueyes, y Caballos. Para poner en execucion su belico ardid, batiò las alas, que al Sol privaban de resplandor, y volando ligero à lo alto, se dexò caer sobre mi. Mas yo, que aun aparencia de cobarde aborrezco, no quise recebirle por las espaldas, sino volviendolas à la tierra, defendì el pecho con las armas, que naturaleza me diò; y quando el valiente Grypho quiso clavarme las uñas, con la boca hice pressa en un pie; porq no se levantasse à los ayres; y desta suerte impedido le di dos tales golpes en la cabeza, que aturdido se dexò caer en tierra. Entonces colerico le despedazè las uñas, y sepultè en lo concavo de una mina, para que tuviesse el gozo cumplido, rico en vida, y en muerte rico.

Concluido este desafio, las aves en parte se perdieron de animo, juzgando invencibles enemigos que vencer de nuevo: y los brutos le cobraron doblado, que tristes lloraban mi naufragio; porque hallando el navio solo, y tantos cuerpos muertos, cierta temian la comun desdicha. Vinieron los mas principales, echaronse à mis pies, pidieronme aceptasse el Reyno; de lo qual di mil gracias à Marte, no tanto por la corona, que me hontaba, y pudiera satisfacer la ambicion

cion mas insaciable, como porque mi esposa fuesse estimada, y servida conforme sus merecimientos, y mis deseos.

Antes de partirme con los Grandes, y Senadores à tomar possession del Reyno, quise vèr estas riquissimas minas. Entrè à la mas celebre, y descubri (no por encantos fabulosos, sino por ministerio imaginario de espiritus subterraneos, que insidiando a los vivientes se aposentan en minas, y cavernas de la tierra) descubri en un Palacio mui sumptuoso la Magestad del Oro, Emperador supremo. Estaba à su lado la Plata esposa suya, y Emperatriz. Las Margaritas los servian de meninas, y eran sus damas las Esmeraldas, Ametistas, Crisolicas, y Turquesas. Ayudas de Camara Agatas, Cornerinas, y Calcidonias. Los grandes, el primero, y maximo entre todos era el Diamante por su lustre, y nobleza; luego el Rubi, el Zaphiro, el Topacio, y el Jacinto. Algo despreciado, y lexos de la gracia del Principe estaba el Crystal por demasiadamente claro, facil, conversable, y transparente. En otros oficios menores le ocupaban corales, ambares, y jaspes; las piedras Bezohares eran sus Medicos de Camara, enfermero el Azogue, y Sumiller; y los demàs metales servian en diferentes exercicios, y oficinas. Salimos de Palacio, y entramos à la Ciudad, Corte deste gran Principe, por una hermosa calle, rica con las tiendas de todo trato, Plateros, y Mercaderes. Alli resplandecia el Oro de Dalmacia; bien que con sumission, y reconocimiento al de España; la Plata del Pirù; las piedras, y margaritas Orientales, aromas de Sabà, brocados de Epiro, telas de Milan, granas de Tiro, paños de Londres, tapizerias de Flandes, lienzos de Olanda, y Cambrai. El ambar, almizcle, y algalia de Lisboa: y toda la calle mayor, y puerta de Guadalajara de Madrid. En otra plaza como la desta Corte se remataba la calle, que hemos dicho, sumptuosa de edificios, rica de todos tratos, con algunos Palacios de Principes, y Ginoveses: en ella una gran casa de contratacion, lonja de mercaderes, bancos, y cambios. El un quadro desta plaza, ò milagro del mundo; silencio de las siete maravillas (que la octava puede hablar, y hablarà por las que fueron, y son) ocupaba un ilustre Palacio, que dominaba los demàs. Toda la fachada Mosaica, altas columnas de jaspe, balcones, y rejas de oro, con dos torres extremas, correspondientes à otras dos en forma de castillo: vidrieras de crystal, y pavimentos de porfido. Alli estaba la Naturaleza admirando al Arte, y el Arte, con vana emulacion se gloriaba presumiẽdo excederla. Avia muchos soldados de guardia, coches, caballos, y gente de todas calidades. Nadie nos impidiò el passo, y assi entramos a un gran patio conforme à lo exterior: y luego à una sala ricamente adornada de sillas, escritorios, bufetes, colgaduras, y demàs

menage lo mas precioso que el deseo pudo codiciar. Vltimamente llegamos à un hermoso salō, empedrado de agatas, y topacios. Las paredes cubiertas de brocados, y enfrente debaxo un dosèl, sobre admirable throno de rubies, y diamātes un soberbio Principe, Ceptro en la mano, Corona en la cabeza, cuyo nombre era *Dinero*, Rey aunque tan grande, vassallo del Oro; su Privado, y Presidēte de todo el gobierno politico, y Capitan general de sus exercitos. Rostro, y vestidos tan extraños, que apenas podiamos sossegar la vista en una forma, porque mudaba mas que el Africano, animal, q̄ se sustēta de viento; ya parecia de Oro, ya de Plata, ya de Cobre, ya de Alquimia, ya de Hierro, ya de Cacao, y ya de suelas de zapatos: monstruo en fin el mas horēdo que engendrò el humano ingenio. A sus pies estaban Ceptros, Coronas, Armas, y Libros: el Amor à pesar de su arco, y aljava: el Ingenio, à quien unas alas pretendian libertar de aquella tyranica esclavitud: pero en vano, porque con los dos pies le sujetaba, y en ello ponia su principal cuidado, y fuerzas: ayudabale tambien una gran piedra, que miserablemente le oprimia, piedra de Pobreza.

Retirados à un lado para vèr de espacio los prodigios, que alli se representaban, notamos la reverencia, y adoracion que le hacia el mundo: Reyes, Potentados, Caballeros, Labradores, y Plebeyos. Estos humillandose con reconocimiento à su grandeza; y los avaros idolatrando su magestad: los prodigos entraban, y salian con toda felicidad, presentes le despreciaban, ausentes se morian por èl; con sus leyes, y voluntad fundaba Reynos, edificaba Ciudades, juntaba exercitos, daba victorias, ceñia coronas; condenaba à muerte muchos Reyes, à otros ponia en prisiones, y jaulas como aves: à villanos vestia de nobles, à nobles de villanos: de cayados los labraba Ceptros, y de purpuras rusticos vestidos: el matrimonio, que èl aprobaba tenia aplauso, y efecto: casi todos los gustos, entretenimientos, honras, dignidades, gobiernos passaban por su mano. En medio desta grandeza, y acompañado de mil Principes, y poderosos del mūdo estaba el tyrano, quādo uno de aquellos, que con èl tenia gran cabida, gozaba sus favores, y mercedes, tocado de impulso soberano, desnudandose los vestidos, y vistiendole un saco de sayal (cosa admirable!) subiò las gradas del soberbio Throno; y asiēdo de un brazo al tyrano Dinero le arrojò al suelo, diciendole mil palabras de afrēta; y aviēdole puesto debaxo los pies, saliò glorioso de la sala, y Palacio: la admiraciō del Heroe valeroso, puso à todos venerable silencio, hōrandole como à hōbre divino: unos le besaba la ropa, otros le daban incessables loores; y algunos le imitarō en la misma acciō vistiēdose sacos, y hollādo su tyrania. Acudierō luego los codiciosos, y avaros

sir-

ſirvientes, y levataron al deſpreciado Dinero, volviendole à ſu Throno, y mageſtad; reparando ſolo en el luſtre exterior, no en el eſpiritu de tan loable hazaña. O virtud valiente, aun en los ojos de tus enemigos hermoſa! Dichoſo quien te ſigue, deſdichado quien ſe dexa engañar de las vanas, y aparentes riquezas del mundo: Tuyo, ò voluntaria pobreza! es de derecho el Reyno de los Cielos.

Salimos de aquella caverna eſpacioſa, remitiendo para tiempo mas oportuno las prodigioſas grandezas, que reſtaban por vèr, quando alegre ſon de caxas, y clarines alterò los vientos, y corazones de las aves. Retiraronſe cuidadoſas, y levantaron nuevas legiones, haciendo levas en toda la redondez de la tierra, mientras noſotros gozabamos la poſſeſsion de las minas. Mandè fortalecerlas con baſtantes defenſas, y poner la gente de guardia, que me pareciò neceſſaria, y luego marchar à un boſque umbroſo, junto al mar, el qual hice plaza de armas. Tratè pazes con las aves, no tuvo efecto mi pretenſion; y aſsi cada dia tocaban arma, yà falſa, yà verdadera, travando varias eſcaramuzas con mejoria de nueſtra parte. Reſolviòſe el Aguila aventurar ſu fortuna en el trance de una batalla. Paſſaronſe muchos dias juntando ſus fuerzas, en los quales yo, y Criſaura faliamos à coger el freſco de la marina, quando el Sol cerca del ocaſo alumbraba con rayos menos rigoroſos, y las ſombras de montes ſe deſpeñaban mayores. Sabido el robo de Criſaura, ò por mejor decir, nueſtra partida de Africa, el Tigre Pardal apreſtò un navio, y embarcò en èl docientos ſoldados eſcogidos de varias eſpecies de animales, que con buenas obras ganò à ſu ſervicio. Enviò eſpias à todo el mundo, y de ellas informado, aportò à la playa cercana del boſque, en que yo tenia mi Corte, y exercito: enſenoſe en una cala, que el mar hacia: tomò lengua de mis ſalidas, que el traidor Murcielago con todos ſe moſtraba leal. Avisòle una tarde, que yo intentè cierta empreſſa, y fue dàr caza al Aguila en un eſcollo, adonde me dixeron, que criaba ſus hijos. Enviè à Pardalin, que eſpiaſſe al ave de Jupiter, y entretanto yo con Criſaura, convidado de la ſoledad, ſabroſa ſalſa de Amor, gozaba ſus hermoſos ojos. Engañados, pues, de la apacible ſerenidad de la playa, que el mar de mil modos engaña, fuimos de improviſo ſalteados del Tigre, y ſu eſquadron, que deſembarcando lexos, nos ganaron las eſpaldas. Traian orden, que un Dragõ eſpantoſo me ciñeſe el cuerpo con ſu cola, y los demàs roballen à Criſaura, y llevandola al navio, el Dragon ſoltandome, ſe arrojaſſe à las aguas, que recogido en èl darian velas. Hicieronlo como ſu deſeo lo diſpuſo; mas al Dragõ faliòle incierto, porque yo impedido el cuerpo de ſu cola, con las manos libres prẽdì una, y otra quijada, de modo, que los dos quedamos preſſos denueſtras ar-

armas, à tiempo que una cruel tempeſtad ſe levantò al caer la noche, y en eſtos abrazos eſperabamos los de la muerte, que Cielo, tierra, y mar nos amenazaban; cuyo efecto no ſe ſiguiò, por ſer de mi tan deſſeado, quanto grande el ſentimiento de conſiderar à Criſaura en brazos de mi enemigo. En eſte grave peligro Pardalin, à quien las tinieblas fueron grillos, mas que la borraſca, al primer crepuſculo de la Aurora ſaliò à buſcarme. Hallòme quando fortuna quiſo privarme de eſperanza; porque à ſus ojos me ſorbiò el mar. Saltò temerario, ſi leal en un barquillo, arrojado entre la eſpumoſa regoba: ſoplòle el viento à la playa deſte Reyno, y luego yo quedè medio vivo, ſepultado à ſus pies en las arenas, vomitado del mar; que à un deſdichado aun el mar no le conſiente en ſu eſtomago. Al fin, por merced del piadoſo Cielo puedo decir, que renacirè à nueva vida, à peſar del Dragon, de las aguas, y de la fortuna.

Aqui puſo fin Auricrino à ſu hiſtoria, y el Lebrel reparò, como eſtudioſo, en el corazon del Apologo, y aſsi dixo: Mucho me admiran, noble Auricrino, los varios caſos que os han ſucedido; pero con mas razon admiro en todos ellos, que el Cielo parece quiſo enſeñar à los mortales el camino de la virtud, ocultando utiles preceptos en dulces hiſtorias. Y diſcurriendo brevemente por ellas, me parece, que el Tigre Pardal ſignifica al mundo, cuyos hermoſos colores, cuya fragrancia engañan à los hombres que le ſiguen, atraidos dulcemente, y deſpues quedan à ſus manos muertos. Pretende el Tigre caſarſe con la Leona Criſaura, eſto es, el mundo con la honra virtuoſa, y eſtimacion popular: ſus deudos, y allegados lo tienen por bien, y dicen, que para en uno ſon los dos; y que los que ſiguen ſus obras ſolo merecen honra; mas los virtuoſos, que huyen el mundo, paſſan una vida (ò inſenſatos los que tal pienſan!) que mas parece inſania, y ſu fin ſin honor: el Leon, el hombre fuerte de valor, y virtud, ſe aparta del mundo, y llevaſe la verdadera honra, no obſtante, que la roba por algun tiempo el Pardal: y al fin el virtuoſo ſe queda con ella; como vos Auricrino os caſareis (permitiralo el Cielo) con Criſaura. En lo reſtante de la hiſtoria, no poco ſe ha deſcubierto de ſu moralidad; por ſer tarde no me dilato en ella; que ya la noche nos obliga à ſilencio. Luego por la mañana llamaron à la puerta quatro Senadores, que de parte del Senado pidieron al Leon, pues venia acompañado del Deſengaño, ſe ſirvieſſe gobernar ſu Republica. Eſcuſoſe agradecido; pero con ſu licencia ſe ofreciò à reformarla, eſtableciendo algunas buenas leyes, y para eſto dàr publica Audiencia. Admitieron los zeloſos Senadores eſta merced, y acompañaronle con ciertos Ciudadanos à la plaza donde eſperava la reſpueſta el Principe de aquella Republica, un Elefante anciano, grave, y prudente.

te, acompañado de muchos Ministros de justicia, Gryphos, Raposas, Ossos, Lobos, Gatos monteses, y domesticos: si bien entre gente tan ruin se hallaba alguna buena, cuyo consejo, y virtud tenia en pie aquel Reyno, aunque amenazando ruina lamentable.

APOLOGO XX.

Audiencia general, y justicia en la Republica del mundo al revès.

ACompañado de lo mas ilustre, que autorizaba aquella Republica del mundo al revès, entrò el generoso Leon al publico Consistorio: sentòse en vn alto throno con su dosèl, à la diestra el Desengaño por assessor, à la siniestra el Elefante, y comenzose la general Audiencia. En primer lugar salieron à juizio algunos Cuervos cortadas las alas, y entre ellos una Aguila con grillos, y dixo el Relator: Esta Aguila de sangre Real, siendo pequeña, en cõpañia de los demàs Aguiluchos sus hermanos, examinada por sus nobles padres à los rayos del Sol, descubriò tanta flaqueza, y ojos tan cobardes, que no se atreviendo à mirarle con vista intrepida, y vigorosa, fue expelida del nido, como indigna de su nombre, y blason; y los demàs hermanos Pollos, reconocidos hijos legitimos. Aprobaron el paterno rigor los efectos, que como en la vista degenera, tambien en las obras; pues no pretendiò con ellas obligar à sus padres; no con lagrimas, y ruegos implorò misericordia, ni pidiò socorro al valiente Neblì, al Sacre, ò Girifalte; antes olvidando su ilustre prosapia, y obligaciones à tan generosa estirpe, hizo assiento, compañia, y alianza con un esquadron de viles Cuervos, robando, y executando injustas muertes, y sacãdo los ojos cruel, no solo à extraños, sino à sus mismos padres, viejos impedidos; justo castigo, si huviera criado tales hijos; y ultimamente, cebandose en cuerpos muertos, bien assi como barbaros Caribes, ò Antropophagos, fue pressa con estos Cuervos sus camaradas, y aora alega la nobleza de su linage, para que no la igualen à ellos, como gente villana en el castigo. Pronunciò sentencia el Leon: Los hombres baxos facinerosos sean castigados con Pena de muerte; y los nobles, que los imitan, con muerte mas ignominiosa, como obligados à preciarse hijos de sus obras, mas que de su antigoa sangre, la qual no incurra noto de afrẽta; y por tanto los Cuervos mueran en una horca, y la Aguila de la misma manera, aviendo sido primero arrastrada, y despues hecha quartos se ponga en los caminos, haciendo plato della à los Cuervos, porque goze en muerte la infame compañia que amò en vida.

Sacaron de los Estados esta canalla, y prosiguiò el Relator: Aqui se presenta una llorosa Vid, matrona venerable, la qual se querella de un Podador, hombre cruel, porque

todos los años tyranicamente en pago del fruto, que le ofrece, la acuchilla, y podia con rigor sus hermosos, y fertiles sarmientos, dexandola informe tronco, heridas tan dolorosas, que de las lagrimas, que vierte por muchos dias, se suelen llenar redomas enteras; como son testigos, si lo quieren confessar, las solicitas mugeres, que para los afeites de sus rostros, si ya no es de piedad, las recogen. Quexase de su ingratitud, y pide justicia. Respondiò el Juez: Este pleito no es deste Tribunal, porque los hombres no son de nuestra jurisdiccion; si bien solemos castigar sus insolencias, aqui ninguna se halla; por tanto el Podador quede libre, y sin costas; y la Vid se consuele, que en esta vida no ay fruto de buenas obras, sin heridas, y lagrimas de penitencia.

Saliò de la Sala llorosa, aunque consolada la Vid, y parecieron un Lobo con prisiones, y una Raposa, que le acusaba. Hizo relacion del pleito un Grypho de tarda pluma, y presta uña, diciendo: La Raposa se querella deste Lobo; porque quiso darla muerte, y lo executara, si dos Alguaziles, que à sus quexas acudieron, no impidieran: estos le prendieron, y averiguada la causa, passò desta suerte: Algunas Gallinas despues de comer subieron à conversacion sobre unas bardas de su gallinero; passò por alli esta Raposa, y viendo las paredes mas altas que su ligereza, saludòlas cortès; ellas respondieron con la misma cortesia, y aviendose comunicado sus saludes, astutamente las quiso persuadir baxassen, y se sirviessen de acompañarla à su casa, porque deseaba regalarlas, cumpliendo obligaciones: ellas volvieron muchas gracias por la buena voluntad, y se reconocieron de nuevo obligadas à servirla; pero no admitieron la merced, escusandose, que no podian sin licencia del dueño, que las criaba en todo regalo. Culpaba su simplicidad la Raposa, porque tenian fè à quien las engordaba para su mesa. Ya nacimos cõ esta estrella, respondieron las cuerdas Gallinas; nuestra sabiduria no es tanta, que pueda dominar sobre sus influencias; y assi bien podeis, señora, seguir vuestro camino, y gozar los regalos, que nos prometeis; que aqui los damos por recibidos. No pretendo (replicò la Raposa) violentar vuestro gusto, pero si me dais la mano subirè allà, y passarè este dia en vuestra casa, porque me siento algo indispuesta, y temo que me coja la noche antes de llegar à mi posada, y me haga mal el sereno. En vano os cansais (respondieron las Gallinas) porque nunca haceis buen hospedage: Amigos teneis adonde albergaros; y sino hospitales ay; que no es nuevo, à vuelta de dolientes corderos, hospedarse astutas Raposas. Oyendo tan triste resolucion, comenzò à fingir bascas, y pedir favor, y ultimamente se dexò caer como muerta. Algunas Gallinas compassivas quisierõ arrojarse para ayudarla à biẽ morir; pero otras ancia-

nas

nas las detuvieron, y aconsejaron no se pusiessen en tal peligro, escarmẽtadas de sus engaños. En semejante contienda estaban, quando este Lobo hambriento, y melancolico salia al campo à buscar su vida, y tropezando con ella la echò el diente, à tiempo que las Gallinas le pedian la diesse de limosna sepultura. Ella entonces resucitando, y hallandose en los umbrales de la muerte, daba voces pidiendo libertad. Llegòse gente al ruido, prendieron al Lobo como à zorricida: ella viene manca, quexandose de un colmillo, que la atravesò, pide justicia, y costas. Sentenciò Auricrino: El Lobo quede libre, y le sea entregada la Raposa; para que se la coma muerta, ò viva, como ella escogiere, por ser justo que el hombre que engaña, muera à manos de su mismo engaño: principalmente que no ay aqui porque presumir malicia en el Lobo, y quando la huviera.

Iudice me fraus est concessa, repellere fraudem.

Pareciò luego el Alheli marchito, y triste, acompañado de otras flores, y la Abeja, à quien acusaban ladrona publica, porque violentamente las despojaba de su dulzura, y flor, causa de quedar marchitas, y sin hermosura. A lo qual respondiò la Abeja; ser verdadero el motivo de su prision, y que en voz de todas las Abejas protestaba no emendarse de tal delito: porque las flores era gente inutil, solamente preciada, y cuidadosa de su hermosura, tan breve, que para encarecer hyperbolicamente la cortedad de la vida humana, se compara à la flor. Y si nosotras (prosiguiò la Abeja) hurtamos el lustre, que las hermosea, es anticipar su fealdad un dia, y el provecho, que de nuestras obras se sigue, grande: porque la miel es dulce regalo de la naturaleza, sazona los manjares, confecciona las medicinas à los enfermos. Nuestra cera es agradable, quanto ilustre, y provechoso tributo al culto Divino. Nuestro exercicio, prudente exemplo à todas las Republicas del mundo. No obstante este descargo, pedia à voces justicia el Alheli; y la sentencia del Juez fue esta: Que se quiten à las mugeres algunas galas superfluas, aunque mas lloren su perdida, y ornato, pues son flores inutiles para el fruto, que se pretende, y se apliquen à los pobres, y culto religioso. Por tanto las Abejas prosigan tan exemplar, y admirable trabajo, aunque las flores queden feas, y sin vida en la demanda.

Salieron luego aprissionados quatro pressos, y el Relator dixo assi: El Conejo, y el Junquillo de una parte; y por otra el Lagarto, y Ortiga parecen ante vuestra Alteza, como delinquentes contra la paz, y publico sossiego: porque oy salieron al campo desafiados; anduvieron à las puñadas, y empeñaron à todas las demàs fieras, y plantas vecinas, à una guerra civil, tanto, que si no acudiera con diligencia

una

una Compañia, que estaba de guardia en el Palacio del Elefante mi señor, se pudieran seguir mayores males. El caso passò desta manera. Por las verdes celosias de un hermoso jardin sacò la cabeza este Lagarto en compañia desta Ortiga, y conversando en buena amistad, llegaron à tratar del agradable sitio, que gozaban, bello por el cuidado de la continua cultura. Engrandecian su naturaleza, y patria, pareciendoles Ciudad, y Corte, respecto de los demas campos incultos, que juzgaban aldeas, y sus vecinos villanos sin gobierno, y policia. Hallaronse cerca, aunque fuera del jardin, este Consejo, y Junquillos; à los quales despreciaron los soberbios Lagarto, y Ortiga, como à gente ruda, indigna de tan noble habitacion; sacando de la patria grandezas de honra, y nobleza. El Conejo, y Junquillo quisieran responder cõ risa à su loca vanidad; mas irritarõ los de modo, que juzgando sus enemigos por incapazes aun de ser injuriados, maldecian al jardin, que tales bestezuelas, y plantas hospedaba. El Lagarto, y Ortiga respondieron desvergonzadamente; y de las palabras resultò llegar à las manos, y travarse una escaramuza entre los aliados de las dos partes, jugando dientes, y uñas con tal brio, que muchos quedaron muertos en el campo, y otros mal heridos. Concurrieron tantos buenos à poner paz, y tantos Ministros de justicia, que unos de los culpados huyeron, à otros aprissionaron; entre los quales son los quatro presentes origen del popular alboroto. Oìda la acusacion, se diò esta sentencia: Ninguno sea tan necio, que presuma, que la patria por ser Ciudad, ò ser Corte, dà valor, y nobleza à quien no la tiene por sus obras; y queden calificados impertinentes los que protervos disputan de la bondad de su patria, apocando las demas: flaqueza propria de estudiantes en las Universidades: *Omne solum forti patria est.* Item, que ninguno tenga en menos el Jardin, Religion, ò Comunidad adonde huviere alguna Ortiga, ò Lagarto: ni piense que en el siglo no puede aver genre de bondad, como el simple Conejo, y oloroso Junquillo, bien que entre lagunas, y pantanos: porque adonde ay mucho bueno, suele aver algo malo; y adonde ay mucho malo, mucho bueno. Por tanto Conejo, y Junquillo, como provocados, vayan libres: Lagarto, y Ortiga paguen su soberbia con las vidas.

Presentòse una Liebre pidiendo remedio en sus trabajos, y dixo: En nombre de toda mi generacion (Señor poderoso) os pido, y suplico tengais compassion de nuestra miseria. Siempre vivimos perseguidas, siempre con sobresalto, mal opinadas de timidas, y cobardes, por los què no consideran los manifiestos riesgos, en que vivimos, buscadas continuamente de esquadrones formados de perros, y hombres. Y si esto fuera para una moderada esclavitud, tolerable desdicha! pero solo pretenden satisfacer su glotoneria,

ha-

haciendo facrificio de nueftras carnes à fus eftomagos, que veneran idolos; aviendolos criado el Cielo rectos para fi, no pronos como los demàs animales fujetos à fus vientres. Concedednos, Señor, algunas armas para defender nueftra flaqueza, y vengar tantos agravios. Efta mañana una Vivora, y yo eftabamos en converfacion, ella confolada en la vileza de fu fer, y en las armas, que tenia, por quien era temida: yo lamentando mi defventura, y pufilanimidad enorme. Dichofas mil veces las Vivoras; que fi abominable generacion, vive fegura! A efte tiempo vinieron unos cazadores, y efcapè cobarde fu rigor, encomendandome à los pies; confolada empero, que la Vivora tomaria venganza de tã crueles affaltos. Dicho efto, traxeron à juicio la Vivora de quien hablaba en una redoma, y un ruftico, del qual pedia jufticia la captiva beftezuela; porque pretendia darla muerte, para hacer triaca contra fu veneno. Oìdas eftas querellas, dixo el Leon: Ninguno vive contento con fu fuerte: el pobre defarmado tiene por defdicha huir los enemigos, que le cercan. Los malos confian en las armas de fus maldades, flacas; como la experiencia enfeña, y vemos claramẽte en efte fuceffo, que la naturaleza provida diò à todos los animales lo que conviene para fu confervacion. Efta Liebre timida, y defarmada fe librò de la muerte, y efta cruel Vivora fuè preffa, fiẽdo de los dos uno el peligro. Confuelefe, pues, la Liebre, que mas la importa fu ligereza, y temor, que à la Vivora fu veneno y audacia: pues una queda libre, y la otra condenada à muerte; porque en fu carne eftà el remedio de la põzoña, que derrama: como tambien los malos con el exemplo de fu caftigo remedian pecados, à que diò ocafion fu perniciofo efcandalo.

Parecieron en juicio un Nogal, y una Macolla de trigo, y dixo el Relator: Eftos dos litigantes eran vecinos; y el Nogal foberbio con el robufto tronco, y ramas efpaciofas veftidas de hojas, y de nuezes, tyranizaba la huerta donde vivia, comiendo la mas pingue fuftancia de la tierra, y bebiendo cafi toda el agua, q̃ ofrecia la cercana noria. Demas defto affombrando por largo fitio las vecinas plantas, avia fembrado debaxo fu copa el dueño alguna cãtidad de trigo y por la mala vecindad de perfona tã poderofa, y por fu tyranica opreſsion medraba poco; al fin con la cultura del codiciofo Labrador, llegò à fazonarfe, y dàr medianas mueftras de cofecha. El trigo mas propinquo eftaba menos medrado, y por efto trifte; aunque no fe atrevia à quexar, viendofe à los pies de aquel rico foberbio. Vn dia eftaban llorando fus trabajos unas efpigas con otras; y murmurando entre dientes al mal vecino, caufa de fu poca medra. No fuè tan fecreta efta murmuracion; que no la alcãzaffe à entreoir el Nogal: enfadòfe de los vecinos menudos, y dixoles algunas libertades, mezcladas con amenazas. Las efpigas ref-

respondieron humildes: pero dieronle à entender, que no tenia razon en injuriarlas, y despreciarlas; porque si èl se jactaba rico, y noble, ellas podian competir, y vencer en nobleza à todas las plantas de la tierra. Apenas pudo el colerico, y soberbio Nogal escuchar estas razones, y ayudandose del furioso Abrego disparò una roziada de nuezes con tal pujanza, y espesura, como si algun tercio de mosqueteros las arrojara. En un momento, descompuso sus hermosas cabezas, esparciò sus cabellos, y granos de oro, y quebrandole los huessos dexò tendidas en el campo, unas muertas, otras mal heridas. Esta sola Macolla escapò de la cruel venganza, dexando las demas en confusos lamentos llorando sus desdichas; y se querella del Nogal presente, que para traele presso fuè menester una Compañia de soldados. Fue la sentencia: El poder soberbio, y fuerzas corporales no dàn verdadera nobleza, que consisten en virtud del animo, y esta no puede ser oprimida, aunque lo sea el cuerpo; el qual afrentado en carceles, y prisiones, y dado por vil en el Tribunal diabolico, y barbaro del Duelo, acrysola el valor, y constancia no sujeta à inclemencias del tiempo, defendida con fuerzas del libre alvedrio, Rey soberano en todas estas tyranicas opresiones. Viva, pues, contento el humilde, que en su aniquilacion està su grandeza. Por tanto fallamos, que debemos condenar al Nogal soberbio, con toda la vanidad de sus ramas, hojas, y fruto, à ser desarraigado de la tierra: y al Trigo declaramos planta nobilissima, digna de imperial corona, entre quantas dieron lustre al Parayso; en cuyo pan vinculò el Amor Divino sus mayores thesoros.

Entregaron el Nogal à los muchachos, despojaronle de las nuezes, y descompusieron la vana pompa de sus ramas. Presentòse un Colmenero, el qual acusaba à una Raposa aprissionada, y se querellò assi: Yo, señor, pacificamente posseia algunas posadas de colmenas, gozãdo el tributo, que ofrecian devido à mi cuidado en sus necessidades, edificando casas, y proveyendolas de sustento en los aprietos, y carestias de su Republica. Esta Raposa inclinada siempre à engaños, y ofensas, aun de quien no espera provecho, ni ha recibido injuria, convocando en uno mis enxambres, yo ausente, las persuadiò apellidassen libertad, y dexassen las antiguas posadas, pues servian à un extraño dueño; el qual (prosiguiò) castra las colmenas con tal rigor que apenas os dexa el necessario sustento, aprovechandose de vuestros fecundos panales, y enriqueciendo con la venta de su miel, y cera. Adonde està la prudencia, en quien se miran como en espejo los mas sabios Reyes del mundo? Adonde vuestro consejo, y razon de estado? Adonde vuestra industria? No os faltan armas para acometer, ni alas para retiraos; el Cielo os hizo libres, no admitais voluntaria esclavitud.

Ven-

Vencidas destas, y otras semejantes razones las mal aconsejadas Abejas, dexaron sus antiguos domicilios, y esparcidas por incultos campos, unas labraban en huecos robres, otras en altas rocas, con poca commodidad de sustento. Los Ossos sintieron gravemente este rebelion, y esforzaron sus diligencias en persuadirlas lo contrario, pero admitieron sus consejos: antes teniendolos por sospechosos, se confirmaron en su parecer. Llegò el Invierno, cuyos rigores reduxeron à tanta miseria los pobres, y mal bastecidos enxambres, que se siguiò una infeliz mortandad. Passada esta plaga, y venido el tiempo de castrar las colmenas, como no estuviessen tan escondidas, que no las huviessen espiado pastores, y gente del campo, sin piedad las robaron sus pocos panales, y dexaron sin sustento, y generacion para el siguiente Invierno. Tantos trabajos al fin las abrieron los ojos, y conocieron su error: volvierõ se à juntar, y humildes se postraron à mis pies con lagrimas, y dolorosas quexas, pidiendo perdon, y que las admitiesse en mi gracia; restituyendolas à sus antiguas posadas, y colmenas. Hizelo assi: contaronme la causa de su rebelion, y los malos consejos de la Raposa; à la qual hice prender, y traer ante vuestra Alteza, para que castigue sus escandalosos engaños, en perjuizio del comun provecho. Oida esta acusacion, dixo el Juez: Muchos hombres ay en las Republicas amigos de novedades, y enemigos de la paz: constituyen su gozo en los agenos pesares, calamidades, è inquietudes, y en orden à esto maliciosamente aconsejan; Raposas en fin traidoras. Otros ay, que si dan buenos consejos, mas atienden su provecho que al del proximo, como se manifiesta en el que dieron los Ossos. Mas los prudentes deben pedir consejo à los que lo son, à las expertas canas, al tiempo, y circunstancias; mirar el fin, elegir medios los mas proporcionados; comparar el tiempo passado con el presente, futuro, sino quiere caer en mil defectos, y trabajos, como aconteciò à las Abejas: si bien de prudencia, gobierno, y politica. Que los mas excelentes en estas calidades, si desprecian la luz del buen consejo, se hallan en tinieblas de confusion. Por tanto condeno la Raposa à docientos azotes, y perpetuo destierro destos Reynos.

Siguiòse un Lebrel, y haciendo profunda reverencia, dixo: Por corresponder à mi natural agradecimiento, favoreciendome de los servicios, que en la caza de monteria tengo hechos al Elefante mi señor, os pido (noble Leon) para un amigo remedio, ò por lo menos consejo en su baxa inclinacion. En varias ocasiones, que he fatigado los vecinos bosques, he tenido mui peligrosas batallas con Ossos, y Javalies, de las quales he salido victorioso, ya rẽdidos los cõtrarios à mis

pies,

pies, ya salvandose vergonzosamẽte en los suyos. Vn Osso valiente, pero de viles pensamientos, que yo provoquè à singular batalla, viendose casi vencido, se salvò huyendo por las espesuras de intrincados xarales; y estimulado a la venganza por el perdido honor, propuso con mi muerte satisfacer a la opinion del vulgo: intentòla con todas veras, ya por armas en gabilla, ya por traicion. Vn dia, que yo cansado de la caza, y lexos de los monteros me recostè a la sombra de una enzina, y me rendi al sueño, hallòme mi enemigo; y quando quiso echarme un lazo al cuello atado à una gran piedra, para hacerme passar del sueño natural al de la muerte; un Puerco piadoso, que acaso se hallò cerca, gozando el fruto de la enzina, me despertò, y obliguè al Osso, sin esperar mi furor, emboscarse en la vecina selva. Yo agradecido à la merced del cerdoso animal, quisiera cõ igual beneficio pagar el que de su mano avia recibido, si alguno se puede igualar à la vida. En orden à esto le pedi se sirviesse de mi casa, donde queria regalarle, sacandole de los cenagales dõde se revolcaba. Aceptò mi oferta, llevèle cõmigo, mandè aderezar una sala con su cama de ropa limpia, hicele mi compañero en el trato, y mesa, regalandole con todos los manjares, que su apetito proponia, y mi solicitud hallaba. Passaron algunos dias, en los quales, triste, y melancolico, se puso (como dicen) en los huessos: yo cuidando, que alguna enfermedad le aquexaba, roguèle me hablàra con claridad, y èl importunado de mis ruegos, me dixo: No entendais, amigo Lebrel, que es defecto en mi agradecimiento lo que os quiero decir; estrella rigorosa me obliga, y parece, que me arrastra. Vuestros regalos me enflaquecen; vuestra limpia habitacion me desassossiega, y vuestra cama blanda me descoyũta: ni yo naci para estos regalos; ni ellos lo son para mi, sino tormẽtos. En el campo naci, ò en alguna zahurda; entre cieno me criè, yerba, y bellota me sustentaron: quedaos en buen hora, si estimais mi vida. No quise violentar mas su inclinacion, dexèle ir, y yo vine à pedir à vuestra Alteza, como reformador desta Republica, me dè algun remedio para mudar tan soez, y vil natural en mejor fortuna. Respondiò el Leõ: No son margaritas para puercos. Quien se dexa llevar de vida sucia, y picaril, la tiene por la mejor del mundo. El bodegon le parece mesa de estado; la solana del muladar, galeria de Sol sobre hermoso jardin. El duro suelo, que cubre un portal de plaza, rica cama de campo; la morcilla de vaca capon de leche: y el desaliño del roto vestido merced de naturaleza: esta no se puede mudar; las acciones habituadas es dificil. Por tanto el puerco se quede para puerco; pues en serlo consiste su gusto, y felicidad. No menos dificultoso, y cuesta arriba es el transito de la vida urbana à la rustica, de la politica à la picaril; como lo es la conversion de elemẽ-

tos

tos dissymbolos, mas que la de los que symbolizan. Mal os pudierades reducir (Cortesano Lebrel) al modo, y vida de vuestro amigo. Semejante experiencia, en quanto la mudanza de inclinaciones, es la que cuenta el otro Poeta, que hizo Philipo Orador rico, y principal, volviendo de los negocios forenses à su casa, oprimido de cuidados, y molestias. Viò sentado à la sombra, gustoso, y descuidado, segun coligiò de su ocupacion, à Vulteyo Mena, hombre, que se sustentaba en Roma de su moderado trabajo, contentandose con pocos, y virtuosos amigos, habito decente, y mesa templada; y que dando el tiempo conveniente à las ganancias, reservaba parte para honesta recreacion del campo. Convidòle Philipo à comer algunas veces con envidia, ò curiosidad, y un dia despues de mesa, quando ya le viò sin el encogimiento, que la pobreza suele ocasionar en casa de un poderoso, le dixo: Que por el amor, que avia cobrado à sus buenas partes le deseaba adelantar, y assi le daba graciosamente quinientos ducados para comprar un campo, y labrarle; y con otros tantos, que le prestaba, podia tambien tratar en ganado. Agradeciòlo, y metiòse à labrador, y ganadero. Passados algunos meses en estos exercicios, la tierra mintiò à su esperanza: hurtaronle las Ovejas: murieronsele las Cabras: ni tenia una hora de descanso; ni comia con gusto; ni daba lugar al forzoso sueño. Impaciente se levantò à media noche de la cama, y subiendo en un Caballo, amaneciò à las puertas de Philipo: el qual como le viò tosco, intonso, y sucio: Bien se echa de vèr Vulteyo (le dixo) tu trabajo, y solicitud en la cultura. El hombre mas desdichado soi (respondiò) que tiene el mundo: por Dios te ruego, que me quites esta carga intolerable; y sino deseas que muera en la demanda, *Vita me redde priori*, vuelveme el descanso, y felicidad, que me has robado con tus dones. Y concluye el Autor, que conviene medirse cada uno con su inclinacion, y estado: principalmente aviendo eligido el que es honesto, y deleitable:

Metiri se quemque suo modulo, ac pede verum est.

APOLOGO XXI.

Prosiguese la audiencia, y reformacion.

DAba audiencia el prudẽte Leõ con aplauso, y aprobacion del pueblo, que assistia, quando un numeroso esquadron de Mariposas, que traìan en medio una quemadas las alas, encubriò la luz al Sol, y las paredes al consistorio. Atrevianse al Throno Real, y aũ al mismo Juez susurrando lastimosas quexas. Alborotòse el Senado, pusose en pie Auricrino, y mandòlas enojado callar sopena de muerte. Obedecieron, y dixo el Relator: Esta es una gente insufrible, que à pesar de los Porteros ha entrado, Señor, à vuestra presencia. La Mariposa, que traen

traen sus cõpañeras quemadas las alas, es una envidiosa, como todas las demas; la qual saliendo al campo en las tinieblas de la noche, viò desde lexos entre verdes matas una hermosa luz: quanto mas se acercaba, mas bella le parecia, y que apostaba con las estrellas del Firmamẽto. Llegò al fin, y viò un gusanito resplandeciente, q̃ llaman Luciernaga, cuya luz abrasaba en llamas de envidia el pecho dè la Mariposa. Convocò algunos Buhos, Lechuzas, y Murcielagos, que por alli passaban, y comenzòlos à incitar contra su resplandor. Porquè (decia) este vil gusanillo nacido del polvo ha de tener tanto lustre, y hermosura? Miren, aora, que animal de noble sangre, famoso por sus hazañas, y valor. Los pobres metanse debaxo de la tierra, y no pretendan lucir delante de gente principal, y pues su atrevimiento es tan grande, justo es que le quitemos la vida, y sepultemos su claridad en tinieblas. Què nos importa (respondieron las aves nocturnas) hermana Mariposa, que esse gusanillo resplandezca, ò dexe de resplandecer? El vive pobre, humilde, y sin hacer mal à nadie. Su luz no ofende nuestros ojos. Si Dios le diò essa gracia, San Pedro se la bendiga. Dicho esto, alzaron el vuelo, y dexaron corrida à la Mariposa, y con mayor envidia. Como este lance le saliò vano, solicitò algunos Perros, y Caballos, que cerca estaban, contra su claridad, mas ellos respondieron lo mismo; y sacaron motivos de alabar al Criador universal de vèr tal belleza eñ cuerpo tan pequeño. No satisfecha con esto la Mariposa, à vozes publicaba mil mentiras contra el gusanillo hermoso, y en todas ocasiones murmuraba su claridad. Viendo, pues, que solamente sus iguales aprobaban, tan apassionado parecer, se determinò darle muerte. Acometiò alevosamente al humilde gusanillo, despedazòle entre los brazos, y quando se persuadiò que le dexaba envuelto en mortales sombras, viò que muerto daba luz. Algun tanto reconocida la Mariposa, si bien no con el debido arrepentimiento, dixo en alta voz. O fuerza de la virtud! ò fuerza de la envidia! Aquella aun en tinieblas de muerte resplandece; y esta aun en la luz de vida muere obscura. Partiòse de alli la envidiosa avezilla, y entrando en un aposento, viò una vela encendida, cuyo fuego de nuevo la abrasaba el corazon en envidia de tanto resplãdor. No tuvo paciencia para consultas, y assi acometiò confiada à darla muerte: pero la desdichada, abrasandose alas, y pies, cayò en tierra casi muerta. Diò voces, pidiò socorro, acudieron à sus quexas otras Mariposas, sacaronla en hombros publicòse el desastre; conjuròse la Mariposina generacion para la venganza, y por esto vienen à pedir justicia contra quantas luzes viven en esta Republica. O envidia! dixo el Leon: Enemigo inseparable de la virtud, sombra de su luz en cuerpos terrestres, y humo que se desvanece en el ayre, quando el fuego del todo

se

se enciende. Quien desea ser dichoso no la tema; que solamente la miseria carece de envidia. Echad fuera essas viles Mariposas, cuya culpa viene, como siempre, acompañada de soberbia, y en estas, ò comenzò, ò se desvocò desde que Luciano, aquel docto Griego Apologista, las hizo cuidado de los Dioses en su gravissimo Senado, quando divididos en pareceres votaban los colores de sus alas, y entretanto esperaba audiencia la Virtud con toda su Magestad; de donde ellas infieren nobleza, executoriada en la Celestial Chancilleria: y la importancia, y consequencia de sus personas, pues de tanta fueron à los Dioses sus colores. Vayan la puerta fuera, que tantos verdugos tendràn su pecado, quantos fueren los que loaren la Virtud: y ningun castigo como la envidia de si misma, ni enemigo mas cruel. Quema, y despedaza al corazon, que le engendra; y el dueño consigue efecto contrario, pues infamandose dà gloria al envidiado.

Sucedieron un enxambre de Abejas, y una tropa de Abispas, y todas susurrando colericas unas contra otras, pedian justicia, y se acusaban. Mandòlas el Rey callar; y hablò una de las Abejas: Señor, estas viles Abispas, formando un exercito se atrevieron sitiar nuestras posadas, y assaltar nuestras colmenas, castillos bien cerrados, y aora no mal defendidos; su malicia sola ocasionò tan injusta guerra. Vuestra tyrania, dirèis con mas razon, respondiò una Abispa: Nosotras (Leon invicto) somos de su generacion, y especie, el mas ilustre linage de los insectos: y ellas ambiciosas nos han usurpado el Reyno, y desterrado de floridos campos, y xarales, à desiertos inhabitables, y angostas grutas de tejados. Si nuestros panales son esteriles, que maravilla, destituidas de todo humano socorro? Ellas credulas, y desvanecidas con vanos aplausos de los hombres, que no se cansan de encarecer el gobierno de su Monarchia, nos desprecian, y desconocen hermanas. Que mayor locura? Pues aunque nosotras quisieramos condescender à su altivez, las propriedades, accidentes, y efectos en que convenimos, nos avian de desmentir. Diràn estas soberbias, que es de diferente en algo nuestro talle, y physonomia. Por ventura los rusticos Pastores, y Gañanes no difieren mas de los Cortesanos? Que hermosura puede conservar la inclemencia del tiẽpo, à que vivimos sujetas en pagizas chozas, y agugeros, quando ellas en abrigados Palacios el Invierno, y en frescos el Verano? Las Artes, que se exercitan, pierden su primor, y los Artifices se entorpecen, y olvidan. Que mucho nuestros panales sean agrestes, y aun amargos? Además, que son tan interessadas, y crueles, que muran, y embetunan sus casas de modo, que nadie hasta aora ha visto obrar sus dulces celdas, y las encubren de nosotras, porq̃ no aprendamos los secretos de su dulzura: y aunque el bien es de

si difusivo, ellas son tan malditas, y de tan poca charidad, que le esconden, por no dàr al mundo buen exemplo. Mandad, Señor, pues somos miembros de un mismo cuerpo, que nos unamos, y sea de todos igual el trabajo, igual el provecho, igual la honra. No es ignorancia, si no desverguenza (respondiò el Leon) la que os instiga à esta acusacion, y calumnia. No sois tan ciegas (infames Abispas) que os pueda disculpar falta de conocimiento en tanta baxeza. O bondad laboriosa, siempre insidiada de los malos! Si sois una misma especie, no es posible que las propriedades en quarto modo sean distintas. Hõbres buenos, y malos, todos saben reir, todos llorar; como ladrar los perros, y mugir los toros. Vease en los efectos, que la miel, y cera no lo son del arte, sino de la naturaleza: si esta os enseña acertareis sin maestro: si es diferente, aunq̃ curseis toda la vida sus escuelas, serà impossible: y en lo que toca al buen exemplo, dàn el q̃ conviene, obrando ocultas en sus retretes, para assegurarse de vanidad; porque de los frutos se conocen las plantas, y los hombres de sus obras. Por tanto condeno à muerte todas las Abispas.

Entròse ligera, y sin pedir licencia una Liebre, tan inquieta, y temerosa, como si los galgos la fueran à los alcanzes: y sentandose en sus dos pies, dixo lastimosamente: Justicia, señor, contra mil falsos amigos, y consejo para grangear uno verdadero. Enamorada de la amistad por fama de su hermosura, que yo nunca la he visto, oido si à muchos sabios sus excelencias, y meritos, y que es el mayor bien que (exceptando la sabiduria) naturaleza ha dado à los vivientes, propuse buscar un fiel amigo contra innumerables persecuciones de hõbres, y perros. En quien primero puse los ojos, por parecerme de las partes, que podia desear, fuè la Zarza, cuyas espinas me defendiessen, cuyos ocultos senos me guardassen: obliguèla con buenas obras, juramos amistad: y aposentandome en su casa, no correspondiò en las obras à sus palabras. Tratabame asperamẽte, hiriendome con sus espinosas ramas, y haciendome igual con otros amigos suyos camaradas, Lagartos, Topos, y Serpientes. No me pareciò en el toque fino el oro desta amistad. procurèla de nuevo con un Cuervo; este cada dia me amenazaba, que avia de sacarme los ojos, y aun me los sacaba con su interès. Dexèle, y assentè con unas cañas: estas no sabian, ni podiã guardar secreto, como nacidas del que rompiò el Barbero de Midas, quando haciendo un hoyo en la tierra, porque tanta preñez no le hiciera rebentar, dixo: Que el Rey tenia orejas de asno: y luego le tapò con tierra, y alli nacieron las cañas; que con la similitud de sus hojas en vez de lengua lo publicaron. Y assi huyendo yo de los cazadores como livianas, apenas entraba à sus retretes, quando cõ el ruido los avisabã. Hui su liviandad, y obliguè à un conejo,

el qual me pareciò mas à proposito por la sympathia en naturales, y symmetria. Señalòme quarto en su vivar: y conociendo el manifiesto peligro de redes, y hurones, le acõsejè ciertos valuartes, y disposicion de contraminas, para asseguranos. Reprobò mis consejos: dexèle por indocil, innocente, y disconforme; lo qual à pocos dias à costa de su vida conociò: y precediendo dones, y terceros, trabè amistad con una Raposa, pareciendome, que à sombra de sus astucias podria yo vivir segura; y fue desacierto ajustar mi simple verdad à la doblez de sus engaños. Finalmente con buenas obras obliguè à un Caballo; diòseme por amigo; pero en tanta desigualdad, presto me desengañaron sus desprecios. Aviendo, pues, experimentado malas condiciones de amigos Zarzas: intereses, y fierezas de amigos Cuervos: poco secreto de amigos Cañas: ignorancias de amigos Conejos: astucias de amigos Raposas: desigualdades de amigos Caballos, aborrecì estas, y las demàs amistades, juzgandolas todas unas; y assi elegi por amigos à mis pies, y à mi industria, de modo, que puedo dezir, lo que conociendo esto mismo, dixo el moderno Poeta Cordobes:

Tengo amigos, los que bastan,
Para andarme siempre solo;
Y vame tanto mejor,
Quanto và de cuerdo à loco.

Respondiò el Leon: En quanto à la justicia, que pedis, es impossible hacerla en vuestro favor. Lo uno, porque la amistad es gracia, y no suele las mas veces obligar à correspondencia. Lo otro, porque fuera acabar con el mundo, castigar à todos los que no corresponden à leyes de amistad; que en la presente edad, y aun en las passadas, siempre un verdadero amigo ha sido rara ave, tanto como un negro Cisne. En quanto al consejo, ò remedio, que me pedis, ninguno tan cuerdo, y saludable, como el de la coplilla. Seguidle, y vayase por mi cuenta, y por la del Elegiaco en sus tristes, *Vive tibi*; con lo qual sereis amigo familiar, digo de todos, y enemigo de ninguno.

Convocaronse algunas Velas para entrar en la Real Audiencia, contra la luz, que las consumia, hasta sacar el humedo radical con su fuego, y darlas muerte, reduciendo cuerpo, y alma en cenizas. Porque, Señor (decian) los humanos han de servirse de nosotras, con tanto dispendio de nuestras vidas? Porquè su libertad nos ha de reducir à tan mortal esclavitud? Porquè si desprecian la justicia en pagar las deudas à tantos servicios, no se muestran siquiera agradecidos? Siquiera piadosos? Nuestra luz si à ellos es agradable, y forzosa, à nosotras fatal. Y que grandeza es vivir lucidos (consuelo unico en tantas desdichas) si en este lustre convenimos con los Candiles, gente baxa, y soez? Eximidos, Señor, desta tyranica opression: Respondiò Auricrino: No sabeis lo que os pedis. Que mayor bien podeis

desear (Velas ignorantes) que vivir, y morir con virtuoso lucimiento: sentid, pues teneis porque, la interrupcion, que en esto soleis padecer los dias que apagadas vivis sin resplandor, que son vuestras tenebrosas noches: y aunque parece andais al revès, en rigor no es asi. Tales son los juizios del mundo, que de ordinario juzga como es. Que tengais sentimiento, ò por lo menos no estimeis tanto vuestra luz, porque convenis con los candiles, es culpa digna de castigo. Adonde vive la luz de virtud mas clara, segura, è indefectible, que en los pobres? Es menos hermoso el Sol, porque dora los altos montes, y los humildes valles? Si vuestra cera vive, y muere con luz, que mejor empleo? Seràlo por ventura, ocupandose en emplastos, y en unguentos? O en figuras fabricadas por manos de hechizeras, que atreviessen agudas puntas de agujas, y alfileres? id con Dios, y conoced vuestra felicidad.

Entraron algunas Gallinas viudas con mongiles, y tocas largas, y llorando pidieron justicia contra una Raposa. Hizo el Fiscal relacion del criminal pleyto, y dixo: Estando ayer un Gallo con estas Gallinas cerca de los muros en unas heras, passò Pardalin vuestro escudero, el qual oyendo la voz del Gallo, se retirò casi huyendo. El Gallo atrevido le siguiò: mas Pardalin no sè si temeroso, ò por secreta fuerza de las estrellas se escondiò. Soberbio el Gallo con esta victoria, se prometiò en su phantasia las coronas de las fieras, pues su Rey le temia. A este tiempo passò una Raposa, y confiado la acometiò, y clavò el pico en su cabeza, pareciendole, que à quien sujetaba Leones, todos rendirian vassallage: mas la Raposa viendose acometer, y herir del que siempre huia sus manos, volviò furiosa, y despedazandole se le comiò. Fue presa, y las viudas esposas piden justicia del cruel gallicidio. Sentenciò el Leõ: Muchas veces el valor, y muchas el poder dissimula atrevimientos de gente menuda, y huye sus demasias, ò que por natural enfado, por no aventurar su opinion, y perder su quietud: lo qual suele ocasionar soberbia en desvergonzados, y apresurarles su perdicion. Porque atribuyendose calidades desproporcionadas à sus fuerzas, y viendose à su parecer temidos de poderosos, encuentran personas; que si no lo son tanto, tienen empero menos obligaciones, y assi los dàn el castigo, que su presumpcion merece. Tengan, pues, paciencia las Gallinas; guardẽ honesta viudez, ò busquẽ mas cuerdo esposo, que su Gallo està bien muerto de la Raposa, à quien doi libertad.

Entrò un esquadron de Moscas, pidiendo justicia contra las Arañas, sus enemigos, y que mandasse el Juez, yà que no capitular pazes, por ser tan natural su enemistad, por lo menos deshacer las artificiosas redes, con q̃ armaban assechãzas à su innocẽcia; pues las armas, y fuer-

zas de su veneno, y traiciones eran tan desiguales. A lo qual respondiò el Leon: Moscas siempre molestas, las redes, que texen las Arañas, son por ventura contra las Abejas provechosas? ò contra las Hormigas exemplares? sino contra vosotras, animalejos cansados, y asquerosos? si los malos persiguen à los buenos, que mucho persigan tambien à sus semejantes? Salid fuera de aqui, y oxalà, quantas Moscas superfluas ay en la Republica pereciessen en las prisiones, y redes, que merecen sus demasias.

Presentaronse muchas Hormigas con alas, que acusaban à otras, que no las tenian, de avaras, y crueles, porque no partian con ellas, como con hermanas, del trigo, que guardaban en sus troges. A lo qual respondiò el Juez: Cada uno coma de su trabajo. Aquel à quien nacen soberbias alas, sustentele su vanidad, ò aprenda oficio, y coma del sudor de su rostro, y no del ageno sudor. A este tiempo entrò una Zigarra, acusandolas de ladronas publicas: mas Anticrino conociendo su dañada intencion, no del zelo de la Republica, respondiò: Quien os mete en esso? Los dueños del trigo nos os han nombrado procuradora, pues lo vèn, callan, y dissimulan: id tambien vós en hora mala à trabajar; que no puede hacer buen provecho el sustento, à quien le busca en casa agena, aunque os cubrais con zelo de justicia, presentando viles acusaciones.

Saliò un Lobo aprissionado, y dixo el Fiscal: Este Lobo se concertò con una Raposa para ir à caza; anduvieron dos dias en el bosque, y no hallaron que comer. El traidor volviendose à su compañera, la dixo: Hermana Raposa, la noche se acerca, caza no parece, y yo estoi muerto de hambre, perdonadme, que vos aveis de ser mi cena. Diziẽdo esto hizo pressa en ella, y se la comiò. La sentencia del Juez fue: El Lobo quede libre del zorricidio, y muera por ladron; que si lo hicieran siempre assi (muchas veces lo hacen) unos ladrones con otros, no poco bien resultàra à la Republica. Necio engaño persuadirse los malos fidelidad en sus semejantes, quando ellos mismos no la tienen con los buenos.

Sacaron un Asno con grillos, y dixo el Fiscal: Este Asno està presso por enfadoso de la Ciudad, y loco ridiculo: niega su misma naturaleza de palabra, y confiessa quien es con las obras. Quiere parecer hermoso, trae guedejas, y copete: quiere parecer agudo, apenas siente el aguijon; preciase leido, y erudito, porque suele andar cargado de libros: habla, y escribe culto: repite en cada conversacion sin que ni para que quatro sentencias, que tiene de memoria de Tacito, ò el menor Plinio, acompañandolas de otros tantos terminos raros, y brillãtes: hacelos à ellos, y à ellas entrar à testeradas en qualquier materia por rebelde que sea. Murmura à todo Neoterico, desprecia los demas Asnos; trata cõ los Caballos, y otras no-

nobles bestias: aborrece el trabajo: inventa nuevos arbitrios: gobierna el mundo desde su establo; culpa los juezes: llora la ruina, que al Reyno amenaza, compara la felicidad del tiempo passado con las calamidades del presente; y de todo dà razon, pero rebuznando. Respondiò el Leon: Yo no puedo hacer discretos de necios, ni cuerdos de locos; vivan los tales para entremès de la comedia desta vida.

Echaron à palos aquel Asno, y saliò à juizio un grande numero de Cuervos, unos con prisiones, otros cortadas las alas; entre ellos una Perdiz, y dixo el Relator: Contra estos se diò mandamiento de prisiõ por agoreros, y adivinos; aves bachilleras, y desidiosas: que con vestido, y canto funesto remiten todas sus buenas obras para mañana: y siẽdo cada dia, nunca esta mañana llega. Armaronse redes, y trazaronse ardides de reclamos, y fueron pressos los que se hallan aqui. Cayò tambien en el lazo esta Perdiz, y pide libertad; pues ni fue complice en el delito, ni fue nuestra intenciõ prenderla. Preguntò el Juez à los reos, si sabian quando avian de morir? Respondieron conformes Cras, cras: replicò el Leon, estais engañados, que vuestra muerte ha de ser oy: pena debida à final impenitencia, y à quien agorando agenas fortunas, ignora la propria. En quanto à la perdiz bien muestra ser hembra, amiga de hallarse en todo, y gozarlo todo: vaya libre por esta vez, aunque digna de no leve castigo, porque se mete adonde no la llaman. Executòse la sentencia, y cessaron los negociantes.

Cansado se hallaba Auricrino, y por cobrar aliento, para concluìr esta importante accion, se quedò solo con los amigos, y confidentes: y el Cisne atento à la malicia del mundo, que todo lo pervierte, satyrizando sus desaciertos, cãtò assi:

CONTRA EL MVNDO.

Viejo està vuessa merced,
Señor Mundo, aunque desmienta
Con el tinte de las canas
Los antojos, y muletas.
Sus venerables consejos
Ya son caducas consejas;
Que aquello, de haz como vieres,
No es vèr, sino andar aciegas.
Lleno està de humor, conviene
Purgar acciones superfluas,
Y bañar su senectud
En el jordan de prudencia.
Dizque ha de morir quemado
En la Inquisicion Suprema
Por relapso en sus errores,
Y falsario de moneda.
Conviertase desde luego,
Mas no lo harà, hasta que tenga
En una mano la Cruz,
En otra mano la vela.
Vn consuelo quiero darle
Cierto, como de Propheta,
Que le ha de dexar el fuego
Mas que un crystal en pureza.
Si el fin serà tan dichoso,
O viva bien, ò se muera,
Par a buen ladron, ya tiene
Culpas de infinitas penas.

Pe-

Pecados son de los hombres,
Que con malicia le afrentan;
Mas volveranle la honra
Los niños con innocencia.
Entretanto oiga mis voces,
Pues yo las suyas Sirenas,
Aunque es dàr musica à un sordo,
Y luces à vista ciega.
Porque de soldados fieros
Hace Nymphas con guedejas?
De fuertes zeladas rizos?
De nobles espadas ruecas?
Azero armaba los bronzes,
Que brozen sus pechos eran,
Ya petos de seda, y lana
A pechos de lana, y seda.
Las tizonas, y coladas
Honras, que tiznan no cuelan,
Y de los antiguos Cides
Ay infinitos Babiecas.
A los lindos estofados,
Mas que carneros de pierna,
Hombres los llama de estofa,
Dice verdad, aunque mienta.
De paz està, señor Mundo,
Mire no muera en la guerra,
Que sus Martes de trabajo
Son Dominguillos de fiesta.
Si hurta Belona à Cupido
El arco, ladrona tierna,
Su campo harà de batalla
A Chipre, y Sierra Morena.
Las mugeres con enaguas
Hacen carnal la Quaresma,
En Viernes parecer quieren
Martes de Carnestolendas.
Sus culpas son de Luzbel,
Angeles en gracia pecan,
Quando con soberbios moños
Se hacen dimoños hembras.
Hizo grillos de chapines,
Ya son alas tan ligeras,
Que vuelan mas que Atalanta
Sin que pomos de oro pierdan.
Mantos de gloria infernal
Todo el cuerpo manifiestan,
Camisa, y vestidos quieren
Tambien de la misma tela.
Para que mugeres blancas
Si un maravedì mas precia?
Hydropico està de amor,
Haga cantiploras dellas.
De las rubias hacer puede
Auroras para Poetas,
De las negras, negras noches
Crepusculos de morenas.
Para que Poetas viven?
Mueran de hambre en hora buena,
Si es para decir verdades,
Ya las digo, y no aprovechan.
Para que quiere los zurdos?
Cangrejos los haga, y puedan
Andar à reculas siempre,
Y seràn las zurdas diestras.
A todo zambo de ojos
Hagale vizco de piernas,
que sobre intencion torcida
Es como miel sobre hojuelas.
Para que son descorteses,
Mundo, si le sobran bestias?
Si ama corteses à calvos,
Permita gorras eternas.
Para que grandes narizes?
Con lo que me sobra, huviera
Menos vecinos en Roma,
Sin faltar Nason Poeta.
Vigotes se usan tan necios,
Que la libertad desprecian,
Y por subir son esclavos
En hierros, y vigoteras.
Midense locos sombreros
A lunaticas cabezas,

Y al passo de sus mudanzas
Ensanchan, crecen, y menguan.
Son pantorrillas postizas,
Dientes, ojos, cabelleras
Escarmiento à desposados,
Escandalo de doncellas.
Para què polvora, y naipes?
En un mismo fuego mueran,
Aquella quita las vidas,
Estos las vidas, y haciendas.
Porque en Estio, en Invierno,
El Sol se cansa en dàr vueltas?
Vn colerico, un Estio,
Vn truhan Invierno sea.
Con los coches rueda todo,
Porque la fortuna adversa
Solia rodar con una,
Pero ya con quatro ruedas.
Chocolate, aviendo vino?
O descomulgada secta!
Maldigate San Martin,
Destruyante sus bodegas.
Son los polvos de tabaco
Otra plaga Milanesa
De perdidos don Beltranes,
Con la grande polvareda.
Si hacen desvanecidos,
Tambien humillan cabezas,
Diciendo: Acuerdate, hombre,
Que eres humo, polvo, y tierra.
Las comedias exemplares
Nuestra vida representan,
Tragicos son sus efectos,
Llamanse todas tragedias.
No vivan los avarientos,
Que estàs animadas piedras;
Seràn minas de oro, y plata,
Si enterrados se destierran.
Fuego abrase à maldicientes,
Que una paja vèn agena,
Y ellos son todos pajares.
Sin un grano de obra buena.
Para en uno son los tres,
Para un necio, y una mesa
La canalla entremetida,
La bufona, y lisonjera.
A manos de agenos bienes
Los envidiosos perezcan;
Y pues los suyos se comen,
Tu corazon no lo vean.
Habladores presumidos
En el infierno anochezcan,
Y atormenten à los diablos,
Seràn iguales las penas.
Credito doi, señor mundo,
Si vuessarce no se emienda,
A Monjas, y sus devotos,
Que el Antechristo està cerca.

APOLOGO XXII.

Del mundillo al revès.

Diò fin el Cisne à su moral harmonia, y Auricrino à su Audiencia con este politico razonamiento. Quisiera (nobles brutos) por lo que toca à mi dignidad, y al agradecimiento, que à vuestra leal confianza debo; yà que en lo practico os he dado brevemente el modo, que se requiere guardar en la justicia, porq̃ sus tres especies, commutatiba, distributiba, y vindicatiba, en los casos que se han ofrecido, no estàn bien declaradas, daros algunos preceptos especulativos, siguiendo los quales, esta Republica del mundo al revès, de aqui adelante no lo sea. Mas como podrè en po-

cas palabras resumir tantas obligaciones? Es impossible. Leed à Platon, y Aristoteles; seguid sus consejos, y leyes, bastantes sino para decidir todos los casos en particular, alomenos, para que fundados en sus principios con buena intencion, y mediana capacidad, consigais el fin deseado. Republica, segun el Philosopho, es gobierno de una Ciudad por sus Magistrados. Gobernar es dirigir los subditos al debido fin, como el piloto gobierna la nave, guiandola al Puerto. El fin es vivir bien, y esto es conforme à leyes de razon: y la razon es alma de la ley. Luego quien siguiere su luz no caerà en tinieblas de errores. Mas quiẽ podrà este universal aphorismo verificarle en innumerables individuos? Quien conocer los efectos de la razon, entre tantos del apetito, y sus passiones? Quien apartar la bondad de la malicia? La mentira de la verdad? Accion es dificultosa. Con todo esso quiero poneros delãte un exemplar, en el qual veais, como en espejo, las leyes, que debeis guardar en vuestra Republica. Este exemplar sea el hombre, cuya compostura, y acciones naturales son manifiestas; y assi el entendimiento no se escusara con ignorancia, ni la memoria con olvido; pues tiene el objecto presente. Conviene, pues, que la Republica imite al hombre: y siẽdo el hombre miembro de la Republica, y quien la gobierna, serà imitacion de si mismo, segun distintos respectos: ò por mejor philosophar, una parte imite à otra: la superior del hombre à la inferior: la libre à la necessaria: la racional à la vegetativa, y sensitiva: la voluntaria à la espontanea, y natural. El hombre es un compuesto physico de cuerpo, y alma racional: assi tambien la Republica es un compuesto de cuerpo, que es la plebe, y alma racional, que es la prudencia del Senado: el hombre vive pacifica, y virtuosamente, quando venciendo sus passiones, sujeta el cuerpo al espiritu: y si el pueblo no està sujeto a las leyes, reynaràn en èl los vicios con mortal guerra. En las tres potencias hallo tres partes essenciales de la policia: en el entendimiento la prudencia, y conocimiento de las leyes: en la voluntad el amor à los vassallos: en la memoria la vigilancia. Y tambien miro en ellas los magistrados, mobles superiores deste pequeño mundo; numero suficiente, y de no poca conveniencia. Los sentidos son los ministros por donde se debe gobernar, viendo con ellos las necessidades de los subditos; oyendo igualmente las partes; oliendo la buena, ò mala fama; gustando de los negocios, y tocando con sus manos las acciones de importancia, cuidados de la paz, y empressas de la guerra.

El corazon es principio de la vida, principio de las venas (vamos aora con lo que siente Aristoteles, puesto que es verdadera la doctrina de Galeno, que nacen del higado) principio de la alegria, y tristeza, guarda del calor natural: està en medio del cuerpo con perpetuo mo-

movimiento, aunque algo se inclina al lado siniestro, para compensar con su calor la frialdad, y flaqueza de aquella parte. Quien es el corazon de la Republica sino el Senado, ò Principe, principio del ser politico, de la vida, y de la sangre? La sangre son los bienes temporales, que ha de mirar como propios; y los propios como de los subditos; conservacion del calor, que la vivifica, del zelo del bien comun, en quien consiste la general alegria, y tristeza, indiferentes en medio de todos, para dàr à cada uno lo que es suyo, aunque es bien, que se incline à la parte siniestra, à la parte mas flaca, para que no descaezca. Muevese continuamente, como lo debe hacer el Principe vigilante, y solicito del bien comun. En la cabeza superior à todos los miembros que aman, y defienden, reconozco la que lo es de la religion venerada, y amparada de todos, en quien resplandecen como en esphera mas alta, las luzes de los sentidos, la eminencia de virtudes. En los dos brazos del cuerpo miro el Eclesiastico, y secular: el premio, y el castigo: en huessos, y nervios, las fuerzas, y armas; en el estomago hallareis la justicia distributiva, que sin accepcion de personas, recogiendo todo el mantenimiento, distribuye à cada miembro lo que ha menester, segun su calidad. La commutativa en que vuelve quanto recibe en diferente especie: la vindicativa en el castigo del miembro, que cayò, que si es menester cortarle, consiente todo el cuerpo, para no perecer, aunque con dolor comun. Cuide el Principe del sustento de sus vassallos; castigue los delitos con afecto de misericordia; corte animosamente el miembro podrido, ò cancerado por salvar el todo, como buen Medico; pero sea recatado en las sangrias, que la vida està en la sangre, porque la conserva: y si el cuerpo se enflaquece, què fortaleza tendràn cabeza, y corazon? Los vassallos cumplan sus obligaciones, acudiendo al Principe liberalmente en las necessidades: que si un tiempo los miembros se conjuraron contra el vientre, y le negaron sustento, en verdad que corrieron igual fortuna, y todos perecieron. En los dos ojos veo el estado de matrimonio, sin el qual queda el cuerpo de la Republica inutil. Adonde mira el uno mire el otro, que si el marido mira al Cielo, y la muger à la tierra, ò al contrario, serà intolerable fealdad. Muchas, y admirables son las oficinas para diferentes ministerios corporales; assi conviene tambien à la Ciudad bien gobernada. No consiente el cuerpo (aunque forzosos) excrementos, ni superfluidades; ni la Republica es bien que lo consienta; no obstante, que no todo lo superfluo se escusa, ò se puede expeler. Cortense las uñas mal opinadas, y los cabellos holgazanes; los pies andan como pies, sustentan el cuerpo, y no pretenden ser cabeza; los labradores trabajen; si quieren andar seguros; y no aspiren à Ca-

ba-

balleros, que pervertido el orden, el mundo se reduzir à su primera confusion. Lo mismo digo de las manos; ellas trabajan, y se exercitán en los ministerios convenientes à la humana conservacion, y no aspiran à ser ojos, ni dientes: los oficiales, si nacieron, y se criaron en sus oficios; porque los desprecian? gran desorden! No porque los pies deslizen, y dèn con el cuerpo en tierra, las manos se ofenden, y con un palo los castigan: la charidad debe dissimular faltas de proximos, que es el vinculo de paz, como el modo de union de cuerpo, y alma. Mas congruencias, y primores podia descubrir en esta imagen de la Republica, que os he propuesto para imitar; pero quien la mirare con atencion, y deseo de conformarse à ella, descubrirà un Microcosmo, un pequeño mundo de maravillas, que ofrecen importantes consejos à la razon de estado.

Aqui llegaba el Rey de las fieras, y Pardalin mal contento deste exẽplar saliò del Consistorio, y subiendo sobre una piedra, convocò al vulgo, en la novedad diligente, y captandoles benevolencia, los hizo atentos, y dixo: Aunque es verdad (pueblo barbaro) que los consejos del Rey mi señor se ajustan à la verdad, y justicia, con todo esso por mayor os advierto, que no os conviene proponeros al hombre por exemplar de vuestra Republica; porque en èl se hallan muchas propriedades, y acciones, no solo indignas de ser imitadas, sino tambien bastantes (lo que Dios no quiera) para vuestra miserable ruina. La razon hable por mi, y el zelo del bien comun, y harè lo que digo mas claro que la luz del medio dia. Esta Republica lo es del mundo al revès; como la volvereis de la haz, imitando tambien à un mundillo al revès? Que no en valde los Philosophos le llamaron, *Arbor inversa*, los cabellos, que son las raizes en lo alto; los pies, y manos, &c. que son las ramas en tierra. Esto es pervertir el orden natural: la Republica no esparza sus raizes, y fundamentos al aire; porque en èl se desvanecerà: assegurelas en tierra, y el fruto de ramas, y hojas levantese hasta el Cielo. La vida del hombre es una perpetua guerra, la carne milita contra el espiritu, el espiritu contra la carne, las passiones traidoramente se rebelan, y tocan arma contra su Reyna la Razon; y no pocas vezes la ponen en duras prisiones de esclavitud. Serà bien que en esto le imite la Republica? En el cuerpo humano todos los miembros trabajan como esclavos para el estomago, confiados que no admitirà mas sustento del necessario; mas esta confianza desacredita su discrecion; porque dexandose llevar muchas veces de su desordenado apetito, come, y bebe tanto, que enflaquece los miembros innocentes, hasta dar con ellos en la sepultura: Gentil gobierno de Republica, dexarse llevar el Fisco de su voraz, è inexhausto apetito, para enflaquecer, y destruir el pueblo.

Del corazon del hombre salen los malos pensamientos, los homicidios, adulterios, fornicaciones, hurtos, falsos testimonios, y blasphemias. Buen exemplar, por cierto, para un Principe, que lo debe ser de toda virtud. Concurren los quatro elementos à componer el hombre, y sus calidades primeras, y segundas, cuya guerra le sustenta, por ella vive, y por ella muere, vencidas unas calidades de otras, mediante la continuacion, y reaccion; no le imite vuestra Republica, la guerra sea à mas no poder; porque su fin es la paz; y si esta se possee, serà accion bestial sin fin, que la dirija: pero la paz no engendre ociosidad, ni descuido confiado del militar exercicio; que la paz desarmada tiene muchos enemigos, y serà facilmente vencida. El hombre es animal ambicioso, y soberbio, olvida sus principios, sabe, que ha de morir, y vive como si esta vida fuera eterna: acuerdese la Republica, que puede volver à los principios de donde se levantò, y que los Imperios, y Ciudades padecen mudanza, como todas las cosas, que estàn debaxo de la Luna. El hombre una cosa significa por las palabras, otra dissimula, y guarda en su corazon: la Republica trate verdad, que à la mentira ninguna razon de estado puede hacer loable.

Quando redundan los humores en el cuerpo humano cargan en las partes mas flacas, y le enferman: si crecieren los trabajos, humores de la Republica, y se revolvieren, no es bien que carguen sobre los pobres, parte mas flaca; bastales su pobreza, que no es ligera enfermedad; mejor resistiràn los ricos, y con su evacuacion se pondràn curar. Todo el hombre està posseìdo de miserias, el entendimiento sujeto à error, la voluntad à odio, la memoria à olvido, las passiones à fuego, los sentidos à deleites, el alma à culpa, el cuerpo à corrupcion: sea libre vuestra Republica, no esclava de tantos enemigos. Los bienes, y felicidades del hombre siempre tienen sus contrarios en campaña males, y desdichas que ni admiten treguas, ni dan oìdos à paces. A su fortuna, si es propicia, hace guerra la envidia: los cuidados à las riquezas: ignorancia al ingenio: trabajo à la sabiduria: desvelos à los hijos: odios à la honra: dolencias al regalo: desprecio à la soledad: miedo al poder: pobreza à la quietud: y à la virtud todo el infierno: huya vuestra Republica los extremos: atropelle el proprio interès por socorrer al bien comun: amese la paz, y en todo campee, y resplandezca victoriosa la charidad del proximo. El hombre desde su niñez es inclinado al mal; la Republica siempre se incline al bien. Siendo esto assi, mirad como procedeis en su imitacion; porque el hombre es mundo, pero mundo al revès: y por tanto, dexando estos, y otros semejantes exemplares, mando, y establezco estas inviolables leyes.

Todo Gato se corte las uñas, pues sin ellas puede cazar un raton,

y con ellas puede hacer, y hace mui perjudiciales hurtos. Las Raposas se quiten las colas, y se las dèn à las Monas; por ser puesto en razon, que la superflua abundancia de unos remedie la vergonzosa necessidad de otros. Ningun Asno se precie de Caballo, no imite sus crines, copete, ni relinchos, por ser forzoso, siẽdo Asno, q̃ rebuzne. Itẽ, que sea excluido de los zaguanes de nobles Palacios; no obstante, q̃ su estirpe sea noble, y antigua; pues esta no acredita merecimientos, faltãdo el coraçõ magnanimo, aũque descienda por linea recta de la burra de Balan. A los hermosos Tigres, y Pardos condeno à destierro perpetuo en un bosque, y bien cercado; y sino obedecieren, à ser desollados; que no viene bien corporal hermosura en animos indomitos, y crueles. Ningun perro que no quiere, ò no puede vẽgarse de quiẽ le ofende, muerda la piedra que le tiran, sopena de los dientes quebrados; porque mandadero sois, amigo; non tenedes culpa, non. A toda Mona sea licito alabar sus hijos de hermosos, y à los demàs tambien sea licito reirse de sus alabanzas; porque à las madres escusa el amor, y à los que se rien el verdadero conocimiento; y esto aya lugar en los hijos del ingenio, que à veces son amados mas ciegamente que los naturales, y siendo feos Monos, se miran, y complacen en ellos, como en hermosos Narcisos. Y por quanto es gran trabajo templar gaitas, toda gaita vaya desterrada à Zamora; y si quebrantare el destierro, à Galicia. Item, porque el tiempo ha llegado à tanta desigualdad, que hasta las Pulgas tienen romadizo, las mandamos purgar con tabaco en carceles de zahurdas. No se oiga entre vosotros un proberbio, ò disparate, que el Cuervo no puede ser mas negro que sus alas: que como ay Cuervos blancos, los puede aver axedrezados; y un animal puede ser mas animal que otro, mas bestia que otro, mas bruto que otro, y mas que èl mismo en diferentes tiempos: à lo qual se reduce el otro refrancillo, pressò por mil, pressò por mil y quinientos; que aunque se responda, que quien paga mil, pagarà quinientos, por salir con la suya; ò que una, y otra paga le es impossible, no alomenos la culpa, y obligacion à la pena. Item, por quãto ay mas dones que moscas, y como estas se assientã igualmente en muladares, y mesas de Principes, assi aquellos en gente plebeya, y noble: (soberbio abuso destos tiempos) mandamos, que dones, y moscas se moderen, y apoquen, y q̃ se nõbren diputados, para que las dichas moscas, ò todas se echen à los muladares, ò todas à las mesas; aunque estas jamàs se veràn libres de moscones, mas molestos que las Harpias en las de Phineo. A este tiempo dexaba Auricrino el Consistorio, aviendo puesto fin à la audiencia, y assi le puso tambien Pardalin a su reformacion. Sacòlos el Desengaño fuera del Palacio, y Ciudad a la cũbre del monte, q̃ dividia terminos entre

los,

los campos encantados, y los que antes avian dexado. Despidiòse de ellos cō grandes muestras de amor, si bien prometiò al Africano su luz en todas ocasiones, y peligros de tinieblas erroneas. Correspondieron agradecidos, y sentaronse à descansar, confiriendo las ilecebras, y mentiras mundanas con las verdades de el noble Desengaño.

APOLOGO XXIII.

De las quimeras, que en lo natural impossibles, malicia reduce à acto.

TEmplaba el Sol sus ardientes rayos en la urna de Aquario, y ya con flacas fuerzas no podia resolver las nubes, que assombraban la tierra, combatida de vientos, aguas, y nieves: Quando los brutos peregrinos, caminando sujetos à tantas inclemencias, descubrieron lexos una grande poblacion, à la qual dirigieron sus passos con intento de invernar en ella. Aviendo llegado cerca, conocieron ser una populosa Ciudad habitada de hombres, que conversaban amigablemente con algunas espantosas fieras, jamàs vistas, y apenas imaginadas, y que las servian, y reverenciaban. Sola su vista atemorizò à los huespedes extrangeros; y aun el mismo Auricrino se detuvo admirado; y perdiera tambien el animo à no ser invencibles su valor, y fortaleza. Llegaron con todo esso à la plaza, sin ser impedidos destos monstruos; y vieron en ella uno mas espantable que los demas, de grandeza descomunal, horrenda catadura; amado, servido, y adorado de una innumerable multitud de hombres. Volvian las espaldas temerosos, quando hallaron cerca de si dos venerables viejos de habito pobre, aunque grave, y honesto; de los quales el uno, apenas se podia (como dicen) tener de risa: *Ingeminat tremulos naso crispante cachinnos*; y el otro lloraba amargamente: *Multa gemens, largoque humectat flumine vultum.* Determinòse el Leon, antes de salir de aquella Ciudad, salir de tantas suspensiones, y haziendoles cortesmente mesura, dixo: Si tan prodigiosas novedades (ò Senadores reverendos) pueden excusar curiosidad à nuestro deseo, os suplico nos digais que Ciudad es esta? que especie de monstruo aquel tan horrible? y como en tan conforme amistad, y compañia, tan desiguales propriedades de risa, y llanto? A lo qual el viejo risueño respondiò riendo: Vosotros aveis preguntado bestialmente. Esta Ciudad es como las demàs Ciudades del mundo. Este monstruo, y los otros, que aveis visto de los ordinarios, que las habitan. Nosotros somos dos Philosophos; yo Democrito, que rio tantas acciones humanas dignas de risa. Este mi compañero Heraclito, que llora tantas cosas dignas de llanto: èl llora de verme reir, yo rio de verle llorar; y cessò con una carcajada. Largas edades ha (replicò el Lebrel) que los Philo-

Tophos destos nombres florecieron. Assi es (respondiò Democrito) pero al passo que se multiplican las causas, tambien los efectos. Quiero decir, que como cada dia ay nuevas locuras en el mundo, ocasionan nuevos Democritos, y Heraclitos, que las rian, y lloren. Aunque brutos (dixo el Leon) ò sabios varones, el Cielo se ha dignado estos dias comunicarnos algun entendimiento, ofendido, que los hombres voluntariamente le pierdan; para que se averguencen en nuestras operaciones. Con lo que aveis dicho no hemos entendido del todo lo que deseamos: detened por vuestra vida, si podeis, la risa, y comentad estos mysteriosos enigmas. Obligame de modo vuestra humanidad (respondiò Democrito) que os quiero declarar lo mismo que sabeis, si la risa me permite decirlo, y à vosotros escucharlo. Todos estos monstruos, que aveis visto, son quimeras, compuestas de animales de distintas especies, y por tanto impossibles; y assi son phantasticas, sin real subsistencia, que solamente tienen su ser en la imaginacion, y entendimiento de quiẽ las forma. Los Dialecticos las llaman, *entia rationis ratiocinantis, quæ non habent fundamentum in re*; entes que tiene su ser de la razon, sin algun real fundamento, de quien se puedan predicar: porque si bien de suyo los extremos sean possibles, la junta es impossible, como juntar en uno, Hombre, Caballo; Leon, y Perro.

No son nuevas estas quimeras en el mundo; famosa fue la quimera de Lycia, cuya cabeza, y pecho eran de Leon: por ojos, y voca arrojaba fuego, el vientre de Cabra, y la cola de Dragon. Monstruo tan fiero, que Virgilio le pone en el zaguan del infierno. A este diò muerte Bellerophonte, Principe de insigne virtud, no con proprias fuerzas, ò industria, que fuera impossible, sino con sobrenatural socorro de Neptuno, que le enviò el Caballo Pegaso. Para dar muerte à las quimeras destos tiempos son menester estas dos armas, valor natural, y soberano favor; mas como falta lo primero, no obra lo segundo eficàzmente, y quedase en suficiencia. A esta quimera, la mas horrible de quantas vereis, honran, y defienden todos los presentes, y aun la mayor parte de la tierra; y es la gran quimera de los mundanos, que constituyen su verdadera felicidad en los vicios, dexandose torpemente vencer de quanto manda su apetito sensitivo: por quien convenimos con los brutos, y sujetandole la razon, por quien somos imagen de Dios. Tiene siete cabezas, porque veneran los siete vicios capitales, y à todos los demàs, como sus miembros.

La primera cabeza es de soberbia Serpiente; imagen de la que presumiò subir al Cielo con propria virtud, y ser semejante al Altissimo, cuyo veneno inficionò à Eva, y Adàn, infundiendolos su soberbio espiritu: y despues abatida, y despreciada arrastrò su maldito cuerpo sobre la tierra: no de otra suerte, que

que los demàs ſoberbios deſpues ſe vèn humildes, y arraſtrados. La ſegunda cabeza es de avariento Grypho, que contra el poder de los Arimaſpes, junta, y guarda grandes theſoros de oro, y piedras precioſas, ſin provecho proprio, ò ageno: ſolo guiado de beſtial inſtinto, deleitandoſe con ſu viſta, defendiendolo con ſus uñas. La tercera cabeza de Puerco laſcivo, cuyo deſcanſo, guſto, y felicidad pone en ſatisfacer, y hartar ſu voraz apetito, revolcādoſe entre hediendo cenagales. Por eſſo cuentan, que Circe convertia los hombres en eſtos animales immundos. La quarta cabeza de Oſſo iracundo, que ſuele arrojarſe à toda crueldad, ſi ſe enciende con implacable fuego de ira. Y aunque te parece eſta cabeza eſpantoſa, es flaquiſsima: y por eſſo los Antiguos, queriendo ſignificar una Republica gobernada de un Principe flaco, pintaban la cabeza de un Oſſo: no indignacion, braveza, ira, y colera denotan valor, antes flaqueza, y deſmayo de cabeza. La quinta de Dipſa inſaciable, Serpiente de las mas venenoſas, que para caſtigo de la naturaleza crian las Africanas arenas. Dos temeroſos efectos cauſa ſu veneno en las perſonas, à quien muerde. El uno es abraſarlos de modo, que es forzoſo morir ſecos de ſed, ò beber tanto para apagar (en vano) ſus ardientes llamas, que rebientan. El otro efecto es, que con rigor tan peſtilente inficiona la ſangre, que la aborrece naturaleza, aunq̃ neceſſario alimento del cuerpo humano, y la aparta de ſi como enemiga, arrojandola por los poros, por los oìdos, narizes, ojos, y voca; y haciendo una mortal herida de todo el cuerpo: y por eſto ſintiēdoſe falto de alimento, mueren tābien de hambre. Cabeza es eſta de la Gula glotona. Su efecto infundir hambre, y ſed inſaciables, haſta dar cruel muerte al miſerable, que ſe dexa llevar de ſu apetito. La ſexta es de envidioſa Hidra, monſtruo tan valiente, y terrible, que ſu victoria coſtò à Hercules mas trabajo, que otra alguna. Es la Envidia lo mas dificil que vence el valor, y de quiē ſe halla no pocas veces vencido, ſi glorioſo. La ſeptima, y ultima cabeza de Tortuga perezoſa, de las que ſe crian en la Isla Trapobana, que ſon de increìble magnitud. Su pereza es grande, y lo que mas es de maravillar, contagioſa, tanto que el navio, que lleva ſu pie derecho (de agena obſervacion no creible, lo refiere Plinio) navega con menos velocidad. O pereza para todo inutil! Retardas el navio, que camina al deſeado Puerto en el mar de la vida, y le ſujetas en ocioſa peregrinacion à innumerables monſtruos, y tempeſtades. Oxalà tu habitacion fuera como la de Tortugas en cenagoſas lagunas de vicios, y no vieras jamàs las cryſtalinas fuentes de virtud.

Por Marte (dixo el Leon lleno de colera, y braveza) que he de quitar la vida à eſta barbara Quimera, à peſar de ſus ſequazes: pondrē con ſu muerte remedio à una locura tan

general, que no padecerla, juzgan los insensatos la mayor del mundo. Pocos viven, que dolor! sin erigir Altares, y abrasar inciensos à este monstruo. Sus compañeros le dissuadian empressa tan dificil con fuertes razones, mas ninguna le obligò. Tanta confianza le infundia su virtuoso zelo: y assi puesto en medio de la plaza la provocò à desafio; y ella viendo delante en el Leon toda la fortaleza de la virtud, le alterò no ligeramente, y moviendo furiosa sus siete horribles cabezas, se hallò cercada de dudosa confusion. La de pereza obligada de tan urgente necessidad, espaciosamente, y bocezando se levantò, y fue de parecer que se escusasse la batalla, y se rindiesse la Quimera à partido. La cabeza de Gula de mala gana dexò los manjares presentes, y llena la voca, mascando entre el sustento las razones, dixo, que la dexassen comer, y beber, y en lo demas dispuñesse à su volũtad el enemigo. La cabeza de Avaricia con extraña inquietud estaba fuera de si, ya volviendo los ojos al valiente Leon, ya à sus thesoros: temia por una parte perderlos, y por otra le quitaba la vida imaginar, si cõprar la paz, avia de ser à costa de dinero. La cabeza de Luxuria se hallò flaca, y casi perdidas las fuerzas. Mas en medio de tantos peligros, y cobardias, la cabeza de Soberbia se levantaba sobre todas, deseando poner debaxo sus pies la generosidad del Leon. La cabeza de Ira perdiò totalmẽte el juicio, y ciega se queria apartar de las demàs, y acometera fiero contrario; atemorizando con desmesurados gestos, è inficionando los ayres de viles infamias. La cabeza de Envidia estaba viendo el generoso valor, comiendose el pecho, enredada entre sus cabellos serpentinos, despedazãdose à si misma Al fin como gente ruin en gabilla acometieron al valiente Auricrino, y travòse la mas fiera batalla, q̃ viò el mundo. Guerra es la vida del hombre: esta fue un bosquejo de la q̃ continuamente tiene el alma con sus passiones. La carne milita con fuertes armas de deseos contra el espiritu; el espiritu contra la carne. Todos pelean en esta vida; pero la corona ninguno la alcanza, sino el q̃ legitimamente pelea. En tu volũtad, supuesto el Divino auxilio, consiste la victoria. Porque te rindes voluntariamente à tu enemigo, si deseas vencer, y el glorioso premio? No es ignorancia? Algun error te pervierte el entendimiẽto. En tãto que la Quimera, y el Leon combatian con igual esperanza de victoria, los circunstãtes lo estaban mirando: y Pardalin, el Lebrel, y Cisne se hallarõ necessitados à desnudar las armas contra nuevas Quimeras, que los acometieron.

La Quimera arbitrista, cabeza de Aguila, y cuerpo de alado Dragon, que vuela, y anda arrastrando, arrojaba desempeños, pobrezas, lagrimas, y aflicciones. La Quimera estadista, medio hõbre, y medio demonio, desalmamientos, agravios, mentiras, fraudes, alevosias, traicio-

ciones, y atheismos. La Quimera de ingenieros, medio gigante, y medio enano; en lo theorico mui metaphisica, en lo practico mui idiota, tiraba rios sacados de madre, fuentes desde profundo pozos à cumbres de montes, carros por mar, y naves por tierra. La Quimera Alchimista estaba como la de Nabucodonosor, compuesta de oro, plata, bronze, hierro, y barro, disparaba Planetas ignitos con poderosos influxos, hornos, ardiendo, alambiques, metales, aguas fuertes, azeites abrasadores, y piedras philosophales. La quimera culta, q̃ Horacio puso en el principio de su Arte Poetica, cabeza de Muger hermosa, cerviz de Caballo, Pescado feo, y toda vestida de plumas, q̃ entonces, fingiò, y oy molesta el Reyno, fulminaba insufrible roziadas de vocablos nuevos, exquisitos, baxos, sublimes, ociosos, y contrapuestos; granizo de Metaphoras tan confusas, que ni se veian, ni entendian entre Synecdoches, Metonimias, Hyperboles, y los demàs tropos en tropas. La Quimera de soberbios, medio Serpiente, y medio Pavon, arrojaba presumpciones, descortesias, torres de viento, y olvidos proprios. La de avaros, medio Grifo, y medio Mina, despedia baxezas, ignorancias, y desvelos. La luxuriosa Satyro, medio Hombre, y medio Cabra, vomitaba de un interior volcan humo, y fuego. La Quimera de iracundos, medio Osso, y medio Muger, fulminaba locuras, ceguedades, y precipicios. La de glotones, medio Buitre, y medio Onocrotaldo, inficionaba el ayre con enfermedades, crudezas, indigestiones, hambres, y muertes. La Quimera envidiosa, medio Perro, y medio Basilisco, vomitaba Viboras, alimẽto suyo, y corazones despedazados. La Quimera perezosa, medio Cadaver, y medio Deseo, arrojaba confianzas, esterilidades, sueños, y pecados.

Aviendo peleado nuestros soldados un buen espacio sin esperanza de victoria, volvieron à vèr el estado de la batalla de Auricrìno, y hallaròle cansado, y mal herido: y que la Quimera mientras mas se dilataba el combate, crecia en fuerzas. Acudieron à darle socorro; pero el cuerdo, y valeroso Leon, aora mas que en ningun tiempo, hallandose casi vencido, determinò volver las espaldas, por escapar la vida. Quisieronle detener los compañeros, reprehendiendo modestamente su flaqueza; y porque entendiessen, que no lo era, sino valor, volviò à la batalla, pidiendo, que le ayudassen; pero à pocos golpes entendieron todos perder las vidas; por salvarlas, persuadidos del Leon, comenzaron à huìr con risa de quantos lo mirabã, en especial de Democrito; y cõ lagrimas de muchos, en especial de Heraclito, cuyos sollosos apenas permitian entenderse estas solas palabras: *Quis possit lacrymis æquare labores?* Siguiòlos la victoriosa Quimera largo espacio y mientras mas los seguia, ellos ibã cobrando las pèrdidas fuerzas, valor,

lor, y reputacion: y ella desmayando de modo, que rendida sin aliento, y vigor, se dexò caer casi muerta. Volvieron contra ellos los fugitivos soldados, y quando Auricrino la echò las garras para despedazarla, aclamando victoria, se levãtò con nuevas fuerzas; y abrazandose al Leon, le diò tal vayven, que con un alto, y lamentable rugido, dixo: Ay de mi, muerto soi! favor amigos, favor. Acudierõ los compañeros, y mas le socorrieron cõ voces, que con otras armas; persuadiendole, que segunda vez se pusiessen en huida. Hizolo assi, y libres todos de sus abominables cabezas, volvieron las espaldas. Siguiòlos con nuevos brios el fiero monstruo, hasta q̃ cansado se volviò à rendir. Quando el Leon, y los compañeros volvian à mirarle, con su vista le influìan, è inspiraban aliento. Al fin ya determinados no volver à las manos con tan furioso enemigo, vierõ que sus defensores, y esclavos, digo los mũdanos, que avian venido en su seguimiento para vèr el sucesso de la batalla, hallando vencida su amada Quimera, la levantaron del suelo, infundiendola con sus regalos nueva vida, y que con uniforme regozijo se volvieron à la Ciudad.

Hallaronse los temerarios combatientes libres de la espantosa Quimera, en un bosque solo, cuyos arboles, y plantas regaba un crystalino arroyuelo, que discipulo de Democrito entre blancos dientes de guijas, riendo murmuraba el atrevimiento del Leon, y su cobarde huida: discipulo de Heraclito, con mas tardo movimiento, lloraba vertiendo lagrimas de perlas su desgraciada fortuna. Alli se arrojaron cansados, pensativos, y llenos de confusion. Trataron de curarse las heridas, que el dolor, y arrepentimiento de la passada culpa; fueron su saludable, y breve medicina. Y aviendo estado suspensos un buen espacio, y como enagenados de si, considerando el mortal peligro, en q̃ se aviã visto, rompiò Auricrino el silencio, y dixo: O prudentes Philosophos Democrito, y Heraclito, reid, y llorad, que aora podeis con mas razon, los irremediables trabajos del mundo: pero mas justamente mi locura; pues confiado en tan flacas fuerzas presumi vencer en singular batalla tan horrible monstruo; ignorante de la militar disciplina que se requiere. A costa mia quedo desengañado, y advertido, que de lexos sin llegar à las manos; y por decirlo de una vez, huyendo se vence esta, y semejantes Quimeras: que nuestra naturaleza inclinada siempre, y prona al mal, si con èl se abraza, con violencia se divide, como de su centro, y esphera. Conformes todos à su parecer, conferian los quimericos pensamientos de los mortales, advertidos de la razon, emendados de la experiencia. Los brutos se dexaron persuadir destos dos grandes Maestros. Mas (ò humana miseria! ò lastimosa ceguedad!) à los hombres, ni hace fuerza la razon, ni corrige la ex-

experiencia: pensamientos, que se terminan à corruptibles, y limitadas espheras, artifices son de vanas Quimeras: honra del mundo, que no se funda en virtud, deshonra tiene por remate, Quimera es. Busca la eternidad en todas tus acciones; huye los vicios, no los acometas, que por el mismo caso te desnudas las armas, que pueden dar victoria, quando llegas vestido de necia confianza.

El Cisne cansado, y ofendido, assi de las vanidades del mundo, como de sus exercicios al revès: alentado tambien de un suavissimo Favonio, si ya la vecina muerte no le animaba, dulce al justo entre tantas amarguras, regalandose con ella, presagio de otra feliz vida, como si capaz de gozarla, cantò tiernamente, y luego se despidiò de Auricrino, y sus compañeros, entrandose à lo interior de aquel desierto.

CANCION A LA MVERTE.

Qvisiera conocerme, y conocerte,
O muerte! de cobardes fiero espanto,
De fuertes, ni esperada, ni temida:
Si te conozco, me conozco muerte,
Muero desde que vivo, porque tanto
Ha, que perdiendo voi el tiempo, y vida:
Yo soi el homicida
De mi mismo, yo soi el instrumento,
Aunque ignorante no la muerte siento,
Sino el ultimo instante,
Que acabo de morir, por ser bastante
El solo, indivisible, y successivo
A verme muerto, y conocerme vivo.
Què es lo espantoso (muerte) què lo fiero
Que te infama cruel, y formidable,
Te ofende en vano, y tu opinion desdora?
Si al comun sentimiento me refiero,
Es lo triste de un fin inevitable,
Por quien el mundo vive, y necio llora;
Mas el sabio no ignora
Tu ser, que es privacion, un ente vano,
Y el miedo te ha infamado cruel tyrano:
Debiendo hombre à si mismo
Temerse, si temer debe el abysmo;
Que obrando mal, accion es mas debida
La muerte desear, temer la vida.

Hija

Hija de culpa eres; los errores
Que apetito infundiò al entendimiento
Por un deleite mal considerado
Pudieron encender ciegos amores,
Dando la voluntad consentimiento,
Origen flaco del primer pecado:
Este el ser ha formado,
A tu no ser, que annula lo que ha sido,
Por esto odiosa, y èl apetecido;
Tanto puede un engaño,
Que aborrece el provecho, y ama el daño:
Muera al pecado quien la vida quiere,
Porque quien nunca peca, nunca muere.

Seas, pues, entidad, ò nada seas,
O monstruo horrible de figura extraña,
Que mueves guerra, sola no es creible;
Por crueles tus armas, no por feas
Se temen; donde estàn? no tu guadaña,
Que un modo de union corta indivisible;
Que tienes mas horrible?
Vivo padezco, y quando estàs presente
Ni el alma puede obrar, ni el cuerpo siente;
Mas bien considerado
Tu estimulo cruel es el pecado:
O armas fieras! que condenan luego
A gusanos el cuerpo, el alma à fuego.

Muera el pecado, pues, viva la gracia,
Y la vida serà muerte penosa,
La muerte serà vida siempre amable;
Fin de trabajos, libre de desgracia,
Corona de los triumphos gloriosa,
Y possession de un bien nunca mudable.
Quien navega el instable
Mar proceloso, y puerto no desea?
Sin nubes de ignorancia el Norte vea;
Tienelas nuestra vista,
Pues no le vemos: voluntad conquista
Con violencia estas Indias si se esfuerza,
Porque el Reyno de Dios padece fuerza.

Un bien incomparable, ò muerte amada!
En ti se halla, que con tu venida

Cessa el pecar, terrible desventura!
La llama del vivir queda apagada,
Que tuvo la del fomes encendida
De peligro mayor, que hermosura;
Tu presencia assegura
(Vencido el mundo ya con su malicia)
La corona triumphante de justicia;
Y el bien de mas ganancia,
Que es el immenso don, perseverancia;
Y al fin à todos puedes ser de gusto,
Al malo no pecar, salvarse al justo.
Vida erumnosa solo puede amarte
Vn insensible ciego, apeteciendo
Tu azibar miel, y tu fealdad belleza:
Trabajos en seguirte, y en dexarte;
Trabajos en vivir siempre muriendo:
Trabajos en la misera pobreza:
Trabajos de riqueza
Siempre identificada con cuidados;
Y mas trabajo ocasionar pecados;
Trabajos no tenerlos;
Porque està el merecer en padecerlos;
Y la mayor desdicha es del dichoso,
Que sin trabajos vive siempre ocioso.
Vive ya de una vez; porque es locura
Comenzar à vivir en cada hora;
Muere à ti mismo, y viviràs contento;
Vida, que en sus periodos no dura,
Y que nueva ocasion pierde, ò mejora;
No es durable, fundada està en el viento:
Que es flaco el fundamento
Iterado mil veces del que aspira
A la verdad, buscando la mentira:
Que la verdad es una
Libre de las mudanzas de fortuna,
Y solo es edificio estable, y fuerte
El que se erige en basas de la muerte.
Al sueño llaman de la muerte imagen,
Si la muerte no es imagen suya;
Original, y copia assi conforman;
Duerman los hombres, sueñen, y trabajen

Hasta

Hasta que salga el Sol, la noche huya:
Y si especies mas gratas los informan,
En Reyes se transforman;
Hartase su ambicion, mas no es probable
Aun por sueños la sed, que es insaciable;
Todo florido prado
Es de Venus, y Baco profanado,
Gozan su vanidad, y à la mañana
Trabajo, y gusto es sueño, es sombra vana.
Siendo una misma cosa muerte, y vida,
Bien concierta, que mar tambien lo sea
Vida alterada con borrascas locas;
Navega el hombre, nave combatida
De vientos, y de olas; y desea
No tomar puerto, bien que en altas rocas
Se rompa, ò abra vocas,
Por donde haciendo agua, al hondo suelo
Se precipite presumiendo Cielo,
Si yo monstruos infieles
De culpas no la tragan, ò crueles
Sirenas con su musica sonora
Dulces le engañan, dulce muere, y llora.
Corre el arroyo claro, y sus crystales
Se rompen entre guijas, entre arenas
De oro, y lisonjea delicioso:
El Rio se despeña con raudales,
Adornase de margenes amenas,
Corre soberbio, quanto caudaloso:
Triste fin, ò dichoso
No atienden, y contentos al mar llegan;
Dulces passarle quieren, y se anegan:
Seanse, pues, los hombres
Arroyos pobres, rios de altos nombres,
Que rios, y hombres de una misma suerte
Ha de sorber el mar, tragar la muerte.
Nace la flor hermosa en el Aurora
Mas alegre de Abril, entre esmeraldas
Que rompieron sus hojas carmesies,
Perlas sobre ella, y risas la Alva llora;
Y dase agradecida à sus guirnaldas
Mas preciosas que de oro, y de rubies:

O esperanza no fies
En la hermosura de sus hojas bellas;
Que si al brotar desluze las estrellas,
Apenas el Sol biere
El Orizonte opuesto, quando muere:
Y en mortal noche su hermosura humilla
La que naciò en el Alva maravilla.
Impulso artificial la rueda mueve:
Sus arcaduzes llenos, y vacios;
Vnos levanta, otros precipita:
Con verde gallardia la hoja leve
Por Noviembre acometen Cierzos frios,
Y palido el vestido se marchita:
Bien que el arbol compita
Soberbio con las nubes, le destroza
El voraz tiempo: la enramada choza
Igual desdicha aguarda,
Que la torre mas firme, y mas gallarda:
Vn mismo riesgo todo el mundo corre
La rueda, la hoja, el arbol, choza, y torre.
Cancion, si es bien morir, tu edad es larga,
Tu musica penosa,
Muere para vivir, y en paz reposa.

APOLOGO XXIIII.

Que los soberbios no se conocen.

RECostados en la apacible margen del arroyuelo crystalino gozaban el Leon, y sus compañeros los templados rayos del Sol, quando en un punto descubriò el tiempo su mudable condicion: confundieron las nubes entre obscuras sombras el Orizonte, despidiendo tantas, y tan continuas aguas, que se pudo rezelar otro universal diluvio. Vn Cierzo, que en montes de nieve se armò de frio, combatia los arboles, y procuraba impedir con prisiones de yelo las acciones à todo viviente. Viendose los brutos por todas partes cercados del enemigo invierno, y advertidos en la passada aventura, que no siempre resistiendo se alcanzò victoria; quedaron desengañados, que conviene muchas veces ceder al tiempo; y assi conformes huyeron sus invencibles armas. Hallaron cerca, que no fue poca dicha, el abrigo de unas empinadas rocas, y en ellas una cueva levantada del suelo; que aunque parecia artificial, era obra de naturaleza, para oficios de piedad provida, y vigilante, como en las demas obras de la generacion, y conservacion del universo. Alli recogidos à vista de las aguas, que naturalmente con agradable triste-

za ſuſpendian los penſamientos, rogaron al Lebrel contaſſe alguna hiſtoria, para entretener el tiempo, mientras los daba licencia de ponerſe en camino: lo qual hizo de buena gana, obligado de ſu deſeo, convidado de ſu atencion, y dixo aſsi:

Yo (Auricrino famoſo) ſoi natural de Irlanda, à quien los Griegos llamaron Hibernia, Isla Septentrional, abundante de toda caza, principalmente de Javalies, mas que otra del mundo; y por eſto parece diſpuſo el ſoberano Autor de la naturaleza, que alli ſe criaſſen los mejores Lebreles. Crième en los exercicios de mis mayores, excediendo à mis iguales en fuerzas, velocidad, valor, y deſtreza. A la fama de eſta Isla deleitoſa vino Diana, acompañada de ſu hermana Palas, à la qual convidò para fatigar aquellos boſques, y ella aceptò con guſto; porque ſiendo Dioſa de la ſabiduria, y de la guerra, ceſſando eſta, le agradaba ſu imagen. Vieronme acaſo rendir un valiente Javalì: admitieronme en ſu gracia, y mandaronme quedar en ſu ſervicio con grandes eſperanzas de ſingulares mercedes. Paſſados algunos dias, llegò un correo de parte de ſu hermano Apolo a Palas, que la pedia acudieſſe con preſteza al Parnaſo à echar de alli un exercito de malos Poetas, que eſcalaban ſu cumbre à peſar de las herraduras de Pegaſo; y que corrian peligro de ſer profanadas las nueve hermanas, y ſagrada Helicona; en neceſſidad tan urgente fue forzoſo partirſe luego. Yo aficionado al eſtruendo militar, pedi licencia à Diana, y acompañè à Palas haſta el monte; en cuya falda eſtaba fortificado con trincheras de libertades confiadas, y vanas preſumpciones, un campo innumerable de verſiſtas. Y lo que notè particular, que entre ellos (mal pecado!) auia un grande numero de los que por eſcripto de mano, ò impreſſo auian dicho blasfemias de otros Poetas, y deſpreciado el arte, como ſi eſſencialmente no ſe ajuſtara à leyes de razon. Y porque no es de mi propoſito eſcribir eſta guerra, ſolo digo, que aviendo convocado Palas à Ariſtoteles con ſu Theorica, y à Homero, Virgilio, Horacio, Torquato, Petrarcha, Garcilaſo, y otros, con ſu practica, facilmente pueſta en huida, emboſcandola en ſombras de confuſion.

En otras honroſas ocaſiones, acompañè à la valiente Dioſa, haſta que por mandado de Jupiter tremolò vanderas, y tocò atambores, convocando un poderoſo exercito contra la vanidad, haciendo otro tanto Marte, y Belona; lo qual deſpues no tuvo efecto, por no acabar el mundo antes de ſu fatal deſtino. Si bien en las Cortes generales, que vimos, ſegunda vez ſe intentò (en vano) remediar tantos males. Con eſta ocaſion pareciẽdo à mi ſeñora, que la guerra forzoſamente ſeria larga, me eligiò por menſagero, à titulo de leal, y fiel, para ſu tia la

Diosa Ceres en Sicilia, pidiendola provision de trigo, como siempre la solia acudir; que Palas sin Ceres se desnuda el arnes, y Ceres sin Palas, y su proteccion dexa el arado, y desata las coyundas. Partime diligente, lleguè a Sicilia, hallè à la Diosa Labradora en su fertil cosecha: recibiòme amorosamente: propuse la causa de mi venida, y como enseñal de amor, y parentesco la enviaba su sobrina dos artes, que avia invẽtado; la una de criar seda; la otra de labrar papel: declarèla el modo como yo estaba instruidò, y que por hallarse tan ocupada en la guerra, se las remitia, para que las pusiesse en execucion. Grande fue el contento, que recibiò Ceres desta embaxada, en especial con la nueva invencion de artes tan admirables, y provechosas. Prometiò enviar provision necessaria para la empressa, q̃ tenia entre manos, mas à pocos dias vino segundo correo, con quiẽ le daba cuenta como Jupiter avia mudado parecer (vaya esta con las demas imperfecciones de su deidad) pareciendole, que todo el mũdo es vanidad; y que los tocados deste pestifero viento harta guerra traen cõsigo, y con la muerte, à cuyas manos vencidos, quedan desengañados. Encomẽdãdo, pues, la cultura de las tierras à sus mayorales, no olvidãdose de visitar algunas veces por si misma la labor, se entregò à la practica de las dos artes, q̃ Palas invẽtò, mandandome quedar en su compañia, y escribiendola me tuviesse por escusado. Yo me quedè con gusto, por el que mi natural inclinacion recibia de vèr, y saber cosas dignas de admiracion. En el discurso, pues, de dos años labrò tanta seda, y papel, que lo comunicò à la mayor parte de la tierra, ocupando lo uno, y lo otro en diferentes ministerios la humana industria.

Agradòse tanto la Diosa destas dos obras, que por ennoblecerlas, y hacer algũ serviciò à su hermano Jupiter, pues, le cabia tanta parte, siendo inventadas por la hija de su cabeza, determino hacerle un presente: gozosa tambien porque no necessitaba de Mercurio, y sus engaños para la embaxada, pues por una carta se podia declarar. Escribiòla, y mandando cargar diez Camellos de resmas de papel, sedas labradas, y por labrar, telas, damascos, terciopelos, tafetanes, tabies, brocados, con todo genero de vestidos: y tambien de pan sembrado, y masado por sus manos, me diò cargo de la embaxada, como à quiẽ tenia cobrado credito de leal. Agradecila esta merced tan desigual à mis meritos, y partime contento de ir Embaxador no menos, que el Rey de los Dioses. Lleguè despues de largas jornadas al monte Olympo: Entrè al Palacio de Jupiter, saquè à luz el presente: diòme audiẽcia su Magestad, puse en sus manos la carta, y admiròse el ignorante Dios de la nueva invencion, alabãdo à Palas, agradeciendo à Ceres, y deshojandose en vèr, y leer la carta tan blanca, y curiosa. De todo el presente tomò solo un blanco pan,

una mano de papel, y una ropa de levantar de damasco negro, aforrada en tafetan, y lo demàs mandò guardar, y que me aposentassen en su Palacio con todo regalo.

Algun tiempo me detuve viẽdo sus grandezas, y las de aquel celestial monte: en el qual avia yerbas de virtud increible, y entre las demàs una, que à quien la comia daba poder para convertirse en varias formas, como otro Protheo: pero sin permissión del Dios Olympico no se conseguia tan admirable efecto; ni aun era licito tocarla. Yo aspirãdo à mayor fortuna, porque la que me avia levantado à tanta grãdeza, infundia cõ los nuevos favores nuevos pensamientos al corazon de tocar la cumbre de humana felicidad no contento con mi suerte de Lebrel, incapaz de mercedes divinas, deseaba ser hombre, si de algun modo me podia ser possible desear eficazmente, y conseguir otra naturaleza; pues necessariamente la primera avia de quedar destruida. La fuerza del deseo me cerraba los ojos à estas dificultades de Philosophia; y assi un dia despues de comer, q̃ estaba Jupiter medio borracho, le pedì licencia de comer aquella yerba; èl me la diò estendiendo su virtud à termino de un año, para deliberar la condicion, estado, y naturaleza de las humanas criaturas en que me determinaba transformar: advirtiendome, q̃ el nobilissimo linage de los hombres, tanto es mas sujeto à trabajos, quanto mas excelẽte su ser; porque desta suerte con proprio valor, y hazañas conquisten el honroso fin, para que fueron criados, sujetando los vicios con armas de virtud. Encareciòme el excesso deste favor; grande por cierto, y peregrino: dile las gracias, salì de su presencia, comì una hoja, y sin guardar voluntad mia, al pũto me convertì en monstruo fiero, y horrible, que llaman Lisonjero; que en los Palacios esta suele ser la primera transformacion. Considerè, que aquel era el primario efecto de la yerba, y de su essencia, y las demàs transformaciones dependentes de la voluntad: y assi fuè, porque luego que tuve voluntad eficaz de volverme à mi ser, me hallè como antes. Mas por quedar del todo satisfecho, y seguro, quise hacer nueva experiencia, y ofreciòseme buena ocasion: porque saliendo Jupiter a recrearse por aquellos hermosos jardines, acõpañado de muchos Grandes, y otros señores de su Corte, vì uno, que en mil ocasiones se mostraba adulador manifiesto cõ enfado de los demàs, y agrado del necio Jupiter, q̃ no le conocian. Yo convirtiendome en todos los colores, fuera del roxo de verguenza, q̃ en este no se muda el lisonjero; porque no la conoce, ni en blanco de sencillez, y verdad; me estendì por todo su vestido, dexandole agironado à maravilla. A los mas de los presentes no hizo esto novedad, porque le conocian; à Jupiter sì, que volviendo los ojos, y viendole assi vestido, le indignò asperamente de su descomedimiento, y le mandò

dò despeñar del monte, para escarmiento de otros. Executòse el mandato, aviendole conocido el Rey por lisonjero, y yo me volvì à mi natural, gozoso con la cierta experiencia de yerba tan provechosa.

Dexè à Jupiter passeando las amenas cumbres del Olympo, y yo retirème à Palacio, para vèr aquellas grandezas: entrè à la sala, en q̃ Jupiter me diò audiencia, y estando con atencion admirando los ricos tapizes, escritorios, bufetes, espejos, y pinturas; llamaron à la puerta, y volviendo la cabeza, vì un Gusano de seda, vestido con unos andrajos de lino, y una muleta en la mano, triste, y macilento; el qual viendo sobre un bufete la carta, mano de papel, y ropa de levantar, q̃ yo avia traido à Jupiter de parte de Ceres, los hablò de esta manera.

Si los ricos, y poderosos suelen agradecidos à la mano de quien tã tos bienes reciben, comunicarlos por modo de limosna à pobres miserables, que otro tiempo se vieron en mejor fortuna, y fueron parte de su grandeza; yo pobre, y abatido llego à vuestras puertas; ò Papel ilustre, y noble Damasco! à pedir limosna implorando vuestro favor, para salir de la miseria, en que me veo; pues no solamente es debida à vuestra piedad la general limosna, que à pobres repartis, sino tambien lastima, y dolor, que os obligue con precepto de ley natural dàr la mano à un pariente tan cercano, que soi padre tuyo, ò Damasco! acompañado de los padres del Papel, que son estos andrajos. Vergonzoso llego, encogido hablo, viendome en tan miserable estado; y soi en esto culpable, que un padre de qualquiera suerte, y en la fortuna mas humilde puede mandar à sus hijos: principalmente libre de culpa en su pobreza, y mendiguez, qual yo estoi. Pues acaso un sirviente mal considerado, entre los excrementos de los demàs gusanos, en cuya compañia yo trataba de labrar mi provechoso sepulcro al tercer sueño, en que me ensayaba para el ultimo de la muerte, me arrojò à un muladar, adonde despertando, y hallandome elado de frio, me cubrì estos trapos de lino, viejos, sucios, y desechados: y sabiendo vuestra privanza, y prospera fortuna, vengo à que recogiendome useis piedad, y cumplais obligaciones. Levantòse la mano de Papel, la ropa de Damasco alzò el cuello, y viendo al pobre animalejo sucio, y asqueroso, que con sus andrajos se preciaba ascendiente por linea recta de su prosapia esclarecida, se indignaron de modo, que no sabian como responder à tan ruin sugeto. Quiso la mano de Papel assentarle una buena manotada, y la Ropa ahogarle entre sus brazos: pero la Carta, si bien no menos indignada los detuvo, y se ofreciò à tomar la justa venganza, y responder à sus desvergonzadas razones desta guisa.

Gusanillo vil, que del polvo de la tierra te levantas à profanar el sacro Palacio del Olympo, que sober-

bio viento te ha traido à nuestra presencia? tu deudo? padre tu, de quien hombro à hombro se passea con Jupiter soberano? y vosotros Trapos viejos, padres mios?padres, de quien Jupiter trae en sus palmas? Locos sin duda estais, y por serlo os perdonamos; partios luego de aqui, sino quereis, que el palo,q̃ os sustenta en la mano,sea instrumento de vuestra merecida muerte. Temblando, y con lagrimas en los ojos escuchò el pobre gusanillo, y sin atreverse à volver respuesta. volvia las espaldas, quando yo ardiendo en ira le detuve; y volviendome à los soberbios privados, dixe: Gente barbara, y cruel, violadora de leyes humanas, y Divinas, possible es que à tanto llegue vuestra ambiciosa soberbia, que os olvide de vosotros mismos, y de vuestros progenitores?Por ventura hazeos mejores que ellos, esse favorcillo de fortuna,que os levanta? esse lustrecillo, q̃ os arma Caballeros? no porcierto: antes la virtud heredada, y que os debia honrar,la olvidais, y poneis debaxo los pies,y os preciais de los vicios, que exteriormente con los necios del mundo os acreditan.

Ad populum phaleras: ego te intus, & in cute novi.

Y pues tan altos no quereis baxar los ojos à conoceros, y preciaros de la verdadera nobleza, obra serà digna de agradecimiento, renovaros la memoria de vuestros principios, como testigo de vista, y sin pasion. Tu Papel, eres hijo de trapos viejos: los primeros padres fueron unos granos de lino,estos sembrò Ceres en fertil tierra. Nacieron los hijos,dieronse à criar à una cenagosa laguna,la qual ablãdò tu aspera condicion;pero no todo lo que convenia, y à palos, por fuerza se hicieron mas suaves, y tratables. Desta suerte disciplinados los llevaron en unas sacas à vender como esclavos en un publico mercado, y las hilanderas, aviẽdolos bien mirado si tenian alguna tacha (que no pocas solian tener) por dentro, y fuera, no contentas de su condicion, pareciendoles demasiadamente aspera,è intratable, la ablandaron,castigandolos con peines de hierro. Ya con tantos castigos emendados se entregaron à la rueca en manos de mugeres: despues èl hilado lo asparon, y cozieron las madejas entre ceniza. Devanaronlo, y texido, y curado sirviò à diferẽtes oficios, unos humildes, otros mas honrados. Passado algun tiempo se convirtiò en inutiles andrajos, que arrojados entre basura à muladares, fueron recogidos de picaros, y llevados al molino,adonde despues de muchas aguas, y tormentos quedaron convertidos en papel. Considera, pues, aora de quien eres hijo; porque si no te conoces, ni conoces tus padres, vano, y soberbio, todas estas acciones, y fortunas refiero por viles, y de esclavitud: pero si te conoces, y los conoces, se pueden contar por loables;pues han producido un ai-

hijo tan util al humano comercio. El Damasco, si bien hijo de Gusanos, en ellos descubriò Dios grandes efectos de su providencia, y grā de motivo para alabar sus maravillas. Vna pequeña simiente aviva en el pecho, actuada del natural calor: crecen los gusanitos, fabrican, precediendo admirables circunstancias, su capullo, ò sepulcro, adōde se entierran vivos. Mueren, resucitan convertidos en blancas Mariposas; producen semilla de loable generacion, y mueren contentos por dexar la seda tan hermosa, y rica, para el servicio de Dios, y de los hombres. Supuesto lo dicho, porque tu Raposa de seda te ensoberbeces, y desconoces tus padres? Ea, tomad exemplo del pan noble, que no se afrenta de los trabajos, dolores, y aprietos, que passa para el sustento del genero humano; y entonces mas contento, quādo sirve à su Criador; por lo qual es digno que le ocupe en mas altos ministerios; y quando humilde dado de limosna se vè en manos de pobres, ò escondido en sus senos, para multiplicar en el Cielo al tiempo de la infalible quanto fertil cosecha, immēsos thesoros. Aprobò mis razones el Pan, que alli estaba, y llegòse à cōsolar al desarrapado gusanillo, y à comunicarle sustento; pero el vano Papel, y Damasco, si bien cōfusos, y vencidos de estas verdades, soberbios me respondieron: Que la presente fortuna les era favorable, y que seguian sus passos, corespondiēdo à las obligaciones del favor, y merced, que recibian. Que si examinaba los principios, todos eran tierra, y no por esso infames; pero si proprios merecimientos, y fortuna los subiò à tal estado, razon era en èl distinguirse de la humilde plebe: Principalmente, que pues por trabajos, y peligros avian adquirido su grandeza en manos de los Gusanos, Trapos viejos, y demàs plebeyos, estaba semejante gloria, mostrando valor, si le tenian, para huir la ociosidad, y no rendirse à las adversidades. Disculpas son essas (respondi yo) que à los soberbios del mundo satisfacen, y con que pretēden confundir la razon, y ofuscar en tinieblas su luz hermosa. Es verdad, que el principio de todos es uno; y que valor, y fortuna adelantan los linages, pero esso ha de ser motivo de soberbia? ò ha de serlo de humildad? agradecimiento à Dios? observancia de sus preceptos? y correspondencia à la virtud de sus passados? El grano de Trigo por valor, y fortuna ha llegado à la grādeza, que tiene de pan hermoso en manos de Jupiter, y de alimentar su real persona, y esto sin que en sus principios se vea accion baxa, y vil. Por esso es soberbio? desprecia à los demas? no porcierto. El grano de lino por trabajos, valor, y fortuna se levanta à la grandeza de Papel, passando por viles oficios, y muladares, y por esso debes (ò vanissimo Papel!) con mas razon ser humilde, que esse lustre, y blancura dissimula, pero no desmiente las flaquezas de tu naturaleza:

Cæcum vulnus habes, sed lato balteus auro Protegit. La seda, yo confiesso que de Gusano tambien se encumbra à estado sublime, y esto por medios honrosos, y admirables, por lo qual es mas culpable si degenera de su virtud: *Nam quanto vita illorum præclarior, tanto horum socordia flagitiosior,* dice el meritamente primero en la Romana historia. Por tanto, los nobles no vivan engañados, si piensan, que lo pueden verdaderamente ser sin virtud; ò que por hallarse ensalzados en la rueda de fortuna los vicios le son permitidos: y sino te conocen, persistiendo en la obstinacion, que esta Ropa de seda, y este Papel; conozcan, aunque no quieran, que si diferencian en la vanidad, y en el lustre de la vida, es de poca importancia, siendo el fin uno. A este tiempo el Gusano con los trabajos que avia padecido, muriò; y yo convirtiendome en fuego por virtud de la yerba, que avia comido, abrasè Ropa de seda, Papel, y Gusano, y todo quedò resuelto en ceniza. Reduxeme à la antigua forma, y esparciendo las cenizas por el viento, dixe: esta es la gloria del mundo. Quien aora distinguirà las cenizas del noble, y del plebeyo? Dichosas una, y mil veces las almas immortales, à quien Dios ha de juzgar, y distinguir, segun sus merecimientos.

APOLOGO XXV.

Fiestas Bacbanales.

Con obstinada porfia continuaban las nubes sus aguas, resonando los peñascos, y arboles de montes, y selvas natural musica, por el combate de encontrados vientos: dissonancia, que infundia agradable suspension. No era menos la que causaba en los oyentes la historia del Lebrel: el qual convidado del tiempo, y de la curiosa atencion de sus amigos, prosiguiò diciendo:

Despues que Jupiter me despachò con una carta mui amorosa, y agradecida à la Diosa Ceres, dexè los sacros Palacios, y monte Olympo, por extremo contento de la merced recibida, resuelto de mudar naturaleza, y transformarme en la de hombre: por ser la mas noble de la tierra, y escoger cuerpo, estado, y modo de vida conformes à mi deseo; pues la merced del privilegio no era limitada. Baxè del monte, entrè en una insigne Ciudad llamada Pelima, de las mas politicas, y famosas de Thesalia; pero hallè las cosas mui al contrario de lo q̃ publicaba la fama de aquella Republica; porque me pareciò (y no fue juicio severo, ni falso) una gran casa de Locos. Luego se me ofreciò si los juntaban allí de todo el mundo para curarlos. Tãta era la gente, tãtas sus locuras. No di credito à esta imaginacion; si bien no hallè salida

à mi

à mi dificultad por entonces. Y aũque las palabras no pueden representar al vivo lo que vieron los ojos, oyendome, aprobareis mi opinion, y quedarè disculpado de mi rigorosa censura, entre los que aplauden semejante abuso.

Oianse por todas partes voces, risas, algazaras, y varios instrumentos, unos concertados en bailes, y saraos, otros dissonantes en tropas, y pandorgas: hombres, y mugeres mezclados corrian de una parte à otra con mil juegos, y entretenimientos, hablando, y cantando deshonestidades, indignas de repetirse. La gente principal à pie, y à caballo en mascaras, y distraces, solicitaba con su exemplo, y descompostura al Pueblo, que en quadrillas se hacia pesadas burlas; de lo qual resultaba reirse unos, llorar otros, y no pocas veces venir à las manos, y suceder lastimosas desgracias de heridas, deshonras, y muertes. Tirabanse naranjas, manzanas, y otras frutas, è immundicias, à lo qual respondian algunos con piedras. Cubrianse de salvado, harina, y ceniza; y sucedia un diluvio de geringas, y calderos de agua por ventanas, y puertas. Las calles estaban llenas de invenciones, engaños, y burlas, abrasando los vestidos con estopas, y polvora, dandose pesadas vayas, y matracas. Los vanquetes, festines, y borracheras no tenian numero. La razon estaba aquellos dias aprisionada; reinaba el apetito, y sus passiones. Reprehendian la modestia, y virtud; celebraban la desverguenza, y vicio. Finalmente se veia cumplido lo que dixo elegantemente Lucrecio à otro proposito.

Claudicat ingenium, delirat linguaque, mensque;
Omnium deficiunt, atque uno tempore desunt.

A lo que mas se estendia su locura, era à los perros; el mundo parece se conjuraba contra ellos, ninguno vivia seguro; à unos manteaban; à otros con sogas atravesadas por las calles levantaban à los tejados, y daban con ellos terribles perradas en el suelo: ponianlos mazas en las colas, y obligados à huìr, se molian, y quebrantaban los huessos.

Viendo yo tales, y tan abominables desconciertos, casi tan fuera de mi, con la admiracion, y tan loco como los hombres, que miraba recatado, y confuso, me arrinconè en una calle, esperando alguna persona menos furiosa à quien preguntar. *Quæ tanta insania cives?* Confiesso una verdad, que viendo estos desordenes, casi se me quitò la gana de ser hombre: porq̃ si por amor de la naturaleza racional lo deseaba, y por la excelencia de sus potencias, y operaciones; ya miraba los hombres mas brutos que yo mismo. Estando assi, comenzaron grandes voces, y risas. Luego vì un Alano, que venia huyẽdo, y atropellando quãto encontraba con una grande maza de cencerros en la cola. Còmpadecido le salì al encuentro, y le detuve, no sin dificultad; porque iba ciego de temor; quitèle la maza canora (digna es la maza de este culto epi-

epitheto, tāto como la lyra de algū presumido) y animandole, y reprehendiendole, dixe: Detente bestiā cobarde, que huyes? ò que temes? quatro cencerros te ofenden, y acobardan? Reparò algo reportado el fugitivo Alano, y respondiò: Poco te parece (noble Lebrel) que me ofendan las espaldas badajos de cēcerros? ò que me aturda los oìdos gente cencerrista sintemple, ni consonancia? huirè por no oirlos à un desierto. Sosiegate, le repliquè, que no con mortal sentimiento se vencen estas calamidades, sino con prudente desprecio: si quando temias los cencerros, y los sentiste à tus espaldas: si quando à tu pesar los oiste mas cerca con valor, y silencio te recogieras à tu casa, poco te podian ofender sus alborotos, y badajadas. Las miserias, y flaquezas desta vida, constancia las sujeta, y aun las aniquila: no toques tu los cencerros; y ellos quiebrense entre si, y à otros las cabezas. Pero dime, por lo que à nuestra especie debes, que locuras son estas? Bien pareces estrangero, respondiò el Alano, pues estrañas tan abominable abuso. Celebranse estos dias los sacrificios, y fiestas Bachanales, assi llamadas de Baco, Dios de los borrachos; y por esso el que mas bebe, se precia mas religioso à su Deidad, ò borracheria. Bien, bien (dixe yo entonces) noticia tengo destas fiestas: y me acuerdo aver oìdo, que en España se usan otras semejātes, tāto, que tienen el mismo nombre en Latin; y en Castellano se llamā Carnestolendas, puesto qūe el motin es diferente: porque estos de Thessalia son Gentiles, y obran barbaramente, dexandose guiar del engaño de sus falsos Dioses; ciego à toda razon, y ley natural, por la qual pudieran aver alcanzado un primer motor, que mueve los Cielos, y los demàs cuerpos naturales, sino quieren conceder processo infinito en las causas absurdo intolerable en buena Philophia, como enseñò Aristoteles. Pero los Españoles tanto son mas culpables, quanto son mas politicos, y los primeros del mundo en todo genero de buenas letras, y armas, como sus libros, y Reynos conquistados lo testifican: y lo principal, fundados en infalible verdad de Religion, que los prohibe tales descomposturas; si bien estàn ya mui moderadas por la continua persuasion de gente desengañada, y santa: pero el vulgo siempre es indomito; quando le aplican la espuela piensa q̄ le tiran el freno; y quando le dàn la sofrenada, que à un caballo desbocado hiciera tener à raya, la malicia le hace pensar que le abotonan el azicate en los ijares. Digolo, porque es quien principalmente sustenta en aquel nobilissimo Reyno, cabeza ya por sus invencibles armas del mundo, esta memoria: y hacela mas aborrecible, y vituperable la ocasion en que se celebra antes del tiempo santo, y del dia en que los dicen en la cara, y ponen en la frēte el principio, y materia de que

fueron criados, y en que se han de convertir polvo, y ceniza: oy locos, mañana cuerdos: y assi à este proposito viene el dicho arrojado de la otra gente perdida: comamos, y bebamos, que mañana moriremos. Mas adonde voy? No passemos adelante en esta materia, que alguno de los que estàn por aqui cerca serà Español, que ya por todo el mundo estàn estendidos, y son gente en opiniõ de otras Naciones arrogante, y mal sufrida, y tendrèmos alguna pesadumbre. Envidia es (replicò el Alano) ocasionada de la gloria merecida por sus generosos corazones.

Estando divertidos en estas platicas, un Palanquin apartandose de otros compañeros, con el dedo en la boca, persuadiendo à todos silencio, en la otra mano una sarta de cencerros, passo entre passo con mucho tiento llegò por detràs à echarme la afrentosa maza: yo que estaba sobre mi, y fingi que no le avia visto, assegurèle lo que pude, y quando pensò cogerme la cola, se hallò casi muerto de espãto, la mano entre mis dientes, con ellos se la hice pedazos. El grã dolor no le diò lugar à la venganza: pero los demas que lo vieron, aunque atonitos del inopinado furor, unos empuñaron piedras, otros palos. Mas el Alano viendo à punto de pelear el cercano esquadron, retiròse con buen orden. Yo, hecha la señal de acometer, quando vi que comenzaba à rociar la artilleria de piedras, cerrè furiosamente, dexando heridos, y muertos algunos de los mas atrevidos. En medio de la encendida batalla oì una voz, que dixo: Muera, muera este perro cruel, que rabia. Apenas lo huvo dicho, quando se levantò una rabiosa voceria: Al perro que rabia, al perro que rabia: matadle, muera. Con esto unos huìan, otros acometian prevenidos de armas ofensivas, y defensivas; y lo que peor era, de espadas, y lanzas, contra las quales en mi no avia bastante defensa. En diciendo, que rabia el perro, ha de rabiar, aunque sea por naturaleza Saludador, y traiga carta de examen. Hallème perdido, y sin esperanza de escapar la vida: con todo esso, viendo que avia solo un camino, y esse lleno de peligros para librarme, y que avia de ser huyendo, volvi las espaldas, haciendo de quãdo en quando rostro, y lleguè à la plaza mayor, pero avia llegado antes la voz de mi rabia. O vulgo rabioso, de cuya bestial opinion pende la de una persona honrada! quien se podrà defender de vuestra voceria, y conjuracion? honra en efecto de mundo, que està en la comun fama, no en el sujeto que la merece. Fulano rabia, dicen los mismos, que rabiã de malicia, y de envidia, y que fundamẽto tienen? que lo dixo uno cõ algũ pequeño indicio, y ya se dà por cosa publica, y por desobligado el q̃ lo dice à satisfaccion. Las cosas passã de esse modo: miseria es de naturaleza, culpa es de malicia: solamẽte el Cielo puede poner remedio, como èl solo darà infaliblemẽte el castigo. Yo

Yo rabiaba, porque el vulgo lo queria assi: entrème debaxo de unas mesas, y desde alli reparè, que un lado de la plaza estaba ricamente aderazado, y sobre magestuoso Throno el Padre Baco, idolo desnudo, y bien fornido, y de un mancebo embriagado, coronado de pampanos, y razimos, cercado de parras, y frutas, con su flauta, y tamboril: *Inverecundus Deus*, como le llama con mucha razon Horacio. Cerca en diferente Throno estaba el Principe de aquella Republica, y los demàs del pueblo para ofrecer sacrificio. Parecióme el partido mas seguro favorecerme del idolo, porque su Religion me defendiesse: y assi abriendo como pude camino me abrazè con Baco. Levantòse nueva voceria, y las palabras que pude entender eran: O perro rabioso, y sacrilego, muera el traidor. A un desdichado tierra, y Cielo parece que le faltan. Yo me vi en manos de la muerte, y desesperado arrojè del Throno en el suelo al borracho Diosecillo, que se hizo pedazos, juntamente con la flauta, y tamboril, entre los razimos de ubas, y los vasos del sacrificio llenos de vino, y manjares. Luego con toda presteza, por no dàr mi vida barata, saltè al Throno Real, y lo primero con que ciego topè fueron las narizes del Principe, y se las quitè de un bocado. Acudieron los soldados de guardia, y cogiendome de los pies me derribaron en tierra à tiempo que dixo el Capitan: Sopena de muerte ninguno le mate, que sus maldades merece mayor castigo. Hasta la muerte nadie se llame dichoso, ò desdichado: preso quedè; pero con vida: y dandome algunos palos, me ataron con fuertes prisiones, y me llevaron à un obscuro calabozo. Aqui triste, y molido del trabajo de la pelea, y de los golpes recibidos, me vino colmadissimo el consuelo, y fuè acordarme de la merced de Jupiter, para poderme convertir en otra naturaleza; con el peligro, y confusion se me avia olvidado, y me pudo costar la vida. No hice mudanza hasta mejor ocasion, y entretanto los vecinos de la Ciudad convirtieron en tragedia los festines, las risas en llanto; y la locura llegò al extremo de su furor.

Vnos llorabã su idolo profanado, y reducido à tierra; otros su Principe sin narices: el qual para dàr principio al castigo, q̃ mis delitos merecià, mãdò poner en prisiones à todos los perros de la Ciudad, y señalò dia para q̃ en una hoguera fuessen quemados, y yo cõ ellos, precediẽdo otros castigos, como Capitan de la perversa generaciõ. Cõdenaron à mis hijos, y descẽdientes, si los tenia, ò se hallassen, à la misma pena. Notable rigor! peca uno, y han lo de pagar sus parientes estando libres de culpa. En que pecaron estos pobres perros? No era yo el malhechor? Estos cuitados no se estabã recogidos en sus casas? Si salian fuera no eran perseguidos de todos, sin q̃ ellos se atreviessen ofender alguno? Pues porquè los mandan castigar?

Tan leales, tan fieles, tan reconocidos à sus dueños se quedan como antes. Si el avuelo fue malo, y delinquiò torpemente, el nieto puede tener, y tiene muchas veces insigne valor, y virtud, porque le infaman? Y pues los cabellos de la ocasion se han venido à las manos, nò la dexarè huir, sin que primero refiera à este proposito unas gravìssimas palabras del mui docto Maestro Frai Luis de Leon, que pueden hacer generoso el sugeto de nuestra historia. Mi assumpto es mezclar burlas fabulosas con veras morales, y assi nadie estrañe este, ò semejantes discursos, que yo no me resolviera à publicarlos sin tan autorizada proteccion. Dice, pues, en el nombre *Rey*, desta manera.

Aqui Sabino, volviendose à Juliano, nobleza es, dixo, grande de Reyno aquesta Juliano, que nos và diciendo Marcelo, adonde ningun vassallo es, ni vil en linage, ni afrentado por condicion, ni menos bien nacido el uno que el otro. Y pareceme à mi, que esto es ser Rey propio, y honradamente, no tener vassallos viles, y afrentados. En esta vida Sabino, respondiò Juliano, los Reyes della, para el castigo de la culpa, estàn como forzados à poner nota, y afrenta en aquellos à quien gobiernan; como en la orden de la salud, y en el cuerpo conviene à las veces maltratar una parte para que las demàs no se pierdan. Y assi quanto à esto no son dignos de reprehension nuestros Principes. No los reprehendo yo aora, dixo Sabino, sino duelome de su condicion, que por essa necessidad, que Juliano, decis, vienen à ser forzosamente señores de vassallos ruines, y viles; y debeseles tanto mas lastima, quanto fuere mas precissa la necessidad: pero si ay algunos Principes, que lo procuran, y que les parece que son señores, quando hallan mejor orden, no solo para afrentar à los suyos, sino tambien para que vaya cundiendo por muchas generaciones su afrenta, y que nunca se acabe. Destos, Juliano, que me direis? Què? respondiò Juliano: que ninguna cosa son menos que Reyes; lo uno, porque el fin adonde se endereza su oficio es, hacer à sus vassallos bienaventurados, con lo qual se encuentra por maravillosa manera el hacerlos apocados, y viles: y lo otro, porque quando no quieran mirar por ellos, à si mismos se hacẽ daño, y se apocan: porque si son Cabezas, què hòra es ser cabeza de un cuerpo disforme, y vil? y si son Pastores, q̃ les vale un ganado roñoso? Bien dixo el Poeta tragico: Mandar entre lo ilustre es bella cosa. Y no solo dañan à su honra propria, quãdo buscan invẽciones para manchar la de los q̃ son gobernados por ellos; mas dañã mucho sus interesses, y põ nẽ en manifiesto peligro la paz, y la cõservaciõ de sus Reynos. Porq̃ assi como dos cosas q̃ son contrarias, aũ que se junten no se puedẽ mezclar, assi no es possible q̃ se añude cõ paz el Reyno, cuyas partes estã tã opuestas entre si, y tã diferenciadas, unas cõ mucha hõra, y otras cõ señalada afren-

afrenta. Y como el cuerpo, que en sus partes està maltratado, y cuyos humores se conciertan mal entre si, està mui ocasionado, y mui vecino à la enfermedad, y à la muerte; assi por la misma manera, el Rey no adonde muchas ordenes, y suertes de hombres, y muchas casas particulares estàn como sentidas, y heridas; y adonde la diferencia que por estas causas pone la fortuna, y las leyes, no permite que se mezclen, y se concierten bien unas con otras, està sujeto à enfermar, y à venir à las armas con qualquiera razon que se ofrece; que la propria lastima, è injuria de cada uno encerrada en su pecho, y que vive en èl, los despierta, y los hace velar siempre à la ocasion, y à la vēganza. Mas dexemos lo que en nuestros Reyes, y Reynos, ò pone la necessidad, ò hace el mal consejo, y error. Hasta aqui son palabras del sabio, y fidedigno Maestro Fr. Luis de Leon. Volvamos à nuestro proposito.

Bastante parecia esta pena, y satistaccion à la injuria que Baco avia recibido, pero el Rey se quedaba sin narizes. Sobrevinole una incurable melancolia viendose tā feo, y al mas humilde de sus vassallos hermoso, en quanto constaba de todos sus miembros, tales quales Dios fue servido de darselos. Miraba sus amigos, y privados de mala guisa: ellos procuraban persuadirle, que no era grande su fealdad, antes parecia mas hermoso sin aquel impedimento superfluo, que naturaleza diò à los hombres. Ofendiòse el Rey desta lisonja, y respondiò: Dieraos credito, si vosotros emendassedes esta natural imperfeccion, y superfluidad; de otra manera poco fio en vuestras palabras, y menos en vuestras obras. Ellos se determinaron, y lo tuvieron por bien, temerosos de perder su gracia, à cortarse tambien las narizes: assi lo hicieron todos los Caballeros de la Camara. Y la primera, y mas eficaz diligencia de los pretendientes, para entrar à negociar en Palacio con buē pie, era cercenarse las narizes. Esta si que es nueva lisonja; semejante del consuelo al de la Raposa, quando aviendo perdido en cierto trance de fortuna la cola, quiso persuadir à las demàs, que se cortassen las suyas, que si como era su igual, fuera su Reyna, sin duda consiguiera el intento, y en el mal de muchos hallara su gozo, mediante la adulacion. O vicio torpe! efecto fue suyo este desnarigamiento; que aunque como dize el Philosopho, el lisonjero siempre mira su interès, pero lo mas ordinario con afrenta propria. Ha gente vil! que con razō merece este nombre, quien no repara en publicas deformidades, por ganar, ò conservar la gracia de los Principes; oficio infame de truhanes, si bien con sus burlas, tal vez provechosas, suelen declarar las verdades escondidas en aquellas dulces mentiras: como se cuenta de Clisopho truhan de Filipo Rey de Macedonia, q̄ se fingia cojo, porque el Rey tenia quebrada una pierna; torzia tābien los ojos, y

boca, porque su dueño hacia otro tanto manifestando con esto, mudada la materia solamente el oficio de los Caballeros que le servian. Assi tambien otro truhan de Dionysio, viendole desde aparte reir en compañia de sus Grandes, y amigos, començò à reir con descompuestas carcaxadas. Reparò en ello el Rey, preguntòle la ocasion, y respondiò: Riome porque tu te ries, y sinduda es digna de risa la causa que te obliga. Monos enefecto de los Principes. Estos lisonjeaban con mas comodidad, y sin el dispendio feo, y doloroso de narizes: pero à costa de tanto dolor, y fealdad, nunca se ha visto ni oido; no obstante, que se han ofrecido ocasiones en que se pudieran señalar estos monstruos, porque, ò todos los tiempos son unos, ò mui parecidos. Traslado à Iuvenal, que entre otras cuenta estas feas adulaciones.

...Laudare paratus
Si benè ructavit, si rectum minxit amicus,
Si trulla inverso crepitum dedit aurea fundo.

Acuerdome aver leido en una historia verdadera, que Leoncio tyrano conspirò contra Justiniano Emperador Oriental, y le quitò el Imperio, y juntamente las narizes, y orejas; y que Tiberio con el exercito de Africa, que tenia à su cargo, moviò contra Leoncio, y le hizo tambien cortar las orejas, y narizes; pero en tiempo destos dos Emperadores desnarigados, y desorejados, nunca los aduladores, que siempre sobran en los Palacios Reales, tan feamente manifestaron su vicio; dado que Justiniano, como dueño legitimo volviò à cobrar el Imperio. Adulaciones tan declaradas, ni son durables, ni seguras. Su oficios es engañar con pretexto de amistad, para lo qual se requiere ingenio, y astucia: porque si demasiadamente se descubre el juego, no solo le veràn los que miran, que à estos raras veces se encubre, sino tambien el Principe con quien juegan, y de quien se burlan; por esso incurren su indignacion, y se hacen justamente aborrecibles. Assi acōteciò à estos, que ofendiendose el Rey, viendolos el pecado en la cara, que la privò de narizes, los mandò à todos dàr muerte. Al passo que esta gentecilla agrada, suele ser aborrecida: y la razon es porque como en todas sus acciones procura imitar un fiel, y verdadero amigo, mientras el adulado le tiene por tal, corresponde con benevolencia, y retribucion de beneficios; mas como es vicio opuesto à la amistad, en conociendole queda destruida.

Estaba ya el Rey algun tanto satisfecho, y consolado en su fatal desdicha: y yo entretanto presso deliberaba el modo de mi libertad, y de los perros aprissionados por mi causa. Resolvime, pues, en una extraña transformacion, bastante para tomar emienda en las injurias, y sin razones que yo avia padecido. Y para castigar las locuras de aquella Republica en las fiestas Bachanales, con

con una pena mui conforme à su pecado, acordè tranformarme en una fuente de generoso vino. Asi lo hice, y puesto en medio de la plaza, comenzè à correr, y derramarme con grande abũdancia por todas partes, dividido en fragrãtes arroyos. Alteròse alegremente con la subita novedad todo el pueblo: gustaron el precioso licor, y atonitos mirando el manantial de aquella divina fuente, un Sacerdote de Baco los hablò asi: Nobles Ciudadanos desta ilustre Republica, estadme atentos à la interpretacion de lo que os admira. Como la ingratitud es vicio mas de bèstias que de hombres, asi el agradecimiento es proprio de los Dioses, principalmente del padre Baco, de quien nos enseña la experiencia, que siempre paga los servicios que se le hacen con liberalissimas mercedes. Esta que aora indignos recibimos, es por el zelo, y regocijo con que hemos celebrado estos dias sus fiestas, venerado su deidad; y tambien, porque si permitiò, que un perro sacrilego profanasse sus altares con general escandalo, conozcais, que tiene poder para castigarle, y premiar vuestro religioso afecto. Ea, pues, venturosa Republica, postrados en tierra le demos gracias, librãdo en sacrificio el precioso nectar, que en ninguna parte tendrà digno asiento, y habitaciõ, sino es dentro de nuestros corazones, y cabezas. Arrojòse de pechos al arroyo de vino, y à su imitacion los demàs, quedando todos borrachos, sin razon, ni aun sentido. Que facil es de persuadir lo que se desea! Estendiòse la fama por la Ciudad: vino el Rey al prodigioso caso, y no sabian èl, ni sus vassallos como agradecer el beneficio recibido, sino bebiendo hasta perder el juicio. O desaciertos de los humanos! siempre los bienes temporales atribuyen à favor del Cielo, siendo muchas veces castigos de sus pecados, su ruina, y perdicion: por ser tan dificultoso aprovecharse de ellos, como conviene. Asi claramente lo conoci con la experiencia deste caso: pues los vecinos de aquella Ciudad embriagados se daban à todo genero de torpeza, y deleite: dexando correr à rienda suelta el caballo de su apetito, y despeñandose las passiones al profundo de su locura; tanto que la Ciudad, que antes era casa de locos, ya un confuso infierno, en voces, injusticias, deshonestidades. y muertes. O abũdancia peligrosa en un Reyno, madre del deleite, y de la flaqueza, y principio de tu desdicha! Roma sea testigo: viendolos en manos de su pecado convertime en mi naturaleza de Lebrel, desatè las prisiones à los perros encarcelados; que en tales tiempos, siempre la innocencia, y fidelidad padecen: y persuadiendolos dexar aquellos dueños desagradecidos, y que tomassen venganza de los agravios que avian recibido, y de las muertes à que tyranicamente estaban condenados; acometimos todos à los borrachos de la Ciudad: y aviẽdo

do hecho una fiera carniceria, falimos victoriosos, y contentos de que tuviessen el castigo, que merecian semejantes locuras.

APOLOGO XXVI.

Porque Timon Atheniense aborrecia los hombres, y Diogenes Cynico los mordia.

SAli de aquella barbara Republica con poco gusto de ser hombre, viendo las cosas del mundo tan pervertidas, que los hombres degeneraban de su noble ser à bestiales acciones; y las bestias daban humanos exemplos que imitar. Y aviendo caminado entre los famosos montes Piero, y Pindo, lleguè à la Ciudad de Pagasa, y sin entrar en ella (tan ofendido me hallaba del humano trato) dexè por aquel Pais repartidos los perros que me acompañaban, y solo passè adelante algunas jornadas, hasta llegar à un bosque umbroso, y apacible, cerca dos millas de la Ciudad de Athenas, ilustrissima Universidad de las Ciencias. Aqui me detuve, indeterminado, en el viage que tomaria, pareciendome, que en la Republica, y Escuela de toda buena Philosophia natural, y moral, el trato politico avria llegado à su perfeccion. Y que si en algun tiempo, y lugar me avia de convertir en hombre, ninguno me ofreceria la fortuna mas à proposito; pues me hallaba adonde todas las cosas, aunque mas ocultas en sombras de ignorancia, se ilustraban con luz de razon, deducidas de sus principios, y premissas à conclusion infalible por buena consequencia. Estando ya casi persuadido, quise ponerme en camino para la Ciudad, y no le hallè, porque llevado de mis pensamientos, me suspendieron de modo, juntamente con la apacible musica de paxarilos, entre arboles, flores, y crystalinos arroyuelos, que le perdì. Estendiendo la vista por todas partes, no lexos vi un hombre, que estaba labrando con moderado primor algunas piedras; el habito pobre, y grave, edad varonil, rostro macilento, barba, y cabello crecidos. Aviendole saludado reparè que labraba un sepulcro, y que en un marmol tenia esculpido este notable epitaphio:

Yace aqui sin fama, y nombre
En un tenebroso abysmo
Quien se aborreciò à si mismo,
Solamente por ser hombre.
Dexame huesped cansado
Assi el Cielo te destruya,
O haràs, que à la vida huya
Para ser mas desdichado.

Entendiera leyendo esta inscripciō, que el sepulcro era para mi, si fuera hombre, tanto aborrecia sus vicios. Preguntèle para quien, disculpando mi pregunta con la novedad; respondiome, que para si mismo: porque se hallaba tan indispuesto, y apretado de la pestilente enfermedad del trato humano, que viviendo era impossible excusar, que estaba agonizando para rendir el alma, y deseoso de la muerte: y

ſino de enterrarſe vivo, por ſer tan culpable la muerte voluntaria, alomenos de eſperar ſu fin en aquella ſepultura. Algo me parece (le repliquè) toca eſſo en deſeſperacion. Eſtais, ſeñor Lebrel, mui engañado (me reſpondiò) que *ſola virtus expers ſepulchri*, no ſepultè yo la virtud, ſi alguna ay en mi, que lo terreſtre de la tierra es; y bien parece, que no me conoceis; pues tal imaginais. La fama no os ha dado noticia de Timon Atenienſe, à quien los de Grecia llaman *Miſantropos*, aborrecedor, y enemigo del genero humano, y ſolo amigo de Alcibiades aora mancebo, porque me conſta que ha de venir tiempo, en el qual ſea cauſa de muchos males à los Athenienſes? Pues yo ſoi, y no me peſa, ni puedo arrepentirme de ſerlo. Muchas coſas prodigioſas (reſpondì) he oìdo à la fama de vueſtra ſingular opinion, generalmente reprobada, por la qual al paſſo que aborreceis los hombres, os haceis de ellos aborrecible, y aſsi os llaman barbaro, inhumano, bruto, loco, y enemigo de la razon; y no puedo no conformarme à ſu parecer, aſsi por las eſperanzas, que tengo de ſer hombre, y facultad por privilegio, y merced de Jupiter, para cuyo efecto voi aora à Athenas, Eſcuela unica de Philoſophia moral, y todas buenas letras, como porque la razon vuelve por ſi en favor del hombre, el qual es el mayor milagro de naturaleza, un mundo pequeño, y una viva imagen de ſu Criador. Reparò en mi con mas atencion, oyendome hablar con eſta libre gravedad de palabras, admirando el raro privilegio que Jupiter me avia concedido; y haciendome ſentar en una de aquellas piedras, ſentòſe èl en otra, y con voz baxa dixo aſsi:

Pudiera la imaginacion, de que en algun tiempo has de ſer hombre (noble Lebrel) alexarme de tu compañia huyendo por eſtos campos, ſi no me diera eſperanza tu generoſo inſtinto, que docil à mis razones, avia de reducirſe à mi parecer, mejor fundado, que entendido. Los mas de los humanos ſolamente alcanzan, que yo los aborrezco, porque huyo ſu comunicacion, pueſto que me cuentan entre los Philoſophos de ſu tiempo. No me deſvelo, ni jamàs he tenido penſamiento de darlos ſatisfaccion de mi doctrina; porque no ſigo el vano dictamen de muchos, que ellos celebran con honroſo nombre de Philoſophos; los quales, como luego dirè, mas aſpiran à la vanidad, que à la bondad. Obliganme à ſeguir eſta opinion, que yo eſtimo ciencia infalible, dos coſas: la una es mi natural contradicion, y aborrecimiento, que ſiempre he tenido al genero humano, aun antes de llegar à juſtificarle con leyes de razon: por una cierta antipatia, averſion, y repugnancia, que me fuerza naturalmente, ſin otra cauſa mas de la que algunos ſuelen dar en acciones que miran particulares objetos. Y en eſte ſentido ſuelen decir: De valde quiero à fulano mal,

ò de valde le quiero bien. Asi yo, si aquellos de valde le aborrecen à uno, de valde los aborrezco à todos. Porquè el otro de dos mugeres que viò, y nunca las hablò, ni oyò hablar una palabra, igualmente hermosas, se inclina mas à la una, y se dexa vencer mas de su amor, que de la otra, aunque supongamos que tiene menos partes para ser amada? Porquè si vès dos jugadores, que jamàs ayas conocido, te inclinas naturalmẽte à que uno gane, y otro pierda? Porquè los ambares, los diamantes, las piedras llamadas Lychnites atraen à si las pajas? el azogue al oro? el epitimo la colera? el agarico la flema? la piedra imàn el hierro? Y porquè la aguja tocada en esta piedra mira al Norte? Son ocultas calidades, simpatias, propensiones, ò disconveniẽcias; las quales exceden la esphera, y actividad de la natural razon. Dexo otros muchos exemplos, que pudiera traer en confirmacion de esta verdad. Estos son bastantes, para que entiẽdas, que es obra de naturaleza; la qual con alguna violencia pudiera vencer armado de libre alvedrio, si lo segundo no me atara de pies, y manos, para no huìr las leyes naturales tan poderosas, que me defienden contra el vulgar, sentimiento, y conjuracion del mundo. Digo, pues, que la misma razon me obliga aborrecer los animales racionales. Yo te confiesso, que su ser es noble, y admirable: pero allà los Philosophos tienen un axioma; preguntasele à Aristoteles, pues vàs à Athenas, suyo es: Que *esse est propter operari*; el ser es por el obrar. Què importa que sean buenos en su ser, si en su obrar son malos? El bien es objeto de la voluntad, como la verdad del entendimiento; luego si yo amo lo bueno, que la luz de razon me propone, y aborrezco lo malo, q̃ me dissuade, no soi digno de culpa. Veamos, pues, si ay algo malo en los hombres, que merezca aborrecimiento. Digo, que es tanto el mal, que si le consideraran, ò emendaran sus vicios, ò de justo sentimiento perdieran la vida, que esto mirò quien dixo, que el mundo estaba perdido por falta de consideracion. Como puedo yo amar tãtos odios, y enemistades, como entre si mismos tienen? Tantos juramentos falsos, tan poca fè, y palabra? tantos homicidios, latrocinios, deshonestidades, engaños, vanidades, y locuras? cuya malicia no està en las mismas cosas, que es privacion de la debida rectitud, y algunos la diminuyen mas, y dicen, que es ente de razon. Pues en què està lo malo? por quien son dignos de aborrecimiento? en los hombres, de cuyos corazones salen: luego no es mucho que yo los aborrezca. Diràs, que no por muchos malos han de perder algunos buenos, es verdad. Pero quien conocerà al bueno entre tãtos malos? Què ojos de conocimiento lince penetraràn lo intimo de los corazones humanos, y podràn dividir la simulada de la virtud verdedera? Quien alcanzarà

los

los fines de las humanas acciones, de quien los actos interiores se especifican, y con verdad se denominan malos, ò buenos? Los que ocupan oy el primer lugar en la Republica son los Philosophos, los quales professã seguir la luz de razõ natural, sus consejos, y leyes: pero quando dieramos, que estos lo hacen asi en las obras exteriores; la experiencia ha enseñado en ocasiones sin numero, que todos se gobiernan en lo interior por fin de vanidad, que vicia sus obras, aunque parezcan buenas, como lo veràs en Athenas. Ademàs, q̃ es manifiesto engaño persuadirse, que ellos siguẽ la verdad de las leyes naturales; porque la verdad siempre es una, y no pende su firmeza de opiniones mudables; y asi no estuvieran estos barbaros tan divididos en sectas diferentes, y contrarias en lo mas essencial de su profession. Luego el odio que tengo à esta canalla de los hombres opuestos à leyes Divinas, y humanas, es mui justo, y bien fundado. Por tanto, amigo Lebrel, dexad essos vanos pensamientos, que ya por ellos os veo degenerar de vuestra noble naturaleza, y os haceis tambien digno de aborrecimiento.

Con atencion escuchè al rigido Philosopho, y oìdas las partes no me pareciò tan culpable, como publicaba la fama: pero conociendo su obstinacion, no quise cansarme en persuadirle lo contrario, solo le dixe con brevedad. No puedo negar (famoso Timon) que vuestras razones me hacen alguna fuerza, mas no me convencen. Porque si bien conozco lo mismo que conoceis; y que todo el linage humano se dexa mas guiar de su apetito, que de su razon, como he visto pocos dias ha con mayor claridad en unas fiestas Bachanales de la Ciudad de Pelinna: no obstante esso vuelve por si con armas invẽcibles su noble racional naturaleza, capaz de operaciones tan altas, que puede levantarse por merced del universal Criador à un ser admirable, y Divino; de lo qual estàn imposibilitados los brutos. Verdad es, que por culpa suya, y disposicion sobrenatural, su vida es una perpetua guerra, y que infinitas veces queda vencida la parte superior de la inferior; la razon esclava, y el apetito Rey. Flaqueza es, y cobardia por no saber, ni querer defenderse con las armas fuertes, y poderosas del libre alvedrio, templadas con celestial influencia: pero reconocidos suelen alcanzar victorias dignas de eterna corona. Y si tengo de manifestar libremente mi parecer, por un bueno merece honrosa disculpa la naturaleza en tantos malos. Esta es la excelencia de la virtud, que admira, suspende, y enamora. Por tanto (señor Timon) quedaos con Dios, que aunque me aveis confirmado en mi parecer de no transformarme en hombre, por no verme esclavo de los vicios, no alomenos me aveis persuadido, que los hombres son dignos de odio tã mortal. Id con Dios, me respondiò, y el Cielo os libre de sus engaños;

que

que cerca de aquel cerrillo, que descuella entre essos arboles està el camino de Athenas. El volviò à labrar su sepulcro, y yo à mi viage; confiriendo interiormente la singular opinion de aquel monstruo, que a una luz parecia bruto segregado del humano comercio; otra, sabio de los mas desengañados de la tierra.

Lleguè à Athenas, y cerca de sus muros vi una tinaja mui grande, y que sin aver persona al rededor, ella por si misma se movia, y rodava de una parte à otra. Hizome novedad, y acercandome vi un Mastin sentado sobre los pies, levantadas manos, y cabeza; guarda vigilante de lo que dentro estaba. Mirando curioso por la voca de la tinaja, vì en ella un venerable varon pobre, y flaco, que atentamente leìa un libro. Sin hablarle me volvi al Mastin, y le saludè: respondiome afable, y à pocas palabras conociendome por estrangero, y que para mi era nueva aquella habitacion, me dixo: Aunque la tinaja, y dueño que la habita, y mueve, bien assi como Galapago, ò Caracol, causen novedad à tus ojos, no me persuado (peregrino Lebrel) que la fama dexe de aver llegado à tus oidos del famoso Diogenes. Este es aquel Philosopho, que por ser en tantas virtudes insigne se conserva en la singularidad de su doctrina, generalmente odiosa: porque no solo es opuesta à los vicios, sino que tambien professa reprehenderlos en qualquier persona que los vè, por ilustre que sea, con aspera correccion. De aqui ha ganado el sobre nombre de Cynico, con mayor aplauso que su Maestro Antisthenes, autor primero de la secta Cynica; porque como el mismo Diogenes respondiò, aprobando la opinion, que dèl tenian; preguntado, porque le llamaban Perro? Ladro à los que pidiendo limosna no me la dàn: linsonjeo à los que se muestran liberales, y muerdo à los malos. Mucho sin duda debemos los Perros à este Philosopho; pues se honra con nuestro nombre, imitando nuestras obras. Es famoso en la voluntaria pobreza, que ama con tanta perfeccion, que toda su hazienda es la tinaja que miras. Y viendo à un pobre coger cō la mano agua de una fuente para beber, arrojò una hortera que llevaba, diciendo; Yo no sabia que naturaleza me avia dado dos vasos.

Alexandro, Emperador del mundo, acompañado de toda su grandeza, le visitò en su tinaja, y le dixo: Yo soi Alexandro, aquel gran Monarcha. Y yo (respondiò) el Perro, Diogenes. Grande es tu libertad, ò tu locura, replicò el Rey, pues no me temes. Y Diogenes: Eres bien, ò eres mal? Mal no lo cōcederàs, al bien nadie le teme. Pideme con todo esso lo que quisieres, dixo Alexandro. Y el Cynico: Que no me quites el Sol, que no me puedes dàr. Estimaba en mas aquella pobreza, que sus riquezas, y honras, pues sin ellas era mas rico que el mismo Alexandro, à quien el mundo no bastaba, y à èl nada hazia

zia falta. Tan poderosa es la moderacion del deseo, y tan insaciable quando no se reprime; cuyo valor, y entereza tanto admirò, y tanto le agradò, que como sus Grandes con lisonja burlassen la vileza del Philosopho, dixo: Os doi mi palabra, que sino fuera Alexandro, me holgara ser Diogenes. Sustentase pidiendo limosna, y pidela à los pobres, que no se la pueden dàr, para habituarse en la paciencia. Y es en esta virtud tan constante, que ningun adverso, ò prospero sucesso le mudò el semblante, juzgando vil la victoria, que por venganza, ò soberbia se alcanza, pues quedan la humildad, y paciencia vencidas en el mismo vẽcedor. Quando vè los Gobernadores de la Republica, Grandes Capitanes, Medicos, Philosophos, y personas de virtud, dice, que el hombre es el mas sabio de los animales. Y quando los interpretes de sueños, los Astrologos judiciarios, los ambiciosos, avaros, y otros con demasiada codicia de juntar riquezas, q̃ el mas bruto de los animales es el hombre; suele discurrir desta manera: Todas las cosas son de los Dioses, los sabios son sus amigos, à los amigos todas las cosas son comunes: luego todas las cosas son de los sabios: A uno q̃ disputaba de los Astros, y espheras celestiales, preguntò: quando venide del Cielo? Tanta vanidad le persuadia en su ciencia. Agudeza mostrò, quando al que inadvertido dexò caer sobre su cabeza un leño, despues q̃ le diò el golpe, dixo, como suele acontecer: Aparta: y èl respondiò: Otro palo me quieres dàr? Mas en diferente ocasion levantando el baculo, y dãdo con èl al percussor, retornò la buena obra, diciendo: Aparta; reprehendia assi la malicia de muchos, q̃ ofenden, y luego lisonjean. A Lisias poco afecto à su doctrina, y no poco à los vicios, que le preguntò, si creia que avia Dioses? respondiò: Como puedo no creerlo, si te tengo por su enemigo. Todos los oyentes vituperaban un musico; solo Diogenes le alababa, porque siendo tal no daba en ladron. Què quieres por esperarme un bofeton? le preguntò uno; y respondiò: un capacete.

Con gusto escuchaba el heroico valor del Cinico singular, y deseoso de fundarme en esta verdad, y experimentar si tenia alguna mezcla de hypocresia, y vanidad, pidiendo licencia al Mastin apliquè las manos à la tinaja, y con tan precipitado estruendo la hice rodar por las piedras, que en un momento se hizo pedazos, y quedò el señor Diogenes al Sol entre su pobre capa, y libros hecho un ovillo. Desenvolviòse lo mejor que pudo turbado con la subita ruina de la voluble casa, y aunque atormentado el cuerpo, se puso en pie mirando por todas partes el agressor de aquella maldad: yo con risa le dixe: Que extremos sõ estos, Philosopho singular, tan lexos de la verdadera virtud, q̃ no lo puede ser si dellos no se aparta, y elige el medio? Si amor de la pobreza os hace despreciar los bienes temporales, para enri-

garos del todo à la contemplacion de la verdad; tambien sera grillos del entendimiento, ò piedra, que asida a un brazo os deprima, por mas que en el otro las alas de ingenio os elevē. La misma pobreza trae consigo inexcusables desvelos de prevenir lo forzoso para sustentar la vida; pero vos confiado en vuestra hypocresia, que no os puede faltar sustento, y vestido, afectais tantas finezas en lo publico, como sino huviera otros mas pobres en el mūdo, que nadie les conoce, ni se quieren dàr à conocer; y si llegan à ser conocidos, no hacen caso de ellos, porque desprecian el aplauso popular, con tanta cautela, y solicitud, como si fuera un mortal enemigo. Dicenme, que Alexandro os ofreciò viniendo à visitaros honra, y riquezas, y que con desvergonzado desprecio le distes una aspera reprehension. Quanto mejor fuera con humildad para encubrir vuestra virtud al mundo, admitir la merced, dando buen exemplo en la moderacion con que usabades de su favor, y aviendole aconsejado en secreto, retiraros con su licencia del Palacio? Dicenme tambien, que passando junto à vos el mismo Alexandro, acompañado de su Corte, no le hiciste reverencia; y que burlando vuestra soberbia os preguntò la causa: à lo qual respondistes, que de un esclavo de vuestros esclavos (entendiendo los vicios) ni teniades necessidad, ni era justo reverenciarle. Ello es acreditaros truhan, ò loco; pues contra toda razon despreciais los Reyes. Veisme aquí mas pobre que vos; pues no tengo una tinaja adonde recogerme (que de otras virtudes es vanidad hacer alarde) y nadie se acuerda de mi; pues todos somos perros en obras, y nombre. Y si la forma humana exterior nos diferencia, privilegio tēgo de Jupiter para transformarme en hombre. Id à la plaza desta Ciudad, que yo os darè exemplo de ser hombre, para que os conformeis de veras à la razon, dexando essa vida vana, y poltrona, y lo que es peor hypocrita; pues en vuestra mocedad hicistes moneda falsa, y aora tambien falseais la virtud, cubriendo con vestido de humilde pobreza la interior vanidad:

Polliculam veterem retines, & fonte politus
Astutam vapido servas sub pectore vulpem.

Atento à mis libres razones, con sereno, y grave semblante Diogenes me respondiò: Muerdes hermano Lebrel como perro, y malicias como hombre, dexa de ser monstruo, y entonces te darè satisfaccion. Que quien por experiencia no sabe, que cosa es ser hombre, no puede tener ciencia de las dificultades, que padece la humana vida para conformarse à leyes de razon, satisfaciendose à sì mismo, y à la opinion de todos. Si fueres solamente perro, y te desmandares à exorbitancias, como la presente, no faltarà un lazo, y un palo: y si fueres hombre, con obras quiero que me arguyas, y en lo que me excedieres, yo propongo imi-

imitarte, que como hõbre conozco mi flaqueza, y mis imperfecciones; y como tal aborrezco tambien los vicios. Por huìr los hice elecciõ desta vida, y para no dexarla me basta ver, que los que mas la condenan, essos en la que siguen son esclavos de su apetito, infamando, y desmintiendo con obras los discursos, y razones con que se defienden, y ofenden la que me acredita entre pocos, porque no son muchos los sabios, y me descompone de modo entre muchos, porque no son pocos los ignorantes, que en vez de gloriarme con el popular aplauso estoi en este genero de vida pobre, y mordaz, expuesto à todo genero de oprobios, y necessidades, solamente creibles à quien lo padece: que si fin vano me guiara, cõ mas descanso, y seguridad le consiguiera. El arruinarme el edificio de mi casa, accion ha sido de bruto, que aspira à ser hombre, ò de hombre, que aspira à ser bruto: que sin esta mezcla ni el bruto usarà de malicia, ni el hombre de tan bestial atrevimiento: pues à ninguno doi ofensa, ni materia de envidia en esta pobre tinaja, adonde gozo comodidades mayores, que en su Palacio el mismo Alexandro: si me ofende un viẽto, vuelvola à otro: si el Sol, à la sombra: si un mal vecino, à un bueno: si la Ciudad, llevola al campo. Mas pues decis, que os aveis de transformar en hombre, aguardadme en la plaza de Athenas, que allà veremos como cumplis las humanas obligaciones.

Dicho esto, volviò las espaldas, y dexòme admirado su invencible constancia, y razones prudentes. Aviendole ausentado, saliò de entre unas matas el Mastin escondido, por no parecer complice en mi presta determinacion de quebrar la tinaja. Pedile me acompañasse por Athenas, y me enseñasse las cosas insignes de aquella Republica, y Universidad; en especial los mas sabios Philosophos, y mas celebres. El se ofreciò con toda cortesia, y voluntad, diciendo, que de acompañar à su amo no solamente los conocia: pero q̃ podia leer una Cathedra de natural, y moral Philosophia. Tã poderosa es la comunicacion, y el tiempo. O quiẽ pudiera vèr aqui presentes (le dixe) aquellos siete Sabios antiguos de Grecia, y los demas, que precedieron Maestros famosos de diferentes sectas, y doctrinas; cuyos escriptos cõ general aprobaciõ ilustran oy el mundo! Esso no te dè cuidado, me respõdiò, Lebrel amigo, que licencia tengo mui ampla para hacerte presentes los varones que deseas. Y quien te ha dado (repliquè yo admirado) tan milagroso poder? La licencia poetica, respondiò, y moral, que contra toda ley de naturaleza nos ha dado lengua humana, me permite con aprobacion, y exemplo de varones mui doctos, que assi lo han hecho, transmutar los tiempos, y como si fuera por arte de Nigromancia, ò encanto ponerte delante los ojos, como en un espejo, las cosas passadas, y aun por venir, para doctrina tuya, y aprove-

cha-

chamiento de los que tuvierẽ noticia destos Apologos. Y en confirmacion de lo que digo, escucha:

A este tiempo oimos no lexos una voz triste, y flaca, como que salia de la tierra, y aplicando los oìdos, decia: Hijos, y discipulos mios Athenienses, favor, duelaos la desgracia deste pobre viejo. Cerca de donde salian estos accentos estaban algunos Ciudadanos celebrando cõ grãdes risas el caso. Cogiòme de la mano el Mastin, y llevòme adonde la voz pedia socorro, y llegando à un pozo conocimos, que salia de lo mas hõdo: vimos un venerable viejo metido en el agua hasta la cintura, con un Astrolabio en la mano. Compadecido quisiera favorecerle, y el Mastin apartandome, dixo: Bien merece la pena que està padeciendo, dexale, y entremos à la Ciudad. Yo como estrangero por no errar, obedeci, y fueme contado lo siguiente. Este Philosopho, q̃ està en el pozo, es Thales Milesio, el primero de los siete Sabios de Grecia, cuyas sentencias no olvidarà jamas el tiẽpo. Preguntado, que cosa era la mas dificultosa, respondiò: q̃ conocerse à si mismo, y por ser tã importãte lo acõseja à todos, *nosce te ipsũ*: nũca se casò: y solo dà esta razõ, que por no tener hijos. Y para vivir justa, y santamente aconseja, que ninguno haga lo que en otros reprehende. Por tres cosas principalmẽte dà gracias à Dios: porque le hizo hombre, y nõ bestia: porque le hizo varon, y no muger: porque le hizo Griego, y no barbaro. Es gran Mathematico, y Astrologo judiciario, gran observador del movimiento de los Cielos, aspecto, è influxo de las estrellas, impressiones Meteorologicas, y division del tiempo por el curso de Sol, y Luna. Pero toda la hermosura destas buenas letras afeò con el caso que aora has visto. Saliendo esta noche passada à observar el aspecto de los Astros, para dar juizio en la figura de cierto ilustre nacimiento, mientras incauto miraba al Cielo, cayò en aquel pozo, y en vez de sacarle, todos burlan su ciencia, porque adivinando agenas desgracias, ignorò la propria, y preciandose conocer los ocultos retretes de las luzes celestiales, *y las* dificultosas influencias, no viò el pozo que delante sus ojos tenia.

Llegamos à la puerta de la Ciudad, cerca de la qual vimos aquel famoso Portico, llamado Estoico, y que diò nombre à la famosa secta de los Estoicos, porque alli tenia su escuela el Autor suyo Zenon. Estaba en su Cathedra leyẽdo una questiõ, entonces mui celebre: *Vtrum detur motus localis in rerum natura?* si ay movimiento local. El enseñaba con muchas, y mui aparentes razones, que no avia tal movimiento en la naturaleza. El principal argumento llamado Achiles, ò que por la fortaleza, à su parecer invencible, ò q̃ por la ligereza de su movimiento, de la qual le denominò Homero en muchas partes de su Iliada. Pero sea por uno, sea por otro, Aristoteles enflaqueciò sus fuerzas, no obstante, que la escuela Peripatetica de

alli

alli adelante à la razon mas fuerte en que funda su opinion llamò Achiles. Formaba el argumento deste modo. Si se dà movimiento local, siguese, que uno mui ligero como Achiles, no puede dar alcance à una Tortuga, animal tardissimo; esto es, absurdo: luego tambien aquello de donde se colige. Probaba la sequela suponiendo, que Achiles era mas veloz que la Tortuga diez veces, y que distaba della un estado: en tãto, pues, que corre estas diez partes, ya la Tortuga havia andado la decima parte de otro estado: luego aquella decima parte dividida en otras diez, mientras Achiles las andaba, la Tortuga havia de moverse adelante otra decima parte, y assi en infinito; de modo, q̃ por una eternidad en breve espacio de tierra, no la alcanzaria, por ser en buena, y comũ Philosophia infinitas las partes del continuo. Yo quãdo oì estas sofisticas sutilezas me quedè hecho un bobo, haciendo reflexion en mi bruta naturaleza, y admirando la de hombres, q̃ tanto adelgazã las cosas naturales. El Mastin cõpadecido de mi ignorancia, viendome deseoso de entender el argumento, pidiò à uno de los discipulos de Zenon me le explicasse, y al fin le entendi, mas su dificultad quedòse en pie, y assi me conformè à esta opinion, no obstante, que por experiencia conocia lo contrario. De suerte, que por una parte me movia, y por otra me convencia la razon, que no podia moverme. En medio desta cõfusion entrò un discipulo de Aristoteles, y comenzò à arguir con el de Zenon, diciendo, que aquella opinion era falsa; y respondia, que el espacio del movimiento, aunque en potencia era infinito, no en acto, y assi, que no se podia seguir semejante absurdo, porque el continuo podia dividirse en infinitas partes, las quales estaban unas dentro de otras; pero que actualmente no estaba diviso, y por tanto, que à dos passos alcanzaria Achiles à la Tortuga. Yo perdia el juicio con estos terminos, en especial, las partes infinitas proporcionales, copuladas, y terminadas con infinitos indivisibles, que es forzoso conceder, y dificultoso descansar en ello el entendimiento, no las podia tragar. Cosa por cierto increible; pero passe, havremoslo de creer, porque lo manda assi el señor Aristoteles, y nos convence con sus razones. Que si Dios por una eternidad à parte ante, y à parte post estuviera siempre dividiendo el mas pequeño, è imperceptible atomo del Sol, nunca podria acabarle de dividir. Bien hayan los que hoi rompen estas telas de arañas, y atropellan esta general, y aplaudida opinion de las infinitas partes proporcionales, y todos sus argumentos, que cõ ello se saldràn à pesar de toda la escuela Peripatetica. Hallòse acaso presente un discipulo de Diogenes, y haviendo baxado Zenon de su Catedra, con mordacidad Cinica le arguyò assi. Muevome, luego puedo moverme; y diciẽdo, y haciendo cõ

evidente movimiento se fue passādo, y los dexò. Salimos tambien del General mi compañero, y yo, confiriendo la agudeza de los Philosophos naturales, y que quādo quieren nos pueden meter el dedo en la boca, aunque nos parezca que la tenèmos cerrada à cal, y canto.

APOLOGO XXVII.

Temerarios contra valientes, pusilanimes contra cobardes.

¶ Aqui llegaba con la relaciō de su prodigiosa fortuna el erudito Lebrel, quando las nubes, haviendo poco antes puesto fin à su combate, huìan los rayos del Sol. Al Cierzo frio sucediò templadamente Abrego. Los arroyos sobervios viendose con el caudal de ricos, se iban poco à poco deshinchando, y aun desengañando. Los labradores volvieron à su trabajo: las fieras saliērō de sus cuevas; y las aves sacudiēdo las plumas, las dieron al aire ya sereno. Dexaron entonces los conformes brutos el abrigo de la roca, y prosiguiendo su viage, quisiera tābiē proseguir el Lebrel su historia; mas no le diò lugar un tropel de todas especies de brutos, q̃ huìan temerosos la amenidad de unos campos, que parecian, segun desde lexos pudieron juzgar, agradables, y deliciosos. Luego estendiendo mas la vista, descubrieron otra caterva no menor de hombres, y mugeres de todos estados, los quales contentos, y apressurados iban entrando al mismo Pais, que huìan los brutos. Entre los demàs un Corzo, que pudo confiado en sus pies detenerse, con dolor de los hombres, que miraba despeñarse à su desventura, les dixo:

Adonde vais con tal ceguedad, gente desdichada? Guardaos, guardaos, que tyraniza estos deleitosos campos la bestia mas horrenda, y cruel, que contra su primaria intencion engendrò naturaleza. Huid, q̃ ahora sale de las cenagosas lagunas de aquel profundo valle, y se està cebando en un miserable hōbre, que cerrādo los ojos, y oìdos à nuestros exemplos, y razones, por no violentar su apetito, cayò juntamente en la cueva, y en sus uñas. A estas saludables advertēcias, solo cō risa, burla, y desprecio, respondia el ciego linage de los hombres, y proseguia su camino. Quisiera Auricrino informarse del Corzo, y partiò con tal ligereza, que no le diò lugar. Volviendo los ojos viò algunos varones ancianos, y venerables, en todo modestos si no es en las voces, y movimientos, los quales con lagrimas, ruegos, y evidendentes razones procuraban persuadir à los hōbres, que huyessen aquellos deleites engañosos, y el proximo peligro de caer en manos de la fiera sangrienta, y desapiedada. Porque, supuesto, que caidos una, y muchas veces, podian librarlos con las armas que del Cielo havian recibido, con todo esso, como enseñaba la experiencia, mil veces los burlaba su necia confianza, y quedaban irremediable-

mente captivos, muertos, y despedazados a sus manos. A todos generalmente parecian bien estos saludables consejos, y pocos persuadidos volvian atràs. Llegandose, pues el Leon à uno destos Religiosos Senadores; y haciendole con sus compañeros humilde cortesia, le preguntò la causa de tan estraños efectos, y el buen viejo con afable humanidad le respondiò:

No podrè (noble Leon) declararos sin verguenza la miseria en que hoi se halla la naturaleza de los hõbres. Communicò el sabio Criador del universo à cada bruto su natural instinto, al qual siguen como guia de sus obras, y obedecen sin repugnancia. Solo el hombre à tantas mercedes ingrato desprecia su noble sèr, y haciendole libremente siervo de sus pasiones niega la obediencia à la razon superior. O apetito esclavo! quantos imperios suyos ha tyranizado? què ajustadamẽte se te puede apropriar aquel verso de Seneca!

Quot iste famulus tradidit Reges neci!

A estos campos, que cerca veis, llenos de deleites, gustos, passatiempos, regalos, y alegrias camina esta gente, llamada del agradable objeto, engañada de su apetito contra el cuerdo dictamen de la razon, que los està dando vozes huyan, como lo hacen los brutos menos obligados. La causa, pues, de la fuga destos, y peligro de aquellos, es una fiera horrible, y monstruoso Dragon, de quien fue origen, y principio aquella abominable Serpiente Behemot, ruina infeliz del mundo, dichoso ya, pues tuvo tal restaurador, q̃ haviendola vencido cõ las armas de su Cruz, la dexò al mundo por burla, risa y entretenimiento. Este monstruo, pues, que guarda los campos del deleite, es hijo, ò descendiente suyo: y por esso el dia en q̃ se celebra cõ toda solemnidad el Mysterio inefable de nuestra Fè, la saca el Pueblo Christiano para juego ridiculo, y memoria, q̃ el cuerpo y Sangre de nuestro Redemptor vẽciò, y agotò su mortifero veneno. Llamase comũmente Tarasca, nombre q̃ los naturales de la Provincia Narbonẽse en Francia dieron al horrẽdo Dragon, q̃ con las prisiones de su cingulo para triumpho de su oraciõ, ligo la virgen Marta, cerca del rio Rhodano, en un bosque llamado Tarascon: y asi captivo le entregò à la muerte, piadosamente agradecida, quanto deseada, por los graves daños que havia hecho en aquellos cãpos. No son menores los q̃ ahora aqui se experimentan: los brutos la temen tiẽblã en su presencia, y huyen sus garras. Mas los hombres temerarios, aunque conocen el riesgo à que se exponen, por cumplir su deseo desprecian la vida, conocimiento que no los excusa de necios antes agrava la culpa, y los arrastra, y si no, tomese les su confession, y todos diran:

Aliudque cupido,
Mens aliud suadet, video meliora proboque,
Deteriora sequor.

Por tanto, Leon gallardo, pues el

invencible Leon del Tribu de Judà venciò aquella primera Serpiẽte Behemoth, biẽ serà que vos procureis vencer esta, que es su figura, pues tã bien sois Leon, Symbolo del primero, y de todo valor, y fortaleza.

Estas razones despertaron en el Africano tan furioso deseo de venganza, que luego se partiò en demãda del enemigo comun. Pisò los umbrales de los deliciosos jardines, y hallòse fieramente combatido de los alhagos, que tanta variedad de deleites hacia al apetito. Vẽciòlos animoso, y passando adelante, no lexos descubriò la horrible Tarasca. Cuerpo grande, y escamoso, larga cola, vientre hinchado, cortos pies, corvas uñas, ojos espãtables, boca abierta, lengua trisulca, dientes agudos, y largo cuello. Retumbando los montes à sus roncos silvos, se fue para el gallardo Leon; el qual bravo como èl mismo, desnudò las uñas, escarvò la tierra, sacò à los ojos las llamas del corazõ, provocòse à batalla con repetidos golpes de la cola, y despidiò un rugido tan estupendo, que èl solo fue bastante à pasmar la fiera Tarasca, y reprimir el precipitado curso de su primer encuentro. Què pluma podrà descubrir el arrebatado furor con que el magnanimo la acometiò? no assi por la gran boca del tiro gruesso de bronce sale la bala violentada del alquitran: No assi de la tenebrosa nube bate el rayo la roca eminente, como el valiente Auricrino se arrojò, y abrazandose à la descomunal Tarasca, hizo pressa con las garras en su altivo cuello, que falta de respiracion, y revolcandose por la tierra, casi perdiò el sentido. El Africano para mayor castigo, no quiso darla muerte, sino prolongarsela con las penas que merecia: y assi la sacò los dientes, cortò las uñas, desnudò el arnes de fuertes escamas, y desta manera la entregò à los muchachos. Cercaronla con voces, risa, y chacota, burlando su fortuna; y la que otro tiempo se tragaba los hombres, ya se sustentaba de caperuzas, y à estas solo se estendia su poder, y jurisdiccion; de las quales nunca se podia hartar, aunque la diessen quantas hai en Mancha, y Sayago. De aqui resultò el comun proverbio para significar un hombre insaciable de cosas baxas, ò dañosas, ò frivolas, ò sin substãcia, ò quãdo en vano se multiplicã acciones, ò entidades por el ruin sujeto en quien caen, ò se terminan, decir: Como quien echa caperuzas à la Tarasca.

De semejantes monstruos el mũdo està lleno, de quien se rie en publico, ò en secreto: dàr consejos à necios como echar caperuzas à la Tarasca. Persuasiones à muger amante, y determinada: ruegos, fieros, amenazas, ò disculpas al vulgo: à un mal natural castigos: à ignorãtes ò à mugeres sentẽcias, y exẽplos de las historias, como echar caperuzas à la Tarasca, coplas à un Poeta, mentiras à un cazador, dineros à un avariento ò à un prodigo, lagrimas à un cruel, hõras à un ãbicioso,

desengaños à un soberbio, mugeres à un luxurioso, hombres à una lasciva, regalos à un gloton, juramentos falsos à un mercader, muertes à un mal Medico, injusticias à un mal Abogado, ruegos à un ruin, y ruindades à un avaro, como echar caperuzas à la Tarasca. En fin, esta bestia ya vencida, y desarmada, viendose en tanta miseria, y desprecio, de sentimiento se dexò morir. El tiempo no borrarà, ni la muerte su memoria, porque la tengamos de las fieras semejantes à esta, que andan por el mundo, ya publicas, ya secretas, haciendo gravissimos daños: y assi para renovarnos la memoria en las solemnidades de la sagrada Eucharistia, sacan una figura, ò estatua suya; entretenimiento del Pueblo, y en particular de niños, que siempre la Innocencia se burla de la malicia, y nunca la teme. Por esso tambiè en tales fiestas salen algunos Gigantes, solo en el nombre, y estatura, memoria de aquellos famosos, que tyranizaron la tierra, y tentaron escalar el Cielo, que de la sobervia no queda mas que una sombra: Quien desde lexos verà una Tarasca, y unos Gigantes fingidos, que de miedo no pierda el color, se le ericen los cabellos, y se bañe de un frio sudor? Llega cerca, cobarde, y hallaràs q̃ son unas sombras fantasticas de lo que fueron, cuerpos sin alma. Quien oye nombrar al demonio, piensa que es alguna horrible Tarasca, ò descomunal Gigante. Es verdad q̃ lo era antiguamente, y ahora tambien lo es en los profundos calabozos de su Reino; mas en el mundo solo ha quedado con el nombre, y desmesurada catadura, amenazando con amagos, y fieros: gracias al que por su gracia le vencemos. De aqui es, que los buenos como vencedores no le temen; y como prudentes viven con recato: los malos como cobardes vencidos, que no tienen mas que perder, le temen menos, y menos se recatan, porque ciegos no conocen su peligro. El trabajo mayor es, que el demonio ya solo espanta con el nombre, y hace cocos, mas el hombre executa su mala intencion, y su crueldad.

A este proposito contarè lo que sucediò en cierto lugar de España, y es caso verdadero, que para celebrar la fiesta del Corpus en otro Pueblo vecino pocas leguas, enviaron seis grandes y robustos Gigantes, dos Enanos, y la Tarasca. Los hombres que havian de danzar con ellos metieronse dentro, y en conversacion, como si ya salieran à la fiesta, se pusieron en camino. El tiẽpo era caluroso, vispera era de San Juan, por las riberas, sino del Pò, del Tajo, caminaban de noche. Encontrò esta quadrilla de fantasticos Vestiglos, otra de Harrieros, los quales llevaban unos vino, otros cereza. Viendo, pues, con la Luna desde à parte à la Tarasca, que iba delante, à quien seguian aquellas torres movibles, perdieron las fuerzas de temor, y solamente les quedaron las bastantes para huir co-

como unas liebres por aquellos campos. Alborotaronse los machos, mas la Tarasca desnudandose el disfraz, los puso en razon, y metiò por camino, mientras los Ganapanes agigantados daban voces à los dueños que volviessen por su hacienda: pero en vano, que antes eran espuelas al temor, y cada voz de gigante les parecia un trueno, y cada hoja que à sus espaldas se movia, rayo que fulminaban. Viendose, pues, los fieros Jayanes sin llegar à las armas, ni verter sangre con tan ricos despojos, arrojaron la carga gigantea de sus hombros, y descargando un cuero de vino, y un tercio de cereza, tomaron un refresco y no tan fresco, que no se les subiò el humo à las chimeneas, y les salieron llamas por los ojos. Al fin, cada uno cogiò su zorra, y sirviendoles de colchon y almohada, se echaron à dormir. Por la mañana, poco antes de salir el Sol, se oyò en los reales una furiosa arma de villano esquadron del mas cercano lugar, armado de arcabuces, hondas, chuzos, y espadas, cuyos Capitanes eran los Harrieros, que solicitaron el socorro. Levantaronse los picaros alborotados del subito acometimiento, mas viendo el enemigo esquadron, tendidos por el suelo Gigantes, y Tarasca, dieron en la cuenta de su error, y el Alcalde que alli venia, diò por libres à los conducidores del espanto, y condenò en costas à los Harrieros, que en vino y cerezas pagaron el sueldo à los soldados, en tanto que los Gigantes hicieron su danza, y la Tarasca se diò un buen hartazgo de caperuzas. Cobardes, arrogātes, y fanfarrones, todos son apariencia, todos cuerpos fantasticos, y mirando cerca el animo que vivifica aquellos estruendos, hallan unos hombres viles, que mueven maquinas tan monstruosas. Son partos de los montes, que el vientre hinchado hasta las nubes, y gimiendo con estupendos dolores, temblò de miedo la tierra: acudieron los vecinos Pueblos, recelando algunos hijos Gigantes, segundos conquistadores del Cielo, y llegada la hora tan temida, como esperada, parieron un ridiculo ratoncillo.

En el descubrimiento del Nuevo mundo, con intento de poblar una Isla, armò la codicia de ciertos mercaderes algunos Navios, los quales derrotados de cruel tormenta, uno solo aportò al termino deseado. Saltaron en tierra, y entre otros animales que llevaban à la Isla para hacer cria, y que multiplicassen, desembarcaron algunos Asnos, y Ciervos. Aquellos para ministros del trabajo; y estos para poblar los bosques de caza. Comenzaron una nueva poblacion al uso de España: mas hicieron la cuenta sin la huespeda, porque los naturales eran belicosos, y formādo un copioso exercito, se atrevieron acometer al poco numero de estrangeros que pretendian hacerlos esclavos. Pusierōse los nuestros en defensa, pero cansados de matar, sobreviniendo cada hora nuevos Isleños, quedaron casi todos muertos en la campaña,

y,

y los demàs captivos. Los Asnos, y Ciervos, que retirados havian estado à la mira del sucesso; y reconociendo tambien la Isla habitada de fieros animales, Leones, Tygres, Ossos, Elefantes, y Rinocerontes, temiendo ser pressa de sus uñas, y anteponiendo este peligro à tã miserable servidumbre que temian, si quedaban esclavos de los hombres, salieron de una cueva, adonde estaban ocultos, y los Ciervos como mas timidos, y recatados que los Asnos, de los despojos de la guerra passada cogieron un atambor, y una trõpeta, y metiendose la tierra adẽtro, ocuparon un bosque, fertil de pastos, solo de Isleños, y mui poblado de crueles fieras. Vn dia al amanecer se hallarõ por todas partes cercados de la muerte los Asnos, tristes, y lamentando sus desdichas en tierras tan estrañas, comenzaron à quexarse lastimosamente, en vez de suspiros, cõ desaforados rebuznos. Los Ciervos tambiẽ tocaron su caxa, y trompeta, en quien su cobardia se alentò con alguna esperanza de seguridad. Alteraronse las fieras circunvecinas oyẽdo voces tan nuevas, y terribles. Retiranronse entre los arboles, y vieron, q́ tambien sus dueños los Asnos eran bestias grandes, y feroces. Atemorizòlos, no menos el estruendo de tambor, y trõpeta, instrumentos jamàs oìdos en aquellos bosques, dudando si erã animados; y temieron juntamente à los movedores del alboroto, viendo armadas sus cabezas de tantas, tan fuertes, y agudas puntas; todo nuevo como formidable. Huyendo, pues, los cobardes estrangeros, quãto podia la comunicacion de animales, à los quales retiraban cõ armas de rebuznos, y tambores, gozaban los frutos de aquella fertil cãpiña.

Viendo los naturales mal sufridos tyranizado su Pais de gente tiera y no conocida, se juntaron cierto dia en los Palacios de un Leon à consultar remedio en el presente peligro, y assegurarse en lo por venir de mas enemigos: à quiẽ los primeros podian dar entrada. Como gente en efecto valiente, y valerosa, se resolvieron formar un esquadrõ, presentarles la batalla, y reconocer si las fuerzas, y corazones de sus enemigos eran iguales à sus voces, y amenazas. Diò el Leon à un hermano suyo el baston de General, y acompañado de cien Soldados escogidos, Ossos Tygres, Lobos, Rinocerontes, y Elefantes, se presentò gallardo à sus enemigos. Los Asnos, y Ciervos viendo cerca de sì la fiereza de tantos brutos, y sacando fuerzas de flaqueza, y necessidad, acudieron à sus armas, y atronaron el bosque con rebuznos, y cõ el ruido de caxa, y trompeta: atonitos se pasmaron los brutos à tanto estruẽdo. Esperaron largo espacio que cessasse, mas ellos continuando su artificiosa defensa, se acercò el Leon General, y pidiò le diessen oìdos, pero en vano, porque sabian mui bien, qne llegando à razones, ò à manos, ellos estaban vencidos. Enfadãdo el General de su barbara descortesia, diò à su esquadron señal de aco-

acometer; mas apenas apercibieron vñas, y dientes, quando los Ciervos dexando caxa, y trompeta, se pusieron en huida. Los Asnos quisieran hacer lo mismo, pero como tardos, y lerdos temieron ser despedazados en el alcance, y asi pecho por tierra pedian con lagrimas perdon, y misericordia. Nosotros (decian) ò generosos brutos! somos unos pobres Asnos, necios, y cobardes, que solo sabemos rebuznar. Hemos levantando este alboroto para salvar las vidas entre tantos valientes soldados: solamente somos de provecho para esclavos. Para esto nos desembarcaron en esta Isla, como à los Ciervos, para que la poblassen de caza, y proveyessen el sustento à la humana vida. Tan viles, y cobardes son como nosotros; y sus armas no son las que veis en sus frentes, sino su ligereza, que aquella caxa, y trompeta fuerõ despojos de la guerra passada. Instrumentos Militares, cuyo son infunde milagroso espiritu, y olvido de la muerte en los que son capaces de algun valor. Oyendo esto con admiracion los brutos enojados, convirtieron en risa su furor, y llevando los Asnos prissioneros, y despojos de caxa, y trõpeta, se volvieron à sus casas con verguenza, aunque con victoria.

Quan pesada, molesta, è insufrible es la voceria la disparatada defensa, rebuznos de gente necia! quan espantosos los fieros, brabatas, alborotos de gente cobarde, provocando à tomar las armas con el viento de atambores, y trompetas, y huyendo en la ocasion! Todos son Tarascas, y Gigantes; y todos finalmente humos, sombra, polvo, y viẽto: humo sin fuego, que en el corazon generosamẽte airado suele encenderse: sombra, que espanta, y no ofende: polvo que à otros ciega de colera, y el acometido se desparece: viento, que brama, y huye. Si à semejantes Tarascas, hombres inutiles, vocingleros, y cobardes, de lastima no quieren darlos capearuza; por lo menos sean risa de discretos, y juego de muchachos, supuesto, que persuadirlos con razones, no sean burla, y escandalo de la Republica, es como echar caperuzas à la Tarasca. Puesto fin tan dichoso à esta ardua aventura, prosiguieron su camino los bien entẽdidos brutos, y el Lebrel su comenzada historia.

APOLOGO XXVIII.

De las quatro famosas Escuelas, Socratica, Epicurea, Academica, y Peripatetica.

Athenas, nobilissima Ciudad de Acaya, y de toda la Grecia, à quien Minerva diò nombre por vẽcedora en la contienda de Neptuno, es madre de los mayores ingenios, hijos naturales, ò adoptivos: criòlos con leche de admirable doctrina en todas buenas letras, y artes de la paz, y de la guerra. Haviendo llegado à sus muros, y visitado, como dixe, al entrar el Portico Estoico, assi llamado por la variedad, y primor de la pintura. Escuela illus-

iluſtre de Zenon. Vimos, paſſadas algunas calles, ſentado al umbral de una puerta cerrada, un hombrecillo Philoſopho, en el trage, pẽſativo, la mano en la mexilla, los ojos en el ſuelo, romo, calvo zambo, y belloſo. Eſtẽdiò el Maſtin la mano derecha, diciẽdo: Deſte, q̃ hemos dado ſin penſar con el hombre mas ſabio del mundo, acreditado en eſte renombre por el oraculo de Apolo: *Mortalium unus Socrates verè ſapit*. Eſte es el famoſo Socrates, Author primero de la Philoſophia moral, q̃ de la natural, en eſpecial de la Aſtrologia judiciaria, ſuele decir, *quæ ſupra nos, nihil ad nos*: què importa deſvelarnos en inquirir lo que excede la humana ciencia? Palabras, que deſpues puſo Alciaro por titulo en un emblema de Prometheo, que atado de pies, y manos con fuertes cadenas à los peñaſcos del monte Caucaſo, una Aguila le eſtà comiẽdo perpetuamente las entrañas por ladron del fuego celeſtial, juſta pena de Aſtrologicas vanidades. Eſte inſigne varon es la fuente de toda Philoſophia, Maeſtro de los mayores Maeſtros, que ha tenido eſta Vniverſidad: principio honroſo de varias ſectas, y doctrinas. El divino Platon fue ſu diſcipulo, y de Platon Ariſtoteles, y Xenocrates. Tãbien Antiſtenes enamorado de la admirable conſtancia, paciencia, y auſteridad de la doctrina Socratica, à ſu imitacion fu inventor de la Philoſophia Cinica, que heredò Diogenes, y ſus ſequaces. Ariſtipo, iluſtre diſcipulo de Socrates, degenerò en muchas opiniones de la doctrina de ſu Maeſtro. Fue author de la ſecta Cirenaica: hizo al deleite del cuerpo ſin de las humanas acciones, y entre todos los Philoſophos fue el q̃ mejor ſupo (y aſsi lo profeſſaba) acomodarſe con el tiempo; tanto, que ſiendo grande amigo de Dionyſio, tyrano de Sicilia; no deſpreciaba las riquezas, ni con la pobreza ſe afligia. En fin, puedo decir, que eſtas Eſcuelas eſtàn à Socrates en grande obligacion, como à fundador de ſus mejores doctrinas: y con ſer tal ſu ciencia, no ſolo no le deſvanece, ſino que le humilla tanto, que una ſola coſa dice que ſabe, y es, que nada ſabe. Paſſanſele los dias, y noches ſin mover el cuerpo de un lugar, contemplando, y filoſofando. Conſtituye la bienaventuranza en la virtud; y preguntado, ſi tenia por dichoſo à Ariſtobolo, Rey de Perſia: reſpondiò, No sè quanta virtud, y ſabiduria tiene. Burlandoſe dèl una dama, gran ramera, le dixo: Con ſolo un amoroſo mirar llevo yo mas mozos tras mi, que tu con la doctrina de muchos años; reſpondiò el ſabio varon: Tu llevas los cueſta abaxo, yo cueſta arriba. Conocia mui bien, que la virtud es habito dificultoſo, que hace bueno al q̃ la tiene: y por eſſo dixo el Poeta, q̃ el baxar al infierno es facil, quanto ſubir de ſu obſcuridad à eſta luz, y aires ſaludables, aſpero, y dificil. Siempre amò la caſtidad, violentando ſu natural, que demaſiadamente le inclina al vicio contrario, No obſtante,

que

que obligado por ley de los Atenienses, viendo su Ciudad despoblada con las pestilencias, y guerras passadas, se casò en un mismo tiempo con dos mugeres. Xantippa, y Mirtone; las quales zelosas no tienen paz entre sì: èl las reprehende asperamente, y se burla dellas, que por un hombre tan feo pierdan su paz.

En tanto que el Mastin me referia estas marabillas, yo tenia en èl los oìdos, y en Socrates los ojos, admirando en figura tan fea aquel rico thesoro de sabiduria. Apostarè, dixo el Mastin, que sus mugeres le han echado de casa, y han cerrado la puerta, y q̃ por esso està sentado al umbral tan pensativo. Assi es verdad, dixo un Gozque, que cerca estaba; y puedolo afirmar de cierto, por las voces, que han precedido, y alborotado la vecindad. A este tiẽpo Xantippa se assomò à la ventana, y viendole sentado à la puerta, comenzò nuevos alborotos, diciendo: Aqui os estais? mal hombre, teneis verguenza en essa cara? Esperad, que yo os harè ir mas que de passo, y que nos dexeis en paz; mal sigio haya quien con vos me casò! Retiròse adentrò, y sacando luego un caldero de agua sucia, se le arrojò sobre la calva. Levantòse Socrates, y sacudiendose, dixo: Bien sabia yo, que despues de los truenos, naturalmente viene el agua. Algunos que estaban en la calle oyeron estas palabras, y levantando manos, y ojos al Cielo, con grandes exclamaciones, admirados decian: Valganme los Dioses, què varon tan sabio! què prudencia! què paciencia! què cordura! que valor! Partieron luego, de carrera publicando por la Ciudad la pesadumbre, que Socrates havia tenido con sus mugeres; y como echado de casa le remojaron en agua sucia, y que à todos estos agravios èl no havia respõdido otra palabra, sino que pues Xantippa havia tronado, claro està q̃ havia de llover. Las mismas exclamaciones hacia el Mastin mi compañero: pero yo como no havia cursado las Escuelas de los Philosophos, dexème llevar de la colera, y dixe: Juro por los Dioses Penates, y aun por el soberano Jupiter, que es de los mayores asnos Socrates, que tiene el mundo. Esta es paciencia? esta es cordura? esta es sabiduria? es ignorancia, y disparate escandaloso à todas las casadas. O pesar de la perra que me pariò y de toda la Philosophia moral! confirmara yo con mi voto de mui buena gana todas sus sentencias, si viera al que Apolo califica mas sabio del mundo, coger un renuevo de encina, y contar las costillas una à una à la señora Xãtippa. Vamos de aqui, que no tengo paciencia para vèr tanta en este Principe de los Philosophos.

Algunos dias ocupè viendo las grandezas de aquella Vniversidad, y en oìr algunas lecciones de los mas insignes Philosophos, y en este tiẽpo supe, q̃ el sufrimiento referido de Socrates, fue medido de su prudẽcia, para conseguir con efecto el fin de su correccion; porque si entonces

ces

ces castigara à su muger, encendiera mas el fuego de la ira, y abrasara la casa en mayores llamas, como lo confirmò la experiencia, pues haviẽdole rogado unos discipulos suyos, gente noble, los diesse algun buen consejo para gobernar pacificamente sus casas; la respuesta fue llevarlos a la suya, y mandar à sus mugeres, y criados sacar los vasos de la despensa, y que derramassen la miel, azeite, vino, y otras cosas que tenian, y quebrar algunos de mas precio. Assi lo hicieron sin replicar, y volviendole à sus discipulos, dixo: Si vosotros tuvieredes semejante dominio en las personas de vuestra familias, vivireis en paz, y descanso. Tanto importa la obediencia en los subditos para el buen gobierno, y tanto el saber mandar, para enseñar à obedecer.

Passeando un dia las calles de Athenas, me dixo el Mastin: Estas son las Escuelas del famoso Epicuro. Yo ofendido aun solamente del nombre, apresurando el passo, le respondi: El Cielo me libre de semejante bestia, ni le quiero vèr, ni oir; no gastèmos tiempo en cosas tan vanas. Esta sabia Vniversidad como consiente enseñar publicamente tã barbara doctrina? y no destierra, ò condena à muerte un monstruo de naturaleza, trangressor de sus santas leyes? afrenta suya, tyrano de la razon, infamia de los hombres, y el mas bruto de los brutos, pues no solo obedece à su vientre, como ellos, pero adorandole, pretende locamente persuadir, que en satisfacer à su gloton, y deshonesto apetito, consiste toda bienaventuranza. A estas palabras tan colericas, que yo presumia me iba dictando la razon, mirandome atentamente, respondiò el Mastin con una moderada risa: Què dices, amigo Lebrel? Estàs en tiempo ira que ofendes sin causa à uno de los mas ilustres varones que tiene, ni ha tenido el mundo; à un Philosopho, que cõ la claridad de su doctrina obscureciò los demàs, como el Sol las estrellas. Palabras son de Lucrecio lib. 3. de rerum natura.

Ipse Epicurus obit, decurso lumine vitæ,
Qui genus humanum ingenio superavit, & omnes
Præstrinxit stellas, exortus uti æthereus Sol.

Passò Epicuro la vital carrera,
Que en ingenio excediò al linage humano;
Y obscureciò los Astros mas hermosos,
Como el Sol quando dora el claro Oriente.

Yo te confiesso, que este es un encomio excessivo, y que apenas se podia decir de Socrates, Platon, ò Aristoteles: pero si el primor de su doctrina no le huviera deslustrado con dos intolerables errores, que son quitar la providencia en Dios de las cosas humanas, y negar la inmortalidad del alma, de iguales Panegyricos era digno. Porque la verdad de su doctrina, es mui diferente, que la opinion, que en general casi todos tienen, persuadiendose lo mismo que tu has reprehendido;

do; y que este gran Filosofo pone la verdadera felicidad en el deleite del cuerpo, lo qual es falso, y cruel agravio, como lo puedes vèr en Marco Tulio, que llama à Epicuro, varon sobrio, y modesto: lo mismo sienten gravissimos Authores. Mas esse error sin duda naciò de la vulgar ignorancia, que se equivocò oyendo decir deleite, sin distinguir, que Epicuro ponia la bienaventuranza en el del animo, no en el del cuerpo, y este originado de verdadera virtud. O por disculparse, y lo tengo por mas cierto, con algun Maestro, y Capitan de authoridad, los hombres dados à sus vicios eligieron este Philosopho que si motin semejante llegara à su noticia, era causa mui suficiente para quedarse muerto. No ha leìdo à Seneca en lo de *vita beata*, quien tan baxamente siente dèl. Alli gasta algunos capitulos en declarar sus opiniones, y librarle de semejante calumnia, que èl tiene por mui escandalosa. En gracia de la virtud, y verdad, escucha estas palabras suyas: *Mea quidem ista sententia est (invitis hæc nostris popularibus dicam) sancta Epicurum, & recta præcipere*; mi sentimiento es cõtra el comun del Pueblo, que Epicuro manda cosas santas, y buenas. Y poco mas abaxo: no digo yo lo que muchos, que la secta de Epicuro es maestra de maldades; mas digo que sin razon le infaman, lo qual ninguno puede alcanzar, si no penetra su doctrina, *frons ipsa dat locum fabulæ*, la exterior corteza ocasiona semejantes fabulas. Y prosigue dandolo à entender con algunos exemplos, como si un varon virtuoso vistiesse habito deshonesto; assi suena al oìdo esta palabra, *deleite*, aunque el concepto que pretende exprimir sea virtud.

A este tiempo saliò Epicuro al poste, cercado de sus discipulos, varon anciano, venerable, y modesto, disputando de la immortalidad del alma, y de la divina providencia, negando protervamente la una, y la otra. Ofendiòme de modo su necia opinion, que quise llegar à proponerle las razones, que persuaden estas importantissimas verdades: pero detuveme, viendole nuevamente ocupado con esta ocasion. Vino un estudiãte, discipulo, suyo alcanzado de respiracion, perdida la modestia en la compostura del vestido, sossiego de rostro, y passos medidos, que su Maestro enseñaba. Y entre colera, y lastima dixo assi: Escucha sabio Epicuro, y vosotros condiscipulos mios, el caso mas injusto, y doloroso, que jamàs se viò, ni oyò de algun tyrano. Viniendo a lecciõ, como suelo, encontrè un tropel de gente noble, y plebeya que seguia à los Magistrados, y Jueces de Athenas; entraron sin respecto en las casas del gran Socrates, y yo viendo esta novedad, escondime tambien entre ellos, y vi que haviendo llegado al General, adonde en su Cathedra leìa, segun lo que pude entender, *de Constancia*, porque sus ultimas palabras fueron: *La virtud es invencible, no tiene sobre ella dominio*

ni la Fortuna, el Tiempo, ni la Muerte; con desverguenza, y rigor increible, le arrojaron de la Cathedra, y le llevaron publicamente atadas las manos al publico Consistorio, y sentados los Jueces, y Senado, leyeron la informacion, que en secreto havian hecho contra Socrates: y substanciado el processo, que en summa los delitos erã, que sentia mal de los Dioses immortales, y barlaba, que adorassen en Athenas arboles, piedras, brutos, aves, y hombres, dignos de eterna muerte, y olvido, por sus execrables abominaciones: con semblante grave, y entero respondiò: Si la razon natural (ò Athenienses!) à todos persuade la verdad de una primera causa, por cuya voluntad todo fue criado, y se conserva: si los Cielos con tantas, y tan hermosas luces estàn à voces manifestando su grandeza: por què vosotros, Principes, Gobernadores de la mas sabia Republica que tiene el mundo, os dexais torpemente llevar de un error tan barbaro? que otras naciones ajenas de ciencia, y policia adoren al Sol, Luna, y Estrellas, que finjan el Imperio de Cielo, y Tierra, dividido en muchos Dioses, y à uno dèn el dominio en la guerra, à otro en la paz: este gobierne el Mar, aquel la Tierra; disparates son, y errores vulgares, de quien la verdadera Philosophia se rie: pero tiene alguna apariencia de disculpa su ignorancia en la falta de doctrina. Que Athenas, Escuela de todas buenas letras, y policia, cuyos escriptos por los ultimos terminos del Orbe han convertido las fieras en hombres, y dado à conocer la belleza de la virtud, acreditado la justicia, infamado los vicios, erija altares, desvanezca inciensos, ofrezca sacrificios à los mas humildes efectos del universal Criador, traicion culpara mi silencio; si con las verdades, que naturaleza me persuade, no os desengañara, ò por lo menos no hiciera de mi parte lo que debo à quien esta luz me comunica, al amor que os tengo, y à mi como à vuestro Ciudadano. Si esta es culpa en vuestros ojos, proceded à la pena, que imposible es en mi el arrepentimiento. Ofendiò de modo à los Jueces obstinados en su error la libertad desta respuesta, que agravando su escandalosa libertad, sobre tan abominables sacrilegios; dando à entender a los presentes integridad de justicia, le hicieron Juez de su misma causa, que èl se diesse la sentencia, y señalasse la pena, que sus sacrilegas maldades merecian. A lo qual respondiò: Fallo, que soi digno por mis obras, y consejos, que la Republica me sustente con la hacienda del Fisco, en el Pritaneo, entre los Athenienses lugar de mayor authoridad y honra, y el premio mas glorioso con que gratificaba el Senado los mas ilustres merecimientos. Aqui perdieron del todo la paciencia los Jueces, oyendole hablar, no como reo, sino Principe, y Juez; y assi, conformes le condenaron à

muerte la qual se executasse, dandole à beber un vaso de venenosa cicuta. El con intrepido corazon respondiò, que tambien ellos estaban condenados à muerte por la naturaleza. Llevaronle à un calabozo, y executarse ha la sentencia, porque dada con estas circunstancias, es irrevocable; pero no serà luego, porque ayer el Sacerdote de Apolo adornò la popa de la nave, que los Athenienses cada año envian à Delos, y hasta que vuelva establecen las leyes, que por ningũ delito, aunque sea mui grave, se pueda executar condenacion de muerte. Memoria (como ya sabeis) del voto que hizo Theseo en la jornada de Creta.

O cruel injusticia! (exclamò Epicuro) ò barbara confusion de Republica! ò bestial gobierno, donde la ignorancia oprime à la sabiduria, la mentira à la verdad, la malicia à la innocencia! ò Dioses immortales! esto consentis? No permitais, pues sois justos, que la virtud de Socrates, que siempre viviò en trabajos, y afrentosamente muere, quede sin premio, ni estos tyranos Jueces sin castigo. Hallè oyendo estas palabras la ocasion que deseaba, y llegandome a Epicuro, le dixe: Detente, sabio Maestro, no passes adelante sin reparar en lo que has dicho, forzado de la razon, q̃ como prophetico furor te saca de ti. Estrangero soi, y la fama de tu doctrina me ha informado en tierras remotas; y por las breves palabras, que despues que baxaste de la Cathedra te he oido, me consuelo en los trabajos de tan larga peregrinacion, pues con ellas te he de convencer en los errores que sigues, que obscurecen en gran parte la luz de tu doctrina. Si niegas la providencia de Dios, y la immortalidad de la alma, como pides al Cielo premio para Socrates, y castigo para los Jueces? Si ahora muere este virtuoso Philosopho, y con su cuerpo tiene fin el alma, quando puede gozar el premio que le deseas? Si los tyranos de la Republica, que le condenan, viven como otros muchos, gozando los deleites, y felicidades desta vida, no perdonando prado, q̃ no profane, y agoste su luxuria; innocencia, q̃ no oprima su crueldad; prudencia, que no venza su locura; virtud, que no pretenda sepultar su malicia: y si mueren con aclamaciõ de dichosos en el vulgar aplauso, quando recibiràn el castigo que merecen sus maldades? Si los Dioses no cuidan deste mundo que criaron, y continuamente crian, conservandole, porque condenas à los Jueces en su gobierno, menos obligados que los Dioses? Alientas desde tu Cathedra, con las convenientes alabanzas al discipulo estudioso, reprehendes al negligente, condenas al vicio, engrandeces la virtud, pones los medios para que aquel se huya, y esta se siga; y quieres, que el sapientissimo Maestro de toda sabiduria à sus hijos, y discipulos dexe entre las tinieblas de la humana ignorancia, sin ayudarlos con auxilios sobrenaturales para valerse en tantas dificultades, y peligros? Dios es justo,

Ju-

luego el alma racional es immortal. Enthimema, que cõvenciò à un grã sabio, para persuadirse evidentes una, y otra cõclusion, de la immortalidad, y providẽcia. Honra como es razon el thesoro escondido del alma en la tierra deste cuerpo, independente dèl como espiritual, y que por sì misma puede estar separada. Argumento bastante à reducirte, si te precias Philosopho, y porq mejor le entiendas, te le quiero explicar, y confirmar. El entendimiento es potencia espiritual, luego tambien el alma de quien procede; y por consiguiente, corrompido el cuerpo de los principios contrarios intrinsecos, y extrinsecos de corrupcion, el alma que no los tiene, quedarà no solo por privilegio, y gracia, sino tãbien por su naturaleza immortal, si el supremo Criador que la comunicò tan alto sèr no la corrompe. Que el entendimiento sea potencia espiritual; no corporea, es llano, porque las potencias corporeas son organicas, como de inducion evidente consta, y se terminan con cierta proporcion à objetos limitados, sensibles y corporeos. Mas el entendimiento mira la universalissima razon de ente por objeto, que comprehende lo espiritual, y corporeo: y por tanto, ni tiene organizacion à que proporcionarse, ni es capaz della el cuerpo; luego es puramente espiritual, incorruptible, libre de villano pecho de la muerte.

Ea, pues, sabio Epicuro, no infames con tal nota tu inculpable doctrina: castigo del Cielo, que porque niegas su providencia, parece que contigo no la tiene, consintiendo que te calumnien generalmente, y te imputen los mas ignorantes errores, que en barbaros discursos hallaron lugar, tanto, que al mas vicioso idolatria de su vientre, y apetito, antonomasticamente llaman Epicuro, nombre con que se persuaden, que califican su bestialidad; y con razon, pues sin immortalidad, y providencia divina, suerte mas dichosa, que los hombres, huvieran alcanzado las bestias, menos sujetas à la fraudulenta malicia de humanos entendimientos. Muera, pues, en buen hora Socrates, triumphen de su vida, no de su virtud los tyranos, que Dios es justo, y à èl darà el premio, y à ellos el castigo immortales, que merecen.

Atento escuchò el venerable viejo mi libre reprehension, y combatido repentinamente de dos casos inopinados; el uno la condenacion de Socrates, varon inculpable, y sapientissimo; el otro la fuerza de las razones, con que yo puse por tierra los dos mas firmes baluartes de su erronea doctrina, y esto en boca de un Lebrel; como quien despierta de algun sueño, me respondiò: Tanto me admiran vuestras sabias razones bruto racional, que casi convencido en los errores de mi doctrina, estoi cerca de caer en el de la escuela Pythagorica de la transmutacion de las almas en varios cuerpos. Muriò por dicha Pythagoras, y su alma por oculta determinacion de los hados, informa vuestro cuerpo?

O qual de los Dioses os ha hecho singular merced de tã alta Philosophia? Servios de ser mi huesped, mientras estais en esta Ciudad, que mas de espacio os quiero oìr, y ser vuestro discipulo, que el errar es comun à todos los hombres, y la perseverancia solo à los necios. Era ya tarde, aceptè la merced, y platicando la misma materia nos recogimos à su casa.

Lo que me passò con este gran Philosopho, y con otros de Athenas, la firmeza de sus virtudes, y sutileza de sus discursos, los estremos en que algunos daban, por singularizarse, aunque conocian los medios loables, es largo de contar: y por no cansaros, solo dirè dos palabras de dos monstruosos ingenios, Platon, y Aristoteles: los quales, aunque en voz enseñaron su doctrina, y en varios libros la dexaron escripta para perpetua memoria, y por ella son los primeros Maestros del mundo en authoridad; con todo esso cayerõ en algunos intolerables errores, consuelo en los que cada dia incurrimos: y causa tambien de humillarnos en la vanidad de nuestros pensamientos, pues los mas sabios de la tierra torpemente erraron. Mas què mucho, si toda la sabiduria humana es ignorancia, comparada con el author de la naturaleza? De lo qual nace tanta variedad de opiniones acerca de una misma question natural, que en las morales mas seguramente discurrimos guiados de la razon. Esto conoci por experiencia en estos dos prodigios de las ciencias; que siendo los ingenios mas illustres, y el *Non plus ultra* de la esphera natural, fuerõ opuestos en varias opiniones, dignas muchas de no leve censura.

Platon, en cuya boca labraron, siendo niño, algunas Abejas un panal de miel: y à esta dulzura despues igualò su eloquencia, tanto, que si Jupiter huviera de hablar en Griego (segun decian los Philosophos) hablarà con idioma, y estilo Platonico: leìa en la Academia, lugar apacible, separado de Athenas, de quiẽ sus discipulos se llamaron Academicos. Alcanzò con general aprobacion nombre de Divino, y aun algunos le erigieron altares, por los altos secretos, que con la sutileza de su discurso penetrò (como Aristoteles, nombre de Demonio, porque disputò doctissimamente de las cosas sublunares, adonde los demonios habitan) pero juntamente con su divinidad tiene un modo en sus obras, al parecer de muchos, cansado, y penoso; que le puede confirmar el nombre de Divino por oculto. Aprendiòle de Socrates su Maestro, y es, que no guarda orden, ni metodo en su doctrina (assi lo siento con Plutarco) sino que discurre vago à todas partes, mezclando varias opiniones, è introduciendo otros que disputen, ò que por dissimular su ciencia, ò que por ostentacion, mysterio, y grãdeza de su docsrina; tanto, que apenas se puede averiguar su sentimiento: y assi, no dexò obra absoluta, y perfecta de todos sus numeros, como Aristoteles.

les ; probando con firmes razones la conclusion explicada, y defendida constantemente. Oìle algunas lecciones diferentes de sus escritos en la claridad de enseñar, eficacia en refutar ajenas opiniones, y agudeza en confirmar las proprias. Aprendi admirables secretos de naturaleza: conoci varios efectos por sus causas. Desnudè al entendimiento mis falsas imagenes, que la comun Filosofia tenia en èl impressas. Asseguréme con mas firme amor en las virtudes morales y concebi altissimamente las cosas divinas: pero en medio de la hermosura destas verdades estuve cerca de caer en mui feos errores, oyēdolos de su boca con tanta apariencia de razon. Y si tengo de cōfessar mi flaqueza, os asseguro, q́ me hallè persuadido, y perseverè en su doctrina hasta llegar al Licèo, adonde oì à su discipulo Aristoteles, impugnarle mordaz, y sutilmente.

La opinion de sus idèas fue, y serà, como lo es, famosa, aūque no del todo entendida, porque no se explicò bastātemēte, y assi aun ahora està el pleito pendiente, si por idèa entendiò los eternos exemplares de la mēte divina, que estàn en ella con eminencia indistintos de su sèr. Yo me persuado, que no fue este su sentimiento, y assi està comunmente recibido; porque leyendo un dia de la existencia destas idèas, las llamò substancias, formas, ò especies separadas de la materia, y de la multitud de las cosas, que cada dia se engendran, y corrompen; las quales son eternas, immutables, immortales, y perfectas: à cuyo modelo, y exēplar se forman todos los individuos que siempre quedan informes, y en bosquejo respecto de aquellas perfecciones especificas. Y assi los hombres en singular son formados conforme à una idèa que existe mui perfecta: los Leones, y los Perros, y de la misma manera todas las demàs cosas generables, y corruptibles. El principal motivo de Platon para inventar estas idèas, fue levantar la Filosofia à la cumbre hōrosa de ciencia. Porque aprobando el axioma de su discipulo Aristoteles, que *singularium non est scientia*, que de los singulares no hai ciencia por ser inciertos, è innumerables, le pareciò, que no havia otro camino para hacerla ciencia, y habito adquirido por demōstracion, que fabricar estas formas especificas; dexaron los demàs Philosophos ir solo à Platon en este sentimiento. Y Diogenes con aquel su rigor Cinico le dixo un dia: Veo la mesa, y el vaso, pero la mensalidad, y vasalidad no veo: bien respondiò Platon con su divina agudeza: Tienes ojos cō que vèr lo uno, faltate entendimiento para vèr lo otro.

Tambien le oì algunas lecciones de Republica, y aunque la formò con tanta perfeccion, que parece llegò à igualar (hablemos con sus terminos) à su misma idèa, constituyendo su perfeccion en la virtud de los vassallos, y en la de los Principes, acompañada de ciē-

cia, tanto que se persuade conveniente para que una Republica sea feliz, que los Philosophos reinen, ò q̃ los Reyes Philosofen. Con todo esso defendia algunos errores, en lo especulativo intolerables, en lo practico, impossibles: si ya no es, que se pretenda convertir la policia en barbara confusion. Vno dellos es, que las mugeres sean comunes, comunes los hijos; de modo, que ni los padres conozcan à los hijos, ni los hijos à los padres; si bien admite ciertos matrimonios, à eleccion de los Magistrados, varones buenos con mugeres buenas, malos con malas; cuyos hijos se crien en lugares retirados, y ocultos, confundiendolos de modo, que los padres los desconozcan. Quiere tambien, que las haciendas sean comunes, porque destas voces mio, y no mio se sigue forzosamente gran pèrdida de paz. La herida del dedo siente el cuerpo, el deleite de la parte, el todo y assi es bien que los males, y bienes del Ciudadano en particular los llame proprios la Republica bien gobernada. Con una dulce fuerza me persuadia su eloquencia y aunq̃ rehusaba el entendimiento credito à tales disparates, al fin, los dorò de modo, que la voluntad se fue tras ellos ciegamente. O capacidad de los hõbres incapaz! ò discursos inciertos! ò voluntad demasiada, y entendimiento defectuoso, vana es toda presumciõ de sabiduria, y docta toda humildad; principalmente hermoseada con ciencia, y doctrina.

Famosas fueron las sentencias deste divino Philosopho: solia marabillarse, q̃ desvelãdose los hombres en hacer semejantes à sì mismo las bestias, no pusiessen algun cuidado en hacerse desemejantes. Havia entonces demasiada curiosidad en enseñar, ò que por gusto, ò que por interès, acciones humanas à Elefantes, Cinocefalos, Papagayos, Perros, y otros animales; y desmasiado descuido en vestir el alma de virtudes. Peregrinò gran parte del mundo, buscãdo los mas famosos Maestros de ciencias, y artes, para aprender dellos los primores de su doctrina. Y aun cansado de tan largas peregrinaciones, residiendo en Athenas, y leyendo en su Academia à un grande numero de los mas floridos ingenios, no perdia ocasiõ de preguntar, y aprender, ajeno de toda soberbia. Esto le murmuraban, y en su cara uno le reprehendiò diciẽdo: Hasta quã lo, ò ilustre Maestro, has de ser discipulo? A lo qual respondiò: hasta que se me acabe el deseo de ser mejor, y mas sabio. Llegò un rico Ciudadano de Athenas à pedirle consejo, en què possessiones dexaria la hacienda a sus hijos para mayor firmeza, seguridad y provecho? y respondiò que empleasse sus tesoros en tales possessiones, que no temiessen el rigor del tiempo, las aguas, los soles, el granizo, el yelo, la guerra, la tyrania, ni al mismo Jupiter. Si no teneis en mas (decia à sus discipulos) el orin, que el resplandor, anteponed el trabajo al ocio. En efecto fue tãbien exemplar de su templanza, y paciencia, que pro-

vocado à justo enojo de un esclavo suyo dixo: Dierate el castigo que mereces, si no estuviera colerico. Y en confirmacion desto aconsejaba à los tomados del vino, y de la ira, se mirassen al espejo, porque la deformidad de sus rostros reprimiesse la de sus passiones. Preguntado en què se conocen los hombres si son buenos, ò malos, respondiò: Al son, como cantaros; tanto atribuia al bien, ò mal hablar. Decia tambien, que el sabio se conoce en q̃ injuriado no se enoja, alabado no se desvanece. Juzgaba infeliz la Republica adonde se gasta mas que se gana, y adonde estiman à los malos, y desprecian à los buenos, y adonde los que rigen no temen à Dios. La mayor flaqueza ponia en no saber guardar secreto, y la mayor fortaleza en vencer los primeros impetus, y assi que la mas ilustre victoria es vencerse à sì mismo. Pero adonde voi por un campo tan espacioso, y de tã remotos terminos? El amor de la Philosophia me lleva, por el merezca perdon, y licencia de entrar al doctissimo Liceo.

Este era la escuela de Aristoteles, Principe facilmente de los Philosophos: excessivo monstruoso de los ingenios, admiracion perpetua de todos. Fue author de los Peripateticos, assi llamados, porque los enseñaba passeandose; ò lo que tengo por mas probable, de un lugar del Liceo, llamado: *Peripatum, hoc est Deambulatorium*: fue natural de Estagira, hijo de Nicomaco Medico, descendiente de Esculapio, estimado de Filipo Rey de Macedonia, Maestro de Alexandro, y que ocupò mui alto puesto acerca de su persona. Tan insigne en todas facultades, como si para qualquiera dellas solamente huviera nacido. Los demàs Philosophos señalaronse en particulares ciencias, limitandose sus ingenios en cortas espheras. Aristoteles comprehendiò universalmente quanto en aquellas Escuelas se havia disputado, y dispusolo de modo por escripto con tal orden, y metodo, que enseñando como à discipulos, los hace Maestros. Pincel fue su pluma, ò buril, que pintò, ò esculpiò en las almas (tablas, que èl llamo rasas) las imagenes, especies, y formas que quiso; y esto con tal primor, que hoi los mas sabios admiran mucho, porque no lo alcanzan todo. Y este prodigio de los ingenios (replicò Auricrino) incurriò algun defecto? Algunos (respondiò el Lebrel) dexo lo incierto, q̃ con poco fundamẽto le calumniã menos casto: y no reparo ahora en lo natural, que fue poco proporcionado de miembros, y por enmendar esta fealdad, era algo curioso en el vestido siendo en lo demàs mui modesto. Acerca de lo q̃ hace mas à nuestro proposito, digo, que enseñò algunas opiniones no cõformes à buena Philosophia, y contra el consentimiẽto de antiguos, y modernos, principalmẽte la que defiende en el octavo de los Fisicos, que el mundo es *Ab æterno*. Algunos se persuaden, q̃ Platon siguiò la misma sentencia,

pero engáñanse, segun se colige de sus escritos, que aunque concede la materia informe, y confusa, existēte por una eternidad, vaga, y fluctuante en un immenso caos, mas el orden y hermosura, que el mundo tiene de presente, dice, que fue en tiempo. Conceder, pues, por una parte generaciones eternas,è inmortalidad de almas,reprobando la Palingenesia de Pithagoras, fabulosas transmutaciones de unos cuerpos en otros; y por otra parte negar infinito es un nudo indissoluble en la doctrina de Aristoteles: y aun por ello sienten algunos, que su opinion de la inmortalidad del alma la confundiò de modo, que ya parece concederla, ya parece negarla. Bien assi como la Xibia enturbia el agua con la tinta que derrama, para no ser pressa de pescadores, ò de otros mayores peces. En efecto fue hombre, y como tal errò. No obstante lo dicho, algunas veces subo à considerar la immēsa sabiduria del Criador universal, por la que à esta criatura suya comunicò a este gran Philosopho.

APOLOGO XXIX.

Que no es facil ser hombre.

NO puedo negar, que algũ tāto me hallaba reducido à trāsformarme en hombre: porq̃ estos ultimos varones que conoci, eran mas llegados à razon, y verdad: modestos, prudentes, ingeniosos, y nada estremados: consideraba el modo, y no me resolvia. Con este pensamiento entrè un dia en la plaza de Athenas, adonde vi à Timon, que sobre una piedra convocaba la gēte. Todos acudieron marabillados de vèr en la Ciudad aquel monstruo, que siempre vivia entre fieras; de vèr llamar los hombres, el que siempre huìa dellos. Jamàs le oyeron hablar en publico, y assi esperaban alguna prodigiosa novedad. El viendo presentes à quantos le podian oìr, en alta voz dixo: Ciudadanos Athenienses, que el Cielo castigue, segun vuestras culpas, y mi deseo, en un huertezuelo de mi pobre casa tengo una higuera, en la qual algunos se han ahorcado voluntariamente, y han hecho mui bien, ojala fueran todos. Quiero labrar un aposento, y es me forzoso cortar la higuera, si alguno de vosotros se quiere ahorcar, acuda cõ tiēpo, q̃ por no impedir tan buena obra, os doi primero aviso. Hai quien quiera ahorcarse? Rieron los presentes de buena gana su locura. Baxòse Timon de la piedra y haviēdome conocido, me llegò à hablar: pero suspendionos un nuevo caso, que nos hizo reparar à todos. Vimos à Diogenes, que siendo cerca de medio dia, andaba cõ una lanterna encendida por la plaza buscando un hombre; y estando en ella mas de mil, èl llegaba à cada uno, y aplicando la luz, le miraba de pies à cabeza. Preguntabanle, què hombre buscaba? y respondia, que uno q̃ fuesse verdaderamente hombre, animal racional. Como el Cinico era de todos conocido, sufriãle estas de-

demasias. Haviendo lustrado deste modo casi todos los presentes, llegòse à mi, miròme mui de espacio al rededor, y poniendome luego la luz en los ojos con una atentissima miradura, y profunda ponderacion, dixo: Los demàs bestias, tu, Lebrel, dos veces bestia.

Yo estimulado de un noble afecto de honra, viendome infamar en publico de aquel Filosofo, y calificar en venganza de la tinaja que le hice pedazos, por bestia doblada, determinème colerico à ser hombre, y darle à en tender, que havia hallado lo que buscaba; y que era mas hombre, y mas cabal de todas mis partes, que el mismo Diogenes. Levantè el corazon à Jupiter transfomador, pedile socorro, y la palabra que me havia dado, y en un punto me hallè transformado en hōbre. Pero (ò Dioses immortales! aun ahora tengo verguenza de imaginarlo, quāto mas de decirlo) desnudo, como si saliera del vientre de mi madre, bien que vestido de confusion. Los presentes que me estabā mirando Lebrel, y me veian hombre, y con tal figura, estaban atonitos: Timon riendose, Diogenes despreciandome, y yo fuera de mi, buscando por dōde escaparme, y huìr el cuerpo à este intolerable golpe de fortuna. Acudi luego cō las manos à socorrer mi vergonzosa desnudez, hecho un retrato de Adan, y llegandose à mi Diogenes, me dixo: Essa passiō de verguenza ǭ os tiene (hombrec llo nuevo) confuso, y casi perdido el sentido en turbacion tan dolorosa, os hace culpado al primer passo de la humana vida. Algunos la cuentan entre las virtudes, pero en vos no lo es, pues nace de la imaginacion, que os representa ignominia, è infamia ser visto desnudo de los presentes, por falta de valor, y fortaleza. Envolveos en vuestro honrado privilegio, sino conoceis que este descubre las faltas naturales, y adquiridas, en quien no procura primero merecerle, huyendolas. Assi me rio yo de los ǭ vestidos una merced de nobleza, viven vergonzosamente desnudos de virtud, haciendo plaza de sus vicios. Tomad mi consejo, y volveos al vientre de vuestra madre la perruna naturaleza, ò sereis entretenimiento y risa a los que os miran, y aprendereis de espacio à ser hombre, que os falta mucho por andar con tan ruines principios.

Quiso tambien Timon tomar la mano en reprehenderme, y assentarmela de llano, pero fue tal la voceria que se levantò: Al loco, al loco, que èl no tuvo lugar, y yo me le hice rompiendo la gente, y huyendo por dōde mi vētura me abria camino, cercado de muchachos, que me seguian con grandes risas, y burlas. Direis, por què no me converti en Lebrel, ò en otra cosa que me librasse de semejante confusion? No me hallè tan fuera de mi, que me olvidasse del privilegio recibido, pero temi, que la risa se convirtiera en furor, juzgandome encantador, ò hechicero; que en la primera mudāza pocos repararon,

y pudiera alguna de mis transformaciones dàr en vacio, y entretanto recibir de lleno alguna herida incurable. Principalmente, que me pareciò grande flaqueza rendirme à los trabajos de la humana vida en la primera hora de mi nacimiento. Al fin, yo sali huyendo de la Ciudad, y me escõdi entre unos cercanos olivares, adonde sentado à descansar consideraba lleno de tristeza, que no es tan facil ser hombre, como algunos piensan, y yo estaba persuadido. Possible es (decia hablando conmigo mismo) que la Naturaleza, que se alza con el honroso nombre de provida, dè à todos los vivientes, assi sensibles, como insensibles, lo que han menester para su conservacion, y que al mas perfecto le crie tã inhabil, y necessitado, que le sea forzoso buscar cõ arte, y trabajo el vestido necessario para no ser injuriado del tiempo, y lo que es peor, culpable entre los demàs? Yo què delito he incurrido en ser hombre, que solamente por serlo me hallo triste, afligido, pobre, despreciado, y perseguido? Alguna culpa trae cõsigo de tã forzosa pena el linage humano, causada sin duda en su origen. Volverème à mi natural de Perro? No, que es flaqueza. La felicidad humana en la opinion mas cierta destas escuelas, consiste en la virtud: pondrè primero todas mis fuerzas en alcãzarla, y si no pudiere, volverème à ser Lebrel, que mas quiero ser buena bestia, que mal hombre.

A esta resolucion me sucediò una nueva duda, y dificultad, què estãdo, y modo de vida seria bien elegir? pareciòme bien el de los Philosophos, y determinème seguirle en pobreza como mas à proposito para philosophar, libre de los cuidados de grangeria, y conservacion de la hazienda. Sali de alli con este intento, y entrè à la Ciudad de noche, adonde me vesti pobremente à lo Philosopho. Segui està professiõ algunos dias, con tales trabajos, y descomodidades, que (dexando varias avẽturas, por no ser largo) mudè parecer, y elegi otro modo de vida en un mediano estado, ocultãdo la Filosophia en lo interior, y dãdo muestras de Ciudadano republico, que con el beneficio de mi hacienda me sustentaba. Para esta medicina hice eleccion de veinte mil ducados, que en virtud del celestial privilegio, no me fue dificultoso; empleelos en algunas buenas possessiones, y echando fama, que de una cercana Provincia havia venido, por particular aficion, à ser Ciudadano à Atheniẽse, comencè à experimentar las conveniencias, y descomodidades deste nuevo estado. O, Cielo santo, quien podrà cõtar la interior guerra de passiones, que en mi se levantò! Ya la envidia me acometia de mis iguales; el desprecio de los menores, y soberbia de igualar à los mas poderosos. Yà me tocaba arma la codicia, infundiendome deseos de adelantar mi casa con nuevas riquezas. Yà me inquietaban importunas deshonestidades (si bien es dolencia de todos

dos estados) cegabanme la razon, abrasabanme el alma. Y quando el conseguido fin prometia sossiego, me hallaba padeciendo una rabiosa enfermedad, causada de amor, que llaman zelos. Pareciòme, que tantos males nacian de mis cortas fuerzas, y que el remedio consistia en mudar estado, y hacerme poderoso del mundo en dineros, y vassallos.

Ausentème de Athenas, considerè el modo de mi mudanza, fingime Principe estrangero de un grande estado, con cien mil ducados de rẽta. Entrè con la ostentacion conveniente en la Corte de Filipo, Rey de Macedonia, fuile à besar la mano, obligandole à que me hiciesse honra, y merced, diciendo, que la fama de su valor, y prudencia, que le celebraba amado, y temido, me havia traido à servirle. Recibiòme afable, diòme lugar cerca de su persona, y quedè igual à los Grandes de su Corte: pero como ninguno vive contento con su suerte, yo tampoco lo estuve con la mia. Acometiòme furiosamente la ambicion, y rendime à sus fuerzas. Levantòse en mi un apetito immoderado de honras, y dignidades. En la mayor grãdeza, y grado superior, visto del Pueblo, y estimado, me pareciò que yacia en mortal olvido. Fuego es la ambicion, las riquezas honras, oficios, y magistrados son sus materiales. Quanto estos crecen crece la llama, y con mayor dificultad se puede apagar. La envidia me despedazaba el corazon con mortal tristeza del bien ageno, el qual en mi parecer dismimuìa el proprio. Nunca conoci la culpa, y la pena ... unidas. O, loco, y miserable, no bastaban mis trabajos, sino tambien dexarme atormentar de agenas felicidades? Gran miseria! flaqueza grande! corto consuelo era para mi ser envidiado que aunque sola carece de envidia la miseria, yo me tenia por miserable en los excessos de mis iguales. Torpemente me dexè vencer de la adulacion; con falsas palabras, y obras me fingia amigo, siervo, y esclavo; y con semejantes vilezas procuraba mi aumento en las proprias alabanzas, aunque se descubriesse por algũ lado la lisonja, me gloriaba, y tal vèz conociendo la verdad me agradaba, la mentira. Esto es lo que llaman vivir los que se llorã en una larga muerte, ò que por su pobreza; ò que por su emulacion.

Vos, ò Patricius sanguis, quos vivere fas est.

Considerandome, pues un dia à solas, cercado de tan crueles passiones, y de tan penosas inquietudes, me pareciò desacierto no salir de ellas, pues estaba en mi mano. Todo era cosa de burla, sino de un golpe hacerme Rey, y quitarme de ruidos. Con esta determinacion dexè à Macedonia, y partiendome à Sicilia, è informãdome mui de raiz del estado de las cosas, entrè una noche con secreto al Palacio de un Rey tyrano, que entonces la gobernaba, y dandole muerte me transformè en su misma persona: sus crueldades mudè en misericordia: sus descom-

posturas en modestia; su avaricia en liberalidad: y finalmente sus vicios en virtud. Vna nueva luz amaneciò despues de larga noche al afligido Reino: no se acordaba ya de las passadas tyranias, viendo la vigilancia con que asistia à su gobierno: hice mercedes à quien las merecia: Gratifiquè passados servicios à la Corona: Humillè à la soberbia aborrecida del Pueblo: quitè algunos tributos: socorri à los pobres: assegurè à los ricos: esforzè la labranza: renovè los tratos, y mercancias: hice paces con los confinantes, capitulados honestos partidos, y atēdi en primer lugar, y con mi exemplo el Reino todo à la Religion. Mudanza pareciò esta del Cielo, aũque à los principios diò sospecha de ficcion, mas la perseverencia los obligò à sentir bien. Pacificamente amado, y temido gobernaba, cō los premios ciertos, y los castigos templados; y ya me parecia tiempo de gozar la felicidad, q̃ en este supremo estado se persuaden casi todos los del mundo, pues pocos son los q̃ no aspiran, y ponen sus fuerzas, y astucias, si no en alcãzarle por impossible, à lo menos en acercarse à èl. Nũca me hallè mas cansado, y arrepentido de ser hōbre q̃ siendo Rey: y esto nacia de mi deseo, y cuidado de cũplir tan grandes obligaciones. Llamabanme señor, y yo conocia lo cōtrario, porque era esclavo de todos en comun, y en particular. Y quã lo el continuo despacho de negocios me retiraba, me veia sujeto à la justa infamia, y siempre à la ingratitud à tantos beneficios, y trabajos. Honrabanme con titulo de Rey, y mi conciencia me reprehendia tyrano. Llorabame condenado de fortuna (ò cruel linage de tormēto!) à una carcel magnifica, aprisionado con grillos de oro, y cadenas de diamantes. De noche me robabā el sueño cuidados; de dia me cōsumian las fuerzas trabajos. En los entretenimiētos honestos, en la mesa, y conversaciones me salteaban obligatorios deseos de humillar la soberbia de poderosos, reprimir sus desafueros, y castigar su demasias, dolor, y compassiō de las lagrimas de tantos vassallos pobres, y oprimidos. Quise descãsar, dādo de mano por algunos dias, à los negocios; comencè à gustar los deleites, y licencias de un absoluto poder, y en cuya templãza es mayor la dificultad, quanto menor la contradiciō. Cobrò fuerzas el apetito ãtes mortificado perdiòlas la razon, y tã olvidado de mi estaba, que casi pude responder lo q̃ Tiberio à un amigo, q̃ le quiso reprehender algunos vicios, y comenzò diciendo: No te acuerdas, y el Emperador le atajò: De lo que fuì no me acuerdo.

Afligiame la memoria de Julio Cesar, de Caligula, de Claudio, de Neron, Galba, Othon, Domiciano, y otros Reyes, Emperadores, y Tyranos sin numero, q̃ por los mismos escalones q̃ subieron al Imperio, subierō à su precipicio, que sino se levantarã no cayeran. El pino mas alto està mas sujeto à viētos, las mas altas torres à mas grave ruina: y las

cũmbres de montes à rayos, y tempestades. Por lo qual dixo un Sabio, q̃ si todos conocieran las obligaciones, y riesgos de un Rey, no solo tuvieran fin las guerras por empuñar el Cetro, y ceñir la Corona, sino que huviera mas Reinos, q́ Reyes. O Corona (dixo Antigono, jurandole Rey de Macedonia) mas ilustre q́ dichosa, si la insaciable ambicion alcãzara, quantos peligros, desvelos, y trabajos encierras, no sè si havria quiẽ te levãtasse del suelo! Duerma cõ pacifico sossiego, vestido toscos sayales, si la purpura de Tyro ha de quitarme el sueño. Yo en efecto era esclavo de mi Reino à quien servia con toda vigilancia, y amor, procurando quanto me era possible cõservarle en paz, guardando justicia, y templando su rigor cõ misericordia, mas por esso no lo tenia del todo cõtento: à la Justicia llamabã crueldad, à la Misericordia falta de justicia, al Valor Soberbia, à la Guerra Ambiciõ, à la Paz Ociosidad, à la forzosa dilacion, y prudẽte cõsulta, descuido, y floxedad, à la presta execuciõ imprudẽcia, al retiro estrañeza, à la afable cõmunicaciõ desauthoridad. En la provisiõ de oficios, cargos, y dignidades, siẽpre las quexas impedian el gusto de los agradecimientos. Y finalmente, me ofendia una continua vigilãcia para no dexarme vencer de lisongeros, y un cõtinuo temor de traidores. Esto es reinar, me preguntaba à mi mismo? esto apetecen los humanos? mas què mucho si solamente aspiran al lustre exterior, no à las obligaciones naturales, y divinas? Cortas fuerzas son las de mis hombros para tan pesada carga: estados trabajosos me hã parecido los demàs, este intolerable. Vẽcido, pues, de tantas dificultades, juntè Cortes generales, y cõ parecer de todos reduxe el Reino à republica, supuesto q́ me faltaba sucession. Luego partiẽdome cõ algunos de mi Corte, à cierta jornada, una noche me escondi en un bosque, y no hallandome, se volvieron, y dieron cuenta al Senado de lo sucedido; ocasion de lagrimas, q́ despues se aumentaron, levantandose un nuevo tyrano, que los reduxo à pesado yugo de servidumbre.

APOLOGO XXX.

De la Justicia, y Verdad.

IN determinado en el camino, que eligiria de algun descanso menos sujeto à mudanzas, sin duda me convirtiera en Lebrel, y dexara de emprender nuevas transformaciones, sino ocurriera à la memoria una mudanza, en la qual me prometia segura firmeza. Acordemè, que mientras reinaba, todos à voces cõ lagrimas, y humildes ruegos pedian justicia, señal de ser generalmente amada: lloraban su ausencia, desesperaban su possession. Transformado en esta noble Princesa, me persuadi toda buena andanza, y assi lo puse por obra. Cõvertime en una hermosa dama, en la mano diestra una espada, en la siniestra un peso, desta suerte, como si del Cielo baxara abierta una nube cõ algũ estruẽdo,

me

me manifestè à Sicilia. En todos causò alegre regocijo, y sobresalto mi venida. Alborotòse la Corte, acudieron à verme, y darme mil parabienes, con tantas demonstraciones de contento que no les faltaba sino meterme en sus corazones. Aclamaban aquel siglo dichoso, y sus ojos bienaventurados, que tal havian merecido vèr. El concurso de gente fue tan grande, que para satisfacer agradecida sus deseos, me subi con los Consules, y Senadores à un lugar eminente, adonde pude ser mejor vista; con lo qual crecieron las aclamaciones, Ya el Sol declinaba al Occidente, su luz menguaba, y las sombras crecian. El tropel de gente se iba disminuyendo, y entrada la noche, el Pueblo se recogiò, dexando solamente entre pocos, que por necessidad, ò por ociosidad passeaban las calles, una voz alegre, y conforme, que la Justicia havia venido, y cõ ella la felicidad, la abundancia de frutos, y de mercancias, la paz, la seguridad, el castigo de vicios, el premio de virtudes, y finalmente todos los bienes.

Despidieronse de mi Consules, y Senadores, yo quedè sola, y poco menos que sin juicio. Cõparaba el general aplauso con mi soledad, y llena de confusion, y tristeza, levantando los ojos al Cielo, di: ¡Cielos piadosos, que con tantas luzes mirais lo que aqui passa, declaradme, què mysterio tiene, ò quitadme de una vez la vida, para que con ella tengan fin mis esperanzas, y trabajos! Es locura la desta gente, ò es malicia? Como, siendo tan amada, tã deseada, tã biẽ recibida, tã señora de los corazones, q̃ me parece los tenia todos en mis manos, ahora me dexã sola, pobre, y desamparada, y aun parece que despreciada? yerro de cuenta debe ser. Sin duda que unos en otros confiados, piensan que tengo posada prevenida ò por mis criados, ò por algun Principe: desengañarè a los Consules, y pedirèlos me reciban y dèn hospedage en sus casas, que yo creo se tendràn por dichosos. Consolada preguntè por las casas de un Consul, y llamando à la puerta, me respondieron: Yo repliquè soi la Justicia. Oyolò el Consul, y levantandose de la mesa, que estaba cenando mui alterado, y con igual turbacion toda la familia, me respondiò: Vuestra Magestad, señora Justicia, sea mil veces bien venida, mas no por mi casa: y diciendo, y haciendo me diò con la puerta en los ojos. Este golpe despertò mi memoria, y me acordè haver oido decir à Hesiodo, que antiguamente havia baxado la divina Astrèa, la sãta justicia del Cielo, llamada de semejantes voces, y le sucediò otro tanto, de modo, que le fue forzoso, por no hallar quien la hospedasse, volverse à su primera habitacion, en compañia de su hermana la Honestidad:

Paulatim deinde ad superos Astræa recessit.
Hic comite, atque duæ pariter fugêre sorores.

Testifica Juvenal. Con todo esso, por si en algo los tiempos se havian

me-

mejorado, quise hacer experiencia en otros muchos vecinos de la Ciudad de todos estados, pero la misma respuesta oì, y aun peor. Hallème perdida, y casi entendi perecer aquella noche de hambre, y de frio: y porq̃ no me sucediesse lo q̃ temia, fui me à la carcel publica, y tocãdo los aldavones despertò el Alcaide, y preguntò: quiẽ llamaba? respõdi q̃ la Justicia, y abriòme al momẽto. Pregũtèle si havia algũ aposẽto desocupado adõde passar aquella noche; y respondiò, que la carcel estaba llena de pressos por el perezoso despacho de los Jueces, y que en el aposento mas desocupado, que era un calabozo, havia dos pressos en un cepo con sus cadenas. Pues aì me acomodarè, le dixe, que no es mucho, que la Justicia passe una mala noche. Ofreciòme el Alcaide su aposento, pero no le quise desacomodar; y assi, yo me entrè al calabozo, y pedi me traxesse algo de cenar: lo qual el carcelero hizo con diligencia, de lo que sin trabajo de guisar hallò mas à mano. Alteraronse los dos pressos del calabozo, viendo resplandecer à tal hora en sus tinieblas la Justicia, dama tan hermosa: y cobrando de sus mismos trabajos, y miserias animo, uno dellos me dixo assi:

Divina, y recta Justicia, que del Cielo sin duda viene tu hermosura, porque tan grande no la he visto jamas; seas, señora, mil veces bien venida à la tierra, y perseveres en ella, hasta que fuego del cielo la purifique, y no necessite de tu peso ni de tu espada. No te veo acompañada de misericordia, que nos causa alguna turbacion; mas aunque sola, nos gozamos, que esse peso ponderarà seguramente nuestras culpas, y essa espada cortarà de una vez nuestras desdichas. Yo estoi presso por una muerte desgraciada, y provocado fui, como cõstarà del processo; à la confession que en èl tengo hecha (si fue el Escribano fiel) me remito. Mi compañero està por un hurto, la necessidad parece que tiene de su parte, que tibiamente le defiende, y escusa. No pedimos, sin vèr la causa, piadosa sentencia, sino que examinada aquella, esta la pronuncies con brevedad: pero segun conjeturo de lo que aqui he visto, y oìdo, no vienes, noble señora, à esta carcel, y calabozo con intento de hacer algun acto judicial, sino obligada de la necessidad, por no hallar mejor hospedage. Y en efecto, como este es lugar donde tanto se exercita, ò se debe exercitar la justicia, has elegido tu propria habitacion, de donde afrentosamente no te pueden despedir; y para decirlo en una palabra, viene la Justicia à la casa de los delitos, como mas necessidad de su presencia. Y viendo esto, como es la causa de tu venida à deshora, el camino has errado, mala eleccion has hecho: en esso te desconozco solamẽte Justicia; bien te puedes volver que estas no son tus proprias casas. A un ladroncillo bisoño, à un homicida casual vienes à visitar, y su calabozo altèras? à ellos te muestras severa, apercibes el peso, y fulminas la espada, dexãdo sin castigo, y no atrevien-

viendote pisar los umbrales de los suntuosos Palacios de tantos crueles homicidas? de tantos famosos ladrones? de tantos malos Ministros tuyos? Haz verdadera informacion, y hallaràs que merecen mil muertes, con mas razon que una este cuitado, que hurtò un vaso de plata puesto à mal recado. Visita las casas de tantos mohatreros, y mercaderes, que publicamente con usuras, y excessivos precios roban el mundo. Las de tantos ricos, y poderosos, que por serlo se quedan con la hacienda de los pobres, y estos no se atreven siquiera à quexarse, y ampararse à tu sombra, porque se exponen à su infalible venganza, y à su soberbia ira, por mil caminos, tales, que te deslumbran, y persuaden, que es zelo, y no passion. Del no pagar hacen nobleza, como si huviera mas vil estado, y villania que despreciar las leyes de Dios, de la Naturaleza, y del Rey. Y si contra homicidas quieres esgrimir tu espada, quãtos passean libremente esta Ciudad, que hã executado muertes escandalosas: quantos Medicos idiotas, enemigos comunes del genero humano, hombres desalmados, se atreven à curar, y despoblar el mundo, que aun, à los doctos suceden mil desgracias, por la gran dificultad de la ciencia, y casos que cada dia se ofrecen, no experimentados. Estos homicidios, y estos robos, fuera razon, ò recta Justicia, que visitaras, que nosotros seguros estamos en nuestro miserable calabozo, ò pressos mas por desdichados, que facinorosos de tan pesadas cadenas.

Atenta escuchè estas verdades; no las pude negar, y diles à entender mi deseo de hacerlas mentiras en adelante, y que à esso era mi venida. Reposamos lo poco que faltaba de la noche, y por la mañana se divulgò en la Corte, que la Justicia havia madrugado para hacer visita de carcel: assi lo puse por obra con presta expedicion de las causas. Executaronse luego las sentẽcias, y quedò la carcel libre de pressos, y los pressos libres de la carcel. Sali della, y haciendo informacion secreta de las cosas que el preso del calabozo me havia dicho, mandè parecer en publico juicio à los Consules, y Senadores, y otros Ministros de Justicia, con muchos facinorosos, escandalo de la Ciudad. A unos confisquè los bienes; à otros di publicas, y asperas reprehensiones, y à los mas culpados castiguè con pena corporal: el Pueblo quedò contento, y satisfecho. Los reos con todos sus allegados, que no eran pocos, ofendidos tanto, que astuta, y maliciosamente dexaron caer una voz en la confusion del vulgo, que el peso de la justicia era falso, y de Plateros, no de Jueces, pues en sus balanzas en vez de merecimientos admitia plata, oro, y otros dones. Señalaban en particular ciertos pessos falsos, aunque cõ mentira, pero malos de averiguar. La espada tambien decian, que era de un falso, ò encantado tẽple, pues ademas que se doblaba, y torcia con mui feas vueltas, el un filo le tenia de acero agudissimo, y

bien templado, el otro blando mas que cera. Todas estas habilillas en los buenos poca impresion hacían, en los malos cobraban fuerzas.

Cada dia me iba confirmando en la malicia humana, y persuadiendo, que todos los estados estàn sujetos à trabajos, y asi aprobando el parecer del otro Filosofo, que si los hombres sacassen sus trabajos à la plaza, y haciendo un monton se les diesse licencia de elegir los ajenos, cada uno tomaria los proprios: yo haviendo experimẽtado tantos, y en tantas formas, queria escoger los trabajos primeros de Lebrel, y luego lo pusiera en execucion, sino sucediera un caso, que me obligò mudar parecer, y passò desta manera. Dos Ciudadanos principales contendian sobre cierto negocio, y el uno dixo al otro, que mentia: el desmentido pagòle la advertencia con un bofeton. Pusieron mano a las espadas y à sus lados parientes, y amigos, de modo, que se executaron algunas muertes, y heridas, principio de escandalosos bãdos. Acudi al remedio, hice prisiones, substanciè las causas, y mandè parecer ante mi en primer lugar à los dos que ocasionaron el escandalo, y notificarlos la sentencia, que fue esta: Que por quanto yo havia averiguado con indubitable, y plena informacion, que el desmentido no havia dicho verdad en aquello que le desmintieron daba por libre, y sin costas al que le dixo el mentis: y juntamente condenaba à cortar la mano al que en vez de darle gracias por la correccion fraterna, le diò el afrentoso bofeton. Executòse la sentencia con risa de unos, lagrimas de otros, y murmuracion de todos: perdi credito, y nombre de justicia, aun entre mis amigos ganè la de injusticia, y tyrania. Vn mẽtis (decian) se dexa sin castigo, palabra tan afrentosa, que basta à inficionar un linage por grãde que sea? y no solo esso, sino condenar à cortar la mano al desdichado que reciviò la afrẽta, mereciendo antes alabãza, y premio por su valor, no haviendo excedido una jota en su venganza? *Lege del Duelo*, Paragrafo, *à un mentis un bofeton*. Què leyes son estas (decia yo) gente barbara? En què razon las fundais, si sois animales racionales? Este que desmintiò no dixo una verdad? no advirtiò, y reprehendiò al otro una mentira? pues què delito cometiò? pero retirandome de espacio à considerar el fondo, y mysterio que tendrian estas conjuraciones, no pude hacer otro mas seguro juicio, sino que nacian del aborrecimiento que todos tienen à la mentira, y que era tan grande, que aunque este pecado se cometa, le procuran encubrir como vergonzoso, y abominable: y asi, quando se descubre, se tienen por afrentados, y al que los hace tã grande agravio castigan justamente à su parecer con un bofeton. Segun esso entre los hombres aborrecido es con todo estremo el vicio de la mentira, detestable, y afrentoso. Amada la virtud de la verdad

en el mismo grado: hallado he la verdad que buscaba en los falsos bienes, aunque aparentes; si en ella me transformo, forzosamente tengo de ser amado de todos, y defendido con poderosas fuerzas de la mentira, y por consiguiente de todo lo que es malo, pues en sì incluye cierta falsedad, y mentirosa apariencia de bien. Gracias al Cielo, que despues de tantas mudanzas hallo firmeza en estado perfecto.

Con esta resolucion dexè correr las cosas de la Justicia en aquella Republica como antes, y ausentandome destos locos, idolatras de leyes del Duelo, me manifestè al Pueblo dentro de pocos dias transformado en Verdad, dama gallarda, y hermosa; en la diestra un Sol, que la Verdad siempre es una, clara y hermosa, ajena de dobleces, y multiplicidades. En la siniestra un corazon, porque la Verdad siempre le tiene descubierto à todos, mediante la lengua. Aplauso esperaba festivo, y general aclamaciõ de aquella Republica, que tan afectuosamente amaba la Verdad, se honraba cõ ella, y se tenian por infames los desmentidos. Vanas fueron mis esperanzas, tanto, que me reduxeron à ultima desesperacion de hallar quietud pacifica en este, ò en otro estado; no causò tanta novedad, ruido, ni alegria mi venida, como quando vine transformado en Justicia. Con todo esso, aunque cada uno para sì se juzgaba poco necessitado de la Verdad, porque todos se jactaban hombres veridicos, pero à los demàs tenian por gente falsa, y engañosa, y que para ellos era mui necessaria, y enviada del Cielo con particular providencia suya. Y por esta razon hovo algunas demonstraciones de alegria. Quan dificultoso es conocernos! Yo viendo, y oyendo tan falsas presunciones, casi me quise persuadir, que havia sido mi trãsformacion superflua, y que venia adonde por buen gobierno era conveniente se hiciera una grande saca de verdades, para que la humildad de algunas mentiras hiciesse à los hombres menos soberbios. Moviòme à compassion aquella miserable gente esclava de sus errores; y pareciòme que no cumplia mi oficio, y obligacion, si la luz de mi verdad no destruìa las tinieblas destas mentiras.

Llegò la noche, y hallême tan sola, como siendo Justicia, y aunque recelè semejante sucesso, quise averiguarle con experiencia en las casas del Principe, ò Duque de aquella Republica. Llamè à sus puertas, recibiòme con tibieza, y desagrado; y à las primeras razones, antes de sentarnos me advirtio, que si queria ser su huesped, havia de estar encubierta; porque los Principes hã menester forzosamente encubrir la Verdad por razon de estado, para conservarle, y conservar, y estender su Reino, y reputacion: en lo qual se fundò quien dixo, que quien no sabe dissimular, no sabe Reinar, y aunque el dissimular es encubriẽ lo la Verdad, sin decir positivamente mentira, y esto es licito: tambien

con-

conviene algunas veces mentir, para conseguir à costa de tan pequeña imperfecciõ incomparables bienes. Doctrina de Tiberio Cesar en sus practicas exercitaciones gran Maestro, no ya solo de dissimulacion, sino de simulacion, y astucia. Reime entonces yo de su ignorante, y maliciosa razõ de estado, y de que pretendiesse en cubrir la Verdad, como si el Sol, q̃ en breve tiempo esconde la luz, no tuviera fuerzas en el Estio para romper con sus rayos las nubes opuestas. Dexèle en su engaño, porque qualquier persuasion era superflua à su obstinada culpa: pero con fraternal amor me advirtiò al salir por la puerta, que pues yo havia venido à su Republica con tan buen intento de reformarla, desterrando la mentira, me fuesse à hospedar en casa de los Senadores, Abogados, Escribanos, Procuradores, y Ministros de Justicia, que los visitasse, y persuadiesse como haviã de tratar la Verdad, amada de todos, y dellos aborrecida. Apenas lleguè à las puertas destos, que en sus manos tienen el publico gobierno, quando me despidieron afrentosamente, y si luego no me partiera, me echaran à palos. O mugercilla falsa, y desvergonzada! decian, la Verdad con nosotros vive, de nosotros sale, y nosotros la sacamos à luz. Vos sin duda sois la mentira: pero si con efecto haceis obras de verdad, acudid à las tiendas de mercaderes, y tratantes, que estos no la conocen, y à todos estarà bien que os reciban, pues sois Verdad, siquiera aparente.

Armada de paciencia me parti destos hombres, solo en el nombre veridicos, y entrème por las puertas de los mercaderes, los quales apenas me vieron, quando con mil juramẽtos perjuros, afirmaban que yo era mentira, y que la Verdad de ellos la defendian, y trataban continuamente. Oyendolos jurar, y pareciendome hombres temerosos de Dios, ò por lo menos, segun sus leyes, que lo debian ser, no estuve lexos de creer, que entre ellos vivia la Verdad, y que commigo venia la mentira. Dexèlos en su peligroso quanto mentiroso trato, y pareciendome, que los Caballeros, la gente principal, y Potentados de la tierra tienen por punto mui essencial de honra, no mentir, y que por un mentis daràn vuelta al mundo en busca de su venganza, los fui à visitar; pero recibieronme tan asperamente como los demàs, diciendo, que con ellos nacia la Verdad, unida, y mezclada à la nobleza de su generosa sangre. Sali de alli, y entrème por las casas de los oficiales, y tan amarga les pareci como à todos. Ofendida ya de tantas demasias, y locuras, que ellos no conocen, y la gente de virtud, como verdaderamente desengañada vè con claridad, determinè un castigo lleno de confusion, aunque no proporcionada à la culpa.

Dicen (y es certissimo) que todo hombre es mentiroso, por quanto conociendo la Verdad, la huye, y sigue el mal que falsamente se le representa con apariencia de bien y le

tie-

tiene por tal. Y asi viendo mas, ò menos à todos culpados, y con tanta falta de conocimiento, quise desengañarlos, poniendo delante sus ojos, y de los ajenos, las mentiras que ocultaban en sus pechos, y darlos à entender, como ellos, y sus cosas son falsas, y mentirosas. Desmenti publicamente à los Principes, à los Gobernadores, Caballeros, Mercaderes, Oficiales, y à los demàs hombres, sacando sus mentiras en medio de la plaza, y escribiendoselas vergonzosamente en las frentes. Amenacèlos, no emmendandose, mayor y mas largo castigo, atandoles primero las manos à la menor venganza: y por mas avergonzarlos, hablè desta manera à los que me pudieron oìr.

Siendo la Verdad objeto del entendimiento, como la bondad objeto de la voluntad, si vosotros maliciosos animales, ni conoceis lo verdadero, ni lo que es bueno amais, en el nombre solamente sereis hombres, y en las obras bestias. Los Principes, y Gobernadores, como en efecto, exemplares del bien vivir en la Republica, estàn mas obligados à esta Verdad. Pero (què lastima!) ya se precian encubrirla, y no cumplir su palabra, como si esto fuera esmalte del oro de su nobleza. Y no solo se deslustran, ò por mejor decir, se infaman, sino que tienen odio tan mortal, cõtra los que charitativa, y amorosamente se le advierten, que, como dixo un Filosofo, es forzoso que quien se dispone à servir à un Principe, pierda la amistad, ò pierda la Verdad. Bien prueba esto aquella crueldad del Rey Cambises, el qual viendo Praxaspe, uno de los Grandes de su Palacio, que se daba demasiadamente al vino, le advirtiò como fiel criado, que se fuesse à la mano en este vicio; porque era murmurado de sus vassallos, y no solo peligraba su opinion, pero que le podia suceder, como à otros Reyes dados al vino, algun desacierto en los graves negocios de su gobierno. A lo qual respondiò el Rey blandamente, aunque ardiendo el corazon en llamas de ira: Para que conozcas (ò Praxaspe!) que por mucho vino que beba, no salgo fuera de mi; y que assi los ojos, como las manos siguẽ con puntualidad la entereza de un buen juicio, avisa que me trahigan la comida. Sentòse à la mesa, comiò, y bebiò mas que lo ordinario con excesso, y levantadas las mesas, mandò traher el unico, y amado hijo del que le havia aconsejado: pidiò un arco, y levantandose de la silla, puso la siniestra mano sobre la cabeza del mancebo, y luego le disparò una flecha, diciendo: al corazon. Mandò e abrir, y hallaron el corazon passado de la saèta; y volviendose al padre, casi tan muerto como su hijo, mira (le dice) ò Praxaspe! si quien tiene tan buen acierto en sus acciones puede beber. Cõ esta experiencia daràs verdadera satisfaccion de mi parte al Pueblo que me murmura. Este fue el efecto de la Verdad en la soberbia de un Principe, cuyo exemplo hube por otros muchos, que os podia referir;

di-

diferentes de otro, que decia, que todos se debian preciar de la Verdad, mas que de los Principes era el principal ornamento, y assi repetia, que tanto credito avia de assegurar la palabra de un Rey, como el juramento de un vassallo. Y generalmente los buenos Emperadores, Reyes, Gobernadores, y Caballeros, deseosos de acertar en el gobierno de sus Republicas, y casas, estiman, agradecen, y pagan las verdades de sus vassallos dichas en ocasion. Y lo que mas me maravilla es, que siendo la Verdad de tan gran hermosura, aya tan pocos, que la amen en si mismos, que en otros, y para otros siempre la desean, aunque sus enemigos; que esto solo les podia convencer su belleza. Por esso decia Pythagoras, que dos cosas hallaba en los hombres dignas de compararse à las obras de los Dioses immortales, hacer bien, y tratar verdad.

Que importa, que assi nobles, como plebeyos se precien tanto en los puntos del duelo, veridicos, lo hagan caso gravissimo de honra; y el mentis de afrenta, si todo su trato es una mentirosa imitacion de la Verdad? Y como su mentira la guiã de modo, que siga el mismo camino, y assiente los pies en las huellas de la Verdad, siempre mientẽ, y siempre quierẽ credito. Assi la pintura entre colores, y sombras finge verdadero hombre al que no lo es, sino una representacion de la Verdad: assi el espejo miente al que en èl se mira, y en la misma mentira hace, que los ojos conozcan la Verdad. Assi tambien suelen mentir las sombras dobladas de un solo cuerpo, dividiendo en numeros la unidad: pero demasiadamente ignorante, y ciego serà, el que no sabe distinguir la Verdad de la mentira; porque siempre assi la una como la otra trae consigo evidentes señales de quien es, las quales no puede encubrir. Quien juzgarà la pintura, ò escultura por hõbre verdadero, si vè, que ni exercita, ni puede acciones algunas de vivientes, y animal racional? La imagen, que el espejo con toda perfeccion representa, forma es vana, y sin cuerpo, quien no la conocerà, y los ojos aunque vean dos sombras, si estàn mirando un solo cuerpo, persuadirà à la razon, que son dos? No por cierto. Que importa, que el plebeyo nos quiera dàr à entender, que es noble, el rico que es pobre, el pobre, que es rico, el ignorante, que es sabio, el ciego amante, que està libre de su passion, si tenemos evidẽtes señales para conocer lo contrario? Bien podrà el Lobo vestido piel de oveja engañar al simple corderillo en una abscura noche, mas al Pastor experimentado en medio de el dia, que oyò sus aullidos, y descubriò las pressas de sus dientes, es impossible. Bien puede tambiẽ el Asno vestido piel de Leõ desde lexos engañar los ignorãtes animalejos; pero à la astuta Raposa, y al dueño, q̃ le busca, los quales vierõ las disformes orejas, q̃ por lo alto descubria, y no pudo encubrir; y q̃ tãbien en vez de te-

terribles rugidos le oyeron cansados rebuznos;es impossible. Contendian en cierta ocasion el Cocodrilo, y la Raposa de su virtud,y nobleza. El Cocodrilo bestia horrible, abominable, y fea, vestido de escamas,y borrado de manchas ensalzaba la sangre pura de sus mayores, y la excelencia de sus obras, y naturaleza Divina; pues los Egipcios le consagraban altates, y ofrecian aromas en sacrificio: refiriẽdo varias ocasiones, en que avia con general aprobacion exercitado sus virtudes. A lo qual respondiò la Raposa: Para que te cansas, hermano Cocodrilo, en contar con tanto almacen de palabras tus excelencias? si la gentileza de tu talle, la hermosura de tu rostro, la gala de tu piel, la historia de tus hazañas estàn manifestando essa verdad. Por mucho que mintais,enseña la fabula,no podreis encubrir todas las señales de vuestras mentiras:ypor tanto, ò no os precieis gente de verdad, ò tratadla siempre.

Y porque de veras quedeis advertidos, y desengañados, persuadios, que el mundo, vosotros, y todas vuestras cosas son mentira: miente el mundo, porque promete bienes verdaderos,y vestables; y al fin descubre,que todo es vanidad: mientẽ los hombres,porque siendo animales racionales viven como brutos: miente la hõra, porque estando en el mismo,que honra,da à entender, que està en el que pretende ser honrado: miente la fama,porq̃ las Hormigas hacẽ Elefantes, y les Elefantes Hormigas: mienten las riquezas; porque prometen descanso, y dan inquietud: miente la salud, porque siempre la muerte os parece temprana: miente el tiempo, porque el mejor tiempo falta: mienten los amigos,porque dicen, que se transforman en otro yo, y cada uno es para si: y finalmenre la muerte sola dice verdad,porque à todos desengaña. Mas no obstante lo dicho, si quereis abrazar tan ilustre virtud, seguid la razõ,porq̃ ella os darà luz que ilumine la voluntad, de modo, que aunque ciega no pueda errar el camino de la bienaventuranza.

Todos à una voz, aviendo yo puesto fin à mi razonamiento,dixeron: *Esta es la Verdad*. Pues verdaderamente ma aveis conocido (repliquè yo) conviene, q̃ entre vosotros no quede mentira alguna en las obras permanentes,como mostrais verdadero proposito en las palabras: creo no serà menester declararme mas. Todos se estaban quedos;y para quitarles el encogimiento, y destruir de una vez tantas mẽtiras, comencè à quitar cabelleras postizas, dientes fingidos,petos, y pantorrillas de lana, ojos de plata, y narizes de barniz. A las mugeres quitè un tercio de talle en los chapines: una quarta de estatura en los moños, y en las naguas tan pomposa circunferencia, que de repollos las hize esparragos. Borrè sus afeites,y en menos de un quarto de hora volvì de cinquenta años à las que parecian de veinte:y finalmente convertì muchos cabellos rubios

rubios,negros,tornasolados en venerables, puesto que vergonzantes canas: con tales acciones, que maravilla pareciesse amarga la Verdad? Mas como se hallaron convencidos de sus fuerzas, conformaronse à sus leyes, y prometieron guardarlas en obediencia, y fidelidad. Yo poco seguro de su perseverancia dexè esta Republica: y persuadido, que vivir todos tan mal cōtentos de su suerte nace de ignorar los trabajos de la agena. Admirado tambien, que aun siendo Verdad, no avia hallado la verdad de un estado pacifico, sino que los males de uno eran escalon para subir à los males de otro, como dice el Tragico en su Hercules furioso:

Finis alterius mali gradus est futuri.

Cercano al termino, en que se cumplia el privilegio de Jupiter, y la virtud de la yerba comida en el mō te Olympo de las transformaciones, me volvi à mi natural forma de Lebrel. Y cō brevedad llevè la respuesta de Jupiter à Ceres, disculpando la tardanza con la novedad destos sucessos en tan varia fortuna.

APOLOGO XXXI.

De la verdadera felicidad.

Desengañòme, la experiencia, que hice de la naturaleza humana, de sus principales estados, y modos de vivir, y quedè algo consolado, sino contento en mi humil de suerte, persuadido, que à ninguno dà el mundo verdadera felicidad, aunque junte en un sugeto todos sus bienes; digo aquellos à quiē el error, ò malicia dà este nombre. Si bien algunos pueden litigar no su bondad, su indiferencia. En confirmacion desto contarè una historia, que quando ocasionare sospechas de apocripha, no alomenos se podrà negar la conclusion; porque se infiere de indubitables premissas.

Cansados los bienes del mundo de sufrir descreditos cōtra su grandeza, porque los hombres mejor opinados en ciencia, y virtud los infamaban, persuadiendo à los mortales, que no fiassen en ellos, ni los venerassen; porque eran verdaderos males, y falsos bienes; y que ninguno por ellos avia sido dichoso, y muchos desdichados; se convocaron, y juntos resolvierō, ya que cada uno separado no podia hacer bienaventurado à un hombre, todos conformes lo hiciessen, de donde se concluiria con evidencia que eran bienes, pues todos como causas parciales podian dàr bienaventuranza, puesto que cada uno fuesse insuficiente para causa total. Los Potentados desta universal Monarchia, que se hallaron en consejo presentes, fueron, la riqueza, la hōra, la fama, el poder la salud, el deleite; y la hermosura; eligieron un sugeto, y todos juntos le comunicaron sus excelencias, y primores.

La riqueza le diò quanta tenia Cresso: la honra quanta presume un hidalgo pobre: la fama quanta tuvo Alexandro: el poder quanto tiene

ne el derecho, y se usurpa la tyrania: la salud buscò la del Phenix para dàrsela, y no la hallò en Arabia, ni en el mundo, ni quien la huvisse visto; porque si alguno la viò, como supo que era sola? Y si esto se le revelò (que de otra manera es impossible) adonde la viò abrasar, y heredarse? Y si esto viò, quanto tiempo estuvo observando su resurreccion? Y ya resucitada quien, y como averiguò que vivia ciento, quinientos, ò mil, ò siete mil, ò mas de cien mil años? Que destos numeros, y otros muchos ay opiniones: mas poca es la diferencia, no tropezemos en una paja. La salud à falta de la del Phenix, y de su immortalidad, le diò la del Cuervo, de cuya edad se cuentan casi iguales grandezas. Y supuesto que es licito opinar, ò devanar, como suelen muchos, opinion es de gravissimos Autores, que el Ave Phenix es el Cuervo; y nadie se ria, si sabe lo que suele mentir la fama. Assi lo dice Phenixbugio Avilinio en su Arabica Geographia; Chiromandro en su doctissimo Phenicorvo, y de nuevo se ratifica en su altiloquo de avibus; Nichilandro en el libro de mirabilibus aeris, y mas de docientos Escritores, à quien estos citan, y lo confirman con evidentes razones, y responden à las contrarias. Volviendo à nuestro hombre bienaventurado, el deleite le diò quantos gozò Heliogabalo, y la hermosura la de Venus. Con esta agregacion de bienes el varon favorecido, como sayeron sobre buẽ natural, y buen ingenio, que de tales condiciones le eligieron; porque no faltasse por esta parte la felicidad, se conociò no solo lexos de la bienaventuranza, pero verdaderamente desdichado. Todos estos bienes eran irritamentos de males; la riqueza le infundia forzosos desvelos; la honra soberbia; la fama vanidad; el poder injusticias; la salud olvidado del Cielo; el deleite esclavitud, y la hermosura desprecio de sus hermanos. Hallabase lleno de vicios, y solo le avia quedado el conocimiento dellos, mediante la luz de la razon, y la sobrenatural. Para remedio destos gravissimos trabajos, en medio de tantos descansos solicitò la gracia de los Dioses; pues la del mundo estaba tan de su parte. Para conseguir este bien, como le costaba poco, hazia solemnissimo sacrificios de sagrados Hecatombes, sacrificando al uso del Peleponeso en cien aras, que erigian, cien Ovejas, cien Toros, cien Aguilas, cien Leones; y assi multiplicaba otros cien millares de centenares. Felicio (que assi llamaron à nuestro hombre dichoso) se estaba en sus vicios, y la sangre se derramaba. Todos comian, y bebian, y el fuego subiò à ellos. Vn Sacerdote virtuoso, entre tantos interessados, y lisonjeros, que aplaudian esta solemnidad, y prometian, y aun asseguraban propicios à los Dioses, un dia de grande concurso, y el mas festivo, llegandose à Felicio, q̃ en su festival assistia mas vano q̃ devoto à estos sacrificios, arrojando el sangrien-

griento cuchillo, que traìa en la mano, con rostro severo, y venerable le dixo gravemente tres solos versos de Persio, que mas parecen de un Doctor de la Iglesia. O confusion nuestra, que asi nos reprehenda un Gentil!

Compositum jus, fasque animi, sanctosque recessus
Mentis, & incoctum generoso pectus honesto,
Hos cedo, ut admoveam templis, & farre litabo.

Principe famoso, à quien el mundo ha honrado con tantos privilegios, y mercedes, ofrece à Dios sacrificio de justicia, guardando leyes divinas, y humanas, bondad de animo, santas contemplaciones del entendimiento, y un corazon puro, y habituado en la virtud, que entonces yo le aplacarè con un poco de farro, y alcanzarè los beneficios que deseas, sin tanta efusion de sangre. Obraron tan eficazmente estas breves razones, ò por mejor decir, el auxilio sobrenatural en la voluntad de Felicio, que agradeciendo el prudente, y santo consejo al Sacerdote, se retirò à su casa, adonde ponderando bien la Verdad, descubriò innumerables mentiras. Y para sacrificar los dones, que el Satyrico aconseja, se fuè desnudando todos los que el mundo le avia dado. Despreciò valerosamente las riquezas, imposibles de hacer bienaventurados, porque no se apetecen por si, sino por otra cosa, de donde se infiere, que no tienen razon de ultimo fin, que lo debe ser la bienaventuranza. Ademàs, que mal se puede esta unir con la solicitud, y cuidado de adquirirlas, y conservarlas. Y ultimamente no satisfacen el deseo; y al contrario los pobres de espiritu con toda verdad se llaman bienaventurados. Despreciò la honra; porque esta se concede à los hombres por alguna excelencia suya, la qual ha de ser perfecta, y ninguna sino la possession de la eterna beatitud. Despreciò la fama; porque debe ser del summo bien; y dèl ha de nacer, luego en èl consistirà la felicidad, no en ella. Despreciò el poder, porque se estienda al bien, y al mal, como los bienes referidos, y vive lexos del ultimo fin. Despreciò la salud por la misma razon de ser medio. Despreciò tambien el deleite, porque este nace de la possession de algun bien conveniente, y ninguno ay que lo sea, sino es perfecto. Finalmente despreciò la hermosura, por ser accidente corporal, ordenado à otra cosa mas principal, que es el alma; y fuera desto breve, y mortal como los demàs. Convencido, pues, que solo Dios es nuestra bienaventuranza objectiva; y la operacion, con que le posseemos de nuestro entendimiento, amandole la voluntad nuestra bienaventuranza formal, dexandolo todo, lo hallò todo: y lo que no pudieron conseguir los bienes del mundo, hizo facilmente el Cielo, cooperando su libre alvedrio. Y retirandose à una soledad, aviendo llegado al conocimiento de la verdadera

ra religion comenzò en esta vida à ser bienaventurado, y le coronò la perseverancia. Parece que le estaba mirando aquel noble espiritu poe tico de Angelo Policiano, quando en ocho versos del insigne poema que llamò *el Rustico*, le aclamò assi:

Felix ille animis, divisque simillimus ipsis,
Quem non mendaci resplendens gloria fuco
Sollicitat, non fastosi mala gaudia luxus:
Sed tacitos sinit ire dies, & paupere cultu
Exigit innocuæ tranquilla silentia vitæ,
Vrbe procul, voti exiguus, sortemque benignus
Ipse suam fovet, ac modico contentus acervo,
Non spes corde avidas, non curam pascit inanem.

Para los que no entienden la lēgua Latina, en tanto que otro mejor los traduce, harè un diseño de aquella valiēte pintura, y no se deserà todo:

Dichoso aquel, y à Dios mui semejante
De animo gallardo, y generoso,
Cuyo valor en la virtud constante
No vence el mundo, siempre mentiroso:
Su luz, que vive, y muere en un instante,
No turba las potencias el reposo,
Ni de soberbia pompa el gozo vano
Obedece señor, siendo tyrano.
Dexa los dias discurrir callados,
Sin romper su quietud el pensamiento:
No guerra impetuosa de cuidados
Triumpha del desengaño, y del contento;
En campos, à su paz templos sagrados,
Con pobreza en vestido, y en sustento
Passa, nunca de vicios ofendida,
En silencio pacifico su vida.
Lexos de la Ciudad, solo, y seguro,
Parco en deseo (que mayor riqueza!)
Erige de innocencia fuerte muro;
Y castillo invencible de pobreza:
Su suerte abraza con afecto puro:
Sola virtud reputa por nobleza,
No vivifica muertas esperanzas,
Vanos temores, necias confianzas.

Ausonio Galo escribiò un docto Edilio, puesto los pies en los dos caminos de la letra de Pythagoras, dudoso en el estado que convenia elegir: y al fin quedò como irresoluto. Tan lexos estaba de persuadirse

se bien aventuranza en los bienes del mundo. Perdonad la ofensa, que mi version hiciere à sus versos, si perdonastes la que hice à los de Policiano. Siempre los que son tales quedan en otra lengua deslucidos; pero de mi pluma quedaràn borrados: que los que burlan este exercicio, pareciendoles de poco momento, y dificultad, dàn bien à entender, que nunca la emprendieron; y aun poca, ò ninguna leccion de Historiadores, Oradores, y Poetas Latinos. El Edilio comienza: *Quod vitæ sectabor iter? &c.* Y esta es mi version:

Que camino en mi vida seguir puedo,
Si qualquiera es incierto, y peligroso,
Y al valor mas osado pone miedo?
Si en las plazas pretendo hallar reposo,
Todas las veo de tumulto llenas,
Que ocasiona el tratante, y ambicioso.
En casa los cuidados, y las penas
Viven; y si la dexo, y peregrino,
Estos mismos cuidados son cadenas.
Si es rico el mercader, por su camino
Padece el alma de virtud pobreza;
Que la dispone à misero destino,
Si el trato dexo, dexo la riqueza;
Necessidad me assalta, y torpemente
Dà leyes, y hace esclava la nobleza.
Del labrador, que medra diligente
Los trabajos conozco intolerables,
Sujeto al ayre, frio, y sol ardiente.
Si al mar infaman olas formidables,
A la madre comun no soi ingrato,
Cuyos abrazos son menos mudables.
Graves las penas son del celibato,
Y las del matrimonio son mayores;
Que es vano de los zelos el recato.
Si el son me agrada de los atambores,
Ofendenme los bravos desafueros
De la guerra, sus muertes, y rigores.
Quando ganancias torpes de usureros
Me llaman, aborrezco sus crueldades,
Que las usuras son cuchillos fieros.
Armadas vienen todas las edades
De cuidados, y à todos desagrada
La propria edad, antiguas ceguedades.

Falta à la infancia la razon amada,
Solo el castigo à la puericia rige,
Y entra la juventud desenfrenada.
A la edad varonil, ò quanto aflige
Fortuna, ya por mar, y ya por tierra!
Bien que valor su ceguedad corrige.
Si honra gana el varon en buena guerra,
Es con la sangre, que copiosa vierte;
La que sale ennoblece à la que encierra.
Si en paz quiere gozar su buena suerte,
Vnos trabajos otros encadenan,
Y vàn creciendo siempre hasta la muerte.
Los que vejez desean, la condenan,
Bien muestran ser malignos sus deseos;
Pues ya en la possession lloran, y penan.
Levantamos memorias, y tropheos
A los tiempos passados; los presentes
Por culpas proprias los hacemos reos.
Si temes los terribles accidentes
Del fin mortal, à muchos considera,
Que su immortalidad lloran prudentes.
Iuturna clama, porque no quisiera
El privilegio, que morir la impide;
Que sin honra, es su vida muerte fiera.
En las prissiones del peñasco pide
A Jupiter el sabio Prometheo
Fin de su vida, que los siglos mide.
Sepultura su ciencia en el Letheo
Por escusar eternas inquietudes
Del Aguila, que frustra su deseo.
Buelve los ojos, pues, à las virtudes
Del animo, y veràs, que reina el vicio
Con aplauso de infames multitudes.
El adùltero intento, el artificio
De Phedra, su madrastra deshonesta
A Hipolyto arrojò en un precipicio.
En su triumpho vencida fuè la honesta
Resolucion, muriendo despeñado:
Tanto la virtud vale, y tanto cuesta.
Si este camino dexas por cansado,
Y quieres por el mundo delicioso

Tu

Tu apetito seguir desenfrenado;
Mira las penas del vivir vicioso,
Y de todas tan cierto su castigo;
Aun en el Rey mas alto, y poderoso.
Infinitos exemplos no prosigo,
Que en necios son de la virtud gran mengua;
Terco exemplo sea, y sea testigo.
Quiere encubrir sus culpas, y deslengua
La cuñada innocente, pero al malo
Vna aguja, si espada no fue lengua.
Desnudò con razon Sardanapalo
Con la virtud los habitos viriles,
Cuyo castigo à su maldad igualo.
Quien no abomina sus deleites viles?
Ni muger parecia entre los hombres;
Ni hombre entre los vicios femeniles.
De la perfidia los infames nombres
Tres guerras dissuaden de Cartago,
Que dieron al valor altos renombres.
Mira desta Ciudad el fiero estrago,
Por quien Roma se viò tambien à punto
De ser leve ceniza al ayre vago.
Guardar la fè es peligroso assumpto;
Mira el incendio, que por mil edades
Dà luz al nombre de la fiel Sagunto.
Si adoras las sagradas amistades,
A quien este refugio no consuela?
Mas no es sagrado libre de impiedades.
Por este crimen à la sabia escuela
De los Pythagoreos siempre amigos
La ignorancia de perfidos assuela.
Pero si temes estos enemigos,
Y huyes la amistad, de iguales penas
En las historias hallaràs testigos.
No dudo, que Timon, siendo en Athenas
Por tan impio delito apedreado,
Las amistades dixo, que eran buenas.
El pensamiento và indeterminado
Por las inciertas sendas de la vida,
Qual nave sin timon, por mar airado.
Ni basta ya la prenda posseida

A los deseos para su reposo;
Que esso mismo la hace aborrecida.
Agrada el resplandor del cargo honroso,
Inquieta luego, y quien mandar pretende,
Servir à viles tiene por glorioso.
Al que el honor ensalza, Envidia ofende,
Templanza en la amvicion es gran prudencia:
Quien sube ciego, ciego al fin desciende.
El vigilante estudio de eloquencia
Dias hace las noches, es cansado;
Mas la rudeza es barbara indecencia.
Si es piadoso el oficio de Abogado,
Rara es la gracia con los pleiteantes,
Pues ha de ser alguno condenado.
Y si juzgas los pleitos importantes,
Quien tiene hacienda quien paciencia tiene
Para esperar sus textos inconstantes?
A este, que el deseo le entretiene
De hijos, ya en la possession amada
Junto con el amor, el dolor viene.
Si la vejez esperas despreciada,
Hace presa en tu hacienda la codicia,
Y en tu cuerpo tambien la muerte elada.
Si vives torpemente en avaricia,
Con risa el pueblo, y con razon murmura
En tanta necedad, tanta malicia.
Si liberal procedes, te censura
Prodigo el vulgo, con envidia vario;
De quien aun la virtud no està segura.
Todas las cosas tienen su contrario,
La mas constante tema su caìda;
Que porque el mundo viva, es necessario.
La opinion, pues, de Griegos repetida
Apruebo, que es la mas dichosa suerte
Nunca nacer à tan instable vida;
O nacido gozar temprana muerte.

No passarè en silencio un notable capitulo de Plinio, que es el quadragesimo del libro septimo de su historia natural, tã ajustado à nuestro intento, que le hiciera agravio si no le pusiera aqui à la letra, y dice assi:

La gente mas aventajada del mundo en toda virtud, sin duda es la Romana; pero no del humano jui zio

zio resolver quien aya sido el hombre mas dichoso: siendo asi, que cada uno de su manera, y segun su natural usa de la prosperidad, y la termina. Si queremos hacer verdadero juizio, y votar, sin dexarnos sobornar de la ambicion de fortuna, ninguno de los mortales es dichoso. Liberal, y regaladamente se ha Fortuna con aquel, que no se puede llamar desdichado: porque dado que otro trabajo no tenga, forzosamente ha de temer su mudanza, y si este miedo ai, no puede ser verdadera felicidad. Ademas, que ninguno de los mortales sabe à todas horas: y oxala esto fuera falso, y no dicho de Propheta, como muchos sienten. Los hombres vanos, y para su mismo engaño ingeniosos hacē computos à fuer de la gente de Thracia; que para experimentar el bien, y el mal de cada dia, echa en una urna piedrecillas de dos colores; y el ultimo dia las cuenta, y hace juizio de todos los passados. No me agrada esta experiencia; porque el dia aprobado con la piedra blanca es origen del mal futuro. A quantos la possession del Reyno oprimiò? A quantos los bienes de fortuna fueron su perdicion, y redaxeron a las ultimas calamidades? Quādo mucho estos los llama bienes, el que una hora siquiera los gozò en paz. Mas à la verdad, un dia es juez de otro, y el ultimo de todos: y assi à ninguno hemos de creer Nace esto por ventura de q̄ los bienes no son iguales à los males; aun siendo el numero igual? y de q̄ la alegria no se puede comparar cō la menor tristeza? O vana, ò imprudente diligencia! Cuentanse los dias, debiendose pesar. Este lugar de Plinio me diò el pensamiento para aquella octava de mi poema moral, cuyo sugeto, y nombre es *Nada*, y dixe assi:

De las urnas los Thraces hagan peso,
Que el tanto discolor, como podia
Computar de los males el exceso,
Que incluye cada mes, y cada dia?
Los bienes de su vida igualò Creso
Al mal, que en una hora padecia?
Si quieres en tu vida buena cuenta,
Pesa los dias, los instantes cuenta.

Esta firme instabilidad de los bienes del mundo atribuian los Gentiles ciega mente à Fortuna, puesto que algunos dellos, y otros Poetas Christianos quando hablan de Fortuna, no entienden alguna Deidad, sino la condiciō de las cosas humanas, ò la Divina providencia, ò todo junto, porque aquellas dependen desta, respecto de la qual ninguna cosa es acaso. Y no lexos deste sentido el mismo Plinio dice mas abaxo: *Los exemplos de la mudable Fortuna son innumerables, quando hizo gran-*

grandes bienes, sino de grandes males? ò quando grandes males, sino de grandes bienes? No contiene mas el capitulo quarenta y dos del mismo libro. Es poco esto? Ponga fin à la materia nuestro Juan de Mena; el qual describiendo la mudanza de Fortuna, insinua de camino quan lexos estamos, aunque nos comunique todos sus bienes, de la verdadera felicidad.

Mas bien acatada tu varia mudanza
Por ley te goviernas, maguer discrepante;
Porque tu firmeza es no ser constante,
Tu temperamento siempre es destemplanza:
Tu mas cierta orden es desordenanza,
Es la tu regla ser tu mui enorme,
Tu conformidad es no ser conforme,
Tu desesperas à toda esperanza.

APOLOGO XXXII.

Retablo de duelos.

COncluyò el Lebrel su prodigiosa narracion, desconfiò su felicidad, moderò sus deseos: y aviẽdo caminado algunas leguas, sin hallar el termino de aquellos bosques, descubrieron una grã Ciudad de brutos poblada de todas especies, y no agena de hermosura, y policia. Entraron por sus calles formadas de casas, chozas, arboles, y cuevas. Y llegando à la plaza, vierõ grande concurso de animales, y luego oyeron el son de una caxa, y trompeta, que acompañaban à una Raposa; la qual vestida un sayo gironado, decia en alta voz: Ea, galanes, ea brutos curiosos, entren, entren à vèr el nunca visto, ni imaginado retablo de duelos, obra famosa, y digna de todo aplauso; aora nuevamente pintado, y copiado del vivo original, traìdo de la Ciudad de Roma, cabeza del mundo. Veràn en èl las cosas mas raras, que jamas han visto, todas verdaderas, como constarà de autentico testimonio. Ea, señores, ninguno dexe de entrar, que por el precio de tan corto interes como daràn la puerta, no solo tendràn una tarde entretenida, pero sacaràn grandes consuelos en sus bestiales trabajos. Vẽgan à vèr el famoso retablo de duelos. Dicho esto se seguia el ruido de caxa, y trompeta, y passaba à otra calle à dar semejante pregon. Moviose el bestial pueblo con esta novedad, y concurriò à verla. Los peregrinos tambien se dexaron llevar de su corriente, que el deseo de novedades à todos toca mas, ò menos. Entraron à un espacioso patio, y tomando sitio à proposito, luego quedò todo ocupado de la curiosa gente. Estaban en el frontispicio del teatro algunas cortinas, y puertas; que encubrian el dicho reta-

tablo de duelos, y por las ventanas del grave Coliseo muchas damas irracionales, algunas de ellas Zorras, y Monas, tan compuestas, y afeitadas, que pudieran contarse entre las que celebra hermosas el ciego amor de juicios ociosos. Es verdad que la Mona, aunque la vistan de seda, Mona se queda; pero no lo parece, en especial si al vestido curioso junta el curioso afeite de la cara, milagroso soliman, andidoto, que sobresana las enfermedades del tiempo. Viendo, pues, la titeretera Raposa tan copioso auditorio, precediendo musica, se puso à un lado del theatro con una varilla en la mano. Corrieronse los velos, y abrieronse las puertas del gran retablo, componiase de pintura, y escultura en figuras pequeñas, las quales con cierto artificio movian encubiertas otras Raposas, y estas fingian las voces de los mudos interlocutores. Diò, pues, principio à su nueva representacion la satyrica Aurora, con este moral razonamiento.

Mi larga peregrinacion por el mundo (ò noble Senado!) y la experiencia adquirida del trato con los hombres, en las mas insignes Ciudades de Europa, principalmẽte en la de Roma, cabeza del Imperio, me han sido motivo, y dado materia para hacer este prodigioso retablo, en èl os descubrirè los gustos, y passatiempos, y descansos, y consuelos, y fiestas, y regocijos, y glorias; y finalmente bienaventuranza de los hombres. Aqui vereis (señores) sus juegos, vanquetes, festines, toros, torneos, amores, comedias, bodas, conversaciones, amistades, riquezas, honras, y otros que llaman bienes, en quien constituyen su ultìma felicidad, y por gozarlos desean la vida, y aborrecen la muerte. Yo los llamo duelos, trabajos, miserias, y desventuras; como al presente harè de todo evidente demonstracion: pero antes de comenzar os quiero advertir, que no todos los hombres incurren este error. Ay algunos à quien la razon es cierta regla de sus acciones, y destos no hablo, ni yo merezco nombrarlos con mi torpe lengua (y diòse un tapavoca) por semejantes, y mui propinquo à la Divina naturaleza; si bien entre mi hallareis uno.

Rari quippè boni: numero vix sunt totidem quot.
Thebarum portæ, vel divitis ostia Nili.

Hablo de los demàs, que son los que lucen, y campean en el mundo, dexando arrinconados, y en tinieblas à los buenos, hasta que la suerte infaliblemente se trueque, y estos sean estrellas, y aquellos infernales carbones. De passo os quiero contar à este proposito lo que sucediò al Halcon, que aviendo perseguido à una Perdiz, ya huyendo esta por los ayres, ya escondiendose entre arboles, y agujeros, al fin la vino à dàr caza, y llevandola en sus uñas al cazador iba tan contenta, que el H-

con

con la preguntò, como en manos de la muerte mostraba tanta alegria? A lo qual respondiò: Yo toda mi vida he vivido perseguida de aves de rapiña, y de balas de arcabuzes: aora muero, pero con gusto, porque se acaban mis trabajos con una honrosa muerte, pues me llevas a tu dueño, que es un Principe, en cuya mesa serè su estimado manjar, y gustoso. Al contrario de vosotros, viles salteadores, que vivis honrados en vida, y en la muerte los arrojan à un muladar. Esta es la diferencia de buenos, y malos, tanto mas digna de ponderacion, quanto es infalible, que las almas de los hombres son immortales. Pero recogiendome de estas digressiones, quiero dàr principio à la declaraciõ de mi doloroso retablo. Dicho esto levantò la varilla, señalò un quadro, y prosiguiò assi:

Este es uno de los mayores entretenimientos, y gustos de los hombres, y à mi parecer uno de sus mayores duelos, el juego de naipes: y lo que dixere deste, se entienda de sus semejantes. Esta casa es un garito, adonde su dueño atropella la estimacion, y fomenta el desprecio, que de tal oficio hace la Ciudad, por el interès que un curioso cifrò en tres V. V. V. velas, varato, varajas. Mirad los que juegan, que si bien son tenido en esta Republica por compuestos, y de buenos juicios, parecẽ locos en las mudanzas de la cara: los que ganan que contentos estan! Oid las libertades, que sufren à los que pierden: y estos ved que tristes, que furiosos, què llamas arrojan por los ojos, y todos ellos, que embebidos en el juego, defendiendo cada uno su derecho, ò su dinero à voces, y juramentos. Esta es una de las mayores pruebas de quien es cada uno: toque de la cordura, paciencia, liberalidad, y valor. Mirad tambien à los mirones, gente ociosa, que en esto no se dice poco, unos esperando varato, otros passando tiempo, como si le tuvieran mui sobrado, y no le huvieran de echar menos a la hora de la muerte. Faltan ocupaciones honestas, en que exercitar el cuerpo, y el espiritu? Es bien que la paz olvide la guerra, y sus ensayos valerosos? Ociosidad, ò pereza es qualquier trabajo infructuoso. El Epigrammista Español.

Ludere (cùm liceat currere) pigritia est.

Ved tambien en essotra mesa los fulleros, que traidora, y desalmadamente roban la hacienda à estos desdichados tahures, ya con naipes falsos, ya con subtilezas de manos, ya con amigos mirones, tres al mohino: y aun me dicen, que este ladronicio se califica discrecion, y saber jugar. Respondiendo à quiẽ los reprehende, que no jueguen bobos; gente de tal flor, que fruto ha de dar? Mirad aora, y escuchad la inquietud, y voces sobre una mano. Los mirones voquifruncidos, suspẽsos, y melancolicos, constituidos juezes del caso, no se atreven à juzgar. Aquel miron bachiller juzga la mano, y la parte condenada le dice en buen romance, que es un idio-

idiota, y un asno: el dicho asno calla porque al otro le cuesta su dinero el hablar libremente. Oìd las palabras q̃ se dicen lo contrayentes, ya con equivocaciõ, ya con claridad afrentosas; ninguno se dà por agraviado, señalãdose en la paciẽcia, como no sea cõtra su dinero, mas q̃ el mismo Socrates. En este quartel à veces murmuran, à veces tratan de galas, amores, y valẽtia: alli estã gobernãdo el mũdo, estableciẽdo nuevas leyes, y derogãdo las antiguas. Otros suponiendo cõdiciones de si yo fuera Papa, si fuera Rey, si fuera Obispo, si fuera Gobernador, yo hiciera, y deshiciera; y apenas saben gobernar un triste rincon de su conciencia. Mas ay de mi que grande fuego se enciende! Aqui fue Troya. Este confiado en que pierde, dixo una palabra afrentosa; su competidor le responde, que miente: mas no lo ha dicho, quando con un candelero le rompe la cabeza. Este pone mano à la espada, el otro se defiende, los mirones se dividen, los cuerdos se retiran, los cobardes se amilanan, los valientes se asseguran. Brava herreria de cuchilladas, todo es voceria, estruendo, y confusion, todo es barahunda. La justicia llama con desaforados golpes à la puerta. Ya entra, todos la respetan, y todos sanos, y heridos van à la carcel, sino son dos, que miserablemẽte murieron. Hacense las causas, substanciase el processo, dase sentẽcia contra las bolsas, todos quedan libres, y todos condenados en costas. Los muertos buen sigle ayan: y el gariro, passada la tempestad, prosigue el viage de su tablageria; y con el caudal de doze sillas, dos bufetes, y quatro candeleros, haze tales empleos, que los demas empobrecen, y èl solo queda rico, y se rie de todos. Quien, pues, de vosotros (brutos atentos) serà tan hombre, que no diga, que esta imagẽ del presente retablo es de duelos, no de entretenimientos, y gustos.

Este quadro, que se sigue, es pintura mui al vivo de los convites, y vãquetes, q̃ usan los hõbres, una de sus mayores recreaciones, y uno de sus mayores duelos. Estos glotones son los que dicen unos de palabra, otros de obra, comamos, y bebamos, q̃ mañana, moriremos; cuyo Dios es su vientre, semejantes (en opinion de algunos) à las bestias, que naturaleza formò inclinadas à la tierra, y obedientes à su apetito: pero haceenos quien esto dice grande agravio, y à los hombres grande honra. Porque qual de los brutos en comiẽdo lo que ha menester, engulle hasta vomitar, y enfermar? que por esto son tãtas las enfermedades humanas; la demasiada comida, y bebida enflaquecen el calor natural; de lo qual se sigue indigestiones, y se engendra abundancia de crudezas, y malos humores. Y pruebase, q̃ el mal regimiento ocasione tantas dolencias; pues casi todas se curan por evacuacion, señal de replecion. Mirad la variedad de esplendidos vanquetes, assi en casas deliciosas, como en floridos prados à riberas de rios, y margenes de fuen-

fuentes. Ved el excesso, y regalo de tantos manjares, la abundancia de vinos, el alegre ruido de cãtimploras: la guerra, q̃ à si mismos se estàn haziendo, cargado los estomagos mas de lo que pueden llevar. Oid los motes picantes que se dicen: los brindis, que menudean; las graves murmuraciones, con que a los ausentes ofenden; las risas desmesuradas; las voces sin cõcierto; las varias lenguas, en que hablã sin averlas estudiado: las libertades de truhanes: las palabras, y musicas obscenas: los bailes deshonestos: el quexarse este de la cabeza; el vomitar aquel quanto tiene en el estomago: y finalmẽte el olvido de la razon, y reverencia del apetito. Este convite se ordenò en la Quinta que aveis, para dar muerte à un Caballero. Estos valientes, que estaban en celada, la executan con crueldad. En aquella meriẽda mezclan mortifero veneno en manjares, y vino: en la otra se encienden unos amores, que con su fuego abrasaràn la mayor parte de la Ciudad. Alli està Baco coronado de razimos, mozo rollizo, y grã borrachon, tocando alegremente su flauta, y tãboril. Venus le sigue, porque sin Baco se muere Venus de frio. Mirad con la diligencia que todo lo andan, y se hallan en todo. Mas, ò que graciosa fiesta! No veis la risa, brega, y algazara, q̃ se arma contra dos, ò tres borrachos; como si casi todos los del convite no lo estuvierã? Quince especies contò el otro de borracheria; engañose, que mas, y menos no variã especie: muger es la una si no me engaño. No es este el tiempo feliz, en que vivia aquel Emperador, el qual conviniẽdo los Medicos, q̃ para librarse de muerte la Augusta, era forzoso beber de ordinario un poco de vino, dixo, que menos inconveniente era morir la Emperatriz, que beber vino. Tan afrentoso excesso era este en las mugeres de aquel siglo; aora no lo quieren beber, ni vèr aguado. El tiempo lo lleva, assi lo lleven las cepas, buen provecho les haga; pero no oìstes la desverguenza de aquel bellaco, que los llamò Zorras? O vil murmurador de la Zorruna generacion, que assi la infamas! quando nosotras voluntariamente por satisfacer al voraz apetito hemos perdido el juizio? Quando nos hemos transformado en hombres? Quando dexado de parecer lo que somos? Quando nos hemos vergonzosamente sujetado al vino, y por tan vil deleite perdido el uso expedito de la lengua? La modestia de los ojos, y de todo el cuerpo, dexãdole como si le faltara el dueño de la razon por los albañales? Quando en nuestras mocedades, y libres de perlesia, hemos hecho baculo de las paredes, y sido juguete; y entretenimiento del pueblo, y lo que peor es, de muchachos? Que los llamen Monas, vaya; porque el vino los hace sus semejantes en la fealdad, ridiculos visages, y deformidad interior: pero Zorras, animales que tanto miramos por la conservacion de nuestras astucias, y discursos, sin duda q̃ invidiosos los humanos, quieren

ren infamarnos desta manera. No iràn à pagarlo al otro mundo; pues oy ha de quedar establecido entre nosotras, que à la Zorra que por su malicia perdiere (nunca sucederà) el sabio instinto, que el universal Criador la hizo merced, hemos de llamarla hombre, para que se corra enhoramala, y se emiende. Si estos son los efectos de vanquetes, saraos, y festines, llamese su imagen retablo de duelos, no de honestas recreaciones.

La valiente pintura deste quadro os pone delante con toda propriedad los juegos, y exercicios valerosos, para entretener el pueblo, y regozijarle, oprimido de otros trabajos. Estos son theatros, amphitheatros, circos, plazas, y campos espaciosos, adonde concurre la gente à ver pruebas, y juegos de gladiatores, cursores, luchadores, batallas de fieras unas con otras, y con hombres, que por ganar fama, aventurā la vida en singular desafio: otros, q̄ por justicia, ò sin ella son condenados à ser pressa de sus uñas, y sustento de sus hambrientos estomagos. Aqui son las justas, aqui los torneos, aqui los toros, cañas, mascaras, y disfrazes. Mas, ò Cielo santo, quantos llantos rematan estos gozos! Que lexos huye la charidad, y amor de los hombres entre si mismos, gozandose en tantas crueldades de muertes, heridas, pesadumbres, y desordenes! Quantas galas prevenidas para estas ocasiones abrē los ojos à muchos amantes, y quedan ciegos en el resplandor de la hermosura, ò de los afeites! Con que ligeras alas de vanidad se levantan los pensamientos sobre las nubes, y se olvidan de la tierra que habitan, y de que fueron formados, y en que se han de resolver sus dueños! Quantos son los gastos superfluos? Llega con una Zorra à cuentas, hombre vanissimo, y respondeme: que necessidad tienes à la hora de tu muerte, que à tus ojos los gladiatores se ayan muerto? y muchos hōbres ayan perdido la vida opuestos à crueles fieras? ò que tu mismo te ayas ocupado en estos exercicios, verdaderamente gentilicos, à costa de tanta hacienda, mejor empleada en urgentes, y aun extremas necessidades de la Republica? No condeno el uso de la militar disciplina, y de las cosas, que engendran destreza, y valor, ni el entretenimiēto del pueblo en fiestas moderadas; demasias, que excedē las proprias fuerzas, dissuado; que no à estos solos espectaculos està vinculado el deleite. Por hombre de buen gusto como ingenio he tenido siempre al menor Plinio; oye su parecer: *Capio aliquam voluptatem, quod hac voluptate non capiar*. Y si tantos son sus inconveniētes, à este retablo que los representa, no le llameis de gustos, deleites, y passatiempos, sino de duelos.

En el siguiente quadro se describe otra gloria de los humanos, por quien se juzgan bienaventurados; y es el amor, de cuya tyrania, quien se libra? Cocayo lo duda.

Quem non attrapolet Veneris bastardolus iste?
Qui volat instar avis, cæcus, & absque bragas.

O necios amantes, y que caro comprais un gusto valadì! Este, que mirais, es un pretendiente; aqui està vergonzoso en declararse, alli melancolico, porque le desprecian; yà se aflige con temores; yà se alegra con esperanzas. Aqui le engañan terceras, y alli publican su locura; con escribir un Soneto à los ojos de su dama, se consuela; poco le parece, que aun antes de ser amante era Poeta; una resma de papel la envia en varias Rimas; su dama las recibe, muestrase agradecida, alaba los versos, y entiendelos como una mula. Dale de limosna, ò para que la pida un guante, y una trenza de cabellos, en que exercite la pluma, como à amante de por amor del diablo: que como dixo el Poeta, llora duelos en su arte de amar; como si la naturaleza necessitasse de arte para hacer sus menesteres.

Ipse licèt venias Musis comitatus, Homere,
Si nihil attuleris, ibis, Homere, foras.

Aunque vengas, Homero, acompañado
Del sacro choro de las Musas nueve,
A vèr la hermosa dama que te espera,
Si no entras dando, iràs, Homero fuera.

Nuestro amante es yà rico, aunque Poeta; su vena es de oro, y sus versos doblones. Mucho por este atajo camina, y se adelanta. Las alas de pluma en los amantes son alas de plomo, los pies de Soneto pies galapagos: pero con dos bolsones en las manos: los Dedalos son torpes, lerdas las Aguilas en su comparacion: cerca està de posseer este desdichado, ni come, ni bebe, ni duerme, ni sossiega: de dia embelesado; de noche sujeto à las inclemencias del tiempo: y lo bueno es, que piensa el ignorante, que el negocio es secreto; sus ojos son claros, y los de sus vecinos con cataratas. O venturoso mancebo! al fin consiguiò el fin de sus deseos. Yà no vive en si mismo, sino en lo que ama. Que ventura! que felicidad! mas ay triste! un fuerte competidor se le opone. Rezelos le desvelan; zelos le abrasan; yà rie, yà llora, yà enloquece, yà se consuela. Retirarse quiere; es tarde, porque no puede. Valor sobrenatural ha menester, que en este labyrintho de amor la entrada es facil, la salida tan dificil, que antes suelen ser despedazados del fiero monstruo que esconde: porque à pocos es dado hallar el hilo de oro, y su libertad. Que gran venganza està maquinando! averiguado se han los zelos: manifiestos son los desprecios: rabia de colera, armado busca à su rival. O que fieras cuchilladas! el barrio se alborota; la causa es notoria, y grave el escandalo. Mirad alli por mayor las desdichas que los acompañan, penas, aflicciones, aprietos, enojos, lagrimas, deshonras, destierros, heridas, odios, vandos, enfermedades, y muertes. Mirad à Troya de las mas ricas no-

nobles, y populosas Ciudades del mundo ardiendo en llamas, que encendiò el amoroso fuego de Paris con Helena. Miradla tambien, resuelta en ceniza, y la ceniza por los vientos, y su memoria. Mirad à España, que el Cielo (dicen) tiene labrada una corona para su cabeza, porque lo ha de ser del Orbe, aherrojada muchos años en miserables cadenas de esclavitud, por los desordenados amores de Rodrigo, que ocasionaron la venganza de un traidor vassallo. Mirad à Roma ardiendo en guerras civiles, por los ciegos desordenes de Tarquino con una honesta casada, aunque por lo que tenia de muger, necia, y parlera. Mirad à Persepolis, famosa Ciudad de Persia, fundacion de Perseo, arder con los fuegos de un convite, que Alexandro por sus manos encendiò à instancia de Thais, cuyo amor, juntas sus fuerzas con las del vino, le obligò à tan lastimoso estrago; y no es mucho, que à los amores deshonestos sigan tantas desdichas, si son penas merecidas de esta culpa. Lo que mas admira es, que tambien los amores honestos estèn sujetos à semejantes tributos. Reparad en el amor de los casados mientras comen el pan floreado de la boda, el qual à pocos dias se endurece de modo, que apenas pueden tragar un bocado, sino dando arcadas. Passados algunos meses, se acaba: y aunq̃ persevere la voluntad, su ardor entibian, y aun le yelan los trabajos, que le siguen, cuidados, obligaciones, necessidades, pesadumbres, desastres, enfermedades, muertes de hijos; y finalmente, el fin de uno de los dos: desconsuelo en la viudez, lagrimas en la soledad: si ya no se consuela (y no es menor motivo de dolor) con segundas bodas, olvido de las primeras. Esto sucede por la mayor parte, aun quando arde el amor; que si este se apaga, igual tormento es al que inventò el otro Tyrano de atar un cuerpo vivo à un muerto, hasta que este le quitaba la vida, desdicha es irremediable, el Cielo os libre de padecerla. Demos (si assi lo quieres) que amor te aya favorecido con una muger hermosa, honesta, rica, noble, y fecunda; rara merced del Cielo, negro Cisne, ò Ethiope blanco: quiè̃ sufrirà muger tan cabal, y perfecta? mas quiero una pobre Gallega, que à la insigne Cornelia hija de Scipion, madre de los Grachos, si su grandeza viene acompañada de igual soberbia, y cuenta triumphos como censos por dote. Rebocese la señora Cornelia sus Coronas, sus Capitanes vencidos, sus Reynos conquistados, con todos sus triumphos, y tropheos.

Tolle tuum precor Annibalem, victumque Syphacem
In castris, & cum tota Carthagine migra.

Y si *bonum ex integra causa, malum ex quocumque defectu*: Quitame de la que amas qualquiera de los referidos bienes, y agrega tu venturoso amor al numero de los males. Esto es el bosquejo de los amores honestos, y deshonestos, que en toda Ro-

ma no hallè pintor, que se atreviesse pintarlos al vivo; y si tales amores enamoran à los hombres, la pintura, q̄ los describe en este mi retablo, no es de amores, sino de dolores.

Entrad aora con la vista à otro patio como este, que ocupais, y vereis un theatro, adonde se represen tan comedias, entretenimiento de los primeros, y mas aplaudidos, que tiene la Republica; en èl hacen ostentacion de su ingenio, los Poetas escribiendo, los representantes recitando, los oyentes juzgando, y todos empleando el tiempo en este manjar de almas, y suspension de sentidos. Aqui se hace mesa de manjares, y se ministran las medicinas, para sacar la risa de los mas tristes hypocondrios; la musica consuela; los bailes deleitan, las trazas suspenden, los versos admiran, los amores enternecen, las traiciones ofenden, las desgracias lastiman, las gracias alegran, y todo entretiene. Quien dirà que esta imagen, que representa tales representaciones, es de duelos? Mas quien no lo dirà, si es del juizio, y virtud de Seneca: *Nihil est tam damnosum bonis moribus, quàm in aliquo spectaculo desidere*; y no solo habla de espectaculos, sino de qualquier concurso de gente, adonde puede divertirse el interior à inutiles pensamientos. El mayor duelo es de los Poetas, que exponen los trabajos, hijos de su ingenio à la cẽsura del vulgo, que de ordinario juzga las cosas al revès. Que gran comedia! dice uno: que cansada, dize otro. Este gran dioso verso, traza ingeniosa, agudo concepto: aquel, coplones de ciego, pocas sentencias, notable impropriedad, y ninguna sustancia: y à todo buen medrar se gana un vano aplauso en vida, y al fin un arrepentimiento del tiempo mal gastado, y del mal ẽpleado ingenio.

At pulchrum est digito monstrari,
& dicier: Hic est,
Ten cirratorum centum dictata fuisse.
Pro nihilo pendas?

Los pobres Representantes tambiẽ representã sus duelos; luzidos en el trage, desluzidos en la fama. Murmuranlos como à gente holgazana, y por todas partes estàn cercados de trabajos; trabajos en el theatro de la chusma mosquetera con silvatos, y castrapuercas; trabajos en cobrar; trabajos en estudiar de memoria; trabajos en los ensayos; trabajos en caminos; trabajos en posadas. No fueron tantas las transformaciones de Protheo como las desta gente, para engañar el gusto, atraer la voluntad, y el dinero de los oyentes. Yà los hombres son mugeres, yà las mugeres hombres; el Rey es villano, el villano Emperador. A uno mismo, como si saliera caballero en la rueda de la fortuna; vemos en brevissimo tiempo Español, Italiano, Troglodita, Garamanta, Caballero, Lacayo, Sacristã, Ladron, y Sacamuelas. En esta parte no se puede negar, q̄ son exẽplares las comedias; pues representan nuestra vida sujeta à tantas, y tan grandes mudanzas, acõpañadas

das de buenos exemplos, y consejos; pero son como el trigo, adonde un enemigò sembrò zizaña, y abrajos; que si quereis coger el fruto, es poco, y con tanta mezcla de malas semillas, y de espinas, que en vez de llevar trigo, llevais heridas no pocas que curar. Los oyentes solos viven en descanso, y ocio; pero quantos vicios acõpañan à la ociosidad? Estas son las universales escuelas, aqui aprenden las donzellas, que apenas saben el A.b.c. del amor, los mas altos secretos de su Philosophia, y sus mayores finezas; las casadas atrevimientos; las viudas à serlo solo en el mongil; los hijos desobediẽcias à sus padres; y los viejos mocedades: el objecto presente con galas, y hermosura, y sainetes de amor; musicas digo, y bailes, despiertan el apetito olvidado, ò soñoliento; y la voluntad (aunque pese à los mas apassionados) quando menos, menos ha de guerrear contra los primeros movimientos de las passiones: en la qual batalla es contingente, y probable quedar vencida. Mas yà me parece, que veo los dientes de muchos, que me oyen descubrirlos de risa, y no sè si para despedazarme, burlando mi zorruno ingenio, y que por ignorante condeno la arte comica. Aunque Zorra no me he dormido en las pajas; todo lo he andado, mis ciertas comedias tengo escriptas; caì miserablemente en esta flaqueza, aplauso merecieron. llevòsele el viento, y no le quise buscar, aunque no me faltaba pluma para seguirle, sin pelar ganso alguno, que hurtasse. Con todo esso diviertase el pueblo, no se le niegue este entretenimiento:

Nam si deficeret, mœstam, attonitamque videres
Hanc urbem, veluti Cannarum in pulvere victis
Consulibus.

Esto me parece con Juvenal. La verdad vuelve por si, y este retablo lo manifiesta, que si lo es de gustos, tambien lo es de duelos.

Esta imagen es de la amistad, una de las mayores felicidades, que gozan los humanos; y con razon; pues por ella se unen los corazones, el biẽ se comunica, y el mal se disminuye. Es consuelo en los trabajos, acrecienta los contentos, y assegura los secretos: es liberal don del Cielo, que excede los naturales, y adquiridos, ò por industria, ò por ventura. Los padres, hijos, hermanos, y muger, no pueden dexar de serlo: pero bien pueden no ser dulces, y amables; mas un amigo verdadero siempre es amado, y siempre digno de amor; si yà no es que à nosotros mismos nos aborrecemos; porq̃ la amistad transforma con vinculo mas indissoluble que la naturaleza. Esta imagen del retablo segura està de duelos; quien lo puede negar? Pero no es pintura al uso. Muchos tienen nombre de amigos, las obras ninguno: *O amici, amicus nemo*, decia Aristoteles, como refiere Laercio de testimonio de Favorino: por los primeros entendia los familiares: por lo segũdo al verdadero amigo. Qual serà el pensamiento tan sutil, que pe-

penetre los intimos retretes del humano corazon? Quien sabrà dividir la lisonja de la amistad, aunque docto en los sabios preceptos de Plutarco, que lo enseña? Mas puede el amor proprio que el ageno: y esto no fuera maravilla, sino mui proporcionado à leyes naturales, si el proprio amor no excediera los limites. Mas quando mira su interès con ofensa del amigo, odio es proprio, no amor. Por esso escribiò Socrates à un Caballero rico, y mui acompañado, assi de criados, como de ciudadanos: Haceme compassion tu grande soledad, por ser cosa indigna de tanta grandeza; no ignoro los muchos que te acompañan, mas essos no andan contigo, sino consigo. Amigos golondrinas, dicen Seneca, y Plutarco, que en el Verano prospero cantan, y lisonjean, en el rigoroso Invierno criados sus hijos, huyen. Es oro la amistad, afinase en el crysol con el fuego de los trabajos, y aunque sean pedazos divididos, el mismo fuego los une: si es el amigo escoria, el fuego la expele, puesto que muchos años le aya hecho compañia en la mina. Es falsa amistad, indigna deste nombre, quando las obras son viles lisonjas, ordenadas al proprio acrecentamiento: general contagio, peste irremediable. Con todo esto ay otro mal peor, y mas perjudicial, que es la amistad reconciliada: porque el linage de amigos sirvientes, golondrinas, y escorias, es verdad que miran su interès; pero no se vuelven contra el que engañan descaradamente, y llegada la ocasion vierten el veneno, quitandose la traidora mascara, y volviendose contra la hacienda, honra, y vida: esta es propriedad de amigos reconciliados, guardaos de ellos. Anteon en prospera fortuna criò los perros, que con fidelidad le servian; y ellos mostrandose agradecidos andaban por los bosques à caza de su gusto, como de fieras. Un honesto enfado de Diana mudòle à miserable fortuna, volvieronse contra èl, y despedazaronle. Cada uno mire por si, y procure tenerse en buenas; que si cae, en verdad, que no solamente sus enemigos; pero aun sus mismos criados, amigos, y hermanos se le comeràn à vocados. Los Lobos, quando estàn hambrientos, por no hallar en que hacer pressa, todos se juntan, hacen una rueda, y corren al rededor, hasta que el mas flaco se dexa caer de cansancio; entonces los demàs le acometen, le despedazan, y devoran. Guardaos de amigos, que parecen corderos, y son lobos; no los conocereis hasta caer, que es lo mismo q̃ caer en sus dientes. A esto se parece lo que he visto en algunos gallineros, que la necessidad me ha obligado visitar, mas por vẽgar los agravios que voi à decir, que por proprio interès, que yo siempre he sido Zorra bien intencionada: si algun pollo, ò gallina està enferma, por malos de sus pecados, las demàs aves se vuelven contra ella, y à picadas la destruyen; porque los males, y los males nunca vienen to-

los; siempre andan en gavilla. Segun esto la imagen de mi retablo no es de amigos, sino de duelos.

No quisiera, que el quadro, q̃ se sigue os engañara, à cuyos duelos cierran los hombres los ojos, y oìdos, para no dexarse vencer de lo q̃ al fin hã de llorar no aver sido vẽcidos. Aqui se representan las altas dignidades, los puestos honrosos, que con afecto tan desordenado los humanos apetecen, pues por ser tenidos en mas, estimã en menos las riquezas, la patria, la hermosura, el descanso, los deleites, y todos los atropella, y triumpha de ellos, como esclavos, la insaciable ambicion. Quien desea ser mas alto, y no mejor (dixo un Sabio) no desea adelantarse, sino despeñarse. Pidiò Phaeton importunamente à su padre Apolo el coche del Sol; rindiòse el amor paterno à su porfia con temores de algun desastre, y diòle primero los consejos bastantes para gobernar los caballos, y para gobernarse à si mismo. Desvaneciosele la cabeza, viendose tan alto, y sacandole del Zodiaco los caballos desvocados, le llevaban perdido por todas partes, hasta que un rayo de Jupiter le sepultò en el Eridano. Quien es de tierra, à que proposito quiere levantarse sobre el aire? Vna Tortuga, si apenas sabe andar, porque presume correr, y menos volar? Este torpe animalejo, falto de todo proprio conocimiento, que suele ser el principal impulso de grandes caidas, pidiò al Aguila le enseñasse à volar: ella le procurò dissuadir; diciendole, que volviesse los ojos à su naturaleza tan contraria à este ligero exercicio. La dificultad ponia espuelas al deseo de la Tortuga, y assi la cogiò en las uñas, y subiò à las nubes, echòla desde alli à volar, y cayò sobre unos peñascos, adonde se hizo pedazos. Mas estos exemplos no admiten por caer en sugetos incapaces de tales presumpciones. Aun los que nacieron con alas para volar sobre las torres mas altas, por aspirar à empressas desiguales, los ha humillado su soberbia. El Aguila, y Nebli, emulos siempre, sino envidiosos de sus glorias, no se reconocian ventaja en ligereza. Cada uno procuraba hacer ostentacion delante del pueblo de sus plumas: el Aguila, por acreditar los meritos de la Corona, que posseia, el Nebli para dàr à entender, que era digno de ella. Un dia à vista de la Corte se encumbraron los dos competidores sobre las nubes, y passando la primera, y segunda region del aire, y grande frio en ella, llegaron cerca de la region del fuego, y por no ser uno menos que otro, ambos cayeron miserablemente. El Aguila excediò al Nebli, entrandose por las llamas ethereas, y quemòse las alas; y el Nebli quedò ciego à los rayos del cercano Sol. Aguilas, y Neblies fueron Julio Cesar, muerto en el Senado à puñaladas despues de tyranizado el Imperio Romano. Pompeyo, que dignamente mereciò nombre de Magno,

vencido, y desterrado muriò à manos de un traidor amigo; ni este sufriò estàr sujeto, ni aquel igual. Alexandro tambien Magno, aviendose por su espada coronado Emperador del mundo, muriò en la flor de sus años, que marchitò un ardiente veneno. Ni tales exemplos tienen numero, ni termino la ambicion, aunque se conozcan estos peligros, y se padezcan forzosos desassossiegos, contingentes calamidades. No pecaba de ignorancia Dionysio Tyrano en el supremo grado, adonde le avia levantado su fortuna, quando à un amigo suyo, que con excessivas adulaciones ensalzaba la gloria de su estado, la grandeza de su Reyno, y los merecimientos de la Corona posseida con toda bienaventuranza, mandò el Rey sentar en su silla, y servir como à su persona con igual pompa, y magestad; pero hizo colgar sobre su cabeza un gran cuchillo pendiente de una sola cerda, de quien estaba tambien pendiente su vida. Afligiòle de modo esta peligrosa honra, esta incierta magestad, que por poco perdiera la vida de temor; al fin rogando à voces, que le quitassen, quedò advertido, y desengañado. Bien un doctissimo Maestro de las divinas ciencias, en la mas insigne Universidad del universo:

Que presta à mi contento
Si soy del vano dedo señalado?
Si en busca deste viento
Ando desalentado
Con ansias vivas, con mortal cuidado?

Y en otro lugar:

Prodigo en prometernos,
Y en cumplir tus promessas, mundo avaro,
Tus cargos, y gobiernos
Nos enseñan bien claro,
Que es tu mayor placer de valde caro.

Honras, dignidades, grandezas, con tal pension, y tan forzosa; la gloria, que prometen, es falsa, los duelos, que no se temen, verdaderos.

No es menos digno de admiracion el quadro de los ricos, cuyas felicidades son desventuras, y duelos. Que verdad mas conocida, ò mas predicada por los virtuosos? Què engaño mas invencible? No ay palabra, ò difinicion, q̃ tanto declare la essencia, y calidades de las riquezas, como llamar las espinas. Este nombre abraza todas sus buenas obras, y à nuestro proposito persuade sus daños, y peligros. Son las espinas tratables, y lisas, pero el extremo agudo, cruel, y picante: las riquezas parecen en vida agradables, y suaves, pero llegando al extremo de la muerte, crueles, y sin piedad; atraviessan el corazon, penetran el alma, y causan infeliz, y mortal desassossiego. Son espinas, q̃ desmedrã, y ahogan las plantas fructuosas, el vigor fuerte de las potencias. Son espinas, zarzas, y malezas, donde se recogen los mas viles, y ponzoñosos animales, los vicios, y pecados de la Republica. Son espinas, q̃ repelan las pieles à los innocentes corderillos, quedandose con su lana en las uñas. Pelan à los pobres, alzandose con parte de su trabajo, sino

con

con todo, y à veces los dexan del nudos en el hospital. Son espinas de intrincada zarza, adonde voluntariamente se arroja el hombre miserable, y preso en ellas, no puede salir, y muere cercado de dolores. Finalmēte son espinas las riquezas, que hasta que el voraz fuego las consuma, siempre brotan, y esterilizan la tierra. Algun tanto en esto se declara, quanto empobrecen al alma las riquezas, robandola dones, y virtudes, y que en la muerte son verdaderamente conocidas. Levanta ahora los ojos à esta imagen, cuyo valiente pinzel tan al vivo representa sus duelos, aun quando se gozan con entera salud, que à mi me excusareis innumerables palabras, que son forzosas para explicarlos. Este es el mar Occeano, aquel el Mediterraneo, el otro el Sur, cuyos espacios immensos navegan aquellas tres naos cargadas de todo genero de riquezas, adquiridas con increibles trabajos, y aun peligros de conciencia. El mar està de leche, el viento favorable, que vistosamente à imitacion del agua ondea flamulas, gallardetes, y estandartes! que ligeras tendidas las alas, hinchadas todas sus velas, al son de clarines vuelan por liquidos crystales! Mas, ò inconstancias del tiempo! ò falsa bonanza! ò mar engañoso! El viento se muda; otros se levantan, el aire se obscurecen con espesas nubes, despiden nuevos mares de agua: los relampagos deslumbran: los truenos ensordecen: recogense las velas: rompese los mastiles: confundese la chusma: trabajase en vano dando à la bomba: turbase el piloto, pierdese la aguja, ignorase el gobierno del timon, y los clarines se convierten en llantos, voces, y promessas. Gran desdicha! una de las naves se fue à pique, cubierta de un monte de olas. Baxan las riquezas à su centro, y los miserables naufragos en vano piden socorro; todos al fin se anegan. Mas ya Neptuno descubre su agradable cabeza. Castor, y Polux se han visto resplandecer: las desesperadas naves, que fluctuan, resucitan con seguras esperanzas. Reparanse de la passada fortuna, y prosiguen alegres su viage; no ay contento durable, y menos en la inconstancia del mar. En manos han dado las dos desdichadas naves de una esquadra de naves enemigas, huyen: la una se escapa, à la otra dan caza; defiendese en breve rato, y rindise al fin. Entran en ella los vencedores, apoderanse de las riquezas, y à unos de sus dueños dàn muerte; otros quedan captivos, y llevando la vencida nave à jorro, celebran con musicas los Pyratas su alegre triumpho. La venturosa nave, que se librò, llega al deseado Puerto, toman tierra, desembarcan los mercaderes sus riquezas, no libres de desdichas: porque à unos saltearon ladrones, y se las robaron; à otros salteò la muerte, y no las pudieron gozar; à otros fue la fortuna mas propicia, y las gozaron algunos años, vino la muerte, conocierō

que

que eran espinas, murieron con heridas, y dolores de conciencia: heredaronlas sus hijos; y en pocos años, unos con deshonestidades, otros cō juegos, otros con mal gobierno, prodigos desperdician lo que afanarō avarientos. Estos son los que llama el mundo bienes, y estos son à quien yo doi nombre de duelos.

Otro deleite de los humanos, y uno de los mayores bienes desta vida, es la hermosura, en quien tanto se complacen las mugeres, y los hōbres, que procuran vergonzosamente parecerse à ellas, que de todo se olvidan, y ponen su cuidado, y desvelo en alcanzarla, y conservarla. Esta es su ocupacion, este su estudio, y esta su ciencia. Disputen en las Universidades los ocultos secretos de la Philosophia, y de las Artes liberales; desvelense los hombres en la politica, y leyes de su Republica: abrasese el mūdo en guerras: amenace fatal ruina à la Monrchia: trabajen los Historiadores en sacar à luz los exemplos antiguos, para que en cabeza agena escarmentemos, ò nos miremos en el espejo de su virtud para imitarla, que todas estas materias sō labyrintho para las mugeres. Su Philosophia, sus Artes liberales, sus leyes, su Guerra, su Republica, su Historia, y todo su ser, es cuidar de parecer hermosas, ser biē vistas, y estimadas. No se puede negar, q̄ la hermosura es don agradable de la naturaleza, pero tantos duelos la siguen, que si estos se conocieran, no admitieran las hermosas semejante merced. Por lo menos bien huviera estado à Lucrecia no ser hermosa; pues no perdiera con la castidad la vida. Y à otras muchas, que por averlo sido, pierden estas dos joyas mas preciosas: si bien la otra dama, de quien hace mencion un Poeta, pedia al Cielo, que antes se viesse comida de Tigres, y Leones, que fea. No sè si es testimonio, que las levantan: mal opinadas estàn las hermosas; quizà es envidia de las feas. Notanlas de frias, necias, altivas, soberbias, y presumidas; pero quando estos duelos falten, baste el que hallò Bion; y es como de sabio, que la hermosura no es bien proprio, sino ageno; porque el mismo que la tiene no la goza, sino el que la mira: y quando el que la tiene la gozàra, bien que se marchita con la facilidad que una flor; no merece nōbre de bien. Helena, causa del incendio Troyano, en su vejez mirandose al espejo, decia: Possible es, que por esta cara sucedieron tantas muertes? tantas desdichas? Menos desengañada estaba la otra buena vieja, que hallò entre la basura un pedazo de espejo, miròse, y viendose tan fea, dixo, dando cō èl en una pared: Con razon anda entre muladares quien es tan malo; como podia yo vèr en ti cosa buena? O biē ayan los espejos de mi mocedad, que hacian unas caras como unas rosas! No se conociò esta vieja à si misma, aunque conociò la fealdad, que los duelos de tales bienes, si se vèn en los espejos, no se conocen sino en la muerte, y en este retablo.

Para reducir a numero los males des-

destos, y semejantes bienes, la len gua es torpe, la pluma tarda, y el pincel tosco. Esta es solamente la muestra de los gustos, deleites, y passatiempos de los hombres, que cada uno en particular tiene su idolillo, à quien reverencia, y adora, y por quien se les hace dulce esta vida tan amarga, olvidados de la muerte, y de la virtud, en cuyas aras, en vez de preciosas aromas, consumen el precioso tiempo: si à los tales fuera mejor no aver nacido, mejor tambien les fuera aver sido brutos como vosotros, cuya suerte es mas dichosa; pues no buscais otro deleite, sino el que se conforma à vuestra naturaleza irracional. Quando ellos se desvelan en buscar nuevas invenciones para obrar contra razon, y usando mal de los bienes, que recibieron de su liberal Criador, su malicia los cõvierte en males, cuyo exemplar para emienda suya, y consuelo vuestro representa este retablo de aparentes glorias, y evidentes duelos.

Que poco credito tienen entre los hombres tan admirables paradoxas! principalmente, que si huyes estos bienes, como males, la voluntad se hallarà seca, y disgustada en obrar, no gozando deleite alguno en esta vida, sino el que trae consigo la virtud. Que ignorancia de quien esto teme! Por ventura todos los deleites juntos traen consigo el descanso, satisfaccion, y quietud de cõciencia, que las obras conforme a razon? Doctrina parece increible, sino la prueba la experiencia: no faltan à los humanos cercados de tantas miserias sus deleites, y gustos, sus entretenimientos, y descansos, sus passatiempos, y glorias. Todo esto, y mucho mas se halla en las tribulaciones, trabajos, desprecios, carceles, pobreza, hambres, desconsuelos, enfermedades, y muerte; thesoros no conocidos, ni hallados, sino de los que para ello alcanzan luz del Cielo. Mas el probar con evidencia esta proposicion paradoxica, quedese à los Philosophos morales; que una Raposa como yo basta lo entendido para reir sus engaños, no para llorarlos; que dueños agenos matan al Asno, pero no à la Zorra.

APOLOGO XXXIII.

Que la vida del hombre es guerra.

Confiriendo los duelos de la humana vida, aun en sus mayores glorias identificados, dexaron los nobles brutos la Ciudad, caminando no tanto en demanda de aventuras, como de la hermosa Crisaura: y en una vega espaciosa, adõde como de un centro salian quatro caminos, que llaman encrucijada, vieron un Caballero armado ricamente de todas armas, à guisa de pelear, en un soberbio frison, armado tambien, cuyo azero bruñido hermoseaban Lunas de plata, y Soles de oro: En lo qual significaba humildad con valor; pues reconocia las mudanzas de la guerra, semejantes à las de la Luna; si bien confiaba en la hermosura de su dama, que con mas efica-

cia

cia que el Sol podia influir, y comunicar el lleno de ſu ventura. Luego que nueſtro Lunatico Caballero, ò Caballero alolanado viò cerca al valiente Africano, y à ſus compañeros, puſo la lanza en cuja, y con altiva preſumpcion, y alaz gentil talante, hablò deſte tenor:

Brutos Caballeros, iluſtre Principe Africano, a quien los preciſos hados han traido por eſtos caminos, para acreditar con vueſtros votos mi fama, y aſſegurar mi fortuna, tenedvos à raya, y preſtadme un breve rato atentos oidos. Yo ſoi Caballero andante, como bien ſe manifieſta, profeſſor inviolable de las andanteſcas leyes, emendador de tyranias, deſfazedor de agravios, conſolador de afligidos, opreſſor de inſolentes, y aniquilador de ſoberbios. Mi perſona no es por aora conocida; porque aſsi lo diſpone la ſuerte inevitable: mis obras, y mi nombre, que es el Caballero de Soles, y Lunas han volado à los ultimos terminos del mundo; y no conſintiendo verſe impedir en tan cortos eſpacios, han excedido las nubes, y tocado las eſtrellas. No eleccion mia, ſino fuerza ſuya ha ſido amar un milagro de naturaleza, una dama hermoſiſsima, à quiē Venus diò belleza, Palas valor, y pureza Diana; y con quien anduvieron tan prodigas las tres Gracias en ſu nacimiento, que deſde aquel dia la gracia fue una, las deſgracias tres. Su hermoſura communica fuerzas à mis brazos, valor a mi pecho, filo à mi eſpada, y fama à mi nōbre. No porque yo aya merecido algun favor de ſus manos, ò alguna palabra de ſu voca en quien eſtrive mi debil eſperanza; ſino porque ſiendo forzoſo, que todo andante Caballero tenga alguna dama, à quien ſervir, por cuya virtud venza las invencibles dificultades, y à cuyos pies ſe poſtre con los eſclavos de ſus victorias, baſta merecerlo Roſiciana, Princeſa de los Eliſeos, aunque mis hazañas queden ſin el premio que merecen. Mas ay de mi! que fuerza de ſu deſtino, ſino es de mis deſdichas, ò envidia de alguna cruel deidad, la tiene à tuerto encantada, con otras Princeſas, y ſeñoras en aquel inexpugnable caſtillo, adonde ſu entrada defienden fieros, y deſcomunales Jayanes, phantaſticos, Veſtiglos, ignivomos Dragones. En eſte ſolo puedo temer ſoberbia, pues preſumo, que la feliz aventura deſte arduo deſencanto eſtà para mi reſervada. Mis hazañoſos ſervicios, aunque tan iluſtres, y favorecidos de la Fama, ſon cortos para tan alta empreſſa; pero en efecto ſon tales, q̄ parece no pueden adelantarſe mas. Aviendo, pues, peregrinado las tres partes del mundo, y poblado eſtos campos de Principes, y Caballeros vencidos por mi eſpada, los quales yo he enviado con ricos theſoros, à que de finojos reconozcan la deidad, que los hizo eſclavos, y diò por libres: Aviendo tambien enviado Princeſas de alta guiſa, pueſtas por mi valor en libertad de horrendos encantos, y muertes ignominioſas, à que ſirvan à la Princeſa de la her-

mo-

mosura: Todo lo qual, ni parte, ella no ha admitido, ni aun favorecido con sus ojos: Solamente me resta poner en execucion esta ultima diligencia; para que mis meritos toquen la mas excelsa cumbre de la humana gloria; y para que si no diere con felicidad cima, y termino à esta incõparable empressa, se entienda que es voluntad de los Cielos, no defecto de mi valor. Cõviene, pues, brutos generosos, cuya gallardia me persuade, que traeis las veces de todos los animales para votar en mi favor, que luego confesseis, y sintais conformes, que la encantada Rosidiana, que tyranizan las horribles sombras de aquel castillo, es la mas hermosa dama, la mas agraciada, discreta, y virtuosa, que tiene el mundo. Otrosi aveis de confessar, y sentir, que yo soi el mas valiente Caballero, que celebra la Fama; y por consiguiente, el mas digno de su hermosura; pues à ello os obliga mas que mis armas la razon; porque si os resolveis sandios facer ende al, luego sois commigo todos en batalla.

Sonriendose los brutos quisieran responder con obras; porque su colera no les daba mas tiempo; pero el valiente Leon, à quien atañia la respuesta, con magestuosa voz dixo assi: Vuestras desmesuradas razones (andante Caballero) llenas de presumpcion, y soberbia, dichas en mi presencia, y cõtra mi, que soi por naturaleza, y meritos Rey de las fieras, no eran dignas de respuesta; sino de risa; mas por justificar mi causa cõ razon, y por si acaso os dexais della vencer, que de tales armas ser vencido, es mayor gloria, q̃ ser à fuerza de brazos vencedor, digo; que vos, y todos los andantes Caballeros de este jaez professais un linage de locura, merecedora de carcel, y cadena; para que la pena de tanta vana culpa os hiziera cuerdos. No puedo detenerme à probar esta verdad con muchas evidentes razones; solo os quiero confundir de vuestras mismas palabras: Decidme, como podrè yo afirmar, que sois el mejor, y mas valiente Caballero del mundo, sino os he visto en mi vida, ni aun à mi noticia ha llegado vuestro nombre? Como podrè sentir, que essa dama, la qual decis està encantada, es la mas hermosa, discreta, y agraciada de la tierra, si nunca la he visto, ni oido? Ademàs que quando en vos se juntassen las fuerzas de Hercules, el valor de Achiles, y de Vlises las astucias, si bien pudiessedes hacer confessar de palabra, sopena de perder la vida, lo que pretendeis, no alomenos sentirlo en el corazon; que à los actos interiores, fuerzas humanas no pueden obligar, por se termino que excede su esphera. Conoced vuestra locura, y conocereis vuestra flaqueza, que desmiente tantas altivas arrogancias. Idos à curar à la enfermeria de vuestro invencible competidor Don Quixote de la Mãcha; q̃ yo por todos os perdono el ridiculo, temerario reto, con q̃ nos aveis provocado à campal batalla. Pero si loco, ò desesperado preten-

deis

deis arrojaros en manos de la muerte, antes la vereis, que el desencanto de vuestra Princesa Rosidiana.

Hablais en efecto, replicò el Caballero, como brutos; que razon se puede esperar de vosotros? defendeos, gente follona, y malandrina, que todos sois canalla, y oxalà cada uno se convierta en un esquadron de animales valerosos, para que tales sandeces no quedaran sin castigo, y à mi la victoria fuera de algun honor, y prez. Retiraos del camino, dixo à sus compañeros el invicto Leon, y solo en el campo esperò al Caballero, que furioso venia corriendo a herirle, la lanza en ristre. Dexòle acercar, y burlando el mortal golpe, le echò la garra, y diò con èl en tierra. El estruendo de la caìda, el peso de las armas, la falta de movimiento, dieron sospecha de su muerte; mas solo fue privacion de sentido. Llegaron los brutos retirados, desenlazaronle el yelmo, y haciendole aire con sus plumas volviò en si; reconociò en parte su injusticia, humillòse al vencedor, pidiòle perdon de sus demasias. Mas Auricrino mal satisfecho, quiso de raiz, si le fuera possible, desengañarle, y desengañarse; y assi mãdò al Lebrel, q̃ de una oreja le llevara al encãtado castillo, y todos le fueron siguiendo. Estaba apartado de la encrucijada una milla, y el mal afortunado Caballero iba lamentando sus desdichas; pues antes de llegar à la cõquista mas dificultosa, avia de parecer en tan ignominiosa esclavitud ante los ojos, que adoraba. Vencido, pues, segunda vez, y con mayores ventajas de su dolor, arrodillado delante del Leon, con lagrimas le dixo assi:

Principe famoso, cuyo valor merece dignamente la Imperial Corona de las fieras, no siento tanto ser vuestro prissionero (porque la gloria de tan ilustre vencedor es consuelo de mi esclavitud) como vèr impossible mi deseo, y mi esperanza por el viento. De grandes corazones es perdonar grandes injurias; perdonadme, Rey invicto, y goze yo de vuestra mano libertad, no para probar mis fuerzas, no, con las horribles guardas del castillo encantado, sino para entregarme voluntariamente à la prission, en compañia de otros muchos Principes, y Caballeros, que han sido vencidos, aspirando al glorioso desencanto; que si estos con ser de los mas valientes, que admira la Fama, à quien diò igual assiento entre los Amadises, Phebos, Palmerines, Belianises, y Esplandianos, han sido con afrenta vencidos al primer encuentro del invencible Gigante Sacridono de Celestria, guarda de la hermosa Rosidiana, y de las otras encantadas doncellas; como quando yo fuera tan valiente, y afortunado, que venciera este monstruo, podria vencer la segunda guarda, que es un bravo Leon, aviendo en vos hecho experiencia de mis desiguales fuerzas? Estas razones del Caballero dexaron dudoso al Africano, si acaso eran verdaderos aquellos encantos, que èl siempre avia tenido por

fabulosos. Prometiòle libertad, y preguntòle adonde estaban los Caballeros aprisionados ? A lo qual respondiò : Que arrastrando cadenas andaban por aquel bosque al rededor del castillo ; con tales señas ya estaba cuidadoso Auricrino, y sus compañeros de la aventura, que buscaban. Llegaron al castillo, que fortalecian, y hermoseaban quatro torres; los muros de buena estofa, con un profundo foso, y puente levadiza ; aunque entonces ofrecia passo à la puerta fuerte, y cerrada. Desta encantada fortaleza nacian dos muros mui altos, que cercaban un espeso bosque, y tan grande, que excedia la linea horizontal: Discurrian por los campos no pocos Caballeros arrastrando prisiones, y combatiendo el fuerte con suspiros Indeterminado, y confuso hallaba el Leon à cerca de lo que debia hacer. Passar adelante sin veèr, y averiguar una cosa tan extraña, le parecia ageno de su profession: tentar à la fortuna en tan ardua empressa, temeridad. Consultò el caso à sus amigos, y los pareceres eran diferentes, y poco firmes ; pero aviendolo atentamente considerado, pareciò al Principe Africano indigna cosa de su valor, viendo à sus ojos tantos Caballeros en miserables hierros de servidumbre, no intentar su libertad.

Con estas dudas vacilaban, quando vieron caminar al castillo un Caballero andante de gentil brio, y airoso movimiento; las armas color verde obscuro, en que daba à entender la tenebrosa confusion de su esperanza, aunque mejor lo declaraba la empressa, la qual era una nave en alta mar, combatida de vientos, y de monstruos marinos, que significaban los que venia à vencer, y jũtamente la dificultad de la victoria: por esto le llamaban el Caballero de la nave. Llegò, pues, à la puerta del castillo, y su escudero llamò con grandes golpes ; por buen espacio no respondieron : pero tal fue el combate, y bateria de los aldabones de bronze, que al fin se abrieron las puertas, y pareciò en sus umbrales el valeroso Sacridono de Celesiria, Gigante descomunal, aunque de rostro afable, alegre, y hermoso, raro privilegio en cuerpos tã grandes! Sobre el dorado coselete las plumas con proporcion lisonjeaban el viento : un arnès trenzado de azulceleste, hermoseado de estrellas. Ceñia un alfange, guarnicion de oro, y su pomo un zaphiro, que el primor del arte labrò cabeza de Aguila : puso sobre ella la mano siniestra, que embrazaba un escudo de bruñido azero, mayor que rueda de carro, gobernando la diestra una clava con azeradas puntas. Descubrieronse tambien en la puerta, como que le acompañaban, un bravo Leon, y dos damas hermosas, y gallardas; la una armada ricamente, que parecia à Palas; la otra vestida de cazadora con su arco, y aljava, que parecia à Diana. Puso los ojos Sacridono en el Caballero andante, y severamente le preguntò: Què buscais, señor, en este castillo?

llo? A lo qual respondiò el aventurero de la nave: Tyrano cruel, que à fuerto tienes encantadas tantas nobles, y hermosas donzellas, y tantos Caballeros aherrojados en este desierto, dame en paz à mi honesta Clavelinda, à quien por fatal destino de los Cielos hice dueño de mi libertad. Mas no espero bien tan piadoso de tu crueldad inhumana, ni à mis ojos soi tan feliz, que presuma pacifica possessión con singularidad en mi fortuna, quando à tantos, y tan valerosos Principes ha sido forzoso tomar las armas, y forzoso tambien quedar vencidos. Acompañarè su soledad, llorarè al son de mis hierros la fama perdida, y el amor mal pagado. Con todo esso, la nave de mi esperanza, aunque entre peligros tan grandes fluctua, su aguja no ha perdido el Norte de essa ingrata, que me defiendes. Disponte à la batalla, que este dia (si los hados me favorecen) serà el ultimo de tus tyranias, y primero de mis venturas.

Agora lo veredes (dixo Sacridono) y estampando gallardamente el pie en la arena, levantò la clava para recebir al Caballero de la nave, que à todo correr le venia à encontrar. Reparò en el escudo el bote de lanza, la qual se hizo pedazos, y el Gigante en agredecimiento le tirò un golpe, aunque no le alcanzò de lleno, que le hizo juntar el pecho con el arzon. Volvieron segunda vez à encontrarse con tal violencia, que al golpe del valiente Sacridono caballo, y Caballero vinieron à tierra. Acudiò luego sobre èl vencido, quitole la espada, desarmòle, y cogiendo un trozo de la quebrada lanza, aviendole dexado levantar primero de la tierra, le diò afrẽtosamente algunos palos, y le enviò, diciendo: Assi castigo yo semejantes desatinos; id aora à buscar la paz, pues tan mal os ha ido en la guerra, ò acompañad essos vagamundos Principes vencidos por mi valor, que no os faltarà cadena que ate vuestra locura. Assi lo hizo el Caballero de la nave, viendola anegada en las instables olas de tan furiosa tempestad. Auricrino avia estado atento à la desigual batalla, y à las palabras, que intervinieron, y no se hallò en su vida mas confuso, y mas indeterminado. Por una parte el apacible semblante, digno de todo respecto, del fuerte Sacridono, la gallardia del Leon, y hermosura de las dos damas le enflaquecian de modo, que estaba sin fuerzas para procurarlos à batalla: por otra le hacia summa cõpassion, no tanto que el Caballero de la nave huviera sido vencido, como la afrenta, que avia recibido de los palos, accion indigna de noble vencedor. Esto le embravecia, y por esto formaba menos concepto del Gigante. Movianle tambien à lastima tantos Caballeros aprissionados por aquella Selva, y aunque arrastrando sus cadenas, estaban libres para huìr, y no lo hacian, ni se apartaban del castillo, sujetos noche, y dia à las inclemencias del tiempo; por lo qual le pareciò probable, que de la ho-

horrenda batalla tambien quedaban encantados. Estas razones le hicieron tanta fuerza, que se persuadiò estaba obligado, à titulo de noble, y de Rey de las fieras; y otrosi el mas fuerte de todos los vivientes, aventurar su vida en tan honrosa empressa.

Con esta resolucion, enviando primero libre al Caballero de Soles, y Lunas, q̃ acompañasse los demàs aprisionados, para que fuesse de todos la fortuna igual, se acercò à la puerta del castillo, à tiempo que el Gigante Sacridono entraba por ella. Llamòle por su nombre, volviò con rostro, aunque grave, apacible, y respondiò: Que mandais, Leon gallardo? A lo qual replicò Auricrino, templado yà el enojo, que traìa: Nunca (valiente Sacridono) en el largo progresso de mis extrañas aventuras me he hallado tan confuso, como en esta ocasion: hanme contado el encanto deste castillo, y algunos rigorosos desaguisados vuestros, à los quales doi credito por los que he visto en esta batalla con el Caballero de la nave, como fue dar tantos palos al miserable vencido, venganza indigna de Caballero. Hacenme ademàs compassion tantos desdichados, que por vuestros encantadores ardides arrastran libremente sus prisiones, aviendoles primero tyranizado las mas preciosas prendas de su corazon: tantas hermosas doncellas digo que tiene vuestro rigor en desesperada esclavitud. Causas fueron estas, que me provocaron à justo enojo, y encendieron mi deseo à la venganza; si bien con manifiesto peligro de la vida en campo tan desigual; pues me determinaba oponerla à un valeroso Gigante, y sobre esso encantador. Aora sin duda vuestros encantos me fuerzan mudar parecer; pues con la cercana vista, y rostro afable, la ira se ha convertido en templanza, la braveza en mansedumbre, y aun el odio en amor; ò soi mas cobarde que los vencidos Caballeros, pues ellos tuvieron siquiera brio para llegar à las manos, ò en mi aveis derramado con mas eficaz copia el encantado vaso de vuestros secretos hechizos. Si esto es assi, quedaos en paz, que no tiene el Cielo reservada para mi esta aventura. Con afable risa (respondiò Sacridono) no useis valiente Africano (que ya por la fama os conozco) el mentiroso lenguage de essos locos Conquistadores de mi fortaleza; en ella no ay encantos, ni en mi caben tyranicas opressiones; el mysterio mas espacio requiere. No està impedido el passo à vos, y à vuestros compañeros; entrad en buen hora, que bien podreis sin algun rezelo. Ni aun primer movimiento (dixo el Leon) de tenerle se ha excitado en mi, antes juzgo con indubitable certidumbre, que miente la Fama, y los ojos se engañan, si esta seguridad contradicen. Entraron todos conformes, y de camino saludò nuestro Leon al Leon, guarda del castillo, y à las dos hermosas damas, la una cazadora, y la

otra guerrera. Subieron à una vistosa galeria, que por todas partes descubria la habitacion de aquellos prodigiosos Palacios, y fertil campiña. Sentaronse, y respondiendo al deséo, y silencio de los oyentes, dixo assi el valeroso Gigante:

Son tantos, y tan grandes los peligros del mundo (brutos racionales) tantas sus miserias, tan fuertes sus enemigos, tan engañosos sus ardides, tan dulces sus estratagemas, tan agudas sus armas, tan aparentes sus razones, tan continua su guerra, tan fieros sus assaltos, tan dudosa la victoria, y tan mentirosa su paz, que quien le sabe despreciar, solamente le sabe vencer. Huye, y venciste, dixo un Sabio; porque esperar sus desaforados golpes, y con tan flacas fuerzas pretender resistirlos, y ofenderle, es temeridad, que reprueban los sucessos de miserables caìdas. Huyendo pues, esta desigual batalla algunos varones desengañados, y prudentes donzellas, se han retirado voluntariamente à esta soledad, y viven en estos palacios, y campos amenos; unos en compañia como hermanos; otros en sus pobres casas y cuevas, ocupandose en exercicios de manos, para sustentar la vida, ò en altissima contemplacion de cosas celestiales, ò en provechosa meditacion de virtudes, y de admirables secretos, y manifiestos milagros de Naturaleza, de los quales hacen escala, con que llegan à su Criador. Esto juzgan los del mundo locura, ò encanto: y ellos son los verdaderamente locos, y encantados; pero como son muchos metenlo à voces, que no ay cuerdos oìdos que los puedan esperar. De aqui naciò llamar à esta habitacion, y retiro, el castillo, y desierto encātados: y que el mundo haga grandes asonadas de guerra, levas de gente, almacen de municiones para cōquistar sus muros. Direis, que no por huir, se libran de venir à las manos con sus enemigos estos cobardes valerosos: es verdad: pero no sabeis la diferēcia, que ay de buscar las ocasiones de guerra, ò huir dellas? vivir entre innumerables enemigos, ò retirarse à una fortissima Ciudad? tener de su parte los consejos, las riquezas, las armas, y todo favor de un Rey vecino, el mas poderoso, debaxo de cuya proteccion se defienden, y de cuyos estandartes militan; y sobre todo esto invencible, si bien se ligaran las fuerzas de mil mundos? ò estàr destituìdos de ordinario por mui graves culpas, y traiciones deste importantissimo socorro, deste auxilio eficaz, puesto que tienen el suficiente? Guerra no puede faltar; mas la segunda es paz en comparacion de la primera. Esta es la verdad fundamental del mysterioso encanto, la batalla que aveis visto del Caballero de la nave, los encuentros, y assaltos, que cada dia suceden, y otros, q vereis passan en lo interior de los corazones, y à veces en lo exterior; pero representanse à vuestros ojos corporalmente como en symbolo, y hieroglifico: para que de las apariencias corporales lleguéis al verdadero conocimiento de las

acciones interiores, y engaños desta vida. Los mundanos son los Caballeros andantes, gente quimerista, inquieta, alborotada, fabulosa, y que todo lo reducen mas à golpes, y fuerzas, que à razon; no obstante que ellos bien presumen tenella, y q̃ los que siguen la estrecha senda de la virtud son locos; porque desprecian sus espaciosos caminos llenos de deleites. Mi nombre dize lo que yo represento, Sacridono de Celesiria, un sagrado don venido de los Cielos, que previene, acompaña, y sigue à los q̃ vivẽ virtuosamẽte, como Gigante invencible; si biẽ suelẽ quedar vencidos, no por defecto de mi valor, sino de su libre alvedrio; el Leon significa la fortaleza, q̃ tienen: la dama hermosa, que parece à Palas, dà à entender, que no viven sin guerra; mas que tienen el favor divino de su parte: y la semejante à Diana cazadora, la pureza siempre amiga de soledad. De aqui puedes colegir el mysterio de los palos, que te escandalizaron à sentir mal de mi nobleza. Que pueden medrar essos locos en conquistar doncellas tan desengañadas, sino deshonor? Segun esto los hombres à quien desvanece la vanidad del mundo, son los encãtados, y este el castillo, y parayso de la virtud.

A este tiempo se oyò por todas partes un marcial estruendo de trõpas, y caxas; levantòse sin alteracion Sacridono, y todos con èl. Vieron, que un copioso, y valiente exercito bien ordenado, y lucido daba fiero assalto à la muralla; teniãla cercada, y por las partes que mostraba mayor flaqueza, arrojabã escalas, y entre el ruido, y confusion de voces, salian algunas clamando: Arma, arma; guerra, guerra; otras: Victoria, victoria. Yà sobre muros, y torreones tremolaban algunos soldados los estãdartes, y vanderas del vicio; lo qual indignò tanto à nuestro Auricrino, y à sus valientes compañeros, que pidieron licencia à Sacridono para defenderlos, y cobrar la reputacion, à su parecer en parte perdida. Mas el noble Gigante les fue à la mano, y advirtiò, que convenia muchas veces para el glorioso triumpho de los vencedores permitir batalla cãpales; y si bien èl solo era bastante à impedirlas, y poner en perpetuas cadenas tantos enemigos, como en algunas ocasiones lo hacia; pero en otras se ponia al lado de los acometidos, y provocados, y gustaba verlas jugar las fuertes armas del libre alvedrio; para que pudiessen alegar con mejor titulo sus servicios, y hacerse por sus personas dignos de la merced, que esperaban recibir. Baxaron de la galeria, mandò Sacridono à los demàs que no peleassen; y acudiendo èl cõ increible presteza à todas partes, se encendiò de nuevo el belico furor. Jugò con gran estruendo, y no sin efecto su artilleria el exercito enemigo; contra las doncellas balas de villetes, con bombardas de terceras, balas de promessas, joyas, vestidos, riquezas, honras; y lo que es mas que todo, maridos. Contra los varones desengañados, balas tã-

bien de fama, estimacion; bienes temporales, descanso, y deleites. Al fin cerraronse los esquadrones, y travòse la mas fiera batalla, que viò el mundo; todo era voceria, y confusion: unos lloraban, otros pedian favor. Sacridono se hallaba valerosamente en todo, jugando su diestra la invencible clava; pero à veces en vano por la cobardia de los soldados, que de su voluntad se rendian al continuo combate de sus passiones. Diòles piadosamente socorro la noche, amparandolos con su negra capa de pecadores. Tocaron à recoger, dexando el campo impedido de cuerpos muertos, y quedando en una, y otra parte gran numero de prisioneros.

APOLOGO XXXIIII.

Refierese una notable historia del valor contra fortuna.

Las nocturnas tinieblas, mas que la señal de trompas, y caxas, retiraron al enemigo, rico de los despojos, q̃ acosta de mui luzida gente comprò en el assalto. Luego el valiente General Sacridono de Celesiria, mandò retirar los heridos, que no eran pocos, y con afabilidad los consolaba, y aun èl mismo los curaba, mezclando al regalo blandamente la reprehension; porque en semejantes batallas interiores nunca las heridas se reciben sin culpa propria; al contrario de las guerras visibles. Juntò sus Capitanes, diòles orden en lo q̃ debian hacer; nombrando Compañias de guardia para los muros, y centinelas con todo lo al. Hizo charitativamente hospedar los prisioneros; y eligiendo quatro Caballeros mui principales, captivos por su voluntad, el uno dellos Grande en la Corte del Rey confinante, su nombre Astrimiro; y haciendo llamar tambien al Leon, y sus compañeros, se retirò à una pobre hermita de aquella Selva encantada, cerca de la qual entre alamos, y chopos corria blandamente un humilde arroyuelo, hijo de una cercana fuente. Llamò Sacridono à la puerta, respondiò, y abriòla un venerable varon, habito honesto, aunq̃ secular; rostro grave, afable, y hermoso; barba crecida, y con un libro en las manos. Dixòle Sacridono, como venia à descansar en su compañia del trabajo de la passada batalla con aquellos Principes; porque su trato exemplarmente los moviesse, y confirmasse la libertad de su dulce captiverio. Humilde agradecido Felisardo (este era el nombre del varon solitario) à Sacridono la merced, que le hacia, y satisfaccion, que mostraba tener de su persona. En tanto que estos cumplimientos passaban, acercandose à una luz, y acabandose de persuadir Astrimiro, que no avia error en su conocimiento, abrazãdo à Felisardo le dixo: O ilustrissimo Principe, espejo de Caballeros, rayo de la guerra, iris de la paz, gloria de tu patria, voz de la fama, vencido de la envidia, y vencedor de fortuna; como señor en esta soledad? como en este trage? y como en este

po-

pobreza? Oyendo el buen Felilardo la resunta de sus grandezas, sin alteracion en el semblante, dando alegres muestras con la vista de Astrimiro, rogò à Sacridono diesse à todos licencia para q̃ se sentassen: y aviendolo hecho, comenzò assi:

No es bien que el temor de incurrir afecto de vanidad, y de que las alabanzas en propria voca se envilezcan, ponga silencio al varon fuerte, para que sus obras queden sepultadas en olvido, quando referidas con humildad pueden dàr luz de buen exemplo à las populares tinieblas; y juntamente motivo para glorificar al Gobernador universal, y Padre piadoso, que està en los Cielos mirando de un termino à otro la tierra, y las humanas acciones desde el principio al fin; y disponiendo suavemente las cosas con admirable providencia. Dias ha (ò invicto Sacridono!) me significaste algun deseo, que renovasse el dolor de mi prodigiosa fortuna; si bien de los principales sucessos aveis sido, no solamente testigo, sino gran parte; pues socorrido de vuestras armas, y valor, siendo la victoria de los dos, à mi solo se atribuyò la gloria.

Yo, como es notorio, soi deudo mui cercano del Rey Theodomiro, que al presente rige estos ricos, y populosos Reynos de Dacia. Mi principal inclinacion fuè siempre à las armas; y quando estas me permitian algun descanso, naturalmẽte sossegaba, assi como en su esphera el entendimiento en los estudios de Philosophia moral; que armas, y letras son hermanas, nacidas de un parto de la cabeza de Jupiter (como para enseñar verdades mintieron los Poetas) identificadas en un sugeto, que fue Palas. El popular aplauso me aclamaba (amor fue ciego, pues en mi no descubriò defecto alguno) valeroso, prudente, y afortunado en la guerra; sabiò en el gobierno politico; galan, discreto, cortès, y liberal en toda la Corte: alcanzè, sino merecì libre de contradiccion, la gracia del Rey, y la cõfianza de sus mayores negocios, y secretos; y con esta gracia tambiẽ la de la Infanta Fenicia, cuya hermosura, cuyo trato hicieron tan fiera guerra à mi corazon, cercandole por todas partes, que un solo pensamiento no podia salir sin dàr en sus manos, y quedar esclavo del poderoso, quanto agradable enemigo; al fin tuvo por bien dàrse à partido de matrimonio. Este fuego de amor, que nos abrasaba, dexandonos ciegos, diò luz à todo el Palacio, y al mismo Rey, para vèr los mas ocultos pensamientos por las vidrieras de los ojos. Quãdo yo vine à entender, q̃ el Rey sabia nuestro amor, temi q̃ el suyo se convirtiera en odio; mas el Cielo no permitiò, q̃ este cuidado durasse mucho, porque no retardasse el ligero movimiẽto, con q̃ fortuna en su rueda me ensalzaba al supremo punto de humana felicidad. Luego que el Rey se certificò en la verdad; con grande contentamiento, que se le ofreciesse ocasion, para que su amor

descãsasse, dandome de una vez la mas preciosa joya de su deseo, mãdò que me llamassen à su retrete, y tã bien à la Infanta, y reprehendiendo, como pudiera un amigo mui igual, el cobarde silencio de mis amores, y disculpando à Fenicia los suyos en la acertada eleccion, nos hizo dàr las manos de esposos, con resolucion de efectuar brevemente nuestras bodas, por atajar los forzosos inconvenientes, que avian de ocurrir, y las razones de estado, que en contrario su Reyno avia de alegar; ni yo pude entonces agradecer merced tan grande, ni aora referir las demonstraciones de nuestro humilde agradecimiento; en especial, que por horas iba acrecentando liberalissimamente los favores, y mercedes, para hacerme digno, y capaz de la mayor de todas. Corriò la voz destos tratos, causando los efectos, que despues dirè.

La noche del alegre dia, en que esto avia passado, llegò un correo, con nuevas de no poco cuidado, q̃ el Rey de la Valachia Vencesiao, aviendo hecho liga, y juntado socorro de casi todos los Principes confinantes, y Republicas, à quien solamente la prosperidad de nuestra Monarchia tenia ofendidos, sitiò con sesenta mil infantes, y treinta mil caballos à Crovecia, fuerte, y populosa Ciudad, à la qual pretendia derecho; y que desapercebida para resistir enemigo tan poderoso, con sospecha tambien de algun oculto trato la avia entrado, y puesto guarnicion. Otrosi, que marchaba la tierra adentro talando los cãpos, y saqueando los pueblos. Nuestro Rey Theodomiro, aunque con algun recelo de las grandes levas que su contrario hacia, estaba prevenido de soldados, y dineros, con todo esso no tã à punto; y su principal motivo era dàr en otra parte cõ este exercito. Quisiera el Rey ir en persona à la empressa, y dexòlo de hacer por gravissimas razones de estado, que le dissuadian, y por la satisfaccion, que assi èl como su Reyno avia de mi concebido. En efecto yo me partì otro dia con el honroso baston de General, acompañado de lo mas lucido de la Corte. Despedime de la Infanta con tiernos encarecimientos de amor, que solamente la grande causa de mi partida la pudiera facilitar de modo, que esta ausencia con armas de la muerte, no dividiesse como los cuerpos, tambien las vidas. Saquè de los presidios los soldados viejos, que pude, y saliendo à campaña con un exercito inferior, en tanto que me veniã mayores socorros, solo estaba atento à los designios del enemigo, procurando entretenerle, y divertirle sin llegar à las manos. En este intermedio apretado el Rey de la urgente necessidad, me proveyò mui lucida gente, y municiones, tanto, que si el numero no igualaba al exercito enemigo, en valor por lo menos no me juzgaba inferior. Marchè con buen orden en su demanda, resuelto de presentarle la batalla de poder à poder, y hallèle sobre Zarnovia, una de nuestras

Ciu-

Ciudades, combatiendola furiosamente, con grandes esperanzas de tomarla, y no poca desesperacion en los cercados, hallandose desmantelados los muros casi en manos de sus enemigos. Cobraron nuevo esfuerzo, y valor, viendo el importante socorro; y por la misma causa el contrario les diò lugar de reparar los daños, por los que se le podian seguir. Dispuso de otro modo el alojamiento de su campo, determinando proseguir el cerco, y aun darme juntamente la batalla con extraordinaria soberbia, confianza, y desprecio de nosotros. Yo, fortificados los Reales, en sitio acomodado, comencè à consultar el modo de socorrer aquella plaza.

Vna noche aviendo visitado los quarteles del exercito, y trincheras, me recogi à mi tienda, y sentandome en una silla solo, desvelado, y cuidadoso entre quatro, o seis libros, que sobre un bafete tenia, y en cuya leccion ocupaba algunos breves ratos, que los estruendos militares me permitian, estaba aquel ilustre Philosopho moral, gran Maestro de la humana vida, Seneca Español, y amigo el primero que yo consultaba en mis acciones, despues de la Sagrada Escritura, y Santos Padres. Abrile, y el titulo primero que à los ojos se ofreciò, fue *de Divina providentia*, à su amigo Lucilo; en el qual libro, aunq̃ breve, suponiendo cierta la providencia de Dios en el gobierno desta maquina admirable del mundo, responde cõ eficazes razones, y sentencias à las dificultades, y quexas, que Lucilo mostraba tener acerca deste punto. Dificulta, pues, porque Dios permite à los buenos tantos trabajos, pobrezas, deshonras, calamidades, tormentos, y muertes. Y assienta por verdad, que entre los buenos varones, y Dios, no solo interviene amistad, mediando la virtud como vinculo, sino tambien semejanza mui propinqua, y cuidado de padre con sus hijos, à los quales, porque los ama, enseña, disciplina, y castiga. La virtud es habito, y adquierese con actos; estos son contra el vicio, y por consiguiente contra los deleites del apetito. Què mucho sean asperos, desabridos, y trabajosos? De aqui es, que se marchita la virtud sin contrario: y à la felicidad no exercitada es insufrible qualquier golpe; mas aviẽdose visto en campaña muchas veces con las descomodidades, y trabajos, las continuas injurias la hacen callos; y si cae, pelea de rodillas; por ello miran los Dioses à los grandes varones, quando luchan con alguna calamidad, como nos suele ser agradable vèr al mancebo de animo cõstante recibir con el venablo la fiera, que le acomete, ò esperar sin miedo al bravo Leon: y tanto este espectaculo nos es mas agradable, quanto con mas valor espera, acomete, pelea, y vence. O que espectaculo para Dios tan entretenido vèr al varon fuerte pelear con la adversa fortuna! No ay en la tierra otro igual, que pueda convertir à si los Divinos ojos, como mirar à Caton,

que postrados entierra sus parientes, Ciudadanos, amigos, criados, y hazienda, persevera en pie, resistiendo sus golpes, y à veces acometiendo, quando assi convenia. Estos exercicios perfeccionan la virtud, y la hacen digna de immortal corona; y assi no ay porque tener lastima del varon bueno, al qual bien le podràn llamar miserable, y desdichado; pero no lo podrà ser. Esta es la substancia resumida de aquel tratado de Seneca, hasta llegar à estas palabras: *Inter multa magnifica Demetrij nostri, & hæc vox est, &c.* Y dexando el Latin las referirè formalmente, porque dellas pende la inteligencia, y progresso de mi historia.

Entre muchas cosas grandes, y de sabia doctrina, que dixo nuestro amigo Demetrio, es una esta voz, que aun aora suena en mis oìdos: Ninguno me parece mas desdichado que aquel à quien nunca sucediò alguna cosa contraria, porque no le fue concedido hacer experiencia de si mismo, aviendole sucedido todo como lo deseaba, y aũ sin desearlo. Deste tal no sintieron bien los Dioses; pareciòles indigno, que la fortuna fuesse dèl alguna vez vencida, la qual huye dèl hombre, que es cobarde, y para poco: como si dixera: Para que tengo de elegir este por contrario, que luego me rendirà las armas? No es menester usar de todo mi poder; con una ligera amenaza le harè, que vuelva las espaldas; pues aun no tiene animo para sufrir mi vista; otro buscarèmos, con quien podàmos medir las armas; que es verguenza entrar en batalla con un hombre, que solo està dispuesto à ser vencido. Tienen los gladiatores por afrenta jugar con los que carecen de arte, y se persuaden, que vencen sin gloria al que vencẽ sin peligro. Esto mismo haze fortuna, que busca los mui fuertes, como en efecto sus iguales, y dexa los flacos enfadada de vèr su cobardia. Acomete al mas constante, al mas justo, y valeroso, contra el qual hace reseña de sus armas, y poder. Experimenta el fuego en Mucio, la pobreza en Fabricio, el destierro en Rutilio, los tormentos en Regulo, el veneno en Socrates, la muerte en Caton: porque grande exemplo que imitar, no le halla sino la mala fortuna.

Aqui llegaba con mi leccion, y la fuerza destas sentencias me detuvo de modo, que no pude passar adelante, y solamente el discurso del entendimiento se dilatò en ellas, inclinando la voluntad à mil distintos afectos. Volvia los ojos à mi mismo, desde el punto en que estaba, hasta el primero en que tuve uso de razon, hallabame en todo tan dichoso, que jamàs me vi obligado à desnudar el acero de la constancia para resistir, ni acometer alguna adversidad. Todo me avia sucedido como deseaba, y muchos bienes antes de desearlos. Segun esto (decia yo) commigo habla Seneca: por flaco, vil, y cobarde me desprecia fortuna. Pero no soi yo el q̃ ha ganado con ilustres merecimientos en guerra, y paz, nombre de valeroso,

y prudente? No he procurado señalarme siempre en todas las operaciones de virtudes morales cō loable emulacion? Este oro de virtudes no esmaltò en mi Naturaleza con dones, y gracias de gala, hermosura, y gentileza? Y yo de mi parte no las he ilustrado con el primor de las Artes liberales? Pues que me falta? Que este oro de virtud se pruebe en el crysol de la adversidad. Que estos diamantes, y piedras de dones se labren cō la porfia, y fuerza de buriles, y sangre. Porque en rigor puedo engañarme, y esto que parece oro ser alquimia; y esto que parece diamante, ser vidrio, q̄ se quiebre al primer golpe. Biē; mas la virtud obligame buscar los trabajos, y calamidades? No, disponerme, y velar siempre, apercebido para recibirlas, y vencerlas; esso si. Ea, pues, fortuna mudable, mira como hablas; y advierte, que si por cobarde me dexas, y no dices, que no quieres venir cōmigo à las manos, mientes una, y mil veces; pero si me tienes olvidado, ò lo que juzgo mas cierto, envidiosa, no quieres que acosta tuya mi virtud se adelante, vivirè consolado, con aver hecho de mi parte lo que debo, esperando con las armas en la mano las calamidades, que buscarlas serà perder el nombre de virtuoso, y ganarle de cobrarde, ò temerario.

Desta manera conmigo vacilaba, considerando yà las temerosas fuerzas de Fortuna, yà las flacas de Naturaleza, yà las fuertes de Virtud; quando el sueño corriò el velo à los sentidos, atajò los discursos al entendimiento, y confundiò en sombras la imaginacion. Luego se me representò Fortuna tan al vivo, como si despierto la viera; y sus especies tan firmemente quedaron impressas en mi memoria, que jamàs podrà borrarlas el olvido. Sonaron trompas, y caxas, à cuyo son marchaba un copioso esquadron de soldados, que la precedian; y sus armas eran, sin las ordinarias de espadas, picas, y arcabuzes, las siguientes; cuchillo, cordeles, azotes, eculeos, deshonras, agravios, afrentas, falsos testimonios, envidias, murmuraciones, horcas, cruzes, agua, fuego, pobrezas, destierros, amores, zelos, enemistades, tyranias, descortesias, juegos, guerras, ambiciones, pestilencias, enfermedades, y muertes. Seguiase un grande numero de prissioneros vencidos con estas armas, aherrojados en argollas, y cadenas de miserable servidumbre. Venia en medio la inconstante, y sobervia Fortuna, à quien unas alas levantan de la tierra. El rostro tan variable en los semblantes, que apenas la vista se podia determinadamente afirmar en alguno. En la cabeza una Corona, en la siniestra un ceptro, y cō la diestra movia velozmente una rueda, cuyo diametro casi igualaba al del horizonte; y en sus rayos muchas personas de todos estados, unas ensalzandose alegres, otras despeñandose tristes. Sin interrumpir su movimiēto, puesta delāte de mi, escōdiendo los demàs semblantes, y perseverando,

do en el furioso, me hablò desta manera: Hombrecillo temerario, que mas de ignorancia, que malicia, por lo qual eres digno de alguna lastima, te has atrevido à mi Deidad, venerada, quanto temida de los mas altivos corazones de Cesares, y Alexandros; viven los mas altos Cielos, seguros solamente de mi poder, no de mi mudãza; y vive mi grandeza, que si entendiera no perder reputacion, midiendo contigo mis armas, y que los nobles prisioneros de mis victorias tambien la perdierã, sujetando tu cuello en sus honrosas cadenas de esclavitud, oy te hiciera conocer mis fuerzas, y tus engaños. Movierasme à misericordia, si reconocieras tu atrevimiento con la disculpa de no averme conocido; mas provocame à implacable indignacion, que ayas con desverguenza esperado mi rostro furibundo; pero como serà indigna accion de mi valor salir contigo à campaña, tambien serà culpable mi justicia en dexarte sin castigo. Dixo; y acometiẽdome cõ soberbio furor me asiò de un brazo, y como ligera pelota me arrojò por los vientos, y recibiò en su rueda; en la qual me favoreci, abrazandome à ella, y subiendo juntamente cõ impetu arrebatado. Yo que no tuve lugar de respõderla en tanto peligro, volviendo los ojos à la razon, y luego al Cielo, para que no me sacasse de mi aquel terrible encuentro, yà que me sacaba de mi passo, y estado natural, con voz animosa dixe: Cielos piadosos, dadme favor, que sin èl es impossible vencer, ni aun resistir tan fiero, y desigual enemigo! No me olvidè de las armas materiales, empuñè la espada à tiempo que todos los instrumentos belicos de los Reales se hacian pedazos tocando arma.

Entraron los Capitanes del exercito à mi tienda, y viendome dormido en la silla, y que cõ inquietos movimientos turbadamente pretẽdia desnudar el azero, pronunciando entre sueños estas palabras: *Ha cruel Fortuna! mi valor serà clavo de tu rueda,* atribuyendolo à los marciales cuidados, que me desvelaban, me despertaron. Y hallandome con la espada desnuda en medio de los estruendos, que tocaban à rebato, à vista de mis amigos, que me pedian consejo, y servian las armas, quedè confuso, y cuidadoso. Reportème dissimulando el prodigioso sueño, y preguntè: quien ocasionaba arma tã furiosa? Respondieronme, que el Rey Venceslao avia salido con todo su exercito de los Reales, y acometido los nuestros, presentandonos la batalla de poder à poder, y que se peleaba yà en las trincheras. Confiesso, que algun tanto me turbò esta inopinada novedad, en ocasion que tan amenazado me tenia Fortuna, y que avia comenzado à executar las amenazas, arrojandome en su incostante rueda. Mas recogiendome interiormente, reprehendi valeroso este primer movimiento, y llamando à consejo cõsultè con brevedad el caso. Los votos se dividieron igualmẽte en dos partes; unos decian ser lo mas conve-

veniente defenderse sin salir à campaña; otros ser mas acertado salir de las trincheras, y no esperar encerrados à la Fortuna, sino buscarla animosos en el trance de una batalla. Yo quando oì nombrar Fortuna, como si ya en campo me esperarà, me revestì un generoso furor; y siguiendo este ultimo parecer, me resolvì de salir à campaña, y recibir al enemigo con todo el exercito. Assi lo hice, y ordenados los esquadrones se travò la mas dudosa, y sangrienta batalla, que se viò en aquellos tiempos. Quatro horas estuvo en peso sin declararse la victoria; y tan valerosamente cargaron luego los enemigos, que algunas de mis Compañias comenzaron à perder tierra, y aun à volver las espaldas, ocasion de aclamar victoria los contrarios. No me hacia menos cruel guerra interiormente el sueño, y yà me parecia, que comenzaba su venganza la Fortuna.

Mas, ò juizios de hombres inciertos! ò providencia Divina! que diferentes son vuestros caminos! Yo desechando aquellas vanas ilusiones, y no haciendo, ni dexando de hacer accion, ò por impulso que el sueño huviesse puesto à mi valor, ò por recelo de sus amenazas, acudì prestamente con socorro à las partes mas flacas; detuve los fugitivos, reprehendì con ruegos su cobardia; y con un tercio descansado acometì al cuerpo de la batalla del enemigo, adonde venia el Rey, disponiendo en todo como valiente Capitan. Rompì sus esquadrones, y travando una fiera escaramuza con los soldados de su guardia, expertos, y lucidos; aviendose vertido mucha sangre de una, y otra parte, vino à quedar el Rey solo, defendiendose valerosamente de mi esquadron, que le tenia cercado. A todos mandè que se apartassen, y dixele se diesse à prission, si queria salvar la vida; hizolo, quando por todo mi exercito se aclamaba victoria, y aviendo seguido una legua el alcanze, hice tocar à recoger. Otro dia me puse sobre la Ciudad perdida, que luego se rindiò con otros castillos; y dado orden en todo lo necessario para conservar aquella plaza, y sitiar otra mas fuerte, me partì à la Corte, llevando en mi compañia al Rey, y muchos prisioneros de los mas nobles.

Mandò Theodomiro, informado de mi victoria, y venida, prevenir un grandioso recibimiento, si bien yo lo rehusè quanto pudè; mas èl atendia con tantas honras hacerme menos indigno de su hermana. Las calles estaban colgadas ricamente, y à trechos fabricados mui costosos arcos. Entrè por la Ciudad con tanta pompa, y magestad, q̃ sin duda igualò à los famosos triumphos de Roma. Precedian algunas Cōpañias de Caballos al son de marciales trompas; yo iba en un carro triumphal cubierto de laminas de plata; tirabanle seis caballos Andaluzes; en uno el Rey vencido à mi lado, y los demàs prisioneros segū su calidad, seguiāse los soldados, y pueblo. La aclamacion fue grāde, y en

y en tanta grandeza, me parecia q̃ solamente iba triumphando de Fortuna. Llegué à Palacio, cuyos balcones (si es licito hablar à uso del siglo) fueron los del Oriente, pues en ellos vi el Sol de Fenicia. Subi à besar la mano al Rey, el qual me recibiò en sus brazos, y sin vèr à Venceslao, le mandò hospedar como à Rey, pero captivo. Referile el sucesso de las cosas passadas, y el estado de las presentes: y en satisfaccion de mis servicios, y voluntad, dixo, que estaba resuelto de concluir luego mi casamiento, y aprovecharse del aplauso popular, para ocurrir al peligro de la envidia. Visitè à la Infanta, recibiòme como esposa, y como amante; y aviendo hablado un breve espacio à solas, y assegurado de una, y otra parte con promessas, y juramẽtos la firmeza en nuestras voluntades: porque la fuerza de el deseo, y del amor inquietaba con recelosos temores à la esperanza, me despedì obligado de urgentes despachos, que me llamaban, y me recogì à mi quarto. Este fuè el dia en que Fortuna me levantò al punto mas alto, sino de su rueda, alomenos (hablando à lo humano) de mi ventura; digo de la que gocè, no de la que podia alcanzar. Este fuè el puesto eminente, en que le pareciò à la mudable Diosa, que estaba mas descubierto, y sin defensa à sus golpes, porque si un poco se descuidara, y se efectuara mi desposorio con la Infanta, hiciera tan alta possession immobil su rueda; y la envidia, que tomò por instrumento, mirandome tan desigual, y aun cercano à la Corona, que solamente la vida del Principe mediaba, se convirtiera en reverencia. Aora iba secretamente minando el alcazar de mi poder, hasta que viendome descuidado, puso fuego à la mina; rebentò con tal estruendo, y violencia, que rompiendo los muros altos de mi privanza, me volò à esta pobre hermita sano, y vencedor.

El modo de efectuarse este increible fracaso, fue el siguiente. Otro dia despues de mi triumpho, llegò un Embaxador del Principe Ricardo de Dania, el qual pedia por esposa à la Infanta. Quiso el Rey despacharle primero, dissimulando su intento lo mejor que pudo, y satisfaciendo al Reyno, que con muchas razones, à la verdad eficaces, justificaba el fin de la embaxada. Esto dilatò nuestro desposorio, y diò lugar al tiẽpo que hiciera de las suyas, y à la ocasion que se burlasse de mi, como si la huviera culpablemente perdido por no echar mano de sus cabellos. O dilacion poderosa, quantos bienes impides, y quantos males remedias! En este mismo tiempo vinieron nuevas al Rey, que Belonisa hermana de Venceslao, donzella de varonil corazon, recogiendo las reliquias del exercito destrozado, y convocados grandes socorros estaba en campaña, y que avia cobrado algunas de las plazas perdidas, y sitiado la mas fuerte, y de importancia. Dieron cuidado al Rey estas novedades, mandòme partir luego con el mismo cargo, y

à

à grandes jornadas llegué à la plaza de armas, adonde se hizo la massa del exercito passado, y adonde casi todo estaba en pie. Convoquè nuevas gentes, y sali à campaña en demanda de la hermosa, quanto valiente Belonisa. Di vista à su vanguardia, que tambien marchaba, con animo de presentarme la batalla. Mandè hacer alto, y juntando consejo, casi todos fueron de parecer, que se escusasse la batalla, proponiendo razones frivolas, que si bien entonces me hicieron reparar, despues conoci la malicia, que traìã encubierta. Yo con eficaces, y evidentes razones probaba, que convenia venir à las manos. Ellos por una parte resistian tibiamente, y por otra se conformaban de bonissima voluntad à mi parecer, no en las palabras, tanto como en la obediencia; punto en que consistia el buen sucesso de su artificiosa trama. Yo, que lo deseaba, por desembarazarme de aquel impedimento, y volver à los ojos de mi amada Fenicia; ordènadas las haces, y marchando con buen orden, cerraron con los enemigos, los quales nos recibieron valerosamente. Con mi esquadron acometi al cuerpo de batalla, en el qual venia la Infanta General, y rompiendole, y executando mil muertes, oì aclamar con grande regozijo victoria. Volvi los ojos por todas partes, y vi los esquadrones de mi vanguardia, y retaguardia rotos, y puestos en huida. Los soldados de mi tercio se avian tambien retirado, y que el enemigo seguìa el alcance, y saqueaba los Reales.

Hallème solo con cien valèrosos soldados, cercado de un exercito innumerable. Quedè como fuera de mi atonito de aquel golpe no esperado de Fortuna, contra toda razon, y buena disciplina militar. Con evidencia conoci alguna traicion, no por esso rendido à la enemiga Fortuna. Apiñandome con mis cien soldados; vendidos somos (les dixe) amigos; mas tened por cierto, que si traidores nos han quitado la victoria de las manos, no alomenos la gloria, y fama, que cõ nuestra muerte alcanzarèmos. Dicho esto, siguiendome todos con un mismo valor, rompi de nuevo un cerrado esquadron, y lleguè cerca de la bella, y valerosa Belonisa; que en un hermoso carro, armada infundiò, como segunda Belona, espiritu, y esfuerzo à los suyos. Cercabanla los mas expertos, y animosos soldados de su exercito, y conociendome, assi en las armas, como en el furor, con que me defendia, abriendo camino à costa de tãtas vidas si bien la mia estaba en el ultimo riesgo por el cansancio de pelear, mandò q̃ ninguno me ofendiesse, ni à los que commigo venian, los mas dellos heridos; y acercandose la espada desnuda, me dixo: Defendeos valiente Felisardo, que sin daros muerte por mis manos, no puede ser cũplida mi victoria, ni enteramẽte restaurada la reputacion, que este Reyno ha perdido. Yo à quiẽ tanta gracia, brio, y hermosura aviã, sino quitado

las

las fuerzas, alomenos templado la ira, arrojando la espada à sus pies, respondi: Ni pretendo victoria, de que me puede resultar grave nota de infamia: ni vos, señora, hallareis defensa en mi contra la muerte, que deseais; y por lo menos esta gloria de vencerme aviendome yo resistido faltarà al triumpho de vuestra fama. Ni el Cielo permita (replicò afable Belonisa) que quien gobernando un exercito, y luego solo con las armas en la mano, reconociò à su pesar mi valor, y levantò à las estrellas la gloria deste claro dia, con las tinieblas de su muerte, rendido la obscurezca. Mandò volverme la espada, y q̃ la diesse palabra de guardar fielmente prision, cō los soldados, que me acompañaban. Yo se la di, y quise assegurar con juramento, lo qual ella no permitiò. Hizòme hospedar magnificamente en sus Reales, no como à prisionero, sino igual en libertad, y grandeza; y ella con su exercito prosiguiò la victoria, y en pocos dias cobrò las Ciudades perdidas, ganò algunas de nuevo; y sitiando una plaza mui fuerte, se retirò à otra, desde la qual daba orden con increible prudencia en todas las cosas. Mandòme llamar à su Corte, adonde con grandes muestras de satisfaccion, y aū de voluntad me fiaba la cōsulta, y despacho de gravissimos negocios. Yo escribi luego al Rey Theodomiro, y à la Infanta Fenicia, dandolos cuenta de mi fortuna, y disculpando tan grande perdida con la verdad; no recibi respuesta destas cartas. La Infanta Belonisa tambien se recataba en darme noticia de los tratos, que por correos, y Embaxadores intervinian, no permitiendo, que los hablasse, ni viesse.

Gran suspension era esta, y motivo para grandes temores. Passados algunos dias vino à buscarme un criado con todo secreto, rezelando el peligro, à que se ponia, y me diò parte de algunas cosas, que publicamente se decian, y otras que èl avia alcanzado, aunque ocultas. Dixòme, que la mayor parte de los Grandes del Reyno, y los principales del exercito estaban conjurados contra mi, no tanto por la gracia, que avia alcanzado con el Rey, como por los temores de vèr en mi cabeza la Corona, y que se avian juramentado de procurar mi caìda, ò dàrme muerte, antes que se efectuassen las bodas con la Infanta; y que en orden à esto en la batalla passada, dexandome en manos de mis enemigos, se retiraron con tan grande perdida de gente, y reputacion; y se disculparon con el Rey, persuadiendole, que contra el parecer de todo el Consejo de Guerra di la batalla, ocasion de perder la victoria, y con ella las plazas, que primero se avian ganado, y otras del Real patrimonio, exponiendo al mismo peligro todo el Reyno. Que lo mas conveniente era casar à Fenicia con Venceslao Principe su igual en bienes naturales, y de fortuna, y que Theodomiro casasse con Belonisa; y sobre tan firmes fundamentos se erigiesse el templo de la

paz,

paz, que seria eterno; à cuyas aras, uno, y otro Reyno sacrificarian, no solo las haciendas, en vez de aromas, sino en fuego de amor los corazones. Esto pedian todos generalmente, y en esto conformaban los Consejos en especial el de Estado, reduciendolo à razon, y conciencia. Vltimamente, que el infeliz sucesso desta jornada avia entibiado la voluntad al Rey, y obscurecido la memoria, tanto que me culpaba publicamente, y estaba del mismo parecer que su Reyno. Y lo que mas es, la Infanta daba de buena gana oìdos à estos tratos. En tanto que esto me contaba el criado, yo me hacia presente el sueño, y desafio de Fortuna; consideraba, que sin duda fue piadoso aviso del Cielo, para que no me cogiesse de improviso golpe tan terrible. Estas nuevas causaron en mi no pequeño sentimiento, mezclado con un generoso gozo de verme en campaña cuerpo à cuerpo con la Fortuna. Dissimulè valerosamente; que la verdadera constancia no excluye el sentimiẽto, sino las excessivas muestras dèl. Consultè conmigo algunos medios honestos para volver por mi honra: pero los passos estaban tomados, y las puertas cerradas. Esperè, que llegasse la noche, y pedi licencia para hablar à la Infanta Belonisa; diòmela, y recibiòme con extraordinaria afabilidad, singulares favores, y mercedes. Hizome sentar, y despues de algunas platicas universales, quexème de su rigor; pues siendo sabidora de todo lo que passaba en la Corte de mi Rey, y ella no pequeña parte en el caso, se guardaba de mi, encubriendo los tratos; cuyo efecto, aunque por lo que tocaba à los casamientos, ni era puesto en razon impedirle, ni dexar de aprobarle, alomenos por mi honra, que estaba en opinion, huviera sido accion digna de su pecho darme noticia, y lugar para volver por ella, y satisfacer al mundo, que cumpli las obligaciones de un fiel, y valeroso Capitan. A esto respondiò (mandandome primero acercar la silla à su almohada, y convirtiendo las blancas azuzenas de su rostro en encendidos claveles) que todo lo que me avian referido era verdad, y que la avia encubierto por interès proprio, y bien mio. Pues impedir el matrimonio de Fenicia con su hermano Venceslao, me seria ya impossible: pero dexar ella de casarse cõ Theodomiro, seria cierto, si yo la admitia por esposa, que el Reyno de la Moldavia le dexò en dote su padre, de quien yo avia intitularme Rey. La turbacion que à este tiempo le sobrevino me obligò ocurrir con humilde agradecimiẽto, arrojandome à sus pies, y atreviendome à besarle la mano. Viendome, pues, poco favorecido del Rey, y tan dudosa gracia, como contingente mi caida à un miserable estado; hallandome desfavorecido, y aun olvidado de Fenicia en ageno poder, y mejor empleo, respondi: Que como su prudẽcia, y amor dispussiesse las cosas de modo, que el Rey Theodomiro no

pu-

pudiesse formar quexas de mi lealtad, viendome en la possession, y frustradas sus esperanzas: en lo demas dispusiesse de mi como de un esclavo.

Parece, que por este camino yo me iba mejorando de sitio contra Fortuna; pero como no solo es fuerte, sino mudable, astuta, y engañosa, todos fueron ardides para vencerme. Envio Theodomiro un Embaxador à Belonisa, pidiendo resolucion en este casamiento; escribiala tambien su hermano, que ya lo tenia assi efectuado, seguro de la cõformidad, que entre los dos avia: principalmente, que el Cielo la ofrecia esposo de las partes mas aventajadas, que à la sazon se hallaba en el mundo. A esta confianza, y à la que Theodomiro mostraba tener, respondiò tibiamente, escusandose con razones poco eficaces; yà dando à entender que deseaba consagrarse à Dios en una clausura; yà desmintiendo este pensamiento, y dando sospechas de otro empleo. Quedaron confusos los dos Reyes desta respuesta, y viendo la ocasion en las manos mis enemigos, q̃ siempre velaban desojandose, porque parte me descubria para hacer su tiro, dexaron caer una hablilla por Palacio, y aun se lo dixeron claramente à Theodomiro, que amores de Belonisa me tenian captivo, no grillos, y cadenas; y que yo era la remora deste navio de la paz, que con tanta bonanza viento en popa navegaba al puerto deseado. Probabanlo con los favores, que me hacia la Infanta, y la mano que me daba en los negocios, tanto que yo gobernaba el Reyno. Estas razones eran mui probables, y assi los Reyes, y Fenicia se dexaron persuadir. Declararon su indignacion contra mi, y hallando inculpable à Venceslao, y deseoso de la paz, se efectuò su matrimonio con la Infanta; y dentro de pocos dias, consultando en lo demàs lo que se debia hacer, se partiò (dexando à Fenicia con el hermano) para su Reyno.

Entretanto à Belonisa sucediò una calentura tan maliciosa, que en breve tiempo desesperaron los Medicos su salud, y yo desesperè la mia. En este aprieto llegò su hermano, y la colera que traia se resolviò en lagrimas, porque la amaba tiernamente. El grande amor, que en esta enfermedad me significò, se puede conocer de la ultima fineza, que despues resultò en daño mio. Vna hora antes q̃ espirasse pidiò encarecidamente al Rey su hermano la cõcediesse una merced, que seria la mayor que podia recibir, por ser su mayor consuelo; y aviendole dado su palabra Venceslao de concedersela, le pidiò licencia de desposarse commigo. Detuvose un poco el Rey, considerando lo que debia hacer, y por no desconsolarla en ocasion tan apretada, que era imposible vivir; pareciendole tambien, que quando el Cielo milagrosamẽte la diesse vida, el vinculo de un desposorio por palabras de futuro era facil de dissolver, mostrando gusto exterior, que un Caballero

de

de tales partes, que mereciò la gracia de Theodomiro, y que le prometiesse à su hermana Fenicia; tambien era digno de su amor, y assi con licencia nos dimos las manos de esposos, sucediendo, en vez de publicas alegrias, dolorosas lagrimas de los presentes; en vez de nupciales teas, funebres ardores. Finalmente, Belonisa diò el alma à su Criador, y su hermano las ultimas demonstraciones de amor, celebrando las exequias con toda pompa, y magestad. Esto assi concluso, con no pequeño despego, y sequedad; si bien largo en cortesias, y honras, me mandò partir à la Corte de Theodomiro, advirtiendome que assi convenia para satisfacer à los cargos, que me hacian, y por quien el Rey se daba por mal servido de mi. Agradecile esta licencia, y puseme luego en camino à largas jornadas, aunque antes llegò la fama de lo que avia passado en la muerte de la Infanta Belonisa, y como se avia desposado conmigo; accion que verificò las sospechas que el Rey tenia de mi poca lealtad: y los zelos de Fenicia convirtiò en aborrecimiento, y venganza.

Luego que lleguè, fui à Palacio vestido de luto, como era razon, yo y mis criados; pedì licencia para entrar à besar la mano al Rey; no me la diò: los de la Camara, ò no me hablaban, ò no me daban la bienvenida, con tanto ceño, severidad, y desprecio, como si gravissimamente los huviera ofendido; pareciòme que lo mismo hallaria en Fenicia. Lleguè à su antecamara, y sabiendo que estaba sola entrè contra la voluntad suya, y de las guardas. Recibiòme alterada, y colerica; pusème de rodillas, suplicandola humilde se sirviesse dàrme oìdos. A lo qual me respondiò levantandose del estrado, y tirandose àcia la puerta de otro aposento: Primero (ò traidor! perjuro, cruel, y falso) tendràs oìdos para escucharte tu difunta Belonisa, que los halles en mi. Yà señora (dixe) que por mis desdichas no los merezco, y menos que me miren tus piadosos ojos, ruegote que los passes por esse memorial, no como de Felisardo, sino como de un pobre, que perdiò sin culpa tan rico thesoro. Diciendo esto, la quise dàr una carta, y cayò à sus pies; en la qual referia la verdad de quanto me avia sucedido desde que salì de la Corte. Baxòse por ella Fenicia, como una Leona a la pressa, y haciendola pedazos, respondiò, dexandome solo, que hiciera lo mismo de su dueño. Estos fieros golpes, como dados de la cruel Fortuna, la qual siempre tuve presente, desde el sueño passado, recibia yo en el bien templado escudo de la constancia. Despues que estoi en este lugar, he sabido que Fenicia recogiò los pedazos del papel, y juntos leyò lo que en èl venia escripto, y borrò con lagrimas copiosas, que derramò de sus ojos, causando en ella los efectos, que despues dirè. Salì de la sala, y dì en manos del Capitan de la Guardia, y su compañia, que me requi-

riò con una cedula Real me diesse à prisión. Obedecì, y llevòme à una torre de Palacio, adonde poniendome grillos, y cadena, me dexaron encerrado con guardas por defuera. La comida era poca, el tratamiento aspero, los desprecios muchos, el descargo no admitido, la comunicacion cõ deudos, y amigos, ninguna.

Este rigor iba creciẽdo cada dia, y yo esforzando el corazon con algunas sentencias del mismo Philosopho, cuya leccion ocasionò el sueño, y con los exemplos de verdadera constancia, que refiere. Acordabame de Mucio Scevola, y preguntabame à mi mismo: Por ventura fuè desdichado, porque dexò quemar la diestra en el fuego de los enemigos; castigando su error con tormento tan penoso? Si abrasada, mejor que cubierta de azero, obligò al Rey Porsena levantar el cerco de Roma; seria mas dichoso ocultando la regalada mano en el seno de su amiga? Fue Fabricio infeliz, oprimiendo felizmente à Pirro Rey de los Epirotas, à los Samnites, y à las riquezas? Y porque despues de aver triumphado con tanta gloria, en vez del baston de General, empuñaba la azada, cabando sus pobres campos, y cenãdo al fuego aquellas yerbas, y raices, q̃ èl avia por su mano plantado, y arrancado de la tierra? Fuè infeliz, porq̃ à sus hijas, criadas en virtud, y pobreza, casò el Senado con dote del dinero publico? Seria por ventura mas dichoso, si sus riquezas huvieran buscado maridos? Si para su mesa pagàran tributo de pezes los mares remotos? De aves exquisitas los vientos? De animales terrestres los bosques; muertos con muertes de cazadores, y gastos de cetreria, y monteria? Y de frutas las arboledas, y jardines? Fue Rutilo desdichado, porque con mas igualdad de animo padeciò el destierro, que la libertad de volver à Roma? Y no solamente no admitiò esta gracia, sino que huyò mas lexos, aviendose opuesto èl solo à las tyranicas opresiones del Dictador Lucio Sila? Seria mas bienavẽturado, si viesse en su patria correr por las plazas arroyos de sangre de los Senadores, Caballeros, y Ciudadanos, hombres de virtud? Y quadrillas de fieros homicidas, à quien premiaba el tyrano estos crueles insultos? Y seria mas dichoso el mismo Sila, complaciendose en la vista de sangre derramada, y cuerpos muertos? Quien dirà, que la Fortuna ofendiò à Regulo, porque despues de tantas victorias, y triumphos, vencido mas que por armas, por los engaños de Xantippo, y entregado à los Cartagineses, fuè enviado Embaxador à Roma debaxo de juramento, que volveria à la prision, sino negociaba con el Senado el trueco de los captivos; y èl mismo fuè de parecer, que no se hiciesse aquel trueco tan perjudicial à la Republica; y volviendo, por cumplir su palabra, y juramẽto à Cartago, fue puesto desnudo en una cama de madera por todas partes armada de agudos clavos, y cortados los parpados de los ojos, conde-

denado à perpetua vigilia en terribles tormentos, que le acabaron la vida? Seria mas dichoso Mecenas, à quien cuidados de su muger deshonesta le quitaban el sueño, y à infundirsele no era poderosa la dulce musica de voces, y de instrumentos, que desde lexos blandamente regalaban los oìdos? ni los vinos aromaticos, ni las aguas de las claras fuentecillas, despeñandose entre peñas, y regando flores; ni la variedad de deleites, con que pretendia engañar su ansioso pensamiento? Tampoco dormia este en los colchones de pluma como el otro en los tormentos; aquel padecia por causa honesta, y en ella tenia consuelo; este carecia dèl, porque continuamente se le quitaba la causa torpe de su desvelo. Pues quien seria tan vil, que no eligiesse la fortuna de Regulo, y despreciasse la de Mecenas? Quien tendrà por infeliz à Socrates, porque bebiò el vaso de cicuta, que le diò muerte, como si fuera medicamento para conseguir immortalidad? Son por ventura mas dichosos los que en vasos de oro beben preciosos vinos, vencido su accidental calor de la nieve?

Finalmente, en opinion de todos los buenos, Caton fue el dichoso, al qual eligiò Naturaleza por soldado valeroso, que hiciesse campo con la Fortuna, y la venciesse, puesto que le acometiò con las armas, que son mas crueles, y espantosas en el mundo. Si las enemistades contra poderosos son de temer, Caton se opuso juntamente à Pompeyo, à Cesar, y Craso. Pesada cosa es, que se nos antepongan los malos. A Caton fue antepuesto Vatinio, hombre malissimo. Son terribles las guerras civiles. Milite Caton en todo el Orbe de la tierra, por causa justa, y honesta. Horrible cosa es darse hombre la muerte; muera Caton por sus mismas manos. Y que se colige de todo esto? Que no son desdichas, ni males quantos hemos dicho; pues permitiò el Cielo, que los padeciessen varones tan virtuosos; y Caton, hombre tan bueno. Si quisieramos baptizar estas historias profanas, quantos exemplos, mas dignos de admiracion, assi en virtudes, como en trabajos, se me ofrecen de las Divinas letras? Voi aora con la doctrina de Seneca, por ser el Autor, que me apadrinò en el campo, que hize contra Fortuna. Suponiendo, que el verdadero valor, para salir con victoria en esta cruel batalla, le alcancè por el socorro invencible, que me enviò el Autor de la vida, Redemptor del mundo, el qual muriendo en una Cruz, venciò a la muerte, y nos diò la vida, padeciendo èl solo mayores trabajos, persecuciones, dolores, y desprecios, que todos los que he referido. Y mas que estos Gentiles, me movieron los Santos, que tan bien supieron imitar à su Divino Maestro. Vn Pablo, un Esteban, un Laurencio, un Sebastian, y Hermenegildo, con sus admirables consejos, y exemplos; los quales reverenciaba, y obedecia; si bien en los deste Philosopho, sin luz de Fè, quedaba con-

confuso, y avergonzado. Menospreciad (dice) la pobreza, pues ninguno vive tan pobre como naciò. Despreciad el dolor, porq̄ se acabarà, ò èl os acabarà. Despreciad la Fortuna; pues no tiene armas con que pueda herir al animo; y despreciad la muerte; pues da fin à vuestros trabajos, y os transfiere à otro mejor lugar.

Esto meditaba à tiempo que senti abrir las puertas de la torre, y luego entrò con un Confessor, y con soldados el Capitan de la Guardia, el qual traia un vaso de veneno en la mano. Notificòme la sentencia de mi muerte, dada por el Rey, y aprobada por Fenicia; la qual, segun despues me dixeron, estaba mirando, encubierta por una oculta celosia, correspondiente à la carcel, este fiero combate de Fortuna, gozandose en la venganza de sus zelos. Oì la sentencia sin alteracion de animo, ni mudanza alguna en el semblante; y respondi lo que otro tiempo Seneca à Silano, Tribuno de la Pretoria Corte, enviado de Neron à notificarle la muerte: Que yo avia servido fielmente à mi patria, y à mi Rey; pero que si se daba por ofendido, dispusiesse de mi à su voluntad, que la igualdad de mi ànimo me tenia indiferente; que ni en la vida hallaba porque desear la muerte, ni en la muerte algun mal porque desear la vida; y assi, que ni à Dios, ni al Rey pedia la una, ni la otra. Confessème con brevedad; que el varon fuerte siempre ha de estar dispuesto para morir. Y acordandome, que en esta vida breve, la bienaventuranza, è immortalidad feliz, consiste en una muerte honesta; bebi de una vez el vaso de veneno, y sentandome en una silla recogi interiormente todo el discurso, mirando al soberano Autor de la Naturaleza; y en breve espacio, con algunas angustias, no mui penosas, del estomago, perdi el sentido. En esta mortal privacion se me representò segunda vez Fortuna, no con el triumphal acompañamiento que la primera; su rueda quebrada, su Corona en mi cabeza, su Ceptro en mi mano, y ella debaxo de mis pies, sola, triste, y llorosa, que con gran sentimiento me decia: *Venciste, constante Felisardo, venciste.* A lo qual respondi lleno el corazon de un gozo inefable por sobrenatural: Gracias al Cielo, que me diò las armas de tan ilustre victoria, y que à ninguno las niega, que de ellas se quiere favorecer. A este tiempo volvi en mi, y la muerte imaginada me hizo sospechosa la vida: porque me hallè solo en unos hermosos jardines, que me pude persuadir eran los campos de la muerte, y su habitacion, si no los Eliseos; pero mirando à todas partes, conoci que estaba en una Quinta, que algunos años antes yo avia edificado, no lexos de la Corte, para descanso, y recreacion. Certifiquème, que no era muerto; y la admiracion, que me tenia suspenso no me permitiò reparar luego, que en la mano tenia una carta, el sobrescripto à Felisardo; y abierta la firma era de Fenicia, que decia assi:

Aun-

Aunque el Rey mi hermano està satisfecho (ò invencible Felisardo!) que ha sido bien servido de ti en el gobierno de la paz, y de la guerra; con todo esso algunos rezelos que le han quedado de la ingratitud de Belonisa por tu causa, pudieran impedir la restitucion de su gracia. No obstante lo qual, te perdona, y te dexa en estado, y riquezas, que tenias. El mismo efecto hizo en mi tu descargo; pero no diste debida satisfaccion à mis quexas, y zelos; pues aquel amoroso afecto de la Infanta à la hora de su muerte, con que pidiò à su hermano licencia para desposarse, no fue sin solicitud, y con sentimiento tuyo; y quando lo fuera, la presumpcion por lo menos està en contrario. Viendome, pues, ofendida, y pareciendome, que no estaba dignamente vengada de tu ingratitud; que tales venganzas mas se pueden llamar castigo del primer amor en cabeza propria, que satisfaccion de injurias en el amante ingrato, pues èl vive con su gusto, y ella muere casada sin èl, me determinè hacerte beber el veneno fingido, siendo una bebida conciliadora de sueño, que dura un dia natural, por el verdadero veneno, que yo bebi de zelos. Oy quedas libre, y vencedor de envidia, y de fortuna. Para mas sentimiento mio hize esta experiencia: Antes amaba tu gala, y discrecion; aora si mi fè no resistiera, tu valor me diera muerte; y aunque perdi tanto bien por culpa tuya, y determinacion mia, presta, como de muger zelosa te ofrezco de parte del Rey mi señor las honras, y oficios dignos de tus merecimientos, si gustas assistir en la Corte, que el resplandor de tu virtud, no tiene ya porque temer sombras de envidia.

Leida esta carta entraron al jardin mis amigos, y criados, dandome contentos mil parabienes de la restitucion de libertad, honra, y hacienda. Recibilos con las mismas demonstraciones de amor, y recogiendome de espacio à deliberar la disposicion de mi vida, me resolvi no aceptar las mercedes de Fenicia, ni las que me ofrecia el Rey Theodomiro; antes aviendolos besado la mano, y alcanzando licencia, el estado dexè à un hermano mio; y de los bienes libres, que eran muchos, la mayor parte di à pobres, y los demàs reservè para un honesto sustento, retirandome à esta pobre casa, libre del estruendo popular, adonde contemplando la grandeza del Cielo, la tierra es un punto indivisible; y assi ni me ofende su peso, ni me entretiene su vista.

Diò fin el invicto Felisardo à su historia, y entre otras morales conferencias entretuvieron lo mas de la noche, principalmente acerca de la sentencia, con que cerrò su relacion Felisardo; porque aviendo primero admirado tanto valor, y los cobardes ardides de Fortuna, replicò Astrimiro; quisiera saber (ò invicto Heroe!) si afirmar, que la tierra es punto indivisible, respecto del Cielo, fuera para declarar la grandeza de los bienes espirituales; ò si entendistes alguna physica rea-

lidad, excluyendo hyperboles. A lo primero asiento sin repugnancia; lo segundo me parece imposible. De ambos modos lo entiendo (respondiò Felisardo) que la tierra sea como un punto indivisible, respecto del firmamento, es proposicion que demuestran los Mathematicos; porque si fuera de alguna sensible quantidad, no vieramos la mitad del Cielo, como la vemos. Y para confirmarlo mas clara, y seguramente, finjamos una superficie plana sobre el centro de la tierra, q̃ la divida en dos partes iguales, y tambien al Firmamento. Los ojos, que estuvieran entonces en el centro de la tierra, vieron la mitad del Cielo; y estando en la superficie de la tierra, vieran la misma mitad: de dõde con evidencia se colige, que es insensible la quantidad de la tierra, desde la superficie hasta el centro; y por consiguiente toda su mole, respecto del Firmamento.

Mas entendiendo segun el espiritu la conclusion, confiesso, que excedi haciendo punto indivisible los bienes de la tierra, siendo nada. Esta es su termino *à quo*, y su termino *ad quem*, y tambien su vida, y existencia; pues son vanidad de vanidades, y todos vanidad. La prueba desto sea un Poema, que el desengaño, y soledad me infundieron, cuyo sugeto *es nada, y su inscripcion.* Assumpto moral, y tan proprio destas colaciones, y exercicios, q̃ le quiero referir à Sacridono, miẽtras reposais, que và es hora. Porquè nos excluìs (dixo Astrimiro) yo alomenos aficionado soi à la Poetica, y en particular à las acciones de vuestro ingenio, como quien obra con arte, y naturaleza. No os ignoro Mecenas de las Musas (replicò Felisardo) pero vuestro exercicio, noble Astrimiro, mas se ha dilatado en las armas, y en el gobierno politico, que en las materias Humanas, Philosophicas, y Mysticas, que toca este Poema; y assi recelo no me suceda lo que al Poeta Antimaco, que recitando en publico un Poema obscuro, le dexaron todos los oyentes, sino es Platon; y si à mi todos me dexan, perseverando Sacridono, obligareisme à decir lo que el referido Poeta, segun Marco Tulio in Bruto: *Legam nihilominus, Plato enim mihi unus, instar est omnium.* Porque hicistes eleccion (dixo Astrimiro) de sugeto, que os obligasse à forzosa obscuridad? Respondo con Ciceron (satisfizò Felisardo) continuando el mismo testimonio: *Poema enim reconditum paucorum approbatione, oratio popularis ad sensum vulgi debet moveri.* De donde colige, que à Demosthenes no le estuviera bien en semejante caso usar del apotegma de Antimaco, como ni à los Oradores, que oy se quieren usurpar la misma licencia; y assi el Poeta debe seguir su natural impulso, no el aplauso popular, que muchas veces obliga elegir materia indigna, ò desigual à sus fuerzas. La Poetica tiene su estilo licencioso, apartado del comun, distinto de la Historia, y Oratoria; pero no con tan afectada obscuridad, nacida de las

las palabras; que passe à Enigma, como algunos Poemas destos tiempos: si ya no se origina de las mismas cosas, no del modo, que en tal caso la obscuridad es inexcusable, à quien no ha estudiado las facultades, que trata. Que maravilla este Poema en alguna parte parezca obscuro à quien no tiene principios de Philosophia, y que apenas conoce el nombre de Theologia mystica, y de que manera el espiritu se debe aniquilar para subir al todo de la union con Dios. Y dado que solo Sacridono sea mi theatro, serà para mi Academico concurso, y dirè con Democrito, como refiere Seneca en la Epistola 7. del lib. 1. *Vnus mihi pro populo est, & populus pro uno*; y quando Sacridono me faltara, que seguro le tengo, del mismo parecer soi que un incierto Autor, como dice el ya citado, que siendo preguntado: para que tanto desvelo, y primor de la arte, y la materia, que pocos avian de entender? respondiò: *Satis sunt mihi pauci, satis est unus, satis est nullus.* Mas Epicuro escribiendo à un amigo: *Hæc* (*inquit*) *ego no multis, sed tibi; satis enim magnum alter alteri theatrum sumus.* Y concluye Seneca, exhortando al desprecio del deleite, que se busca en el aplauso de muchos.

De aqui es, que unos se llaman cultos por denominacion extrinseca, *à cultura existente in alijs*; otros tienen la forma, y della no se denominan, hasta que el tiempo, y la razon restituyan à cada uno lo que se le debe; trabajo antiguo de las artes, padecer juicio, y sentencias de juezes, sin grado, y sin jurisdiccion? si solamente serlo pueden los que saben decir, y hacer; como son tantos los criticos? Infelicidad es de las artes, y de sus artifices. Hable la autoridad de S. Geronymo en la Epistola à Pammachio, que sin tal patrocinio, quien se opusiera à tantos como dicen: yo no hago, pero entiendo: *Felices* (*inquit Fabius*) *essent artes, si de illis soli artifices judicarent. Poetam non potest nosse, nisi qui versum potest struere. Philosophos non intelligit, nisi qui scit dogmatum varietates. Manu facta, & oculis patentia magis probant artifices. Nostra quàm dura sit necessitas, animaduertere, quod vulgi standum est judicio, & ille in turba metuendus, quem cùm videris, solum despicias.* Lo mismo siente Plinio el Menor: *Vt enim de pictore, sculptore, fictore, nisi artifex judicare, ita nisi sapiens non pot est perspicere sapientem.* Mas pide la arte Poetica, que una temeraria efusion de versos, y mas que superficiales culturas de palabras, mas que universales noticias, y confusas de las cosas. Ingenios, ciencias, y artes veo en nuestra edad mui adelantados, y subtiles; censuras delicadas, y mal contentadizas; bachillerias Dialecticas, especulaciones Metaphysicas; y en lo practico notables efectos, que parece increible los ayan influido causas en lo critico tan perfectas.

Finalmente, los argumentos Epicamente tratados, son tantos, que gustando escribir algo en este modo, y metro, nada de nuevo se me

ofreciò, y assi nada escribo; sugeto, que mi pluma, ò presumiò temeraria, ò temiò cobarde ser la primera que le huviesse tocado; mas despues de escripto vi à Radero sobre Marcial, lib. 1. el qual refiere, que Andrès Ammonio, otro Anonimo, escribieron del mismo assumpto. Quisiera yo aver visto estos tratados, y no me huviera sido el presente tan dificil; pues *facillimum est inventis addere*; pero si *ex nihilo nihil fit*, libre de envidia, libre de temores, puedo decir:

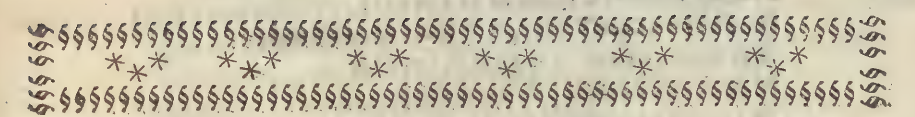
Nil timeas nihilum, parili nil Marte repugna.

Y Sacridono acabando el Distico le hizo menos confiado en los rezelos; aunque le asegurò la victoria con desprecio de indoctas detracciones:

Zoilus at nihil est; ergo aliquid timeaes.



LA



LA NADA,

POËMA TROPOLOGICO.

PHilosopha Deidad, cuya memoria
Inspira vida en el informe canto,
Ilustrando su Fama con tu gloria,
Que tiempos vence, y rios del espanto:
Cria de nada una viviente historia,
Que à tanto aspiro, pues inspiras tanto,
Y mi voz de tu espiritu animada
En el marfil sonoro cante nada.

Humilde empressà, pero mal segura
(Puesto que nada à nadie es justo assombre)
De la vulgar, no critica censura,
Que soberbia su nada humilde nombre:
Mas tan ciega altivez no vè la altura
De humildad, q̃ aun deslumbra solo el nombre,
Pues quanto baxa sube, de tal modo,
Que es todo en nada, quando nada en todo.

De Ranas, y Ratones cante Homero
La fiera guerra, y trances inauditos;
Virgilio humilde su cantar severo
A vanos monumentos de Mosquitos:
Ovidio de la Pulga, animal fiero,
Envidioso culpe los delitos;
Que à mi tan alto vuelo no me agrada;
Nada quiero cantar, basteme nada.

Sì es poetica accion, quien la termina?
Y si es imitacion, en què conforma?
Si relacion, què extremo determina?

Si

Si ente natural, qual es la forma?
Si afecto voluntario, à quien se inclina?
Y si zelo moral, à quien reforma?
Si arte, que materia modifica?
Si ciencia es, de quien se especifica?

Conozco ingenuamente, que el intento
Teme frustrarse en pensamientos vanos;
Pues como si quisiera asir el viento
El sugeto se pierde entre las manos:
Mas un impulso no adquiriendo siento,
Que Parnasos, y Pindos haze llanos;
Que suele Phebo al genio que importuna
Ayudar por audaz como fortuna.

En un profundo abysmo imaginado,
Al Divino poder solo accessible,
Donde puede perderse lo criado,
Patria de lo possible, è impossible:
De la soberbia vil siempre ignorado,
De la humildad honrosa cognoscible,
Yace la nada, y yace sin presencia;
Porque su ser es no tener essencia.

Aqui la presumpcion mas temeraria
Del arte nunca atreve su destreza,
Que supone materia necessaria
El compuesto, à quien dà lustre, y nobleza;
Aquien por mucho que se precie varia
Limita su poder Naturaleza;
Que la materia prima disponiendo,
Engendra forma, corrompiendo.

Solo de Dios la mano poderosa,
En ningunas acciones limitada, *S. Tho. 1.p. q.45.art.5.*
Mediante la creacion maravillosa
Puede las cosas producir de nada: *Scot. in 4. d. 1. q. 1.*
En el principio assi la fructuosa
Tierra criò, y la maquina estrellada; *Gab. Vazq. 1.p. disput. 72.& 176*
Accion tan propria suya, que no siento
Pueda partir con causa, ò instrumento.

Des-

Desta materia el brazo omnipotente
(Si es locucion tan material segura)
Produce la primera independente,
Ingenerable, incorruptible, y pura:
Tambien al Angel, que por si sustente *Aristot. 1. phys. c. 9.*
Toda la perfeccion de su hermosura;
Que al fin la union mas noble del sugeto
Es acto de prision, sino imperfeto.

El alma racional, imagen bella
De su Criador, à quien gozar pretende
Desta Divina lumbre la centella,
Que al mismo fuego en charidad enciende;
Como criada ha sido para estrella
Al cuerpo informa, pero no depende
Su ser, y produccion desta ceniza,
Que en esphera mas alta se eterniza.

La gracia, y dones sobrenaturales
Conservan esta union, y dependencia
De los sugetos, que hacen immortales;
Y à muerte se condenan por su ausencia:
Porque sus fuerzas no son naturales,
Y tienen solo obediencial potencia
A recibirlos del Divino agente; *D. Thom. 1. 2. q. 110. art. 2.*
Creacion la llamo, pero impropriamente.

Conozca, pues, la racional criatura
El principio, materia, y fundamento
De la essencia mas noble, limpia, y pura;
Que habita el edificio corpulento:
Y si con proprias fuerzas su locura
La ciega à levantarse sobre el viento,
Verà en su ruina desdichada,
Quan cerca està de nada, quien fue nada.

Phaeton, assi la luz del carro ardiente
Quiso humano regir, como divino,
A los consejos sordo del prudente
Padre, que en fin le dexa à su destino:
Hombre, que inspiracion del Cielo siente!

Y prosigue obstinado su camino,
Elalma Sol, caballos sus pasiones,
Despeñaràse à Ethyopes regiones.

Un quartel deste abysmo impenetrable — *Aristot.16. Phys. c.ult.*
La privacion malefica ocupaba,
Que contra la substancia generable
Guerra à fuego, y à sangre publicaba: — *Privacion, nada.*
Exercito valiente, y formidable
De accidentes opuestos, gente brava,
Marcha anunciando general miseria,
Por hartar su apetito à la materia.

Esta, que siempre ingrata, y mal contenta — *Aristotel.1. Physic. c.9. Text.81. Scot.in 1. d. 1. q. 1.*
La forma, que es mas noble, y la enriquece,
Desea repudiar, y vive hambrienta
De otras mil afrentosas, que apetece:
Con vana privacion paces asienta,
De su fiera crueldad le favorece;
Que terciando al amor disposiciones, — *Arist.ibidē.*
Principio es de sus generaciones.

Y porque se perciba bien la essencia — *Aristol. 5. met. cp. 22. text.27.*
(Si essencia propria incluye su conceto)
Llamase privacion una carencia
De forma, en el capaz, y apto sugeto:
Y aunque de calidad tiene aparencia,
Serlo publica, y nada es en efeto,
Como el fausto del mundo en este modo,
Parece calidad, y nada es todo.

Opuesto estaba un malicioso vando — *Pecado, nada positivo.*
De nadas al hermoso de virtudes,
Con rigores indomitos privando
Sus actos de debidas rectitudes:
Estos son los pecados, oigo quando — *Scot.in 2.d. 17. & alii.*
Al estruendo de tristes inquietudes
Muchas nadas huyeron de la gracia,
Y à otras hizo eternas su desgracia. — *Aug. tract. 1. in Joann. & epist.150 su-*

Canalla vil, agena de discurso,

He-

Hecha ſin Dios, y al dueño mas nociva, *ſuper illud:*
Que al Cielo impide el favorable curſo, *ſine ipſo fac-*
Porque al entendimiento error captiva: *tum ex ni-*
Nada incapaz de celeſtial concurſo, *hil, intelli-*
Que la entidad conſerva poſitiva, *git peccatū*
Averſion del Criador, y ſu hermoſura, *S.Th.1.2.q.*
Y fea converſion à la creatura. *77.art. 2.*
Hierem.c.2.

Contra la voluntad de Dios ſe haze,
Y por la voluntad del hombre vive;
Porque eſta nada muera, el Verbo nace,
Y el hombre cruel el ſer recibe:
Por eſta nada Chriſto ſatisface,
Los efectos el hombre en ſi prohibe,
Dios por librarnos deſta nada, muere,
Y el hombre por ſer nada, nada quiere.

O beſtial, y no humano barbariſmo,
Ciega locura, ſuerte deſdichada!
Que al hombre quiera Dios darſe à ſi miſmo,
Y dexe à Dios el hombre por la nada?
Qūe proponiendo uno, y otro abyſmo,
Siga la voluntad deſenfrenada
Dexando el infinito de hermoſura,
El de mal infinito! ay tal locura?

Pſalm.4.

Haſta quando, mortales, haſta quando
Tendreis el corazon empedernido
Diamante duro, no conſagre blando
Que flecha muerto el celeſtial Cupido?
Porque la vanidad del mundo amando
Buſcais en èl, eſtando tan perdido
La mentira? mas ay, lo que me admira,
Que aun no ameis la verdad de que es mentira!

O mundo, vanidad de vanidades, *Eccleſ. c. 1.*
Y todo vanidad! ſi tus riquezas, *El mūdo, va-*
Aplauſos, guſtos, honras, dignidades *nidad, y na-*
Son nada, donde guardas las grandezas? *da.*
Para Dios te gradúa en necedades *1. AdCor.3.*
La eſcuela de tus ſabias ſubtilezas;

Vna

Vna cosa hallo en ti, no la condeno,
Que faltas no consientes en el bueno.

No es este el mundo ya que ser solia,
En cuya perfeccion su Autor se agrada;
Aniquilòle nuestra culpa impia,
Que nada es, y todo lo hace nada:
Imite al mundo antiguo el que porfia
Tener en si su imagen retratada;
Passò del exemplar la hermosura,
Y passa deste mundo la figura. *1. Cor. 7.*

Sino tiene entidad lo que ha passado,
Y esto lo mismo es que lo futuro, *Eccl. ibid.*
Todo viene à ser ente fabricado
De entendimiento, con passion obscuro:
No ay cosa nueva en todo lo criado;
Nada fue, nada es, nada asseguro;
Porque solo es el que es, que el ser humano
Es no ser; y si es, es un ser vano.

Que se han hecho los quatro Imperios dignos
De sagrada memoria? los Romanos,
Griegos, Persas, Chaldeos adivinos?
Què sus insignes Reyes, y tiranos?
Los de Chartago, y fieles Saguntinos?
Los de Numancia, fuertes Castellanos?
Dos pueblos, que vencidos, vencedores
Renacen de su triumpho en los ardores.

Que se hicieron los Cyros, y Alexandros,
Cesares, Anibales, Scipiones?
Los Cleobulos, Bias, Periandros,
Estagiritas, Socrates, Platones?
Los Homeros, Virgilios, y Menandros?
Los Senecas, Plutarcos, y Catones?
Los Cides Españoles, pero intonsos?
Los Carlos, los Fernandos, los Alfonsos?

Que se han hecho los triumphos gloriosos?
Obeliscos, Pyramides, Tropheos?

Los Ephesinos Templos, y Colosos?
Los muros de Babel, y Mausoleos?
Thermas, Circos, Palacios sumptuosos,
Theatros, Amphitheatros, Colisseos?
Que sus dueños, pavor del mundo entõces?
Què su memoria vinculada en bronces?

Nada es sin Dios el nombre, y la nobleza;
Nada con Dios tyranicos rigores;
Nada sin Dios la pompa, y la riqueza;
Nada con Dios humanos disfavores;
Nada sin Dios la edad, y la belleza;
Nada con Dios las penas, y dolores;
Nada sin Dios, lo que con Dios agrada;
Nada con Dios, lo que sin Dios es nada.

Sombras, segundo quarto construìan
La luz en el opaco cuerpo hiriendo,
Que sin sangre, y aliento dèl huìan,
Quando en duelo no igual las và siguiendo:
Valientes ellas luego acometian,
Cobarde èl su vanidad huyendo;
Sombra de honras, que el vivir consigue,
Sigue à quien huye, huye de quien sigue.

No el Sol, que dora el Orbe crystalino,
Y vida influye en la progenie humana,
El increado Sol, el Sol Divino
Compite oy con esta sombra vana:
Prenda de la victoria, por quien vino,
Del hombre es la voluntad villana;
Que arbitro aclama en esta gran victoria
Sombras de infierno contra luz de gloria.

Honrosa luz, que està en el honorante, *La honra, sombra.*
Hiere la opacidad de tu deseo;
Resulta sombra de un Nembrot Gigante,
Que proprio estimas resplandor Phebeo:
A su sombra amparar presume Atlante
La tierra, y es castigo de Perseo,
Que en monte altivo convertirle pudo,

Hi-

Hiriendole con rayos de su escudo.

Vida, que ciegamente el mundo nombra, *Job cp. 14. & Ps. 101.*
Noble, rica, feliz, larga, lucida;
No niegue estos renombres à la sombra *La vida sombra.*
Que sombra triste, y vana es nuestra vida:
Llega al ocaso el Sol, y el monte assombra
Las vegas, con tiniebla mas crecida,
Si de prosperidad la luz te hiere,
Sombra es la vida, yà en su ocaso muere.

Imaginas tu curso de cien años,
Y tantos el no ser de ti apartado,
Llora idiota infeliz, llora los daños,
Del error, que hace vida lo passado,
Lo futuro, que quentan tus engaños
Vida no puede ser, pues no ha llegado:
El instante presente, si se advierte,
Es tu vida, esse distas de la muerte.

De las urnas los Thraces hagan peso, *Lege Plin. lib. 7. c. 40.*
Que el tanto discolor como podia
Computar de los males el excesso
Que incluye cada mes, y cada dia?
Los bienes de su vida igualò Creso
Al mal, que una hora padecia;
Si quieres en tu vida buena cuenta,
Pesa los dias, los instantes cuenta.

Amor es sombra del infierno mismo, *Amor sombra.*
Phantastica vision, idolo vano,
Que la supersticion, ò el idiotismo
Honrò Deidad, ò lo temiò tyrano:
Dido burlada en el Tartareo abysmo
Confirma sombra huyendo del Troyano;
Que las glorias de amor (assi las nombran)
En vida engañan, en la muerte assombran.

Del ciego amor amadas ceguedades
Son nada, quando vanas privaciones
Resplandor no permiten de verdades

En

En espheras de amantes corazones:
Que mucho que sus ciegas vanidades
Caigan mil veces en las ocasiones,
Si piedras son de escandalos, y enojos,
Donde ciegan quebrandose los ojos.

El valiente Sanson mirò los bellos
De Dalila, y rindiò su fortaleza *Judicum 16.*
A la de amor, que flechas tira en ellos
Bañadas con veneno de belleza:
Coge amor la ocasion por los cabellos,
Sanson la pierde en misera flaqueza;
Y vè sin ojos, apagado el fuego;
Que ama sus semejantes amor ciego.

Sombra es la riqueza en el avaro, *Riquezas*
Que sombras de Pluton su Rey previene; *nada.*
Quien desta esclavitud se libra, es raro; *Avaricia*
A su insaciable sed assi conviene: *nada.*
Igualmente le falta, como es claro,
El thesoro, que tiene, y que no tiene:
Y assi à perpetua nada le condeno,
Que nada proprio es todo lo ageno.

Durmieron los varones de riquezas, *Psalm. 75.*
(Velan, si son riquezas de varones)
Mortal lethargo à debiles cabezas,
Veneno en vasos de oro à corazones:
Adoran las señoras (que vilezas!)
Esclavos sin mas dueño que prissiones;
Y al fin quando del sueño despertaron,
En vez de los thesoros nada hallaron.

Bien que con oro, y plata ilustre al suelo *Prodigali-*
La prodigalidad, es sombra obscura; *dad nada.*
Su gloria falsa, vano su consuelo;
Que no puede ser bien lo que no dura:
Con liberalidad se compra el Cielo,
Y pierdese con prodiga locura;
Si pierde, y gana la mayor grandeza,
El todo esta en la nada de riqueza.

La Gula, que à no ser su ser aplica, *La Gula*
A las almas destruye racionales, *aniquila.*
Y al vientre, que es su Dios, le sacrifica;
No vivas Hostias, muertos si animales:
Hace cuchillo de la ofrenda rica
Contra sus mismos Dioses immortales;
De tu vientre (ò gloton!) llora la suerte,
Adorasle immortal, y dasle muerte?

Si fuego de Ira el corazon abrasa, *La Ira ani-*
Que los hombres transforma en Luciferes, *quila*
Y el humo te echa fuera de tu casa,
Sacandote de ti, ya tu no eres:
Esta locura, que ligera passa, *Verè stultũ*
A los varones suele hacer mugeres, *interficit*
Y Parcas su fatal estambre hilan: *iracundia.*
Tanto se infaman, tanto se aniquilan. *Job 5.*

De aspides la envidia coronada,
No que engendren los Lybios arenales, *Envidia*
Que no ay region tan negra, y abrasada, *nada.*
Que pueda producir monstruos iguales;
Confiessa su dolor nacer de nada;
Pues hace agenos bienes proprios males,
Y en fè que por no ser suspire, y clame,
Se està comiendo el corazon infame.

Destas sombras Luzbel el miedo quita,
Que al varon mas constante son flaquezas:
Zebul assi à la esquadra Sichimita
Vanas sombras de montes, y asperezas *Judicũ, c. 9.*
Persuade la gente, que milita
Contra su Reyno, casas, y cabezas;
Mas no se engaña, aunque engañar concierte,
Que sombras son, porque lo son de muerte.

Huid sombras, huìd; porque la fria
Sombra de nuestra muerte temerosa,
Convierta el Sol divino en claro dia *Sombras di-*
Que nunca profanò tiniebla odiosa: *vinas.*
A la sombra descansa, Euterpe mia,

Del

Del arbol deseado de la Esposa, *Cant.c.2.*
Cuyo fruto fue dulce à su garganta;
Sus frutos come, sus dulzuras canta.

A sombra deste arbol recostado,
Cerca de Dios, en soledad amena,
No cantarè del ciego Dios alado
Silvestre musa, con mi tenue avena:
Harè responda el valle, el monte, el prado,
No dulce, si llorosa Filomena,
Con acorde fervor del alma mia,
Dulcissimo JESVS, dulce MARIA.

Esta sombra me assombre, esta me alumbre,
Y no la luz de los mundanos soles,
Buenos, en quanto abrasan con su lumbre;
Del oro de virtud, ricos crysoles:
Puesto que à flacos su explendor deslumbre,
Se ocultan entre pompas de faroles;
Porque expuestos al tiempo, y sus desmayos,
Vn soplo vence tan valientes rayos.

Avezillas del Cielo, que el aviso
De su influencia inspira, si à la Aurora
Del Sol, que al arbol de otro Parayso;
La Iglesia santa, digo, viste, y dora,
Haceis la salva; y balsamo no incilo
Gozais el fruto, que de perlas llora;
A su sombra Diziembre os viste galas,
Abrid los picos, y encoged las alas.

El fruto, y sombra pudo solo un dia
Gozar Jerusalen del arbol sacro, *Ad Titum, cap:3.*
Que abierto en precio su licor vertia,
De regeneracion tambien lavacro:
Luz para el ciego mundo obscurecia
A Judea la sombra, y simulacro
Del arbol de la vida, que no advierte
Adan muerto del arbol de la muerte.

Mas(ò bondad de Dios! ò gran ventura!)

Arbol, fruto, licor, sombra en el suelo
Gozamos, que hasta el fin del mundo dura:
Por prenda, por remedio, y por consuelo:
De oidos hace ojos la fè pura,
Que estos fuera impossible ver sin velo;
Porque el minimo rayo de su sombra
La luz del Seraphin mas alto assombra.

O nada todo! ò sombra luz hermosa,
Descanso de las almas, por quien medro,
Contra el ardiente Can, passion rabiosa,
Aun la de noble palma, y alto cedro!
Digalo la virtud maravillosa
De la sombra de piedra, y arbol Pedro:
Que si tocaba enfermos, hacia sanos; *Acta Apost.*
Que nunca ay sombra de virtud sin manos. *cap. 5.*

Tu, que esta vida passas peregrino,
Selva de espinas, ò jardin de flores,
A quien ladron saltea en el camino,
Audaz concupiscencia con ardores:
O bien, si es mar, del Cielo crystalino
Niega tempestuoso resplandores,
En este arbol hallaràs mediante,
Naufrago estrella, sombra caminante.

Sombra del mundo, vana, y lisonjera,
Cuyos alhagos à tu gusto mientes, *Iudicũ. c. 9.*
Ofreciò la ambiciosa Cambronera
Albergue de Lagartos, y Serpientes:
Destos amigos la canalla fiera
Ampara Abimelec, porque escarmientes
En quien muerte (huye sombra de tyranos)
Sobre una piedra diò à setenta hermanos.

Mas si la sombra vana de este mundo,
Y aquella, con que el Cielo nos convida,
Son privacion, y nada; en que me fundo
Prefiriendo grandeza tan debida?
Efectos con sus causas no confundo,
Que en la instabilidad de nuestra vida,
Mucho lexos de Dios se desvanece,

Na-

Nada cerca de Dios al todo crece.

O Reyna de las Aves, tu que habitas
Escollos de virtud junto à los Cielos,
Y sobre el mar del mundo al vuelo incitas
Expuestos à sus olas tus polluelos *Deut. c. 32.*
Tu que al profundo abysmo precipitas
A los de flaca vista, y torpes vuelos;
Superior los enseñas con tu exemplo,
Halle en tu sombra, puerto, escuela, y templo.

Puerto serà, y en inquieta espuma
Del naufragio (perdido remo, y vela)
Segunda tabla, que el vivir resuma,
Como tambien presidio, y centinela:
Permitanme sus alas una pluma,
Serà esta sombra à mi ignorancia escuela;
Y entonces templo donde mas devoto
Mis cadenas darè cumpliendo el voto.

Mal, y mejor, y bien la nada encierra,
Tanto ser el no ser ha presumido,
Mal de culpa la gracia nos destierra,
Privacion deste bien no merecido:
Mejor à quien escandaloso yerra *Matth. c. 26.*
Le fuera nunca al mundo aver nacido,
Bien à sombra del arbol sin mudanza,
Si es privacion su sombra, y no privanza.

Otro quartel de aqueste abysmo nada
Las tinieblas infaustamente habitan; *Tinieblas, nada.*
Monstruo, que todo es voca desalmada,
Por donde vicios con horror vomitan:
Y aunque està de temores enlutada,
Los hombres sin temor se precipitan,
Oponiendo à sus gruessos esquadrones
Tinieblas, aun mas gruessas de passiones.

Suspende el vuelo, temeraria Musa,
Destas tinieblas huye la caverna,
Si no quiere llorar tu voz confusa

En vez del canto obſcuridad eterna:
No la calamidad aqui ſe eſcuſa
De Roma en penetrar ſu entraña averna;
Temiendo de Fortuna los deſmanes,
Quando Curcio aplacò los patrios Manes.

Mas ya la Fama en ſu canora trompa,
A mi voz deſmayada infunde aliento:
Porque los muros de tiniebias rompa
La luz eſcaſa de mi entendimiento:
Ignorancia, ò envidia no interrompa
Con tiniebla mas craſſa mi ardimiento;
Y en la nada palpable harè deſtrozos,
Iluſtrando ſus negros calabozos.

Fulminados Encelado, y Typheo,
Por el tonante Jove, el odio vivo
De Titan, y la tierra al Giganteo
Monſtruo ocaſiona, partò vengativo:
Nace la Fama, y nace ſu deſeo
Con rigor mas cruel, menos altivo
De vengar el fraterno vituperio,
Quitandole la honra, no el Imperio.

La fama ſaca à luz las maldades de los Dioſes, q̃ ellos queriã aniquilar en la nada de tinieblas.

Saca de grutas hondas las maldades,
Que en tinieblas gemian eſcondidas,
Eſtas que honrais lucifugas deidades,
Dice con voces ciertas, ſi atrevidas:
Son (ofreced incienſo à mis verdades)
Adulteras, ladronas, homicidas;
Y adorais con impuros ſacrificios
A Dioſes, cuyos Dioſes ſon ſus vicios.

Eſſe, que à mis hermanos los Gigantes
Jupiter, no valiente, fraudulento,
Diò muerte con eſtruendos fulminantes,
Haciendo eſphera ignea la del viento:
Venciò à mi padre en formas inconſtantes,
Y al ſuyo quita con horror ſangriento
La corona (ò crueldad que ofende oìda!)
Y el inſtrumento, que le diò la vida.

Maldades de Jupiter, que à los Gẽtiles, como eſtaban en tinieblas, parecian nada.

Deſ-

Desdora à Danae, transformado en oro,
Mancha su velo, si bordò su ropa;
Honesto se disfraza blanco toro,
Siendo lascivo robador de Europa:
Fuego hurta à Egina el virginal thesoro;
Satyro la fè rompe de Antiopa,
Y soberano Dios (notad si implica)
El alma à Ganimedes sacrifica.

Luz de verdad, que adulacion despueblas;
Si en sus pechos te admiten (ciego abysmo)
Los Principes, tu fuego rompa nieblas,
Que entorpecen al vano Gentilismo:
Saca los vicios oy de las tinieblas,
Que los Dioses canalla, y barbarismo
En sepulcros ocultan infernales,
Que hypocrita albor baña de immortales:

O frutos de la hermosa Cytherea — *Vicios de Venus, y de Flora.*
De flores mas, que desperdicia Flora,
Que en Marte, por lo bravo se recrea,
De Adonis, por lo bello se enamora:
O candor, virgen en deidad Phebea,
Que al rudo Endimion besa, y adora — *Vicios de la Diosa Triforme.*
Proserpina, Diana, y Luna bella;
Cinquenta hijas pare una doncella?

Arte furtiva abominais de Caco,
A Mercurio adorais, y en èl es ciencia; — *Vicios de otros Dioses.*
Luxuriosa embriaguez corona Baco,
Siendo entre hõbres barbara indecencia:
Marte valiente, yà en las redes flaco,
Si Vulcana es insigne en la paciencia,
Momo dirà maldades de mas tomo,
Que si bufon, deidad tambien es Momo.

Assi de las tinieblas, aunque nada
La Fama, infame vicios và sacando,
Y à la regia de engaños estrellada,
Luz de verdad, tinieblas trasladando:
La Gentilica plebe, que obstinada

Sus mentiras estaba idolatrando,
Tinieblas de estos Dioses abomina,
Cuya nada de nada se origina.

Rompe otra vez los ayres el horrendo
Monstruo, que viste ojos, lenguas, plumas;
Suele nacer de nada, y yà creciendo
Por montes, yà de niebes, yà de espumas;
Levanta, las tinieblas destruyendo,
En armas Alexandros, en paz Numas,
Con alas de Poemas, y de historias,
Que exceden tiempos, eternizan glorias.

Tal vez, maligna luz lleva en la mano,
Que ya no se percibe, yà deslumbra;
Gobierna con la diestra èl metal vano,
Su viento tanto humilla, quanto encumbra:
Assi se arroja con furor insano
Al chaos, que indistintamente alumbra,
Y confundiendo sombras, y explendores,
En crepusculos vuelve sus horrores.

La Fama de el quartel de las tinieblas saca à luz varones insignes.

Del tenebroso seno, mil varones,
Que el turbio Lete confundiò en sus vados,
Entre remansos yà de emulaciones,
Entre raudales yà de envidia airados;
Levanta à las explendidas regiones,
Por luzes de los Orbes estrellados,
Que al suelo inculto envian su influencia
En rayos puros de virtud, y ciencia.

Quantos Phebos, no Heroes fabulosos,
Mas claros si, que el Delio Phebo, espejos
Sus armas; tantos hechos hazañosos
Representaron, rayos sus reflexos?
Quantos mas que los Astros luminosos
Influyeron con luz de sus consejos,
Que tiniebla à su nada precipita,
Y fama à mejor vida resucita?

Los entes de razon raciocinante;

Entes de razon raciocinante, nada.

Sin

Sin fundamento, real, que predicados
Pueda admitirlos con verdad conſtante,
Vn ſeno de los quatro imaginados
Ocupan; cuya junta diſſonante
Repugna, aunque con arte fabricados
De humano entendimiento, quando mira
Dos verdades formar una mentira.

Contra eſtos vanos entes, nadas fieras
En campal deſafio, alma diſponte;
Que un eſquadron ſe ofrece de quimeras,
Que la menos horrible excede à un mõte:
Deſta progenie la de Lycia infieras,
Que domò con virtud Belerophonte
Propria, y del bruto, ſangre Meduſina;
Que no lo es la humana ſin divina.

Quimeras entes de razõ raciociñãte nada.

Es de Leon el pecho, y la cabeza
Vana, ſoberbia, preſumptuoſa, altiva;
El cuerpo flaco viſte de torpeza,
Cabra ligera al mal como laſciva:
La cola de Serpiente, mas fiereza
Amenaza engañoſa, y vengativa;
Por voca, y ojos la paciencia agravia,
Vertiendo llamas, de ira, furia, y rabia.

Quimera de Lycia, q̃ domò Belerophonte.

Poſsibles formas ſin union fundada
A impoſsible entidad và reduciendo
La razon ſin razon, y fabricada
Su idea, en eſte abyſmo confundiendo:
Quimera, que en lo phyſico fuè nada,
Si en lo moral eſpanta monſtruo horrendo;
Hombre compueſto para humana injuria
De ſoberbia, de engaño, ira, y luxuria.

Quimera abominable, que honra el mundo,
En cuya nada ſe aniquila todo,
Su natural origen del profundo,
Bien que la cria voluntario modo;
Las almas bellas con ſu aliento immundo
Conforma à la fealdad del primer lodo:

Quimera la mayor del mundo.

Que

Que en torpe possession de sus conquistas
Se hacen locamente quimeristas.

Tres horribles cabezas mueven guerra
En un cuerpo, y triumphando con despojos,
Guerra es su fin, aunque la paz destierra,
Y en gusto breve eternos cifra enojos:
Porque todas las cosas de la tierra *1.Ioann.2.*
Concupiscencia son de libres ojos,
Y de carne en blandura corrompida,
Y soberbia immortal de mortal vida.

La primera cabeza es de Serpiente,
Que combatiendo la estrellada bola;
Tercera parte de Astros refulgente,
Soberbia apaga al revolver la cola:
La planta Virgen humillò su frente,
Que entre todos los hombres à ella sola
No inficionò el veneno de malicia,
Que destruyò la original justicia.

Adunco rostro, y ojos avarientos
De Grifo la cabeza prodigioso,
Con trabajo subtil rompe los vientos,
Como tambien la tierra codicioso: *Plin.lib.7.*
Los campos de oro, y plata viò sangrientos *cap.2.*
Monoculo Arimaspe valeroso,
Que à esta concupiscencia dàn tributos,
Brutos como hombres, hombres como brutos.

Del obsceno animal, que secta Mora
Prohibe, por mentir casta limpieza;
Quando con execrable culto adora
Sus exterioridades de torpeza:
Del cieno sensual levanta aora
Contra lascivos hombres la cabeza,
Que rendidos à fuerzas del deseo,
Palacio todo el mundo es ya Circeo.

De Alcon el cuerpo, la cabeza de Oro, *Quimeras de*
Y de Alquimia los pies, rara quimera, *Alquimistas.*
Gas-

Gaſtando, y eſperando un gran theſoro,
La de Alquimiſtas ſe oſtentaba fiera:
Mejor morir pudieran que Diodoro,
Pues ſolucion no hallan verdadera
Al ſophiſma de quien ſe ſatisfacen,
Y del oro mas fino alquimia hacen.

Diogen. Laert. Plin. lib. 7. c. 53.

Al Sol ſymbolizò entre los Egypcios
El Alcon, y à ſu hijo el oro ama,
Con afectos tan tiernos, y propicios,
(Ignara admiracion de docta fama)
Que imàn ſus hueſſos dàn claros indicios,
No del hierro amoroſo, y fuerte llama,
Abrazandoſe al oro, que agradece
Al hijo lo que el padre le engrandece.

Pier. Val. lib. 21.

Formas no engendra el arte naturales,
Que ſu habito al modo ſe termina;
Mas ſi ſabe aplicar los materiales
(Accion, que tiene eſpecie de divina)
Como naturalmente las mortales
Fiebres, puede curar la medicina,
Arte engendrar tambien al oro altivo,
Aplicando lo activo à lo paſsivo.

Ariſt. lib. 4. de Cœlo.

Mas que arte ſubtil, ò que experiencia
Alcanzò alguna vez los requiſitos,
Que gaſtan el dinero, y la paciencia
A los mas codicioſos apetitos?
Que Aſtrologo tan ſabio la influencia
De Aſtros que concurren infinitos?
Quando eſto Diocleciano deſeſpera,
Quema los libros de tan gran quimera.

Cœlius lib. 7. lect. antiq. c. 2.

Ingenieros, tan ſoberbia gente,
Que à la Naturaleza hace ignorante
Con ſu loca quimera, y vano ente
En forma horrible de un fornido Atlante;
La cabeza de Dedalo eminente,
Cera ſus alas de Icaro arrogante:
Suſtentan (en hablar, y obrar fecundos)

Quimera de Ingenieros.

Vno

Uno es flaqueza, mas de treinta mundos.

Miranse por sus vanas prespectivas
Euclides, Arquimedes, y Lycurgos;
A los rios dàn madres putativas;
Paquines hacen de pagizos Burgos:
Mudan montes, desatan las captivas
Lagunas, increibles Taumaturgos;
Mas nunca supo el mas docto ingeniero
Algũn ingenio de tener dinero.

Uno hacer se atrevia vanamente
Vengativo, y cruel à un generoso,
Amable, y estimado un maldiciente,
Contento de su suerte à un envidioso:
Descortès à un discreto, y à un valiente
Hablador, à un humilde hacer odioso:
Mugeres en beldad, y amor perfetas,
Sin arte, y natural nobles Poetas.

La quimera arbitrista, abestruz grave *Quimera de Arbitristas.*
Bate las alas de Nebli ligero;
Diòla un ojo de Jupiter el ave,
Que bebe rayos al mayor luzero:
De Lechuza es el otro, en quien no cabe
Veridico explendor: de lisonjero
Camaleon, cabeza, y cuello toma,
De un Cuervo el pico, pies de una Paloma.

Con el cuerpo ignorante, que del suelo
Apenas se levanta, le parece
Politico veloz tocar el Cielo,
Constante al Sol, y flaco desfallece:
Tantas formas confunde su desvelo,
Quantas mentiras la lisonja crece;
Bien comun representan sus antojos,
¡Y aca à la Republica los ojos.

Monstruo al valor mas noble formidable *Quimera de Estadistas.*
Pareciò de Estadistas la quimera,
No Protheo en lo vario, y lo mudable,

Que

Que es su forma mudable mas, y fiera:
La deste siempre se corrompe instable,
Aquella siempre una persevera;
Y siempre otra, y tantas, que en si abraza,
Las que un espejo en populosa plaza.

Yà parecia noble, y virtuoso;
Infante ya traidor, y desalmado;
Yà prudente, discreto, ingenioso;
Ya ignorante, protervo, y obstinado;
Ya humilde, compassivo, piadoso;
Ya soberbio, cruel, desapiadado;
Yà Catholico fiel, y ya Atheista;
Siendo quimera solo de Estadista.

Entre sombras obscuras sus defectos
Al Cielo erigen, aunque al Cielo ocultos;
De otra Babel los vanos Arquitectos, *Quimeras,*
Pena de sus Poëticos insultos: *decultos.*
En lenguas divididos, y en afectos
Quimeras forman novatores cultos,
Antiphrasi de equivoca Poesia,
A loca presumpcion culta ironia.

Si el quadrupede bruto, quando vuela,
Superstición quimerica os escusa,
Soltad el freno, descalzad la espuela,
Que ya en el firmamento es luz intrusa:
La quimera de Horacio el mundo assuela
De quien huye la mas valiente Musa;
Reid el arte de impossible fiera,
Pintura entonces, pero yà quimera.

Si un Pintor (dice) la cerviz cerdosa
De caballo juntasse à un rostro humano; *Horat. in*
Y de pluma vistiesse monstruosa *Arte Poet.*
El cuerpo, que sin arte forma en vano; *in princip.*
La parte superior muger hermosa,
De negro peze la inferior; no es llano
Que mirando (Pisones) tan horrible
Monstruo, tener la risa es impossible?

A

A la virtud el nombre usurpa el vicio
  Sacrilego à tan alto Sacramento;
  Descubre en fin el tiempo su artificio,
  Que nunca fue perpetuo lo violento:
  Dilatan su afrentoso precipicio
  Del Parnaso, ocupando noble assiento,
  Porque en sus versos, como en nube ocultos
  Se amparan con la luz del nombre, Cultos.

Adonde tarda pluma vàs perdida
  Siguiendo nadas por los vientos vanos
  Que si cuentas quimeras de la vida,
  Pensamientos podràs à los hu manos?
  Aunque campo espacioso te convida,
  El aire fuego, el suelo sus pantanos
  Amenazan, suspende pluma el vuelo,
  Que en la tierra ay peligros, y en el Cielo.

Deste abysmo de nadas, gran señora,
  La ociosidad poltrona se honra, y precia *Ociosidad.*
  De quantas privaciones ay autora,
  Por ser de todos vicios madre necia:
  Esta quiere, y no quiere, canta, y llora;
  Todos los bienes ama, y los desprecia; *Prov.c.13.*
  Y aunque passà en pobreza tristes duelos,
  Nunca fue suyo el Reyno de los Cielos.

Sodoma yaze en este abysmo ciego,
  Resuelto ya su ardor en sombra fria,
  A quien mas consumiò lascivo fuego,
  Que fuego material, que el Cielo envia:
  Este Divino influxo, y fertil riego *Ezec.c. 16.*
  El fruto sazonò, que el ocio cria;
  Pues mano sobremano en el oficio
  De charidad, con ellas volò al vicio.

Quantos ilustres Reynos, quantas almas
  Entre los brazos torpemente yazen
  De vil ociosidad, en cuyas calmas
  Su curso quietan, su vigor deshazen?
  Quantas hojas de lauros, yedras, palmas

En las sienes gloriosamente nacen
Del valor, y virtud que las imitan,
Y en ocio torpe su verdor marchitan?

El ser es por obrar; quien nunca obra
No tiene ser, engañase el sentido,
Si el interior alguna especie cobra,
Que el ocio torpemente ha producido:
A todo falta, para todo sobra
Numero solo, y numero fingido;
Muerte insensible, amada desventura;
Cadaver frio, triste sepultura.

Cuanto el trabajo honrosamente crece,
Tanto, y aun mas el ocio vil destruye;
Trabajo, cuerpos, y almas ennoblece,
Ocio, noblezas, y verdades huye:
Trabajo en la virtud, gloria merece;
Ocio en la culpa, todo bien excluye;
Trabajo hace de brutos racionales;
Ocio de hombres, brutos animales.

Que bronze duro, que templado azero
Al ocio resistir puede invencible?
Para ofendernos un demonio fiero,
Para ser ofendido imperceptible:
Espiritu, que à Dios no và ligero,
Hierro pesado es; mas no es possible,
Aunque hierro, embotar su fuerte espada;
Porque el ocio es orin del alma errada.

Huyamos, que el huir no es cobardia,
Del ocio nada, todo de los males;
Antes, que luz del siempre claro dia
Estas sombras de muerte haga immortales:
Que es ocio sino sombra obscura, y fria,
Que hiriendo al cuerpo rayos celestiales,
Opone afectos en ociosa calma,
Y assombran vicios el crystal del alma?

Otra tiniebla, y nada entrar quisiera *Nada mystica.*

Myſ-

Myſtico abyſmo; mas caer rezelo,
Bien que todos los rayos de ſu eſphera,
Pages de hacha, envie el Rey de Delo;
Luz de mas perfeccion el alma eſpera,
De quien aun no es capaz el miſmo Cielo,
Que ſolo puede preſervar deſgracia,
En abyſmo de gracia, luz de gracia.

Eſta tiniebla es la noche obſcura
Con ſombras de peligros tenebroſa,
Quando encubriendo galas, y hermoſura
Sale por la Ciudad la bella Eſpoſa:
Nada teme, y en nada ſe aſſegura,
Que es la nada valiente, y temeroſa;
De noche buſca a Dios, que el amor ciego
Para vèr à quien ama es lince, y fuego.

Por la Ciudad camina, Militante
Jeruſalen, que labra ſu corona,
Para gozar glorioſa la Triumphante,
Como valiente, y celeſtial Belona:
Aſsi con voluntad fiel, y conſtante
La de juſticia Pablo perfecciona,
Que al oro fue ſu amor llamas ſubtiles,
Y mortificacion diò los buriles.

En tinieblas de fè, quatro ſentidos,
El tacto ſi huye piedras, piſa abrojos;
El olfacto, y el guſto ya perdidos,
La viſta antojos toda, no halla antojos:
Los ojos de la fè ſon los oìdos,
Vè con oìdos, oye con los ojos,
Y el Sol ardiente deſterrando nieblas,
No envia mayor luz, que ſus tinieblas.

Buſca à ſu amado fuera, eſtando dentro,
Que uno es amor, extremos no diſtantes,
Si ay atractivo indiviſible centro,
Solo en uno le ocupan dos amantes:
Mas ſocediòle un peligroſo encuentro
Del preſidio, y las guardas vigilantes.

Que

Que por el Cielo, es ſobre la tierra
La vida de los hombres fiera guerra.

Los Angeles de Guarda, los Rectores
Del eſpiritu en eſtas ſoledades, *Cant. cap. 5.*
Con golpes la maltratan de rigores,
Deſamparos, aprietos, ſequedades:
Hierenla con extraños disfavores
Lo intimo del alma, las verdades
Encubren, aunque ſale en buſca dellas,
Y el Sol auſente, aun no ſe vèn eſtrellas.

Quitanla el palio, ay Dios! y què ventura!
Habitos, que viſtiò de imperfecciones,
Y en deſnudez ſu eſpiritu, mas pura
Auſencias ſiente, llora dilaciones:
O hijas de Salèn, ruega, y conjura
Con ſuſpiros que abraſan corazones!
Si hallais mi Amado en eſta Ciudad yerma,
Decidle, que de amor eſtoi enferma.

O gran Señor! mi corazon probaſte
Con fuerte bateria que le diſte: *Pſalm. 16.*
De noche en ſoledad le viſitaſte,
Y con ſombra mortal le obſcureciſte:
El oro de mi amor examinaſte
Con fuego de trabajos que encendiſte,
Y no vieron tus ojos mis pecados,
Ojos de amor, y por amor vendados.

Eſta noche de fè caliginoſa *Pſalm. 17.*
Su latibulo puſo el Sol luciente;
Los Cielos inclinò con poderoſa
Mano, y baxò à la tierra diligente:
Pueſtos los pies en ſombra tenebroſa
Sube ſobre el Cherub inteligente,
Y ſobre los ſubtiles penſamientos
Volantes plumas de ligeros vientos.

O triſte! ò increible deſamparo!
Dudoſa el alma, y en tinieblas ſola;

El Polo obscuro, y encubierto el Faro,
Fluctua entre una, y otra ola:
Lo activo de un gran fuego, no lo claro,
Con trabajos, y aprietos la acrysola;
Tanto, que ya se juzga colocada *Psalm. 142.*
Como muertos del siglo en sombra elada.

Palabra firme empeña el dia al dia, *Psalm. 18.*
Que no verà su resplandor mudanza;
El dia de aquel Sol, que luz envia
Al dia de la bienaventuranza:
A la noche la noche obscura, y fria
Instruye con cientifica enseñanza;
Porque enseña la Fè doctrina pura,
A la contemplacion, que es noche obscura.

Entre el Pueblo Israelitico, y Egypcio, *Exod. cap. 14.*
De nube una columna se aparece,
Que de noche à Israel hacia el oficio
Del Sol, quando mas claro resplandece:
Al Gitano esquadron fue precipicio,
Que obscuras nubes à sus ojos crece:
O Fè, que nos dispensas juntamente,
Obscura luz, y sombra refulgente!

Todo igualmente de tus ojos dista, *Psal. 138.*
La tierra, el mar, el ayre, infierno, y Cielo;
Si à la tiniebla pido, que resista,
Corte tu claridad su negro velo:
Como el dia la noche es à tu vista
En mis delicias de mayor consuelo,
Y dices, porque el alma te obedezca,
Que luz de las tinieblas resplandezca.

Bendecid, pues, à Dios todas las cosas, *Dan. 3.*
Tierra, Cielo, y aladas Gerarquias,
El Sol, Luna, y Estrellas luminosas,
Estas mysticas noches, estos dias;
Luz, y negras tinieblas, pero hermosas,
Loadle siempre, y con entrañas pias,
Las nubes quando obscuras iluminan,

Que

Que en borrascas de amor nunca fulminan.

A la myſtica nada hemos llegado
Purgacion del eſpiritu, que à ſolas
Se deſnuda de todo lo criado
En mar de vivas aguas, muertas olas:
Nada, aunque nada al puerto deſeado,
Puerto de paz, y candidas eſtolas
Viſte en vez de aquel palio ya perdido, Apoc.c.7.
Que es nada en deſnudez rico veſtido.

La parte ſe aniquila ſenſitiva,
Ni vè, ni oye, ni huele, palpa, ò guſta;
A todo muerta, para todo viva
Se ajuſta à nada, quando à Dios ſe ajuſta:
Deſnuda el viejo Adan, porque reciba
Del nuevo, y mas antiguo eſtola auguſta;
Que en multitud de eſpecies, y de objectos,
Se confunde los habitos perfectos.

Quien ſentir quiere à Dios, es inſencible,
Entendimiento agente no ilumina,
Los phantaſmas de objecto incomprehenſible,
Que en vano tanto objecto ſe imagina:
Por lumbre natural no es cognoſcible,
Si en noche obſcura el Sol de Fè Divina,
Las potencias del todo aniquiladas,
Al todo no conforma humildes nadas.

Diaphano cryſtal, rayo valiente
Hiere del Sol en un intenſo grado,
A los ojos ſegundo Sol luciente,
Si de velo terreſtre no es manchado:
Impurezas deſnude, y tranſparente
Se hallarà en tal grandeza aniquilado;
Y los ojos, que à vèr ſu ſer aſpiran,
Cryſtal le pierden, quando Sol le miran.

Bien aſsi el alma, à quien con ſu preſencia
Aſsi Dios, ſi manchas de criatura
Deſnuda, y aniquila, en propria eſſencia

Transforma de su amor la luz mas pura:
Crece la soberana complacencia
Tanto que dice, viendo su hermosura:
Dios eres, de tù nada lo colijo, *Psalm. 81.*
Y del Excelso regalado Hijo.

La Fè, Sol, y Tiniebla, oposiciones
Privativas concuerda en un sugeto;
Sol à los pios fieles corazones,
Que eleva a Dios como verdad objeto:
Tiniebla en quien las luces de razones
Naturales confunde su concepto,
Bien que luz natural estrella sea,
Estrellas borra la beldad Phebea.

Es superior al natural sentido;
Los ojos mas despiertos, nunca vieron *Isaiæ 64. & Paulus.*
El premio, que Dios tiene apercebido,
A los que con amor le conocieron:
Sordo fue siempre el vigilante oìdo;
Al corazon afectos no encendieron;
Y assi el alma, que busca paz tranquila,
En sus operaciones se aniquila.

Las tres gracias del todo celestiales,
Por quien desgracias son las fabulosas,
Tres virtudes entiendo Theologales,
Que el mismo objecto infude à sus esposas:
No solamente voluntarios males
Aniquilan, tambien todas las cosas
Criadas, que aun ofende el pensamiento
En Voluntad, Memoria, Entendimiento.

Sentidos interiores, y exteriores,
No pueden ministrar especie, ò forma,
Que exprima los Divinos resplandores,
Porque la mas perfecta no conforma:
Son tinieblas de Fè, luz, y colores,
Con quien mas se aniquila, y mas se informa
El sabio entendimiento, que es su ciencia
Infalibilidad, sino evidencia.

Des-

Desnuda, y aniquila à la memoria
Esperanza, noticias siempre varias,
En dulce olvido de la humana gloria,
En dulce possession de las contrarias:
Sola, y desnuda lucha, y la victoria
Goza muriendo las imaginarias,
Y las espirituales, de manera,
Que premio goza, quando premio espera.

Debe la voluntad aniquilarse,
Si à Dios por charidad pretende unirse;
Que en lo amado no puede transformarse,
Si en otro afecto intenta dividirse:
Como en lo natural no llega à darse
Vacuo, y de lo criado es fuerza henchirse;
Assi en lo espiritual vacio de nada,
Solo es capaz de essencia no criada.

Amor, que proprio dà conocimiento,
Finge quitarle, y con presteza tanta
Baxando, sube al soberano assiento,
Que à si mismo se ignora, y se adelanta:
Diga el Apostol, pues (si el pensamiento *AdGalat.2.*
En alas del amor à Dios levanta)
Yà nueva vida, y nuevo ser conquisto,
Porque no vivo yo, vive en mi Christo.

Aniquila al tyrano amor del suelo,
Amor del bien eterno incomprehensible,
Si clara es la vision, que fue con velo,
Charidad del Viador indefectible:
Amor de Cielo, propriedad de Cielo
Merece, y goza en ser incorruptible,
Que aun en vida mortal sus perfecciones
No admiten peregrinas impressiones.

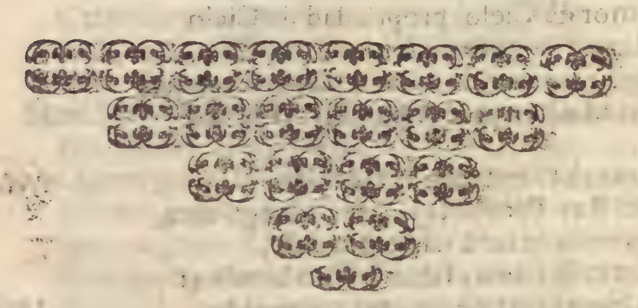
Inflammò el corazon agradecido *Psal. 72.*
Del Rey Propheta amor, y luego dice,
Que està su ser à nada reducido,
Necio se llama, sabio à Dios bendice:
Pablo afirma de amores encendido, *1adCor.13.*

Que es nada sin amor, no contradicea;
Que fè sin charidad es desalmada;
Y amor contemplativo, es todo nada.

En vosotros sentid lo que en el Verbo *Ad. Philip. 2.*
Igual al Padre en forma de Dios, quando
Vestido forma, y habito de siervo,
Se aniquilò en su ser perseverando:
El todo, y nada en su humildad observo;
Mas tu soberbia al todo despreciando,
Mientras nada sin todo al Cielo aspiras,
Hondas à cuerpo, y alma eriges pyras.

Contemplacion perfecta en nada todo,
Y transformado amor es todo nada.
De nada gustes, gustaraslo todo;
Sabraslo todo, quando sepas nada;
Nada posseas, posseeraslo todo;
Todo lo gozaràs gozando nada;
Que todo, y nada son del alma essencia,
Su gozo gusto, possession, y ciencia.

Dos terminos distantes infinito
Toca mi voz cansada, y enmudece;
Niega la nada inferior distrito,
El todo à cumbre superior no crece:
En aquella el ingenio precipito,
En este su caudal se desvanece:
Nada ofreci cantar, y assi callando
Quiero cumplir lo que faltè cantando.



APO-

APOLOGO XXXV.

De los iracundos, y avaros.

NO como otras veces, ayrosamente ligera, saliò la hermosa Aurora; con perezoso movimiento se manifestaba por el Oriente. Las flores, que solia esparcir, yà marchitas; sus hebras de oro recogidas en un negro liston; las perlas de rocio, lagrimas eran de sus ojos, y su vestido leonado obscuro. Phebo la seguia de mala gana, al parecer, y con tibieza en sus ardientes amores Todos efectos tristes de dolor, y sentimiento, por no vèr los desastres, muertes, desgracias, prisiones, y ruinas, que se terminaron con las tinieblas de la noche passada. Levantò su campo el enemigo, y rico de prisioneros, y despojos, marchaba triumphante à gozar el fruto de su victoria à un sitio fuerte por naturaleza, en el qual assentò sus Reales, y fortificò de trincheras. Sacridono hizo alarde de su gente, y hallò menos un grande numero, y muchos mal heridos; pèrdida no pequeña, aunque no alterò este golpe al valeroso Gigante; antes bien se gloriaba con el sucesso de la batalla; pues los vencidos de su exercito lo fueron por culpa propria, y cobardia; no por falta de consejo, y valor del Capitan; y los vencedores ganaron nombre eterno para su gallarda resistencia, y hazañas insignes en rebatir al enemigo, soberbio, insolente, y poderoso. Principalmente, que Sacridono tenia seguro su partido, à quien la Fama celebraba invencible; pero no usaba en la defensa de todas sus fuerzas, y poder; porque los soldados gozassen el glorioso premio, mereciendole por sus obras En tanto, pues, que los heridos se curaban, y los que del campo contrario se passaron al del encantado castillo, ò fueron vencidos por el valor de Sacridono, se confirmaban en la saludable doctrina de su libre captiverio; saliò el Leon con sus amigos a vèr los prodigios de aquellos campos, y poblaciones. Los exercicios espirituales de oracion, y penitencia, armas invencibles contra los ardides, y encuentros del mas fiero enemigo; las hazañas de estos Heroes, sus victorias, y sentencias, nacidas de una voluntad, y entendimiento; desengañados piden largas Chronicas. Llegaron à una puerta del muro, adonde el Leon se despidiò de Sacridono, y saliò del castillo, y sus terminos al siglo engañoso. Toda aquella Region pareciò à los peregrinos una gran casa de Locos, y cada loco con su thema. No sé si la jũta destos dos opuestos hizo, que en sus ojos resplandeciesse mas la virtud, y el vicio quedasse mas feo; lo qual fuè en tanto grado, que con admiracion Auricrino dixo à sus compañeros: Que es esto amigos? Esta no es la misma tierra, el mismo Reyno, y mundo, que poco ha peregrinamos? Como la locura, que vemos es tan general, y todas las acciones humanas tan agenas de razon? No es nuevo (respon-

diò Purdalin) ſeñor; lo que veis; ſi bien es nuevo reparar tantos noſotros en ello; lo qual nace del deſengaño, que el caſtillo encantado nos infundiò. Luego vieron tres monſtruos, las tres Eumenides, ò furias infernales, Alecto, Theſiphone, y Megera; venian coronadas, y veſtidas de Serpientes; en las ſinieſtras teas encendidas; en las dieſtras azotes duplicados de culebras, vertiendo fuego por los ojos, veneno por las vocas. Su oficio caſtigar culpas, perturbar animos, inſtigandolos què ſe precipiten con tres deſordenados afectos à todo abyſmo de maldad; ira, codicia, y luxuria. Tales padres las engendraron, Acheronte; en cuyas riberas executan ſu rigor; y la noche; que por eſſo ſiempre ſe acompañan con tinieblas de ignorancia.

Dividieronſe à tres diferentes ſitios. Theſiphone ocupò el primero, y ſuperior: en el qual con la hacha encendida abraſaba los corazones, y con el ſerpentino azote inſtigaba muchos hombres deſcompueſtos, y furioſos; unos ſin color natural, amarillos, y temblando todo el cuerpo; otros deſpidiendo llamas por el roſtro, y rayos por los ojos. Herianſe cruelmente, y aviendo executado no pocas muertes; algunos voluntariamente ſe deſpeñabā de aquellos riſcos. Preguntaron los peregrinos à una Rapoſa, que miraba con grandes riſas eſte eſpectaculo, què gente era aquella, y la ocaſion de tan fiero combate? Reſpondioles: Eſte es el quartel de los colericos, y que ſe dexan con facilidad vencer de la poderoſa paſsion iraſcible; y mientras eſta dura, ſon locos perjudiciales, y terribles. Danſe muerte unos à otros, deshonranſe, pierden la exterior modeſtia, afeán el alma, y arrojanſe ciegos por eſtos deſpeñaderos; mas en paſſando la tempeſtad, quedā como unos corderitos manſos, dociles, y tratables. Y quando los ſabios bien mortificados, con mas fuertes razones reprehenden ſu locura; reſponden: Què los primeros impetus no eſtàn en ſu mano, ni en ellos obras con deliberacion del entendimiento, ni con aprobacion de la voluntad; ſino que todo es obra del apetito ſenſitivo. Y eſtos ſe llaman hombres? (reſpondiò Auricrino, volviendo las eſpaldas:) Eſtos ſon animales racionales? Huid, que no eſtamos ſeguros; gente q̄ à ſi miſma no perdona, mas es que temeraria, mas que deſeſperada. Locos en fin. Digalo Juan de Mena.

Tanto que aìrada duras:
Eres tu locura breve;
Es tu ſeſo mucho leve,
Sòn disformes tus figuras.
Para vèr que ſon locuras
Los tus ſubitos denuedos,
Nunca eſtàn tus miembros quedos,
Ni tus facciones ſeguras.

No ay ira de bruto, dixo el Lebrel, que comparada à la de un hombre colerico, no ſe pueda llamar flema, y templanza. Experiencia me perſuadiò eſta verdad.

El Oſſo es el mas iracundo, y colerico de los brutos; hizo amiſtad con

con un hombre tambien colerico, por la ſympathia de condiciones; aunq̃ por el exceſſo en los efectos no pudo ſer durable. Concertarõſe los dos ir à robar un colmenar; aſsi lo hicieron; y cogiendo cada uno debaxo los brazos dos colmenas, ſe retiraron à lo eſpeſo de un xaral. Los enxambres, y eſquadrones, que dormian deſcuidados en ſus Reales, biẽ atrincherados, viendoſe acometer, y llevar en volandas, tocaron arma; ſalieron à campaña, y acometieron à ſus enemigos. El Oſſo colerico, y mal herido, no ſe pudiendo defender de otra manera, entròſe en una laguna, ahogò à las Abejas, y gozò pacificamente la dulzura de los panales. El hombre pudiera hacer lo miſmo; mas ſu colera no ſe lo permitiò. Rabioſo, y fuera de ſi deſcorchò las colmenas, pisò los panales, acometiò à los enxambres; y no cõtẽto, volviò al colmenar, y poniẽdo mano à la eſpada, no dexò colmena en pie. Deſta ſuerte provocado el exercito de las Abejas, en diſtintos eſquadrones, le acometierõ, hirierõ, y desfigurarõ de modo, q̃ parecia un fiero monſtruo; y perdiera la vida, ſino ſe valiera de los pies, y eſcõdiera en una cueva. El Oſſo, aviendoſe retirado el exercito enemigo, reprehẽdiò la precipitada ira del hombre ſu compañero; ſemejante al otro, q̃ indignado cõtra ſu mula, porque tiraba cozes, quiſo tambien à cozes desfogar el enojo, y vengarſe; pero quedò muerto en la demanda. Aviẽdole el Oſſo curado las heridas, ſalierõ, paſſados algunos dias, à caza, porque padecian hambre. El tiempo era aſpero, à voca de Invierno, y mas aſpera ſu fortuna, pues no hallarõ en que hacer preſſa. Al fin deſcubrierõ un Venado, y aviendole ſeguido, no pudieron dàrle caza; la noche caìa, y ellos tambien ſe caìan de hãbre. Fueles forzoſo recogerſe à ſu cueva; y el hombre iracundo, y rabioſo de colera ſe mordia las manos. El Oſſo, aunque, tambien colerico, no ſe volviò cõtra ſi, ni ſe mordiò las manos; antes bien ſe las lamia, y con eſſo ſe ſuſtentaba. El hõbre le pidiò licencia para lamerſelas, y ſuſtentar la vida. A lo qual reſpondiò el Oſſo: No harè yo tal, ni las pondrè à tanto peligro. Hombre, que muerde furioſo ſus manos, oy que eſtà con neceſsidad me las beſarà, y lamerà; y mañana proſpero, y rico, paſſado el Invierno rigoroſo, me las comerà à vocados. No quiero mas amiſtad, y compañia cõ hombre à quien la colera tanto enloquece; y diciendo eſto le dexò, y ſe fue huyendo. Comparad aora eſtos dos locos entre ſi, y vereis al Oſſo iracundo comer ſus panales ſin indignarſe contra ſi, y lamer ſus manos; ſiendo el ſimil mas encarecido de una furioſa rabia, de una ciega ira

Rabido nec perditus ore
Fumantem naſum vivi tentaveris Vrſi.

Al contrario el hõbre reducido à punto de perderſe, por vengarſe de las Abejas, y q̃ ſe deſpedaza, y come; no es ſegura la amiſtad con tales hõbres, quiere lamer nueſtras manos, y comenſe las ſuyas; encolerizanſe

que

que una Abeja los pique, y necios irritan contra si mil enxambres. La ira es fuego, si una centella suya no se apaga, levanta cruel incendio, y abrasa el corazon de donde saliò, presumiendo que ha de cõvertir en ceniza sus enemigos. Todo nace de que esta ciega passion siempre se acompaña con pertinacia, y protervidad, que hace los males de suyo pequeños, y faciles de remediar, casi incurables; multiplica las necedades, y descubre mayores defectos.

Deste lugar es lo que sucediò en cierta aldea, adonde avia una hermandad, la qual determinò en claustro pleno, que ninguno fuesse admitido, que tuviesse falta corporal, sino pagaba de limosna uno, ò mas escudos, segun el numero de los defectos. Huvo gran dificultad, si calvos, y narigones avian de recibirse, unos juzgaban estas por notables deformidades; otros no: los votos en esta parte fueron iguales, y assi quedò el negocio indeciso. Entrò un hombrecillo cojo, y colerico à pedir le admitiessen, y mandaron los señores con sentencia difinitiva redimiesse la falta de la pierna con un escudo. Enfadòse el pretendiente, y quiso convencer al Cabildo, que aquel estatuto era injusto. En el discurso de su oracion deliberativa conocieron de sus siniestras acciones, que tambien era zurdo: y ya no se contentaban con un escudo, sino que pedian dos. El insistiendo, que de valde le avian de admitir, levantòse el portero, y queriendole echar fuera, viò que tenia sarna: yà con esto le pediã tres escudos. Perdiò entonces del todo la paciencia, y quiso llevar el negocio por lo de Pavia. Acometiò al portero, que en lo desagradable, como otros muchos, y en lo fiero parecia hermano de Charon, el qual dexò caer el puño cerrado, y como podia en otra parte, cayò en la voca del cuitado colerico, y desmantelò el valuarte de algunos diẽtes. Yà la entrada era mas dificultosa, porque le pedian quatro escudos. Abrazaronse, y luchando à buen compas de moxicon, el negro pretensor descubriò, que era potroso. Alborotòse la Junta, celebrando con risa el sucesso, y entrando buenos de por medio, por via de concierto, y de paz le pedian cinco escudos. El miserable hombrecillo, hecho un tigre, se quexò ante el Alcalde, el qual mandò que le recibiessen de valde, y le diessen assiento de diablo à los pies de San Miguèl. La medra de pertinaces, y colericos, à veces es risa, y passatiempo.

Por lo que toca à este cuento en los que excluyen faltas, que son proprias, se me ofrece otro de los que excluyen las que fueron agenas. Dos pretendientes en cierta gravissima hermandad pidieron ser admitidos por cofrades, las Tinieblas, y la Luz. Nombraronse Comissarios, los quales averiguaron, que las tinieblas era privacion, y por tanto nada, hijas de nada, y nietas de nada: y assi fuè aprobada su limpieza, y nobleza, y diòseles la plaza, que pretendian. Soberbias con aquella honra assombraban la Junta con sus vanida-

dades, y el lugar con sus horrores. No avia pretendiente limpio en su voca. Hizose informacion de la luz, y contradixeron las tinieblas su entrada, por quanto era hija de un cādil sucio, y nieta de un villano perdernal; puesto que al presente fuesse vela hermosa de cera; pero que tenia no sè q̄ bastarda, y espuria mezcla de sebo. Viendose la vela con talos calumnias, defraudada su pretensiō, y perdida su honra, vivia triste, sin admitir consuelo, ni unas despaviladeras, que la quitassen el ceño. No desistio del intento; antes de nuevo purificò la cera, cōsumiò la luz mal nacida, y encendiose en un crystal concavo à los rayos del Sol; y con tanta claridad de linage, y nobleza pidiò la hermandad. Nombraronse otra vez Comissarios, y otra, y otras mil contradixeron las tinieblas alegando, que si bien su luz era hija del Sol, el mismo Sol era incapaz de tan limpia junta, pues tātas veces padecia eclypse. Desta suerte la luz fue excluida, y deshōrada, y las tinieblas maldicientes, y viles, reputadas nobles, y puras, con risa de los bien entendidos, y desengañados; los quales conocen, que la mayor luz descubre forzosos defectos; y las tinieblas encubren vicios abominables. Mas luego q̄ el Sol, Monarcha unico, y clarissimo, descubriò estas maldades; y deslumbramientos; colerico, quanto justamente ofendido, con su luz aniquilò las tinieblas, y cō su fuego consumiò aquel ignorante, y malicioso conciliabulo.

Melviendo à los mal vencidos colericos, entre los que vieron agitados de las furias, uno fue Orestes, por las crueles muertes, que executò, no tanto en su madre Clitemnestra, que lo tenia biē merecido: como en Pirro hijo de Achiles, en el templo de Apolo. Quando me acuerdo, que este fue un hombre iracundo, y furioso, no me persuado tan indissoluble, y verdadera la mistad, que la Fama celebra con Pilades; porque de tales hōbres huyen amigos, y enemigos; si ya no le acompañasse transformado en una de las furias, que le atormenban, ò al contrario. Esto quisieron significar los antiguos pintādo una enzina, cuya aspereza tenia seca, y sin virtud à una oliva, q̄ cerca estaba plantada, por ser symbolo de la paz, y mansedumbre. Cain furioso daba cruel muerte à su innocēte hermano, Saul arrojaba la lāza contra David. Hercules quitaba à sus hijos la vida. Achiles arrastraba à Hector al rededor de los muros Troyanos atado à su triumphante carro; y otros muchos, cuyo abominable furor escusa el q̄ nosotros contra ellos podemos concebir. Libremos el Cielo de asperos naturales, colericos, y ferozes; por buen gobierno los aviā de desterrar à una desierta isla, ò por mas breve ahogarlos en el mar, para que sus aguas apagassen tanto fuego.

Alexaronse deste Pais, y dieron en el de los avaros. Aqui vieron à Megera, furia terrible, jugar fieramente su serpentino azote cōtra un copioso numero de prisioneros; tristes, y macilentos, cercados de libros

bros de quẽtas, papeles, escripturas, y cartas de pago, en grillos, y cadenas de oro, cepos de plata, y calabozos fabricados de piedras preciosas, y artesones dorados. Fortuna desdichada, y cruel, que los persuade libertad la esclavitud, prudencia la locura, abundancia la necessidad, riqueza la possession sin usufructo, y virtud el vicio. Alli vieron à Midas, Principe de los avaros, que por merced de Baco, à peticion suya, quanto con las manos tocaba se le convertia en oro; y convirtiendosele tãbien los manjares, muriera de hambre, si el mismo Diosezuelo no le revocara la merced, ò por mejor decir, perdonara el castigo. Si bien no hallo tan propicio à Apolo; el qual porque juzgò la musica de Pã, Dios de los Pastores: mas suave que la suya, le convirtiò las de hombre en orejas de asno. Pena en lo moral proporcionada à su avaricia; pues amando en Pan desenfrenadamente los ganados, y grangerias, despreciaba las ciẽcias, posponiendolas al interès. Cresso ultimo Rey de Lydia estaba condenado à muerte, y postrado miserablemente à los pies de Ciro, con todos sus preciosissimos thesoros, que le mintieron por no creer à Solon verdadera felicidad. Marco Crasso, el mas rico de los Romanos, yazia muerto de su avaricia cõ un hijo, y todo su exercito, por codiciar desẽfrenadamẽte el oro de los Partos. Tantalo vivo retrato destos desdichados, el agua, y manzanas àla voca, moria de sed, y hambre: mas que maravilla padezcan infernales penas si son el mismo infierno, q̃ nunca dice, basta? Locos en fin, y esclavos voluntariamente en xaulas, y prissiones de oro.

Cansado un Caballo silvestre, biẽ que de casta generosa, de habitar los desiertos; aspirando à mayores bienes, y grãdeza se partiò à la Corte, adonde en poco tiempo entrando à servir à un Grande, con el regalo, y disciplina llegò à ser primero en la estimacion de su dueño, y aplauso comun. Vino à visitarle otro Caballo silvestre amigo suyo, y hallole en la sumptuosa caballeriza de un Palacio, atado à un pesebre, las manos cõ travas, el pie fuertemẽte assido à un argollon, y los ojos con antojos de ninguna vista. Comenzole à mirar mui de espacio de arriba abaxo, y apenas le conocia. Certificòle al fin; que era su compañero, y amigo en la soledad: y no le siendo possible reprimir las lagrimas, las dexò caer hilo à hilo, y aun à cordel por su rostro, acompañandolas, en vez de relinchos, con tristes suspiros. El Caballo cortesano, que cerca de si oyò tan lloroso sentimiento, preguntò quien era la causa, y qual el motivo de aquel llanto? Yo soi tu amigo, respondiò el silvestre: que lloro la miserable desdicha à que Fortuna te ha traido. Con una risa llena de satisfaccion, y contento le iba à responder, y no pudo, porque entrando el Principe su amo cõ un mozo de caballos, y otros criados le desataron del pesebre, y sacandole à un patio, despues de almohazado, lavado, y limpio, le pusieron una silla gineta,

caparazon bordado, ricos jaeces, freno de oro; y subiendo su dueño, dixo: No tiene mejor caballo el Betis, ni los del Sol le igualan. Celebrabanse entonces unas grandes fiestas de toros, y cañas; y aviendo dado vista à la plaza, y toreado con diestra gallardia, y popular aclamacion, fue encomendado à un lacayo que le passeasse. Hecha esta diligencia, y dexandole libre entre otros caballos de fiesta, se llegò à èl dissimuladamente el silvestre, que le avia seguido desde que saliò de su casa, y en voz baxa le dixo al oìdo: Quieres amigo, que te quite essos antojos, y freno, y huyamos esta esclavitud, que por darte libertad perderè la vida? A lo qual el cortesano respondiò: Picaro, de vil ralea, como tienes atrevimiento de nombrarte amigo mio, viendo la grandeza, que me levanta, y el puesto, que ocupo? Serà bien trocar esta riqueza por la mediania de sustento, y vestido en los prados? Este aplauso, y honra, por el silencio de la soledad? Esta cortesana magestad, por vuestra rustica compañia? Es verdad, que lo mas del tiempo estoi atado à un pesebre, travados pies, y manos, y la vista de los ojos impedida; pero allì se desvelan en mi regalo, y limpieza muchos sirvientes; y aun, como si yo fuera el Rey, à veces me sirve, dà de comer, y limpia mi dueño, que es un Grande. Es verdad que sufro carga; pero carga honrosa, y rica, de oro, plata, y piedras preciosas. Es verdad, que estoi sin ojos, mas por esso no dexo de vèr las cosas, que me dàn gusto. Y finalmente, me sujeta un freno, y un vocado; pero es de oro. Ta, ta, ta (respondiò el silvestre) soi un asno, y no caballo, hablàra yo para mañana; decid que estais loco, y os entenderè à la primera palabra; decid, que sois un rico avariento, un ambicioso, un vano, y que vuestras riquezas os tienen ciego, y en duras prisiones de esclavitud, y no me cansarè en persuadiros libertad. Que entiendes tu de libertad? (ignorante) replicò el cortesano:

An quisquam est alius liber, nisi
ducere vitam.
Cui licet, ut voluit? licet ut volo
vivere; non sum
Liberior Bruto?

El Sylogismillo me convence (dixo el rustico) en forma està, y figura; assi por lo menos lo piensan todos los avaros como vos, à quien nunca faltan sophisterias para no dexarse persuadir, aunque los concluya la escuela de los Estoicos; à uno dellos remite Persio la solucion:

Mendosè colligis, inquit,
Stoicus hic, aurem mordaci lotus
aceto:
Hæc reliqua accipio: licet ut volo vi-
vere, tole.

Acuerdome aver leìdo, que Bucephalo, caballo insigne de Alexandro Magno, vestido ricos jaeces, no cōsentia en la silla otro que à su dueño, Monarcha del mundo; y en paños menores à qualquier lacayo; assi me parece, que este rico jaez, que os adorna, os tiene soberbio; vẽdrà en la vejez la enfermedad, y luego

la

la muerte, y arrojaros hã en un muladar por sustento de perros, ò gusanos. Con todo esso, por no dexaros en tanta ceguedad, os quiero como amigo quitar essos antojos, para que veais vuestro engaño en essa valiente pintura, que de la libertad hallò Aristoteles, y pintò Apeles. Notad sus primores, que dellos colegirè las razones, que verdaderamente os hã de persuadir. Mas apenas lo intentò el silvestre, quando el cortesano diò voces, pidiendo socorro cõtra aquel atrevido, que pretendia darle vista sin su voluntad. Acudieron los lacayos huyò el silvestre à su desierto, y quedose el cortesano en la prision de sus riquezas. No vale razon cõtra estos brutos; en mas estimã el oro q̃ la vida, ò por lo menos en igual grado. Y assi quando Fortuna los quita algunos bienes adquiridos por buenos, ò malos medios, lo sienten como si los arrãcarã un pedazo de corazon. Por esso quando el otro Milano voraz, volviendo à su nido vomitaba la pressa de aquel dia, dixo llorando: Ay de mi, madre mia, que estoi echando las entrañas, y con ellas la vida! Respondiòle con risa la madre: Hijo mio, quien como tu se sustenta de rapiña, no las proprias entrañas vomita, sino las agenas. Y por si alguno de uñas largas nos quisiere arañar para si este cuento; mas à proposito viene el q̃ avreis oido del otro avariẽto, q̃ escondiò mil escudos en hueco de una enzina, y con ellos el corazon; otro tan avariento como èl, aviendo perdido à los naipes la misma cantidad, aborreciendo la vida sin el dinero, cogiẽdo un cordel saliò desesperado al campo, cõ determinacion de ahorcarse. Llegò à la enzina thesorera del avariento, y arrojando el cordel à una rama, con el peso se desgajò, y descubriò los mil escudos escondidos. El miserable medio aturdido, volviendo à tomar el lazo para atarle mas seguro, viò el oro, y en èl la vida; pues con ello la rescatò, y se volviò mui contento à su casa. A poco rato vino el dueño del dinero a idolatrarlo, y hallando en su lugar un cordel, se ahorcò en la misma enzina. Estos son los locos efectos de la avaricia, raiz de todos los males, q̃ al mas rico mas le empobrece, porque le acrecienta deseos de lo que no tiene, impidiendole el uso de los bienes posseidos. Que te aprovecha avariento el dinero en tu escritorio? tan mio es como tuyo.

Caso notable fue, como verdadero, el que no ha muchos años sucediò en Italia. Vivia en una de sus famosas Ciudades un Caballero noble, y rico de virtudes, y algunas ãtiguas possessiones, no tãto de dinero, porque lo gastaba en las honestas obligaciones de su estado; y de lo demàs no era guarda, sino dispensador, y thesorero de pobres. Tenia un hijo mayorazgo, solicito en negocios de Republica, inteligente en grangerias, industrioso en juntar dineros con increible avaricia, y desvelo (raro prodigio de naturaleza!) en el padre viejo juvenil liberalidad, en el hijo mozo senil avaricia. Aconsejabale muchas veces el padre, que cor-

reſpondieſſe à la generoſa nobleza de ſus paſſados, y no manchaſſe ſu iluſtre nombre con las villanas baxezas de la avaricia; que aprovechaſſe el inutil theſoro en ſus ancianos padres, en ſus hermanos, deudos, amigos, y criados, y en otras neceſsidades de la Republica. Mas perſuadir à un avaro es dàr muſica à un ſordo, y pedir, q̄ cante un mudo. Sucediò, que la Ciudad hizo eleccion de ſu perſona, y de otro Cavallero, para tratar un negocio de importãcia en Roma, adonde avia de aſsiſtir algunos meſes. Partiòſe, y el padre viendo tã buena ocaſion, hizo nuevas llaves à los apoſentos, eſcritorios, y cofres: ſacò el theſoro de oro, y plata que tenia guardado, y ocioſo; y en ſu lugar dexò llenos los talegones de arena, y piedras. Volviò à cerrar del miſmo modo q̄ antes eſtaba: hizo veſtidos para ſi, para ſus hijos, y criados. Reedificò ſus antiguas caſas à lo nuevo conforme ſu calidad: adornòlas de tapizerias, camas, ſillas, bufetes, pinturas, y eſcritorios. Comprò coche, y caballos, y lo demàs repartiò à pobres. Todo eſto aſsi concluſo, y tambien el negocio del avariento hijo, volviò à ſu patria. Salieron à recibirle ſus hermanos bien veſtidos, y à caballo; admiròſe viendo la novedad del trage: preguntò, quien los avia aſsi veſtido? y reſpondieron, q̄ ſu padre, el qual, y toda ſu familia eſtaban de la miſma manera. Llegò à ſus caſas yà nuevas, ſumptuoſas, y ricas de todo menage, y curioſidad: dexò de admirarſe, y quedò paſmado. Lleno de turbacion acudiò à ſu retrete, hallòle cerrado como le dexò, y los cofres tambien. Soſſegòſe con eſto algun tanto, dabanle prieſſa los Magiſtrados de la Ciudad, deſeoſos de ſaber el deſpacho del negocio; pero mayor bateria le daba ſu corazon, que del todo quedaſſe ſatisfecho; y aſsi abriendo las arcas, y hallando llenos los bolſones, contento, y deſcanſado ſe fuè à dàr cuenta de ſu embaxada al Senado. Volviò luego à ſu caſa, y cerrandoſe en ſu apoſento, viſitò los amados bolſones, y hallandolos con arena, levantò la doloroſa voz, acompañada de lagrimas, y profundos ſuſpiros. A ſu llanto acudiò el padre con toda la familia, el qual le preguntò, que deſgracia le avia ſucedido? Reſpondiò el hijo: Ay de mi, padre mio, que me han robado el dinero, que tantos trabajos me avia coſtado! Què dices? (replicò el padre) eſtas loco? Yo lo bolſones veo llenos, como dices, que te han robado? Es verdad que eſtàn llenos (dixo el miſerable) pero eſtàn llenos de arena; y diciendo eſto, ſe la enſeñaba, y ſembraba por el apoſento, regandola infructuoſamente con llanto. Su padre el roſtro ſereno, y diſsimulado le reſpondiò: *Pues hijo, à ti que te importa mas que eſtèn llenos de oro que de arena?* Reſpueſta digna de memoria, ſi aquellos dineros, como quantos poſſeen los avaros eſtaban ocioſos, y ſolo ſervian de ocupar los talegones, y veſtir el corazon de ſu dueño, aviendo de baxar deſnudo à las ſombras de la muerte.

Rape, congere, aufer posside, relinquendum est.

APOLOGO XXXVI.

Que el amor deshonesto es furia infernal.

CAmpos lascivamente agradables, copia en la fragrancia de los Hybleos, en la hermosura de los Eliseos, Corte de la primavera, Palacio de Venus, Jardin de amor, se ofrecieron à los ojos de nuestros errantes brutos. Guarnecian sus terminos arboles de todas especies, flores, y plantas; en parte con primor perfeccionados del Arte; en todo con vigilancia animados de la Naturaleza. A choros suaves se respondian crystalinos arroyuelos, y blandos ventecillos, à cuyo canto llano llevaban el contrapunto Gilgueros, Calandrias, Ruiseñores. Pareciò à los peregrinos, que avian descubierto el Paraìso de la tierra, que à los hombres oyeron estaba oculto. Y para certificarse, llegandose à una de las avecillas, que por parleras, y hembras juzgaron no les encubriria la verdad, la preguntaron, que pais era aquel, y quien le habitaba? Respondiò, que en la gran casa de Locos de la tierra, era el quartel de los Amantes. Facilmente la dieron credito, y mas quando acercandose vieron tantas fiestas, bailes, musicas, y regocijos. La variedad de instrumentos, y voces suspendia, declarando dulcemente sus afectos, amor, zelos, desdenes, ausencia, olvido, y desengaño. Por curiosidad, mas que por gozar los deleites de aquel sitio, iban à dar el primer passo en sus umbrales; quando una viuda, y casta Tortolilla, desde la seca rama de un arbol esteril, llorando los dixo: Adonde entrais, ignorantes Caballeros? Como assi os dexais vencer de essos halagos, y no considerais el peligro, à q̃ os poneis? Advertid, que penetrais un confuso, bien que deleitoso labyrintho, cuya entrada es facil, cuya salida por extremo dificil. Mi parecer es, que volvais atras, sino quereis ser pressa, y manjar de un fiero Minotauro, que con el nombre de Amor se encubre, y disfraza; pero si valientes, ò temerarios presumis igualar las hazañas del famoso Theseo, atad à esse arbol de la puerta un hilo de oro, por el qual guiados podais vencer sus rodeos, y confusiones; y libres del indomito monstruo, volvais à respirar estos saludables viẽtos. Reparò el Africano en el riesgo, à que se exponia; y agradeciẽdo el consejo à la Tortolilla, se le pidiò para hallar el hilo de oro, y satisfacer sino su apetito, su curiosidad; por quanto seria indigno de un Principe andante huìr faccion, cuya victoria le podia eternizar. Advirtiòle la Tortolilla, que en aquel linage de aventuras solo el acometer deslucia la fama, y con huìrlas se encumbraba à las estrellas, y extendia à los ultimos terminos de la tierra. Determinòse Auricrino, y atando el hilo de oro de la razon à la puerta del sentido, la pidiò que le acompañasse; pues por el hilo iban seguros, interpre-

prete; y guia à los prodigios de aquel labyrintho; respondiò la casta avecilla: Que à la honestidad de su viudez, y à su buena opinion, no era dado meterse en tales peligros, à vista de los humanos deleites, que alli estaba aquel Gorrion (señalando uno) y podia acompañarlos, que no lo rehusaria: que los Gorriones como entremetidos, parleros, y poco honestos, no reparan en semejantes escrupulos.

Oyò estas razones el Gorrioncillo, y levantando la cabeza mui enfadado, y colerico, dixo: Poquito à poco, señora Tortolilla, no por su castidad; mas mentida de Poetas, que las transformaciones de Ovidio, sea vana, y descomedida. Hame visto, diga, por el buen siglo del malogrado de su esposo, meterme alguna vez adonde no me llaman? ò visitando à hora de comer à algun Nebli Caballero, à la primera querer el falso; y sentado à la mesa ganar el resto, y repartir varato? Hame oido vocear con titulos Aguiluchos en el estrivo de un coche? Ha visto pagar con desprecios mis lisonjas? ò ser el bobo, lacayo, ò bufon, obligado de la risa; y si mis frialdades no lo merecen, por lo menos mi persona? Ignora, que si quatro Poetas la desvanecen, quatro mil Historiadores la humillan; pues para dàr à entender, que una persona es de poco juicio, necia, y mudable, dicen que es una Tortolilla? Hame oido en conversaciones de mugeres averiguar años de edad? ò hablar mucho entre discretos? esgrimir con Philosophos? ò disputar de Metaphysica con Soldados? Y digame la mui honesta, tantas deshonestidades, y descomposturas ha visto en mi? Heme alabado, que soi querido de las damas? Hame oido descubrir sus favores, ò fingirlos? requebrar publicamente? hacer señas en los Templos? gloriarme amante? suspirar desdeñado? ò acuchillarme zeloso? Hame visto en alguna conversacion graduar hermosuras, y discreciones? elarme con el frio de las blancas? echarme en ceniza con la sal de las morenas? hacer bascas de las rubias? y llamar hebras de oro los cabellos de cobre, ò de carbon? No es ella de quien fingen los Poetas, que muerto el primer marido, no se vuelve à casar, y que por los desiertos llora su viudez, sin sentarse en ramo verde? Pues en verdad (por no decirla provocado, no merecerè nombre de parlero) y no ha mucho dias que profanò la santa viudez; y yo la vi con estos indignos ojos, que han de comer la tierra, sin mongil, y tocas largas, no en ramo seco, sino en verde, y florido manzano; no llorar, sino cantar dulces requiebros; no huir, sino abrazarse, y besarse con un tortolo rufian; si bien, porque en gracia de su virtud digamos algo, para este passatiempo no buscò las plazas, sino un desierto, que lo fuesse de testigos. Aforre esa triste viudez en lo mismo, y sepa callar, que con esto cumplirà sin hypocresia sus obligaciones, y serà viuda digna de toda reverencia.

Levantò el vuelo la Tortolilla, y con un profundo gemido se fuè, diciendo: Libreme Dios de malas lenguas. Ella volò corrida, y ellos se quedaron riendo, y rogaron al vengativo Gorrion los acompañasse en aquella dificultosa aventura; lo qual hizo sin melindre, ni escrupulo. Entraron por aquellos lascivos prados, en los quales todo estaba persuadiendo amor; los paxarillos con tiernos motetes; los arroyuelos con lisonjeras risas; los vientecillos con suavissimos embates; las flores con dulce fragrancia; y los arboles con estrechos abrazos: alli los amantes coronados de hiedra, unos en margenes de apacibles rios, y fuentes, brindaban à Baco, regalaban à Ceres; otros en bailes, y musicas encendian sus pensamientos. Estos con general regocijo celebraban honestos desposorios, si bien lexos su intencion del fin que las bodas requieren, cantãdo alegres epithalamios, invocando à Hymeneo, y sembrando el nupcial thalamo de flores. Aquellos con menos honestidad aborreciendo yugo tan pesado, y lazo tan indissoluble, se sustentaban de esperanzas, ò se coronaban de possessiones. A Venus, Diosa de la hermosura, acompañaban como Nymphas, ò Doncellas de labor, las tres gracias, cuya dulce violencia atraia las mas firmes rocas, ablandaba los mas duros pedernales. Euphrosyna ministraba los gustos, entretenimientos, y alegrias. Agliya la hermosura, donaire, y gentileza. Pasitea la discrecion, y palabras amorosas. Estos apacibles engaños tenian ya tan blanda la voluntad de nuestros peregrinos, y tan cerca de apagar la luz del entendimiento, que por poco perdieran el hilo de oro, ò le rompiera el apetito si el entendimiento no los diera una voz, que los despertò de aquel encantado sueño; y volviendo en si Auricrino, guardò cõ mas cuidado el ovillo, que le guiaba; y prosiguiò su aventura mas advertido, y con algun pesar de averla comenzado.

Preguntò al Gorrion adonde estaba el Amor, y adonde tenia su Palacio; porque aquellas delicias, ò eran de Chipre, ò avia trasladado aqui su Corte. El Gorrion señalandoles una vega, dixo: No conozco otro Amor sino el que alli veis. Volvieron la cabeza, y vieron una de las infernales furias, llamada Alecto, que vomitando llamas ponzoñosas, fulminando rayos por los ojos, y coronada de serpientes, jugaba con innumerables corazones al juego, que los muchachos llaman peon de azote, vibrando, en vez de correa, aspides, y culebras, con furor tan continuo, que los miserables corazones, peonzas, ò trompicos, andaban, sin un instante de quietud, al rededor, encontrandose unos con otros; y si la furia los daba algun descanso, ellos mismos se instigaban voluntariamente à tan loco desatino. Baxò los ojos el Africano, y torciò el camino por no vèr tã miserable locura; y volviendose al Gorriõ, le dixo algun tãto enfadado: Paxarillo bachiller, yo no te pregunte la

ha-

habitacion de esta furia tyrana, que con tan fiera crueldad atormenta, y enloquece los humanos corazones; por el Amor te pregunto, que estos deleites suyos son, niño tierno, y agradable, que porque le conozcas, trae una hermosa aljava al hõbro, y en ella flechas de oro, y plomo, y un arco, que las despide con tal destreza, como si el dueño no fuera ciego. Estas armas le son tan segura defensa, que cercado de enemigos vive desnudo; y porque ninguno se le vaya por pies, tiene ligeras alas. Esse Amor, Principe Africano (respondiò el Gorrioncillo) es el que mienten los Poetas, Graciosos Chronistas, ignorancia de Caballero andante, sino malicia, por disculpar la amorosa passion que os ciega de la bella Crisaura, con la grandeza, y nobles, quanto notables propriedades del Diosecillo à quien servis, y reverenciais. Dad credito al severissimo Merlin, que con lagrimas os advierte:

Heu! quia troppus Amor Sabios stultescere cogit.

Y porque del todo quedeis convencido; sabed, que el Amor, hablando de las tejas abaxo, es de dos maneras, honesto, y deshonesto: el Amor honesto, ni es Dios, ni Rey, ni Caballero, ni Picaro de cozina; un dulce afecto es, vezino, y natural del corazon, y apetito sensitivo, y que en ellos tiene su assiento, cuyo objeto es el verdadero bien; llamo verdadero, el que se ordena al bien summo. El Amor deshonesto, tiene tambien el mismo assiento, mas engendrale, no esse Reyezuelo niño, desnudo, y ciego, con sus dorados harpones; si no una infernal furia (declarèmos aora assi la ceguedad de nuestras passiones) que primero solicita, y atrae con dulces engaños las voluntades, proponiendoles un objeto de bien aparente, y haciendolas libremente consentir; despues las instiga, aflige, y atormenta con heridas crueles, no de flechas, sino de culebras, unas de amor, otras de zelos, otras de desdenes, y desprecios. Los ciegos amantes, quãdo las cosas les suceden como deseã, ò viven entretenidos con esperanzas, conciben al Amor poeticamente niño, Rey, y Dios; y por esso se les representã sus damas Angeles en hermosura. Mas quando el desengaño abre sus ojos, dicen, que Amor es una furia del infierno, y sus damas unos demonios; y entonces aprenden con mas verdad. Todo lo que aveis visto en la apacibilidad destos campos, y entretenimiento de sus habitadores, es lo agradable, y engañoso del Amor: aora vereis lo desabrido, y abominable. Reparad en los themas diferentes, y ridiculos de tantos locos amãtes; unos son Astrologos, y Petuleros, aunque nazcan Poetas, para ser pobres por ley natural; en el trato de sus damas, en su hermosura, è influencia, hallan el Cielo, Sol, Luna, y Estrellas; en sus cabellos oro, en su frente plata bruñida, en sus ojos topacios, en sus lagrimas aljofar, en sus mexillas grana, que presto viene à ser de polvo, en sus labios coral, en sus dientes perlas, en su aliento am-

bar, en su cuerpo crystal; y con tanta riqueza ellos mueren de hambre, y ellas piden mas, y mas. Y no obstante todo esto, dicen, que amor es niño, ciego, ignorante, y desnudo; concertadme essas gaitas: otros locos dan en themas de contemplativos en las perfeciones altissimas del espiritu, q̃ llaman Gentil, y sonlo ellos con mas razon; pues dizen, q̃ le adoran, y que à sus aras sacrifican el alma. Quien podrà reprimir la risa, viendo à estos Platones defender, q̃ sus damas son ideas de toda perfeccion, y hermosura? Levantar sobre la cumbre del Parnaso sus entendimientos, y discursos, mas para admirados, q̃ entendidos? siendo toda la esphera de su actividad una agudeza de repēte, y dos necedades de pensado; un papel mal escripto, una almohadilla con sus randas, ò vainillas; achaque, sino dolencia incurable de unos amantes, que se impusieron, y usurparon nombres devotos, porque no lo son. Tanto se engañan, y tanto quieren engañar: Astrologos de sus Cielos, que siempre contemplan, y no merecen. Levantēse muros, cierrense puertas, dupliquense rejas, velen las cētinelas, liguense cō votos, q̃ amor sacrilego lo profana.

Quid vota furentem?
Quid delubra juvant? est mollis flamma medullas.

Crece la llama deste fuego inextinguible; mas si zelos le soplā, y no le apagan; (que tal vez lo hacen) entonces el pobre devoto (mirabile visu!) como un indomito caballo, atado à la reja de la grada:

Stat sonipes, ac fræna ferox spumantia mandit.

Aquellos amantes, que veis cabizbaxos, palidos, y consumidos, han dado en thema de melancolia, y silencio; ò que por desesperados de alcanzar, ò de verse libres de las cadenas, que los tienen captivos. Essotros alegres, contentos, y charlatanes, hablan mas que saben, y atribuyense mas que merecen; al desprecio llaman desden, al norabuena favor, y al ventanazo puerta abierta. Reparad en aquellos tontos, ò locos, cuyo thema es decir mal de mugeres, y facilitar sus conquistas; hacenlas mas fragiles que el barro, mas delicadas que el vidrio, mas livianas que el viento, mas mudables que la rueda de la Fortuna. En sus vocas todas son igualmente fuertes, y solo las desiguala ser mas, ò menos combatidas en tiempo, y ocasion del poderoso interès. De Lucrecia dicen, que fue tan casta como necia, porque no la presentò Tarquino una joya, ò vestido. De Penelope, que si texia de dia, tambien texia de noche mas telas que Vlises urdiò enredos, lo qual satyrizò el ingenioso culto:

Texiendo ocupa un rincon
Penelope mientras yerra
El mar Vlises; por tierra
Cenizas ya el Ilion:
O Coridon, Coridon;
Ella en tierra, y èl en mar,
Tapilla pudieran dàr
A un Gitano, puesto que èl
Menos urdiò en su baxel,
Que ella texiò en su telar.

Vlti-

Vltimamente, que ya no se usan doncellas, y que del vientre de sus madres nacen dueñas. Que malicia! siendo, à mi pobre entender, infalible, que los hombres en el vicio deshonesto, son con excessivas ventajas mas flacos que las mugeres; y porque el otro, con ruegos, dineros, terceras, promessas, porfias, y engaños dio alcance à su gusto, no ay en el mundo muger fuerte. Otros lo llevan por lo bravo, como si Amor no huviera desnudado à Marte el azero, desembarazadole el escudo, quitadole la lanza, y enredado en la sutil red de Vulcano su padre. Mirad aquellos locos quan inutilmente quieren por lo tierno batir inexpugnables muros, disparando suspiros. Quanto mayor efecto hicieran balas de doblones? Poned aora los ojos en los amantes heridos de la locura de zelos, que como perros rabiosos vagan essos campos, sin hallar sossiego en lugar alguno, mordiendose unos à otros. O zelos, infierno inexcusable de la falsa gloria de amor! azibar de su gusto, pesar de su alegria, y arrepentimiento de su voluntad!

Aqui llegaba el parlero Gorrion, y la triforme Diosa los rayos de oro, que con menguado aspecto recibia del Sol, trocados en plata comunicaba à la tierra, quando se oyò un espantoso estruendo de voces broncas, y dissonantes. Alteròse Auricrino, recelaronse sus compañeros; solo el Gorrion no hizo novedad; el qual preguntado, quien fuesse dueño, y causa de semejante ruido? Respondiò, que el Pavo Real; porque quando se halla en tinieblas, temiendo que ha perdido su hermosura, como no la vè, se quexa lastimosamente, ahuyenta las serpientes, y atemoriza las fieras. Algun tanto se corriò el Africano de su alteracion; mas el paxarillo le dixo: Què bravezas, amenazas, y estruendos de un cobarde, à primera vista espantaràn al mas valiente; y que si gustaba oir algunos notables sucessos de aquella ave, en sus necios amores, le diesse oìdos. Los brutos, mientras se hacia hora de reposar, sentados en el espacioso hueco de un caduco, y corpulento Nogal, dixeron al Gorrioncillo lo contasse; el qual sentado enfrente sobre el robusto tronco, dixo, assi:

APOLOGO XXXVII.

Imprudencia de amantes, y de zelosos.

EN un antiguo palomar de estos campos se criaba una hermosa Paloma, que con sus plumas borrò el comparativo mas à lo blanco de la nieve; y con sus pies, y pico, apagò lo encendido à los rubies: por su nobleza, honestidad, y hermosura, era de muchos pretendida esposa, que con deseo de obligarla hacian demonstracion de su derecho, assi por servicios, como por calidad, y otras buenas partes. Los pretendientes eran el Pavon, el Girifalte, el Cisne, el Ruiseñor, el Papagayo, y el Palomo; todos gente principal, ricos, mozos, y de grandes

esperanza. El Pavo alegaba, que se le debia de justicia por su hermosura, sin contradiccion la mayor que sacò à luz naturaleza; extremo de sus perfecciones, admiracion de su poder, desesperacion del arte; y por ser tal, aviendole primero vestido varias, y hermosas plumas de finissimos colores, le vistiò tambien de ojos, coronòle Rey de la hermosura, y calificòle con nombre de Pavo Real. El Girifalte pretendia por lo bravo, el Cisne por lo poeta, el Ruiseñor por lo musico, el Papagayo por lo discreto, y el Palomo por su igual: dirèis, que un pretendiente rico faltaba, para que à todos se la ganasse; mas yà advertì, que todos erã ricos, y deseaban señalarse en alguno, ò en muchos dones naturales, y bienes adquiridos; que los pobres por lo general estàn excluìdos, sin llegar à pruebas, ni razones, ni examen de testigos.

La desdeñosa Paloma, à quien su hermosura desvanecia, acompañada del popular aplauso, de ninguno se agradaba, y à todos aborrecia, ò los amaba igualmente. Al Pavo Real, miraba como à galan, hermoso, y gentil hombre; pero no queria marido con tantos ojos. Al Girifalte respondiò, que Amor como niño temeroso, aborrece valentias, y bravezas; por bien, y por blãdura quiere ser llevado; que por mal, todas las fuerzas humanas es impossible sujetarle. Al Cisne, que era un poco zelosa, y que no le consẽtiria à titulo de Poeta tanta comunicacion con Nymphas, y tãtas invocaciones de Musas, expuesto, que al mejor tiempo envie un Alcalde de Corte su Magestad del Rey Apolo, que le embargue sus bienes, por la deuda natural de pobreza, contraìda en el instante de su concepcion, y los dexe à pedir por puertas. Al Ruiseñor, que pretendiesse una racion en la capilla del Aguila su señora, que no le agradaba para esposo persona de tantos puntos, y contrapuntos, de tantos altos, y baxos; llaneza buscaba, que multiplicando passos de garganta, no tendria muchos passos de estomago; y sintiendo en èl flaqueza, juntandose con la que padecia su cerebro, estaba cerca de una irremediable mania. Del Papagayo no hizo caso por hablador, y consiguientemente, por necio, y enfadoso. Vltimamente, al Palomo respondiò, que pues el Cielo le avia dotado partes tan aventajadas, aspiraba à mayor grandeza, y à emparentar con mas noble generacion que la Palomina.

Con esta resolucion de la mal cõtentadiza, y presumida dama, los despreciados pretendientes llegarõ cerca de perder el juizio; el Pavo comenzò à llorar con todos sus ojos, y aun parecieron pocos à su sentimiento. El Girifalte desenvainò las uñas, encrespò las plumas, y diò un filo à su pico en una roca. Retò al Amor, su arco, flechas, y aljava; maldixo su fortuna, y amenazò à Venus. El Cisne escribiò mas elegias que Nason. El Ruiseñor las cãtò tristemente. El Papagayo hablò mas que un Concejo abierto; miẽtras

tras el Palomo murmuraba las desdeñosas altiveces. Con todo esso ninguno perdiò la esperanza, ni desistiò de la empressa; y assi llamados de un mortal dolor, y recelosos, que algun pretendiente oculto fuesse causa de aquellos desprecios, al ponerse el Sol salieron à rondar su puerta, y balcones. El Girifalte, bravo, y colerico, viendo tan buena ocasiõ, q̃ à todos sus rivales tenia presentes, apretando las armas quiso persuadirlos à cuchilladas su justicia, y aun desembarazarse de aquellos impedimentos, quitandoles las vidas; pero pusole freno el Ruiseñor, cuya musica tẽplò su braveza, y dexò immobles rios, y vientos. Solo el Pavon, aviendole escondido las tinieblas su hermosura, rompiò el silencio, y atencion de quantos escuchaban la suave voz, y con espantosas quexas comẽçò à llorar, no yà los desdenes de la Paloma, sino la propria belleza, imaginandola perdida. Embraveciòse el valiente Girifalte, acometiò al Pavo galan; el qual viẽdo sobre si tã poderoso enemigo, vilmente se acobardò; que demasiada gala, y valentia, no se compadecen en un sugeto. Pidiò con mayores ansias, y voces socorro, acudieron los rondantes enamorados, y alborotòse la vecindad. A este tiempo passaba la justicia de ronda, el Gobernador de aquella primera region del aire, correspondiente à estos jardines, y campos; el qual era un severo Aguilucho, el escribano un Cuervo, que en vez de pico con las plumas sacaba los ojos; seis Milanos Alguaziles, diez corcheres Cernicalos de uñas negras; con algunos soplones Lechuzos; y por escribientes, y criados, no pocos garduños, y gatos monteses. Esta justiciera quadrilla diò sobre los amantes zelosos; prendieronlos, y puestos en la carcel, hecha tambien cabeza de processo, nombrarõ Procuradores; prosiguiòse el pleyto, y concluso para sentencia, vistos los autos la fulminò el cruel Aguilucho deste tenor:

Fallo, que debo condenar, y condeno estos locos pretendientes de la Paloma, por ociosos, alborotadores del pueblo, en las penas siguientes. El Pavon sea pelado, y todas sus plumas confiscadas; la Corona para su Magestad del Aguila, y las demàs se apliquen à derechos de justicia; y de nuestros Ministros, que no es bien vivan juntas necedad, y hermosura; y es mas puesto en razon, que la justicia estè vestida de ojos, y la soberbia viva sin ellos; pues la despeñan ciegamente al abysmo. El Girifalte sirva al Rey con dos lanzas, por quãto es cosa indigna, y aun ridicula, aviendo guerra adonde señalarse, pretender alguno en la paz nombre de valiente. El Cisne dexe las riberas de rios, y habite las Ciudades, y Cortes, en cuyos theatros manifieste las poeticas obras de su ingenio: ò las dè à la Prensa; para que los Criticos deste tiempo (todos lo son, hasta las mugeres) dèn su parecer; y en pena de tantos delitos, le juzguen por Cuervo, y al Cuervo por Cisne, que assi acontece las mas veces. Que pidiendo al Ruiseñor que cante, tẽga

ga obligacion hacerlo sin ser rogado, por quanto es mui de Ruiseñor hacerse de rogar. El Papagayo, que en todo un año no hable palabra, si es posible que un hablador, ò un necio, que es lo mismo, calle un dia. Que el Palomo no bese publicamẽte à la Paloma, sino que en mal hora se metan en sus nidos; que essas no son muestras de amor, sino de boba deshonestidad. Y finalmente, que la Paloma, ocasion de este escandalo, guarde perpetua clausura en su palomar, cercada de rejas, y zelosias, y que por un torno se le dè la comida; que siendo por fuerza, como lo es, le serà cruel calabozo, aunque voluntariamente suele ser la vida de mayor cõsuelo; y porque mas lo sienta, no se permita que acuda a su servicio una cierta especie de animales brutos, que en lengua Castellana, per antiphrasim à contrario sensu, se llaman devotos.

Notificada esta rigorosa sentencia, apelaron los reos al Consejo Supremo del Aguila; la qual visto lo proveido por su Aguilucho governador, lo revocò, y cõ mas propriedad, y justicia sentenciò: Que todos se casen con sus iguales dentro de un mes; la Paloma cõ su Palomo, Duẽde con Duenda, Simple con Simpla; que lo demàs es perjudicial desorden en la Republica; ocasion de perderse la paz, y acrecentarse la soberbia. El Papagayo se case con otra Papagaya, Hablador con Habladora, Necio con Necia; para que mejor se entiendan, y denie hasta que caigan con armas iguales. El Ruiseñor, es bien que se case con otra Ruiseñora; para que las voces no hagan dissonancia; que si el marido canta baxo de pobreza, sangre humilde, avaricia, ò mala condicion, y la muger, tiple de gran dote, nobleza, prodigalidad, y presumpciõ, ò al contrario, no serà musica, sino pandorga, ò endiablada. El Cisne se case con una Cisna, Poeta macho con Poeta hembra; porque si èl invocare à Thalia, ella invoque Apolo; si èl buscare Nymphas, ella no huye de Nymphos, y si èl fuere desperdiciador de thesoros, y gastare mas oro, plata, perlas, y piedras preciosas en un Soneto, que en su Templo Salomon, haziẽdola Proserpina, muger del Dios de las riquezas; ella pueda hacer semejante desperdicio; hasta convertirle en otro Midas de pies à cabeza, y un poco mas alto las orejas asnales. Y por tanto, estos, y semejantes versistas, no se quexen de pobres, ni se comã las uñas de hambre. El Girifalte, con quien es razon que se case, sino con otra Girifalta, q̃ en aquel feliz siglo de oro, q̃ muchos celebran, y pocos gozaron, dissimulaba pacificamente Naturaleza desigualdades en condicion, quizà porque no las avia; pero entonces, ni aora fue, ni es licito al buen gobierno Republico, y Economico, juntarse en uno lobo, y oveja; conejo, y raposa. El Tigre si, que es tan liviano como una Onza, y puestos en dos balanzas queda el peso en fiel se case con ella. El Gato con la Gata; que si èl clavare las uñas, ella los dientes. Y si el Girifalte es un

un desuella caras, sea tambien una desuella caras, y aun bolsas la Girifalta. Esta fue la sentencia del Aguila contra los escandalosos amantes. Al Pavon solamente dexò en su libertad; porque siendo ave consagrada à Juno, hermana, y muger de Jupiter, en cuyo amparo, y proteccion reinaba el Aguila, no se atreviò disgustarle, por no hallar esposa que darle, semejante à su hermosura.

El Pavon, por no ser menos que los demàs, y principal mente por dexar ramos de su clara estirpe, desvelado buscaba con quantos ojos tenia, alguna ave igual en belleza: no la pudo hallar, ni la avia en el mundo; y assi à mas no poder se determinò casar con la Pava, si no tan bella, y adornada con el ocular vestido, alomenos la mas semejante à su naturaleza, y deuda suya mui cercana; si bien era tan loca la soberbia del Pavo, que la despreciaba viendola pobre de plumas, y no se dignaba reconocerla por su pariente. Este es uno de los muchos trabajos, que padecen los pobres, y esta es una de las grandes soberbias de los ricos. Al fin se vino à reducir, y no solo reconocerla descendiente de un mismo principio, sino que la pidiò por esposa. Fue à vistas con este intento, que galanes, y gentil hombres, confiados, todas sus conquistas de amor reducen à los ojos, y por ellos presumen penetrar hasta el corazon. Presentòse, pues, ante la Pava; y encrespando las hermosas plumas, hizo una rueda tan varia, y vistosa, que pudiera enamorar al mismo Amor, si tuviera ojos. Viendo la Pava al bellissimo pretendiente, aunque enamorada de su hermosura, hizo resistencia à su passion, y dixole claramente (como hembra tenia esta libertad) que de ninguna manera le aceptaria esposo, sino se desnudaba aquel vestido de ojos, y se los daba à un zeloso; que en maridos era cosa mui pesada tanto mirar, y remirar; pues de mugeres honradas, es bien tener toda confianza. A lo qual respondiò, que aun con aquel millon de ojos le tenia tan ciego Amor, que no veia otra cosa sino los suyos, y quisiera tener infinitos, para mirarla, y remirarse en adorarla, y servirla. Diò credito la boba de la Pava à estos requiebros, poco diestra en el conocimiento de primeros impetus, encarecimientos, y ofertas de amor. Hicieronse los desposorios, y acabado el pan de la boda, que se acabò mui presto, entibiòse la voluntad en vano, y otro amante. Yà los ojos velaban, mirandola, no con amor, sino con recelo, descubriendo, y maliciando los mas ocultos pensamientos, por los mas pequeños atomos exteriores.

Pareciendole tambien superfluos tantos ojos para mirar la moderada hermosura de su esposa; y assi la mayor parte volviò al amor de la Paloma, como primero, dificultoso de desarraigar. La Pava zelosa, y desobligada, aunque no tenia mas de dos ojos, ambos los pusso.

o en el Ganso, pato, ò ansaron, que tres cosas suenan, y una son, como si dixeramos, vano, necio, y descortès, que tres cosas suenan, y una es. Esta eleccion de la Pava fue sin duda discreta, puesto que se le entendia mui poco deste achaque, por ser discretissimo el amante, que eligiò; pues se hallaban en èl dos propriedades raras, callar quando conviene, y quando conviene hablar. Son los Gansos simbolo del silencio; porq̃ passando los Agrestes de noche el monte Tauro, adonde habitan muchas Aguilas sus capitales enemigos, superiores en fuerzas, lleva cada uno en la voca, para sellar el silẽcio, y que no los sientan, una piedra; y con este ardid burlan seguros el exercito contrario. Saben tambien hablar en ocasion, y con sus voces favoreciò tanto fortuna un tiempo à los Romanos, que dormidos los soldados de guardia, y perros del Capitolio, escalado de los Franceses, fueron rebatidos por el pueblo Romano, à quien despetaron con sus voces. Que buenas condiciones, y que raras en los amantes destos tiempos, y aun en todos los humanos, saber callar, y saber hablar! En efecto la Pava, aunque necia, en esto no lo mostrò, y con todo esso no estuvo encubierto su amor, que los mas discretos le saben mal dissimular.

Espiòlos la Lechuza, soplona nocturna, y solo por llevar malas nuevas, y disculpar sus deshonestidades, culpando las agenas, diò quenta al Pavon de la poca fidelidad, que su esposa le guardaba, burlando la superflua vigilancia de sus ojos, pues no avian visto los ocultos amores, que tanto le ofendian. Apenas era possible, que el Pavo confiado, y sobervio diesse credito à estas verdades. Respondiò à la Lechuza: Que èl tenia esposa honrada, y que à su calidad, y vigilancia el mismo atrevimiento guardaria respecto, quanto mas, quien tãtas obligaciones tenia de guardale, como su honesta, y noble Pava: que el miraria por su casa mejor que otro en el mundo; pues para esso le hizo merced Juno de tãtos ojos, y que ella era una desvergonzada, que se atrevia darle tan mentirosas nuevas. Ofendida la Lechuza de semejante respuesta, remitiò à la experiẽcia su venganza. Zelos dificultosamẽte se pueden dissimular, y menos en un necio. Partiò como un rayo à su casa, adonde hallò en el estrado sossegadamẽte haciendo labor à la Pava, y componiendo una vana, quanto hermosa rueda, la dixo colerico:

Dime, ave traidora, como has tenido atrevimiẽto para dar ocasion, que alguno ponga lengua en mi fama, teniendo un esposo tan galan, hermoso, noble, y discreto? Por la luz de los ojos que me vistẽ, que estoi por convertir en tinieblas la de los tuyos. Tu amores con un Ganso vil? Levantòse la Pava, y con una falsa risa, y despues cõ quatro lagrimas falsas abrazò à su marido; maldixo las malas lenguas, que tal testimonio la avian levantado. Encareciò su amor, y fidelidad, y amon-

tonando lisonjas con juramento, le obligò, que la pidiesse perdon del disgusto, que la avia dado. Passaron algunos dias, en los quales divertido en los amores de la Paloma, daba lugar à que el Ganso le tuviera en su casa. Vna noche viniendo à deshora hallò à los dos descuidados amantes solos en el mas oculto retrete; acometiò à dàrlos muerte; mas el Ganso era mui hombre, y el Pavo mui gentilhombre; y assi remitiò la venganza à la lengua, dando voces, que aturdian la vecindad. Otro disparate. Mas el Ganso tomando la puerta se culpò à si mismo, y disculpò à su dama; y añadiò, que seria mui reprehensible necedad, yà que tantos ojos le avian servido para vèr su trabajo, que llamaba deshonra, publicarla con aquellas voces. Dicho esto se fue seguro, que la Pava no quedaba à peligro de muerte; y ella con lagrimas, y maldiciones le persuadiò, q̃ no tenia culpa. Moderò su enojo el Pavon; y para assegurarse del todo, pelandose gran cantidad de plumas llenas de ojos las repartiò por la casa, y juntamente mandò, que sin su compañia no saliesse della. Con esta diligencia quedò persuadido, que si Mercurio con la musica de sus albogues, y con sus astutas historias, no baxaba del Cielo à infundirlos sueño, seria impossible dàr un passo la Pava en su ofensa.

Esparcidos, pues, los ojos del Pavon por toda la casa; triste la Pava de verse encarcelada, y con tantas sentinelas para dàr entrada à su amante, echò el resto de sus astucias, y embelecos; y de modo encantò à su esposo con amores fingidos, halagos, caricias, y regalos, que delante sus ojos entraba el Ganso, y salia, como si estuviera ciego; que no ay Mercurio como una muger, ni Argos tan vigilante, y astuto, que à su musica no se duerma. O fiera Serpiente, sabia en engaños, incapaz en todo! Compadeciòse Juno de su ignorante ave, y baxando del Olympo, hallò à los tres en buena conversacion. Alteraronse con la subita aparencia de la ceñuda Diosa; la qual dixo, que passaba de camino, y queria ser su huesped, y cõvidada aquel dia. Hallaronse los Pavos cortos, como desapercebidos; mas Juno dispuso con brevedad la comida; y llamãdo dos Nymphas, q̃ la acompañabã, mandò dàr muerte al Ganso, y q̃ del menudillo se hiciesse una pepitoria, plato para ella mui regalado, y que lo fue para todos de alli adelãte. El corpachon pusieron en una cazuela con tozino, y arroz para los criados. Quiso huìr el reo tanto castigo; mas fuele impossible; y assi se executò la sentencia, puesto que los Pavos de rodillas la pidieron misericordia. Estos ruegos indignaron mas à la ofendida Diosa, y de modo se enojò, que temieron semejãte pena. Comiò con poco gusto, y aviendo dado una aspera reprehension à la Pava, volviendose al Pavon, le mandò vestir las plumas, que centinelas vigilantes avia esparcido por la casa, y dexandole dos ojos en la cara, le cegò todos los del cuerpo, y

cola, puesto que no perdieron su hermosura, y luego le dixo: Justamente mereceis este ingrato desamor de vuestra esposa; pues os casastes sin consejo mio, y de los Dioses; y no menos por vuestra locura, pues no guardando fè, quereis de justicia que se os guarde: porque tẽgais paz de aqui adelante, os he cegado tantos ojos; que assi en vos, como en todos los maridos conviene mas amor, y menos ojos; mas cuidado de su casa, y menos visitas en las agenas; mas discreciõ, y menos hermosura: Dicho esto, desapareciò la indignada Juno. La Pava quedò emendada, y temerosa, y el Pavo como antes; que un necio soberbio con dificultad se remedia, sino se vuelve à forjar de nuevo.

Diò fin el Gorrioncillo à su historia; y aviendo conferido sobre ella un breve rato, mandaron al Silencio, que llamasse al Sueño; el qual vino con apacible passo, y los acompañò hasta la mañana. A la primera luz comenzò à chirriar el Gorrion. Despertaron los Principes andantes, y dexando la cavaña del Nogal, oyeron no lexos lastimosos gemidos, y volviendo los ojos vieron una fogosa nube, que sobre algunas poblaciones, y en sus campos circunvecinos granizaba fuego. Estas son, dixo el Gorrioncillo, las ciudades de Sodoma, y Gomorra, cuyos habitadores en pena de sus abominables luxurias padecen tan grande castigo. Quisieron huir, y vieron cerca de si à la furia Alecto, que vibrando su sanguiento azote de culebras, atormentaba innumerables deshonestos. Alli estaba Pasiphae, madre infame del famoso Minotauro, penando dentro de una vaca de madera, artificio del famoso Dedalo. Semiramis, antes verdaderamente muger varonil, despues entregada à toda deshonestidad, dentro del caballo, que solicitò, horrendamẽte relinchaba en aquel justo tormento quexandose aun no arrepentida de la crueldad, y de la ingratitud de su hijo Nino; el qual abominando sus incestuosos deseos, la diò muerte. Messalina muger de Claudio Cesar, vencedora con grandes ventajas en guerras lascivas, aora triumphaba en un ardiente carro, atadas à èl las deshonestas vencidas. Neron monstruo de abominaciones, celebraba publicas bodas con un mozuelo, al qual quiso convertir en muger, aviendo intẽtado los medios possibles: dichoso el Romano Imperio si tal muger huviera tenido su padre! Despues se casò con un Liberto, imitando todas las acciones de una dõzella. Violò sacrilego à Rubria virgen Vestal, y ultimamente aborrecido del mũdo, y perseguido del Senado se diò muerte. Aqui le acõpañaban otras dos prodigiosas bestias, Caligula, y Heliogabalo, q̃ padeciẽdo exquisitos tormẽtos de la vengadora furia, entendian quien fuesse menos malo, torpe, y abominable, para q̃ se moderasse algun tanto la pena, deseando cada uno ser vẽcido: hicieron Juez à Sardanapalo, q̃ en habito de muger hilaba à una rueca de fuego, como inteligẽte

y,

experto en las mas viles flaquezas. Mas apenas pudo determinar la ventaja; porque con fuerzas iguales desearon viviendo salir vencedores en este vicio. Huye con horror la memoria tan feas representaciones; passarè en silencio otras muchas, que por no verlas, siguiendo los brutos el hilo de oro, que los guiaba, salieron de aquellos prodigiosos campos.

APOLOGO XXXVIII.

De la Ociosidad.

IMmediatos à los del deleite descubrieron unos incultos campos esteriles, espinosos (ociosidad, y amor son vecinos, y amigos inseparables) adonde yacia en blandos colchones una horrible muger gorda, sucia, desaseada, sueltos los enredados cabellos, aunque los rastrillaba en vez de peine con largas uñas. El vientre sobre piernas debiles tan hinchado, que parecia cuero de vaca, y los pies impedidos de gota; floxos todos sus miembros, voz tarda, mirar ceñudo, ojos soñolientos, aposentadora de cuidados, y pẽsamientos torpes; compañera de la pobreza, y madre de los vicios. Luego conocieron, que era la inutil, y poltrona ociosidad; y en las mismas señas, y propriedades à sus locos sequaces sentados en conversacion odiosa à Dios, y al mundo: porque con las crueles armas de sus lenguas herian, y daban muerte à la Fama, bien quista, y amada de todos. Murmuraban el improbo trabajo, dandose mil parabienes, por los bienes que pacificamente posseìan en vida de tanto sossiego, descanso, paz, y gloria, si alguna merece este nombre en la tierra. Juicio en fin de locos, que se persuade gloria el infernal tormento:

Sedet, æternumque sedebit:
Infelix Theseus.

Està sentado el infeliz Theseo,
Y sentado ha de estàr eternamente.

Pues este castigo del infierno, que Pluton diò al valeroso, quanto infeliz Theseo, por el sacrilego robo, que intentò hacer de Proserpina en compañia de Pirithoo, condenandole à perpetuo ocio, estos locos juzgan felicidad. Alli entre innumerables enemigos del trabajo, vieron à Domiciano Cesar, Emperador Romano, cazando moscas con tanto gusto, y solicitud, como su padre, y hermano, Principes verdaderamente gloriosos, pusieron escalas à los muros Jerosolimitanos. Por la ocupacion deste noble exercicio, en que gastaba el tiempo, preguntado Vibio Crispo, quien estaba con el Emperador? Respondiò: *Ni una mosca.* Podia disculparse con lo que el otro truhan, que à los que reprehendia su vida ociosa, respondiò: Que la avia elegido como mas pacifica, y segura; porque ninguno era forzado dàr razon de su ociosidad; pues quien no anda, no puede caer; quien està libre de negocios, no puede ser cansado; quiẽ no pretẽde, no alcanza; y quien no alcanza, seguro vive de envidia; y

finalm

finalmente, quiẽ nada hace no puede pecar en algo, y assi en nada puede ser reprehendido. No conocen estos ignorantes crassos al pecado de omission; y sonlo tanto, que pretẽden igualarse à los ilustres varones, que retirados del bullicioso tumulto, que en oficios, y dignidades ofẽde las operaciones intelectuales; quieren en soledad volver los ojos de espacio à su interior; trabajar en su conocimiẽto, y restaurar mediãte la contemplaciõ las virtudes perdidas, ò flacas en las Ciudades, y exercitos. Por esso aquel famoso Scipion Africano, quãdo el tiempo le permitia retirarse del militar estruẽdo, estando ocioso à los ojos de la maliciosa murmuraciõ, ò zelosa ignorancia, solia decir, que nunca se hallaba menos ocioso, que quando estaba ocioso; nunca menos solo q̃ quando solo. No consumen las fuerzas menos los trabajos del animo, que los del cuerpo; aquellos de suyo mas nobles, y de ordinario mas utiles, porq̃ à ninguno parezca ociosa la vida de los Philosophos, dados del todo à la especulacion de maravillas naturales, q̃ no solo no fueron enemigos del trabajo, sino que le persuadieron, y enseñaron con eficaçes razones, y obras exemplares. Aconsejando à Diogenes ya viejo, que descansasse de tantos trabajos en que libremẽnte se exercitaba, respondiò: Seria bueno, que corriendo en el estadio, cerca yà del palio afloxasse en la carrera? Y en su mocedad, apercibiendose Philipo Rey de Macedonia para poner sitio sobre Corinto, los Ciudadanos cuidadosos en la resistencia de tan poderoso enemigo, fortalecian los muros, fabricaban nuevas torres, y valuartes; unos abrian el fosso, otros conducian el agua; estos limpiaban las armas, aquellos se exercitabã en ellas: Diogenes viendo el fervor de la obra saliò de su tinaja, y ciñendose la vestidura, comenzò a volvella, y revolvella de una en otra parte. Preguntado, porque lo hacia? Respondiò, que por no parecer ocioso entre tantos como trabajaban. Muchas son las especies desta locura, digo desta ociosidad.

Enviò Jupiter à la tierra un juez de ociosos, y vagamundos, al qual se le entendia mas de juntar dineros, que de graduar trabajos. Diòle soplo un fuelle de Vulcano, que avia en cierta Ciudad grande numero de vagamundos: acudiò allà el juez cõ presteza, armado de una buena quadrilla de corchetes, y alguaziles. Era en el mas rigoroso tiempo del Invierno; y visitò en primer lugar las casas de Hormigas, y Abejas, hallòlas ociosas, y confiscò sus preñados panales de miel, y sus troxes abundantes de trigo. De lo qual ofẽdidas le dixeron en sus barbas: Señor mio, diga que es un ladron, y un ocioso en hora mala, y no que Jupiter le ha dado semejante comission: advierta, que esta no es ociosidad, sino descanso, porque el tiempo impide nuestras loables ocupaciones, las quales son loable exemplo à quãtas Republicas tiene el mundo. Parecele, que estas riquezas son fruto del

del ocio? Vuestra comission siq̃ es falsa, no de justicia, sino malicia, y verdadera ociosidad; y porque os acordeis: Al arma, aqui de las Abejas, aqui de las Hormigas. No lo huvo dicho el Rey de una colmena, quando le acometieron dos esquadrones, uno de infanteria, otro volante, tan copiosos, que el desdichado juez temiò perder la vida: y assi huyò, adonde cõ el socorro, que pudo juntar, quedò libre de tantos indignados enemigòs. No escarmentado, acudiò luego à los lagartos, vivoras, y serpientes, las quales con el frio del Invierno vivian ociosas. Aqui desfogò su colera, dandolas à todas muerte, y con razon; que si el rigor del tiempo podia ser disculpa à su ociosidad, pero quando este no las impedia el trabajo, sus exercicios eran escandalo, y peste de la Republica. Prosiguiendo su pesquisa, viò en un prado apacible algunas ovejas, y carneros recostados, escuchando al Sol la musica de pastoriles flautas, zampoñas, y rabeles; y que luego levantandose los corderillos, unos comenzaron à pacer, otros à retozar. Mandòlos prender el juez, à cuyo mandamiẽto de prission opuestos los pastores, le dixeron: Esta llama v.m. ociosidad? Tal ociosidad venga por todos los que viven de mas en el mundo; ociosidad acompañada de tanta innocencia, y bondad, que agradecida al cuidado de sus dueños, dà por ellos sin resistencia los vellones, y leche, que los visten, sustentan, y enriquecen, y la vida en sacrificio de obediencia: virtud comunicada del Cielo essalta todos assi le obedeciessen: y los subditos à sus superiores.

Admirado el juez de tan provechosa simplicidad, encontrò luego con dos bueyes tendidos en el prado mansamente rumiando. Mandòlos poner en prision por ociosos y ellos con una modesta risa respõdieron: Aora ignorais, juez idiota, ò malicioso, que nosotros somos symbolo del trabajo; pues con èl labramos la tierra, y sustentamos el mundo? Preguntadselo à Roma su cabeza. Si acaso os engaña esta quietud, que gozamos en prado tan ameno, y nuestro passo tardo, y perezoso; advertid; que de nosotros con mas razon que del Delphin que ciñe al ancora, se verifica el cõsejo del otro Philosopho, *festina lentè*, date priessa poco à poco; pues à nuestro passo de buey perfeccionamos obras impossibles à quantos animales sustenta la tierra. Y assi tambien con mucha razon nos podemos atribuir otra segunda philosophica sentencia, *sat citò, si sat benè*; mui presto se hace lo que se hace bien. Esto decian, quando acudiendo el boyero, los echò un yugo con sus coyundas, y arado, y comenzò à surcar la dura tierra. Uno de los bueyes volviendose al juez le dixo: Ya veis, que contra nosotros no viene vuestra comission, y señalandole con la barba un toro, que cerca pacia, le dixo: Veis aquel animal, que està paciendo? es un vagamundo, huido ha la vacada de su dueño, y jamàs sujetò al trabajoso yugo la ociosa cerviz; qualquier casti-

tigo merece. No bien lo avia dicho, quando cercandole la pesquisidora quadrilla; el juez con la provision de Jupiter en la mano se la enseñaba, y requeria que se diessen à prission. Mas el valiente toro viendose cercado comenzo à escarbar la tierra, y despidiendo un temeroso bramido, acometiò bravo al juez, arrojòle por los ayres, y haciendo en los demàs Ministros un cruel destrozo, se volvio à pacer satisfecho, y vengado. Assi suele acontecer, q̃ los poderosos venguen agravios hechos à innocentes, y desvalidos. Levantaronse los que pudieron, y aviendo gastado algunos dias en curarse, el estropeado juez volviò à su antiguas mañas. Las primeras en quien quiso clavar sus uñas, fueron las cigarras, que instigadas con el calor del Estio atronaban los mõtes, y cigarrales. Mandòlas parecer ante si; pero fueron tantas las voces, las escusas, y palabras de estas charlatanas bellezuelas, que el Comissario tuvo por bien dexarlas en su enfadosa ociosidad.

Prosiguiendo su pesquisa, hallò en el apacible sitio de aquella selva una Aguila, un Asno, y una Raposa, divididos cada uno en su puesto. Todos tres estabã en admirable suspension arrobados. El Asno severo, grave, pacifico, atento, pensativo, y mirando con profunda consideracion à la tierra, como pudiera estàr un Caton. La Raposa tambien immoble levantada la mano derecha, los ojos sin pestañear atentos à una mata, y el Aguila enagenada de si, arrebatada del objeto, que meditaba al Sol, absorta en alta contemplaciõ de su hermosura. Quiso el juez echar mano à los tres ociosos delinquentes, y apenas lo intentò, quando el Aguila levantando el vuelo excediò las nubes, diciendo:

Deus nobis hæc otia fecit.

La Raposa encomendandose à los pies en un punto se desapareciò. Solo el Asno perezoso quedò preso; y preguntando la causa de su prision y de la que pretendian hacer en los dos fugitivos, le fue respondido, que por ociosos con pretexto de gente retirada, para ocuparse mas libremente en la contemplacian, y meditaciõ de causas naturales, y sobrenaturales. Y porque siendo èl un Asno pretendia hõroso nombre de Philosopho, de prudente, de politico, de poeta, y de sabio. El Cielo justamẽte permite (respondiò el jumento) q̃ pague en vuestras manos la pena de mis ociosos delitos. Pero advertid, q̃ con poca luz, y distincion de personas haceis estas prissiones. Yo confiesso, q̃ siendo un Asno aspirè al glorioso credito de Philosopho, y q̃ toda mi contemplaciõ, ni se levanta dos dedos de la tierra, ni entra un dedo mas honda; propriedad que conocereis en muchos hõbres q̃ son unos asnos, y se quierẽ acreditar discretos en muda suspension, ponderando con severas palabras una sentencia, que oyeron, y no entendieron. Y quando de su propria cosecha se atreven echarla en carro, mirando con ceño, y desprecio, inferiores à si los Tulios, Senecas,

cas, y Plutarcos, arrojan desaforados rebuznos; pero al Aguila es biẽ que reconozcais dotada por particular privilegio un ingenio agudo, de vista intrepida, y perspicaz, con que mira al Sol, y penetrando las nubes tocas las Estrellas. Esta si que es verdadera contemplacion, libre de ociosidad. La Raposa, que aveis visto, tambien contempla, y medita; pero son astucias, ardides, engaños, como en esta ocasion, que aguardaba à un conejo para hacer pressa en èl. Huìd tales personas. A este tiempo llegò un correo de Jupiter, avisado del Aguila, que se quexò en sus Reales estrados del ignorante, y malicioso Juez, por el qual le mandaba no passasse adelante en la comission; que harto trabajo tiene quien vive sin èl; pues ninguno iguala al de la ociosidad.

Confinantes eran tambien de los campos lascivos unos locos de regocijado corazon, vientres de tinajas, y cuellos de grullos. Estos obedecian à la Gula, y ella los trataba como merecian: porque si los pezes del mar, los animales de la tierra, las aves del Cielo sepultaban en sus estomagos, como podia sustentarse la vida con tantas muertes? y assi quanto mas relagado el cuerpo, tanto con mas brevedad viene à ser regalado sustento de gusanos. Si algunos Atheistas, la malicia humana ha permitido, que conserve en el mundo la insipiencia, son los glotones, porque no conocen otro Dios sino su vientre, *Quorum Deus venter est*. En servirle, agradarle, reverenciarle, se desvelan, gastan su tiempo, y hacienda. De aqui naciò llamar à los dados à este vicio, Assélos, pezes que tienen el corazon en el vientre, como tambien los glotones; los quales de ordinario son aves de rapiña; porque de otra manera los mas dellos murieran de hambre. Vn continuo gasto en costosos manjares, es cancer de la mas sana hacienda. Cuervos, que oy para comer os sacaràn los ojos, y su cras es el cuidado, que comeràn mañana. Onocrotaldos voraces, que andando todo el dia à pecorea, ensillan la pressa en unos buches, ò bolsas mui grandes, que tienen en el remate del cuello, y despues poco à poco lo sacan, y de nuevo lo rumian, y se cevan, hasta que llenan el estomago voraz.

Finalmente, todo aquel Paìs estaba lleno de locos, con diferentes themas, y causas; y si estas en el mundo son unas, no es mucho, que dèl digamos generalmente lo que de un miembro suyo. Alli vieron los locos de contento, cuya dolencia apenas era ephemera, porque los curaba brevissimamente el mundo, cruel Medico empirico, aplicandoles tristes remedios. Mas de espacio à los locos de tristeza atormentaba su imaginacion con verdugos de pensamientos. Los locos de amor, aunque sanaban, recaìan en locura de zelosos, desdeñados, confiados, y aborrecidos. De los locos perseguidos de Fortuna, algunos volvian en si, con la

solicitud, y prudencia del rector entendimiento. Los arbitristas ignorantissimos en hallar un arbitrio para sanar de su locura. Los arrogantes aprissionados en xaulas, y desde alli con fieros, y desprecios amenazaban à los demàs locos, los quales no se tenian por seguros. Los adivinos, agoreros, y judiciarios, conocian las agenas fortunas, no conociendose à si mismos. Mas adonde voi por campos tan espaciosos, si en rigor, quien al Cielo ofende, està loco, como lo confiessan quantos verdaderamente lloran desengañados su culpa? Entre los demas podia contar mi locura, quando presumiesse referir todas las que alli vieron, y las penas que padecian:

Non mihi si linguæ centum sint, oraque centum,
Ferrea vox, omnes scelerum comprehendere formas,
Omnia pœnarum percurrere nomina possem.

APOLOGO XXXIX.

Del Amor Poetico, y Moral.

AMor complice en los fatales casos de mi fortuna inconstante, menos te conozco, mientras mas te trato. Avia oido escribir à muchos Poetas tu naturaleza, y propriedades, cuya imagen, ò idea en mi memoria permanece impressa; mas la experiencia, y efectos me descubren la verdad de tantas mentiras; si yà no eres monstruo horrible de contrarias formas, dificil permission de naturaleza. Algunos te llaman Dios: que disparate! siendo tan mudable en tus decretos, tan cruel en tus castigos, tan injusto en premiar merecimientos. No eres Rey, pues siempre te haces, y precias esclavo de quien amas; que por esso la Real corona con circulo entero ciñe la cabeza, significando superior, y universal dominio en los inferiores; mas tu resides en el apetito sensitivo, el qual te engendra vassallo de la razon, que con imperio Divino tiene fuerza directiva, y aun coactiva sobre las potencias, y acciones del pequeño mundo. No eres tyrano, pues a ninguno obligas con leyes forzosas, y violentas; antes voluntariamente se rinden à tus leyes, por mas que busquen disculpa en la influencia de los Astros; siendo cierto, que el Sabio tiene sobre ellos dominio. No eres niño tierno, ni es possible, despues de tantos años de edad, y con hijos gigantes, que son zelos, y aun nietos, desengaños. Vn niño, como pudo vencer varones tan valientes? Como flechar el arco, y atravesar de un golpe pechos, y petos de azero? Como vives desnudo discurriendo la fria Noruega, y no perdonando à la abrasada Ethyopia? A un Rey faltan vestidos? Y tyrano vive pobre? No eres ciego, porque superflua seria la venda; no vendado, si vès los secretos del corazon, y el oro mas guardado en avarientas entrañas de un escritorio. No facil, y mudable, que quien bien

ama, tarde olvida. Para què arco, y aljava, si tus heridas son de fuego? Mejor te colgara el hombro un tahali de Catalanas pistolas. Tus flechas para què de oro, si al amante empobreces? Para què de pesado plomo, si el que aborrece huye tan ligero, que el viento de un suspiro no le alcanza? Y si eres cazador, como ciego? Para què son alas, si tu guerra, ò caza no es en los vientos, sino en la tierra? Porquè dàs à entender ligereza, si el amante, ò no puede, ò no sabe apartarse de lo amado, y con clavos de diamante estàs fixo en los corazones? Si eres fuego, como nieto de la maritima espuma, y vives en crystalinos Palacios del mar profundo? Como las mayores finezas de tus regalos se descubren en Nymphas de rios, y claras fuentes? Vuelvo à decir una, y muchas veces, Amor, que no te entiendo, ni conozco; à los zelos si, que me abrasan el alma.

Assi se quexaba Auricrino de Amor; assi le afligian los zelos de Crisaura en poder del Pardal su enemigo, satisfecho estaba de su firmeza, y temeroso del tiempo, trato, y comunicacion; valientes contrarios: Mas el Lebrel por divertirle aquel pensamiento, que siempre le atormentaba, y que algunas veces le hacia prorrumpir en voces, y demostraciones externas, le dixo: Mucho admiro, Principe Africano, que el amor os tenga tan ciego, que aun à èl mismo no le conozcais: y si quien ama no sabe que es amor, como le conocerà quien no le ha visto? Serà segun esto impossible de entender. Ya veo, que muchos me concederàn esta consequencia, y los mayores amantes mas facilmente. De lo qual han nacido tantas definiciones de amor, tantas Descripciones, Enigmas, Geroglificos, Emblemas, Similitudes, y Exemplos. Mas ninguno ha ignorado los zelos, si ha conocido al amor; y si este ignora, no es possible conocer los zelos; como un relativo no se puede conocer sin otro, el padre sin orden al hijo, ni el hijo sin orden al padre. Estos afectos (respondiò Auricrino) mas son para sentidos, que para explicados. Yo siento los zelos, y al Amor; si es el que pintan los Poetas, no le conozco, como he probado, pues le convienen contrarias propriedades. Y si otra cosa es amor, digo, que es un no sè què, que no entiendo, ni puedo, ni quiero entender: porque todas mis potencias me tienen tyranizadas los zelos. Estos si entiendo, porque me entran por las puertas de los sentidos, que atormentan, y se han apoderado del alma. Pues esso mismo es amor (replicò el Lebrel.) Riòse Auricrino de mala gana, y el Lebrel de mui buena le quiso persuadir esta verdad, y comenzò assi.

De tres modos podemos percebir al amor, y zelos: Poetica, Moral, y Physicamente, y en todos tres, hablãdo con los terminos proprios à cada uno, vereis la indissoluble

union; mejor vereis la identidad que entre si tienen. Los Poetas, dicen, que el Amor es un Rey de sobrenatural poder, niño, alado, desnudo, y ciego, armado de arco, y flechas. Vos, señor Auricrino, negais à este la obediencia, y decis, que no le conoceis, siendo el mismo tyrano que os oprime? Los zelos son en fiereza, fuerzas, y rigor, un diosecillo, rey infernal, que otros llaman demonio, otros infierno, que tyraniza el imperio de la razon con todas sus potencias, y hace palacio, y corte de su throno el humano corazon, adonde como otro Radamanto juzga, y castiga cruelmente culpas voluntarias de vanos deleites. Los zelos son un rapacillo en la instabilidad, ignorancia, y travesura desnudo, porque lo esta de verguenza; desnudo como loco; y desnudo, porque desea, y busca la verdad desnuda, que le desengañe. Son ciegos à toda luz de razon, y vendados con tinieblas de errores, hasta que el amigo desengaño los quita la venda, y la rompe. Suyo es el arco, y aljava, pues con tal rigor penetra los corazones. Tienen alas de ligereza para dar alcance à su venganza, para acometer, y retirarse con subtiles estratagemas. Y finalmente, son fuego, hijos de Vulcano, sea legitimo, sea putativo; y son yelo por hijos de Venus, engendrada de la maritima espuma; pues à un mismo tiempo encienden, y yelan; avivan, y entorpecen; ademàs, que los antiguos con unos mismos colores, y pintura, siempre significaron estos dos afectos; sin que en algun accidēte la hallassen superflua, ò diminuta. Esto, à mi vèr, se persuadiò la Gentilidad en aquella antigua generacion del Dios litigio, ò Discordia, que passò desta manera.

Demogorgon, cabeza, y origen de los Dioses, estando solo en su eternidad, que en esta parte los Gentiles bien philosophaban, sintiò que el Chaos immenso, que le acompañaba, gemia con gravissimos dolores de parto, hinchado el vientre, cumplidos los dias del preñado, y sin partera que le ayudasse. Demogorgon piadoso acudiò al remedio, estendiò la mano, socorriò al Chaos, rompiòse el vientre, pariò al Litigio con no pequeño ruido, y estruendo. Luego el recien nacido comēzò inquietamente à batir las alas, y à encumbrarse al Cielo; mas apenas tocò la primera esphera, quando Demogorgon le abatiò, y desterrò perpetuamente de sus alcazares. Este litigio, digo yo que es Amor; y este mismo digo que es zelos; assi lo sintiò Hesiodo, quanto à su antiguedad. Pues q̃ sea el amor litigio, guerra, y discordia, quien lo ignora?

Militat omnis amans, & habet sua castra Cupido.

Y esto de donde le nace? no de otra causa, sino de los zelos, con quien se identifica; pero podreisme replicar, como si Demogorgon significa el Criador de todas las cosas, y el Chaos la nada, de dōde las sacò, ò la materia primera, segū sintiò Platon, que apeteciendo la forma se hallaba cō dolores hasta comunicarse, se pue-

puede afirmar, que su hijo es el litigio, y que este mismo amor, y zelos? Pues los zelos nacen de amor racional, y sin algun conocimiento no se engendran. A lo qual respondo: Que este apetito, potencia, y capacidad de la materia es à todas las formas; y tambien es su misma naturaleza, cuya introduccion no se hace, ni se puede hacer naturalmente sin una continua guerra, discordia, y litigio de los agentes, que con armas de accidentes quieren producirlas corrompiendo las contrarias. Estos influxos activos, y estas passivas potencias se llaman con mucha razon amor; pues son un vinculo de amistad, con que unidas quieren perpetuarse; pero como se atraviessan los zelos, que estando en lo natural, no son otra cosa, que aquel deseo (llamemosle assi) que tiene cada agente de estàr solo en el passo, mediante la forma, expeliendo, no solamente al rival contrario, que es la forma substancial, con quien otra forma no puede naturalmente permanecer, sino todas las disposiciones terceras de conseguir su fin, nace una perpetua guerra, que conserva el universo, y esta se llama amor, esta zelos. De lo qual colegireis, que si por escandalosa, è inquieta quisierades desterrar esta guerra, pareciera el amor, pues faltando la generacion, y corrupcion, faltarian sus acciones conservativas de augmentacion y nutricion, con otras muchas, y se dissolveria esta maquina admirable del mundo, què con amor, y zelos se une, y conserva. Si ya el Soberano Autor de naturaleza milagrosamente por otro modo no la conservasse. Esto mismo passa con cierta proporcion, y analogia en el amor de los hombres; porque siendo union de la voluntad con la cosa amada, esta como es limitada para gozarse, no es capaz de muchas uniones; y assi el temor, y cuidado de que à otra voluntad se una se llama zelos, que son el mismo vinculo, y assi este dissuelto perecen ellos. No poco hemos tocado en este primer modo poetico; del moral, y physico. Con todo esso de cada uno dirèmos una palabra; si tratando de amor es possible no hablar muchas.

Los Philosophos morales no sè si envidiosos, que los Poetas ilustrassen tanto sus obras, deleitando, y persuadiendo con ficciones, y apologos; tambien se hicieron licito este ornato rhetorico, parte mui principal de la eloquencia; del qual usando Agaton, gran Orador, dexò admirado à Socrates, y no sè si acobardado, viendo el aplauso, que alcanzò impossible à su rhetorica, desnuda de fabulas poeticas, que èl juzgaba indignas de tan grande assumpto. Mas el divino Platon moderando esta severidad, y aquella licencia, hermosea sus obras con algunas fabulas, de las quales una refiere à nuestro proposito en el convite, y dialogo, que intitula de Amor, Aristophanes, uno de los interlocutores convidados. Dice,

pues, que los hombres en la primera edad del mundo eran doblados; cada uno tenia dos cuerpos unidos, dos cabezas, quatro brazos, y manos, quatro piernas, y pies; y assi tambien todos los demàs miembros; los quales duplicados, lo estaban las fuerzas. Eran valientes, fuertes, y robustos; de lo qual les naciò una soberbia tan loca, que à fuer de Ephalto, y Oto, como refiere Homero, publicaron guerra contra los Dioses, intentaron escalar el Cielo, arrojarlos dèl, y tyranizar su sagrado Imperio. Jupiter, no tanto apretado del peligro, quanto irritado de la culpa, convocò concilio, propuso la humana temeridad, pidiò parecer en el castigo, dividieronse los votos; unos se inclinaban à misericordia, teniendola de su ignorancia; otros votaron, que Jupiter los fulminasse, para que tuviesse fin su memoria con su atrevimiento; pero Jupiter piadoso, considerando, que fulminada la humana generacion, cessaba el culto religioso de las soberanas Deidades, se resolviò en un prudente medio, con el qual diò castigo à sus locuras: y las atajò del todo: y fue dividirlos, haciendo de cada uno dos, con intento, si este remedio no saliesse eficaz, de volver à dividir cada medio en otras dos partes, de modo, que estrivando en sola una pierna, ò anduviessen à saltos, ò con muletas. Assi lo puso por obra, con lo qual se debiò el numero, y culto divino, y se debilitaron sus fuerzas para no emprender semejantes temeridades.

Viendose, pues, los hombres divididos, cada medio hombre, y muger, comenzò à buscar el otro medio, y hallandole se abrazaba à èl amorosamente, con lazos tan estrechos de cuerpo, y alma, que sola era bastante la muerte à dividirlos; pero con esta diferencia, que antes estaban unidos por las espaldas, aora por los pechos. En lo qual quiso dàr à entender Platon, que el hombre en su principio estaba compuesto de razon, y apetito, entre si unidos, y conformes; despues la soberbia, y otros pecados, dividieron la razon del apetito, y que luego se unieron, y conformarõ, mediante el vinculo de amor; pero al contrario de como antes estaban, porque entonces el apetito obedecia à la razon, y aora en el amor la razon obedece al apetito; y el entendimiento ciego à la potencia concupiscible. De lo dicho se colige, que el mismo afecto de amor lo es tambien de zelos; porque apeteciendo el medio hombre unirse à su medio, por el mismo caso siente que se una à otro distinto de quien no fuè dividido. Y de aqui nace, que muchos parece que tienẽ amor, y no tienen zelos; y à la verdad tambien carecen de amor; porque puesto que dos se junten en uno son medios de otros cuerpos, y assi la union es violenta, en la qual falta el amor, y por consiguiente los zelos, y muchas veces deseã dividirse: tan lexos se hallan de zelosa passiõ. Mas el hombre dichoso, que acertò hallar el medio que le quitaron, persevera en amor hasta la muerte. Que mu-

mucho los Philosophos, y Poetas, digan, que el amado *est animæ dimidium*; pues hasta las almas se dividieron, (puesto que las racionales no son capaces de division.) Si gustas sacar mas moralidades deste Apologo, lee à Platon en el lugar citado; que yo las dexo por no ofender los oidos con algunas menos decentes en nuestro vulgar idioma.

APOLOGO XXXX.

Del Amar en todo rigor de Philosophia.

POr si algun escrupulo inquieta al entendimiẽto, y le retarda assentir à esta verdad, la quiero probar hablãdo en todo rigor physico, y escholastico. Para lo qual cõviene en primer lugar suponer, que impropria, y metaphoricamente goza nombre de amor la unidad, orden, y connexion, que tiene el universo entre si, eslabonadas las causas universales con las particulares, las superiores cõ las inferiores; cuyo vinculo dissuelto, tambien se dissolveria el mundo, reduciendole à mortal confusion. Vnidos, y conformes estàn los Cielos entre si; los Astros, y Planetas; bien que con movimientos contrarios, ò distintos; mas en esta contrariedad està su amistad, y conservacion. Vnidos tambien estàn, y conformes los elementos, obedientes à las celestiales influencias, y todos los cuerpos sublunares, de donde nace, y se conserva la generacion, y corrupcion, que cada dia renueva el mundo envegecido del tiempo; y es tambien amor improprio, y metaphorico; y assi le llaman comunmente, la inclinacion natural, y propension de los cuerpos insensibles, à su conservacion, y exercicios; para los quales el eterno Criador los destinò. La tierra descansa en su centro, y fuera dèl està inquieta, y violenta; lo mismo el agua, el aire, y fuego, en su esphera; y por conseguir sus assientos naturales, sorbe la tierra edificios, y Ciudades, vuelan montes por las nubes. Dexando, pues, aparte este amor, del qual hemos dicho arriba lo que basta, vengamos al proprio, y verdadero.

El qual es un movimiento, ò afecto del apetito; este es de dos maneras, racional, è irracional; y tambien el amor, el qual nace del conocimiento; porque siempre el apetecer nace del conocer el objeto debaxo de alguna razon, ò especie, que mueva la potencia apetitiva. Esta especie, ò razones de hermosura, porque del mismo modo, que inmutada la imaginacion de la especie de desprecio, contra razon recibido, se excita el corazon ofendido con ira à la venganza. Y aprehendiendo la imaginacion alguna cosa debaxo la razon, ò especie de terrible, se excita, y mueve con temor; assi aprehendiendo el objeto debaxo la razon de hermoso, se mueve la potencia apetente con amor. Segũ esto, el amor unas veces se engendra en el apetito racional,

que reside en el cerebro; otras en el irracional, que reside en el higado; el qual apetito es llevado à lo hermoso, como à su proprio, y proporcionado objeto. Su especie, ò entra por los sentidos exteriores, por los ojos, ò por los oìdos, ò la concibe el entendimiento. Deste objeto del amor, que se aprehende debaxo de razon de hermoso, disputò largamente Platon en el Dialogo, que se intitula *Hypias, aut de pulchro*; y tambien *in Phædro*; adonde despues de aver confutado muchos errores de sophistas, para sacar à luz la verdad de su opinion, concluye: *Que la hermosura es cierta gracia, que se halla en las cosas, la qual deleita la vista, el oìdo, el entendimiento.* Esta gracia es un accidente, que entrado por los sentidos mas puros, causa interior deleite. Los mas puros, y perfectos sentidos, que menos participan corporea, y terrea substancia, son la vista, y el oìdo. Y por esso enseña Galeno, que son los que menos sienten afeccion de dolor, ò deleite. De aqui es, que las cosas, que deleitan al gusto, olfacto, y tacto, sabores, olores, y lascivias, son unos accidentes deleitosos, pero no hermosos. Mas en los objetos, que se perciben con los ojos, en las pinturas, en la musica, en los bienes que concibe el entendimiento, està la hermosura; porque en todas estas cosas ay una cierta consonancia, y proporcion, que sabe mas à divino que à humano. Siendo, pues, este el objeto del amor, siguese, que solamente entra por los ojos, y por los oìdos; y que en primer lugar la belleza, y luego la musica aprissione las voluntades. Que por esso los antiguos à las Syrenas, que significan los deleites lascivos, fingian en un escollo del mar Siciliano hermosas; y que con la musica suave de su voz, flauta, y cithara, atraìan los miserables navegantes, los adormecian, anegaban, y comian.

Conocido el objeto, luego el amante apetece hacerse uno mismo con la cosa amada; y segun es la hermosura, assi es el afecto apetitivo, y la potencia, que le produce: porque si el objeto es la hermosura del alma, la virtud, la sabiduria, ò qualquiera otra perfeccion suya; este amor es movimiento del apetito racional. Si el objeto es la gentileza del cuerpo, ò la hermosura de la cara; es el amor movimiento del apetito irracional, que solo puede gozar estos deleites carnales; y lo que apetece uno, y otro amor, es transformarse en estos bienes de la manera que puede, como lo hizo la Reyna Arthemisia; que aviendo erigido aquellas soberbias Pyramides, gloria de Memphis, milagro del mũdo, para sepulcro de su difunto marido Mauseolo, resolviò el cuerpo en cenizas, y se las bebiò, afectando la transformacion, que su ardiente amor la persuadia. Pero no de una misma manera apetecen esta transformaciõ el racional, y el irracional apetito; aquel hacer una dos almas; este hacer uno dos cuerpos. Mas porq̃ no puede el alma del amante per-

fec-

fectamente transformarse en otra alma, procura el racional apetito unir, igualar, y aunar à si misma las principales potencias; en especial la voluntad, la qual rinde, y sujeta à la del amado, con un querer, y un no querer, un obrar, y no obrar, que en cierta manera las identifica; y el irracional, mediante la genitiva virtud, que provocada por la atencion de la potencia à su objeto, como de impetu mayor, es llevada la ciega razon; y con una voluntaria, y libre fuerza, arrastrada para obedecer al bestial dominio. Estando, pues, la razon ya ciega, el corazon entretanto es combatido de mil varios afectos, que el apetito como flechas arroja contra èl, y por consiguiente le perturba de mil maneras; y por esso el amante yà està airado, y soberbio; yà humilde, yà alegre, yà triste, yà cuerdo, yà loco; yà calla, yà habla demasiado, yà espera, yà teme. Y dexando los demàs afectos, este temor, y esperanza; que otra cosa son sin zelos, con los quales se excita la esperanza, y desesperacion, el furor, el atrevimiento, el miedo, el llanto, las voces, el desassossiego, la impaciencia, la venganza, la rabia, y locura? Hallàse algun amor sin estos efectos, y afectos? No. Luego si estos son zelos; tambien se identifican con el amor; y solo se distinguen por el entendimiento, segun distintas razones formales, de las quales nacen diversas difiniciones, como de grados essenciales formalmente distintos. De aqui es, que Chrysippo definiò à los zelos una enfermedad del alma, originada del temor, de que otro goze lo que cada uno quiere solo para si; y mejor los escholasticos con su sagrado, y sabio Maestro: *Zelus est amor intensus non patiens consortem in re amata*: Y del amor, dicen los Philosophos, que es un afecto de la potencia apetitiva, yà racional, yà irracional. Su objeto es la hermosura, y por compassion de la potencia animal, que necessariamente ayuda à la apetitiva, y con ella obra, padece el corazon tantas perturbaciones, innumerables, è increibles.

Esto es en buena Philosophia, amor, y zelos, en que se funda tambien lo poetico, y moral. Bien parece, amigo Lebrel (dixo el Africano) que has cursado las escuelas de Athenas, y consultado aquellos Principes de las ciencias, y de los ingenios; pero no estoi tan ageno de los principios de Philosophia, que no se me ofrezcan para dificultar algunas proposiciones de la que has propuesto. Que el amor sea vecino, y natural del corazon, es cosa tan recibida, que no se puede negar, quando en contrario estàn dando voces los que hã experimentado sus efectos, y los que celebran sus hazañas, ò infamã su tyrania, principalmẽte, q̃ siẽdo, como es passiõ el amor, apenas se puede entender sin orden al corazon à quien altera, y en quien tiene su assiẽto, como las demàs passiones humanas. Segun esto, absurdo es afirmar, que el higado, y cerebro son sugetos del uno, y otro amor. Dificultades sõ no pequeñas,

(respondiò el Lebrel) las que opo neis, señor Auricrino, y assi me dareis perdon si algun tanto me dexo llevar de los terminos Philosophicos para responder, que por huìr dellos, y no entender sus principios; muchos hablan de amor, y le sienten, pero no le entienden; muchos le llaman passion, y no saben que es passion; muchos le sujetan en el corazon, y no saben porque: de los quales es un numero innumerable de versistas, que el vulgo llama Poetas. No assi el Principe de los heroicos Latinos Virgilio, que en quatro palabras refiriò con la elegancia que suele las quatro passiones, que los Philosophos hacen cabeza, y origen de todas las demas:

Hinc metuunt, cupiuntque, dolent gaudentque.

Y Boecio Severino con la misma brevedad:

Gaudia pelle, pelle timorem, spem fugato, nec dolor adsit.

Y porque mejor entiendas esta doctrina, la passion que goza con toda propriedad este nombre se define, *motus appetitus sensitivi ex apprehensione boni, vel mali, cum aliqua mutatione non naturali corporis.* Para lo qual conviene suponer, q̃ todos los animales tienen un perpetuo movimiento natural del corazon, cõ cierta proporcion conveniente à su naturaleza, el qual es, y se llama de dilatacion, y contraccion. Lo segundo se ha de notar, que entre todos los actos de las potencias, assi cognoscitivas, como apetitivas, solamẽte aquellos que pertenecen al apetito sensitivo, siempre, y à peticion de su misma naturaleza se hacen cõ alguna mutacion del cuerpo; la qual descompone la natural disposicion del animal; y la razon es, porque esta intenciõ, ò remission del movimiẽto del corazon, con que se dilata, y se contrae proximamente, y por si mira, y sigue los actos destas passiones del apetito sensitivo. El temor, y la tristeza causan remission en el movimiento de dilatacion; el amor, y el gozo intensiõ en el mismo movimiẽto, y por cõsiguiẽte mas, ò menos contraccion. Es verdad, q̃ de los actos de otras potencias tambien se siguen intension, y remission en el movimiento del corazon; mas esto no proxima, sino remotamente. Como del acto de la voluntad aprehẽdiendo el bien, ò el mal, pero es interviniendo el apetito sensitivo: con lo qual la definicion queda explicada, y entendida. Y juntamente respondo, señor Auricrino, à vuestra dificultad, porque si hablamos del amor irracional, este yo confiesso q̃ es passion, porque es movimiento del apetito sensitivo. Y si dixe, que residia en el higado, esto es en opinion mui probable de nobilissimos Philosophos, siguiẽdo por su adalid à Galeno; los quales lo afirman fundados en que los mui sanguinos son mas faciles, y mas inclinados à luxuria; y por esso el apetito sensitivo irascible pone en el corazon, el concupiscible sensitivo en en el higado, oficina de la sangre, adonde yaze la concupiscencia, bien assi como la Hiedra en el lago Lerneo. Y puede

ser

ser, que si Aristoteles no errara, como errò en afirmar, que el principio de las venas es el corazon, sintiera lo mismo. Pero toda nuestra doctrina permanece en pie con la misma fuerza, y vigor, situando el apetito sensitivo concupiscible en el corazon, ò en el higado, que una, y otra opinion es probable. De lo qual tambien se colige, que el amor racional no es passion, y por consiguiente no reside en el corazon, ni en el higado, sino en el cerebro, sujeto de las potencias, ò facultades animales, como el corazon de las vitales; si bien por consentimiento, como arriba queda dicho, padece varios afectos. Y esto por aora baste de terminos philosophicos, para los oìdos de quien no ha estudiado esta ciencia, cansados, obscuros, y molestos.

Vn escrupulo me queda (replicò el Africano) y es, que me digas quātas son las passiones, que justamente merecen este nombre: Platon (respondiò el Lebrel) como en la Cathedra de su Academia le oì leer, y despues lo dexò escripto, siente, que las passiones, que tienē nombre, son muchas; las que carecē dèl, innumerables. Y assi, que el hombre es como un monstruo, y Sphinge compuesto de partes de varios animales, y que la concupiscencia es la mayor cabeza, de donde nacen otras muchas. Las principales passiones son quatro, que yà referì; gozo, y tristeza, esperanza, y temor; pero si deseais menos universal division; digo, que las passiones son onze; seis pertenecen al apetito concupiscible, las quales miran el bien, y el mal *secundum se*, tres respecto del bien, tres respecto del mal; porque ofrecido el objeto debaxo de razon de bien, luego se excita en la potencia concupiscible amor: si el objeto està ausente, deseo, si presente, deleite, ò gozo: si el objeto se ofrece debaxo de la razon de mal, nace en la cōcupiscible odio contrario al amor; si està ausente, se excita luego fuga contraria al deseo; si presente, tristeza, ò dolor contrario à la delectacion. Restan de las onze cinco, que pertenecen al apetito, ò potencia irascible, y miran al bien, ò al mal, *non secundum se*, sino debaxo de razon de arduo, y dificultoso. Dos respecto del bien, tres respecto del mal. Si el objeto se ofrece debaxo de razon de bien arduo possible, nace luego en la potencia irascible esperanza, si de bien arduo impossible desesperacion; el tercer miembro de possession le falta, porque al bien posseido le falta la razon de arduo, pues esta ya queda vencida, respecto del mar arduo, ò està ausente, y entonces nace en la irascible temor, ò nace atrevimiento; si presente ira, con que el animo se enciēde para tomar venganza, y repeler el mal. Estos onze miembros tambien permiten otras divisiones; como si quisieramos dividir al amor, el qual respecto de aquel à quien deseamos algun bien, se llama amistad; respecto del mismo bien que deseamos, amor de concupiscencia.

Hacese mencion principalmente destas quatro passiones, gozo, tris-

teza, esperanza, y temor, porque son el complemento, ò fin de las demàs, como enseña el Philosopho en sus Ethicas. Mas el temor, y esperanza tiene este complemento en razon de terminar el movimiento del apetito, porque respecto del bien comienza en amor, passa à deseo, terminase en esperanza; respecto del mal comienza del odio, passa à ser fuga, y acabasse en temor. Que estas dos potencias, ò apetitos irascible, y concupiscible de ordinario se juntan, y mezclan los actos, ofreciendose los objetos, y à como bien absolutamente, yà como arduo, yà debaxo de ambas especies, y todo se turba soplando los quatro vientos, y levantando nubes, que confunden en sombras, y obscurecen el sol de la razon. Del gozo, y la tristeza bien se dexa entender este complemento, y termino, con mas perseverancia à veces, y rebeldia de lo que conviene, ò pue de tolerar nuestra naturaleza. Con esto pongo fin à la doctrina del amor, que por ser tan comun su trato, y tan inciertas, y aun falsas las propriedades, que le atribuyen, merezco perdon, y merecì licencia.

Valgame el Cielo! (dixo Auricrino) quantos engaños ay en el mundo acerca destos afectos; y quan desengañado quedo para no permitir en mi otro amor, que al racional; reprimiendo qualquier movimiento contrario del irracional, que en todas las operaciones del animo quiere parte. Y lo peor es, que con estos firmes propositos amor me enciende, zelos me atormentan. Poca satisfaccion tienes (dixo el Lebrel) de quien tanto por ti ha padecido. Ausencia (respondiò el Africano) deroga leyes de amor, ni admite consejos, ni escucha razones, porque siempre causa olvido: pero no en mi, puesto que me juzgara dichoso. Este es uno de los errores amorosos (replicò el Lebrel) que siempre el amante se juzga con diferentes leyes que al amado: de lo qual se colige, que el ordinario amor, que corre por el mundo, no es amor perfecto, y verdadero, sino amor de concupiscencia, ò amor proprio. Si hallara culpa en Crisaura, dierate un consejo, que en el tiẽpo de mis metamorphoses, quando era hombre encomendè à la memoria en estos versos, para convencerme à dexar cierta dama, que me traìa sin quietud, y aun sin juicio.

Inconstante rapaz, que tu firmeza
En flaco fundamento de mudanza
Acreditas valor siendo venganza
De culpas que incurriò naturaleza:
Es propria del varon la fortaleza,
Porque enflaquece tanto mi esperanza?
Que quando el fin de su eleccion alcanza,
Possession firme adquiere de flaqueza?

Mas

Màs ſi amor en lo amado ſe transforma,
De la mudanza, que me ofende, ſiento
Medio contra firmeza ſaludable.
Es vidrio la muger, es ſombra, es viento;
Yo que me transformè en ſu miſma forma,
O no la tengo amor, ò ſoi mudable.

Bien concluye el ſylogiſmo; ſi las premiſſas ſe conceden (dixo Auricrino) pero no ſiempre las mugeres ſon mudables, no ſiempre faciles. Exemplos iluſtres eternizan mil Penelopes, Zenobias, Daphnes, Porcias, Sophronias, Sulpicias, Lucrecias, Rhodopes, y Euphroſinas; cuyo valor en defenſa de ſu honeſtidad, en teſtimonio de ſu honra, en ſeguridad de ſu firmeza, deſpreciò riquezas, executò venganzas, abrazò muertes. Y la miſma confianza, aunque ſe juzgue menos cordura, tengo de Criſaura; mas eſta no es poderoſa à excluir los temeroſos zelos. A eſte tiempo paſsò graznando un Cuervo, y Pardalin enfadado, què nos quiere, dixo, eſte vil menſagero, à quien juſtamente trocò el blanco color en negro Apolo, por las nuevas de la ingratitud de Coronis? O ſi tuviera la veloz ſaeta de ſu venganza, para tomarla deſte agorero, y ſuperſticioſo canto, y pagar albricias de la embaxada! Mas ſabio te juzgaba Pardalin (dixo Auricrino) à vanos agueros dàs credito? Nunca el animo valeroſo humillò ſu ventura à temores de tales vanidades, pueſto que tal vez ayan ocaſionado à valientes Capitanes para esforzar ſus eſquadrones. Acuerdome de Miſoniano, iluſtre ſoldado, que mientras el Romano exercito hacia alto, eſperando el auſpicio de cierto agorero, que atendia al vuelo, y graznido de un Cuervo, atraveſòle con una ſaeta, y cayendo à ſus pies muerto, dixo: Quien no ſabe ſu ſuerte, como puede adivinar la agena? Alabo tu valor (reſpondiò el Lebrel:) Mas aguarda, no vès con quanta velocidad vencen los vientos una Corneja, y una Lechuza, y otro Paxaro, que no conozco, los viene dando alcance? Dicho eſto, baxaron el vuelo todos tres, y juntos dixeron: Sabràs Africano valiente, que el Tygre Pardal, à quien eſta isla ha jurado Rey, ſe deſpoſa oy con Criſaura, el Cielo te conſuele, ò te caſtigue la necia confianza de tu amor: y quedate à Dios, que no venimos à otra coſa. O vil canalla! dixo el Lebrel, eſtendiendo voca, y manos à prenderlos; pero la Corneja, y Lechuza volaron. Quedò preſſa la Rapoſa, y proſiguiò el Lebrel, diciendo: Si dais las malas nuevas, porque deſcubris el dañado afecto? Y tu Rapoſa infame, adonde hallaſte alas para lograr eſſa mala intencion? La Fama (reſpondiò) para tales, y tan hermoſas embaxadas, ſe las preſta à quantos las piden.

Entre tanto Auricrino sepultado como en un profũdo sueño despertò con un ay dòloroso, y por buen espacio el corazon no lediò licencia para mayores quexas ocupado en tan justo sentimiento. Ay, volviò à dezir amor cruel, mas que mi fortuna, con serlo tanto! dichoso yo si pudiera quexarme de zelos, quando los agravios son ciertos, y declarados. Ha traidora! que culpas merecieron tal castigo? que olvidos tal venganza? que desamores tal desprecio? Mal aya quien os trata verdad. Solia yo consolarme con tu amor en los trabajos que padecia, en los rezelos, que me inquietaban. Llamabale veneno suave, agradable herida, enfermedad voluntaria, y dulce muerte. Aora en todo me desdigo, porque tu rigor es rabia incurable, muerte violenta, fuego inextinguible, y merecido infierno. Mas ay de mi! adonde està mi valor? Assi desprecio un desengaño? Como no le edifico en mi memoria un sũptuoso templo? Detente, señor (dixo el Lebrel) que te dexas llevar ciego de tu passion, y dàs facilmente credito à una parlera Corneja, que por sus hõrados servicios maldixo Palas; y à una Lechuza aborrecida de toda su generacion, por el abominable incesto, que con su padre cometiò; y à una Raposa, cuyos engaños, y mentiras en ella son naturales. Mal haceis, señores (dixo la Raposa) en pagar con ingratitud buenos deseos. Porque me culpais, si os doi aviso à tiempo, que podeis convertir en llanto las alegrias de las bodas, tiñendo en sangre las blancas mesas, y en tinieblas las teas de Hymeneo? dadme libertad, y seguid mis passos. Auricrino entonces llamado de un afectuoso furor de venganza, dixo: La vida te doi por las muertes que tengo de executar. Vamos, respondiò la Raposa, y no faltarà compañia por el camino, que ya veis cubierto de gente, porque la provincia se despuebla en servir al nuevo Rey. Aquellas Monas, que adelante caminã, son viles truhanes. Aquellos Camaleones son aduladores, que mudan la cara del color, que viste el Principe. Aquella senda de Hormigas, es gente que solo busca su provecho en las casas Reales, y Republicas, no el biẽ comun. Aquel esquadron de Moscas, sigue la miel, la hacienda, no al dueño que aborrece su importuna porfia. Estos son los excrementos de la Corte, que mucho si tambien atrae, y aposenta lo mas lucido del mundo? Dichoso una y mil veces, quien antepone estos campos apacibles à sus palacios sumptuosos.

APOLOGO XLI.

De la Poesia, su origen, pobreza, y peregrinacion.

A Los crueles zelos del bravo Leon, que desengaños yà se persuadia, leguas parecian los passos, q̃ caminaba, años los instantes. Vn tropel de pensamientos le confundia el discurso, y entre todos se levantaba, y descubria el de venganza, bien que

que con algunas pequeñas centellas, amor en tantas tiniebias parece que se animaba à darle luz de la innocencia de Crisaura. Corto, y casi imperceptible era este consuelo à tanto dolor, y ceguedad. Con todo esso fue motivo à sus zelos, y estos à su deseo para preguntar à la Raposa, si llegarian à tiempo que pudiesse convertir el thalamo de sus bodas en tumulo de sus exequias; ò si avia algunas premissas de que el Pardal no conseguiria el fin, que deseaba por la resistencia de Crisaura. A esto respondiò la Raposa, que el vulgo estaba dividido en pareceres, como suele acontecer; y que en una cosa todos convenian, que si los desposorios tenian efecto, seria haciendo fuerza à la voluntad de la dama captiva, si una valiente honestidad puede ser forzada. Esso es impossible (replicò al punto Auricrino) si le dà la mano de esposa, plenamente està comprobado el delito. Y dime, han precedido grandes fiestas, y alegrias? Grandes, respondiò la Raposa, y las mayores que jamàs se han visto, ni oìdo: no perdonando à gastos, ni à desvelos, en juegos, pruebas, luminarias, convites, y mercedes. Todas trazas para alegrar à la triste Crisaura, y hacerse amado della en primer lugar, y luego de los suyos; pero de las fiestas la mas celebre, y que se llevò el general aplauso fue una justa Poetica, que por dos motivos ordenò; el uno celebrar su nombre, y la hermosura de su esposa dignamente merecida, levantandose en la ligereza de destas plumas hasta las estrellas; el otro vencer con dones, y premios la natural pobreza de tantos Poetas vergonzantes, y algunos desvergonzados, para reprimir sus continuas quexas, y satyras licenciosas, de otro modo irremediables. Mas saliòle vano este pensamiento, y aun surtiò contrario efecto; porque tãta fue la summa de Poetas, que concurriò, que no siendo possible remediar pobreza tan general, tan propria, y connaturalizada, ni todos pudieron ser premiados, ni los que lo fueron cõ igualdad, y assi los Epithalamios, y Panegyricos se convirtieron en satyras atrevidas. Dos cosas me hacen novedad, dixo Pardalin; la una, que sean tantos los Poetas, quando en opinion de muchos en todo un Reyno apenas se halla uno; la otra, que la pobreza les sea tan propria, y natural, pues por si no lo merece esta Arte noble, è ingeniosa. A lo primero (respondiò la Raposa) se satisface, reconociendo, y confessando su dificultad, y la ignorancia del vulgo, que à quantos escriben versos llama Poetas, y à no pocos, porque los desearon escribir, colocandolos en lineas paralelas del Zodiaco con Apolo, y haciendolos passear hombro con hombro por el Parnasso con Homero. A quien no cansaràn estos insultos alabadores, que aun carecen de habilidad para dissimular sus vanas lisonjillas? Es decir, que tienen su poquito de picante encubierto, de ninguna manera son innocentes; que el otro Calistrato à quien satyriza Marcial, ala-

baba à todos, por no decir bien de alguno:

Ne laudet dignos, laudat Calliſtratus omnes,
Cui malus eſt nemo, quis bonus eſſe poteſt?

Al cõtrario de Mamerco: extremos viciosos, ſi el primero lo hacia con buena intencion, como algunos piadoſamente interpretan:

Ego eſſe miſerum credo cui placet nemo.

Para que las alabanzas hagan fè, han de ſer templadas, y cuerdas, que lo demàs es uſurparſe ridiculos magiſterios de criticos, y à los otros juzgarlos ſin juicio. Volviendo à mi aſſumpto, digo, que no entienden, ò no ſe dàn por entendidos, que la Poeſia es Arte de imitar con palabras, ſea en verſo, ſea en proſa. La qual verdadera imitacion perfecta de todas ſus circunſtancias, es accion dificultoſa, y que no la permiten medio los Dioſes, los hombres, ni los theatros, como à otras Ciencias, y Artes.

Mediocribus eſſe Poetis,
Non homines, non Dii, non conceſſere columnæ.

Lo ſegundo, que ſean pobres, *natura ſua*, es llano: y para ſerlo no tienen neceſsidad de conſeguir ſu perfeccion; baſtales pretenderla mediante la ocupacion en el metrico exercicio. Eſſo (replicò el Lebrel) ſin duda les nace, aunque ellos dèn otras cauſas, de que ocupando el tiempo en eſta arte ſin fruto, ni premio, les falta para buſcar de comer, trabajando en adquirir hacienda, y conſervarla. Razon es congruente (dixo la Rapoſa) pero incluye mas myſterio del que manifieſta, por particular permiſsion de los hados, que no ſin mayor cauſa las demàs Artes merecen, y alcanzan fama, y riquezas, y la Poeſia à mas no poder, ſe contenta con la fama. Lo qual lloran los triſtes Poetas, vertiendo lagrimas irremediables, entre quexas ſin provecho: *Pauper amavi*, dice Ovidio, y ſeñalando los premios que ha recibido, no hace inventario de mas bienes que la fama:

Quid petitur ſacris niſi tantum fama Poetis?
Hoc votum noſtri ſumma laboris habet.

Y pues la diſtancia del camino nos dà lugar, por ſi puedo divertir los penoſos penſamientos à nueſtro Auricrino, os contarè el nacimiento, y fortuna de la Poeſia, como en antiguos codices lo hallè eſcripto; y paſsò deſta manera.

Aviendo fulminado Jupiter tonante la ſacrilega temeridad de los Gigantes, q̃ antiguamente emprendieron eſcalar los muros inacceſsibles de los Alcazares del Cielo: mal corregida la generaciõ de los hombres; pueſto que bien caſtigada, toda ſe corrompiò torpemente con abominables pecados, deſpreciando las leyes naturales, y divinas y aun à ſus Legisladores. Ofendido, y provocado de tantas maldades el padre, y Rey de los Dioſes, convocò los à general concilio, y propueſta la humana locura, ſe reſolviò con parecer de todos anegar ſu memoria,

y vicios en las aguas de un diluvio universal. Assi lo puso por obra, reservando solamente en una barquilla, por justos, y temerosos de la divina justicia, à Deucalion, y Pyrrha su muger. Estos despues de largas navegaciones por el mundo, que todo era mar, aportaron à la cumbre de Parnasso, à quien perdonaron las aguas por Divina permission. Con un castigo tan horrendo la ira de Jupiter satisfecha, al passo que esta se aplacaba, tambien las nubes su rigor; hasta que los vientos (encarcelados en sus grutas) se desvanecieron. Y por mandado de Neptuno Triton tocò su sonora trompa; à cuyas señas el mar y rios obedientes se recogieron dentro sus antiguos terminos; con lo qual la tierra limosa, informe, y desfigurada, viò al Cielo su restaurador, y el Cielo alegre cõsolò à la tierra. Deucalion, y Pyrrha, baxando del monte, entraron à un cenagoso Templo à sacrificar, y cõsultar los Dioses en tanta confusion, adonde Themis, Diosa Pythonisa, daba respuestas en casos dificultosos. Ella como piadosa, de orden de Jupiter respondiò à sus ruegos: que saliendo del Templo, y cubiertas las cabezas, echassen à las espaldas los huessos de la gran madre, los quales restaurarian el mundo. Dificultando la interpretacion del dudoso oraculo dieron en la verdad y saliendo de el Templo comenzarõ à executar el Divino precepto; y las piedras que Deucaliõ arrojaba atras, se convertian en hombres, y las que arrojaba Pyrrha en mugeres.

De esta manera renovado, y multiplicado el linage humano, sucediò nueva confusion à Jupiter, y à todo el Divino Senado, porque los hombres formados de materia tan dura, y bronca, como las piedras, salieron tambien duros, y empedernidos, toscos, incultos, asperos, è intratables. Ignoraban todas las ciencias, y buenas artes de paz, y guerra; y por tanto vivian como fieras por los bosques, sin poblaciones, y policia, olvidados de la deuda natural al culto religioso de los Dioses, de quien havian recibido la vida, y bienes, que gozaban. Este pecado, como en efecto nacido mas de ignorancia, y flaqueza natural, que de malicia, perdonò piadosamente Jupiter, y en orden al remedio publicò segundo Concilio; y propuesta la humana miseria, y descredito Divino, oìdos los pareceres de todos, decretò fundar en la tierra una Vniversidad de Ciencias, Artes, y Oficios, en la qual los hombres piedras se labrassen de modo, que pudiessen servir para edificar Pueblos, y Ciudades; y aun se hiciessen dignos de adornar los celestiales edificios. En orden à esto mandò que los Dioses, y Diosas con sus Divinos ingenios inventassen, dispusiessen perfeccionassen cõ buenos principios, reglas, methodo, las Ciencias, y Artes requisitas al humano comercio, y perfeccion de la racional naturaleza. Dissolviòse la junta, todos se recogieron à sus palacios, cuidadosos, y solicitos de la nueva invencion, en la qual servian à

Jupiter ilustraban la tierra, y vinculaban en los hijos de su ingenio eterna fama, y nombre. Passados algunos dias parecieron ante Jupiter los Dioses con las Ciencias, y Artes que hoi se usan en la tierra, nacidas, criadas, y perfectas de todas sus circunstancias. Jupiter hizo ostentacion con grande aplauso, y gloria suya: que en esto no permitiò otro la ganasse, ni le seria possible, de la nobilissima, è igualmente importantissima Theologia, Ciencia, que como el mismo nombre dà à entender, es de Dios de sus perfecciones, y obras; para que los hombres, mediante este conocimiento, se humillen, y reconozcan agradecidos à la mano poderosa, que los sacò del abysmo de la nada, y los conserva infundiendoles dones sobrenaturales, que los hacen semejantes à la suprema Deidad. Tiempo, y camino me faltaràn, si pretendo referir las marabillosas Artes de cada uno en particular, y assi las passarè en silencio, viniendo al punto que mira esta narracion. Apolo entre otras muchas Artes q̃ inventò, las quales dàn à su fama tãto lustre como los mismos rayos que le visten, fue una Poesia, hija suya, y de la Naturaleza, que en orden à la consecucion deste fin, y parto se casò con ella en legitimo matrimonio, del qual tambien nacieron otros innumerables hijos; efectos naturales, tã ilustres, y principales, que aun en la admirable generacion del hõbre le dan parte como à causa no la menos influyente; y por esso vino à decir el Philosopho q̃ *Sol, & homo generant hominem*: dãdo al hombre las vezes de la naturaleza con quien se desposò. Esta hija costò al buen Apologo grande Arte, industria, y trabajo, y assi de parte de padre heredò la naturaleza; por lo qual la que degenerare destas calidades, y señas, no serà Poesia, sino monstruo, como lo disputò en terminos, y resolviò el otro gran Maestro en su Arte Poethica:

Naturâ fieret laudabile carmen an Arte,
Quæsitum est: ego nec studium sine divite vena;
Nec rude quid prosit video ingenium: alterius sic
Altera poscit opem res, & conjurat amicè.
Preguntase, de quien la Poesia
Es hija? si de la Arte, ò el Ingenio;
Yo siento que Arte sin naturaleza,
O la Naturaleza sin el Arte
Para engedrarla sea insuficiente,
Si no se unen amigablemente,

Huvo, pues; Apolo en la noble Naturaleza con arte, y con estudio esta hija, niña hermosa tanto, que en ella puso su amor, con tal eficacia, q̃ pa-

re-

fece le quitaba de los otros hijos, de lo qual justamente tuvieron zelos, y aun envidia, aunque lo dissimulabã por no disgustar à su padre. Era tiempo yà de partirse por ordẽ de Jupiter à la tierra todas las ciencias, y artes, y de dàr à sus lecciones provechoso principio en la nuevamente fundada Vniversidad: y señalado el dia de juntarse en los palacios Olympicos para comenzar su jornada, concurrieron los Dioses, haciendo ostentacion con gloriosa vanidad de los frutos sazonados de sus Divinos ingenios. Todas las ciencias, y artes venian en su florida juventud, doncellas hermosas, gallardas, y ricamente aderezadas, con las rozagantes vestiduras de sus mas ocultos primores, yà especulativos, yà practicos; y acompañadas de los instrumentos convenientes à sus ministerios, perfectamente obrados por manos de sus mismos inventores. Entre estas sabias Doctoras, y Maestras pareciò la Poesia, niña desnuda, y tan pequeña, bien que hermosissima, que no pudiera venir, si Apolo su padre no la traxera de la mano; pero tan brioso, y agraciada en las pocas razones que decia y en su belleza, que se llevò los ojos de todo el Senado. Jupiter, pues, gozoso en extremo, de vèr felizmente conseguido el remedio de la humana miseria, dandolas amorosamente su bendicion, mandò que se partiessen à la tierra en forma de Vniversidad. Todas se disponian para la jornada en carrozas de nubes, que Phebo vistiò de terciopelo carmesi, y tachonò de oro, tiradas de caballos de vientos. Solamente la Poesia como niña abrazandose à su padre, ni cuidaba deste magisterio, ni mostraba gusto en èl. Apolo recibiendola en sus brazos la hacia mil amores, sin pensamiento de apartala de si, ni de enviarla al mundo. Reparò en esto Jupiter, y los demàs Dioses, ciencias, y artes, y preguntaron al Dios Delphico, por què no prevenia lo necessario para la jornada de su hija la Poesia, como lo havia hecho para su hija la Medicina? A lo qual respondiò, que su edad era tan poca, su desnudez tan grande, los requisitos para la Cathedra tantos, que no era possible al presente ponerse en camino; pero que passados algunos años, en los quales trabajaria con toda vigilancia en vestiria de ornatos, y colores convenientes, y aun forzosos à su perfeccion; de buena voluntad, aunque esta padeciesse en su ausencia, la enviaria à la tierra, que su hija no era como los demàs habitos, que en breve tiempo se podian perficionar con la integridad de sus partes, y respecto à sus objetos en toda su latitud, por quanto la Poesia no solo necessitaba de arte, y naturaleza para su essencia; sino tambien de facilidad adquirida con muchos actos en largo tiempo; y tambien de los principios, y primores de las demàs ciencias, artes, y oficios. Satisfizo esta razon à Jupiter, à los Dioses, y à la Vniversidad; y porque no se partiera defectuosa de arte tan ingenua, y tambien

por el temor que generalmente teniã à su padre Apolo, viendole tan enamorado de su hija, y que ella lo merecia, determinaron servirle, y lisonjearle, comunicando à la niña Poesia las perfecciones, y secretos de todas sus ciencias, y artes, y aun de los mas mecanicos oficios.

Jupiter le supliò la edad, como tambien lo hizo con la Philosophia, que bien le constaba, que los niños, como despues dixo Aristoteles, no pueden ser Philosophos por falta de experiencia; aunque bien pueden ser Mathematicos. La Theologia liberalmẽte le communicò sus mysterios; la Philosophia Moral sus virtudes, y mas ocultos secretos, terminos, y axiomas; la Medicina sus remedios, y propriedades de animales, plantas, piedras, y mixtos; la Jurisprudencia sus leyes, policia, y razon de estado; la Rethorica sus colores; la Musica sus voces numericas; la Mathematica sus demõstraciones; la Pintura su imitacion; la Arquitectura sus dimensiones orden, y correspondencias; la Methalica sus minas, è ingenios; la Mecanica sus reglas, usos, y primores; y assi las demàs. Con los quales dones, y privilegios la niña Poesia creciò à edad conveniẽte, y quedò su hermosura vestida de las mas ricas, y curiosas galas, que todos tenian, y que sus padres pudieron inventar.

Vencida, pues, esta dificultad se pusieron en camino, llegaron à la tierra, publicòse su venida por merced de los Dioses; fundaron en la Ciudad mas conveniente una Universidad con mui capaces Generales, adornado de Epigrammas, y Geroglificos; y señalado, el dia dierõ principio à sus lecciones, con grande concurso de los mas remotos terminos del mundo.

A pocos dias se entibiò este fervor de modo que antes de cumplir el curso del primer año, apenas quedaron en cada General quatro Discipulos, que forzados de su gran natural, y proporcionado ingenio à las Ciencias, y Artes, q̃ havian començado, prosiguieron con grande aprovechamiento obligados, è impelidos de solo el fin de saber, y de ilustrar la naturaleza racional con habitos proporcionados à su sèr; y que estos, mas que otros, los distinguian de las bestias, porque *omnis homo naturaliter scire appetit*; y assi guiados deste apetito, al principio todos concurrieron; pero como rudos, y barbaros huyeron despues, quedando lo mas acendrado, que fueron los oyentes, que hemos dicho. Y aunque es verdad, que todas estas sabias Cathedraticas sacaron algunos pocos discipulos consumados en su professsion; pero la Poesia à dos, ò tres discipulos, que ẽseñaba, solo pudo communicar los preceptos de su Arte ajustados à la buena razon; porque el natural, ni ella, ni las demàs Doctoras trahian jurisdiccion, ni poder para influirle. Y como en todas las Ciencias, y Artes basta la razõ ingeniosa, ilustrada de Arte, y principios para cõseguirlas, pudieron salir algunos discipulos famosos en ellas, y que merita-

men-

mente fueron dignos de lauro, y fama. Mas en la Poesia fuera de la razon, y del Arte, se requiere un cierto natural, y don gratuito, que necessariamente no acompaña à la racional naturaleza. Y assi la docta Poesia instruyò sus pocos discipulos en las reglas del Arte; pero no pudieron hacer siquiera un verso por falta de natural.

Este era el estado de aquellos estudios, triste, y miserable, pues con tã pocos discipulos no se podian cõseguir el fin de Jupiter, y del Divino Senado. Juntò la Vniversidad claustro pleno para inquirir la causa de tanto aborrecimiento, como tenian los hombres à las ciẽcias, y para consultar remedio (si alguno era possible) antes de acudir à Jupiter, por excusarle tan justo sentimiento. Como sabias enefecto, y prudentes, propuesto el caso, luego dieron en el punto, resolviendo que la soledad de las Escuelas procedia de la falta de interès, y premio, que siempre; ò por lo menos, las mas veces mueve, impèle, y guia à la depravada naturaleza de los hombres, y que sin este norte mui pocos emprenderian la navegacion del golfo immẽso de las ciencias. Conocida la causa, se ofrecia nueva dificultad para el remedio; pareciendo à la Vniversidad, con mucha razon, grande mengua, descredito, y perdida de reputacion, permitir se profanassen, y deslucièssen los sagrados objetos de las ciencias, y admirables preceptos de las Artes, con la vileza del interès. Inconveniente era este, por cierto, grande, y digno de toda atencion; pero que se resolviò dissimularle por entonces, permitirle, y aun aconsejarle, por no perder los frutos, que con evidencia conseguiria el linage de los hombres. Ademàs, que redundaria en mayor honra, y gloria de los pocos, que en orden à su perfeccion, y al bien de los proximos, se diessen à estas ciencias; las quales no podian en si mismas padecer obscuridad, ni pestilente contagio del abuso humano, como ni el Sol alumbrando lugares cenagosos. Con esta resolucion llamaron à Cortes Generales las cabezas de los mas ilustres Reinos del mundo. Y haviendo concurrido, hizo la Rethorica una elegantissima oracion, reprehendiendo su obstinada ignorancia, y desagradecimiento à las mercedes de los Dioses: las quales no solo no estimaban, ni agradecian; pero ni aun las querian recibir, ingratitud anticipada, y bestial. Luego dirigiò su oracion à persuadir los señalassen premios, interesses, y rentas à los professores de Ciencias, y Artes, y Oficios; porque siendo estos los que havian de gobernar el mundo, y sustentarle con las obras de sus ingenios, y manos, sin la espuela del interès, no havia quiẽ cursasse sus escuelas, ni diesse un passo en el proprio, ni ajeno provecho.

Bien fue menester toda la eloquẽcia de la Rethorica para persuadirlos; y llegando à la asignacion de los interesses debidos à cada Ciencia, y Arte en particular; despues

de grandes contiendas, y disputas; por ultima resolucion decretaron premio à los Theologos, si les costaba su trabajo, y verguenza pretenderle; premio à la Jurisprudencia, premio à la Medicina; y que la Philosophia por sì sola no le tuviesse, ni alcanzasse, si no es arrimada à la Theologia, Medicina, y otras Artes. Premiò à todos los oficios mecanicos, sin que alguno quedasse descontento, desde el mas noble al mas humilde. Solamente la Poesia quedo sin premio, y sin esperanza de algun interès, ni fue posible, que los de las Cortes se le señalassen, fundados, en que la Poesia no era de algun provecho à la humana conservacion, y commercio. Y quando lo fuesse, para celebrar las acciones dignas de fama, y con Hymnos à los Dioses, la experiencia los havia enseñado, gran Maestra, sin ser Cathedratica; que quantas reglas, y preceptos tenia la Arte Poetica, eran insuficientes para hacer un solo verso, à quien no tenia natural, y esta era merced, y privilegio de los Dioses, hasta ahora à ninguno concedido; y por tanto la señora Poesia aprendiesse à hilar, si queria sustentarse en la tierra, ò se volviesse al Cielo, que en esta parte su resoluciõ seria immutable. Esto assi determinado, y concluso, se abrieron los generales y se comenzò à leer, cursando una summa innumerable de estudiantes, llamados del interès de hõra, y de riquezas. O sagradas ciencias, torpemente profanadas de los hombres! con razon llorò despues un Sabio vuestra desdicha, ò por mejor decir, de los que os professan por estas palabras: Muchos saben muchas cosas, y se ignoran à sì mismos; porque vician sus estudios con mal fin; y porque exteriormente buscan la virtud, y en lo interior la vanidad; unos estudian solo por saber, y esta es torpe curiosidad; otros para ser sabidos, y esta es torpe vanidad; unos para vender su ciencia por honras, ò dineros, y esta es torpe ganancia; otros para aprovechar à sus proximos, y esta es caridad; y finalmente, otros para aprovecharse à sì mismos, y esta es prudencia.

Volviendo, pues, à nuestra Poesia, viendose pobre, y despreciada, aunque hija de Apolo, hermosa, y divina, huyò las escuelas; y teniendo verguenza de volver al Cielo à los ojos de los Dioses, se entretenia por las soledades de arboledas, prados, y riberas de rios, escondiendose tambien à los ojos de la humana ignorancia; y à veces disfrazada, de noche pedia limosna en las cercanas Aldeas para sustentarse. Con esta miseria passaba la vida la desdichada Poesia algunos meses, hasta que Jupiter cuidadoso de su Universidad diò comission à Apolo para visitarla, sì bien lo quisiera hacer por su persona; pero no pudo, ocupado en importãtissimos negocios. Baxò Phebo à la tierra, y visitãdo las nobles escuelas, la primera por quiẽ preguntò fue su hija la Poesia, añadiendo, que por verla havia aceptado la comission, y encomendado el

co-

coche del Sol à Diana. Nadie se atrevia decirle la verdad del sucesso, hasta que la Rethorica, previniendole primero, que sufriesse con la cõstancia, digna de su valor, aquel golpe de fortuna, le contò la barbara ignorancia de los hombres, el poco fruto, que su hija hacia en la Vniversidad, por falta de naturaleza capaz de los preceptos de aquella arte ingeniosa, y como todas las Ciencias, y Artes estaban profanadas del vil interès, y que por esta razon la Poesia se podia juzgar dichosa, pues havia quedado intacta, y pura; no obstante, que por no ser singular, huviera admitido algun interès para sus professores; pero que los Magistrados de las Cortes havian sido tan idiotas, ò locos, que la desecharon como à inutil, y ella afrẽtada huyò el trato humano, y pobre, segun la fama decia, por las soledades, en tristes Elegias, y Endechas lloraba sus trabajos, y pedia limosna para no morir de hambre.

Apolo quando esto oyò, arrojando rayos por los ojos, y por todo su cuerpo, abrasò gran parte de la tierra, y toda la convirtiera en cenizas, si las ciencias arrodilladas por el suelo, no le pidieran misericordia, y pusieran por delante la indignacion de Jupiter, por la ruina del mundo, antes de su fatal decreto. O vil talèa de los hombres! (decia) asi agradeceis los continuos bienes, que de mi mano cada dia recibis? Asi despreciais la prẽda mas amada de mi corazon? A todos de una vez os he de quitar la vida, para que con ella perezca vuestra soberbia ignorancia: Con todo esso se dexò benigoamẽte vẽcer de los sabios ruegos, y embainando las armas de su ira, antes de dar principio à su visita dexò las escuelas, y comẽzò à buscar su amada hija. Hallola despues de largas peregrinaciones cerca del Tajo en soledad amena, sitio apacible, que describiò Garcilaso; adonde quatro hermosas hermanas, Ninfas del rio Aurifero, Filodoce, Dinamene, Climene, y Nise, salieron à passar la siesta con sus labores, convidadas del suave Zephiro, y del florido prado, q̃ cercaban suaces, y hiedras, tan entretexidas, y espesas, que el Sol, no halla passo à la verdura, y por esso se le escondiò tantos dias la Poesia. Esta, aũque no conocida de las Ninfas, su hermosura las persuadiò que no era humana, y su voz, que era divina. Enternecieronse à los suaves acentos de su musica, y versos; pero no tanto, que negassen el corazon à la invidia de quien se dexaron vencer, y persuadir que la sepultassen en sus urnas crystalinas. Hicieranlo, si à este tiempo no entrara Apolo, y abrazãdose della, la diera mil amorosos besos, honrandola con nombre de hija. Las Ninfas, como generosas, convirtieron la ira en amor, y reverencia; ofrecieron à los nobles huespedes sus palacios de crystal, y oro; y los admitieran, si igualaran al sitio, que la Primavera con todos los thesoros de su recamara les tenia apercibedo, y estaban gozando. Detuvieronse alli aquel dia, y noche, hasta que los pararillos con

dulce harmonia despertaron à Phebo, dandole nuevas, que la Aurora salia por las puertas del Oriente; mas èl la dexò proseguir su camino; porque el amor de la Poesia su hija, le tenia con mas fuertes, y honestas prisiones captivo. Las quatro Ninfas, el breve tiempo que alli estuvieron las Delphicas Deidades, se desvelaron en su regalo, haciendoles un sumptuoso convite de los mejores peces de sus hondos senos; de las aves, y frutas de las riberas de su padre Tajo, en platos yà de crystal, yà de oro, labrados de sus arenas. Presentarõles ademàs ricos dones, y con esto se despidieron los sagrados huespedes.

Llegaron à la Vniversidad, adõde estaban esperando Embaxadores de quantos Reinos, y Republicas hai en el mundo, pidiendo perdon à Apolo de los passados desaciertos, excusandose humildes con su ignorancia, y la dificultad de la Poesia su hija; mayor que la que se halla en las demàs Ciencias, y Artes; pues no bastan sus principios, y preceptos para la practica, si el Cielo no communica espiritu que hasta entonces no lo havia hecho. Presentaronle tambien riquisimos dones, y pidieron le sirviesse dexarlos aquella noble, y divina Arte, hija suya, en sus escuelas, y señalasse el premio que fuesse servido à sus professores; la Poesia tambien intercediò por ellos. Todo lo qual fue menester, para que Apolo no executasse el castigo, que tenia decretado, aunque como à indignos, è ingratos reprehendiò diciendo: Si entendiera que vuestras culpas (hõbres rudos) nacian de malicia, no de flaca ignorancia; cerrara mis piadosos oìdos à vuestros ruegos. Por ventura las Artes, que los Dioses inventan, pueden ser defectuosas, como las que fabrican los humanos ingenios? Quien os enviò lo especulativo, claro està que no se olvidaria de lo practico; pues en uno, y otro consiste su perfecciõ. En una sola cosa me haveis servido, y obligado, y es, en no señalar interesses à una Arte, que si bien con fuerzas humanas se pueden comprehender sus preceptos, el habito por lo menos, que ayuda à la potencia, es divino: y por tanto, ningunas riquezas de la tierra le pueden merecer. Aciertos fueron estos (bien lo alcanzo) nacidos de error; pero de vosotros como se puede esperar accion perfecta de todas sus circunstancias, si el Cielo no la communica? Por lo que debo à Jupiter mi padre, fundador, y patron desta Vniversidad, no extinguo una Cathedra tan noble. Las demàs acrecienten el concurso de sus oyentes, atrahiendolos con agradables esperanzas, puesto que vergonzosas del interès, que la Poesia por sì misma ha de ser oìda; pues otra cosa es indecente à su authoridad, y la mia. Item, es mi voluntad, que en esta Cathedra solo se lean preceptos del arte, que el natural espiritu por mi cuenta queda communicarle à quiẽ yo eligiere docto en los dichos preceptos,

tos, si no por merecedor, à lo menos por favorecido de los Dioses; y porque las cosas grandes, y superiores, que exceden la humana capacidad, es bien, para que no se desprecien, que cuesten algun trabajo, y mayor, quanto mayores, desde este dia fundo unas nuevas Escuelas, principalmente desta facultad en el Monte Parnasso, adonde nueve hermanas, Musas doctas, y divinas, sean Cathedraticas; y repartan las aguas eruditas de sus sobrenaturales fuentes, en especial de la Castalia. obra ilustre del famoso Pegaso. Y si algun loco Pyreneo quisiere por fuerza detenerlas en su casa, impidiendo el progresso destos estudios, ò en vano, contra su voluntad, las quisiere seguir, muera despeñado a su sobervia. Y si imitãdo à las nueve hermanas, hijas de Piero, y Aganipe, algunas necias presumpciones humanas intentarẽ escalar este sagrado monte. para igualar los meritos de tan sabias Maestras, y atribuirse las mismas honras, y preeminencias, compitiendo con sus letras, arte, y espiritu, sean convertidas en Picazas parleras, y remedadoras.

Agradecieron Doctores de el Claustro, y Embaxadores al Cynthio Rey las mercedes de su piedad; y de nuevo los finojos en tierra le suplicaron la tuviesse de la tierra ignorante, y no limitasse tanto sus favores à quien con trabajo tocasse la cumbre del sagrado Helicon en el Parnasso, y à los pocos dichosos, que fuessen participes de el celestial espiritu. Apolo viendo la ocasion en las manos del castigo, à tiempo que el dolor de la herida en su corazon estaba dando voces à la venganza, en compañia de la hõra ofendida, y del amor justificado, en pena de tantos desprecios, decretò una piedad rigorosa, y un piadoso rigor; que los necios agradecieron merced, los cuerdos lloraron castigo; y fue derramar su espiritu poetico por el mundo, y no tan desperdiciado, que no se communicasse con su cuenta, y razon; pero tan difuso, y abundante, que poco dexaron en participarle; si bien fueron rarissimos los que merecieron la doctrina del arte, que la Cathedratica Poesia enseñaba, y el buen espiritu, que Apolo infundia: dixe merecieron, hablando con latitud, porque la gracia no cae debaxo de merecimiento. Con esta resolucion haviendo visitado las escuelas, y ordenado lo conveniente à su lustre, y conservacion, se partiò à su quarta esphera, desde la qual à unos aspiraba, à otros soplaba; à unos enflaquecia, como si passara hora menguada (asi lo dicen) y aire corrupto por sus secos miembros; à otros hinchaba como cueros. Estos quedaban llenos de furor Divino, aquellos de furor diabolico; à unos alentaba, à otros aturdia. Estos poetizaban con espiritu sin arte, aquellos con arte sin espiritu; y otros los mas favorecidos, aunque mui pocos, con ambas cosas. Estos en las soledades, aquellos en las tabernas. Vnos censuraban, y

no

no escribian; criticos insufribles; y quantos escribian eran de todos cẽsurados. Descubrieronse algunos espiritus universales, y muchos limitados à singulares metros, Poetas de comedias, ò bailes, ò entremeses, ò glossas, ò seguidillas; Poetas llorones, Poetas risueños, y aun ridiculos. Vnos chronologicos, que en un Soneto amontonaban (como el otro en un anillo, ò cascara de nuez la Iliada de Homero) la historia universal desde la creacion del mundo, hasta los tiempos presentes. Y finalmẽte, otros cultos solo en el nombre, y en los Poemas, tan incultos, y llenos de espinas, y malezas, que no hai ingenio que no se pierda entrando en la espesura de sus tropos, y figuras; tanto, que es imposible llevar fruto, si no se les pone fuego; la Castalia las riega con sus aguas, y Apolo las dispone con sus influencias. De aqui es, que sintiendo en sì un nuevo impulso, y mudãza mas que natural, despues que Apolo difundiò este poetico espiritu, participacion en cierto modo de sus divinas perfecciones, un Poeta dixo, que en la voz era semejante à los Dioses. Y à la verdad ningun hombre meramente humano le igualò. Este fue Homero à pesar de algun Zoilo, que no hai luz tan clara, que excluya todas las tinieblas de envidia, ò nadie vive sin falta: *Aliquando bonus dormitat Homerus.* Otro dixo:

Est Deus in nobis, sunt, & commercia Cœli:
Sedibus ætheris spiritus ille venit:

Y en otra ocasion:

At sacri Vates, & Divũm cura vocamur;
Sunt etiam qui nos numen habere putent.

Esta merced alcanzaron solamẽte los buenos Poetas, y el furor con propriedad divino; si bien la pobreza à todos fue comun, como queda dicho, por la ignorancia humana, y aprecio, que de su amada hija la Poesia hizo el sagrado Apolo. La verisimilitud desta historia he aprobado con la experiencia de tanta variedad de metros, arrojados de los diversos espiritus, q̃ Phebo communica en el certamen Poetico, que el Pardal propuso, para festejar los desposorios cõ Crisaura, que el Cielo no permita. Referidnos (dixo el Lebrel) algun sujeto, si le encomendastes à la memoria, ò fuisteis aventurera en la justa, que solo parece falta à la curiosa especulacion de vuestro Apologo, exemplificarlo en lo practico. Cõ mucho gusto lo harè (respondiò la Raposa) y prosiguiò, diciendo.

APOLOGO XLII.

De varios espiritus Poeticos en un certamen.

SOlo un sujeto de la justa Poetica lo serà de mi censura; porque si todos se huvieran de referir con los Poemas de tantos versistas, ò Poetas, primero el Sol diera cien vueltas enteras por sus diarios paralelos al Zodiaco, que yo fin à mi relaciõ.

Pro-

Propusose, pues, à las Musas Españolas (aunque concurrieron tambien algunas Babylonicas, que es lo mismo que cultas) un suspiro de Crisaura, dudoso, confuso, y lacon. Porque el Pardal podia (engañado entiendo) interpretarle en su favor, animada su esperanza de que algun dia se huviesse mostrado menos desdeñosa. Mirado à otra luz parecia suspiro de ausencia, como era cierto, guiado inciertamente à su amado Auricrino, ò temido muerto, ò esperado perdido. Era punto pathetico, capaz de pensamientos, de zelos, amor, desden, ausencia, descanso, consuelo, esperanza, y desprecio. Pediase à este suspiro un Soneto: los premios eran grandes, las negociaciones mayores, los ingenios mas Poeticos se retiraron, y no hicierõ mal, por no exponer su justicia en tribunal de Jueces, que no lo entendian, adonde se aventuraba la opinion, q̃ en semejantes ocasiones primero se ha de negociar el premio que el espiritu. Los Jueces, el Gobernador de la Ciudad, un Regidor, un Caballero, y el Superior del Templo de Jupiter. Eran Poetas? preguntò el Lebrel: No por cierto, respondiò la Raposa: Entendian seles del Arte? tampoco. Pues como podian ser Jueces de lo que no entendian? Como lo fueron del gobierno, y fuero civil, criminal, y paterno, sin ser examinados, ni haver sabido gobernarse à sì mismos. Satisfecho quedo (respondiò el Lebrel) que en efecto assi corre ordinariamente en los juicios humanos; y prosiguiò la Raposa. Bien prueba esta verdad el premio q̃ dieron à un Soneto culto, el qual escribiò un Papagayo de terminos, que oyò à otros Poetas.

SONETO CVLTO DEL POE Papagayo al suspiro de Crisaura.

Belica honestidad entre candores,
Crepusculos de amor, odio brillantes
Enciende Aurora purpuras errantes,
Cometas fugitivos de temores:
Concentuoso centro à Ruiseñores,
Que fue de quexas emulo sonantes;
Dos regulos, mil aspides volantes
Grya en corales yà, vibra en fulgores,
Ceda el vital acero al yà viviente
Diamante bien que incierto en su venganza;
Rayo Leon, que condenando absuelva;
Frio temor de la Noruga ardiente,
Si yelo Ethyope no, toque y resuelva
La vida en fuego, en viento la esperanza:

No

No le entiendo (dixo el Lebrel:) Si se dexara entender tan facil, y brevemente (respondiò la Raposa) no fuera culto. Essa es la valentia de la cultura, que el Poema se componga de sentẽcias escondidas, metaphoras sin orden, ni numero, terminos extraordinarios, opuestos, y contrapuestos, y que de todo se pueda dàr razon, y cueste largo estudio dexarse entender, que lo demàs es Poesia lega, vulgar, y valadì. Y hablando de veras (dixo el Lebrel) este Soneto tiene sẽtido, y commoda cõstruccion? Todo lo tiene (respondiò la Raposa) y mas fundamental, que algunos Poemas cultos de los mas presumidos. Perifrasseadle por vuestra vida (dixo Pardalin) y luego la Raposa: Para què me tengo de cansar? Que quando acierte, como su culto Author me lo explicò puede ser que no le entendais, que ellos mismos, como no se entienden, ni saben, ni pueden explicarse. Hace el Poeta à Crisaura, Aurora entre purpureos arreboles de verguenza; cuyo suspiro Licon, es aspid contra el que desprecia, ignorante el otro de su ventura, influyendo una causa cõtrarios efectos. Y esto mismo diò à entender, ò no quiso que se entendiera; el segundo Soneto, que escribiò un Tordo culto.

DEL TORDO CULTO AL SUSPIRO DE Crisaura.

Volcan si de corales en sucinto
Zephiros Ethna elado dulces bebe,
Cuyas centellas balas son de nieve,
Parto de Scythia, emulacion de Cyntho;
Lustrado su confuso labyrintho,
Viento espiras parando espheras leve,
De facil Daphne al quarto el son que mueve,
De dura Venus al Planeta quinto:
Objeto vate do contraria herida
Sus alas, por templar el frio veneno,
Del activo ligeras elemento;
Flechas de plomo, rayo de la vida,
Si dorada penetra ausente seno,
Que amor es fuego, y symboliza viento.

Dexa essos disparates, hermana Raposa (dixo el Lebrel) y refierenos algun Soneto inteligible, que essos dos son tormento del discurso, y heregia contra el sagrado mõte de las Musas. Pues oìd à un Pavo, que haciendo soberbia rueda cõ hinchada afectacion, escribiò assi:

SO-

SONETO DEL SOBERBIO PAVON, al Suspiro.

Tiemble la tierra, y con furor horrendo
Euro los montes de su gruta rompa,
Al arma toque, y de su vana trompa
Huya en las nubes al horrible estruendo;
Tema volver al Mundo al Chaos tremendo,
Y el mobil que sus cursos interrompa,
Victoria clame, y con gloriosa pompa
Celebre el triumpho bravo, y estupendo.
Que si à toda la tierra es formidable
El viento bravo, vano, y furibundo,
Vn suspiro de amor con aura afable
Suspende las espheras, y el profundo
Sujeta al bruto mas inexpugnable,
Y con èl la razon, que es mas que el mundo.

Bien, *sed nunc non erat his locus*, mas à què proposito tanto estruendo, y ruido? (dixo el Lebrel) un suspiro blando, suave, y tierno, no es capaz de pensamientos, y terminos horrisonos, y rimbombantes. Què guarda esse hinchadissimo Poeta para una deshecha borrasca, en que todos los vientos, rompiendo fugitivos los peñascos de sus profundas cavernas, trastornen el mar, aneguē armadas, allanen edificios, desnuden de pinos, y cedros los montes, y sus riscos mas encumbrados humille cō los valles? Què guarda para el horrible fracaso de dos poderosos exercitos, confusos entre el humo, voces, muertes, espantos, truenos, y balas de mosquetes, bombardas, y culebrinas?

Pistoribus atque Poetis
Quidlibet audendi semper fuit æqua potestas.
Scimus & hanc veniam petimusque damusque vicissim:
Sed non vt placidis coeant immitia, non ut
Serpentes avibus geminentur, tygribus agni.

Igual poder Pintores, y Poetas
Tienen para fingir, yo lo confiesso,
Y esta licencia damos y admitimos:
Mas no para juntar cosas crueles
A las mansas; las aves con Serpientes;
Los Corderos con Tygres impacientes.

El

El Poema que pide verso humilde, y abatido, como la Serpiente, porq ha de usurpar plumas de Aguilas, y Nebries? La mansedumbre de un suspiro, què union tendrà con braveza de vocablos? La que un Cordero, y un Tygre. Tenemos mas Sonetos de algun Poeta caprichudo? El de un Rocin historico, respõdiò la Raposa. Què, tambiẽ hai historicos Rocines? replicò el Lebrel. Como puede ser siendo la historia arte de tanta dificultad, erudicion, ingenio, y prudencia? Para ser la historia como conviene (dixo la Raposa) pide Authores semejãtes; y sin essas partes, ni Salustio, ni Tacito, ni Titolivio, ni Curcio, ni otros famosos lo fueran; pero una noticia memorativa, un Rocin la puede tener; y coacervar en sus escriptos cosas passadas, sin elegãcia de estilo, lo puede hacer un Jumento, y esto cõ aplauso de sus semejantes, y gusto de todos. Por esso dixo Plinio el Menor: *Orationi, & carmini est parva gratia, nisi eloquentia est summa: historia quoquomodo scripta delectat;* mira las inmensas obligaciones de un Orador, y un Poeta y la dicha de un Historiador. Esto nace replicò el Lebrel, del natural deseo, que todos tenemos de saber novedades, curiosidades, y vidas ajenas. La historia de un Barbaro agrada con los sucessos, y cansa con el estilo; la de un docto de todas maneras deleita; y lo que mas es, persuade, y escarmienta con la materia, y el modo; accion tan dificultosa, que en varon tan insigne como Plinio, parece que la rehuye, respondiendo en la misma Epistola del lugar, que citaste, à Capiton, que le aconsejaba la escribiesse, diciendo, yo lo hiziera: *Non quia commodè facturum esse confido; id enim temerè credas, nisi expertus;* y à la verdad, pocos Salustios, y Quintos Curcios vemos hoi. Si es digno de tan rigida censura este Soneto, el mismo sea Juez, y lo diga.

SONETO DEL ROCIN HISTORICO, al Suspiro.

VN fuego, y otro à Porcia abrasa el pecho,
Vn Aspid à Cleopatra el noble brazo,
Halla consuelo Iphis en un lazo,
Ero, y Leandro muerte en un Estrecho:
Narciso muere en lagrimas deshecho,
Athis abrevia de su vida el plazo,
Nisso perece en el traydor abrazo,
Y llora Myrrha el profanado lecho:
Muere Esaco en el mar, Eriadne en fuego,
Lucrecia a hierro, Echo consumida,

Pócris en zelos, en pobreza Iro:
Muertes atroces, todas de amor ciego.
Y yo mas infeliz pierdo la vida
Con armas de un desden, con un suspiro.

Esse pobre Iro no conozco, dixo Pardalin. Fue (replicò la Raposa) uno de los innumerables pretendiētes de Penelope, al qual llama Ovidio, *Irus egens*; moria el cuitado, si de amor, tambien de hambre; que aun los mui ricos, gastando sus haciendas en locas pretensiones, suelen morir con essas armas de pobreza. Notable gente son los Poetas; (dixo Pardalin) para acomodar su pensamiento buscaràn un consonāte debaxo de la tierra, y sacaràn à luz historias de las grutas del olvido, como en el Soneto presente, que para cerrar con suspiro, buscò à Iro, con no poco trabajo, a lo que se dexa entender. Bien reconociò este inexcusable defecto uno de los hermanos Lupercios:

El que atiende à la parte mas perfecta,
Ponderando, y midiendo consonantes,
A ridiculo estorvo se sujeta.
El ser forzoso que apercibas antes
Lo menos substancial, verbos, y nombres,
Que suenen con accentos semejantes;
Y que si ha de acabar la estancia en hombres,
Como si te mostrasse alguna fiera,
Diga el verso anterior, que no te assombres.

A esso respondo dos cosas (dixo la Raposa) la primera, que Iro viene tan aproposito, como si se naciera en el Soneto. Y si lo extraordinario ocasiona malicia, es tā conocida en las historias humanas, como si no fuera pobre; y lo que os podia admirar, es, que la pobreza le haya hecho insigne, que à otros esconde, y desparece, como à cuerpos phātasticos. Lo segundo, que Poetas son diablos; hallanse las cosas de repente agitados de tal espiritu, aunque sean mui ocultas, agudas, y dificultosas; y passado el furor, no hallaràn el pensamiento ofrecido acaso, aunque por èl dèn un ojo de la cara. No niego que los consonantes obligan à decir lo que no quisieran; pero muchas veces mejor de lo que pensaban, porque vàn abriendo camino, y dando luz. En lo qual, como en otros muchos primores, los versos Latinos, y Griegos hacen à los demas grandes ventajas, por no atarse à tales consonancias. Con todo esso, dixo el Lebrel, prefiere este ultimo Soneto à los otros, no mejor, sino menos culpable: porque todas aquellas muertes de los nom-

brados son causadas de amor, ò que las acompañò, y bien acomodadas, à la qual fulminaba el amoroso aliẽto; aunque superfluas, y molestas tantas historias para un triste suspiro. Concurrieron à essas justas algunos Cisnes? Probaron sus fuerzas, su arte, y sus ingenios? Pocos, respondiò la Raposa; y encubiertos, por ser impropriedad, y abuso deslucido, y vergonzoso, que Cuervos sean Jueces de Cisnes; mas vistiendose ajena divisa, disfrazando, quiero decir, el nombre: Cantaròn tres, el primero de esta manera:

SONETO DEL POETA CISNE, al Suspiro.

AMor contra valientes corazones
Armados de rigor, desden, y olvido,
Incauto flecha el arco no vencido,
Y toca al arma en fuertes ocasiones;
Hiere à Crisaura, humilla presumpciones,
De cuya voz en la victoria herido,
A los ojos quisiera igual oìdo,
Pues uno son por dos transformaciones.
Dobladas fuerzas el amor restaura,
Mal podreis, voluntad, yà resistiros;
Bien que las armas trueca en sutil aura;
Dulces eran, mortales son sus tiros,
Que aljaba hizo el pecho de Crisaura,
Y en vez de flechas, mata con suspiros.

Este Soneto me agrada (dixo el Lebrel) porque sigue, y concluye con gallardia, y claridad el pensamiento proporcionado al sujeto. El que se sigue (prosiguiò la Raposa) no desmerece el favor que haveis hecho al precedente, en el qual dà à entender el Cisne el mortal sentimiento, y dolor, que el suspiro de Crisaura difundia por los sentidos, y corazon del Pardal, cuyos crueles efectos le parece que exceden la actividad del amor, y assi haviendolos referido se los atribuye à fortuna.

✠ ✠ ✠ ✠ ✠ ✠ ✠ ✠ ✠
✠ ✠ ✠ ✠ ✠ ✠
✠ ✠ ✠ ✠

SO-

SONETO DEL CISNE AL Suspiro.

Fiero es amor, que con poder tyrano
Su imperio ocupa tierra, mar, y Cielos:
Mas fieros, y crueles son los zelos,
Pues al amor sujetan inhumano:
Contra un desden no ay poderosa mano;
Volcanes un desprecio vuelve yelos?
Y amante, que se parte con recelos,
Ausencia con olvido le dà sano.
O monstruo prodigioso de dolores!
Que causa universal ha producido
Con eminencia tantos disfavores?
Fortuna, que no amor ha reducido
En un suspiro todos los rigores
De amor, zelos, desden, desprecio, olvido.

En verdad (dixo el Lebrel) que si el Cisne tercero los iguala no ha de hacer poco. Tambien escribiò (prosiguiò la Raposa) dudoso, y confuso en la significacion del suspiro; pero viendo que de una causa nacian efectos contrarios, analogamente le comparò al rayo de luz primera, que esparce la Aurora al rayo del Sol, y de Jupiter, en alegoria de un caminante, à quien la mudanza del tiempo salteò, para declarar que del mismo modo se hallò el Pardal enamorado oyendo el suspiro, y participando sus calidades.

DEL CISNE AL Suspiro.

Sale esparciendo Abriles el Aurora;
Y el caminante huyendo los temores
De la noche, las mas tempranas flores
Fruto agradece, su hermosura adora:
Perlas esparce, quando montes dora;
Phebo la sigue ardiendo en sus amores,
Mas una nube cubre resplandores;
Ni rie el prado yà, ni el Alva llora.

Descubrese entre nubes arrojado
Del Cielo un rayo, por extraño modo,
Aunque hermoso, terrible, y penetrante:
Rayo del Alva alegra al desdichado,
Dale muerte de Jupiter tonante,
Del Sol le abrasa, y un suspiro es todo.

Bien han cantado los tres Cisnes, dixo el Lebrel. Concurriò otra secta de Poetas distinta de las referidas? La de los Satyricos (respondiò la Raposa) estos presentaron, entre otros dos Sonetos, que la lisonja cõ que los acompañaron, y vistieron, pudo dàrlos entrada, y hacerlos lugar. Que huvo Poetas tan libres, que se atrevieron (dixo Pardalin) à justar con armas satyricas en el certamen, y con sus caras descubiertas? Distingo de satyras (respondiò la Raposa) unas impropriamente ha usurpado la vulgar malicia con este honrado nombre, siendo infames murmuraciones de honras señaladas; y esta es maldad digna de castigo, aunque se escusen con la antiguedad, que à tales acciones diò este nombre. Pero hablando con toda verdad, y rigor, la satyra nueva permitida, y loable, es reprehension de vicios, sin ofender personas, que estiman su opinion en materia grave. Las dos que se siguen tienen de todo, y por esso callaron el nombre.

SONETO SATYRICO AL SVSPIRO de Crisaura.

SVspira el avariento por dinero,
Por venganza el cobarde, y desalmado,
El lascivo en sus vicios obstinado,
De ambicion combatido el Caballero:
Suspira por comer el Escudero,
Por pleytos, y discordias el Letrado,
Por enfermos el Medico olvidado,
Por un Principe necio el lisonjero.
Suspira por su dama el pobre ausente,
Quien goza, porque vive temeroso,
Ella porque su gusto no acomoda;
Suspiran todos, ò su mal presente,
O el bien que falta siempre perezoso,
Crisaura por la noche de la boda.

SONETO SATYRICO al Suspiro

Ay de amor, que su imperio es tyrania;
Ay de zelos, que al fin son desengaños;
Ay de amor, que agradece los engaños,
Ay de zelos, si un rico en dàr porfia:
Ay de amor, con respeto, y cobardia,
Ay de zelos, que no reparan daños,
Ay de amor, que marchita verdes años;
Ay de zelos, en llamas nieve fria.
Ay de amor, en un necio confiado,
Ay de zelos, infierno del deseo
Ay de amor, que caduca, y se remoza;
Ay de Auricrino, ausente, y olvidado,
Ay del ay de Crisaura en otro empleo:
Dichoso el Pardal solo, que la goza.

Cierra essa vil voca (dixo el Africano colerico) que por ella te sacarè el alma con la maliciosa lengua. Señor (respodiò temblando la Raposa) yo con simplicidad refiero las agenas malicias, abominando su atrevimiento. Esse vuestro rigor tan puesto en razon executadle en la Ciudad de Cuevas que veis, y dista dos leguas, adonde el Pardal celebra oy las fiestas de sus desposorios, y al agravio darà entera satisfaccion la venganza; pues tan capaz es la materia de su execucion. Puso los ojos Auricrino en la Ciudad, y olvidado de la presente ocasion de sentimiento contra la Raposa, apressurò el passo, y lo mismo hicieron sus compañeros.

APOLOGO XLIII.

Del Soneto Culto.

EL Buho, Poeta infausto, aunque Principe de los Epicos, Scenicos, y Lyricos, que tales Principados oy se dàn de valde, escribiò un celebre Soneto, que he remitido al ultimo examen, porque merece mas memoria, como mereciò mas aplauso, y atencion.

SONETO CVLTO AL SVSPIRO DE CRISAVRA, del cultiſsimo Poeta Buho.

Clarin, que reſiclere s Troglodita,
No empero ſu tridente jovenetos,
Acroceraun a prole de eſqueletos,
Cryſtal anhela de eſplendor Cocita;
Candar ſino pyrauſta, que Amphitrita,
Poco cede ſi mucho adunca abetos,
Marte al amor conſtruya parapetos,
Crepuſculos vibrando impulſo Scytha.
Sus que penetra piro diente eburno
Al murice diſſeña, y colorido
Braſas de Porcia, de Lucrecia copos:
Dime Favonio, de cordial coturno,
Poſsible es que à los Aſtros te has mentido?
O amor ſi pyras! para què pyropos?

Notable Soneto! (dixo el Lebrel) Añadiò la Rapoſa, y lleno de mageſtad, grandeza, ingenio, erudicion, perſpicuidad, y dulzura. Aſsi lo dicen ſus aficionados, defendiendole contra mil Zoilos, Legos, Idiotas, y Vulgares, que quando los Poemas no ſe ajuſtan à ſu incapacidad, los condenan obſcuros; como ſi el eſtilo Poetico del Parnaſo, ſagrado monte, è inacceſsible, huviera de medirſe al de los humildes valles, converſaciones de corrillos ocioſos, eſtrados femeniles. Con todo eſſo, un acerrimo diſcipulo ſuyo, viendo la dificultad, preſentò unos breves ſeñolios con la preciſſion de margenes, para hacernos atentos, y advertidos à los juezes, y al vulgo. Bien ſe manifieſta (dixo Pardalin) la naturaleza del Poeta en tales verſos; Buho lucifugo, plumas, y ojos hermoſos, cuya belleza atrae las bobas avecillas, las engaña, y apriſsiona, ſiendo ſu viſta flaquiſsima, tanto, q̃ la luz del dia le impide, y entorpece; y en las tinieblas, por ellas vive; y ſobre eſto ſu carne inutil, y deſpreciada, vivo retrato de cultos. Referenos algunas de eſſas anotaciones (dixo el Lebrel) no para entenderle, porque le juzgo inintelligible, ſino para admitir, y huir eſte linage de locura, ſino ignorancia. Bueno es eſſo (reſpondio la Rapoſa) para la infernal ſoberbia de ſus valedores: eſcucha, y veràs quien es el loco, ò el ignorante. Quanto à lo primero, advierte ſu Comentador, que ſi toda la erudicion deſte Soneto ſe huviera de explicar, eran meneſter muchos ſugetos, y muchas

Vi-

vidas, y que se pudieran escribir mas libros que tiene la Vaticana: lo qual es tanta verdad, que solo del primer verso ha de escribir por diez Abulenses, aunque no tiene mas de quatro palabras. Es uno de los muchos este Poeta con quien habla, y de quien se rie el otro Satyrico:

Tenet insanabile multos
Scribendi Cacoethes, & ægro in corde senescit.

Oye un Epithome de sus doctissimos scholios.

Clarin, que Rosicleres Troglodita.

Clarin. Que nombre tan agradable, sonante, y puro! Es instrumento de paz, y guerra. Hase de tratar necessariamente (si el comento es docto, y perfecto) de las politicas, y disciplina militar. Si en las fiestas, y juegos antiguos se usò, en especial en los juegos Olympicos, que de cinco à cinco años votò Hercules à Jupiter cerca de la Ciudad de Olympia. Si en los Apolinares, Circenses, y otros; si convenientes en la Republica: no le ha de quedar huesso sano à Aristoteles, y Vegecio; y por ser instrumento musico, tambien se ha de tratar de la Musica, y por consiguiente de todas las Artes liberales, y en que difieren de las ciencias, y oficios mecanicos; su antiguedad, sus inventores, y su primor. Es menester trastornar toda la Philosophia, comenzando por el libro segũdo de Anima del Philosopho, y declarando, que sea potencia auditiva, y sus actos; que sea son recto, y reflexo. De los cinco sentidos, y de los interiores, conviene resolver qual es el mejor metal para el clarin, bronze, plata, oro, hierro, ò estaño. Y tratando de la materia, claro està que se ha de tratar de la forma, y de toda la physica: luego de los metales, y minas, principalmente de las del Cerro de Potosi. El descubrimiento de las Indias Orientales, y Occidentales, y su conquista, por quien, quando, y como; y concluir el comento con clarin que rompe el albor no suena mejor.

La segunda palabra del primer verso es, *que*. O grandeza inefable de la erudicion, lo que està aqui encerrado! Trataràse de quis vel qui, y sus compuestos. De los relativos Grammaticos, y de los Logicos. Averiguarse ha por sus cabales, si ay predicamento de relacion distinta de sus fundamentos. Dios tenga de su mano al buen Aristoteles, que aqui peligra su opinion. Es conveniente hablar de la Grammatica, y porque esta trasciende todas las lenguas, no quedarà alguna sin su Arte, y Vocabulario: y en estas dilucidaciones, la confusion de Babylonia se verà mas clara que los versos incultos. Tratarse ha del quiquiriqui, de la naturaleza de los Gallos, y porque canta à ciertas horas, porque se recelan los Leones de su voz, y luego encaxar toda la historia de animales.

La tercera palabra, *Rosicleres*, que hermosura tiene! Deducese de Rosa, Reyna de las flores, y es mui importante en el uso de la Medicina: yà es forzoso tratar desta ciencia,

y mui en particular de las plantas, desentrañando à Dioscorides. Y si à la Rosa, antes blanca, purpureò sangre de Venus, obligacion tienen todas las antiguas fabulas, y transformaciones de Ovidio de venir à dàr la obediencia, y razon de si. Y supuesto que ay Rosa Castellana, y Alexandrina, bien pueden tener paciencia las dos Castillas, que se han de historiar, y hacer polvos, para la inteligencia del Soneto. Què dirè de Alexandria, fundacion del grande Alexandro, Ciudad famosa de Egypto? Aqui necessariamente ha de parecer en juicio el Turco, y todo su Imperio, sin perdonar à Mahoma, y su zancarron, con un tratado distinto de Alexandria de la Palla, de Italia, y del Imperio Romano. Contaranse las hazañas del mui famoso, y esforzado Caballero Rosicler; del Caballero del Phebo, y todos los Caballeros andantes, y rematar con el enigma de *quinque fratres eodem tempore nati, &c.*

Finalmente, la quarta diccion de el verso es *Troglodita*, region barbara de Ethyopia. Viven en cuevas, sustentanse de Serpientes, segun Plinio. Inexcusable es aqui la Geographia, descripcion del mundo, con las tablas de Ptolomeo, y mapas de Abrahan Ortelio, con todos los Reynos, y Ciudades del mundo, sus costumbres, ritos, y gobiernos, sus rios, y montes. Y aviendo sido en opinion de los antiguos Philosophos inhabitable la Torrida Zona, señas de sin razon de su engaño; y porque en tanto fuego soplan vientos frescos, y en algunas partes es intolerable el frio: y por lo que toca à las celestiales influencias, y por la plaga del Cielo, à que corresponden los Trogloditas, no se ha de olvidar una linea, ni un punto de toda la Cosmographia, hasta tocar el Cielo Empyreo, y entrar en èl, si pueden versos, que tanto atormentan à los discursos.

A que proposito, dixo el Lebrel, tantos, y tan diferentes tratados en el comento de un solo verso? El proposito (respondiò la Raposa) yo no le alcanzo; pero bien sè, que muchos Comentadores lo usan assi. Ridiculo desvelo (replicò el Lebrel:) Y dado que todo el Soneto assi se comentara, pudierase entender? A lo qual la Raposa, de ninguna manera, ni su Autor le entendiò. Pero si esto os admira, yo admirarè tambien vuestra poca leccion de Poetas en varias lenguas, cuyos Comentadores se quiebran, y nos quiebran las cabezas en contar historias, y fabulas, de que estàn llenos los libros, y dexan sin declarar los lugares dificultosos, que avia de ser su principal cuidado; tengo para mi, que porque no los entienden. O que de exemplos te pudiera traer para probarlo indubitablemente de Comentadores Latinos! Los de nuestra Nacion (si algunos ay) ni acuso, ni defiendo.

Que dirè de la gallardia de imitacion, que su Autor encarece en este Soneto? Que de sus tropos? principalmente de aquel Hyperbaton, *sus que penetra giro*, fue tan galante

el de Virgilio: *Septem subiecta trioni*; que bizarria en la imitacion del mismo Poeta en sus Egloglas?

Ipse sed in pratis aries jam suave rubenti,
Murice, jam croceo mutabit vellera luto:

Quando dice el Soneto.

Al murice dissēña, y colorido.

Que tiene que vèr esse verso (dixo el Lebrel) con los de Virgilio, para que la llames imitacion? (Y la Raposa) Lo que tienen infinitos lugares de Poetas con los famosos, que sus Comentadores dicen que imitan, sin averles passado por el pensamiēto, y aun es probable, que sin averlos visto jamàs. Quanto à las margenes, se han de escribir con mas boscajes, y variedad, que tiene en las suyas el rio de la Magdalena, ò el de las Amazonas. No ha de aver palabra en el texto à que no corresponda en la margen su Autor. Sea exemplo el mismo verso. Por la palabra *Clarin*, se citarà el Conde Claros, manuscripto. Por el relativo, *que*, el buen Antonio de Nebrija. Por *Rosicleres*, el Caballero del Phebo. Y por *Troglodita*, las tablas de Ptolomeo, todos Principes en su facultad. Concluye el Interprete deste Babylonico Soneto, que es inteligible, mas impossible entenderle, hasta que se hallen los libros de Empedocles, aquel soberbio Poeta, que afectando immortalidad, como los cultos destos tiempos, se arrojò en el Volcan de Ethna; por quien dixo Horacio, y todos es bien que lo digamos:

Sit ius, liceatque perire Poetis.

Perezcan en buen hora como precitos, mueran en su impenitencia, castiguelos su obstinacion. Finalmente, este Soneto es hermano de los libros del otro Sexto, à quien dize Marcial:

Non lectore tuis opus est, sed Apolline libris.

Bien que lo inteligible se resistirà al mismo Apolo, porque lo scible solamente se sabe: hagan ellos atentos en vano à los Dioses, y mis versos:

Grammaticis placeant, & sine Grammaticis.

Mucho contradices (dixo el Lebrel) hermana Raposa la secta de los cultos; menos palabras quisiera, y mas razones. Basta que sea secta (respondiò la Raposa) ademàs, que han escripto ya tantos en esta materia, y tan eruditamente, que me excusan dàr à luz un docto tratado, que llegò à mis manos de un Poeta Elborense de la Carpetania; y porque entiendas que habla fundamentalmente, escucha un breve fragmento; y al que de los compañeros pareciere penoso, passando adelante puede continuar su camino, sin romper el hilo de los sucessos que al Africano suspenden.

Suponiendo, pues, que el nombre culto en esta aceptacion es antiphrasis, como el bosque se llama, *Lucus, eò quòd non luceat*, segun Servio, y segun san Geronymo, reprehendiendo los que se imponen del todo contrarios à la cosa significada, como nuestros cultos: *An ideo tibi bellus videris, quia Fausto vocaris nomine?*

Quasi non & lucus ideò dicatur, quòd minimè luceat, & Parcæ, quæ nequaquam pòrtant, & Eumenides furiæ, quòd non sint benignæ, & vulgò Ethyopes vocentur argentei. Y suponiendo tambien cierto el parecer de Quintiliano, que *omnia liberiora Poetis, quam Oratoribus* (en lo qual se funda el estilo destos Apologos) digo, que mas quiero creer à quatro testigos mayores de toda excepcion, y dignos juezes desta causa, que à quatro presumidos sectarios, que ayer se levantaron sobre el ayre, y yà estuvieran sepultados en olvido, sino huyeran à las tinieblas, que los culpan, y defienden. Los testigos, y juezes, son, Aristoteles, Marco Tulio, Quintiliano, y Horacio. Quisiera passar en silencio un testimonio del Estagirita, por ser tan comun; pero es tan exdiametro opuesto al error contrario, calificandole barbaro, ò enigmatico, que tratando esta materia es inexcusable su autoridad. Dice pues, en su Arte Poetica: *Dictionis autem virtus ut perspicua sit, non tamen humilis.* Y poco mas adelante: *Peregrinum voco varietatem linguarum translationem, extensionem, tum quodcumque à proprio alienum est. Verum si quis hæc omnia simul congerat, vel ænigma efficiet, vel barbarismum.* Si los cultos agregan esto, y mucho mas, ellos mismos sean juezes, en especial translaciones, con tanta copia, y desenfado, como sino fueran arrastradas por los cabellos de remotissimos terminos, siendo accion mui dificultosa usarlas como conviene; assi lo dice poco mas abaxo: *Cum primis verò decenter uti translationibus maximè est arduum.* Y Quintiliano enseña tambien la moderacion, con que se ha de usar este tropo: *Vt modicus autem, atque opportunus ejus usus illustrat orationem, ita frequens, & obscurat, & tædio complet; continuus verò in allegoriam, & ænigma exit.* A estos testimonios acompañados de los que luego citarè no responden, porque no hallan solucion, que en algun modo disculpe, quanto mas que satisfaga; pero en comun dicen, que los Maestros desta cultura pueden enseñar à todos erudicion, como versados en la inteligencia, è imitacion de antiguos Poetas, y autorizan sus dicciones, y frases, con que en tal, y tal parte lo usaron estos, y aquellos graves Autores.

Este es su fundamento mas fuerte, este su Aquiles, y este su mayor engaño. Será bien, que porque un Autor clasico tal vez usò alguna frase, ò traslacion, con ingeniosa singularidad, docta, ò reprehensible, nosotros busquemos todos los modos, que todos juntos usaron, y otros de nuevo inventados, y q los amontonemos en un Poema? La falsa en la musica hace suave consonancia; pero si toda la vistiessen de falsas, seria musica verdaderamente falsa: *At obscuritas* (Quintil. lib. 8, cap. 2.) *fit etiam verbis ab usu remotis, ut si commentarios quis Pontificum, & vetustissima fœdera, & exoletos scrutatus authores, id ipsum petat ex his, ut quæ inde contraxerit, non intelligantur. Hinc enim aliqui famam eruo*

ditionis afectent, ut quædam soli scire videantur. No puedo decir mas si en estos tiempos escribiera; ademàs, q̃ es engaño mui pueril persuadirse, que es licito trasladar à nuestra lengua las frases, traslaciones, y modos proprios de la Latina. Cada lengua tiene sus idiomas naturales. Los Hebraismos no admite la lengua Griega, porque ya dexàran de serlo; ni los Grecismos la Latina; ni los Latinismos la Castellana; y no solamente las frases, pero aun algunas palabras, tropos, y figuras traducidos à otra lengua, pierden fuerza, gracia, y significacion. Y asi admiro, q̃ satisfechos, y contentos quedan algunos cultos quando autorizā sus modos con un lugarcito de Poeta Latino. Son innumerables los exēplos cō que se puede probar esta verdad; y por ser tantos no harè elecciō particular de Poetas, y lugares escondidos, sino solo de tres, ò quatro en los primeros tres libros de la Eneida de Virgilio, y de otros tantos en las tres primeras Odes de Horacio, que lo mismo hallaras en las demàs.

Virgilio en el libro primero de su Eneida, usa una gallarda Aposiopesis, y sin controversia inimitable:

Quos ego? sed motos præstat componere fluctus.

Porque alguno ha de presumir; que ha imitado felizmente à Virgilio, quando en semejante accion dixera: *A quien yo? Mas la furia de las olas conviene sossegar*; ni tiene emphasis, ni gracia. Si yo dixera: Callaron todos, y tenian atentos las bocas, admitieranme por excusa, que el mismo Poeta dixo en el libro segundo: *Conticuere omnes, intentique ora tenebant*? No por cierto; porque à èl le fue licito en la lengua Latina, y no à mi en la Castellana. Seria bueno que yo me atreviera à decir este verso? *Navega Eneas por la sal Ausonia*; porque Virgilio dixo en el tercero: *Et salis Ausonij lustrandum navibus æquor.* Y Catulo: *Fluctus salis allidebant.* Y otros muchos, que usan, *Sal pro mari.* Horacio pudo decir: *Manet sub Iove frigido Venator teneræ conjugis immemor*; y yo no puedo imitarle, diciendo: Persevera el cazador debaxo de Jupiter frio. En la Ode 2. dice: *Serus in Cœlum redeas*; y en Castellano reprobarè si alguno dixere, tardo vayas al Cielo. En la tercera con primor: *Nec rabiem Noti, quo non arbiter Adriæ*; ni el furor temiò del Noto, como el qual viento, no ay arbitro del Adriatico mar, aquella palabra, *arbiter*, pierde en Castellano casi toda la gracia, y significacion. Y asi puedes discurrir por las demàs obras destos, y todos los Poetas Latinos. De lo qual colijo, que la imitacion no es siempre permitida, ni la transposicion de vocablos, y que debe regularse con el uso prudente, y con las frases Castellanas, dexando à otras lenguas lo que es proprio suyo; pues la nuestra es rica, sin que inutil, y atrevidamente hurte agenos thesoros.

Antes de traer otros lugares; conviene suponer, q̃ la Rhetorica es comun à prosa, y verso; porque siendo arte de bien decir, es forzoso que la Poetica la guarde, parte essencial de

de la Rhetorica es la elocucion, y la elegancia parte de la elocucion. Oigamos, pues, aora à Marco Tulio: *Elegantia est, quæ facit, ut unumquodque purè, & aperte dici videatur: hæc distribuitur in Latinitatem, & explanationem. Explanatio est, quæ reddit apertam, & dilucidam orationem: ea comparatur duabus rebus usitatis verbis, & propriis.* Rhet. lib. 4. ad Heren. Guardan esto los Oradores cultos? No. Y los Poetas cultos? Menos. Pues aqui no ay respuesta, que son preceptos para Oradores, y no para Poetas. Lo uno, porque ò han de negar que los Poetas deben hablar rhetoricamente, ò han de conceder, que la explanacion es precepto forzoso. Lo otro, porque los Oradores exemplifican sus preceptos con testimonios de Poetas; luego sienten que los Poetas los guardan, y deben guardar.

Aborrece tanto Quintiliano la obscuridad, que parece tuvo delante lo que aora passa, quando escribiò el capitulo segundo del libro octavo, cuyo titulo es de perspicuitate, adonde se enoja mui de veras contra tales Escriptores, y dice, que no es vicio nuevo, aunque el nombre de cultos lo sea en este tiempo, citando à Titolivio, el qual hace mencion de un Preceptor, que enseñaba à sus discipulos como avian de hablar obscuramente: *At ego* (prosigue) *otiosum sermonem dixerim, quem auditor suo ingenio non intelligit.* Son palabras ociosas las que no se dexan entender de quien las oye: *At persuasit quidem jam multos ista persuasio, ut id jam demum eleganter, atque exquisitè dictum putent, quod interpretandum sit.* Y concluye: *Nobis prima sit virtus perspicuitas.*

No solo nace la obscuridad del uso impropio de frases Latinas, tropos, figuras, y transposiciones, sino de la invencion de vocablos. Horacio despues de aver enseñado quan moderados, y cautos hemos de ser en esta eleccion, ò renovando antiguos, ò inventando nuevos, nos dà por cierta regla el uso, el qual dice, que es: *Vis, & norma loquendi*; y Ascensio su Comentador aprobando este precepto dice, que no es buena excusa la autoridad, sino se acompaña de la costumbre: *Non omnia, quæ authoritatem habeant, imitari licet*; y cita à Aulo Gelio, el qual enseña lo mismo: *Vive moribus præteritis, loquere verbis præsentibus*; por ser la costumbre, como dice Quintiliano: *Certissima loquendi magistra, utendumque planè sermone, ut nummo cui publica forma est.* De lo contrario se sigue afectacion: *Qua nihil est odiosius*, dice el mismo Autor, y añade: *Nam fuerit penè ridiculum, malle sermonem quo locuti sunt hominis, quàm quo loquantur.* Y porque ninguno peque de ignorancia en saber lo que es costumbre, concluye el capitulo, diciendo: *Ergo consuetudinem sermonis vocabo consensum eruditorum, sicut vivendi consensum bonorum.* En el lenguage culto assi de Poetas, como de Oradores, ò Historiadores convienen los eruditos, abominan sus novedades; bien que el vulgo Poetico las celebre, porque *Nihil tam facile* (el

(el Doctor maximo) *quam vilem plebeculam, & indoctam concionem linguæ volubilitate decipere, quæ quidquid non intelligit, plus miratur.*

Quien obra mal aborrece la luz: esta descubre los colores que las tinieblas borran: que mucho afecten obscuridad los pobres de colores rhetoricos, de colores finos, que copia no les falta; pero confusos, y falsos? Quien bien escribe claro, mejor pudiere obscuro, y quien escribe obscuro, no puede claro: algun culto he oido confessarlo ingenuamente. Yo (dixo Pardalin) aunque

Nec fonte labra prolui caballino,
Nec in bicipiti somniasse Parnasso
Memini.

Me atreviera, no à ser Poeta, pero à ser culto. Los espiritus cultos, que has referido, me inficionan la sangre de modo, que està hirviendo por salir. Oye una descripcion de la fortuna, que padeciò Auricrino, en aquella tempestuosa noche, origin de tantas desdichas, que incultamente escribiò el autor de su historia, quando la diò principio. Su facilidad conozco impossible à mis fuerzas, y en estilo culto, no solo possible, sino lexos de dificultad. Esta es una de las razones, porque nuestros tiempos padecen tanto fluxo de Poetas. Oid, y juzgad si merezco lugar entre cultos.

Rōpian no la diaphana entonces regiō lethales silvos, y exanimes rugidos, erizando horrores, desmayādo osadias à la Estygia madre de las Eumenides: cuyos sombras (imagen ya clara de tenebroso Chaos) informaban esplendidas, con poco aleo, violencias de nubes, dispensadoras tan cōtinuas, que usurpando el imperio al mudable, aplaudian descreditos; emulaban tyranias al luminar hermoso. Truenos, y rayos, calomentian novissimo del brillante globo; confuso el orden de sus açordes ruedas, a quien sordos respondian Euros, y Africos, que ciegos à obediencias, bien que involuntarias de superiores, no señas, leyes rotas las prisiones, y levantando el monte, poco sello de mucha gruta, en su libertad horridas maturaban dissoluciones; los que en su esclavitud lāguidos gimieron ahogos, anhelarō sufocantes paroxysmos. No menor turbacion vinculò pasmos, congelò espiritus à los demas sublunares. Postraronse soberbios peñascos à la necessidad, y con desazonada afectacion haziēdo la virtud humildes se erigieron. Arboles desacreditaron con resistēcia su valor temerario. Fieras cedieron à la fama sus nombres, si à la infamia sus obras; motivando sospechas; y aun detracciones en derogaciō de inviolables fueros contra quiē perdiò honor del provida, si le executoriò de varia. No atreviò su caudal al desempeño de antiguos abonos en creces de tātas menguas; cobròse empero el cādor de crepusculos; si bien ostigada en meridianos de animosidad. Bramaba el ceruleo Rey, que provocado à desafio, espumas verria de coral por la voca, corales de espuma por los ojos; y fulminando contra los Vulcanos del hermano (guerra

la lloraràs civil) ſu tridente, en horriſonos combates, ſi ſacrilegos Eolios preſumian violar cryſtalinos retretes, entonces vengantivas aguas, Nembrodes agraviados, diſculpando Babeles mas altos, ſi menos firmes: mas firmes, ſi menos altos, por eſcalas de influxos borrar eſtrellas, de cuya hermoſura deſdeñoſa antes, cruel aora, admirable ſiempre, afeada nunca, eſpejos, otro tiempo ſe oſtentaron divina.

No me negareis, que eſte lenguage para culto es gallardo, porque redunda de virtudes cultas (vicios entiendo) mas yo no os negarè, que es deſcripcion afectada, larga, ſuperflua, y obſcura. Finalmente, cierre Seneca el diſcurſo en la epiſtola trigeſimatercia, contra eſtos que ſe deſvanecen por la dignidad culta, alcanzada de pocas fraſes, y palabras de memoria (à diez, ò veinte las reduce un ingenioſo anticulto) y en ellas cifran toda ſu doctrina: *Viro capiare floſculos turpe eſt, & fulcire ſe notiſsimis, & pauciſsimis vocibus*; y en particular contra los Oradores deſta edad, cuya culpa es mayor, y ſe les luce en el fin, que nunca conſiguen de perſuadir. Que mucho ſi de eſte fin no ſe acuerdan, como los medios demueſtran, y los efectos confirman. Reparen, pues, en eſta ſentencia de la epiſtola ciento y una: *Oratio ſolicita Philoſophum non decet. Vbi tandem erit fortis, & conſtans, ubi periculum ſui faciet, qui timet verba?*

***

APOLOGO XLIIII.

De unas Juſtas Morales.

POca, ò ninguna atencion daba el zeloſo Africano à eſtas controverſias, que indignacion, y repugnancia de doctos, y bien fundados, avian hecho famoſas en aquella edad, debiendolas reſolver con ſilogiſmos de riſa, y deſprecio. Llegaron à la Ciudad, y entrando ſus calles, las hallaron ſolas; el pueblo eſtaba en los regocijos, con que el Pardal celebraba el dia deſeado, termino de ſus eſperanzas, y principio de ſu poſſeſsion. La plaza hicieron paleſtra de ſus juegos, adonde el Tigre, y Criſaura ocupaban un throno con ſu doſel, formado de arboles, y flores. Viòlos Auricrino, y arrebatado de zelos, furioſa locura, ſe diſpuſo à la venganza; mas los compañeros le detuvieron, y con palabras ſeveras culparon ſu reſolucion, aconſejandole, que aguardaſſe el fin de aquellas fieſtas, y ſe enteraſſe de la pena, ò premio, que Criſaura merecia. Ocultos, pues, entre los arboles, que en aquel umbroſo boſque formaban la plaza, vieron los juegos ſiguientes, con que el Pardal pretendia divertir la triſteza de ſu deſdeñoſa dama, que para el Africano eran un dilatado, y cruel tormento.

Salieron en primer lugar los luchadores dieſtros, y valientes, confiados en ſus fuerzas, y ardides, para conſeguir el coſtoſo premio, que ſe

se les proponia. La Verdad fuerte, y desnuda esperaba, quando con estruendo de voces, y acompañamiẽto noble, y vulgar entrò la Mentira vestida mil colores dentro de una Nube: acometiò a la verdad, y unierõse de modo, que apenas los que mas atentamente miraban, podian discernir si era dos, o una, si Verdad, si Mentira. Despues, que largo espacio estuvieron luchando, dio un traspie, ò zancadilla, tan engañosa, y esforzada la Mentira a la Verdad, que dio tambien con ella en tierra. Declaròse la victoria por la Mentira, y aclamando la vencedora, acudiò la Nube à recibirla en sus brazos, y ser alta, y honrosa carroza de su triumpho. Los presentes no sabian si la Verdad quedaba sepultada en la arena, ò si la avia aniquilado entre sus brazos la mentira. Quando en medio del triumphal passeo, y de las festivas aclamaciones, despidiendo en la obscura Nube una luz hermosissima la Verdad, convirtiò a la Mentira con todo su carro, y acompañamiento, en humo, en viento, en nada. Pareciò la Verdad à los ojos del bruto Senado, no de otra suerte, que el Sol passada la fiera tempestad de nubes densas, relampagos, y truenos; y sin esperar el premio; porque los humanos son mui desiguales à merecimiẽtos divinos, se levantò à la media region del aire, y se escondiò à los ojos de los q̃ con lagrimas à voces la pedian no se ausentasse de la tierra.

Lucharon un hombre valiente, y el vino: quedò este vencedor, y aquel vencido en manos de muchachos, que le dieron la pena de su temeridad, ò cobardia. Luego una flaca muger venciò varones invẽcibles, conquistadores de Reynos, vencedores de innumerables batallas, los quales arrastrados por el suelo vergonzosamente confessabã su flaqueza, y se rendian à merced de la hermosa vencedora. Salieron luego los Athletas, ò Cursores; el agravio, y un cobarde, con tanta ligereza, que llegara este primero al palio, mas era tan corta la ventaja de su carrera, y tan poderosa la reputacion, y verguenza, espuelas que aplicaban al agravio quantos miraban, que le alcanzò un golpe en las espaldas, y le forzò dar de ojos, y deshacerle el rostro, que nunca hizo. Volaron el tiempo, y la fama de virtud, y buenas letras, tan ligeros, y tan iguales, que por ninguno quedò la victoria: pero la fama de hermosura, riquezas, vanidades, y vicios al primer vuelo cayò cansada, y sin fuerzas, adonde desdichadamente, como era justo, muriò.

Esgrimiò la fortuna cõ hombres mui exercitados, y diestros, los quales fueron a sus manos vencidos, y muertos. Saliò contra ella un varon constante y virtuoso; à este tirò uñas abaxo un golpe terrible de pobreza. Recibiòle el valiente Gladiator, y nò por esso mostrò alguna flaqueza; antes quedò firme, è immobile, sin q̃ le descompusiesse pies, manos ò lengua, para quexarse del dolor, q̃ le apretaba el corazon. Tiròle otros fieros golpes de falsos tes-

tes-

testimonios,deshonras, enfermedades, y otros seiscientos trabajos, todos los quales el animo constante, y diestro reparaba en el escudo del cuerpo. Este si padecia irremediablemente, pero firme, y valeroso; porque à su pesar le gobernaba el interno Gladiator. Finalmente hallandose cansado de fortuna,y cerca de ser vencida à los ojos del mundo, arrimò estas armas, y empuñando una esquadra de finissimo temple,le dio tal estocada, que passandole de parte à parte cayò en tierra el Capitan gallardo, cubierto el rostro, y cuerpo en polvo,y sangre,luchando con otro enemigo mas, que era la muerte. Impedidos yà los suyos de los mortales brazos,entre ansias, y dolores dixo:ImmensoCriador,que conservas, y gobiernas todas las cosas, infinitamente bueno,poderoso, y sabio, hagase tu voluntad. Rindiò el alma,acudierō los juezes, y coronaron al muerto vencedor de immortal corona, y saliò huyendo de la palestra la fortuna vencida.

A esta hora las nubes deOccidente salian por sus puertas vestidas de negro, y orladas de oro à recibir al Sol, y assi los juezes mandaron,que cessassen las fiestas, y señalaron los premios,que el tiempo avia impedido merecerlos. El premio de mas valiente dieron à quien se vence à si mismo;el de mas sabio,al que teme, y ama à Dios;el de mas discreto,al q̃ sabe callar, y hablar en tiempo, y ocasion:el premio de mas prudente, al q̃ sabe poner los medios para cōseguir una vida bienaventurada, aprovechandose à si en lo essencial; y no ofendiendo al proximo;el premio de mas noble,al que por acciones personales de virtud merece la nobleza: el premio de mejor Orador,al que mas eficazmente persuade:el de mayor Poeta, al que mejor une arte,y naturaleza: el de mas galan,al que no cuida de galas,sino de un honesto vestido: premio de mejor ginete al que nunca se atreviò passar carrera en el caballo de su apetito. Con lo qual dieron fin à sus justas morales,y fuerōlo tanto, porque los brutos obligaron à ser juezes, y disponer los juegos à ciertos hombres retirados en aquellos bosques,y desengañados del mundo.

Finalmente el Pardal en presencia de su Reyno,quiso que Crisaura le diesse la mano de esposa, porque luego se la besassen como àReyna,y señora todos los Grandes. Pidiòsela,y negada,se la tomò por fuerza, y confirmò sus bodas con un abrazo. A este tiempo Auricrino saliēdo de si agitado de la infernal furia de zelos,arrojando llamas por los ojos, y desnudando las uñas,dixo: Ea, amigos,no ay mas que aguardar,muera la traidora Crisaura en primer lugar, y luego su cobarde esposo,con quantos habitan laCiudad,que consuma el fuego, que me abrasa. Diò un ligero salto, siguieronle sus cōpañeros Pardalin, y el Lebrel; pero detuvo su furor una inopinada novedad,que mudò la fortuna adversa del bravo Leon, en prospera, y favorable,sus zelos en amor,y sus quexas en agradecimiento; y fue, que

Cri-

Crisaura viendose contra su voluntad en brazos del Tigre Pardal, acordandose de la traicion cometida contra su amado Auricrino, yà en el ultimo peligro de perder su honor, de quien era dueño su ausente, ò muerto esposo, apretando valerosamente al Tigre Pardal entre sus brazos, en un punto le hizo vomitar el alma. Pasmòse todo el concurso de animales, y luego se encendieron cō furor tan indomito, que unos acometieron à dàr muerte à la ingrata, y cruel Crisaura; otros pedian a voces prision para mayor castigo, y todo era grita, estruendo, y confusiō.

Entre tanto el magnanimo, que apenas daba credito à su ventura, ni à sus ojos, dudando algun engaño de fortuna, con alegre sembiante, y valor invencible, despidiò un rugido, que atemorizò à quantos se hallarō presentes. Suspendieron las armas de sus venganzas, reconociendo la voz superior, que entorpecia sus miembros; pero viendo solo al Leon con dos compañeros prosiguieron su atrevimiento, y tantos Tigres cargaron sobre Crisaura, que perdiera la vida, sino llegara el fuerte Africano; y dexando cerrado el passo à sus compañeros de cuerpos muertos abrazò à su amada Crisaura, que cogida de improviso, recelò algun enemigo, en cuyas manos perdiera el aliento; mas reconociendo à su amado esposo, el contento acometiò à extinguirle. Rompieron los contrarios, porque no les permitian mas espacio, y doblandose las fuerzas con la desesperacion, hicieron un lastimoso, si bien merecido estrago. No con mui inferior gallardia pelcaban Pardalin, y el Lebrel; puesto que las armas deste no le ayudaban tanto, pero suplialo su destreza, y valor. Al fin los enemigos se retiraron, quedando el campo por Auricrino, y los suyos.

Viendo, pues, los Magistrados la ruina de su Republica, enviaron Embaxadores al Rey de las fieras, pidiendo templasse su ira, y los admitiesse en su gracia; que pacificamente le ofrecian el Reyno, no tāto obligados de la fuerza, quanto convencidos de la justicia. El Leon piadoso, y clemente se dexò con facilidad noble vencer, y publicando perdon general, cō prision de algunos pocos brutos sospechosos entrò triumphante à los sumptuosos palacios, q̄ antes fueron del Tigre Pardal, y con recato, y vigilancia passaron la noche. Por la mañana mandò el Africano juntar los Grandes del Reyno, y despues los Gobernadores, y pueblo, à los quales cō un prudente razonamiento persuadiò las razones, que à su esposa Crisaura aviā obligado à la muerte del Pardal, y las que èl tenia para la execucion de los rigores passados. Prometiòles un gobierno blando, y suave en paz, y justicia, conservando los fueros, y leyes de sus antepassados, y aligerandoles algunos tributos, aviendo antes supuesto el derecho natural, y humano à la corona. El Reyno de buena gana, y sin doblez se dexò persuadir; en especial, que la fama los representò el valor invencible de su

nue-

nuevo Rey, confirmado con tantas hazañas; y assi jurandole obediencia, un nuevo dia claro, y apacible amaneciò à la Republica, antes opressa de los trabajos, que ocasionaban tan tenebrosas tempestades.

Volviò luego nuestro invencible Leon ojos, y pensamientos a su primitivo Reyno, cuya Corte eran los montes Pyrineos, à los quales aportò desde Africa, electo Rey, y General contra la Aguila, y sus alados exercitos, adonde el traidor Pardal, como queda dicho, robò à Crisaura, y le viò en brazos del Dragon, del mar, y de la muerte: y por la piedad del Cielo saliò inopinadamente libre de tantos, y tan manifiestos peligros. Su Reyno le lloraba muerto, tyranizado de las engañosas astucias del Cercopitheco, lo qual no avia llegado à noticia, ni de Auricrino, ni de Crisaura, ni los hados lo avian permitido. Difirieron sus desposorios hasta recuperarle, con intento de vencer primero à la fortuna, y no arrojados della, y desterrados à tierras extrañas, aunque suyas, gozar el fin de sus deseos, con remordimientos de su valor, sujeto, y oprimido. Con esta resolucion mandò aprestar una gruessa armada, y bien guarnecida de soldados, y proveida de todo bastimento, embarcandose en la Real con Crisaura, el Lebrel, y Pardalin, al son de alegres clarines, y otros instrumentos, levaron anclas, y dieron velas.

APOLOGO XLV.

Peligros del mundo.

Corriendo volaban los maritimos caballos, Pegasos de madera, con espuelas de remos, y plumas de velas, por las llanuras del Mediterraneo mar, quando un Africo comenzò à embravecerse, previniendo à los pilotos para la tormenta, que luego se siguiò, tan furiosa, y cruel, que si bien amainaron, en un punto desordenò la armada por diferentes rumbos. Las negras nubes hurtaron à los ojos de los afligidos navegantes el Cielo, y el dia, y cubriendo de tristes tinieblas los aires, y los corazones, parece que las ruedas de la celestial esphera rotos sus quiciones, caia cõfusamente entre los Astros superiores. Las vegas crystalinas de Neptuno convirtieron los vientos en montes desiguales, cuyas cabezas con ojos de estrellas miraban, y admiraban en los valles descubiertas las arenas mas profundas, y luego estas eran debil fundamento de mayores riscos. Los miembros de las fieras naufragãtes entorpeciò un elado sudor, y el intrepido Auricrino, aora temeroso de la ira de los Dioses, sino perdiò el animo alomenos fluctuaba tambien su esperanza, viendo romperse miserablemente en un escollo dos de sus naves, y tres impelidas de los vientos arrojadas à un bagio, adonde quedaron cercadas de un muro de arena. Despeñòse luego la mas al-

alta cumbre de un mõte de aguas, y acometiendo furiosamente à la popa de la Almiranta, haciendole dar tres vueltas al rededor, un rapido remolino la sepultò en el profundo. Pediã en vano socorro algunos desdichados nadando entre las riquezas anegadas, ò sobre tablas, ò cascos de baxeles. Igual fue esta horrenda, y miserable tempestad à las que suelen describir los Poetas con sus hyperbolicas exageraciones. Cerròse del todo la noche, y la nave de el no vencido Africano, acometida de mil contrarias olas, corria sin arboles, ni timon; mas sobre la rueda de fortuna, que sobre las aguas; hasta que saliò el Aurora vestida mongil, y tocas negras, luto de los difuntos cuerpos que miraba. Templaron su furor los vientos, y la Real se hallò en las riberas Taurominitanas del Siciliano mar, entre Scyla, y Charibdis, monstruos peligrosos, y horrendos. Vn nuevo clamor se levantò en el navio de los Soldados, marineros, y chusma, entre el ruido de la faena, de la bomba, maromas, aderezo de mastiles, entenas, y timon. El viento los arrojaba à Charibdis, ellos trabajaban sacando fuerzas del ultimo riesgo, para huir della. Solo el prudente Auricrino, como quien estaba mas en sì, haciendo señal de silẽcio, à que el miedo no daba lugar, dixo en alta voz: Por què, ignorante Piloto, locos marineros, con tanta fuerza, y solicitud apresurais vuestra perdicion? Què os importa huir de Charibdis, si haveis de dàr forzosamente en la rabiosa Scyla, mas brava, y cruel? En este borrascoso mar es impossible libraros de peligros; quien todo lo quiere escusar, todos los padece, si antes de ver su fin, no le tiene su vida en alguno dellos. La fortuna inevitable nos lleva à este de Charibdis, ya estamos en sus brazos, pongamos de nuestra parte para vencerle fuerzas, y valor, y en manos del Cielo se dexe la victoria.

Todos obedecieron conformes, y arrojando al mar las riquezas, que hacian peso à la nave, parte del matalotage, y algunos brutos superfluos, escandalo del trato politico, gente incorregible, se opusieron valerosamente à la implacable Charibdis; la qual con ligeros encuentros, y furiosos remolinos, abierta la boca, quiso sorber el navio en su inexhausto estomago; mas el Africano, y sus compañeros, con fuerte animo, y libre ligereza favoreciendole en aquel punto un Zefiro celestial, burlò sus engaños, escapò sus fierezas. Libre yà destos dos monstruos, y sossegada en buena parte la tempestad, pudieron reforzar la nave; y ponderando el acertado consejo, y su dichosa execucion, dixo el Africano, en el inconstante mar desta vida, lleno de trabajos, y peligros:

Dextrum Scylla latus, lævum implacata Charibdis
Obsidet.

A todas manos hace el mundo de las suyas; la diestra ocupa Scyla, la siniestra Charibdis, quien por medio puede passar, es favorecido del

Cielo, y guiado de la virtud; pero quien de su voluntad no toca los estremos, sino que arrojado de fortuna, para prueba de su constancia, y valor, pelea, y vence, de mayor gloria es digno. Mas ay de aquel desdichado, que voluntariamente se arroja por malos fines! que este tal, conocido su engaño, y visto el profundo, que le amenaza, dificultosamente se libra del uno, sin dar en el otro estremo.

Incidit in Scyllam cupiens vitare Charibdim.

Assi acontece à los necios amantes del mundo; que por huir el turbulento golfo de la pobreza, Charibdis fiera, dàn en el estremo contrario de las riquezas, Scyla mas horrible, y peligrosa, à cuyas manos pierden el alma. Huye el honrado soberbio el agravio, y deshonor, y cae miserablemente en la venganza, adonde opuesto à los preceptos divinos, queda para siempre perdido. Quantos huyen de amor, y sus peligros, y dàn en los naipes, adonde pierden tiempo, hacienda, quietud, y otros bienes? Huyen de zelosos, y dàn en confiados: huyen de la prodigalidad, y dàn en avaricia; huyen de murmuraciones, y dàn en lisonjas; huyen de parecer cobardes, y dàn en perdidos, alborotadores, y locos; huyen de imprudente encogimiento, y dàn en enfadosos; huyẽ del trato vulgar, y dàn en descorteses; huyen de muger pobre, hermosa, y honesta y dàn en muger rica, y vana; huyen de un estremo, y dàn en otro; huyen de Charibdis, y dàn en Scyla; porque pretenden corona sin guerra. Mas el Soldado valeroso, que impelido de los forzosos enemigos, vientos contrarios, encuentra con Charibdis, prueba sus armas, y fuerzas con ella, y la vence, puede seguramente gozar el medio camino de la virtud sin tocar en Scyla. Bien me parece lo dicho (replicò Pardalin) pero con vuestra licencia moralizarè mas caseramente este punto. Quien huye de una cuñada, y dà en una suegra; quien huye de casado, y dà en amancebado; quien huye de muger fea, y dà en muger dama; quien huye de un calvo, y dà en un zurdo; quien huye de un narigon, y dà en un romo; quien huye de un Alguacil, y dà en un escribano; quien huye de teñirse las canas, y conserba verdes los pensamientos; quien huye de acciones femeniles, y dà en guedegilla; quien huye de ridiculo, y dà en culto; quien huye de envidioso, y dà en maldiciente, es lo mismo que huir de Charibdis, y dàr en Scyla.

A este tiempo se oyò la voz de un marinero, que decia: O infeliz fortuna! las cumbres altas del promontorio Peloro, y alli tambien el escollo de las Syrenas, adonde si no prevenimos remedio à tanto mal, voluntariamente pressos perderèmos las vidas. La mayor parte de los navegantes burlaban su pusilanime flaqueza, juzgando este no peligro, sino entretenimiento, y recreacion, para divertir el animo oprimido de las passadas fortunas.

Que

Que si bien no ignoraban los naufragios, q̃ grandes Pilotos alli haviã padecido, y que valerosos Soldados alli perdieron el valor, las armas, y las vidas, con todo ello ellos se jactaban mas valientes para resistir el corazon armado de azero à las flacas voces, y dulces musicas de tres mugeres solas, y desnudas; cuya hermosura por fama los enamoraba; y cõfiados en su fortaleza, queriã dirigir allà las proas; despreciando los mõstruos faciles de vẽcer, y estimandose poderosos para escapar à lo menos sus manos despues de gozar su dulce musica, supuesto que ser vencidos era imposible sin consentimiento de su voluntad, la qual era libre de toda esclavitud, y violencia. Estas razones convencian sus entendimientos, para permitir licencia al deseo de escuchar sus voces, si no de consentir sus intentos. Mas el prudente Auricrino, viendo error tan manifiesto, y obstinado, quiso dissuadirlos la costosa experiencia. Los mas se dexaron vencer, y à estos mandò tapar con cera los oìdos, y èl hizo otro tanto; no como Vlises, que atado fuertemente al mastil de la nave, quiso tener libres los oìdos, quando los braços pressos, por gozar su musica, impedida la execuciõ de obedecer; que esta accion fue temeraria, ò por lo menos lo parece. Nuestro Auricrino no cõfiò à su volũtad la resistencia desta fuerte tentacion, y assi passò el navio tan cerca de las dulces, quanto engañosas Acheloidas, que parece se dexaba llevar enamorado, y vencido, como las piedras de la lyra de Orpheo; y corriera irremediable naufragio, si el Piloto, y Marineros no hicieran la possible diligencia para resistir. Algunos Soldados inobedientes al consejo del Africano, que no permitieron cera en los oìdos, satisfechos de su valor, oyendo las voces de tan suave musica, no las de la razon, que persuadia lo contrario, se dexaron torpemẽte vencer de su apetito, y à pesar de Auricrino, y los demàs Soldados, arrojando al mar un esquife, saltaron en èl, y luego roto en el escollo, los vieron anegar, y despedazar de la cruel hermosura. O quãto yerra quien à Syrenas dà oìdos!

APOLOGO XLVI.

No hai Leones fuertes si miran, y escuchan à Circes hermosas.

IRritada fortuna tantas veces vencida, y aun despreciada del invencible Africano, se resolviò probar sus fuerzas armada del mayor peligro, que tiene el Siciliano mar, y el mundo. Con este fin guiò la perseguida nao al promontorio Circeo, el qual descubierto, como sì de errados cables fuera tirada, assi la atrahìa, sin que humana resistencia fuesse bastãte. Favoreciòlos en tãto aprieto, pero engañosamente por persuasion de fortuna, un viento cõtrario al promontorio, y assi la miserable nave en medio desta guerrera calma zozobraba. Quiso

ayudarse el viento à destruirla con todo su poder: el Circeo monte sacò tambien à campaña sus fuerzas, y desta suerte la victoria estuvo un buen espacio en peso. Aconsejaban al Leon sus compañeros se dexasse llevar al monte, tomando à orza el viento, y alli desembarcando vencer à fuerza de armas los encantos. A lo qual el valiente Auricrino respondiò, que seria mayor victoria, y mas segura, morir en el mar, que entrar en batalla con la Circe fiera, señora de aquel Païs. Apenas se tomò està resolucion, quando vieron, que los clavos de la nave eran sacados como con fuertes tenazas, y que yendose à pique se convirtiò toda en viga, y tablazon. Vn confuso, y lamentable clamor se levantò de los infelices navegantes, juzgandose dichoso aquel à quien una tabla dilataba la muerte: quando Auricrino, cuidando mas de Crisaura, que de sì mismo se hallò solo sobre el mastil. Asseguròse lo mejor que pudo en èl con una escota entre cabos de velas, y entenas, quãdo las tinieblas de la noche, y de la muerte, juntas ocuparon el Orizonte.

Combatido de aguas, y vientos hallò la perezosa Aurora à nuestro Auricrino, tantas veces muerto en su imaginacion, y resucitado, quantas olas le sumergian al profundo. A este tiempo hallandose casi perdidas las fuerzas con el enemigo mar, dandose por vencido al primer encuentro levantò los ojos al Cielo a perdirle socorro, y viò sobre sì à poca distancia un carro que tiraban dos volantes Dragones, vestido de verbena, elechos, veleños, mandragoras, y otras yervas sagradas, y veneficas, y en èl una dama tan hermosa, y ricamente vestida, que representaba Deidad, no de las comunes, y convertibles entre los humanos: presta se humillò à las inquietas ondas, y cogiendo de la dorada guedexa al oppresso Auricrino, le puso sobre su carro, y gyrando gallardamente el azote sobre los alados Dragones, se levantò hasta las nubes. No se olvidò de sì en tan adversa, y prospera fortuna el magnanimo Leon, y assi volviendole humilde à su libertadora Deidad, la dixo: Si sabeis, señora, què es amor, por historias, ò experiencia, os suplico tengais de mi entera compassion, si no estimais en poco, que tan piadoso, quanto noble socorro haya sido vano, librad de la misma manera à mi amada esposa Crisaura, antes que el traidor mas triumphe de su hermosura, y valor, y juntamente algunos de mis compañeros, dignos de mas vida, y mejor fortuna. Severa respondiò la dama, jugando imperiosa otra vez el fiero azote sobre los Dragones: A quãtos en la nave venian con tu esposa, una hora ha vi anegados, con dolor de no poder à tiempo socorrerlos. Oyendo el infeliz amãte tan tristes nuevas, aunque apenas tenia fuerzas para moverse, intentò arrojarse desde el alto coche al mar, diciendo: O alma! ò sombra falsa! como cobarde resistes la salida deste cuerpo, si la de

Criſaura no le informò ſu pura amor, aunq̃ por ſuya en mi agravio cuente fortuna eſta victoria. Detuvole la dama, y con voz grave, el aſpecto hermoſo, acompañado de fiereza, le dixo: O flaquiſsimo coraçon del mas fuerte de los brutos, y de los hombres! Què infamia es eſta de tu nombre? Què deſmayo mortal de tu fortaleza? Què loco precipicio, no de amor, ſino de tus paſsiones? Juro por el Sol, que me diò vida y me la cõſerva, que ſi no mirara lo que me debo, te dexara deſpeñar a la ignorancia de lo que te debes deſde la fama que te acredita invencible. Aſsi vilmente te dexas vencer de amor? Aſsi permites que de ti ſe burle fortuna? Y aſsi deſeſperado, flaco, y temerario ſientes la diſpoſiciõ de los Soberanos Dioſes? Teme teme, cobarde, ſus ofenſas, y caſtigos.

Si en alguna ocaſion ſintiò las eladas armas del miedo el gallardo Africano fue en eſta. Hallòle culpado cõtra ſi cõtra los Cielos, y cõtra la deidad a quien por el oportuno ſocorro debia agradecimiẽto, y humillandoſe à ella cõvencido en ſus palabras, la pidiò perdon, mudado parecer y ſoſſegada la ſegunda borraſca, y mas fiera, pues le reduxo a mayor peligro de ſus paſsiones. Ya ſobre los montes de Theſſalia volavã los aligeros Dragones, y abatiendo ſu vuelo al de Pindo, pararon el carro à la puerta de una viſtoſa Quinta. Alli ſalierõ algunos criados, y doncellas: recibieron cõ mueſtra de alegria, y humildad à ſu ſeñora. Baxò del carro, y mandò hoſpedar al Africano en un quarto ricamente aderezado, adonde aquella noche deſcansò recobrando las fuerzas, que el naufragio le havia debilitado; ſi bien la memoria de Criſaura le quitò el ſueño, y le quitara tãbien la vida ſino ſe perſuadiera ſentimiento tan exceſsivo, flaqueza indigna de ſu valor. Por la mañana le vino à viſitar la dama libertadora, tã hermoſa, que la Aurora corrida apreſurò el paſſo, no atreviendo competẽcias a tanta belleza; y deſpues q̃ paſſaron algunas breves corteſias, hablò à nueſtro Auricrino deſta manera:

Por ſer tan diſtintas mis obras (ò gallardo Auricrino) de lo que la mentiroſa fama publica por el mũdo, no quiero, aunq̃ pudiera encubrirte mi nombre; el qual ſi al principio te ofendiere con receloſos temores, eſpera, y eſcucha, que à tus pies, à tu voluntad me tienes ſujeta con todas las armas de mis eſpãtoſos prodigios. Yo ſoi Circe, en opinion del vulgo encantadora, y famoſa hechicera hija del Sol, y de la Ninfa Perſeida. Y ſi entre los meramente humanos tanto voto ſuele tener, y con razon, la ſangre generoſa, para calificar ſus acciones, y la nobleza de ſus penſamientos, quanto mas entre los Dioſes, que quando la ſangre por algũ accidente ſe corrompieſſe en las venas (raras veces acontece) el eſpiritu ſobrenatural ſupiera y quiſiera infundir valor que la purificara. El engaño por quien padezco

tã grāve nota de infamia, nace de su maliciosa ignorancia, y de esso mismo nace la justificacion de mi causa, para mayor aplauso, hõra, y veneracion; siendo, como es mi padre Apolo, Dios de la Medicina, y Rey de los Philosophos tan poderoso, y sabio, q̃ con la luz de sus ojos produce las mismas plantas de què usa; que mucho su hija aya heredado algun conocimiento de tã admirables causas, y efectos? Lo contrario fuera en mi culpable. Sobre la sangre heredada, la ciencia, y experiencia, ayudados del sagrado paterno magisterio, me hã sacado tan docta, y diestra, que los efectos naturales, que el sabio Criador comunicò à tãtas causas particulares, y universales del mundo, atribuye la ignorācia de los hombres à encantos, y hechicerias. Esto en ausencia, que presente se acrecienta à las razones dichas, mi hermosura, (permitase à una hija de Febo esta claridad de propria alabāza en ocasion tan forzosa) que excede la natural, y à Juno dà zelos, y aun à la misma Diana, si esta Diosa sin amor los puede padecer. Por ventura no es encanto mi belleza à quãtos me miran? Mis ojos no son hechizo? y prodigio mis razones? Pues porquè el ciego, quãto envidioso linage humano assi me persigue, desauthoriza, è infama?

Dicen, que transformo los hombres en varios animales, como à los compañeros de Vlises en puercos; testimonio cruel, que à la soberana deidad de mi luciente padre pido castigue con rigor: si viendome, y de mi enamorados, quãto impossibilitados de executar sus torpes deseos prorrumpẽ en varios furores, y locuras, semejantes à las que se hallan en diversos brutos; y desto se denominan, què culpa se me puede con justicia imputar? Si al otro el amor, q̃ vanamente viẽdome presumiò, le hace valiente, y ossado como Leon, si zeloso como Toro, si intratable como Espin, si docil como Elefante, si rabioso como Lobo, si obsceno como Javali, si vengativo como Osso, si absorto, y extatico como Aguila à los solares rayos, ellos mismos se encantan, y hechizan, y transforman en estos animales, como à los compañeros de Vlises la torpeza de sus obscenos deseos convirtiò en animales immundos, no mis artes, ò encantos. Yo te confiesso una verdad, que mi ciencia por grande es increible, porque lo menos que alcanzo, no creyò possible à fuerzas naturales el mismo Hipocrates, ò Aristoteles, aquel Principe de la Medicina, este de la Philosophia: si bien los mas admirables prodigios, y estos son pocos, exceden el caudal de la naturaleza, y los obro por merced de mi padre Apolo.

Yo nũca à media noche sali à los bosques sola, descalza, y desgreñada, à invocar las deidades de Hecatè triforme de los montes, de los vientos, de los rios, de los lagos, y quãtas usan de celestial dominio en las tinieblas nocturnas:

pues

puesto q̃ aguardè las crecientes de la Luna para coger las yervas, porque entõces tienen su virtud mas eficaz, y cõ este fin he venido ahora à estos montes de Thesalia, fertilissimos de tã admirables plãtas, y acaso en el camino te hallè luchã do cõ las mortales olas. El promõtorio q̃ habito, dicen tiene virtud de atraer à sì las naves de los incautos navegantes, por ser todo de piedra imàn, cuya virtud unida à los clavos, como cable los tira, y si se resiste las desclava, y anega. Esto es fama, y la experiẽcia parece lo ha cõfirmado en ti, pues rehusãdo el puerto de mis Reinos, cõ invencible violencia padeciste con tus Soldados miserable naufragio. La verdad deste rumor se funda en otra mas cierta, q̃ *magnes amoris amor*, q̃ el amor de mi hermosura es piedra iman del amor, aunque sea un hierro en dureza, como has visto, pues los hierros de tu nave se rindierõ, si el libre alvedrio de tu diamantino corazon se resistiò, porq̃ ni conociste mis merecimientos, ni mi poder.

Yo quando quiero hago volver los rios à sus fuentes, con admiraciõ de las riberas, que bañan; alboroto los mares, y alborotados los sereno; desvanezco las nubes, y desvanecidas, las cõgelo: pongo en huida à los vientos, y fugitivos los mando volver: rompo cõ palabras las entrañas de viboras, aspides, y vasiliscos, y las de peñascos mas empedernidos; hago mover las selvas, temblar los mõtes, bramar los profundos, y salir de sepulchros horribles sombras; yo hago amar, y aborrecer, y puedo transformarme en varias especies, de Hõbre, de Aguila, y de Leon. Mas ay de mi! q̃ siendo tan poderosa de una misma causa nace en mi corazon un precipitado atrevimiento, y en elado temor, aquel me persuade, este me detiene; aquel me facilita el deseo, este me le representa imposible. Dirèlo? No. Morirè? Serà cobarde desesperacion. Rindase, pues, al dolor el silencio. Yo te librè (gallardo Auricrino) de la muerte, y tu amor quiere quitarme la vida. Ingrata recompensa de tãto beneficio. La permission que tengo de Jupiter para igualarte en forma de tu especie, disculpa mi atrevimiento, y te obliga, que no estrañes mi amor como el de mi hermana Pasiphe tãbien hija del Apolo, la qual torpemente engañò à un Toro, q̃ ciega amaba, y pariò (vil monumẽto de nefanda Venus) al Minotauro. Ni sera razon que me compares à Semiramis Reina de los Assirios, muger valerosa y temida, que esta se enamorò de un Caballo, y executò su infame deseo mãchando el lustre de sus claras hazañas. Mugeres amaron, excediò su monstruosa passion los limites de la naturaleza. Pudiera, con estender la mano, y cortar una planta deste monte, forzarte à que me tuvieras amor; mas no permita el Cielo, que yo ofenda tu voluntad ni mis merecimientos, aunq̃ estos para obligarte no lo sean; q̃ si cruel me desprecias,

muger me veràs resolver la vida en llanto; si agradecido me correspõdes, Leona me gozaràs mas bella que el signo, cuya piel hace de oro, passando por su palacio mi padre Apolo que por hija suya me debieras amar quando otras razones no te obligaran; pues tu estirpe generosa con sus rayos florece, y dellos tiene glorioso principio.

No prosigas, hermosissima hija del Sol, Circe divina (dixo Auricrino) no prosigas los favores de tu amor, y prosperidades de mi fortuna, que me hallo incapaz de tanto agradecimiento. No puedo verificar mis deseos cõ obras que los correspondan; los mayores se terminã en la esphera de mi corazon, este recibe para que pongas remedio à las heridas, que padece de las flechas de tus ojos tan venenosas como tus palabras. Si esto es encanto, si esto es hechizo, si es muerte, todo voluntariamente lo padezco reconociẽdo mi dicha en merecerte, y mi ceguedad en huir tanto bien, por no conocerle. Muriò Crisaura, no la ofendo; y quãdo viviera, no dexara de conocer las deudas à tu hermosura, puesto que no te hiciera dueño de mi libertad, y pues con tanta ganancia la pierdo; este sea el fin de mis aventuras, q despues de tan largos discursos, y peregrinaciones han hallado el cẽtro adonde descansan, y sossiegan. O sabio Vlises, no envidio tu fortuna, pues la posseo, pero alabo tu prudẽcia en dexarte vẽcer de quiẽ forçosamẽte havias de ser vencido como lo soi ahora; para glorioso triũpho (otro no deseo) de mis passadas victorias. Hai Leõ en mil ocasiones valiente, en esta cobarde! quisiste pagar agradecido, miraste cõfiado, escuchaste temerario, y caiste infeliz. Y tu Circe gallarda, obligaste hechizera, comunicaste hermosa, persuadiste tierna, y venciste amante. Pero què me marabilla? Lo contrario con razon pudiera; assi vencen ocasiones, assi se castigan confianzas, assi se postran temeridades. No refiero cosas dignas de admiraciõ comunes son todas, y ordinarias q no hai en el mundo Leones fuertes, mirando, y escuchando à Circes hermosas.

APOLOGO XLVII.

Moralidades de Flores, y Plantas.

TRãsformada en Leona la encantadora hija del Sol, triunphò del valiente Africano porq mirò, y escuchò, que si el otro del mismo renombre vẽcedor de Anibal, no fue vencido, viò y oyò acciones sin afecto; al qual ofreciendole los Soldados una hermosissima doncella captiva, haviendola preguntado el estado de sus cosas, luego la mãdò ẽtregar al Principe de los Celtiberos, con quien estaba concertada de casar. Aunq mas recatada, y seguramente procediò el grande Alexandro, que à la muger del ya vẽcido Dario, de peregrina hermosura, no cõsintiò trear delante de sì, por no fiar à sus ojos la guar-

guarda de su corazon. Passados algunos dias, en que Circe cogiò las yervas medicinales, y veneficas en aquellos montes de Thelalia para los prodigiosos efectos, que la hacian famosa, y temida; haviendose en uno juntado las Plantas, y Flores de todo el Reino, se determinarō dar una peticion a la sabia Circe, como tā poderosa en ciencia, y naturaleza, pidiendo hiciesse justicia de algunos agravios, oyendo las quexas, por quien vivian en un perpetuo disgusto, y cumpliesse algunas esperāças, ò las cortasse del todo, para que cada una viviesse contēta de su suerte. Y si esto no se pudiera alcanzar, por lo menos hiciessen de la necessidad virtud. Vista, pues, su peticion, mādò llamar à Cortes, y passadas largas consultas, las celebrò publicamente en un apacible prado, rodeado de montecillos, que formaban una vistosa plaza, ò anfitheatro. Sentada en un Throno la hija del Sol, corona en la cabeza, los cabellos de oro recogidos en un apretador de diamantes, y esparcidos por la espalda, vestidura de raso azul hasta los pies, y en el pecho bordado un Sol de oro, que por toda ella, como por el Cielo, despedia rayos. Dispensaba el coturno parte del pie, marfil engastado en el metal mas precioso. Sostentaban la falda tres bellas Ninfas, del hombro pendia una aljava, y en la mano siniestra un arco, quedando la diestra libre para las acciones de su razonamiēto, el qual començò desta manera, presente el Leon; y escuchando Flores, y Plantas:

Agradecida à vuestra obediencia, en los admirables prodigios que yo hago, y vosotros confeccionais: Cuidadosa tābien de vuestra conservacion, acrecentamiento, y concordia; porque con ella las cosas pequeñas crecen, y sin esta, las mui grandes vienen à no serlo; he determinado, y establecido, haviēdo oìdo lo q̄ me supplicais estos decretos, los quales quiero tēgā fuerza de ley, y pragmatica sancion. Primeramente nombro Reina solo de las Flores à la Rosa Alexandrina, fundandome en razon, y naturaleza: que una, y otra la levantā à este superior dominio; dado q̄ el Clavel le pretenda para sì; porq̄ si bien este la excede en el olor de buena fama, es famala, suya sin obras buenas; ya q̄ no las tēga mas; pero a la Rosa puso guarda naturaleza, como à Reina, de tantos piqueros vistiò verdes hojas, y estipò su persona cō cinco hermanos, dos lāpiños, uno barbiponiente, y dos de honradas barbas. En medio de sus purpureas hojas tiene un rico deposito de granos de oro, que Reyes pobres no vivē seguros. Los bienes que sabe, y puede hacer, son innumerables, de lo qual darà fiel testimonio la Medicina, virtud propria, y necessaria en un Principe; que si no es haciendo bien, como puede librar el mal? Sea con todo esso el Clavel segundo en el Reino por su fragrācia, y belleza.

La flor de la Marabilla, de hoi en ade-

adelante te llame flor de la hermosura, que si esta à la mañana de su juventud es marabilla en el mũdo, à la tarde triste de su vejez, viene à ser (yà marchita) marabilloso exẽplo à vanidad gloriosa de floridos años. Asi los desengaña en su nombre el florido Cordovès:

Aprended flores de mi
Lo que và de ayer à hoi,
Que ayer marabilla fui,
Y hoi sombra mia aun no soi.

Jazmines, Mosquetas, y Violetas son poca flor, gente bonita, no hermosa à boca llena, humildad no exercitada; pero si Naturaleza à su fragrante olor prestasse gentileza de cuerpo, y garvo de hojas, en tal caso puede ser q̃ no se humillassen à la Rosa, y Clavellina: mas porque tienẽ à la Aurora cõ todo un exercito de Poetas de su parte, no pretendo innovar el estado de sus cosas, y opinion. El Junquillo salga de campo inculto, y pantanos, dexe la compañia y vida picarezca, que muchos no luzen por no estimarse, aunque los mas son estimados por lucirse. La flor de Retama (ò sea desesperacion de discretos, ò esperanza de necios) la raiz, ramas y hojas de donde nace, de quien se hermosea son amargas: propriedad inseparable de la esperanza, ò desesperacion, que se origina de amor. No profanen la casta Azucena, ò blãco Lilio Poetas immundos, guardense de indignar, y ofender la pureza de Diana, y la severidad de Juno, de cuya leche se engendrò. Si porque Naturaleza es hermosa en su variedad, los Alelies son varios, amarillos, carmesies, blancos, jaspeados, desengañense, y elijã un solo color que gente de muchos semblãtes, y colores à lo camalcõ, ni es agradable, ni segura. Corra desde hoi por cuenta de Narciso desengañar à los que se precian serlo, acordandolos, q̃ su hermosura (si la tienen) es flor, y que siendo blanca, su fruto es negro de presumpcion, y locura. Mas quiẽ desengañarà à la hermosura? Quien persuadirà à un necio?

La Clicie, ò Mirasol crezca en buen hora, y sea Gigante entre las flores, que quien es tan agradecida à las influencias que la vivifican, que vive en perpetua vigilancia, y contemplacion de su criador, y dèl no aparta los ojos, medre con hermosos acrecentamientos. La Albahaca me pide flor grãde, y olorosa; darsela he, como dexe las tres partes de sus hojas, que si con su pompa, fausto, y hermosura agrada, enamora, y enflaquece, quien se averiguarà cõ ella? quien la podrà resistir, si tiene flor? guardaos de amor, que està en èl hermosura, y flaqueza. El Absinthio, ò Inciensos se consuelen que si son amargos, tambien saludables, y restituyen la gana de comer; proprio de los buenos consejos de la fraterna correccion, que amargan y dàn salud, excitando, y persuadiẽdo la voluntad à buenas obras. La Yervabuena, si lo es, no se llame Morisca, bastala el renombre de Romana, que son disparate tantos apellidos, y tan poca virtud. La Mostaza por su peticion, nos pide

mas

mas cuerpo; no conviene, que si tã ruin se nos levanta à mayores, y quiere cõpetir cõ arboles frondosos; si mayor, no viviera en sus mõtes seguro el Cedro: dexe los sutiles humillos q́ la desvanecen, y tẽdrà mejor despacho, que dà enfado gente tan pequeña, y atufada; para tragarla es menester endulzarla cõ invenciones. Y si responde q̃ al Mastuerzo por mas humilde, y tratable se le atreven las mugeres, y apenas ha nacido quando se le comen, no es desprecio, sino estimacion. Ademas, que bien se sabe defender, y hacerlas verter lagrimas, efecto antiguo de la Gula, que en parte heredò su hija la Golosina. A la Ruda concedemos, q́ como cura de mal de madre, tambien cure de mal de suegra y si en esto procede, como es razon, y lo mereciã sus servicios, permitiremos, que cure tambien mal de cuñados, dolencias incurables.

El Trebol, si quiere tener quatro hojas, haga su volũtad, pero siempre se estarà en sus tres, como en sus trece; porq́ en alegando costũbre, y herencia de sus mayores, no querrà otros aumentos: y aunque sea el uso malo, no se le ha de quebrar la hueca, loca obstinacion de gente sin discurso, trabajo de algunas comunidades. Biẽ ayã los usos de España nuevos cada mes en los trages, si ya no son tragicos abusos para las bolsas. Con todo esso perdonamos al Trebol en esta parte, q́ el numero de tres es ilustre, y le condenamos à perpetuo destierro de las manos, y pechos de las damas, por ser planta escãdalosa, pues para que dè buen olor, es menester manosearla. El Romero no sea tan comun, y conversable, por quanto la mucha conversaciõ es causa de menos precio, y mandamos, que el versecillo de la escuela Salernitana:

Cur moriatur homo, cui salvia crescit in horto?

se le apropie al Romero, à su flor, y quinta essencia, y se diga: *Cui anthos crescit in horto,* porque el nõbre anthos, significando en Griego la flor, antonomasticamente se le atribuyen à la del Romero por sus excelentes virtudes. La Mãdragora dexe la forma humana q́ tiene, pues sus efectos son inhumanos. Quantos hõbres son Mandragoras venenosas, frios en quarto grado, opuestos à todos fervor de caridad, hombres en lo exterior, en lo interior demonios? El Cardo, porq́ se nos hace de pencas, viviendo siẽpre aporcado, lleno de espinas, y savandijas? La Lechuga es fresca, suave, apetitosa, y saludable, pero nadie peq́ de ignorancia, q́ la muger mas suave, y blanda, exprimida como lechuga, apretada digo, y oprimida, vierte mortifero veneno.

El Repollo se case con la Verza, y se trasplanten, y muden cõ su casa, y familia à Alemania, que allà los estimarã por mas de lo q̃ son. A veces los enemigos nos ocasionã hacienda, hõra, y todo bien. Efecto es en los Alamanes de su estragado gusto, y obediencia à la

agra-

agradable temeridad del vino, cuyos humos desvanecẽ, cuya altivez humillan Verzas, y Repollos, los quales plantados junto a la Vid, no la dexan medrar, ò fuerza de un odio, y enemistad principalmente si se hereda, en vida persevera, y en muerte no se acaba! Tema la Vid noble, poderosa, y de todos amada à la Verza baxa, y abatida, q̃ nadie vive sin enemigo. Tema el poderoso al hõbre vil, y despreciado, q̃ por lo menos puede ofender su fama; y para esto no le faltaran oìdos, y aplauso, que la Verza por lo capital enemiga contra la Vid, es en el mũdo infame, y en Alemania de grã estimacion. El Ajo se case con la Cebolla, el Cilantro cõ la Alcaravea, el Peregil con la Yervabuena, cada uno por su igual: porq̃ el Ajo ha de querer casarse con la Pimienta? la Alcaravea con el Anis? el Peregil cõ la Naranja? Humildense en buen hora, y viviràn en paz. No se diga de aqui adelante: tiesso como un Ajo, sino tiesso como un descortès, tiesso como un porfiado, tiesso como un Juez apassionado. Si por ser Cominos, y Alberjanas de suyo pequeños, y humildes, se hã atrevido los nombres licenciosos à decir, no se me da un comino, no se me dà una alberjana, con lo qual significan la poca estimacion que hacen de la cosa, que desprecian; mandamos q̃ en su lugar digan, no se me da un maldiciẽte no se me dà un ingrato no se me dà un avariẽto, por ser esta la gente mas vil, y digna de desprecio en la Republica. El Puerro ponga enmienda en el mal exemplo, q̃ dà à los viejos, cabeza blanca y hojas de verdes pensamiẽtos, so pena que le sacarèmos a la verguenza por las plazas antes que llegue Quaresma. De hoi mas las cabezas de Ajos no se põgan en ristras, porq̃ no tenga à quiẽ imitar la comunidad mal gobernada, ni della se pueda decir: Toda cabeza como ristra de ajos. Los Rabanos, para q̃ tantas ventosidades, humos tan presumtuosos, y vanidad, si continuamente viven sepultados debaxo de la tierra? advietan, que es de gente vil, en mejorando estado, y viendose en mesas honradas, levantarse à mayores; esso quedese para las Calabazas, cuya vanidad la encubra en brazos poderosos, cuyo peso las derriba; que en efecto à su culpa acompaña el castigo, y si este no las corrige, vivã en su locura, mueran en su obstinacion. Nabos, Zanahorias, Verẽgenas, y Pepinos sean municiõ cõtra corozas y aun carrozas, si cõplices en un delito. Y no se agraviẽ los Nabos de semejante empleo, q̃ ya son conocidos gente de prudencia, que siempre llega en tiempo, y ocasion, que por esso se dixo: Cada cosa en su tiẽpo, y los Nabos en Adviento, el qual refran entienden mal, y obran peor muchos, que como nabos hacen su Adviento todo tiempo, y todo lugar. El entremetido el hidalgo enfadoso de quatro costados, hace su Adviento como nabo a la hora de comer, aunq̃ sea por Agosto, porque tambien hacen su Agosto las tri-

tripas agostadas. No es nabo por Adviento el que pide la deuda al trampofo; el pobre que enamora; el marido que impide; el corchete que prende; el zeloso que halla; el novelero que assusta; el consejo sin pedirse.

A las Berengenas damos el primer lugar en la olla, solamente en Toledo; para que nadie presuma, que ha de tener uno mismo en todo el mundo, que hai Gallos que cantã en su muradal; y fuera dèl, al primer passo caen en Carnestolendas, y luego los corren. Las Zanahorias porquè se nos ponen coloradas de verguenza en saliendo à luz de los obscuros retretes de la tierra, si tan desvergozadamente las hallamos muchas veces por caballerizas y pesebres entre mozos de caballos? Los Pepinos no permitan ser comidos de truhanes, porque junta una, y otra frialdad, se convertiràn en carambanos, y moriràn los desdichados de frio, y no conviene falte gente tan importante para decir verdades, quanto impertinente. El Cohombro se aconseje con el Esparrago, que este por vivir solo como èl mismo, crece derecho, mas aquel por no levantarse dos dedos de la tierra, y no huir el vulgar comercio, vive arrastrado, y con mas vueltas que una culebra, y mas revueltas que una mala muger. A las Malvas califico plantas verdaderamẽte humildes pues lo muestran con tantas obras de piedad, acudiendo en serviciales oficios à los enfermos, nõbramoslas ayudas de camara. Las Hortigas, gente baxa, y picãte, destierro à los arrabales de Sodoma, y Gomorra. Los Pimientos Indianos tan picantes, tan de mala condicion se estàn en este como en el otro mũdo, que quiẽ malo se parte desta vida, malo persevera en la otra; y ninguno por mudar tierra muda las costumbres, como los Tomates, que siempre son tratables, y apetitosos en España, y en las Indias: puesto que unos, y otros visten colorado, pero el habito no hace al Monge; en lo interior consiste la verdadera calidad. Hagase estanco del Tabaco, y repartase con cuenta, y razon, no permitiendole excesso, ni descomposturas, que de medicina se ha cõvertido en vicio, y mandamos, que las cabezas superfluas, las llenas digo de superfluidades, se purguen cõ èl, y en todo se he mane, y vaya à una cõ el Chocolate, suave al gusto, tyrano à la salud: y con el uso destos embelecos, las Indias queden pagadas, y satisfechas de lo que España las debe, pues segun mi cuenta, tanto provecho ha recibido este Reino de su oro, plata, piedras, y drogas, como daño de su Tabaco, y Chocolate.

Aqui llegaba la hija del Sol, quãdo su padre à las puartas del Ocaso; y assi se dissolviò por entonces la junta, sucediendo quexas, y murmuraciones entre los festivos aplausos.

(✠) (✠) (✠) (✠)
(✠) (✠) (✠)
(✠) (✠)

APOLOGO XLVIII.

Palacio de Fortuna.

HAvia la hermosa Circe cogido en los montes de Thesalia las yervas medicinales para sus prodigiosos efectos, en tanto que su padre el Sol acrecentaba hermosura à la Deidad triforme, y virtud à las plantas, por medio de sus eficaces influxos. Llegado al quarto menguante, mandò poner los Dragones al coche; y sentada en la popa, con Auricrino à su lado, al primer gyro del azote, se levantò à las nubes, y en breve tiempo llegaron à la Isla Circea. Salieron à recibirlos sus vassallos, y familia. Alli fue bien aposentado Auricrino, y esplendidamente regalado, como suele hacerlo una voluntad amante, y poderosa. Usaba la sabia Reyna todos los medios para assegurar el amor del yà vencido Leon, y assi de ordinario se le manifestaba en forma de Leona hermosissima, entreteniendole con todos los passatiempos, y deleites possibles. Saliendo un dia à caza de monteria con real aparato, se les ofreciò un valiente Osso, cuya ligereza, dexando atras los Monteros caballos, y lebreles, obligò al Africano poner mas cuidado en seguirle. Entròse por la mayor espessura del bosque, y siguiendole largo espacio, se le perdio de vista, à tiempo que descubriò un alcazar fuerte, y hermoso, tanto, que pudo despues de tan largas peregrinaciones, y experiencia de sumptuosos edificios, causarle admiracion la fabrica de marmoles, jaspes, y bronces. En la fachada, orden composito Romano, un escudo de bronce, y en vez de armas, gravados de oro estos versos;

Esta ilustre vanidad
Para escarmiento del hombre,
Erigiò prudencia al nombre,
Ignorancia à la Deidad:
Efectos son de verdad,
Que mira infalible ciencia.
Los casos, cuya experiencia
En mudanzas siempre una,
Hado los llama, y fortuna,
Siendo eterna providencia.

Bien conociò desta incripciõ nuestro Africano, que debia de ser alguna obra ingeniosa de la sabia Circe, digna por cierto deste epiteto, pues tan sabiamente sentia de fortuna, contra la comun opinion de los Gentiles. Receló tambiẽ si este edificio era aparente, y fantastico; pero mirando con mas atenciõ la doctrina del letrero, q̃ sucintamente enseñaba la vanidad de los que à la fortuna erigian altares, como à Diosa particular, siendo los efectos que se le atribuyen, aunque respecto de nosotros fortuitos, no respecto de la divina providencia, que todo lo dispone con valeroso impulso; entrò dentro, hallòse en un magestuoso patio, y lo primero que à los ojos se ofreciò, fue la portada de un salon, y en lo alto con letras grandes escripto: *Riquezas*. Pareciòle el mayor bien que da fortuna, y que eminen-

femente incluye casi todos los què juzga el mundo tales. Acercòse, y viò entrar, y salir la mas lucida gente de la tierra, y q la necessidad pobre, y desnuda con su cara de nerege daba grandes golpes à la puerta. Saliò la portera Auaricia, y soberbiamente la despidiò puesto que la miserable necessidad, con lagrimas pedia misericordia, y desesperando hallarla, se partiò de allì triste, y vendio (segun despues supo) la honra de dos hijas doncellas para sustentarse y vestirse: à un hijo dissimulò algunos hurtos: à otro enseño à pedir de puerta en puerta: à otro le puso un don, y luego a servir. Ofendiòle tanto la Avaricia, que estendiendo la mano, y desembainãdo las uñas, quiso dividirle la cabeza del cuerpo, mas hallòse su colera burlada, porque sì bien parecia muger, era en dureza una estatua de marmol, ò bronce. Reportòse, y passando adelate viò la sala llena de oro, y plata, piedras, y perlas preciosas, telas, brocados, curiosidades costosas, y escripturas de censos. Tanto se enamorò destas riquezas nuestro Auricrino, que le pareciò desacierto no gozar la ocasion, que la fortuna le ofrecia y assi comenzò à juntar una buena summa de lo mas precioso q̃ havia en aquel thesoro; pero en medio de su solicitud se suspendiò con temerosa admiracion, viendo las riquezas q à manos llenas cogia, todas mezcladas cõ inquietissimos cuidades: procurò con todo esso limpiarlas dellos, en vano, por ser tã dificil, como limpiar una Republica de envidiosos. Volviò la cabeza, y viò cerca de sì los trabajos feos, y espantosos, preguntòles, què querian? y respondieron, que ayudarle à llevar aquel lio, que havia hecho de riquezas, que sin ellos era impossible posseerlas. Estendiò mas la vista, y viòse cercado de vicios: preguntòles à què eran venidos? y desvergozadamente respondierõ, que à servirle, y acompañarle cõ las riquezas si los daba licencia, y si no, que por lo menos no le perderian de vista, esperando su voluntad; porque

Ardua res hæc est, opibus non tradere mores.

furioso el Leon de oir estas libertades, cogiò las riquezas, y desperdiciandolas por la sala, saliò pisandolas, y ẽtre ellas los cuidados, huyendo juntamente su presencia los trabajos, y vicios.

A poco espacio se hallò à la puerta de otra sala, y en lo alto escripto: *Fama*, ofreciòsele luego delãnte vestida de ojos, lenguas, y orejas, con alas, y un clarin en la mano. Saludòla, y viendola muger y con tantas lenguas, no se atreviò esperar respuesta, porque seria eterna. A su lado estaba una vieja fea, abominable, y consumida, coronada de viboras, de quien se sustenta, y de su mismo corazon. Los ojos enfermos, los dientes podridos, un baculo espinoso en las manos; y aunque tarda, y perezosa, arrimandose à la Fama, volaba tã ligera como ella. Huyò esta horrible vision, y discurriendo por la sala viò, q̃ estaba ocupada de Varones famosos, à quien for-

tuna havia comunicado este bien de la Fama, grande entre quantos reparte. En primer lugar, y superior a todos, viò à Alexandro Magno, conquistador del mũdo, sujeto digno de innumerables plumas. Alli se veian los instrumentos mas ilustres, con que se hacian famosos Triumphos, Trofeos, Coronas, Estatuas, Historias, y entre ellos una targeta con estos versos:

Fortuna dà possession,
Fama solo vanidad,
Y virtud eternidad.

Alli se veian todas las naciones del mundo, y la Española con sus Reyes Godos en el supremo lugar, coronada Emperatriz de la tierra; por quien el Imperio Romano comenzò à declinar, y ultimamente resuelto en polvo, abriò con sus invencibles armas passo à otro mundo, que sola possee: Monarquia la mas estendida, que ha visto el Sol desde que mira sus Reinos, que nunca vèn la noche. Entre todos sus Principes, Carlos Quinto en alas de Imperiales Aguilas se levantaba como Planeta Quinto de la Española Esphera, y Sol de Austria. Saliendo de alli, viò que ocupaban otra sala, los que por malos medios pretendian fama; unos cometian homicidios; otros ponian fuego à Templos, y Ciudades: estos se arrojaban entre picas; aquellos entre fieras; los otros entre llamas. Llegò à un quarto obscuro, y tenebroso, tan guardado del Sol, que no hallando ventana que le diesse entrada, le fue forzoso buscar alguna luz para vèr lo mas secreto de la Fama, si puede serlo con secreto. Mirando por todas partes, viò à Mucio Scevola entre los varones famosos, abrasandose la mano en una hacha ardiendo: pidiòsela prestada, y dandosela, se fue à los senos obscuros, y viò en ellos innumerables Varones, ilustres en virtud, letras, y armas, despreciadores de la Fama, y que la estimaron en lo que ella es:

Dura inquieta, dão d' alma, e da vida.

como dixo el heroico Portuguès. Cada uno tenia cerca de sì escripto un epitome de sus hazañas, y proezas, cõ el nõbre, y renombre merecido por ellas, para las quales muchos libros no bastan, bien que en una palabra cifraban lo mas insigne de sus grandezas: algunos de los renombres eran estos: Padre de la patria, muro de la Religion, amparo de pobres, consuelo de afligidos, fundamento de la paz, libertador de la Republica, exemplo de virtudes. Mirando estaba con gusto increible los encomios destos Varones, quando entrò la Fama indignada, y quitandole de las manos el hacha la apagò, y se quedaron à buenas, ò malas noches. Suspenso sin determinarse à dar lugar al enojo, ò disimular, eligiò el mas sano consejo, porque la Fama ofendida no se convirtiesse en infamia, y dexòla hablar, no lo q̃ quiso, sino lo que el Africano quiso oìr. Si la intencion no os disculpara, temerario Leon, yo os diera el castigo merecedor de tanto atrevimien-

miento. Con què licencia profanais los palacios del olvido, solo abiertos à los que yo tengo por particular permission delCielo alli sepultados? Como es mi oficio dar noticia de lo que no se sabe, y hacer conocidos, y famosos los Varones que han merecido mi gracia; tambien es ministerio mio ocultar à otros en perpetuo olvido, sea por negacion de mis favores, sea por actos positivos de mi jurisdiccion. Los que tengo en este palacio guardados, son los mas insignes que admirò el mũdo, cuyas virtudes, y hazañas, ni son conocidas, ni sus nombres, ò que por falta de Historiadores, à quien yo haya dado alguna de mis plumas, ò por haver ocultado sus obras del aplauso popular, haciendolas por fin solo de virtud; y estos sin duda ocupan el supremo lugar en la eterna immortalidad, con grandes excessos à los Alexandros, Cesares, Pyrrhos, y Annibales, por el fin de vanidad, que viciò en parte sus acciones mas heroicas. Si leisteis algũ nombre, no le manifesteis contra mi voluntad, y la dellos mismos, que tien el vano nombre, solo provechoso al buen exemplo. Diciendo estas razones la Fama, llegaron à dõde estaba Mucio Scevola, y viendo su hacha muerta, pidiò à la Fama se la encendiesse, porque temia perder reputacion. Enfadòse entonces Aurictino, y arrojò la hacha, y la hizo pedazos, diciendo: Pese à tal cõ el Soldado mas vano que valiente, y con su cansada, y su impertinente Fama. Dexen ya de cansarle, y cansarnos Historiadores, y Poetas, con su mano abrasada en castigo del yerro cometido en favor de Porsena; que si fue accion valerosa, tambien fue bien premiada con honras, y riquezas. Ocupense mejor sus plumas en celebrar los hechos de infinitos Soldados no conocidos; mas valerosos, si menos afortunados, que cada dia sacrifican no una mano, sino todo el cuerpo, y la vida en servicio de su Dios, de su Rey, y de su patria; y en eternizar à muchos, que sin pies, y sin brazos piden limosna para sustentar la vida, que mil veces expusieron à evidentes peligros. Colerico Scevola quiso poner mano à la espada, que no le quedò tan estropeada, que no lo pudiera hacer; pero la Fama su amiga le detuvo, y el Africano saliò al patio del encantado Palacio, diciendo: Sal aqui, Scevolilla; que à ti, y à tu Fama enterrarè en olvido. Què mucho te dexasses abrasar la mano si con essa cobarde astucia excusaste el fuego, q̃ te havia de abrasar todo el cuerpo en castigo de el homicidio que cometiste? Este hecho merece alguna fama de valeroso, el segundo de sagaz.

Cerca desta sala, pared en medio, estaba otra, y sobre la puerta un rotulo, que decia: *Hijos*, generalmente estimados, uno de los mayores bienes de fortuna. Entrò, y luego diò con un crecido numero de padres solicitos, afanados en juntar riquezas, juzgandose mas dichosos en què sus hijos las havian de gozar, que ellos mismos. Viò

à uno de aquellos necios padres desveladissimo en la fundacion de un mayorazgo para el hijo mayor, dexando à otros quatro pobres. Detuvose considerando el fin, q podia obligarle à tal disposicion; amor de los hijos, no; sì por ẽriquecer a uno, dexaba pobres à los otros. Mas el fundador, como si adivinara su pẽsamiento, dictò al escribano, que hacia la fundaciõ, estas palabras: Mueveme à fundar este mayorazgo el mayor servicio de Dios, y del Rey. Reprehendiòse entonces Auriclino interiormente la malicia, y tacita murmuracion, oyendo el fin honesto, que le obligaba, persuadido, que todos aquellos padres fundadores de vinculos, que se proponen este fin, obran virtuosamente, y son dignos de alabanza, pues vencen el amor natural de sus hijos, y dexan muchos pobres, aunque los quieran mas, por enriquecer à uno. Con todo esso le quedò cierto escrupulillo, que como en lo demas son tã poco observantes de las leyes virtuosas, esto mas lo hacen con fin de vanidad, por eternizarse en la Fama, mediante una memoria; pero si và à decir verdad, no los tengo por tan necios, que no alcancen, que à ellos si vàn al Cielo, la memoria de su nombre no les ha de crecer Gloria; y si al Infierno, no los ha de sacar dèl. Alli estaban algunos hijos segũdos, que le dieran lastima, si no envidia; uno volado de una mina, y sepultado el cuerpo, destrozado en menudos pedazos, dẽtro de las piedras, y tierra de muros desmantelados; otro atravesado de picas; otro Maestre de Campo; otro General; à todos los quales pobreza diò mayor lustre, que à los primogenitos, ò con muerte valerosa, ò con honrosos cargos en vida.

Estaban à otro lado algunos padres desvelados en juntar hacienda con perpetuos cuidados, y trabajos, ayunando las vigilias de las Fiestas, que sus hijos havian de celebrar; avarientos imposibilitados de conocerse, porque se defiẽden cõ obligaciones naturales; viven para otros, y mueren para sì:

——Manifesta phrenesis,
Vt locuples moriaris, egenti vivere fato.

Cerca estaban los hijos destos, deseandoles la muerte, y desperdiciando prodigamente, ya en vanidades, ya en deshonestidades, ya en juegos, lo que lleva al Infierno à sus padres, por sus dineros contados, y passos sin contar; porque dando uno en vago, que ellos juzgaron primero, se hallaron en la perpetua habitacion del profundo. Viò al amor de los padres baxar mui ligero, al de los hijos subir mui perezoso, en que se funda el problematico; para que se verifique un padre para cien hijos, y no cien hijos para un padre.

Viò à un hijo jugador, mal inclinado, descortès, inquieto, y presumido, à quien el padre reprehendia; pero respondiò lo que en otra ocasion el Cangrejo à su padre, que le aconsejaba dexasse la mala costumbre de andar hàcia atràs: Padre,

dre, id vos adelante, que yo os seguirè:

Maxima debetur puero reverentia, si quid
Turpe paras — — — —

Sustenta la Cigueña sus hijos cõ lagartos, y serpientes, y ellos no buscã otro alimento en sabiendo volar; el Baitre se deleita, y vive cõ los cuerpos muertos que le llevaron al nido sus padres. Si apenas los polluelos del Aguila rompieron los huevos, quando se ceban en la liebre, no es marabilla, grandes hagan pressa en ella. Naturalizanse los habitos perversos, que si no nacieron con las potencias, crecen al passo de los años, repitiendose continuamente los actos, que los engendrã, conservan, y fortalecen.

Barbatos licèt admoveas mille inde Magistros.

Què importa, que este miserable tiẽpo lleve hijos libres! nũca el tiempo impidiò à los padres la obligacion de doctrinarlos, y la licencia de castigarlos, que los antiguos estas dos partes buscaban en los Maestros menos obligados, y por consiguiente menos obedecidos. Chiron Centauro, ilustre en justicia, y otras virtudes, fue Maestro de Achiles, al qual sustentaba cõ carne de Ossos, y Leones; y à tiempos no le daba de comer si por sus manos no los cazaba. De aqui vino à llamarse Achiles; esto es, *sine cibo*. Desta manera criaba los hijos de otros Reyes, los quales se juzgaban dichosos en tal Maestro, que despues mereciò ser trasladado al Cielo entre sus signos, adõde hoi resplãdece, y cõmunica sus influencias à la tierra con nombre de Sagitario. Por esso Alciato, para enseñarnos como han de ser los Maestros de los Principes, y de los particulares, nos pinta un emblema à este Chiron Centauro; medio caballo y medio hombre; porque el buen magisterio ha de tener de fiereza, y humanidad, de rigor, y blandura, de temor, y amor.

Alli estaba un padre avariẽto haciendo vilezas por adquirir, y conservar un maravedi; entretenimiento del pueblo, de aquellos à quien el real clavado en la calle, clava tãbien el corazon, no poderoso à dissimular, y vencer una codicia tan soez; examen antiguo de codiciosos, sino avaros:

Inque luto fixum possis transcendere nummum.

Y cerca su hijo solicitaba risas à su memoria, parando cada pinta de doblon. Otro padre viejo caminaba cõ passos de tortuga por un monte arriba, cargado de hazas, viñas, ganados, oro, plata, y otras riquezas. A este seguian sus hijos, no para ayudarle à llevar la carga, sino para robarle cada uno lo que podia; si bien èl no era descuydado en defenderlo. Por dos maravedis, que daba à pobres, temia morir de hambre; pero consolabase haciendo cargo à Dios de ciento por uno, fiado en la eterna palabra; persona de grãde confianza. Preguntòle Auricrino, adonde iba tan de espacio, y tan cargado? respondiò, que al Cielo. Pues estando tan lexos, replicò el Leon, porq

no aligerais de recamara, y maleta; que à esse passo no llegareis al medio camino. Tiempo hai harto (respondiò el padre) Dios es misericordioso, y me darà la mano, si me faltare. A esta sazon saliò la muerte de travès como salteador, y segandole la vida, le despeñò à una profunda sima; y descargandose à mas no poder de su hacienda, solo le entendiò estas ultimas palabras: Hijos, ricos quedais, haced bien por mi alma: y ellos lo prometierõ; pero commutaron la promessa en hacer bien por sus mismos cuerpos.

Cansò tanto al Leon esta necedad paterna, y esta filial ingratitud, que huyò à otra sala, y el titulo de la puerta decia: *Bienes diversos de Fortuna*; entrò, y en primer lugar se le ofrecierõ las dignidades, cargos, y oficios; pero tan mezclados con ambicion, envidia, y odio, que del todo quedaban terribles, tanto, que exclamò con Camoes:

O, Gloria de mandar, ò vãa cubiza
Desta vaidade, a quem chamamos fama!
O, fraudulento gosto, que se atiza
C' hũa aura popular, que honra se chama!

En unos espaciosos cenadores, à vista de amenissimos campos, jardines, y fuentes, estaban los vanquetes, y festines de suyo entretenidos, y apetecibles, si no admitiessen los viles convidados, que de todo se hacian dueños; la embriaguez, la murmuracion, la loquacidad, la immodestia, la glotoneria, y enfermedad. Oìanse las cantimploras entre los corteses brindis, à quien se hacian las razones, y bebiendoselas, desde el estomago subian à la cabeza; y entre tantas (cosa maravillosa!) ninguno la tenia. Mas adelante estaba la quietud: quiso Auricrino abrazarse con ella, y viola tan unida à la pobreza, que por no llevar esta, dexò aquella. Luego encontrò con la soledad, y enamoròse tanto de su cõpañia, que determinò quedarse à solas, pero viẽdo à su lado al desprecio, huyò su vista, siempre à los honrados del mundo intolerable, y diò cõ la tyrania; esta detuvo su generoso valor; y sin duda aceptara este dõ de fortuna, pero reprehẽdiòle aspeamente su conciencia; y dado que lo permitiera, estaba tã enlazada cõ el miedo, triste, feo, inquieto, elado, y macilento, que por no verle, passò adelante.

Hallòse en un montecillo, y luego oyò una voz, que le dixo: Este es el Reino de fortuna; pareciòle, que tenia presente todo el mundo, efecto de los Circeos encantos. Alli estaban gentes diversas de todas condiciones, y estados, en cuyas palabras, y obras claramente conociò, que *nemo sua sorte contentus*; el oficial aspirabaà tratante, el tratante à hidalgo, el hidalgo à Caballero, el Caballero à grande, el grãde à mayor, el mayor à la paz, cõtentamiẽto, y descanso, imposibles de hallar en los bienes del mundo. Los pobres lloraban su pobreza, los ricos, q̃ havian de morir pobres:

los

los mozos deseaban llegar à viejos, y los viejos ser mozos: las hermosas ventura, y hermosura las feas. Todos en fin mal contentos lloraban su fortuna: solas dos suertes de personas hallò con entera satisfacion, paz, y contentamiento: una la de picaros, gente que nada tiene, y nada desea. Las dignidades para ellos no son bienes, y assi, ni las apetecen, ni las echan menos. Las riquezas son tan opuestas à su profession, que si las tienen, dexan de ser picaros, y por serlo, no las buscan: no pretenden, y assi, no lisonjean; no tienen cuidados, y assi duermen: no conocen al amor, y riense de zelos: vistelos, y sustentalos el Cielo como à los paxaritos del aire, y assi, ni trabajan, ni tratan, ni hurtan; à nadie temen, porque à nadie ofenden: en parte son envidiados de todos, y à ninguno envidian. Su Palacio es el bodegon, su jardin la solana. En Verano la ropa, no les dà calor, y en Invierno son todos cara. Finalmente, tienen la alegria de propria essencia, porque el picaro triste solo conserva el nombre de la picaresca dignidad: què gozo! Bien es verdad, que estos vassallos, essentos de la jurisdiccion de Fortuna, viven contentos por despreciados, viles, sin algun valor; pero los verdaderamente contentos con su suerte por dichosa, y bienaventurada, eran los humildes que despreciando la tierra, asseguraban el Cielo; què mucho, si estos gozan en vida una comenzada bienaventuranza?

Baxando del monte viò la instabilidad de Fortuna, y de todas las cosas humanas, en la trabazon, que unas con otras tienen: y como de vilissimos principios se levantan, y destruyen maquinas grandiosas. Alli dibuxado el exemplo comun, que para prueba desta proposicion se suele traher, que por un clavo se pierde un Reino; y assi los que dicen, no se me dà un clavo, aventuran su felicidad. Por un clavo se pierde una herradura, por una herradura un caballo, por un caballo un Caballero, por un Caballero una compañia, por una compañia un tercio, por un tercio un exercito, por un exercito un Reino; y aun esto se puede acrecentar, que por un Reino la Religion, y por la Religion el Cielo. El mismo discurso se harà fundado en mas leve principio, como es un granito de los innumerables, que un higo encierra en sì. Sientase por el Otoño libre el paxarillo en la rama de una higuera, y picando el maduro higo, vuela sobre un muro, limpia en una piedra el pico, y dexa alli un granito del higo, que comiò. Desta pequeña semilla nace un tallo de higuera; crece con el tiempo, y penetran sus raices las mas delicadas venas de las piedras, y sus encaxes: enflaquecen la fuerte muralla, conocese el peligro, aplicase remedio: cortan la Higuera, sacan las raices que pueden; pero como no todas, vuelven à brotar, y reverdecer un año, y otro año, hasta que finalmente deste lento, y espacioso combate, la cal se consume, las

piedras se rompen; porque *marmora Messalæ findit caprificus.* En esta ocasiõ se revuelven los humores del cuerpo de la Republica; hacense levas, juntanse exercitos, sitian esta fuerte plaza, baten el muro por la parte flaca de la Higuera, desmantelanle, dàn el assalto, entran la Ciudad, apoderanse della, y rendida su cabeza, luego se apoderan del Reino. Finalmente, todo se pierde por causa tan liviana. Cada dia se vè puesta en practica esta doctrina; pero un exemplo la confirma por muchos en el mas ilustre Reino, que alumbra el Sol. Mirò acaso Rodrigo, Rey de los Godos en España à Florinda, que despues se llamò Caba. La vista casual solicitò, à la cuidadosa, esta à los deseos, despertaron los deseos esperanza, la esperanza puso medios para conseguir el fin de possesion; esta ocasionò la venganza, la venganza una cruelissima traicion; la traicion desarmò el Reino, y diò en èl entrada à un valiente, y bien armado exercito de Moros enemigos, los quales vencieron, triumpharon, y le posseyeron ochocientos años con ignominia nuestra, y afrẽta del nombre Christiano. De tan ligeros accidentes, ocasiona Fortuna tan pesadas tragedias.

Passando adelante nuestro Leon, viò muchos rios, que le dixeron ser de la vida, y por ellos navegar barcos, falùas, vergantines, naves, galeazas, y otros diferentes vasos; los quales volavan viento en popa velocissimamẽte à un mar immenso de la muerte. Los navegantes eran hõbres de todos estados, que con grãdes regocijos, fiestas, entretenimientos, y deleites gozabã los bienes de la vida muy de espacio, y à pie quedò sin advertir, que iban navegando à un mar sin fin, en el qual forzosamente se havian de anegar. Llegò à la Ribera deste mortal pielago, y en la gran voca por donde desaguaba uno de aquellos rios, assistia la muerte terrible, y formidable. Era una phantastica estatua de huessos, sin el agradable vestido de carne, y sangre; porque estos afectos no la mueven; sin ojos, porque no mira trages, dignidades, ni meritos, ni en ella se halla acepcion de personas; sin oidos, porque no escucha ruegos; y con una fiera guadaña en las manos. Quando à su vista llegaban los incautos Navios, atonitos con el espanto perdian el natural color los navegantes, convirtiendo las alegrias en tristeza, viendose en manos de la que recelaban lexos. Muchos en el peligro evidente, y forzoso, no lo creian, y procuraban resistirse en vano; porque de su sentencia no consintiò jamàs apelacion. Desengañandoles, pues, su flaqueza, para oponerse à este invencible enemigo, el Rey se favorecia de sus Reinos, y vassallos; ceñiase corona, empuñaba el cetro, y vestiase de purpura. El Caballero le abrazaba, y pedia socorro à su nobleza: el rico à sus thesoros; la dama à su hermosura; el mozo à su edad; el padre à sus hijos; y el casado à su esposa. Vnos en dos dias, que el Medico les daba de distancia, hasta llegar

gar à la muerte, cercados de angustias, y dolores, juntaban papeles, y hacian cuentas, que con entera salud, juzgaban tiempo brevessimo dos años: otros en quarenta de vida no se supieron disponer, y aqui lo hacian en una hora; mas la muerte à todos hizo iguales, Reyes, vassallos, nobles, plebeyos, viejos, y mozos. Desnudòles quantos bienes havian posseido, y apartando los cuerpos de las almas, aquellos dexò sustento de gusanos, y à éstas, vestidas de las obras, buenas, y malas, que en vida havian hecho, con espiritus de guardia, enviò al rectissimo tribunal de Dios para ser juzgadas. O què hermosas, què galiardas caminaban algunas con ricas, y preciosas vestiduras de virtudes! ò què feas, ǵ abominables iban otras vestidas de vicios, y pecados!

Vna de las suertes mas digna de memoria, y escarmiento que hizo la muerte en esta casa de Fortuna, fue en un rico soberbio, ǵ los ricos de ordinario viven mas apriessa, y los sobervios estàn mas cerca de la nada. Entrò la muerte subita à su retrete, adonde le hallò desvelado en negocios de su hacienda, y calidad, Quando la viò delante, atemorizado, y ofendido, la dixo: Como sin llamar à la puerta os entrais? sois muy descortès. Salid, salid, presto ǵ no estoi tan ocioso, ǵ os pueda por ahora dar audiencia. Callò la muerte; con mayor colera replicò à su silencio el rico noble: pareceme que os haceis ignorante sobre descortès. No veis los oficios de importácia en que Dios, el Rey, y la Republica me tienen ocupado? No veis mis prendas dignas de mas larga vida? No veis mis pretensiones pendientes y mis hijos sin poner en estado? Para què venis tan sin proposito à molestarme con vuestra presencia, y silencio? No respondiò palabra la muerte; y yà fuera de si el rico soberbio, dixo: Villana, en fin (quizà por ser hija del pecado) idos en hora mala, pues en tan mala hora venis, ò mandarè à un lacayo, que os dè mil palos. El decir estas razones, y levantando la muerte su guadaña, segarle la vida fue un tiempo. Es verdad, ǵ tuvo lugar de decir Jesus; pero como no le tenia en el corazon, salierõ de travès quatro espiritus, y echaronle las garras. Entonces el alma soberbia mui en sì, que pechos generosos nunca pierden el valor, dixo: Apartad, gente vil, ola, ola, no està aì algun page? doña fulana, señora, mirad que cuideis de hacerme un sumptuoso ẽtierro; dad luto à todos los criados, y que se conserve mi apellido en el mayorazgo, y à Dios, que à mi me llevan los diablos. Rieronse ellos entõces, y aũ la muerte misma; porque tales muertes lo son de risa à quantos conocen, que no es breve la vida, sino que nosotros la hacèmos breve con nuestra ociosidad, ò negocios vanos, superfluos, y perniciosos; prodigos del tiempo, no pobres. Dichosos los que saben medir sus esperanzas con su vital possessión!

Vitæ summa brevis, spem nos vetat inchoare longam.

Dexò este quartel Auricrino, y apartandose de la ribera, viò no lexos una Leona peleando valerosamente contra muchos enemigos fuertes, y espantosos, contra los trabajos, los zelos, el captiverio, la soledad, y los encantos. Ella se defendia con valor, y ellos porfiaban con fiereza. Moviò à compassion esta vista à nuestro Africano, acercandose determinado à darla socorro, conociò à su amada Crisaura. Suspendieronle las memorias de su amor, y de su muerte, aunque mas se inclinaba, que todo lo que estaba mirando era representacion imaginaria de los encantos de Circe; con todo esso la quiso hablar; pero impediò sus palabras el estruendo de un carro militar, que oyò à las espaldas. Volviò la cabeza, y viò, que le tiraban su amigo el Lebrel, y Pardalin, sujetos al yugo de amor, que venia sobre èl, en una imperial silla, previniendo el arco contra Crisaura. Al tiempo, pues, que sacando una flecha de su aljaba, y poniendola en la cuerda, quiso atravessarla el corazon, despidiendo el bravo Leon una espantoso rugido, puso calma à todas las acciones de aquellos borrascosos movimientos, y luego dixo:

Sombras vanas deste encantado palacio de Fortuna, si representandome la causa de mis desdichas en mi amada, y difunta Crisaura, pretendeis burlar mi valor, provocandole a venganza de vosotros, espiritus fantasticos, siendo yo cuerpo viviente, transformadme tambien en sombra, y lo tendrè por bien, para que con armas iguales castigue esta burla atrevida; y tu, bella imagen de la mas perfecta Leona, que Africa alimentò, y aposenta el Zodiaco; quien te ha copiado tan al vivo, estando sepultada en las urnas crystalinas del Mediterraneo? El corazon, adonde eternamente te esculpiò amor con los buriles de sus flechas vivifica mi cuerpo; pero no alguno me le ha sacado, y estoi muerto, porque no es possible, que en otra parte, si tambien lo estàs, assistas con tal viveza, y perfeccion; y si estoi muerto, conseguido he lo que deseaba: defendeos, canalla, que una sombra os acomete. Tente, Auricrino, dixo entonces Crisaura; tente valeroso Leon, que yo soi el exemplar de essa imagen, que un tiempo amor pintò en tu corazon, y amor tambien sacò dèl para esculpir la de Circe: no estoi muerta, aunque lo estè en tu memoria. Quien te salvò en aquella cruel tormenta del mar, antes me avia dado vida, y à tus dos amigos Pardalin, y el Lebrel, y te persuadiò mi muerte, y con ella su amor. Aqui me tiene padeciendo el destierro, los trabajos, y captiverio q̃ vès, y ahora el amor en esse carro me viene à combatir de nuevo. Quiẽ puso el pie en esta Isla, que no sujetasse el cuello à la amorosa cadena de su Reina encantadora? El Lebrel, y Pardalin tiran vergonzosamente el carro de amor. Què mucho con tal exemplo? Si tu firmeza yà es mudanza, tu fortaleza es flaqueza, tu valor cobardia, tus promessas engaño, y tu sujecion de

cor-

cordero? Circe me tiene en esta carcel; no emprendas mi libertad, mira que la darás disgusto, vuelvete à su estrado, y à su thalamo, que por cuẽta del Cielo queda la venganza de los agravios, que padezco. Que quando todo me suceda mal en ser vencida de amor, padecerè en tanto que durare la pelea; pero una vez sujeta, quanto mayor haya sido el mal, lo serà el bien de la esclavitud, que consigue tan dulce libertad, tan gloriosa possession. Si no considerara (replicò Auricrino) que zelos te precipitan à tales locuras, yo te diera muerte, y en este brevissimo tiempo juntara dos extremos; uno de contento por hallarte; otro de pesar, quitandote la vida entre mis manos por tan infame causa. Amè à Circe engañado, y persuadido que eras muerta; si fue culpa, no tan grave, que merezca semejante descompostura.

Quiso responderle Crisaura, quãdo vieron accompañada de criados à Circe en su coche de Dragones, que conociẽdo el descuido de haver dado lugar à su amado Auricrino de ẽtrar al palacio de Fortuna, venia à buscarle. Hallòle enefeto adõde mas temia, q̃ fue en compañia de Crisaura, y conociẽdo sus justas, quãto implacables quexas, no permitiò lugar de darselas, hablãdolos desta manera: Aunque no suelo (valerosos Leones) humillar mi grãdeza, ni à temerosas ni corteses disculpas de mis acciones, porq̃ yo no cuido de culpas de la Fama por estar lexos de la pena, ò castigo à los mayores agravios; ahora quiero, que me agradezcais la general disculpa, que se suele dar en semejantes yerros, q̃ amor me obligò, y no amor fingido, pues mis obras prodigamente le verifican. Yo os saquè con mano poderosa de las entrañas mortiferas del mar, pudiera con muerte de Crisaura, de Pardalin, y Lebrel pacificar la possession de mi gusto, pero nunca le comprè à costa de tales crueldades. Y porque del todo quedeis satisfechos, y debais à mi voluntad agradecimiento en vez de venganza, juro por mi padre el Sol, que à pesar de Fortuna en breves dias os he de restituir en vuestro antiguo Reino. Templaron estas razones la ira à los enojados Leones, cedieron al tiempo, mostraronse blandamente quexosos, generosamente agradecidos; y desatando el yugo de amor à Pardalin, y Lebrel, subieron al carro de Circe, y batiendo las alas los Dragones, llegaron à las puertas del rico palacio, habitacion de la encantadora hermosura, redintegrado con las iras el amor entre los dos zelosos amantes.

APOLOGO XLIX.

Del animal ingrato, avariento, ambicioso, y traider.

NO se detuvieron los generosos brutos en la Isla, y Palacio Circeos mas tiempo del que fue forzoso para armar un Navio, y proveerle, assi de Marineros, y Soldados, como de bastimentos. Despidieronse de la hija de el Sol, la qual pro-

prometiendoles tiempo favorable, ò que por judiciario conocimiento de los celestiales influxos, ò por algun dominio q̃ en ellos tuviesse, dieron la proa al mar, y velas al viento. Entre tanto sentados en la camara de la popa el Africano, Crisaura, y el Lebrel, rogaron à Pardalin contasse la historia, que algunos dias antes havia prometido de su vida, y peregrinacion: el qual con nuevo aliento, por el que la esperanza de mejor fortuna prometia, viendo la atencion de sus amigos, y aun de los vientos, que blandamente ligeros soplaban, por escuchar, y no interrumpir su voz, comenzò assi:

El nombre Pardalin, que es el mismo que Leopardo, declara la naturaleza de mis padres Leona, y Pardal: los quales, aunque de especies distintas, uniò amor en legitimo matrimonio. Tan poderosa es la ocasion, tan poderoso el trato, que cada dia engendra estos, y mas milagrosos prodigios en Africa, cuya sequedad obliga à las fieras buscar las riberas de los rios, adonde juntandose muchas de diferentes especies, ò por amor, ò por fuerza se mezclan una con otras, y nacen nuevos animales, y admirables monstruos, de donde se originò el vulgar proverbio entre los Griegos: *Semper aliquid novi Africam afferto*, que siempre Africa envia alguna cosa nueva. De mi madre heredè fuerzas, y valor, de mi padre hermosura, y ligereza; el qual como prudente viendome de suficiente edad para elegir estado, ò por lo menos exercitarme en obras dignas de loable fama, me diò algunos saludables consejos de conseguirla, y no ser de aquellos desdichados, que nacieron para numero, y consumir los mãtenimientos de los que trabajan, à quien con razon podian apropriar el verso de Horacio:

Nos numerus sumus, & fruges
consumere nati.

Alcanzaràs (me decia) hijo mio, verdadera fama, si alcanzares verdadera virtud, la qual se ajusta à leyes de la no razon, del apetito, aquella busca la verdad, este se honra con la opinion, y aun muchas veces se abraza con la mentira: y por esso huìmos el bien, y seguimos el mal, hasta encontrar con la muerte, ultimo termino, y desengaño de la vida. Conviene, pues, para guardarla (thesoro preciosissimo, con que podemos grãgear immortalidad) conocer tres generos de personas, los amigos, los enemigos, y los que son indiferentes à lo uno, y à lo otro. Tus iguales seràn tus amigos mas ciertos, y seguros, como son Leones, Pardales, y Leopardos. Guardate del hombre como de enemigo, animal entre quãtos criò naturaleza, si bien el mas noble, por la mayor parte el mas soberbio, astuto, valiente, cruel, y terrible. Los demas animales seràn para ti como usares dellos, obligandolos con beneficios, ò provocandolos con tyranias. Diràs, por què no hago mencion de tres enemigos los mas fieros, espantosos, y formidables, que tiene el mundo; pues los Leones, que son los mas fuertes en èl,

èl, temen no solo sus encuentros, pero su vista, como à la misma muerte. Estos son el fuego, el gallo, y el carro, quando se mueve especialmente vacio; notable vanidad; y lo que es peor, incapaz de poderse persuadir. Què importa, que yo diga à un Leõ, que el fuego no ofende à quien no quiere sea dèl ofendido, que su actividad es de elemento, no de viviẽte; que el carro es un instrumẽto artificial, y sin alma, que el gallo es una ave sanfarrona, y sin valor; si dandome credito, y conociendolo, responde, que no està en su mano, dexarlos de temer? Tu, hijo, no respondas una cosa tan indigna de tu fortaleza, venza razon al vano temor: *Degeneres animos timor arguit*; què mas hiciera una bestezuela abatida, como es el raton? y aun su miedo no solo fue culpable, sino ridiculo, que porque te corras, contarè lo que le sucediò.

Tenia en una noble despensa su casa, y familia cierta ratona viuda; la qual à un hijo pequeñuelo, y por esso mas querido, le aconsejaba como havia de cõservar en paz, y quietud su vida, libre de los peligros que à toda su generacion amenazaban, por los ardides, y assechanzas de los hombres sus enemigos: y que si queria darla buena vejez, no saliesse de aquella abundante despensa, segura de assaltos, y zeladas. El brioso ratoncillo con deseo de vèr mundo, atreviòse un dia entrar por la estrecha senda de una pared, que correspondia à una sala espaciosa; comenzò à passearse admirando su grandeza, y la del mundo, que no entendiò havia otra, sino su pobre chozuela. Estando assi, sintiò ruido, retiròse à un rincon, y viò entrar una gata blãca, hermosa, limpia, y honesta, que passo entre passo se llegò à una chimenea; sentòse à la lumbre con mucho sossiego, lavòse la cara, compuso el cabello: sus dos ojos le parecieron dos estrellas refulgentes, que despedian rayos entre las blancas nubes de la piel. Quedò el innocente ratoncillo perdido de amores mirãdo tanta hermosura, tanta apacibilidad, y modestia. A este tiempo entrò un gallo con furia, y braveza, tendidas las alas, empinada la cresta, desnudas las uñas, crespa la pluma, levãtado el cuello, y con su corvo pico despidiendo un canto tan dissonante, y horrendo, que el pobre ratõcillo por poco se quedara muerto de mirarle, y oirle. Quiso huir à su agujero, no le hallò, y casi privado de su sentido con el espanto, acudiò à pedir socorro à su amada gata: ella al punto desnudando las uñas le cogiò, y clavò el diente. Esta mortal desdicha no entendiò el bobillo, que le venia de la gata, sino del gallo. Tã ciego le tenia su amor, su temor tan ciego: diò voces, oyòla su madre, y temiendo lo que sucediò, entrando por el agujero, que abriò senda à su desdicha, viò la que tenia su hijo en manos de la comun enemiga, y llorando le dixo: Efecto es de tu inobediencia, hijo mio, la muerte, que padeces. No lo es, respondiò el ratoncillo, madre mia, sino de mi amor, y de mi miedo, por escapar las uñas de

esse

este fiero animal vestido de pluma; y enamorado desta hermosa doncella la pedi favor, y este es su agradecimiento à mi voluntad. La ratona madre pidiò à la gata el rescate de su hijo por una perdiz. A la gata no pareciò cordura dexar lo poco cierto por lo mucho dudoso; y assi se le comiò mientras decia su desconsolada madre; justo castigo de quien teme males aparentes, y ama falsas hermosuras. Correràs, hijo Pardalin, igual fortuna à tan desigual sujeto, si te dexas llevar de la vana passion del miedo, y no refrenas sus ciegos impetus, tus ciegos apetitos.

Estos, y otros consejos me daba mi anciano padre, que fuera justo obedecer como leyes; pero antes me abrieron los ojos, y pusieron espuelas à mis juveniles brios, para apetecer lo mas arduo, y vecer lo invencible. Los deseos como valerosos avivaron la esperanza y como temerarios apagaron el temor, inquietandome de modo, que los dias me roaban el contento, y las noches el sueño, hasta ponerlos en execucion. Desde que naci, haviendome criado mis padres con regalo, y no sin bastante disciplina, solo me havia alexado de mi casa una legua, y assi, no conocia mas mundo que la ribera de un rio, y la distancia, que he dicho, de un bosque, a donde me exercitaba primero cazando conejos, y liebres luego raposas, y despues probando las primeras fuerzas con algunos Lobos, Jabalies, y Ossos. Finalmente, sin dar parte à mis padres, y amigos, un dia me alarguè por aquellas espesuras en busca del hombre valiente, y astuto, y del carro, gallo, y fuego; de todos los quales yo no conocia mas que el nombre.

En un prado fertil de yerva, esteril de arboles, vi algunos caballos, y yeguas, aprissionadas las manos cõ fuertes grillos de hierro, y de cordel. Preguntè à uno dellos si era hõbre? y respondiò, que no; pero que servian al hombre, el qual los tenia en aquella miserable esclavitud. Roguele me diesse algunas señas para conocerle, y castigarle; respondiò, q̃ la cosa mas señalada, que en èl conocia era la ingratitud, pues à èl, y à todos sus compañeros por sus continuos trabajos pagaba con prissiones, palos y malas palabras; que me guardasse della, porque el agradecimiento no es virtud de hombres; lo qual reconociò en sì quien los excedia por su heroica naturaleza:

Grates persolvere dignas
Non opis est nostræ Dido.

Partime cuidadoso, considerando el poder humano, que à tantos, y tan valientes animales tuviesse en prissiones pagando sus beneficios con ingratitudes, pecados mas de bestias, que de hombres, como mis maestos me havian enseñado, y yo havia leido. Caminando adelante encontrè una fila de Camellos aprissionados unos en otros, como sarta de galeotes, con cargas de mucho peso en las espaldas, puesto que venian à largo passo; que la fuga, y el te-

temor son mui ligeros. Viendo estos animales tan grandes, y horrendos, sobre saltème un poco, pareciēdome hombres, y llegando cerca, preguntè si lo eran. Respondieron q̃ no, si no esclavos del hombre, de el qual huìan, porque sus fuerzas, aunque grandes, no eran poderosas para los trabajos à que los obligaba, y que se sirviesse de desatarlos por lo que debia à su bruta naturaleza. Dixe, que lo haria de buena gana, como me diessen algunas señas para conocer al hōbre, y entrar con èl en batalla, y castigar sus demasias. Tuvieronlo por bien, y dixeron, que lo mas insigne que conocian por experiencia en esse fiero animal, era su codicia fiera, ciega, y desenfrenada, por la qual ellos andavan traginando pesadissimas cargas de mercancias, de feria en feria, y acrecentando su avariento deseo con la ganancia, de modo, que no esperaban fin en sus trabajos, como sus amos en el apetito de riquezas: porque al passo que estas crecen, crece aquel Vicio, que quando se quisiera esconder, ò disfrazar con especie de virtud, le conocerian en su abominable sequito, que un Poeta Christiano y prudente, en nombre, y obras notò en tres versos, para que nos guardemos dèl:

Cur fames, metus, anxietas, perjuria, pallor,
Corruptela, dolus, commenta, insomnia, sordes,
Eumenides furiæ, monstri comitatus aguntur.

Dexè libres à los Camellos, y yo confuso me partì, renovando la memoria de las señas, q̃ me havian dado, y de que en primer lugar convenia guardarme, ingratitud, y codicia. Caminè un buen espacio, y descubrì lexos un castilluelo, cuyo movimiēto me hizo detener cō rezelo; y acercandose, vi un corpulento Elefante, que en sus espaldas sustentaba un castillo. Sabe el Cielo que le salì temeroso al encuētro, pareciendome havia encontrado lo que buscaba, y que el fin de mi vida era llegado; porque mi valor siempre firme, nūca me dissuadiò el proposito de la batalla. Preguntèle si era hombre; respondiòme, que ni lo queria ser; antes venia huyendo sus tyranias, por las quales sustentaba aquella maquina de madera, que me sirviesse quitarsela de los hombros. Prometi hacerlo, y tambien vēgarle, si me daba algunas señas de tā fiero animal. A esto, respondiò mientras yo le descargaba el militar castillo, que en ninguna cosa era el hōbre mas insigne, como la experiencia le enseñaba, que en la ambiciosa soberbia, la qual le obligaba vivir en continuas guerras, atropellando derechos divinos, y humanos, por alcanzar honras, y celebrar su nombre; que della me guardasse, como origen de gravissimas maldades:

Disce supercilium deponere, disce cavere.

Con mayor confusion me partì, y acercādome à la ribera del mar, vi, no lexos en tierra, una descomunal bes-

bestia tan grande como un monte. Detuvome el espanto, aconsejandome, y aun forzandome, que, si era hōbre, huyesse sus manos, si no queria caer en las de la muerte. Acerquème poco à poco, haciendo escudo à mi valor de la espesura de arboles, y yerva. Conoci en sus lastimosas quexas, y voz flaca, q̃ estaba luchando con otro enemigo mayor, y mas valiente, que era la muerte. Esta flaqueza fortaleciò mi corazō, y volviò la sangre à los miembros exteriores, y con ella el calor, cuya ausencia los tenia elados; y poniendome delante, le preguntè, si era hombre? Con un doloroso, quanto estupendo gemido, clavando en mi los mortales ojos, me respondiò: No soi hombre, antes doi gracias al Cielo de no serlo. Soi Ballena, el mayor, y mas poderoso animal, que sustenta el mar, y admira la tierra. El hombre me tiene en el miserable estado que vès, èl vēciò mis fuerzas invencibles. Sacòme violentamente de mi Reino, y con èl pierdo tambien la vida. Valgame Marte, dixe yo, lleno de espanto, y admiracion, que tā valiente animal es el hombre, que pudo vencer fiera tan grande, y fuerte como tu eres! Dame, asi el Cielo tome venganza de tus agravios, algunas señas para conocer esse poderoso enemigo, ya que oponerme à sus armas, segun veo, me sea imposible. En ninguna cosa (respondiò) le conozco mas señalado, que en traiciones, alevosias, y engaños; estas son las crueles armas de sus victorias, y de la mayor, q̃ reduciendome à tanta desdicha, infama sus locas temeridades. Ay de mi! à què enemigos tan debiles estàn sujetos los mas fuertes de la tierra! Los imperios adquiridos, y conservados cō sangre, y valor de innumerables Soldados, y Capitanes: las esperanzas mejor fundadas en virtud: los varones invictos: los Principes mas justos: la paz mas biē armada:

Proditor unus iners angusto tempore vertit.

Yo, aquel valiente animal, que en fuerzas excedo à quantos criò naturaleza, que si à la mas soberbia, y numerosa armada me opusiera, toda la sepultura en el abysmo, hoi muero à manos de un hōbre engañoso, y traidor. Proveyò el soberano Author de las aguas, para humillar la grādeza de mi valor, una vista flaca en ojos oprimidos de tāta pesadūbre corporal, y jūtamēte un pececillo llamado Musculo, amigo perpetuo, gomecillos de mi ceguedad, q̃ guiandome siēpre, al movimiēto de su cola, corro los mares, y hallo el sustento necessario à cuerpo tā grāde. El hombre, mi enemigo, porque èl lo quiere ser, instigado solamente de su perverso natural, procura engañar con mil caricias, regalos, y cebos à este mi amigo Musculo, y consiguiendo su intento, le dà muerte, y me dexa à obscuras. Yo que no malicio tanta maldad, triste, y necessitada de sustento, trabajosamente le busco, escasamēte le hallo. Conoce la ocasiō el hombrecillo cruel, y

y ocultando en cebo cōveniente un fuerte anzuelo, como una ancora, atado à una gruessa cadena, y desta muchos cordeles, cuyos extremos se terminan en grandes cueros llenos de viento, me le arroja delante. Embisto luego à la mortal pressa, y clavandome en la garganta los penetrantes garfios, quanto mas pretendo librarme dellos, tanto mas accelero mi muerte. Huyo cō ansias crueles al profundo, y deseando algun descanso, me dexo sustentar de la arena; mas no me permiten lugar los hinchados cueros, cuyo viento violētado en esphera no natural, me inquieta de modo, que me obliga dexar el profundo, y seguir à mis enemigos, que tales los juzgo, porque no los conozco. Embistoles, huyen; sigolos, alcanzolos; y en tan devil resistencia ellos parecen sombras, y mi furia rayo. Las cavernosas carceles de Eolia juzgaras los hondos abysmos, adonde esta batalla, y tragedia se representa; ò en breve circo de hondas una fiera borrasca, el Cielo sereno, y los viētos dormidos. Finalmente, cansada, y sin fuerzas, por la sangre vertida, en fustas y barcos los hombres me acometen armados de espadas, lanzas, y tridentes; yo ciega, y flaca, no sè como, ni à quien acometer, ni puedo en los ultimos conatos de mi valor; y desta manera herida me arrojan à la ribera, adonde perezco con tan infame victoria. Ya q̄ mi vida no espera remedio, os pido, generoso Leō, guardeis la vuestra, porque no pueden tardar los hombres, viles agressores deste lastimoso ballenicidio.

Al salir estas ultimas palabras entrò la muerte, y yo por excusarla recatado, no quise esperar tan crueles enemigos. Alexandome del mar, iba temeroso considerando el poder invencible del hombre, al qual deseaba vèr, no hacer campo con tan desiguales armas, reconociendome vēcido de solo el nombre. Renovaba juntamēte en mi memoria las señas que me havian dado los que por su desdicha lo conocian; estas eran, ingratitud, apetito de riquezas, ambicion, soberbia, engaños, y traiciones; señales suficientes del animo, pero las del cuerpo, que mas havia menester, no me las dixeron, aunque las preguntè; porque una persona ofendida, como solo siente su ofensa, aborrece, culpa, y abomina el vicio que la causò con tal odio, que aquel le parece mayor, como mayor su agravio, y no quiere nombrar à su enemigo, sino para infamarle en lo que mas puede, y siente.

En estos pensamientos confuso me detuvo la voz llorosa de un animal, q̄ jamas havia oìdo; estaba oculto entre arboles, y lo que pude entender por la noticia de lenguas, que naturaleza me infundiò, fueron estas tristes palabras: Socorreme en tanta desdicha, Cielo piadoso! y yà q̄ en la tierra no hallā oìdos mis quexas, halle en tu providencia remedio mi extrema necessidad. Con algū sobresalto de tan estrañas voces seguilas, y descubri un hōbre (entōces no le conoci) desnudo, y atado à una

una encina; vigotes levantados, largas guedejas, copete rizado, singular figura, y que yo juzguè de la especie de monos, porque animal à ellos tan parecido jamàs havia visto. Mirãdome suspenso temiò cierta su muerte, y con lagrimas, y humildes ruegos me suplicò le hiciesse merced de la vida, por ser tan digno de mi generosa fortaleza socorrer desdichados, quanto indigno manchar torpemente mis nobles manos en rendidos. La novedad de sus razones, exterior disposicion, y physonomia igualmente admiraba, todo tã distinto de los demàs brutos; pero no se me ofreciò aun ligeramente q̃ fuesse hombre, viendole tan flaco, y miserable. No temas, le dixe, ni agradezcas la libertad que te doi, y la vida que te dexo; obra que debo à mi clemencia. Mas dime, Mono prodigioso, quien te ha reducido à tanta desventura? Esto le preguntaba, desatandole juntamente, y èl tomãdo unos vestidos, que cerca tenia, y que no menos admirè, viendo quan escasamente se huvo con estos animales naturaleza, pues los negò la necessaria defensa contra las temporales inclemencias, me respondiò: un hombre cruel, ladron, ingrato, y traidor, por robarme cantidad de oro que llevaba, me aprisionò à este arbol, y me desnudò los vestidos, por si en ellos escondia el precioso metal que adora su avaricia. O fieros hombres (dixe yo colerico, y temeroso) libreme el Cielo de vosotros, que no dudo le tendrè à mis ruegos favorable; pues tanto le ofendeis! Son las fieras mas terribles (respondiò el hombre) que sustenta la tierra, ni temen à los Dioses, ni guardan fè à sus compañeros, y amigos; toda ley profanan, ò por fuerza, ò por engaño. Viva yo entre Leones, pues dellos hoi recibo tanto bien, y no entre los humanos tan preciados de toda inhumanidad.

Cansado vengo, le dixe, y tengo necesidad de algun sustento, hallarle hemos por aqui? Estuvo el hombrecillo libertado un breve rato pensativo, como que recorria la memoria, y luego me respondiò, q̃ no lexos media milla havia visto antes que fuesse salteado de su enemigo, un cordero, que sobre un peñasco balaba perdido, que le siguiesse, y cõ èl podria satisfacer mi necessidad; assi lo hize, y à pocos passos descubrimos el corderillo, califiquè mi guia animal veridico, y llegãdo cerca, me dixo: Ea, Leon piadoso, à quiẽ dos veces soi deudor de la vida, una perdonandome, otra desatandome del arbol, quisiera regalaros conforme mis obligaciones, y vuestros merecimientos; presente teneis la pressa, llegad, y comed. Yo estimè su agradecimiento, y acercandome sin malicia, quando estendi los brazos al peñasco, que desnudo por todas partes estaba cercado de yerva, sin poderme detener, caì en una profũda sima, con tal artificio dispuesta, que la boca mentirosa se volviò à cerrar, y quedè en tinieblas atormentado del golpe. No me sacò de mi este peligroso caso; prestamẽte acudi al remedio, buscando salida

da, pero en vano, porque la gruta estaba honda, fuerte, è impossible de escalarse. Di un espantoso rugido, quexandome de mi fortuna, y avisando al animal, que me avia guiado, al qual yo juzgaba innocente; para que agradecido me diesse socorro. Levantò la puerta del calabozo, y assomandose por ella, començò à mirarme, y à reirse con grandes muestras de placer. Yo, que entonces no sabia, que aquella passion se llamaba risa, propria del animal hombre, no me determinaba si procedia de sentimiento, y lastima, ò si de gozo, viendome en tal miseria, y captiverio: puesto que naturaleza me enseñaba, que era mui distinta de las lagrimas, q̄ poco antes atado al arbol derramaba, las quales procedian sin duda de dolor.

Y no os admire esta mi ignorancia; porque no todas las risas humanas son faciles de entender, aun de los mismos hombres, como ni las causas de donde nacen; unos rien, porque gozan verdaderos bienes, y esto es liviandad; otros, porque los males juzgan bienes, y esto es ignorancia. Vnos rien de vèr reir à otros, y esto es boberia; aquellos sin saber de què, y esto es simplicidad: ay quien rie de vèr à otro llorar, y esto es cruel envidia: y ay quien rie de pesar, y esto es llanto dissimulado: ay risas à carcajadas, y esto es locura; y risitas à lo perro, siempre mostrando dientes, y siempre mordiendo, y esto es rabiosa intencion. Finalmente ay risas cultas, que nadie las entiende, como yo la de mi traidor compañero; dixele: Amigo, mira lo que haces, y como llegas, no te suceda lo que à mi, y nos perdamos los dos; busca alguna traza para sacarme de tanto peligro, mas èl renovando la risa, me respondiò:

Bien se le luce à v. md. señor Leopardo, que es cachorro voquirrubio, que aun los labios trae todavia blancos con la fresca leche de los pechos de su madre, pues tan poco sabe de mundo: advierta, q̄ ha caido en una trampa artificiosa, q̄ ciertos hombres tienen hecha para cazar Leones con el cebo del corderillo innocente. No lo es poco v. m. pues aun no le conoce: yo le confiesso, q̄ de proposito le guiè à esta fosa por el bien, que se me puede seguir, y no me culpe ingrato, que si me diò la vida, la misma le concedo. Quiero declararle mi intencion, que yo soi mui llano con mis amigos, si èl lo quiere ser, de lo qual à los dos resultarà honra, y provecho. La noche và cayendo obscura, al amanecer estarè aqui con una jaula, ò carcel portatil, abrirè la puerta de la fosa, y entraràse dentro, sino quiere dexarse morir de dolor, ò de hambre, adonde aora està, accion indigna de su generosidad. Valdràme muchos reales en los vecinos lugares, por aver dado felizmente caza à un Leon, fiera generalmente temida. Extenderème luego à Reynos mas remotos, adonde su vista hermosa venderè à dinero, en lo qual se puede tener por dichoso, pues le assimilo, y aventajo à las damas de estos tiempos; que si ellas rinden su amor al interès,

rès, y se dexan vèr de valde, y aun à todos convidan con su vista, en v.md. serà de mas estimacion, pues sola ella ha de valerme un thesoro. Passado algun tiempo, en el qual mi buen tratamiento, y disciplina le tendràn obligado, yà rico, y poderoso, si quisiere sujetarse al yugo de un carro triumphal, en el qual yo discurra las principales Ciudades de Europa, ocasionando admiracion, y eterna fama de mi valor, domador del Rey de las fieras, serà de mi pagado cõ todo agradecimiento. Que gloria no igualarà à la que con semejante portento podrè alcanzar? Pues si un tiempo Marco Antonio la pretendiò, y aun soberbiamente presumiò se le debia, como à primero en accion reputada imposible, fuè con mucha mezcla de infamia, conduciendo los generosos espiritus de Leones el flaco del valiente Capitan, q̃ en el triunvirato avia de poner yugo à la libertad Romana, llevando à su lado à Cytharida meretriz, prodigio el mas portentoso de aquellos calamitosos tiẽpos. Con tales principios no solo me prometo igual fortuna, sino que me parece la estoi gozando; y pues el atrevimiento suele ser la mayor lisonja de su favor; y el perezoso descuido las mayores armas de sus caìdas, voi à poner en execucion mis intentos.

Dixo, y partiendose, quedè cõfiriendo en profunda cõfusion lo que avia passado, con las señas, q̃ me dierõ los quatro animales ya referidos del hõbre. El Caballo me advirtiò, q̃ me guardasse de su ingratitud. Esta era de las mayores que se pueden culpar; pues el beneficio de la vida, que le reservè, queria pagarme con perpetua, y miserable servidumbre. El Camello infamò su desenfrenada codicia, lo qual le obligaba exponerme espectaculo vergonzoso à los ojos humanos. El Elefante le culpò insigne en vana ambicion, y soberbia; puede ser mayor, q̃ oprimiendo mi indomita cerviz al servil yugo, captar vanamente gloriosa fama? La Ballena testificò muriendo sus engaños, y traiciones; grandes eran las q̃ yo al presente experimentaba; pues por ellas padecia tan misera fortuna. Las señas me constaban evidentes, y con todo esso apenas me persuadia fuesse hombre este mi enemigo; porque si bien le hallaba insigne en estas vilezas, aviale oìdo calificar el mas noble, valiente, y sabio animal de la tierra: lo qual dificilmente era creìble en cuerpo tan flaco, y necessitado de aquellos artificiosos vestidos. No obstante que su recto movimiento, physonomia racional, y pensamientos altivos no contradecian à la naturaleza de hõbre: en especial que su flaqueza fortalecian astucias, y engaños. Destos discursos finalmente colegia, aunque no con evidencia, que este animal era hombre.

Las nocturnas tinieblas erã señoras del campo, vẽcida la luz del Sol, que ellas juzgaban fugitivo; y un gruesso esquadron de sus soldados, de nubes digo, aviendose opuesto à las estrellas, no permitia entrar de socorro à la tierra un rayo siquiera

de-

de luz: quando senti un pequeño ruido de passos, que acercādose crecia; y mientras aplicaba el oìdo, sin resolverme à pedir socorro, con estruendo, y voces cayò sobre mi un bulto. Sacudile prestamente de mis espaldas, haciendo pressa en èl, advertido de el peligro, en que estaba. Entonces con voz temerosa, semejante à la del traidor que me engañò, dixo: No desampareis, Cielos soberanos, à un desdichado, ò sea (pues assi os place) esta mi muerte descargo de mis graves culpas; y tu fiera terrible, en cuyas manos estoi, deten vn breue espacio la execucion de mi muerte, y permiteme siquiera el consuelo della, escuchando dos razones à este hōbre desdichado. Hōbre (respondì) fabricò este engañoso profundo, y hombre con palabras me tiene en èl, y quieres que dè oìdos à las tuyas, siendo tambiē hombre? No hables, que las temo, como armas traidoras de vuestras infames victorias. Esse error (me respondiò) te costarà la vida, que si yo la pierdo, y no me escuchas, serà cierto perderla tambien.

Esta esperanza me obligò con algun recelo à escucharle, y assi le repliquè: habla presto, que la venganza de mis agravios, y necessidad de sustento no te pueden dar larga licencia. El Cielo te pague (dixo) tanto consuelo. Cazando por este bosque, en el qual no lexos tengo una Quinta, y algunas buenas heredades, y ganados (que soi rico, y noble) la obscuridad de la noche me perdiò, arrojandome à esta gruta artificial; que segun el conocimiento que tengo de la tierra, aunque tan poco en esta ocasion me ha sido de provecho, es para cazar Leones; pareceme, que lo eres; y si biē fuerte, y valeroso, ni sabes, ni puedes salir libre de este profundo calabozo. Yo entiendo su artificio, y dificultad, y me atrevo romper la puerta, y darte libertad; y si quieres admitir el hospedage de mi casa, alli gozaràs con todo regalo la amenidad de estos campos, y permitidos passatiempos; que la opinion que de los hombres has concebido, en parte es verdadera, en parte està muï lexos de la verdad; porq̄ ay hombres malos, y buenos. El malo es la criatura mas vil, soez, y abominable, que engendrò naturaleza; el bueno, la mas apacible, justa, veridica, sabia, perfecta, bienaventurada, como en efeto heredera de los bienes celestiales, Reyno indefectible. No te pretendo persuadir, que soi bueno, que esto entre nosotros tiene grande peligro de vanidad; alomenos procuro no ser malo. Haz experiencia te suplico destas palabras; que à ella remito tu entera satisfaccion, y mi agradecimiēto. Si me engañas, ò prodigioso animal, le repliquè, afloxando los brazos, y embainando las uñas, serè engañado noblemente; porque condena en mi culpa bestial no rendirme à tāta apariencia de virtud, y razon. Estas dos me quiten la vida, aunque sean aparentes; que no es bien malicia, y descōfianza me obliguē à menos acertada accion contra el virtuoso, y ra-

y racional imperio, aunque me exponga à peligro de acuerdo imprudente. El entonces desnudandolo una daga, y tentando por todas partes, se llegò à un lado de la fosa, y dixo: Esta es la puerta bien cerrada, y fuerte por donde sacan la pressa los cazadores; cava por esse inferior quicio, mientras yo rompo una tabla con el puñal; assi estuvimos trabajando un buen espacio, y luego aplicando los dos juntos nuestras fuerzas, desquiciamos las puertas, y quedò libre la salida.

Sentamonos à descansar, esperando tambien hasta que la Aurora comenzò à levantarse del Occeano, esparciendo sus cabellos de oro, cuyos resplandores por enemigos huyeron las sombras, por soberanos las estrellas; solo el Lucero hermoso, y gallardo, como preciandose camarero suyo, quedò solo en el Cielo, despertando las avecillas à la sonora salva. A esta hora descrubrimos el hombrecillo traidor, que en compañia de otros, con grande regocijo traia la jaula para prision mia. Seguro se acercò à la puerta de la gruta, y quando me viò fuera, casi perdio las fuerzas de espanto. Fue tanta la turbacion en el peligro proximo, que no les aconsejaba la fuga por impossible; puse los ojos en èl, que aun el fuego, que por ellos arrojaba pudiera abrasarle, y acometiendole dexè los demàs libres. Quiso el dignamente desdichado valerse de sus primeras armas con que alevosamente me venciò, y comenzò à pedirme con lagrimas perdon. Yo severo, è inexorable le dixe: Primero, ò vil deshonor de tu naturaleza, serà el ingrato amable, el avariento honrado, el ambicioso humilde, y agradable el traidor, que yo piadoso con un monstro destos vicios: el Cielo desamparandote, oy castiga tu ingratitud, la tierra ofreciendote sepultura quiere desengañar tu ambicion; la muerte apercibiendo su guadaña, harà que conozcas por fuerza, que todo le falta, y todo le sobra à la avaricia: y yo ultimamente castigo los engaños, y traiciones contra mi cometidos. No aguardè mas razones, y assi despedazandole entre mis uñas satisfice à la hambre, que me apretaba. Esto assi concluso, volviendome à Fenicio (nombre del que cayò sobre mi en la fosa) le dì satisfaccion desta muerte tan justamente executada: en lo qual hacia un gran servicio à los hombres, y sacrificio à los Dioses. Dixele, que caminasse à su Quinta; que deseaba conocer por experiencia, si avia hombres de virtud, y verdad; y por el camino le contè la causa de aquella venganza; si bien no la hize con tal afecto, aprobò mi execucion, y llegamos à su casa de campo, sitio frondoso, y apacible.

APOLOGO L.

Conocimiento moral del mundo menor, y mayor.

Conoci en el practico desengaño de mi amigo Fenicio en sus ope-

operaciones, digo virtuosos, la verdad de sus palabras, y el fin de mis deseos, que el animal hombre es lo mejor, y lo peor que tiene el mundo. Formòle à su imagen el universal Eterno Criador, enriqueciòle de bienes singulares, y superiores, entendimiento, voluntad, memoria, y libre alvedrio, en anima espiritual, immortal, y esenta de generacion, y corrupcion; solo la cria, y solo puede aniquilarla. Hizole señor del universo, y en cierta manera todas las cosas, como dixo el Philosopho, porque à todo lo inteligible se extiende la esphera de su actividad; y porque es admirable microcosmos, mundo menor: de comun existencia con los cuerpos inanimados, vida con las plantas, sentido, y movimiento con los animales brutos; voluntad, y entendimiento con los Angeles, y poco menos que ellos. Finalmente, le hizo capaz de su eterna beatitud, y lo que es mas, para gozarla. O grandeza inefable del hombre! O dichoso el que corresponde con agradecimiento, humildad, y summitsion a la voluntad de quien tanto le engrandece! O meritamente infeliz por una eternidad, el q̃ desprecia sus santos Preceptos, y olvidando estas mercedes, ni las conoce, ni se conoce; accion facilissima, si bien en opinion de todos los sabios mas dificil; efecto del proprio amor, cuya ceguedad obscurece al entendimiento, y le hace esclavo libre del apetito sensitivo, y de sus passiones, que precipitan la ciega voluntad! Culpas gravissimas son las suyas, muchas veces perdonadas, y muchas castigadas por su proterva obstinacion, y bestial proceder. O mal vencido linage de los hombres, quanto bien desengañado de sus innumerables miserias, à las quales no puede cerrar los ojos, y à su pesar conoce quan vana es la gloria del mundo! De que te ensoberbeces polvo, y ceniza? De què te ensoberbeces cieno de la tierra? Esta es la materia, que te compone. Llorando naces, afligido mueres: tu vida es breve, si la desperdicias; incierta, aunque la gastes bien; fragil, y caduca, como delicado vidrio, heno leve, flor, que se marchita; hoja, que lleva el viento; es engañosa, porque promete lo que no dà; y finalmente, llena de trabajos, y enemigos.

Esto aprendì de la comunicacion de Fenicio mi maestro, Philosopho desengañado, y gran Mathematico; todo lo qual con gusto me enseñaba sabiẽdo el motivo principal, que de mi patria me sacò, que fuè el conocimiento del hombre; y por fundarme de una vez en estas verdades, con razones, y experiencias, un dia me llevò à un jardin, adonde tenia varios instrumentos Mathematicos, Quadrantes, Astrolabios, Mapas, y Espheras; entre otras una mui grãde crystalina adonde vì todo el mũdo, y sus partes, con tanta distincion como nos vemos, oimos, y entẽdemos los que estamos presentes; si esto fue por algũ pacto implicito vinculado à sus circulos, y palabras, o por la fuerza de su eloquencia, ò por otra

 causa

causa oculta no me determino; el efecto por lo menos fue manifiesto. Sentamonos en dos verdes sillas, à las espaldas de una clara fuente, que blandamẽte se rompia, ò por no interrumpir, ò por escuchar nuestra conversacion; y dixo assi Fenicio:

Son tales, y tantas las miserias, à que està sujeto el linage humano, que ellas por si mismas puestas delante, no necessitan de discursos, ni demostraciones, para persuadir su conocimiento, y desengaño: pero es tal nuestra locura, que aunque de todas se haga un esquadron, y nos aten de pies, y manos, obstinados no queremos darnos por vencidos; y quando mucho el entendimiento se convence, assiente à la verdad, y afeitando con veridico lustre la mẽtira, arrastrado del apetito la sigue. Lo que pretendo aora es, que las experiencias de tantos exemplos, si portentosos no te pasman, manifiestos te enseñen; puesto, que ni seràn escondidos, ni raros; mas ò se olvidan de proposito, ò no se considerã; por cuyo defecto toda esta universal rueda se precipita arrebatada à tantas ruinas como circulos repite, y en cada uno representa los mismos casos, y tragedias. Mas es tan estragado el gusto del idiota theatro de los hombres, que siempre les parece nuevo: siendo verdad infalible, que lo que fue es lo que serà, y que nada ay nuevo debaxo del Sol.

Presentes miras las quatro partes del mundo, no las peregrinemos hasta vèr, y conocer nuestra patria. Esta ilustrissima Ciudad es Carthago cabeza de Africa, emula, y enemiga del Romano Imperio, *dives opum, studiisque, asperrima belli*, fundacion de la honesta, y valerosa Elisa Dido, hija del Rey de Tyro. De tan humildes principios como una piel de toro, admira su grandeza, su hermosura, su poder, su policia; tantos prudentes Ciudadanos, tantos valerosos Capitanes, tantas damas, tanta bizarria, tanta nobleza, y pueblo tanto. Considera la multitud, y sumptuosidad de sus edificios, palacios, y Templos; sus muros inaccessibles opuestos à las armas del tiempo, y en su presumpcion vẽcedores. Vuelve los ojos a estos campos, y mares, mira en ellos sus valientes exercitos, y armadas; su Capitã General, y Emperador el valerosissimo Annibal, que llenò de pasmo à Roma, y de fama el mundo. Mirale sobre Sagunto, invencible Ciudad, aunq̃ vencida, quando se abrasa con mas ardimiento, y luz de su valor, q̃ con el fuego enemigo. Mirale señor de casi toda España, passar los Alpes, romper à vinagre, y fuego el Apenino; bañar en sangre Romana el lago Trasimeno, y despues los campos de Cannas; recoger (despojo memorable) tres modios y medio de anillos, insignia de nobleza. Mirale vencedor en otras muchas ocasiones dàr vista à Roma, y arrojar una lanza dentro de sus muros, y aun pudiera todo el exercito, y enarbolar sus vanderas en medio de la Suburra. Mirale en Capua descansar, y enflaquecerse con sus regalos, y deleites. Finalmẽte, mirale en Carthago

go vencido, no su animo, su fortuna de Scipion. A este tiempo volvi la cabeza por vèr tan insigne batalla, y solo vì unos campos incultos, con algunas pocas ruinas, que apenas se levantaban del suelo, de aqueductos, y edificios. Admirado, y aun atonito dixe à Fenicia: Valgame Marte! Esto no es el sitio de Carthago aquella populosissima Ciudad? Hasela tragado la tierra, y el tiempo (respondiò Fenicio) lo que es fue antes de ser, y lo que ha sido no es. Adonde està aquel espanto del imperio? aquel valiente Annibal? No lexos (me respondiò) este es su sepulcro, aqui le encerrò el veneno de su anillo vengador de los agravios de Roma. Levantò una losa, y descubriò unos huessos mezclados con tierra, que aun forma no tenian de esqueleto, y dixo:

Expende Annibalem, quod libras id Duce summo
Invenies?

Junta todas sus hazañas, ponlas en una parte, y en otra sus cenizas. Quatro libras de tierra presumieron cōtrapesar el globo immenso, y levantar esta segunda balanza, y sustentarla sin Atlantes gemidos en sus hombros. Quien no cabia en Africa, y Europa, se halla desahogado en urna tan breve. El marmol oy apenas conservàra el nombre, si la fama no le animara con su voz: y si mas te quieres certificar, quan vanas sean todas las cosas humanas, vuelve los ojos à los mayores monumentos de tantas grandezas: hizelo deseando algunos soberbios Obeliscos, ò Mausoleos, y vi una profunda sima de huessos, Estas son (me dixo Fenicio) las reliquias de la Ciudad, que aora viste en la suprema magestad. No conoces sus dueños? Como en tan breve tiempo los olvidas, y extrañas? Yo violentando admiraciones con dissimulacion de ignorancia, respondi: Porquè reprehendes mi desconocimiento, si despues que nos sentamos en este jardin, vi en la soberbia Carthago, yà humilde polvo, à Sophonisba, dama hermosissima, noble, y gallarda, mas venerada q̄ Diana en Ephesia, que se hizo su hermosura? què su nobleza? què sus galas? què su veneracion? No està lo que dices lexos, me respondiò; y tomando una calavera en las manos, de las muchas, q̄ avia en aquel profundo, prosiguiò. Esta es Sophonisba hija de Asdrubal, nieta de Gisgon, mui ricos, y nobles; pedida para esposa de Siphaz Rey de los Numidas, y negada por el Senado. Deseada tambien, y pedida por Masinissà Rey en Africa, con quien se desposò, principio de grandes guerras; su amor los hizo amigos de Carthagineses, y enemigos de Romanos; sus zelos pervitierō la amistad, y trocarō las suertes casada con Siphaz; padeciendo la infeliz, quanto immerita dama la fortuna de su Ciudad. Muriò al fin con veneno, que la diò Masinissà, reprehendido de Scipion, por las bodas, que celebrò con la dama, esposa que fuè de Siphaz, yà vencido, y captivo. Quien fia en dones de naturaleza? quien en dones de fortuna?

quien en finezas de amor? Todo lo arrebata, todo lo aniquila la muerte. Arrojò Fenicio la calavera, y con ella la gloriosa pompa de Sophonisba, y dixo: Ya tendreis noticia de los famosos vandos de Carthago, Edos, y Barchinos, contrarios en afectos, y efectos, atentos à sus intereſſes, no à la cosa publica. Amilcar padre de Annibal, cabeza de los Barchinos, Hannon de los Edos; todos aì estan mezclados, no se irritan por verse unos debaxo de otros. Aquella calavera es de Asdrubal, la que està junto à ella de un pregonero; aquella de Himilce, nobilissima Española, muger de Annibal, la que està sobre ella de una vendedera. Cõsidera su inconsiderada mortalidad, y sus vanos pensamientos, todos ocupados, y solicitos en el regalo, y estimacion de un cuerpo corruptible: ò verdaderamente dignos de compararle à los Dioses immortales, los que solo cuidan de hermosear la parte immortal, è incorruptible del animo, con perfecciones de virtudes! La suerte de sus cuerpos (dixe yo) la entrada, y salida en este mundo, ya vemos, sin que alguno lo aya dudado, que es una, no lo puede ser la de las almas, si justicia las gradua, segun sus meritos. Que hombre de razon (respõdiò Fenicio) puede negarlo? Estos hueſſos lo confessaràn.

Contigo hablo, que bien te conozco, calavera de Clitomacho, Philosopho Carthaginense, discipulo de Carneades en Athenas, y successor en su Cathedra; tu que escribiste quarenta volumenes, y tantos se pudieran escribir de tus virtudes, por quien mereciste lugar en los campos Eliseos, responde si esto es verdad, y si tu alma goza el premio, que mereciò. Moviòse entonces la calavera, y saliendo sobre las demàs, respondiò:

Semita certè
Tranquillæ per virtutem patet unica vitæ,

El camino de perpetuo descanso en immortal vida, es solo por unico, y por no hollado de muchos, que le huyen aspero, y dificil, siguen el llano, y espacioso, cuyo remate es eterno precipicio; este es de el vicio, aquel de la virtud. La desigualdad que ois de las animas infalible, sucederà à los cuerpos en el tiempo destinado à la universal audiencia. Quien viviò como muerto, y muriò como vivo à mejor mundo, ensayãdose con mortificacion de sus passiones, y tratando su cuerpo como aora veis, este tal fue hombre semejante à Dios; y quien lo contrario hizo, Dios presumido, y hombre por fuerza. Immoble me vieron los insensatos de la tierra à sus ofensas, y oprobrios, como aora lo estàn mis hueſſos, no assi ellos, que à todos quisieron oprimir, y desigualarse, siendo oy cõfuso polvo. Ay mayores grandezas en los Eliseos? (preguntè à la Clitomacha calavera:) que huvo en Carthago en el tiempo de su prosperidad? Mal se puede hacer cõparacion (me respondiò) entre cosas de diferente genero; las grandezas de Carthago fueron imaginadas,

das,

das, las de los Eliſeos ſon verdaderas. Aqui no ay dignidades de Conſules, Senadores, Generales, no ay oro, plata, ſedas; no galas, no vanidades de uſos, enaguas, monos, eſtofados, guedejas, ni rizos; las almas de hombres no afectan ſerlo de mugeres; ni las mugeres de hombres. No entraron jamàs las puertas deſte Reyno los ſoberbios, mentiroſos, avaros, glotones, deshoneſtos, envidioſos. Todo es pureza, amor divino, y poſſeſsion del verdadero bien; las almas vivimos deſnudas, y los hueſſos lo eſtamos. Perdida es la accion, perdido tambien ſu termino, que no incluyen en ſi algo loable de eternidad. Callò Clitomacho, y yo volviendome à Fenicio, dixe: Nuevo genero de liſonja es el tuyo, indecente à un Philoſopho, y por eſſo mas eſcandaloſo. A un muerto liſonjeas? Que eſperas dèl? Dexa exceſſos de alabanzas, que no caben en un Gentil, y mira quan perniciosas ſon las adulaciones, que haſta los muertos ſe dexan engañar dellas; y tambien llevados de ſu dulce muſica, ſe adulan à ſi miſmos, como aora ſe experimenta. Que virtudes ſon las deſte Philoſopho tan exageradas? Que Eliſeos los que celebra? Ignoras, que ſin verdadera religion era incapaz de premio ſu eſpiritu? Temo, que el Poeta de venerable antiguedad, Ennio Eſpañol, hablò contigo, quando reprehendiò eſte vicioſo primor:

De ſuerte alabo à Tydèo,
A Lucrecia de mui caſta,
A los vivos no me baſta,
Que à los muertos liſonjeo.

Mui critico eſtàs amigo Pardalin (me reſpondiò) aprovechando vàs en doctrina, y experiencia: hablo poeticamente, uſando fabulas profanas, y apologos permitidos para intimar la moralidad. Las virtudes, que alabo, ſon del modo que ſe hallaron en los que ſiguieron la luz natural, ſi ignoraron otra de preceptos revelados. Arroja la mentiroſa corteza del apologo, como la medula de verdad; y porque no me hagas nueva objecion, viendo lo que te quiero deſcubrir, llevarème dichos los quatro verſos que ſe ſiguen de eſſe Poeta, que no los ignoro:

Digo males de Tereo,
A Egiſto reprehendo,
Mis grandes vicios defiendo,
Y los agenos afeo.

Mui contraria es la intencion mia de la deſta ſentencia; alabo lo bueno en comun, lo malo reprehendo. Con todo eſſo Fenicio no ſe atreviò à ſer mas curioſo, reprehendido de ſu conciencia, en inquietar los muertos preguntando coſas ſabidas entre los vivos; pero ſirven para que eſtos queden condenados con mas plena informacion, y no les valga deſcargo de ignorancia. Yo ſi và à decir verdad, no quiſiera apartarme, antes de examinar alguno de aquellos hueſſos, cuyo eſpiritu padecieſſe en el infierno, que eran los mas; y declarando

mi curiosidad à Fenicio, me respondiò, que no era dificultoso de hacer; pero que lo excusaba, porque quāto à las veras utiles, los Philosophos Christianos hablaban desta materia sabiamente, fundados en infalible testimonio, y razon. En quanto à burlas morales, y entretenidas, se desobligaba, porque me remitia al vigilante soñador, ingenio agudo de España, que guisa verdad para todos gustos, sazonada de sal, apetitosa en el picante, y saludable en la substancia.

Que necessidad tenemos (prosiguiò) de baxar al Averno lago, ni de traspalar huessos de difuntos, para conocer los vicios? Abre los ojos, purificalos de toda passion, y si desta vez no conoces al mundo, ciego estàs incurable. Diò entonces un puntapie à crystalina esphera, haciendola rodar por el jardin. Mas (ò Dioses immortales!) toda la universal maquina, desde el centro de la tierra al primer mobil se comenzò à mover, y rodar tan sensiblemēte, y con tanto extruendo, y velocidad, que arrebatandome tambien su movimiēto los sentidos, me senti acometer de un vaguedo mortal. Abraceme à Fenicio, y èl sustentandome en sus brazos, dixo: O fortaleza symbolica tuya! Tu eres magnanimo Leon? Assi al movimiento del mundo se te desvanece la cabeza? Tèn constancia cordero pusilanime; precipitese el cuerpo, y permanezca immoble el animo. Cobrème à estas valientes palabras; asseguème firme en el cuerpo, y hallème constante, y sereno en sentidos, y potencias. Con verdad el vehemente espiritu Cordobès:

De aquel buen siglo dorado
Quedò la memoria sola;
Porque como el mundo es bola,
Todo el mundo anda rodado.

Rodò, pues, el mundo, y todas las cosas con èl; ninguna quedò en su lugar, unas con otras se encontraban; à las pequeñas, pobres, y desvalidas oprimian las grandes, ricas, y poderosas; hombres atropellaban à hōbres; Reynos debelaban Reynos; Ciudades à Ciudades. Exercitos vi lucidissimos en las armas, fuertes en el orden, invencibles en la fortaleza, innumerables en las vanderas, q̄ mirados pudieran mejor que à Xerxes sacar lagrimas à los ojos, y un torbellino de fortuna confundia, y aniquilaba. Particularizarè estas universales tragedias? Quisiera para exemplo mio, y de todos; pero *quis talia fundo temperet à lachrymas?* Que entrañas de pedernal, ò alimētadas con leche de Hyrcanas Tigres, no se resolveràn en llanto? Vi à los primeros padres del linage humano en gracia de su Criador, dueños, y Reyes soberanos del Parayso, lugar de todo descanso, y deleite, à cuya voluntad obedecian los demàs animales dociles, y obedientes, romper el divino precepto, desnudos salir desterrados, vestirse hojas de higuera, y con sudor de su rostro labrar la tierra para sustentarse. Vi à sus hijos incurrir esta original culpa, y tambien

bien la pena. Vi al mundo antes alegre, y pacifico cubierto de obscura tristeza, y lleno de discordias. Vi a la innocencia opressa de la malicia; muerto Abel alevosamẽte de su hermano Cain. Vi toda la tierra corrõpida con vicios, y pecados, purificarla el Cielo cõ aguas de un universal diluvio, salvandose algunas almas, q̃ la restauraron en un arca, que desta navegacion tomò puerto seguro en los montes Armenios. Sodoma, y Gomorra ardian en llamas lascivas, y en fuego del Cielo, que las apagò, y resolviò en ceniza. Vi à Ninive, Ciudad tan grande, q̃ sus muros tenian de circuito veinte leguas, cuya poblacion despues creciò à tres dias de camino en su longitud; emula, sino victoriosa de los muros de Babylonia; si esta milagro del mundo, aquella pasmo dèl. Vilas convertidas en polvo, como à Troya en ceniza. De Babylonia hablo, aquella nobilissima Ciudad, que parece increìble que fuerzas humanas la edificassẽ, ò fuerzas humanas la destruyessẽ, en una noche quedò assolada:

Quis cladem illius noctis, quis funera fando
Explicet?

Expectaculo tremendo del mundo, y exemplar castigo de la ira de Dios, para fundar en temor suyo la sobervia de los hombres. Los quatro Imperios, ò Monarchias mas famosas de la tierra, unas en otras se rõpian, y assolaban. La de los Assirios en la de Persas, y Medos; esta en la de los Griegos, la de los Griegos en la de Romanos; la de Romanos en la de Godos, Turcos, y otras Naciones. Vi una descomunal, y horrenda estatua, que en la materia, forma, duracion, y causas de sus ruina las figuraba, sueño mysterioso de Nabucódonosor; su cabeza de oro finissimo; pecho, y brazos de plata; vientre, y muslos de brõze; piernas de hierro, los pies parte tãbien de hierro, parte de barro; à los quales hiriẽdo una piedra, que sin manos se desgajò de un monte, cayò la estatua reducida à polvo, que arrebatado del viento en èl se desvaneciò; pero la piedra creciò à monte tan grande, q̃ ocupò toda la tierra, Reyno, que consumirà los demàs, y estarà eternamente. Vi sus Monarchas precipitarse de la suprema grandeza al infimo estado de miseria, *Bella horrida bella*. Nino mal contento en el estrecho Reyno, que su padre Belo le dexò, con las vencedoras armas fue el primero, q̃ rompiò los terminos, y leyes de los Reynos finitimos; el Rey primero de los Assirios, y el primero tãbien que introduxo la idolatria; diòle muerte su muger la Reina Semiramis; y a ella, puesto que valerosa, su hijo Nino, por el horror del afectado incesto. Su ultimo Emperador Sardanapalo, monstruo infame de naturaleza, no se permitia vèr de sus vassallos; al qual Arbacto, ò Arbaces, Prefecto de los Medos, despues de largas, y apretadas negociaciones, para entrar à verle, hallò en habito de muger hilando à una rueca, cercado de donzellas, y deshonestos mozuelos: de lo qual indignado el Prefecto, conjurò el Reyno cõtra èl,

ven-

venciòle, y huyendo se retirò à su Palacio, adonde encendiendo una hoguera se arrojò en ella con todas sus riquezas: no diò otra muestra en su vida de ser varon. Este Arbacto passò el Imperio de los Assirios à los Medos, y Cyro a los Persas, aquel famoso Monarcha, que antes de ser tuvo por capital enemigo à su avuelo; nacido, y expuesto hallò piedad en una perra. Conquistò por armas el Reyno, que se le debia de derecho, la Asia, y todo el Oriente. Venciò à Creso Rey de Lydia en Babylonia: y puesto en una hoguera, conociò, que ninguno es dichoso hasta la muerte; aunque por la piedad del vencedor quedò libre, si lo es un esclavo. Finalmente sus hados le arrastraban à debelar los Scythas, cuya Reyna era Thomiris, varonil muger, tan lexos de femenil temor, que siendo poderosa à impedirle el passo, le dexò entrar en su Reyno, y passar el rio Araxis, previniendole muro, y despues carcel à su fuga; porque si bien à su hijo mozo brioso, y poco experto, con no pequeña parte de su exercito diò muerte; despues la Reyna valerosa no se valiò de cobardes lagrimas para consuelo, y remedio; uno, y otro buscò en la venganza tan presta, eficaz, y animosa, que insidiando entre unos montes al enemigo insolente, le degollò, y à docientos mil Persas. Lo mas memorable de esta victoria fuè, que su ira no consintiò, que uno siquiera llevasse las nuevas a los suyos. A Cyro mandò cortar la cabeza, y meterla en un cuero de sangre humana, con estas vengativas palabras: hartate, cruel, de sangre, que tanto apeteciste, y de quien siempre fuiste insaciable.

Prosiguio su precipitado curso el encātado globo, y vimos aquel magnanimo, y ambicioso mancebo, Alexandro Magno, mayor que su fortuna, con ser esta incomparable, llorarse ahogado en los estrechos limites de un mundo, oyendo que avia muchos, porque a todos se extendia su valor. Passa como abrasador, y refulgente rayo; celebra Cortes generales del Orbe en Babylonia, dà à sus Embaxadores audiēcia, y muere con traidor veneno, conociendose hombre, quien se jactaba hijo de Jupiter Hammon. Y el que

Æstuat infelix angusto limite mundi,
Sarcophago contentus erit: mors sola fatetur
Quantula sint hominum corpuscula.

Rompe con mortales encuentros à esta Griega Monarchia la de los Romanos, fundada por aquel invencible valor de Julio Cesar, prodigio segundo de la fama despues de Alexandro, postrado Pompeyo, no su grandeza, y acabadas las guerras mas q̄ civiles. Dieronle muerte en el Senado con veinte y tres heridas Bruto, y Cassio, cabezas de los conjurados. Siguiose el triunvirato de Octaviano, Antonio, y Lepido, con la infame proscripcion, y derramamiento de sangre innocente. Aqui derramaste injustamente la tuya, ò ilustre Marco Tulio, Principe de la elo-

eloquencia,gloria de Roma. Augusto se apodera de todo, y los mas de sus sucessores en el Imperio mueren violentamente, unos por buenos; otros por malos. Concurren todas las naciones dèl universo à vengar las injurias,que avia hecho,ycobrar las riquezas, que avia usurpado la cabeza, y Emperatriz del mundo Roma, yà muchas veces esclava de sus esclavos. Inundan la tierra Scythas, y Otomanos; toda la esterilizan, y assuelan guerras, hambres, pestes,muertes,llantos: No se averigua, ni puede qual es suerte mas feliz del que muere, ò del que vive. Vi à Bayaceto Emperador de los Turcos en una jaula de hierro, como fiera,ò como loco,aprissionado con cadenas de oro, ladibrio exemplar, y lamentable de fortuna,comer lo que de su mesa le arrojaba el gran Tamorlan, Scytha cruel, y poner los pies arrogante sobre sus espaldas, siempre que subia à caballo. Vi à Osman, gran señor del mismo Imperio, ser llevado afrentosamente sin vestiduras Reales por las calles de Constantinopla, y que en un publico cadahalso sus Genizaros traidores le ahogaron; fortuna de las mas infelices, y dignas de lastima, q̄ vieron los mortales. Suspendieronme de modo estas faltas inconstancias,estos miserables desengaños, q̄ vierades dos extremos; uno de mudãza veloz en la esphera; otro de im mobilidad en mi; porque me juzgarades bulto de porfido. Fenicio habituado en la ponderacion destas mundanas vanidades, con voz alta me excitò deste letargo,diziendo: Despierta, despierta ignorante bruto; assi te pierdes à vista de casos tan comunes, y frequentes, como nacer el Sol cada dia en el Oriente, y morir en el Ocaso,siendo esta sucession mas admirable, y menos admirada? Solo puedes extrañar vèr aqui los sucessos juntos, que diferentes edades vieron: y esto no es prodigio, pues un moderado discurso lo hace cada hora.

Despertè mas advertido, y vi en las ultimas partes de Occidente, en la invicta, y Catholica España, levantarse un nuevo Imperio de las reliquias Godas, y de los Heroes Austriacos, cuyas armas teme el mundo, cuya justicia ama, cuya prosperidad envidia, cuya luz de religion adora; esta los guia, esta los enfalza,esta los assegura. Vi con particular admiracion, y consuelo sus Reynos,sus Ciudades, sus Palacios, sus fortalezas, sus Exercitos, y Armadas invencibles, señaladas con insignias de Leones, los quales no perdi de vista desde el primer punto del circulo,en aquel globo espherico hasta el ultimo,que le cerraba. Apartè los ojos dèl, y vuelto à mi amigo Fenicio con alegria en semblante, y corazon, le dixe: Que significan en esta Monarchia, la mas dilatada, y gloriosa, que nos ha representado la voluble esphera desde su primero movimiento, tantos Leones gravados en bronces, y marmoles,insignias gloriosas,segun parece de sus Españoles Principes? Yà en la pregunta (dixo Fenicio) re-

te respondes en parte, que son armas suyas. El principio, y motivo de tan connatural elecciõ fuerõ estos. Despues de aquella infeliz batalla, en q̃ el Rey de los Godos, y de España se perdiò cõ todo su exercito, perdiòse tambien el Reyno, y en su restauraciõ algunos Reyes despues de Pelayo hicieron su Corte à la Ciudad de Leon, assi llamada, porque la fundò la septima Legion Romana. Este nõbre equivoco, q̃ significa cierta jũta, y numero de soldados, y tãbien al Leõ rey de las fieras, ocasionò las armas Reales; porq̃ viendo sus exercitos con animo, y fortaleza de Leones para vengar las injurias recibidas, el Rey, que infundia este mismo espiritu cõ su presécia, y valor, acordandose, q̃ sus predecessores fueron Leones espãtables del mundo, y presago que los sucessores suyos lo aviã de ser, propagando, y defendiẽdo cõ fortaleza la Fè Catholica en sus ultimos terminos, eligiò no sin sobrenatural auspicio, dexando las antiguas armas Godas, un roxo, y rapãte Leõ en cãpo de plata, symbolo de la verdad, y pureza de religion, y virtudes.

Afirmè la vista con mas amor, y atenciõ en este Reyno clarissimo, aũque el ultimo de Occidente, y luego descubri la gran Corte, adonde todo el mundo concurre, tributãdo, y ofreciẽdo lo mas precioso de sus riquezas Esphera en valor quinta, de Phelipe en lucimiẽto, y nõbre Quarto; Tercero en lo piadoso; Segundo en lo prudente, y Primero en lo grãde. En medio del Reyno como corazon, y en elevado mõte, como cabeza de las demàs Ciudades vi la Imperial Toledo coronada de su sãto Tẽplo, alcãzar, y muros, a quiẽ guarnece el Tajo cõ sus crystales, y engasta cõ sus arenas de oro. Despues admire su magestad, su politica, nobleza, y religiõ. Llevòme los ojos el crystalino, y aurifero Tajo, y à doze leguas de su curso le vi humilde besar el pie à los muros mui nobles, q̃ otros en altura, latitud, y buena estofa no se conocẽ iguales en España, di la antiquissima Libora, segun Ptolomeo; Ebura segun Tito Livio; Elbora segun los Godos; Talavera segun los modernos, Ciudad antiguamẽte tan populosa, que se estendian mas de una legua al Poniente sus edificios, por aquellos oy fertiles campos de olivares, viñas, y arboledas. Venerè la madre de innumerables Santos, y en todo tiempo ilustre por su nobleza, valerosa en armas, sabia en letras, abundante entre quantas mira el Sol de lo que necessita naturaleza, ò apetece el gusto. Las demàs abran sus puertas, y pidan socorro à los confinantes, y extrangeros; cierre Talavera segura las de su jurisdiccion, que ella fertil darà porque los cria metales, vestidos, frutos, y regalos. Dexè sus muros, y deleitando la vista entre los muchos alamos, q̃ guarnecen las margenes del dorado rio, que dividido en brazos forma varias apacibles isletas, y el oido cõ suave musica de gilgueros, y Ruiseñores, te vi (ò Principe Auricrino) à la hermosa Crisaura, y à nuestro amigo Lebrel; y lo que mas os puede admirar, me vi yo mismo entre

vosotros sin perder el sitio, que ocupaba, tan semejante, ò por mejor decir tan uno, que no me resolvia à quien dàr credito, à los ojos, ò al discurso. En esta confusion me hallaba, quando en aquella verde alfombra junto à un dosel de brocado azul, porque el cielo, que entre arboles se veìa le formaba de esse color, las hojas le enriquecian de verdes esmeraldas, y los rayos del Sol, que entraba por ellas, le texian de oro, descubrì sentado à nuestro Chronista, à quien antes en las esphericas revoluciones vì nacer, y passar los pueriles años en la Imperial Ciudad, trasladò aqui por muchos su domicilio, naturalizandose en èl. Escribia un libro, cuya inscripcion era: *Leon prodigioso*. Reparème considerando la causa destos imaginarios objetos, y dì en el punto, que esta era una representacion historica, y la historia yà se sabe, que es un espejo de la vida, vida de la memoria, y memoria de los tiempo; andidoto contra el olvido, imagen de lo passado, exemplo de lo presente, prognostico de lo futuro. Yo entonces por no incurrir desagradecimiento. Salve (dixe) moral Historiador del Principe Africano, por quien los brutos somos racionales, y los racionales no son brutos. Iba à proseguir mi grata salutacion, quando Fenicio extendiendo la mano tocò la esphera, y parò su movimiento, dexandola diaphana sin aquellas imagenes, y representaciones.

APOLOGO LI.

Valor, y prudencia vencen los peligros.

INstruido con exemplos manifiestos, y razones demonstrativas en el conocimiento del mundo, y de los humanos, me despedì, passados pocos dias, de mi maestro Fenicio, algunos me detuve en aquel desierto; y una noche, cuyo silencio oprimia las cosas, cuya tiniebla las cõfundia, oì un dissonante estruendo, y para mi espantoso. Antes de recatarme atento, me sobresaltè naturalmente temeroso, no pude sacudir el atrevido, el temerario miedo que me acometiò, aunque hice de mi parte la possible resistencia. Mas oprimiendo con valor esta passion à pesar de su repugnãcia, sin retroceder un passo esperè immoble. Acercòse el dueño de aquel ruido, à mis oìdos mas intolerable, y amenazador, y detuvose callando. Representaronme al enemigo las tinieblas un horrendo vestiglo, y yo violentando intrepida resolucion, escuchè estas arrogantes palabras: En demanda tuya vengo (ò Mauritano Pardalin) y dudo à què atribuya tu immobilidad, à desverguenza, ò estupor. Si es lo segundo, que tengo por mas cierto, aun te juzgo sino valeroso, feliz; pues no mides la tierra, dissueltos de frio temor los miembros, y acciones vitales, aviendo oìdo mis voces: Si como joven, y visoño en tales aventuras me ignoras, sea disculpa mi nõbre

bre ignorado, y prevengate à la emienda mi nombre sabido. Yo soi el carro, aquel jayan terrible, que sujeta los Leones à su yugo, y coyundas. Testigo sea Marco Antonio, y toda Roma en su grandeza, que agotè el rendimiento de su indomita cerviz al yugo de servidumbre. Yo soi aquel valiente jayan, que à vuestros progenitores, moradores oy del Zodiaco, llevè rendidos à la ardiente hoguera. Yo el conducidor en mis hombros, por honrarlos de mil invencibles Capitanes en Romanos triumphos, atados à mi Reyes, y Principes vencidos. Yo quien en las guerras por mi persona he peleado contra exercitos poderosos, rompiendolos, degollandolos, y poniendolos en huida, no con flacos ardides, sino con mis valientes armas; tanto, que ni la envidia, ni el tiempo borraràn jamàs el assombro de mi nombre, *currus falcatus*, carro armado de filos mas agudos, y no menos inexorables que la muerte. Yo soi aquel Heroe divino, que ocupo nobilissimo lugar en el firmamento, vestido de siete refulgentes estrellas, no inferiores à otras en la luz, ni en los influxos, y superiores à todas en el ministerio, pues fortalezco, y afirmo el polo Arctico, y en mis brazos le sustento, para que todo el celestial globo no se dissuelva, y aniquile, para què me canso? vives, ò yaces muerto de espanto? si no te ha faltado el aliento: huye, huye, que esperas? y negocia con la fama, que escriba en bronzes, y dilate por el mũdo esta hazaña tuya de averme esperado, mayor que quantas ha celebrado, desde que à vuestra naturaleza diò principio; y castigo à la humana Cybeles, por el sacrilegio de Hyppomenes, y Atalãta.

Atento escuchè los estrepitos, y bravezas deste inanimado soberbio, y digo de verdad, que aun antes de examinarlas huyera; si la doctrina de Fenicio, y la experiencia en el conocimiento del hombre, y del mundo no huvieran precedido; pero confortado el corazon contra la pusilanimidad, que sus fieros infundian, y considerando, que estos estratagemas, engaños dirè mejor, erã sin duda el hombre à quien son proprios, y naturales, no del carro, le respondì: Mal se pueden concertar estas alabanzas, que en tu voca se envilecieran, aunque no fuerã falsas como lo son con tu immodesta arrogãcia, que me provoca. Mas, pues este pleito se ha de decidir por armas, y las tenemos en las manos, y estamos en el campo, excusadas son las razones. Aora conoceràs, que los Leones no temen al carro vacio de valor, y de cerebro: cansase de sus ruidos, ofendense de sus presumpciones, huyen su voceria, y castigã sus locuras. Dixe, y viendo mi resolucion, con voz timida, y humilde baxò pertigo, y yugos; diciendo: Tente valeroso Africano, q̃ yo soi un cuerpo sin alma: el hõbre habla por mi, y yo hablo por èl. Detuveme recatado, confirmando lo q̃ sospechaba, q̃ el hombre era el autor destas inquietudes, y desafios, con los quales me acechaba para dàr commigo

en

en alguna celada. Propuse vencer un engaño con otro, si la prevenciō del primero lo puede ser. Mientes mil veces (respondi) esclavo vil; que el hombre es el animal de mas verdad, nobleza, y valor, que tiene el mundo. Y porque tu no quedes sin castigo, y èl no pierda su buena fama, huye si puedes, mis manos, ò confiessa tu malicia, desdiciendo tātas mentiras: hice pressa en èl, prosiguiendo en exprobar sus vanidades, y abatir sus altiveces. Que proprio es de la soberbia ignorarse! Si haces mencion de essas aparentes glorias, de essos agenos triumphos, como no la haces, de que tambien te ocupas, de proprio, y conforme oficio en conducir basura, y las mas baxas, y asquerosas immundicias, segun tantas Ciudades testifican, à quien sirves esclavo, y limpias sucio? Ha hombres carretones, oy triumphais, y ayer sacabades basura. Con fieros, bravezas, y voces te haces terrible, suenas porque vacio; quantos carros he visto yo llenos de riquezas, que untados con blandura, y humildad caminan callando adonde su dueño los guia? Los vasos llenos de precioso licor, aun heridos no se oyen: librenos el Cielo de carros vanos de la Republica hōbres vocingleros, necios, cansados, y soberbios. Sobre todo esto eres, ò vanissimo carro, compuesto de palillos, y yà cubierto de seda, y oro, no cedes al mismo Lucifer.

Mas dixera, si à este tiempo una extraña voz no hiriera atrozmente mis oidos, y el temeroso recelo mi corazon. Quien eres, fiel animal? le preguntè; à quien buscas? y què pretendes? No me conoces (dixo) yo soi el Gallo, aquel Principe andante volador, admiracion del mundo, y assombro de Leones. Soi noble progenie de aquel Rey invencible, que à Rosandro, y à Leonisa venciò, puso en prisiones, y entregò al fuego. Soi quien he vestido plumas por exceder à mi fama; armada la cabeza de carmesi morriō, calzado tajantes cuchillas me expongo espectaculo de horrendo desafio, mantenedor de mi grandeza, à quantos aventureros concurren al noble palenque de Londres en la gran Bretaña: adonde mi valor enciende los humanos corazones en semejantes duelos, y mi valiente destreza los enseña: soi el marido de las muchas esposas; quien las sustenta, zela, guarda, honra, y tiene contētas: soi quien cō mi voca de cuerno à horas extraordinarias, llenas de horrores, y tinieblas inquieta à los mortales, y obliga à dexar el blanco reposo de sus pacificos lechos, y que se levanten à batallar en la guerra desta vida. Y soi finalmente quien viene à ponerte en prisiones, y sujetar tu indomito cuello al yugo deste carro. Diciendo esto encrespò la pluma, tendiò las alas, cantò terrible, y fingiò acometerme.

No menos advertido que al carro le escuchè, y experimentado resisti al natural temor; ligero le acometi (cosa que nunca imaginò) y asiendole de un pie, le dixe: Pues

eres tan valiēte, librate de mis uñas. Casi muerto de espanto, dixo: Misericordia, Leon piadoso, que estas fierezas del hombre son, no mias. A què proposito (repliquè) el hombre estos ardides? El fin (respondiò) no le alcanzo. Tan verdaderas son mis palabras como mi innocencia. Dissimulè viendome en manifiesto peligro, que estas insidias amenazaban, y respondì: Como en tus arrogancias mientes, tambien en lo que dices del hombre, animal perfecto, intentas atemorizar con jactancias de bravo; ridiculas bravezas las de un valiente entre gallinas Quantos gallos como tu se hallaràn que todo lo inquietan, lo espantan, lo atruenan con sus voces, porque gallinas los oyen, ò brutos valientes los desprecian, y una Zorra se los come, y unos niños, ò unas mugeres los corren con afrentosas cañas? Tus plumas (idiota vano) apenas se levantan del suelo, tu voz es insuave, y ronca, y presumes que son plumas, y voz de la fama: plumas al fin de Gallo, no de Aguila, ò Garza generosas. Cantas, mas en tu muladar; assi despreciado le atè al yugo del carro, y luego me acometiò nuevo motivo de temor.

Comenzòse à encender cerca de mi un fuego en breve espacio de tierra, y tiempo, que creciendo à hoguera no pequeña, dixo: aunque has tenido atrevimiento para esperarme, dudo de que tengas pecho para sufrirme. Soi el fuego tu enemigo, el nobilissimo elemento de los quatro. Soi quien con mi ligereza me levanto sobre la esphera del ayre; adonde tengo mi palacio, emulo de los Astros refulgentes, y del mismo Sol. Soi el consumidor de las cosas con mi calor, y actividad: quien con mi luz deslumbro, y ciego los perspicaces ojos del Aguila mas constante. Soi el alma de los volcanes abrasadores en ardientes Ethnas, y Mongibelos, y las armas invencibles de Jupiter tonante. El volador de muros, fulminador de bronzes, devorador de bosques, y Ciudades. Soi finalmente el monstruo, que temes, y quien viene à resolverte en leve pavesa. Creo por cierto (respondi animoso) todas las hazañas, que blasonas. Mas yo aora, quitandote la materia, te corromperè. Bañandote con agua, convertirè tu calor en frialdad; y dandote muerte, tu luz en tinieblas. Espera, me dixo, brillando temores, espera Leon invencible; no castigues à quien mandado obedece, toma venganza del hombre; que yo soi siervo obediente. Criados al fin (repliquè) todos mentis, y deshonrais vuestros amos.

No executè mi amenaza, porque me reprimiò la voz de un hombre, autor destas quimeras, como conjeturè; y despues se verificò, que me decia: Con risa he oìdo (Leon bastardo, pues degeneras en las timidas passiones de los Reales, por lo que tienes de Pardal) con risa, y no sin lastima he oìdo los incautos desafios de essos tres tus arrogantes enemigos, y la vanagloria por tan obscuras victorias. No el carro,

so, no el gallo, no el fuego te desafia, sino el hombre domador de Leones, y de quantos quadrupedes, peces, y aves pisan la tierra, rõpen las hondas, cortan los vientos. Cuerpo à cuerpo te espero en el cãpo, que cõ tu piel he de triumphar, Alcides vestido la del Leon Nemeo. Mientras esto èl decia, yo me iba acercando, para descubrir mejor à mi contrario, que entre arboles, y sombras se ocultaba, y vèr que armas eran las suyas, y si venia acompañado: mas todo mi recato, y cautela no me valieron cõtra sus engaños, porque me hallè irremediablemente presso en una fuerte red, que me tenia armada. Al punto se me ofreciò la solucion de toda la maraña, que estos retos de mis enemigos avian sido trazados del hombre, para que el recelo, ò temor me retirassen à las redes: y yà que el ardid no respondiò buen efecto, eligiò provocarme, para que acometiendole improvido cayesse en los lazos; propuse vencer uno cõ otro engaño, y cõ este intento dissimulãdo el corage, y no perdiendome de animo en el grave riesgo, dixe sin alteracion: En una red he caìdo, adõde rigorosamẽte me hallo pressso. Disposicion es tuya, segun me persuado (hombre que me desafias) de donde colijo, que no me conoces. Yo soi Leopardo, en la flor de mi edad, y de mis fuerzas. Dexè mi patria con deseo no tanto de vèr mundo, como de conocer al hombre, al qual desde que tuve uso de mi conocimiẽto, he sido mui aficionado por fama; y aora lo soi cõ extremo, porq̃ le he reconocido, y comunicado: abominara yo mi brutalidad, sino reverenciara con fiel benevolencia a un animal tã sabio, noble, y generoso, señor de quantos criò el unico Autor de naturaleza: honra es nuestra servirle, gloria es nuestra imitarle, y obligacion obedecerle. Solo culpo mi fortuna, en que no me aya permitido, q̃ libre pueda assegurar, lo que captivo has de poner en duda; pero de qualquier manera, ò prissionero, ò liberto tuyo, bien considerado, agradezco à fortuna, que me aya ofrecido ocasion de servirte, gozarè assi la compañia humana; que precio mas ser esclavo tuyo, que Rey de las fieras. Admirò el hombrecillo mi cortesia, y mansedumdre; puesto que el miedo no le dexò resolver à darme libertad. Mudò estilo en el lenguage, diciendo, que perdonasse las injurias, que sus astucias me avian hecho; pues todas se dirigian à cõciliarme amigo, y que los dos de compañia ganassemos de comer por el mundo, cuyas grandezas veria con honra, y seguridad: y que para tenerla mayor, queria experimentar, encerrandome algunos dias en una jaula, si mis obras correspondian à mis palabras. Resignè mi voluntad à mas no poder en la suya; acomodème con el tiempo, amaneciò, pusome en una jaula, y llevòme à su casa. Yo proseguì con dissimulacion mis intentos; mostrabame servicial, mãso, docil, afable, perdonaba los perrillos

que me echaban para sustento. No quitè vida à sensible alguno para sustentar la mia: con todos jugaba, à todos lisonjeaba, asseguré à mi amo, sacòme de la prision, expusome al theatro, comun expectaculo; y un dia que en la plaza delante de un numeroso concurso ostentaba mi docilidad, y mansedumbre, metiendome las manos, y cabeza en la voca, desnudè las uñas de la siniestra mano, y clavandoselas, dixe: Hombres, animales racionales, que de ninguna cosa teneis menos que de razon, aprended con este exemplo à tratar verdad. Vn engaño, doi por otro engaño; paga improbo la pena merecida, instrumento soi de los Dioses, los quales *infensi pœnas cum sanguine poscunt*; hice pressa en èl, y despedacèle. Pasmòse el concurso, ninguno se atreviò à ofenderme; todos se procuraban assegurar, y yo poco à poco sali de la Ciudad, oyendo una conforme voz à mis espaldas, que decia, malas son las burlas con Leones, buenas son las veras, y verdades con todos.

Lexos yà de los humanos en un desierto, me senti acometer de otro nuevo enemigo intrinseco; embistiòme sin prevenirme, al principio con armas de nieve; luego con armas de fuego. Quien eres le dixe, resistiendo su furia con debiles esfuerzos? La quartana soi (me respondiò) à humillar me envia el Cielo tu altivez, à enflaquecer tu ferocidad, y que reconozcas, siendo Rey, à otro, que te sujeta. Vengo tambien à que seas aviso à los humanos, y escarmiento, para que se persuadan no ay salud de felicidad sin quartana de disgusto, largo termino es, sin diaria dolencia: padecen los Reyes enfermedades de lisonjas, muchas veces incurables, si no se previenen con buen regimiẽto: la prosperidad de envidia, el ingenio de pobreza; la virtud de detraccion, las riquezas de desvelo, y la erudicion de ignorancia, que barbara la desacredita. A disposiciones divinas (respondi) se debe conformidad: passè con paciencia mi trabajo, y tomè el camino de mi patria, adonde libre de tantos peligros, me gozaba averlos passado, para mejor portarme en los que me esperaban en tu compañia, ò valeroso Auricrino; porque los casos dàn experiencia, la experiencia arte, y el arte enseña el camino para no errar las acciones de nuestra incierta vida.

APOLOGO LII.

Del Phenix moral.

TIerra, tierra, decir con alegres voces desde la gavia un brumete Cinocephalo; à todos regocijaron estas nuevas, y mas quando reconocieron las cumbres de los Pyrineos, terminos de la invencible España, y prescriptos del Cielo à su fatal peregrinacion. Tocaron el puerto, y surgiendo prosperamente echadas anclas, formò el Africano un

un lucido, y valiente esquadron, incierto de las cosas en aquel Reyno, passados algunos años, despues que el traidor Pardal robò à Crisaura; y el villano Dragon aventurando su vida, que perdiò en la terrestre, y maritima batalla, quiso quitarsela à nuestro Auricrino. Hicieron alto à la sombra de riscos, y frondosos arboles, que regaba una cryslalina fuente, sitio oculto, fresco, y agradable: comieron, y descansaron, luego enviò algunos caballos ligeros, que reconociessen la tierra si estaba segura, y quien la gobernaba, y posseia las minas; porque su larga ausencia, y soledad en tierra, y ayre, infundia à todos profunda confusion. Entre tanto el Leon acompañado de Crisaura, Pardalin, y el Lebrel, penetrò aquella amena espesura, adonde dudaban si los paxarillos estaban mudos, ò ausentes; tanto era el silencio: mas luego le rompiò, y el ayre tambien con admiracion de los peregrinos el vuelo de una hermosissima ave, que dexando el seno de un frondoso chopo se humillò al Africano, y afablemente le saludò. Era tan grande como una Aguila: las plumas del cuello doradas, las del cuerpo purpureas, las de la cola azules, distintas hermosamente de muchas rosadas, y algunas en la cabeza, que noble la ilustraban, ò coronaban Reyna. Passadas las primeras cortesias, hablò desta manera:

Muchas cosas me pregunta vuestra suspension, (ò Principe Auricrino, hermosa Crisaura, nobles quadrupedes) y à todas brevemẽte responderè. Oculto en estos arboles escuchè vuestra conversacion, y della, y de la Fama he llegado à conocer muchos secretos, de los quales algunos os quiero descubrir, que no sabeis, y os importa no ignorarlos. Yo soi el ave del Sol, Phenix de Arabia, nobilissimo por mi naturaleza, si desacreditado, y aun infamado en las historias: porque celebrando propriedades, y acciones mias con mẽtiras, hacen apocriphas las verdades; y de modo las confunden, que muchos buenos juicios todo lo niegan, quando algunos menos discursivos todo lo creen. Quiero dexar supuesto, que todas las cosas que de mi se cuentan, no contradicen à principios de natural Philosophia; pero dos en particular son impossibles; no de ser, sino de saberse. La primera, que el Phenix sea unico: notable credulidad, y poco ahondar en el examen de las razones, que tal proposicion confirman. Los hombres doctos, que lo han dicho, ò ha sido refiriendo los que otros dixeron, ò moralizandome en symbolos, y geroglificos: para lo qual no se requiere verdad, sino alguna aparẽcia suya, ò de tradicion, ò autoridad, como quiera que solo pretendan persuadir moralmẽte la conclusiõ cierta, inferida de premissas falsas, ò verdaderas. Lo segundo, que juzgo impossible saberse, es su edad: porque los que la señalan dicen, que es unico; y como esto es incierto, tambiẽ aquello: en especial, que aviendose visto (assi lo dicen) pocas veces, y tan pocas, que las cuentan por los

dedos, de donde les conſta, que en eſſe eſpacio de años, los quales ſe eſcondiò, no aya muerto, y reſucitado muchas veces. Finalmente mi eſpecie tiene muchos individuos; mi edad es larga; mi muerte, y reſurreccion ſuceden del modo que ſe cuentan, variadas algunas circunſtancias, no de mucho momento. Eſto aſſentado, ſabed generoſos brutos, que eſte Reyno tiene mui diferente eſtado del que penſais: oy le gobierna, y tyraniza un Cercopitheco, Simio caudato Ethyopico. Todo arde en guerras: el Aguila tiene un poderoſo exercito en campaña. La Phoca ha venido à ſocorrerla con un valiente eſquadron de animales amphibios: yo eſpero el fin de eſta guerra, aunque prudencialmente no le ignoro, para luego partirme à los deſiertos de Arabia. La batalla de poder à poder ſe darà dentro de pocos dias; y ſi buena razon militar no me engaña, han de ſer vencidos los animales terreſtres. Las cauſas de todo lo que en ſuma he referido, ſon las ſiguientes.

Luego que el Pardal traidoramente robò à Criſaura, y te ſorbiò el mar (ò valiente Africano) abrazado al Dragon, eſte quedò ahogado, y el viento te expulſo à la playa, juntamente con Parladju, que fiel ſi temerario entrò en un barquillo para ſocorrerte; los Grandes, y pueblo de tu Reyno ſalieron à la ribera aviſados de la Raposa, eſpia que miraba la borraſca; y llorandote muerto, ſe lamentaban perdidos, contentandoſe yà de hallar tu cadaver, para pagarle con pompoſas exequias, y à tus cenizas con durable obeliſco las ultimas demonſtraciones de amor. La ambicion por reynar, yà en eſta ocaſion avia tentado à muchos de tus vaſſallos, y declaradamente unos pedian de juſticia la corona, otros la pretendian por armas, principio de graviſsimas guerras civiles, ſi antes el Aguila no ſe apoderaba de todo. Triſtes, y pobres de conſejo miraban el proceloſo mar, y acuſaban ſu hinchada inclemencia, quando un Delphin rompiendo las hondas, besò la ribera, en ſus eſpaldas un Cercopitheco Gigante, en humano trage que de una Luſitana naufragante nao cayò en el mar, y el Delphin favorable à la racional naturaleza, juzgandole hombre le ſocorriò, y ſacò libre à tierra. Tanto mueve la aparencia de razon aun à los brutos. Cercaronle admirados los innumerables quadrupedes, que à buſcarte avian ſalido: y èl no menos ſuſpenſo, y temeroſo de tanto concurſo, un Elefante le dixo tu naufragio, y preguntò en nombre de todos, que ſignificaba aquel eſtupendo milagro de navegar las aguas en el barco Delphin? Eſte fue el cabello, que le miniſtrò fortuna de la ocaſion al aſtutiſsimo Ethyope; y aſiendole con preſteza, mintiò eſta aparente hiſtoria. Que èl era Rey de los deſiertos de Ethyopia, à quien Apolo ſu patron, ſabida tu muerte avia mandado partir à coronarſe en eſte Reyno, dandole para tan largo camino

al ligero Delphin, testigo tambiẽ milagroso, que negociasse fe à los electores, que hallaria en la ribera.

Con ninguna cosa tanto se mueve el pueblo, como con la aparencia de religion, y sobrenaturales indicios. Dieronle sin repugnancia credito, y no ayudò poco, que los mismos pretendientes no dudaban perder su derecho, porque su igual, ò su enemigo no alcanzasse la corona. Grandes injusticias hace la envidia, apoca merecimientos, acredita insuficiencias: en efecto le aclamaron, y obedecieron Rey. Publicòse esta eleccion: llegò à oìdos de la Phoca, que tiene el imperio destos mares entre las de su especie; yà oìdos del Delphin, protector del tyrano Simio. Confirierõ el caso; el Delphin conociò su piadoso engaño; y à la Phoca, indignò gravemente tan grande maldad, porque procediò, y obstò à la suya de tyranizar la corona. Despachò persona confidente, que hiciesse ciertos à los Grandes, que tu eras vivo, y que declarase la verdad de aquel error, y como el Cercopitheco fue un misero naufrago, à quien el humano trage, y physonomia solicitaron socorro. Oìdas estas nuevas, los Grãdes tratarõ entre si el negocio, y obligados con las mercedes del intruso Rey, temerosos tambien de incurrir su indignacion, si acordando conjurarse algunos los descubriesse, lo principal, porque la lisonja los tenia pusilanimes, y servirles; respondieron al Embaxador, que en quanto ser vivo su legitimo Rey Auricrino, Principe de Africa, no lo creian: y que estaban prestos à obedecerle en qualquier tiempo, que les constasse de su vida, ò presente, ò en ausencia. En quanto deponer al Cercopitheco, no convenia por muchas razones, de las quales algunas señalaron; todas de gente atenta solo à la conservacion de su estado, no à su dignidad, y fama. Oyendo esta resolucion la Phoca, hizo liga con el Aguila, socorriola cõ un barbaro, y no cobarde esquadron de Phocas, Cocodrilos, Hippopotamos, Castoreos, Nutrias, y otros amphibios. Los campos estã à vista, las assonadas de guerra, y levas de gente han sido grandes: el exercito de quadrupedes se halla mui poderoso, y mas el alado, no solo por la liga con la Phoca, sino porque los Gryphes, que posseiã las minas de oro, y plata, las pusieron en manos del Aguila, y ellos se reduxeron à su servicio. De oy à mañana se espera la batalla campal, y yo à mis criados, que enviè à vèr el sucesso, porque luego nos pongamos en camino.

La causa de mi venida fue esta: Aviendose publicado tã sangrienta guerra en el mundo, para decidir su universal dominio; ofendiòse justamẽte nuestra generacion, q̃ el Aguila no solo pretendiesse el imperio de las aves, sino q̃ anhelasse al de los quadrupedes, fundando su derecho en q̃ el vulgo la aclamaba Reyna, ciego, y liviano por lisonjear à Jupiter: olvidando nuestra retirada modestia, y conocido derecho, celebrado de los sabios, que nos dàn el primer lu-

gar por nuestras grandezas, de donde se colige el natural dominio; y no falta alguno de los primeros en autoridad entre los vates clasicos, que refiriendo nuestra admirable resurreccion, dice, que son innumerables las aves, que nos esperan, y acompañan à la Ciudad, y templo de el Sol, con obediencia tan prompta, y amorosa à sus Reyes, que deidades nos adoran, y aun las sendas del aire, que consagramos señaladas con nuestra luz: *Regis iter flagrantis adorant*; la fidelidad en las menos seguras, y mas ambiciosas aves es indubitable; el reverencial temor no permite en nosotros primer movimiento de sospechas, ni en ellas de conjuraciones:

Non ferus accipiter, non armiger ipse tonantis,
Bella movent: commune facit reverentia fœdus.

Los feroces Halcones, y soberbias Aguilas, nos aman, y obedecen. Cuidadosa, pues, destos movimientos, aviendo lo primero consultado con mis iguales, me puse en camino, acompañada de pocos criados. Y todo visto, y bien considerado, me determino dexar ambiciosas pretensiones, y volverme à conservar mi paz en soledad; pues por cuenta del Cielo està nuestro estado, y reputacion: *Natura laborat, æternam ne perdat avem*; la confusion de gentes, y los terribles efectos de la guerra, me tienen violenta. O soledad amable! en ti hallo todas las cosas; porque hallo à su Criador en quien las contemplo! Sin ti las pierdo porque èl se me esconde. O soledad sagrada! en ti me hallo, porque yo me domino; sin ti me pierdo, porque el mundo me quita la libertad. Con esta exclamacion puso fin el Phenix à su platica, y todos callaban impedidos de confusa irresolucion en tan grave negocio. Mas el Africano, à quien tocaba la respuesta, agradeciò al Phenix con igual benevolencia la sencillez de sus avisos en tan apretada ocasion, que le seria de grande importancia esta noticia; por quanto le aconsejaba el mas saludable medio de esperar la batalla campal, cuyo sucesso, si era favorable à las aves, le estaba bien, porque assi las fuerzas del Cercopitheco quedarian quebrantadas, y las liviandades, y lisonjas de sus vassallos con castigo: si la fortuna fuesse contraria, se hallaba con valor para deponer al tyrano Rey, y oponerse al exercito alado. En esta conformidad moviò con su esquadron Auncriano, y acōpañòle el Phenix: Ni una ave se descubria en el aire, ni un quadrupede en la tierra: todos estaban en campaña, ò espiando el horrendo fracaso de aquellos dos poderosissimos campos.

Por el camino, aviendo el Leon aprobado la determinacion del Phenix en volverse à su Reyno, y seguir la inclinacion de su naturaleza, pues de ser inclinacion, y de ser buena, se colegia no obscuramente, que assi era la voluntad del Cielo; preguntò, que le avia parecido el mundo? Què el trato de los hombres, pa-

para los quales fue criado, y puesto debaxo sus pies? Respondiò el Phenix: Que assi el mundo como el hõbre le avian parecido en su entidad perfectos; pero que malicia los tenia transformados en mentira; que esta verdad avian comprobado sus experiencias en todo lo que avia visto, y oido, particularmente en el juizio falso, que hacian del Phenix en quanto su essencia, y propriedades, argumento tomado de la ocasion, que el mismo juizio se podia hacer en qualquiera de sus acciones, y probarse con evidente induccion. Tan mentirosos se muestran en juzgar de nosotros, como en las cosas, que nos comparan: hacen al Phenix unico, y mienten similes infinitos. Phenix (dicen) en discrecciõ, Phenix en ingenio, Phenix en hermosura, Phenix en amor, Phenix en firmeza, Phenix en desdicha: y en mas especies se divide este Phenix individuo (perversa dialectica) que entraron en el arca de Noe. Quien concertarà esta unidad numerica cõ esta division especifica? Algunos humanos nos llaman por desprecio aves hermitañas incomunicables, y ellos se precian animales sociables. Bien puede ser; mas uno de sus sabios dixo, que siempre que se acompañaba con hombres, quedaba menos hombre: y otros igualmente opinados en ciencia, y desengaño no se hartã de alabar la soledad. Dicen, que el Phenix es desdichado, porque no tiene amigos; quien es el hombre dichoso, que los ha tenido? Adonde estàn estas aves mas raras, que el mismo Phenix? No es la amistad virtud practica; objeto es del deseo; nadie la ha visto; mas vale solo que bien acõpañado; q̃ à la verdad ninguno menos solo, q̃ el solo, si es virtuoso. Porquè vivimos tanto? sino porque vivir entre muchos es morir. Aves del Sol nos acreditan los que se precian moradores de tinieblas: hombres Murcielagos, Buhos, y Lechuzas, ciegos al Sol de virtud, linces à la tiniebla del vicio: admiran que nuestra muerte renazcamos, cerca de incurrir infidelidad; pues debian saber, que de su muerte renace el justo. Suspendense, diciendo, que morimos en el fuego de olorosos aromas, cassia, myrrha, nardo, y cinnamomo; y no advierten, que para alcanzar vida de eternidad, es forzoso morir abrasados de amor, entre olores de buena conciencia, y de loable fama con los buenos. A todos criò Dios para Phenix; desprecian esta infalible verdad, y veneran nuestras apocriphas historias. Finalmente, no solo la bondad hace Phenix, sino mil veces la malicia. No es Phenix en virtud de los afeites, la muger, que en su retrete es vieja, y en la calle niña? No es Phenix la doncella, aunque en la flor de sus años, vieja, y pobre de vestidos, que llevando à su nido preciosos aromas de oro, y plata, y perlas, se renueva de plumas, y luego vuela cõ galas de colores, y joyas? No es Phenix el viejo, q̃ transforma las canas en juvenil cabello? Y quantos viven no son Phenix, alomenos en su presumpcion

de-

de larga edad, que se la prometen, no de mil, ò cien mil años, sino eterna? Y aunque ayan vivido los años, que naturaleza les puede dar, siempre les parece su muerte immatura, y sin sazon? Segun esto ellos son el Phenix, y maliciosos, ò ignorantes desprecian en lo bueno esta grandeza, en lo reprehensible dissimulan esta malicia, y en todo mienten; porque à nosotros apuntan con las lisonjas, y à si se clavan, y dan muerte con el desconocimiento.

A este tiempo venian los caballos exploradores, y los criados del Phenix, que conformes contaron el sucesso de la batalla: perdieronla los terrestres quadrupedes, y el campo, y minas quedarõ por el Aguila. Passaron adelante, y encontraron muchos soldados brutos, yà solos, yà en esquadras, que huian la muerte. Viendo à Auricrino les pareciò, que avian hallado la vida, y aun el contento fue tan excessivo, que se la pudo quitar. A todos recibia el Africano afablemente benigno. Volò la fama de su venida, ciegos de temor, y de alegria corrian adõde ella los convocaba. El campo estaba cubierto de cuerpos muertos: las voces de heridos, y cercanos à la muerte erraban los vientos, lastimabã los oìdos: aunque no comprarõ esta victoria las aves sin mucha sangre. Vn lucido, y hermoso esquadron suyo formaba opaca nube, y el Sol cerca del ocaso la guarnecia de oro. Marchaba adonde el Leon hizo alto, el qual bien ordenado esperò animoso su designio, y no lexos conocieron al Aguila Real, que en sus uñas traìa al infeliz Cercopitheco; dexole caer sobre unas rocas, y en ellas se hizo pedazos, sucediendo musica de harpados picos, que aclamaban alegres: Victoria, victoria; viva el Aguila Reyna del mundo, y armigera del soberano tonante.

Suspendierõ contodo esso el vuelo en medio destas regocijadas aclamaciones, mirando intrepido el biẽ ordenado esquadrõ de brutos, quãdo sin esperar licencia de la guardia, se calò un soldado Gavilan, uñas, y pico bañados en sangre, que encogiendo como pudo las alas, y humillando la cabeza, dixo: O gran Emperatriz del ayre, y de la tierra, no ay felicidad cumplida, ni contento sin mezcla de pesar: no es la muerte del Cercopitheco ultimo punto de el movimiento circular en la rueda de fortuna, ni clavo, que la sossiegue, aunque la retarda. El Africano Auricrino vive, sino es que su espiritu en cuerpo phantastico vivifica el de aquel lucidissimo esquadrõ de quadrupedes, que vès presente; tan grãde es su alegria, que parece aspira à resucitar los muertos, y dar salud à los heridos. Todos huyen à este sagrado de tu justicia; mira, señora, lo que ordenas; que tuyo es el mandar, y de nosotros el obedecer. Con animoso, y alegre semblante respondiò la vencedora Reyna à las palabras del Gavilan, y al silencio de los presentes: Si como mis ojos pueden immobles mirar al Sol, pudieran en este Horizonte dexarle dos horas siquiera tambien immoble, no llegara-

ra à verle otro dia Auricrino. Cansados estais soldados, y commilitones mios; mas estimo vuestras vidas que el imperio. La noche cae obscura; vivid, y descansad; que victoriosos estamos, y en possession de las minas; conviene tomar consejo mas de espacio; tenganle los terrestres de engrossar su exercito, para que nuestra victoria sea la ultima en numero, y primera en dignidad, que aya celebrado la fama. Con esto mādò tocar à recoger, ocultando en su pecho el nuevo cuidado de su antiguo enemigo prudente, y valeroso.

APOLOGO LIII.

De la prudente fortaleza.

CON general aplauso, y amor de sus vassallos, fue admitido al Reyno el Principe Africano: culpādo disculpaban su liviandad en dàr la corona al Cercopitheco, reconociendose no tanto engañados de sus astucias, como apremiados del dolor por tan grande perdida; y reprehendidos de la impiedad, si negaban obediencia à milagro tan aparente; ignorancia vulgar, y culpable; pero alegaban no en su descargo, para su consuelo si otra mayor que padecieron en aprieto igual los Persas; de los quales siete nobilissimos, conocida la tyrania de Oropastes Mago; desorejado por Cambises, y en esta deformidad comprobada su traicion, y muerte: convinieron, que saliendo la mañana siguiente delante del Palacio Real, al dueño del caballo, que saludasse al Sol antes de nacer con religioso relincho, todos tambien saludassen, y obedeciessen Rey. La primera deidad desta gente es el Sol, à quien es sagrado el caballo, y por esso se comprometieron en su voto: que el raciocinar de algunos racionales, mas es rocinar. Socorriò su Caballerizo à Dario hijo de Hydaspes, uno de los conjurados, y de sangre Real, solicito del sucesso; previniendo el dia antes una yegua en el puesto señalado, y admitida al caballo, que por la mañana reconociendo el lugar, con apetito della relinchò, y los demàs Principes simplemente fieles obedecieron al sobrenatural auspicio, y al tyrano benemerito: sospecha de mas casual indicio pudo ocasionar la eleccion destos racionales, que la suya. Bien que el magnanimo Leon, ni los acusaba, ni hacia memoria de sus passadòs errores, seguro de la intencion libre de malicia. Volvierō à los Reales los fugitivos brutos, y otras nuevas compañias inundabā la tierra, convocadas de la fama, lisonjeadas de la ambicion. No menos grādes fueron las copias, prevenciones, y maquinas belicas del exercito alado: los campos estaban à vista, las escaramuzas, las alarmas yà falsas, yà verdaderas eran sin intermission.

Ronco estruēdo de militares trōpas alterò el campo quadrupede, al tiempo que los clarines paxarillos el ayre haciendo salva à la Aurora: y guiando ciegos oìdos à ojos sordos, apenas podian determinar el origen de tanto ruido. Pero, advirtiendo

do con solicitud mas atenta, vieron rompet los ayres cien Moscones trõpetas, à quien seguia un buen ordenado acompañamiento, denso esquadrõ de soldados Mosquitos, y todas especies de insectos volantes, abejas, abispas, moscas, mosquitos, tabanos, cigarras. En medio un hermoso carro compuesto de verdes hojas, que tiraban seis zangaños frisones, y en la descubierta popa sobre excelso throno, un mosquito zãcudo, valeroso quanto soberbio, señor del aereo espacio, diò grave passeo con enfadoso zumbido al cãpo inferior, que suspenso del estrepito encantado, por no hallar instrumento capaz à producirle en cuerpos tan pequeños, esperaba el fin de tan presumptuosa vanidad: parò el cochero moscon la verde carroza à vista de Auricrino; y haciendo señal de silencio à los trompetas, hablò assi el severo mosquito desde su alto assiento, oyendolo tambien la Emperatriz de los ayres, y lo mas lucido de su exercito, que à vèr este valiente desafio avia concurrido:

Superbissima, bien que terrestre caterva de la quadrupeante progenie; vanissimo Principe Africano, q̃ locà soberbia os engaña, para despeñaros al profundo de desdichas? si la sacrilega soberbia de los Gigantes escandalosa os instiga, exemplar os escarmiente, fulminados por Jupiter nuestro protector. Lisonjeais vuestras vanas esperanzas con mas benigno sucesso, y menos adequado castigo? Grande error! ignorancia grande! que importa (ò arrogante Auricrino) seas valiẽte, honor de la Numidia, y de toda Africa, q̃ afectes eternidad de tu nombre con valerosas hazañas dignas de laminas de bronze, y letras de oro al pie de immortales estatuas? (doite quanto presumes) què importa que peregrines ignotos mares, y extrañas tierras, venciendo en cada victoria las armas del olvido, y de la envidia? si el mas alto termino, que puede tocar tu fama, es lo supremo de lo infimo, y esto nunca puede igualar, tocar si inferior à lo infimo de lo supremo? Pregunta à los Philosophos esta verdad, si la dificultas. Cuento cosas apocriphas, ò vanos sueños? por ventura nuestra avilina generacion no es suprema entre las humanas? la vuestra (terrestres) no es infima? Pues porque se desconoce? Porquè se ensobe bece? Porquè se destruye? Yà fuera culpable en la Reyna mi señora la clemencia, si la usara generalmente con vosotros: algun castigo se ha de dàr, piadoso cõforme à su real cõdiciõ. A mi me mãda sea el executor, quitandote (Africano) la vida, à todos perdona, à todos castiga. Haciendo justicia ula misericordia: y aunque como à delinquente pudiera ponerte en prissiones, y en publico cadahalso, cortandote la traidora cabeza, mostrarte al mundo exemplo de su rectitud, me permite el ave Jupiter, cuerpo à cuerpo salga contigo à desafio, para que entiendas, que razon, justicia, y armas estàn de su parte. Ademàs, que agravios proprios oy pretendo castigar con tu muerte. Yo soi aquel

Ca-

Caballero, yo Zuzifmurro, aquel Principe errante, à quien vilmente injuriaste con femeniles oprobrios, quando reposabas la siesta junto à la fuente de la Palma; porque engañando esperanzas, y cuidados, al son de mi clarin interrumpi tu sueño, no teniendo obligacion por ley alguna à perder el mio por tu gusto.

Pudiera (dandome licencia la Emperatriz mi señora, estandose pacifica en su Corte, ò en la del soberano Jupiter, gozando sus favores) empuñar el baston, y solo con un exercito de la estirpe mosquina, y de la insecta venceros, y castigaros: mas nuestra piedad no se dexa vencer de vuestras ceguedades; nuestra modestia de vuestras avilentezas. Excusar querèmos tanto derramamiento de sangre; y por esso (ò Leõ bizarro) un Mosquito te desafia; que si la corporal pequeñez desprecias, estimaràs à tu pesar el animo del corazon grande enseñado à pelear con Martes Castellanos, y hermosuras ingeniosas de la Imperial Toledo, en cuyo noble alcazar un algive me diò alas para quitarselas à la fama de tus hechos, y dilatada yà, y mentida por todo el mundo

No pudo disimular el magnanimo la risa, y en el quadrupede auditorio; las carcajadas fueron tantas, que passò à ser aplauso la indignacion; herian una palma con otra, celebrando el reto gallardo, y burla festiva de la ridicula bestezuela; porque la juzgaron algun truhan mosquito, que bufonizaba valẽtias con increible disparidad del cuerpo gracioso en lo pequeño, y las palabras mas confiadas, y soberbias, q̃ pudo decir Don Diego Ordoñez de Lara en el reto de Zamora. Alabò Auricrino su entretenido donaire, diciendo baxasse de la carroza, q̃ gustaria tenerle en su servicio, y hacerle merced. Con este à su parecer desprecio colerico, y furioso le retò de cobarde, y villano, señalando testigos del miedo por quien rehusaba el desafio à Cielo, y tierra, y à quantos le oìan, que yà no despreciaban bufon sino loco, y por si la pena le hacia cuerdo, Pardalin quiso ò curar su locura, ò castigar su temeridad. Mas al Africano renovò la risa el enojo de Pardalin, y le aconsejaba despreciasse cuerdamente lo q̃ carecia de precio, y de valor; pues en conseguir su intẽto ninguna cosa ganaba, y en qualquier desaire por minimo q̃ fuesse, iba à perder. Templòse el Mauritano, y respondiò, q̃ no vengar agravios, sino entretener el tiempo pretendia con el gracioso animalejo. Mas fuesse oculto rencor, ò recreaciõ gustosa, el sucesso rigorosamente le desengañò, que no ay enemigo pequeño, y q̃ el odio à los mosquitos transforma en jayanes crueles, y temerarios.

Con desdeñosa soberbia admitiò este partido el volante zancudo por dàr alguna satisfaccion de su ruin persona, que tanto despreciaban los brutos terrestres, alentando su menos hontoso duelo, con que vencido el escudero, saldria à la demanda su señor, en quien esperaba plenamente satisfacer el enojo,

con

con venganza de sus injurias. Algo vergonzoso saliò Pardalin à la palestra, por emplear sus fuerzas, destreza, y valor, en contrario de tan poca resistencia, que para ser herido era sobra, y para desvelar furia terrible. Obscura se le representò esta verdad, quanto despues clara le cōvenciò su deslumbramiento; y miētras entre colera, y risa aguzaba los dientes, y dudaba desnudar las uñas, dexò su carro, q̃ ya le previno triūphal el Mosquito caballero; y zūbādo con discorde musica amenazas, enristrò la punta aguda de su penetrante lanza, y acometiendo à las orejas le diò una subtil herida, con tal presteza, que quando Pardalin sacudiò furioso la cabeza, y guedejas, ya el Mosquito le avia dado otro bote de lanza en los labios. Acudiò à socorrerse con las manos, y en ellas le diò otra herida. Quisole despedazar entre los dientes, y mordiendose sus mismas garras le sintiò en las espaldas: tiròle un golpe de cola, mas el ligero Zuzismurro mordiendole lo inferior de su nacimiēto, le obligò esconderla; y acudiendo à la cabeza, ojos, y orejas, jugò mil veces de punta, con tal presteza, que impaciente el valiente Leon daba saltos, abria la voca, sacaba las uñas, embestia vanamēte al aire; todo lo qual molestamente divertia al Africano, y los demàs; unos lo tenia por entretenimiento, y risa; otros se encolerizaban; porque assi burlasse aquel imperceptible animalejo à un Caballero de los mas esforzados de la tierra. Muchas horas avian peleado, y el furor no cessaba del fiero combate. El Mosquito volaba, acometia, y se retiraba à tiempo con mucha destreza, soberbio, y señor del campo. El Mauritano furioso contra si esgrimia sus armas, de modo, que por ofender en mucho, aquien en poco ofenderle podia, dandose crueles golpes, era enemigo de si mismo.

Yà Phebo queria dar el primer passo en los umbrales antipodas, quādo el generoso animal corrido, y falto de aliento, rebentando volcanes de ira por los ojos contra el libre, y desvergonzado soldadillo que à herirlos embestia, sacando del corazon los ultimos conatos, saltò en el aire, y no le siēdo possible darle alcance, midiò el suelo cō tal golpe, que en buen espacio no le permitiò el cansancio levantarse. Entonces el valiente Zuzismurro tocò su trompa belica, y respondierō alegres las de su esquadron, aclamando victoria, victoria, viva el mosco vēcedor de soberbios Leones, viva, venza, y triumphe muchos años. Ocupò luego la magestuosa silla de su carro, y triumphādo cō solemne aplauso, diò un tardo, y grave passeo al rededor del vencido Pardalin: y convirtiēdose al Principe Africano, de nuevo le retò para el dia siguiēte. No aguardò respuesta, ni palabras algunas podian emendar tanto error; ò siquiera tibiamente excusar tanta perdida de reputacion, si las obras no respondian cō una exemplar venganza: y aun esta era impossible, pues dado que borrara del

ayre

ayre la mosquina volateria, quedaba en la memoria de todos viva la passada afrenta. Finalmente los quadrupedes se hallaban tristes, y pensativos, sin que aun los mas valerosos pudiessen disimular el cuidado: porque si un Mosquito vencia à un Leon, quien podia prometerse victoria?

Vna confusa avenida de cuidados, como de Mosquitos, molestaba al Africano Rey, no de algun terror nacida, ò fomentada, que las contrarias fuerzas le huviessen infundido, sino de vèr la mayor parte de su exercito enflaquecido con este inopinado sucesso. Dissimulò magnanimo: y bien fue menester todo su valor, y prudencia, principalmente quando la alada soldadesca començò à cantar la gala al vencedor Pigmeo, y celebrar en prophecia la victoria. No huvo instrumento en sus reales, ni paxaro, que no se hiciesse pedazos, y lenguas en esta triumphal aclamacion. Entretanto el Mosquito con mucha razon vano (si vanidad, y razon se pueden unir) retirandose del terrestre campo, no lexos con todo su tercio se assentò à descansar de tanto trabajo en unas altas, y frondosas hayas. Aqui (por un orden que diò Auricrino, provido, y perito en la militar disciplina, y en el conocimiento de los puestos, sus ventajas, y comodidades.) Aqui mientras durò el desafio; mandò acudir cincuenta mil Arañas, las mas prestas, y laboriosas, que en el araneo quartel se hallaban, y texer con toda brevedad redes, y lazos. Executòse el orden felizmente de tal manera, que no dexaron arbol que no enredassen dos leguas en circuito, con redes tan ocultas, fuertes, y subtiles, que era impossible assentar soldado Mosquito el pie en rama, que no fuesse assentarle en la muerte. En esta celada (ò misero, y eternamente lacrimable exemplo de fortuna!) cayò incauto el Mosquito vencedor con los suyos, adonde fueron todos pressos; unos por las cabezas como galeotes, otros por los pies con grillos: estos con esposas, aquellos con cadenas el cuerpo; y assi captivos los llevaron ante el invencible Auricrino, y el vencido Pardalin. Viendose el desdichado vencedor Zuzismurro en este infimo abatimiento de la inconstante fortuna, tan lexos estuvo de obscurecer con flaqueza de animo la gloria de su fama, que acrecẽtando alientos destas inculpables menguas, y difundiendo envidias, y temores, hablò audazmente al Principe Africano.

En manos destos viles excrementos de naturaleza (ò indigno General de los terrestres) y entre sus pies sucios estoi traidoramente presso: por mi con verdad, el Poeta previendo esta prision de tan asquerosos enemigos:

Es fortuna quidem merda merdosior omni,
Et tamen à multis, tu Zucharus esse videris.

El segundo verso es el alnivar à los alcorzados mancebos, Narcisos de su hermosura, y valentia, que para gran-

grandes corazones son grandes adversidades. Ha fortuna, fortunilla, que mal puedes conseguir, y conservar las ficciones de tu soñada deidad; pues tan infames son! Diosa muchos te adoran, ellos ciegos, à ti ciega: esta hazaña tuya lo publica, y callen las demàs. Quisiste abatirme al profundo de tu infelicidad, arrojandome à estas redes asquerosas, y emponzoñadas, y has me levantado à lo supremo de la immortalidad. El animo invẽcible libre vive, y vivirà en mi à vuestro pesar. Muera el cuerpo (que importa?) à quien el Cielo, no vosotros, sujetò à tales, y mayores infortunios. Esta serà tu gloria Auricrino; este el tropheo, que levãtas eterno à tu fama, vencer por engaños à quien por armas venciò al mas valiente Caballero de tu exercito, y à ti mañana venciera, y aun aora te vencerà, si le permites libertad: y juro por el tonante Jupiter nuestro protector, de mantenerte campo, sin retroceder cobarde hasta que confiesses mi verdad, y tu injusticia. Pero que necessidad tengo de dàr al mundo satisfacciõ? Ignorase por ventura, que si los dos salimos à singular duelo, has de quedar torpemente vencido? Ea, que ni la fama puede ya darme mayor gloria ni la deseo; antes que mis enemigos triumpharè de mi vida; para que en esta ultima valerosa demonstracion, ni el valor de Annibal, ni la prudencia de Caton, ni la honrosa fortaleza de Cleopatra me arguyan en los Annales del tiempo ventajas. Diciendo esto, hizo la fuerza possible en sacar los brazos de las prissiones para quitarse la vida. Detuvieronle los circunstantes Arañas; y Pardalin mandando, que le desatassen, le tomò en sus manos, y con magnanimo desprecio le diò al viẽto, y dixo: Vive, para que el mundo vea en las victorias, que de ti, y de otros pienso alcanzar, que si me venciste una vez, fue voluntad mia dexarme cegar de la passion, rindiendote las armas del libre albedrio, cuya resistencia està en mis manos hacerla invencible. El fatal Mosquito maldiciendo su fortuna en compañia de los suyos, que tambien gozaron libertad, à caxas sordas, y funebres trompetas, se escondiò entre los crepusculos del ayre.

Con tanta verguenza quedò Pardalin, q̃ los ojos de quantos le miraban le sacaban mas sangre à la cara, que las lanzadas de su enemigo; cuyo miserable sucesso, algo le cõsolò, q̃ siendo vencido de unas viles bestezuelas, no valor, ni fuerzas, sino altos decretos le definierõ victoria. Quiso el Principe Africano cõsolarle culpando con blandura su inconsideracion, y luego mas severamente su flaqueza. Tales enemigos (decia oyendole su exercito) con desprecio cuidadoso se han de vencer; porque la estimacion suele ocasionar atrevimientos, y el descuido ruinas:

Quid prodest muscas operosis pellere flabris?
Negligere est satius, perdere quod nequeas.

Los mas pequeños son grandes para

ra enemigos, aun de los mas poderosos, que si falta poder, astucias, y engaños suelen ministrar armas, y daños irreparables. Si descubrimos à luz mas clara lo interior de este caso exemplar, mosquitos son todos los deleites de la vida, los deleites ilicitos. De quantos Capitanes con nombre heroico eterniza la fama el valor invencible, que debelò numerosos exercitos? Escalò en primer lugar muros inaccessibles? Vēciò en singular batalla los mas valientes de sus tiempos? Oprimiò el mar soberbio, y sus mudanzas? Triumphò por las calles de Roma con honor casi divino, llevādo atados à su magestuoso carro nobles despojos, Reyes, y Emperadores, y ceñida su frente con iteradas coronas de oro, grama, laurel, enzina, y arrayan, han sido afrentosamente vencidos de un vil deleite, quitādoles estas coronas, y arrojādolas à los pies del apetito ciego, à q̄ se rindieron? Todos son Leones valientes, y temidos, que vencen exercitos, sujetan fieras indomitas, y son vencidos de un mosquito, perdiendo à sus manos la fama con el valor. Y para mas firme testimonio de su flaqueza, y confusion del entendimiento, à estos mosquitos victoriosos rindē, y caza avecillas, que levantandose sobre el ayre de la tierra, y de sus afectos, se ocupan en obras mas altas con loable simplicidad; despreciando estruendo de armas corporales, y bel:cos estratagemas; porque ningunos tan eficaces, y poderosos, como los del espiritu contrito, y humillado, ò son vencidos de otros viles animalejos sus semejantes, como lo fue el mosquito de las arañas; que cōtra una passion es fuerte enemigo otra passion, contra un deleite otro deleite, contra un amor otro amor.

Successore novo vincitur omnis amor.

Con estas razones consolaba el prudente Leon à su amigo, que la experiencia cada dia nos persuade, y tal vez miserablemente tocamos con las manos, y caemos de ojos en ellas. Quiera Dios sea el fruto desengaño, y escarmiento.

Mosquito es la flaca muger respecto del varon fuerte, Leon valiēte; en armas famoso, en sabiduria, ò en virtud: y con todo esso no ay enemigo, que assi rinda, y haga esclavo su varonil animo. No quiero valerme de profanos exemplos; pues tantos tenemos en las sagradas letras, quanto mas veridicos mas eficaces. Fortissimo era Sanson, assombro de Philisteos; mirale rendido à los ojos de Dalila, cuyos engaños amorosos assi debilitaron sus fuerzas, que cortados los cabellos, alcazar adonde residian, ignominiosamente fue entregado sin resistencia à sus enemigos. Venciò un Leō, y no pudo vencer al amor. Rompiò las prissiones de sus contrarios, no las de sus apetitos, y deseos: puso fuego à las agenas miesses, y dexò abrasar las de su virtud con el fuego amoroso de una muger. Santissimo era David, y escogido de Dios para el gobierno de su pueblo: à Leones, y Ossos quitò la pressa, y diò muer-

Gg te,

te, y en campal desafio à Goliat Gigante horrendo, terror de un exercito, y de un poderoso Reyno; mirale en brazos de Bersabeth, y firmando la sentencia contra el leal Urias. Sapientissimo era Salomon sobre toda la humana sabiduria, zeloso de la honra de Dios; pues le erigiò templo, maravilla primera entre quantas lo son del mundo: mirale con mugeres idolatras, sacrilego al Divino Precepto, adorar Dioses falsos, y consagrarles templos. Mugeres alcanzaron estas horribles victorias, Mosquitos triumpharon destos Leones: y no solo amor deshonesto diò armas à la muger para semejantes batallas; honesto fue el amor de Adàn, y con èl le persuadiò Eva comer el vedado fruto; perdiò, y perdimos la mas ilustre corona, que honrò humanas sienes, en cuya restauracion fue conveniente, que el Verbo Divino ensalzasse nuestra naturaleza, tomandola en su eterno Supuesto, para satisfacer condignamente, y dàrnos exemplo para no errar el camino de la vida. Y aunque la muger no hiciera guerra con armas amorosas, por si misma es formidable; diganlo las lagrimas de la piedra enternecida fundamental de la Iglesia, Pedro, junto al fuego temblando à la voz de una mozuela. Con estos exemplos nos advierte un curioso el riesgo, y persuade el recato, en este distico:

Adàm, Samsonem, Petrum, David, Salomonem
Decepit mulier: quis modò tutus erit?

Ponderando yo en cierta ocasion este peligro, y previniendo el remedio à tentaciones desordenadas, contrapuse à Joseph fugitivo, y vencedor, tres de los referidos, que incautos cayeron, y dixe assi:

Sanson, David, Salomon
Esperando, pierden gloria:
Rendidos à su passion;
Joseph alcanza victoria
Huyendo de la ocasion.
Quien pretende resistir
No se atreva acometer;
Que acometer es morir;
Y solo sabe vencer
El que solo sabe huìr.
Huye, huye la ocasion,
Que no seràs en la lid
Mas sabio que Salomon;
Ni mas santo que David,
Ni mas fuerte que Sanson.

Este es el mas eficaz remedio, el ardid mas ingenioso, y la faccion de mayor valentia, supuesto en primer lugar el auxilio de la Divina gracia: porque en tales batallas el huir es vencer, el esperar cobarde temeridad. Si Joseph confiara en sus fuerzas, como dexò la capa en manos de su enamorada enemiga, dexàra tambien la preciosa joya de su castidad. O mugeres, flacos Mosquitos; pero bastantes à quitar el sueño corporal, y sepultar en el espiritual sueño de la muerte!

* * *

APOLOGO LIIII.

Que el fin de la guerra, y de los trabajos virtuosos es la paz, y descanso.

ARdiendo en iracundos afectos de venganza quedaron los dos enemigos exercitos por el desafio passado: el quadrupede con deseo de satisfacerse de la burla recibida: el volatil del cobarde estratagema, que usaron las arañas. Aplazòse la batalla para el siguienre dia, y al amanecer ordenaron sus hazes. Era tan grande el numero de gentes, que ocupaban toda la longitud de los Pyrineos, y de un mar à otro. Llevaba la vanguardia Pardalin con el quartel de los Elefantes, Caballos, Vnicornios, y Javalies. De la retaguardia era cabeza el Lebrel, con diez mil valientes perros de diferẽtes castas, y un buen numero de Tigres, Espinas, Alces, Camellos, Raposas, Gatos, y Toros Xarameños. En el cuerpo de la batalla iba el Principe Auricrino, con guarda de quinientos Leones, que de Africa, y Albania le avian venido socorro; muchos Busalos, Cynocephalos, Ossos, Cervicabras, Lobos, Asnos silvestres, y Rhinocerontes. Quedaron de respeto algunas tropas de Caballeros, Dragones, Cocodrilos: y un tercio horrible de Hydras, Hyenas, Esphynges, Ichneumones, Orynges, Satyros, y Onocentauros, sin otros innumerables quadrupedes, que en compañias iban repartidos por el exercito. Los animales menores, Lagartos, Culebras, Hormigas, Erizos, Langostas, Ratones, y Arañas cubrian los riscos, y los arboles, de tal modo, que les era impossible à las aves buscar en ellos descanso sin caer en sus redes, ò hallarse acometidos de tanta copia de enemigos, que con la muchedumbre venciessen sus fuerzas. Las celadas, lazos, y ligas eran en tan crecido numero, como los que la infernal caterva oculta à los humanos para hacerlos prisioneros de sus hondos calabozos.

No menos fuerte, y gallardo se ordenò el exercito volante: regia la vanguardia un Nebli valeroso cõ un tercio de parientes, y amigos, Aletos, Bahaties, Picazas, Cuervos, y Milanos. La retaguardia un prudente, robusto, y bien afortunado Girifalte, con veinte mil de su especie, y un buen golpe de Azores, Bornies, Cigueñas, Pelicanos, y Gavilanes. En el cuerpo de la batalla iba la Reyna del ayre con cinquenta mil Aguilas, y Aguiluchos, dos compañias de Gryphos, en que consistia la mayor fortaleza de su exercito, Buhos, Buytres, Papagayos, Grullas, Garzas, y Sacres. Quedaban dos esquadrones de resguardo; uno de infanteria, Gallos, Gansos, Pavones, Cisnes, y Abestruzes; otro espantoso de Quebrantahuessos. Las vandas de Moscas, Mosquitos, Moscones, Tavanos, Abejas, Abispas, y otros animalejos, para impedir, y molestar eran muchas; y no pocas las de avecillas menores,

como Grajos, Tordos, Gorriones, Vencejos, para desordenar, y cãsar. Assi ordenados los exercitos, hablò al suyo desde un alto peñasco el magnanimo Auricrino, desta manera: ¶ El Mediterraneo à la diestra, à la siniestra el Occeano, à las espaldas el Reyno de España, à quien ciñen estos dos mares, por frente, y sobre nuestras cabezas un exercito innumerable de aves enemigas, en quien podremos poner las esperanzas de libertad, reputacion, vida, sino en nuestras armas, y valor? Rendiremos las indomitas cervices al yugo de unas flacas hembras, porque naturaleza las mejorò de puesto, fortaleciendolas en torres de viento? A fuera toda arrogancia: juro al soberano Marte, que si con igualdad se partiera el campo, yo solo le hiciera con quantas Aguilas temerarias, y soberbias oy aqui se han juntado. A los domadores del mundo, al terror de los humanos, quien pudieran à treverse, sino una loca, y ciega temeridad? No hemos aqui concurrido (inclytos soldados) à pelear por el imperio del mundo, q̃ cada uno en su patria era bastante à defenderle; à castigar si de una vez sus presumpciones, aunque vacile nuestra reputacion en hacer caso de cosas de ayre. No se me esconde, que la fortuna es mudable, y que à la prosperidad humillan trances adversos, porque no se desconozcamos quando esse aya sido el intento del Cielo en estas guerras, bien por ellas debemos humillarnos, y reconocer nuestra fragilidad, y à quan leves accidentes esta mos sujetos; pues las aves se nos han atrevido; las aves vulgo altivo, canalla leve, gente sin peso, y sin estabilidad. Podreis (jayanes indomitos) vivir siendo vencidos? y podrè yo tolerar sin perder mil vidas que tuviera, y toda la Africana, y Albana generacion, que el Español Monarcha, sabidor de nuestra afrẽta, que por todo el Orbe en los Reynos, que ciñen su circunferencia grava nuestras efigies, armas insignes, y significadoras de su invencible grandeza, nos borre ignominiosamente? No lo permitan los hados: no lo cõsienta vuestro furor. Dicho esto oprimiò la espalda de un valiente Elefante, y mandò hacer señal de acometer. Entretanto el Aguila Reyna, que sobre un Gigante Grypho se mostraba alegre, y gallarda, hablò à los suyos magestuosamente.

Las aves del Cielo, generacion heroica, symbolo de entendimientos superiores no necessitan de persuasivos discursos para la conservacion de su estado, y reputacion. Un simple mirar suyo penetra mas que todos los linces desvelos. Los terrestres (parientes, y amigos mios) la reptil, y obscena ralea de los brutos, las bestias idolatras de sus vientres, y tan pronas à la tierra, que se sustentan en ella con quatro pies, de donde son de nosotros llamadas por ignominia quadrupedes: y que à veces no puedẽ sustẽtar sus pesados cuerpos, y los dexan caer como piedras informes à su centro; estos con

so-

ſoberbio deſvanecimiento nos han negado obediēcia, eximido de nueſtra juriſdiccion, y apellidado libertad. A tanto llega ſu deſverguenza, y rebeldia, que conſpiran locamente contra nueſtra corona. Si ſu deſatino ſe terminara en cobardes palabras, exemplo teniamos iluſtre en la magnanimidad de la hermoſa Diana ſerena, y deſentendida à vanos, y blasfemos ladridos de Egypcios canes:

Fruſtra agitur vox irrita ventis,
Et peragit curſus ſurda Diana ſuos.

No eſtos vanos impetus admiten diſparidad alguna, comparados à los que oy infamamente nos provocan; fueran tolerables, mas la exorbitancia de ſus obras clama ſi deſprecio à nueſtra grandeza, caſtigo a nueſtra juſticia: executeſe oy para eterno exemplo, y eſcarmiento. Su reſiſtencia no la eſtimeis valor, recatad la deſeſperacion. Los miſmos ſon que aveis vencido, que poco antes eſparcidos de el miedo, y eſcondidos en cuevas la fama de quatro Leones ha ſacado à luz, reſueltos de morir à nueſtras manos, por no morir de hambre. Voſotros bien aveis viſto lo que teniades ſabido, en el deſafio del valiente Moſquito, y cobarde Leon, que eſtos nuevos ſocorros ſon trazas de fortuna para que à un tiempo les venga la confuſion, el deſengaño, y la muerte. Ay alguno de los humanos, que de nos haga mencion, ſin reconoceros Reynas, y Emperatrices del Orbe? Suya es eſta cauſa, y ſino ſalen à la demanda, es por la ſatisfaccion de nueſtro valor, con que ſe acreditan, y nos honran en ſus imperiales inſignias. Acometed, pues, valeroſamente, extinguid de una vez tantos diſguſtos con ſus vidas. Retraidos los tenemos en el ultimo rincon del mundo, Eſpaña, adonde es impoſsible ſuſtentarſe: y pues un muro inacceſsible de vencedoras armas les corta el paſſo à Francia, forzoſo es morir à nueſtras manos, ò ſepultarſe en el mar por no venir à ellas, ſi algun valor les quedare, para excuſar que nueſtro triumpho ſea menos glorioſo.

Dicho eſto acometen furioſamente los eſquadrones, inſtrumentos militares, y animoſos alaridos rompen los vientos en Marcial confuſion. Eſtaban de guarniciones terreſtres Simios, y Cynocephalos, ocupados arboles, y riſcos, deſde los quales arrojaban redes, y lazos à las eſquadras volantes, y las hacian priſsioneras, ò daban muerte. Tantas nubes, y tan denſas de paxaros valientes cubrian los ayres, que impedida la luz del Sol, borraſca eſtupenda parecia, que apedreando ſobre los brutos terreſtres, ſus picos eran balas, ò rayos, que penetraban pieles, y corazones. Temblaron los montes, bramaron los mares: todo era dolor, rabia, deſeſperacion, muerte. Dos legiones de cuervos, ò demonios arremetieron à caballos, y toros, que à coſta de ſus vidas ſacaron à muchos los ojos, y dexaron en funeſtas ſombras.

sombras. Estos ciegos unos contra otros acometian peleando en favor de sus enemigos. Los Gryphos levantaban en sus uñas Camellos, Ossos, Elefantes, y desde las nubes dexaban caer sobre los mas densos esquadrones; aquellos quedabã muertos, estos desfornados, y no vivos. A tan buenos principios de las aves se opuso un tercio de Camaleones Gigantes, los quales con la oculta qualidad de sus entrañas embistiendo à los Halcones, como crueles imanes atraìan sus corazones azerados, y engañaban à los quadrupedes, que con dientes, y uñas despedazaban. Gravissimo fue el daño, que los Espines hacian, sacudiendo rociadas de dardos, tan ligeros, y penetrantes, que alcanzaban los mas veloces Neblies. La Emperatriz del ayre viendo dudosa la victoria, por animar à los suyos, y desmayar à los contrarios moviò su esquadron contra el de Auricrino. Cerraron feroces, y caìan muchos soldados, y Capitanes de ambas partes. Mas el Aguila picando à su Grypho, acometiò al Africano, que en su Elefante la provocaba à singular batalla. Rayo pareciò el Aguila, diamante impenetrable Auricrino. El Grypho clavò uñas, y pico en la Elefantina cabeza, y revolviendo el robusto docil su irreparable trompa le tendiò en el suelo. En tanto que los dos combatian, los Reyes se tiraban fieros golpes: volaban las reales plumas de la Aguila, enredadas con las generosas guedejas del bravo Leon, à tiempo que las gentes de uno, y otro exercito acudieron à socorrer sus Principes. Fuèles forzoso dividirse impacientes contra los suyos; porque impidieron el progresso de aquel combate. Enciendese de nuevo la pelea, corren arroyos de sangre; todos pelean por vencer, ò morir, y todos por el imperio del mundo.

Ocho horas sin cessar avian peleado, y la victoria no se declaraba: cansados se hallaban los soldados, y tãto los del volante exercito, que ya no podian batir las alas, ni acometer sin primero descansar. Retirandose perdian reputacion, y animabã à sus enemigos: no pudierõ otro hacer, que assentarse en aquellos arboles, y riscos; pero no bien lo hicieron, quando la mayor parte quedò pressa en redes, lazos, y ligas, ò assaltadas improvisamente de muchas enemigas celadas. Entretanto los Quebrantahuessos, gente feroz, acometiò à los quadrupedes, y apenas los dexò huesso sano; mas saliò contra ellos el tercio espantable de Hydras, Esphynges, Onocentauros, y Satyros, que los desordenaron, y rõpieron. Sonaron festivos instrumẽtos de los terrestres, y aclamaron alegres, victoria, victoria. Las aves sin orden huìan à mas volar por no caer en manos de sus enemigos; muchos millones quedaron pressas, y muertas: el despojo fuè riquissimo; saquearon los reales, y el cãpo quedò sereno, à tiempo que el Sol por no vèr tan miserable mortandad se escondia en los profundos palacios del Occeano. El Aguila no le-

lexos se apoderò de unos espaciosos riscos, passando à pico la guarnicion, adonde se favorecian los de su exercito: alivio pequeño del mas lamentable fracaso, que vieron los tiempos. Passaron todos la noche con recato, y vigilancia, las aves tristes, los quadrupedes con regozijos, y luminarias.

Otro dia al salir el Sol, saliò tambien compitiendo con su luz el Phenix, acompañado de su Oriental esquadra. Quadrupedes, y aves todos admiraron la hermosura digna de imperio. Dirigiò el vuelo à los montes, en que se avia hecho fuerte el Aguila, que reconociendo con natural reverencia su grandeza, y los Grandes que estaban en su compañia, la veneracion deidad superior, ò porque assi lo entendian; ò lo que es mas cierto, porque la religion en este humilde reconocimiento acreditasse su obediencia, y no diminuyesse la propria magestad. Aviendose afablemente saludado, el Phenix propuso al ave de Jupiter la causa de su venida, y persuadiò la siguiesse, para verse con el vencedor Auricrino; que por serlo, y ser tan urgente la necessidad de los negocios que se avian de resolver, no hizo contradiccion la retirada Reyna, ni los soberbios Halcones, si ya no humildes, desengañados. Todos, pues, rompieron los ayres, y llegando al real de los quadrupedes, con señas de paz pidieron audiencia. Adelantòse el Phenix, y dando sus brazos al Africano, fue dèl con grandes afectos de contento, y cortesia recibido. Dixole quanto importaba hablarle en presencia del Aguila, y de todos los Principes de uno, y otro exercito. Auricrino lo tuvo por bien. Recibiò à la Reyna vencida, pero no sujeta, afablemente grave, magestuosamente benigno. Y todos atentos, el Phenix desde un alto pino, cuyo tronco era throno, cuya copa dosel, arrebatando ojos, y corazones de quantos le mirabã, obligados à silencio; tanto por el nuevo conocimiẽto de la ave unica de Arabia, hija de si misma, quanto de la grandeza de negocios, que aquellas gravissimas vistas prometian: dixo assi el mysterioso paxaro del Sol.

Quan poderosas sean las proprias passiones, y el proprio interès (ò nobles quadrupedes, y generosas aves) quan eficazes sus impetus para mover los animos con pretexto del bien comun, retrayendo de lo honesto, impeliendo à lo util; estas sangrintas guerras con evidencia lo de muestran. Obscurece la venganza à la prudencia; el error domina; la verdad se esconde; la aparencia de razon se defiende, y su luz se huye: no eran menester nuevas desdichas, para persuadir la paz à los que la aborecen, y à los que la desean; mas la victoria presente (perdonad Principe Africano) à vos, y, à los vuestros harà inexorables, como menos atentos à la instabilidad de fortuna, quando parece, que con mas firme, y halagueño rostro lisonjea, y à la noble Aguila, y à sus es-

quadrones, aunque descompuestos este fortunoso desman, ni deprime, ni desespera; antes bien, como yo de mi muerte, y cenizas renazco mas hermoso, y fuerte; ellas fiadas en su valor, en sus castillos, y justicia se prometen eternidad, restaurando la reputacion perdida, y renaciendo de los cadaveres, cuya ardiente luz de fama enciende sus invencibles corazones. No quiero que os acordeis (ò viviente sensibles) de los trabajos passados en estas guerras; no de los presentes, y futuros, para que ameis el fin de la paz que deseo, y à todos importa: mayores desdichas no imaginadas, ò por defecto de consideracion despreciadas os esperan, y amenazan: peste de la universal redondez, funesta ruina de aves, de quadrupedes, de hombres; y lo que mas es (tiemblo en decillo) de la justicia, innocencia, y verdad. El Regulo, el tyrano Basilisco, el enemigo comun, el malicioso dissipador de verdadera Religion, y Bondad, monstruo sin fè, à toda piedad contrario, el que feroz con su horrido mirar arroja venenosos rayos, inficiona los cuerpos, corrompe la sangre, arranca las vidas, atento à vuestras acciones, y esperando el sucesso del passado rompimiento, no cuidadoso, que los unos, ò los otros sean vencedores; viendo yà flacas las fuerzas; y botas las armas, viene marchando en vuestra demanda, resuelto de apoderarse de todo, y acabar de una vez con aves, y quadrupedes: Horror causa el nombre solo de sus infernales soldados. Talando vienen, y abrasando no menos con su nieve, que con su fuego los campos, rompiendo las piedras, apestando los vientos. El barbaro exercito componen abominables esquadras de Basiliscos, Vivoras, Cerastes, Salamandras, Escorpiones, Amphisibenas, Rubetas, Cencros, Escolopendras, Dypsas, Hydros, y Aspides Celidonias, gente toda mortifera, y villana, sin fè, y sin ley. Su razon es las armas, su justicia el veneno. Oìstes alguna vez ponderar la fiereza de los mortales esquadrones de vicios, y pecados, que acometen à los hombres, Soberbia, Ira, Gula, Luxuria, Pereza, Envidia, y Avaricia; que ya con astutos ardides, y estratagemas; ya con desnudas armas los vencen, y arruinan; sino resisten valerosamente con divinas armas de virtud, y gracia? Tan fieros se ostentan estos crueles enemigos, no menos encarnizados con los cuerpos, que aquellos terribles con las almas. Vuestros descuidos, y mala razon de estado por una parte, y por otra las perfidas astucias del serpentino Imperio, me representan lo que passa en las Monarchias del Orbe; los Principes gloriosos de verdadera Religion por sus particulares conveniencias, y razones, gastan los thesoros, cōsumē las fuerzas; y el comun enemigo Othomano, que no duerme, falso en la palabra como en la ley, viendo la ocasion, no la dexa huir; y adonde assiēta el pie, con sus venenosas armas lo es-

esteriliza de modo, que aun esperanza no dexa, que en algun tiempo ha de brotar, y florecer. Acabanse aqui los males? No por cierto. Un copioso, y bien ordenado esquadron de Phocas traidoras, y fementidas, marcha tambien contra los vencedores, y vencidos jurando que han de coronar dos veces à su general, Emperador de aves, y quadrupedes. Ea, pues, (ò nobilissimas dos generaciones) desechad con prudencia, y valor essas internas enemigas passiones que os ciegan, y enfurecen contra vosotros mismos. Capitulense paces perpetuas, liguense las armas, viva la razon, muera la perfidia. Las palabras, de que formais quexas, viento son, y viento las lleva: bien se han purificado sus manchas con tanta sangre vertida. Las minas de oro, y plata, segundo motivo de romper la guerra, quedense à los hombres, fomenten con ellas su inexhausta avaricia, irriten à los vicios, y llenen (si les es possible) los senos de sus insaciables corazones. Perdedlas, antes que os pierdan: volved rostro, y armas à estos comunes enemigos, para que triumphando conformes gozeis los bienes de la paz, y la fama en bronzes eternos celebre no afectos indignos, y reprehensibles, sino acciones virtuosas, merecedoras de refulgente lugar entre las celestes constelaciones.

Todos assistieron à la razon, y se conformaron al Fenicio parecer, capitularon paces, vinieron sus fuerzas, y despacharon contra la serpentina canalla dos invencibles tercios, uno de infanteria, en el qual iban Cervicabras, Guanacos, Tarugas, Pacos, Ciervos, y Vicuñas; otro volante de Cigueñas, con muchos animales, assi terrestres, como volatiles enemigos de aquella perversa generacion, y por sus antidotas, y alexipharmacas virtudes, no sujetos à mortal veneno: prevenidos de armas ofensivas, y defensivas, piedras bezares, labradas en las oficinas de sus vientres. Contra el esquadron de Phocas marchò otro gallardo de Toros, Rhinocerõtes, Unicornios, y Alanos. Era General de uno, y otro el Phenix, libre porque immortal de sus venenosas calidades, saetas sino balas, balas sino rayos de fuego. Llegaron, vieron, y vẽcieron. Esto assi felizmente cõcluso, entraron los vencedores triumphãdo en los reales, adonde se celebraron paces, y triumphos con solemnes regozijos, y alegrias; mayores por las bodas deseadas del grãde Auricrino, y la hermosa Crisaura. Comenzarõ à gozar el fruto, que largos años se continuò de sus trabajos, porque se acompañaron siempre de virtud. Coros de Faunos, y Satyros invocãdo à Hymeneo, cantaban dulces epithalamios, y la capilla conforme de suaves avecillas respondia saludando à los desposados:

Vivite felices, quibus est fortuna peracta;
Vobis parta quies.

Dieron gracias al Cielo por tantas mercedes, reconociendo de su

pia-

piadosa liberalidad las nobles victorias alcanzadas de la envidia, de sus enemigos, y de aquella mentida deidad, que el supersticioso Gentilismo llama Fortuna: flaca con fuertes, fuerte con flacos, prospera en la virtud, adversa en el vicio, tyrana de cuerpos, esclava de espiritus. Siẽdo infalible, segun Catholica Philosophia, que fuerza mas alta de eterna providencia dispone los animos, infundiendo suficientes, ò eficaces auxilios para desear, conseguir, y conservar verdaderas virtudes, dignas de premios immortales.



TABLA DE LOS APOLOGOS
DESTE LIBRO.

Apo-

TA-

TABLA DE LAS COSAS MAS notables de este Libro.

A.

Amor

B.

Bie-

C.

Com-

D.

Su

E.

F.

G.

H.

H.

I.

L.

M.

Mà-

Ni-

O.

P.

Pe-

Q

T.

Tier-

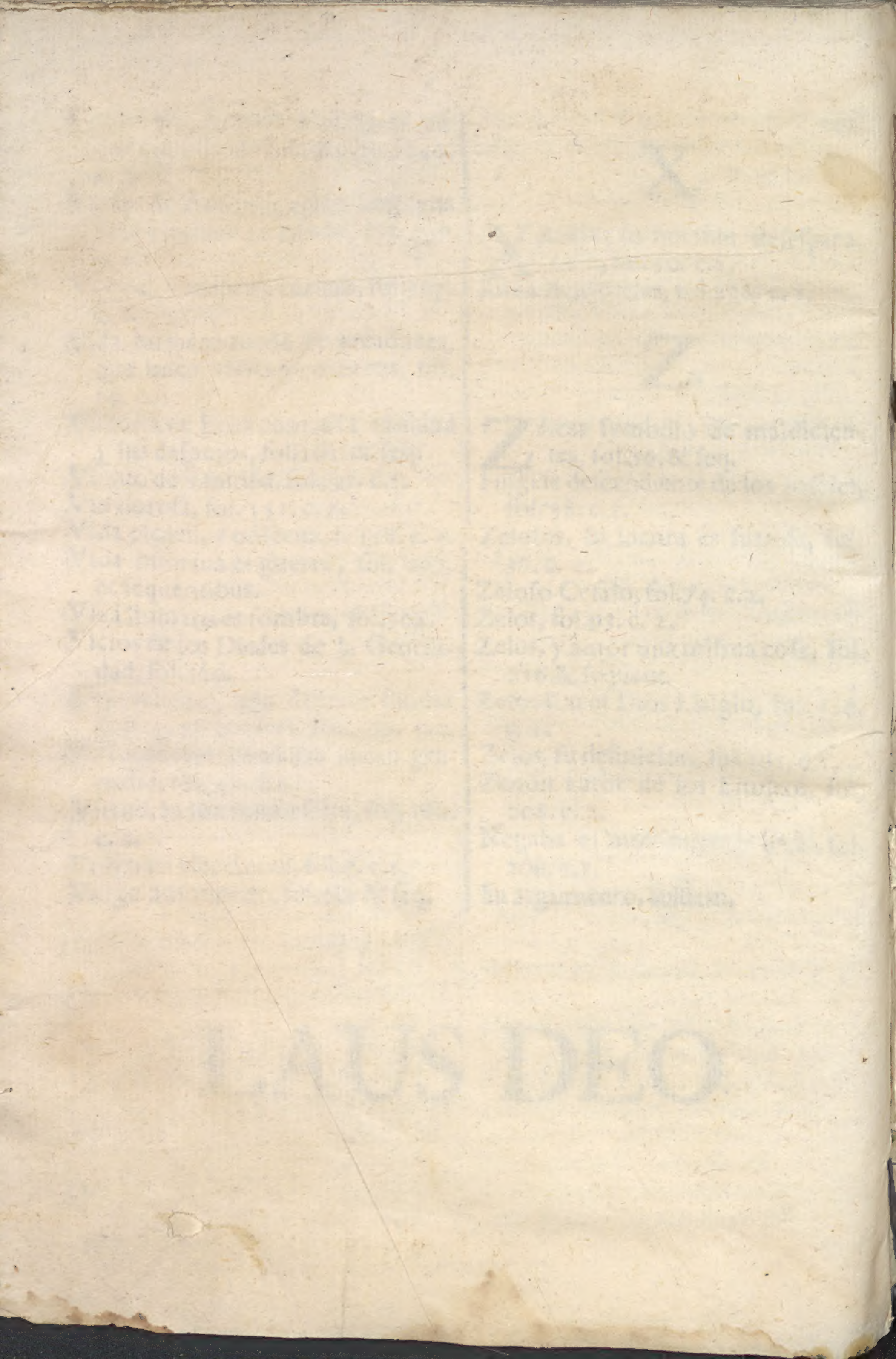
V.

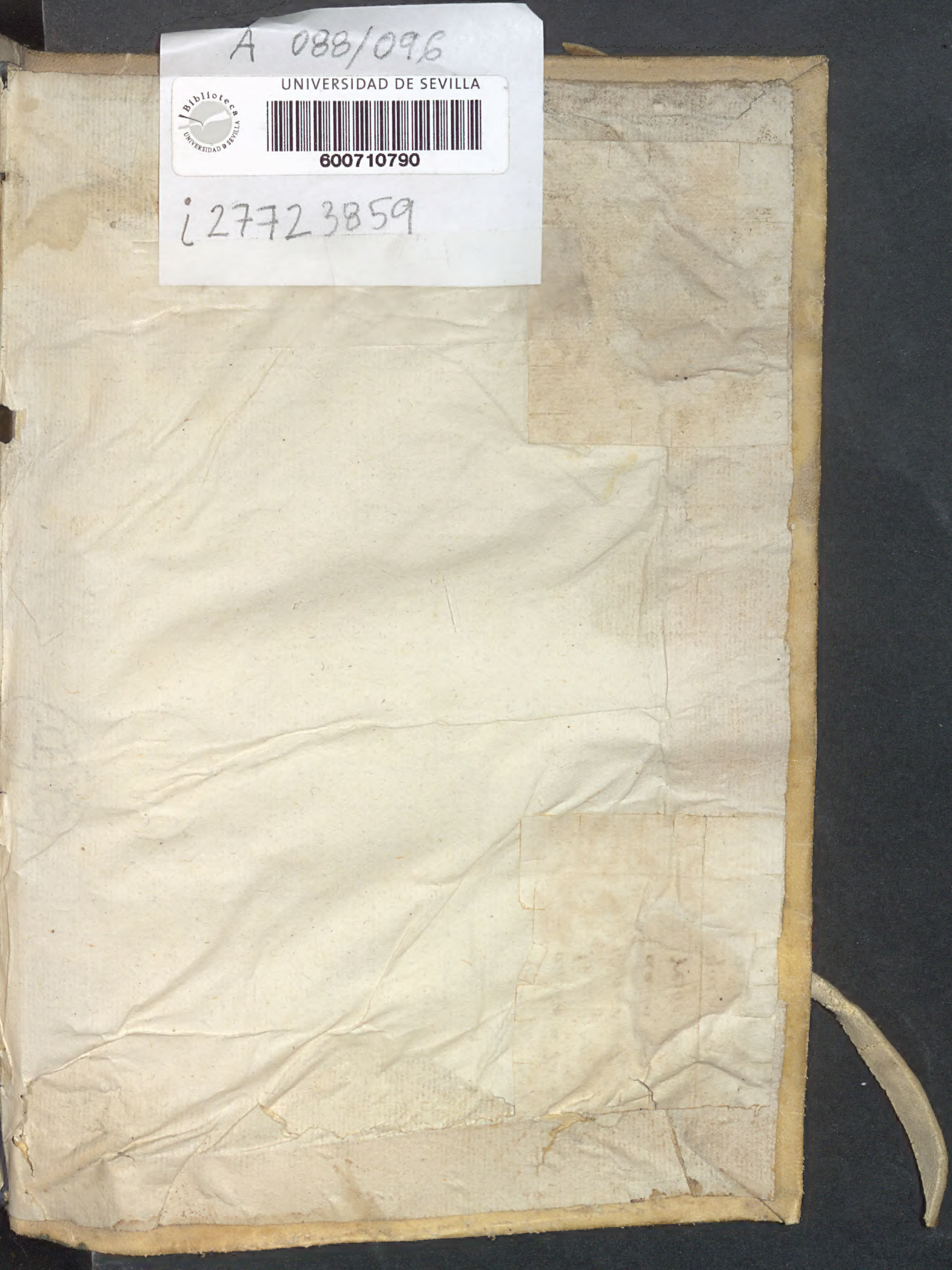
Ver-

X.

Z.

LAUS DEO.




A 088/096
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
Biblioteca
UNIVERSIDAD DE SEVILLA
600710790
i27723859




88
96